



Más allá de los eones
y otras historias en colaboración
H.P. LOVECRAFT



Debido a la penuria económica en la que transcurrieron los días terrenales de H.P. Lovecraft, el «outsider de Providence» se vio a menudo obligado a completar los magros ingresos obtenidos por sus relatos, publicados en su mayoría en revistas populares, con otro tipo de tareas algo menos gratificantes, como el asesoramiento y revisión de relatos enviados por otros autores, favores que iban desde una sucinta revisión de estilo hasta la reescritura completa de la historia con cambios sustanciales en su argumento.

En 1989 apareció en Estados Unidos, publicado por Arkham House, el volumen con las colaboraciones definitivas del Maestro de Providence: «The Horror in the Museum and Other Revisions», cuya edición corrió a cargo del estudioso y experto en H.P. Lovecraft, S.T. Joshi. Estos relatos, cuya autoría comparte Lovecraft con otros escritores, fueron en su mayoría íntegramente escritos por él sobre un argumento, a menudo reconstruido, ideado por otro autor. Así, en los dos cuentos en colaboración con Winifred Virginia Jackson, «La Pradera Verde» y «El caos reptante», Jackson no aportó ni una sola palabra; en el caso de las dos historias corregidas por encargo de Adolphe de Castro, «La última prueba» y «El verdugo eléctrico», Lovecraft reescribió por completo ambos relatos, conservando apenas el hilo argumental primitivo; los tres manuscritos revisados para Zelia Bishop, «La maldición de Yig», «El montículo» y «La cabellera de Medusa», están escritos en su totalidad por HPL, según lo anotado por este en sus cartas, y tan solo conservan una pequeña parte del argumento o idea original. Finalmente, Lovecraft escribió casi por completo los cinco relatos de Hazel Heald, y en cuanto a «El diario de Alonzo Typer», de William Lumley, aparte del núcleo central de la historia, el cuento es casi en su totalidad obra de Lovecraft.



H. P. Lovecraft

Más allá de los eones y otras historias en colaboración

Valdemar: Gótica - 91

ePub r1.4

lenny 14.07.2018

PlanetaLibro.net

Título original: *The Horror in the Museum and Other Revisions*

H. P. Lovecraft, 2013

Traducción: José María Nebreda

Ilustración de cubierta: Zdzislaw Beksinski, 1984 (sin título)

Editor digital: lenny

Primer editor: Cervera

Corrección de erratas: Watcher

ePub base r1.2



Sobrevivir de la escritura

(Introducción a las colaboraciones de HPL)

Por extraño que nos pueda parecer ahora —a más de setenta años de la muerte del solitario de Providence—, Lovecraft pudo vivir (sobrevivir) de la literatura gracias a las innumerables colaboraciones, revisiones y correcciones de las obras de otros escritores —la mayoría aficionados entusiastas con muy pocas capacidades literarias— que se vio obligado a realizar para complementar los magros ingresos que obtenía por la venta de sus mal pagados relatos.

Ya en 1918, cuando estaba metido de lleno en el mundo del periodismo amateur, habla con sus amigos Alfred Galpin y Maurice W. Moe —los cuales, junto con Lovecraft, formaban el grupo *the galomo*— acerca de la posibilidad de aumentar sus ingresos con la corrección de los manuscritos que muchos aficionados le remitían para conocer sus opiniones, obtener su aprobación o pedir que corrigiera los fallos de sintaxis, lenguaje o puntuación. Incluso varios de sus conocidos y amigos le sugieren que se dedique a la revisión de textos. Así, en una carta de 1918 remitida a Alfred Galpin, Lovecraft escribe:

A propósito, esa buena señora (una tal Mrs. Arnold) me acaba de enviar dos manuscritos para su corrección, a tarifas profesionales, y es de lo mejorcito que he visto hasta ahora... Hablando de clientes: tú y

la señorita Durr por fin podéis estar orgullosos de mí. ¡Soy un verdadero currante! Me explico: he acometido una profunda y exhaustiva revisión del prolijo libro del reverendo D. V. Bush, cuyo título provisional es *Pike's Peak or Bust...* No me explico cómo se las puede arreglar este individuo para sobrevivir de su prosa. ¡Es, literalmente, un auténtico zoquete!

Lovecraft se convirtió así, poco a poco, en un escritor fantasma —un *ghost-writer*—, un «negro», un cuentista profesional a quien se pagaba por revisar un texto que, en muchas ocasiones, llevaba implícita la tarea de reescribir completamente la historia, cambiando el estilo, el lenguaje, la puntuación, e incluso la trama central, para que, finalmente, fuera firmado y vendido por el responsable del encargo, siempre por una cantidad infinitamente superior —hasta diez veces más alta— que la pagada a Lovecraft por la corrección, a pesar de que en varias ocasiones el relato había sido reescrito por él desde el principio hasta el final. De hecho, se calcula que las tres cuartas partes de sus ingresos procedían de tal actividad, que dedicaba mucho más tiempo al trabajo de corrección que a la escritura de sus textos originales, y que estos tan solo fueron un elemento accesorio de su producción total.

Sus tarifas, al principio, eran muy modestas. Solía cobrar un octavo de centavo por palabra, aunque más adelante las aumentó considerablemente. En este anuncio, fechado en 1933, Lovecraft publicitaba sus servicios:

H.P. LOVECRAFT: TARIFAS DE REVISIÓN DE PROSA

Solo lectura: correcciones de tipo general

1.000 palabras o menos.....0,50

1.000-2.000.....0,65

2.000-4.000.....1,00

4.000-5.000.....1,25

Más de 5.000.....1,25 + 0,20 por cada 1.000 más

Solo crítica: estimación analítica detallada, sin revisión

1.000 palabras o menos.....1,50
1.000-2.000.....2,00
2.000-4.000.....3,00
4.000-5.000.....3,75
Más de 5.000.....3,75 + 0,60 por cada 1.000 más

Revisión y copia por página de 330 palabras

a) Pasado a máquina, doble espacio. 1 copia a carboncillo. Solo revisión de ortografía, puntuación y gramática: —0,25

b) Corrección sucinta, sin copia (estilo mejorado en frases puntuales, sin añadidos): — 0,25

c) Corrección sucinta, mecanografiado a doble espacio, copia al carboncillo: — 0,50

d) Corrección extensa, sin copia (optimización de la prosa, tanto en la estructura como en la transposición, adición y depuración. Posibilidad de aportar nuevas ideas o elementos de la trama. Se necesita texto inédito o copia manuscrita). Reescrito a mano: — 0,75

e) Corrección extensa, como en el apartado anterior, mecanografiado a doble espacio y 1 copia al carboncillo: — 1,00

f) Reescritura del manuscrito original, sinopsis, argumento, idea central, sugerencias; en definitiva, actuar de «escritor fantasma». Revisión completa del texto, tanto del lenguaje como del desarrollo, argumental. Copia realizada a mano: — 2,25

g) Reescritura, como en el apartado anterior, mecanografiado a doble espacio y 1 copia al carboncillo: — 2,50

Tarifas especiales a convenir para encargos particulares, según previa estimación del tiempo y esfuerzo requeridos.

Sin embargo, la mayoría de los encargos consistían en simples revisiones de estilo, puntuación y ortografía, o en la localización de errores que se habían producido a la hora de pasar a máquina los manuscritos. En general, se trataba de artículos publicados en la prensa amateur, de muy poca repercusión, pergeñados por aficionados, autores oscuros y con ínfulas, o

simples ilusos que soñaban con ganarse la vida escribiendo; aunque también le enviaban libros y trabajos de mayor relevancia. Con el paso del tiempo, y después del relativo «éxito» de los cuentos de Lovecraft publicados por la revista *Weird Tales*, varios aficionados a lo macabro, ansiosos de imitar al «maestro» de Providence, empezaron a solicitarle cierta cantidad de revisiones de temática sobrenatural, y fue en este tipo de encargos en los que Lovecraft dejó correr su imaginación, sobre todo si la historia le conmovía de alguna manera, llegando incluso, en varias ocasiones, a reescribirla por completo, desde el principio hasta el final. Es este tipo de correcciones las que ocupan el libro que el lector tiene en las manos.

En 1989 apareció en Estados Unidos, publicado por Arkham House, el volumen con las revisiones definitivas del Maestro de Providence: *The Horror in the Museum and Other Revisions*, cuya edición corrió a cargo del estudioso y experto en H.P. Lovecraft, S.T. Joshi. Según Joshi, estas correcciones se dividen en dos grupos: *Revisiones de primer orden*, de las que podría decirse con absoluta seguridad que fueron escritas completamente —o casi— por HPL; y *Revisiones de segundo orden*, que son aquellas en las cuales Lovecraft intervino de manera menos obvia, aunque en ocasiones con cierta extensión.

En cuanto a las *Revisiones de primer orden*, los dos cuentos en colaboración con Winifred Virginia Jackson, «La Pradera Verde» y «El caos reptante», son los únicos (junto con «La poesía y los dioses», «A través de las puertas de la llave de plata» y «En los muros de Eryx») en los que figura la firma de Lovecraft y la del supuesto colaborador, aunque, en este caso, con seudónimo. Por lo demás, se puede afirmar, casi sin temor a equivocarse, que Jackson no aportó ni la más mínima palabra a ambos relatos.

En el caso de las dos historias corregidas por encargo de Adolphe de Castro, «La última prueba» y «El verdugo eléctrico», S.T. Joshi afirma que conserva las versiones originales escritas por Castro, publicadas originalmente en su recopilación *In the Confessional* (1893), con los títulos de «A Sacrifice to Science» y «The Automatic Executioner», y que Lovecraft reescribió por completo ambos relatos, conservando apenas el hilo argumental primitivo. Parece ser que también existía un tercer cuento corregido por Lovecraft que, evidentemente, se ha perdido.

Los tres manuscritos revisados para Zelia Bishop, «La maldición de Yig», «El montículo» y «La cabellera de Medusa», están escritos en su totalidad por HPL, según lo anotado por este en sus cartas, y tan solo conservan una pequeña parte del argumento o idea originales. También es falso que Frank Belknap Long ayudara a Lovecraft a reescribir «El montículo»; simplemente lo corrigió un poco y se lo envió a Lovecraft, quien reescribió por completo el original. El cuento permaneció en forma de manuscrito hasta la muerte de HPL, y luego Derleth lo revisó en profundidad, lo pasó a máquina y lo remitió, junto con «La cabellera de Medusa», a *Weird Tales* para su publicación. En este volumen se presentan por primera vez ambos relatos con las correcciones originales del Maestro de Providence.

Existen numerosas evidencias en el sentido de que Lovecraft escribió casi por completo los cinco relatos de Hazel Heald, y no parece cierta la afirmación de que la prosa de este último tuviera mayor presencia en el cuento «El hombre de piedra». En cuanto a «El diario de Alonzo Typer», también se conserva el manuscrito original de William Lumley (el título sí es suyo) y las revisiones llevadas a cabo por HPL, lo cual nos lleva a afirmar que, aparte del núcleo central de la historia, el cuento es casi en su totalidad obra de Lovecraft.

De las *Revisiones de segundo orden*, Sonia H. Greene (Davis) afirma que Lovecraft «revisó y editó» «El horror en Martin's Beach» (que en la revista *Weird Tales* apareció con el título de «The Invisible Monster»). Los cuatro relatos de C.M. Eddy, Jr., «Cenizas», «El devorador de fantasmas», «Querida muerte» y «Sordo, mudo y ciego», parecen estar escritos a medias entre ambos autores y son en cierta manera bastante destacables por sus argumentos un tanto enfermizos, morbosos y extraños, que bordean e insinúan en muchas ocasiones temáticas bastante censurables para los gustos de la época.

Resulta muy complicado distinguir cuánto hay de Lovecraft y cuánto de Wilfred Blanch Talman en «Dos botellas negras». Según apunta Lovecraft en sus cartas, parece ser que Talman quedó anonadado ante las numerosísimas correcciones con las que HPL le devolvió el manuscrito de su obra y decidió finalmente restaurar en cierta medida a su estructura original el borrador revisado por Lovecraft.

S.T. Joshi descubrió la «mano» de Lovecraft en el cuento «La trampa», de Henry S. Whitehead, gracias a una carta remitida a R.H. Barlow el 25 de febrero de 1932 en la que HPL afirmaba que había reescrito por completo la parte central de la historia. Algo parecido sucede con las dos revisiones de los cuentos de Duane W. Rimel, «El árbol en la colina» y «La exhumación». Rimel mantiene que las revisiones aportadas por Lovecraft son muy ligeras, y esta afirmación parece ser cierta de acuerdo a las cartas intercambiadas entre HPL y el propio Rimel, y descubiertas por S.T. Joshi.

En cuanto a las dos revisiones firmadas por R.H. Barlow, se conserva una copia mecanografiada por Barlow, repleta de correcciones realizadas por HPL a pluma, del cuento «“Hasta que todos los mares”». Dirk W. Mosig (otro estudioso de la obra de Lovecraft) descubrió la participación de HPL en el relato «El océano de la noche» gracias a una carta de Barlow a Hyman Bradofsky fechada el 4 de noviembre de 1936. Mosig creía que la obra había sido escrita en su totalidad por el Maestro de Providence, pero ciertos documentos que S.T. Joshi pudo consultar más adelante parecen demostrar que HPL tuvo poco que ver con el origen y desarrollo de la historia. Seguramente el relato fue escrito casi en su totalidad por Barlow, aunque con numerosas correcciones y añadidos de Lovecraft en diferentes partes de la obra.

Podemos afirmar, pues, que todas estas revisiones, presentadas por primera vez al público español por la editorial Valdemar en su canon definitivo, encarnan una parte significativa de la obra de H.P. Lovecraft. La mayoría de ellas son, en justicia y sin ningún género de dudas, producciones propias reescritas desde el principio hasta el final por el Maestro de Providence. En el resto, la mano de HPL es claramente discernible en mayor o menor medida y, aunque resulta bastante complicado afirmar hasta qué punto Lovecraft modificó la obra —ya sea a un nivel argumental o estilístico—, es obvio que su influjo parece evidente. Podemos imaginarnos perfectamente el placer que HPL sintió al acometer estas revisiones de temática sobrenatural, su deleite a la hora de tomar una obra mediocre y transformarla, gracias a su imaginación desbocada y macabra, en una pieza más que decente de terror cósmico.

José María Nebreda Rivas.
Enero, 2013



COLABORACIONES I



Revisiones de primer orden

LA PRADERA VERDE

The Green Meadow (1918-1919)

Winifred Virginia Jackson & H.P. Lovecraft

NOTA PRELIMINAR: La extrañísima narración o registro de impresiones que se detalla a continuación fue descubierta en circunstancias tan extraordinarias que se hacen merecedoras de una cuidadosa descripción. La tarde del miércoles, 27 de agosto de 1913, hacia las 8:30, la población del pequeño pueblo costero de Potowonket, Maine, U.S.A., fue sacudida por un atronador estampido acompañado de un deslumbrante centelleo; y las gentes que se encontraban cerca de la costa pudieron observar una descomunal bola de fuego que se precipitaba desde los cielos hacia las profundidades del océano a poca distancia de la orilla, haciendo surgir del mar una prodigiosa columna de agua. El domingo siguiente un grupo de pescadores del que formaban parte John Richmond, Peter B. Carr y Simón Canfield atraparon en sus redes y llevaron a tierra una masa de roca metálica, de 164 kilogramos de peso, que (en palabras del señor Canfield) parecía un pedazo de chatarra. La mayoría de los habitantes del lugar estuvieron de acuerdo en afirmar que aquel pesado objeto no era otra cosa que la bola de fuego que había caído de los cielos cuatro días antes; y el doctor Richmond M. Jones, la autoridad científica local, aceptó que debía tratarse de un aerolito o piedra meteórica. Al picar la roca para tomar algunas muestras y enviarlas a un analista más experto de Boston, el doctor Jones descubrió incrustado en la masa

semimetálica el extraño libro en cuyo interior se encuentra el relato que viene a continuación, libro que aún está en su poder.

La forma y el tamaño del descubrimiento se asemeja al de una libreta normal y corriente, de unos 13 centímetros de alto por 7 de ancho y treinta cuartillas de grosor. La materia de la que está compuesta, sin embargo, presenta notables peculiaridades. Las cubiertas están hechas de una especie de sustancia rocosa y oscura totalmente desconocida a los geólogos e imposible de romper por ningún método mecánico. Ningún agente químico parece afectarla. Las cuartillas parecen hechas de un material semejante, aunque de color más claro, y son tan increíblemente finas que se pueden doblar en su totalidad. El conjunto está encuadernado sirviéndose de un proceso muy poco evidente para los que lo han estudiado, un proceso en el que interviene la cohesión de las sustancias que contienen las cuartillas y la cubierta. Ambas sustancias no pueden ser separadas y es imposible romper las cuartillas aun ejerciendo una fuerza prodigiosa. Lo escrito está en *griego de la mayor pureza clásica*, y varios estudiantes de paleografía afirman que los caracteres están trazados en una letra cursiva que solía usarse hacia el siglo II a. C. Apenas si hay indicios en el texto con los que poder determinar su antigüedad. De su escritura, trazada en un estilo mecánico, no se puede deducir nada concreto, excepto que se asemeja a la que hoy en día podemos producir con tiza y pizarra. Durante los exámenes efectuados por el profesor Chambers de Harvard, se encontraron varias páginas, la mayoría al final de la narración, tan emborronadas que fue preciso eliminarlas ante la imposibilidad de descifrar su contenido; circunstancia que supuso una pérdida casi irreparable. Lo que queda del texto fue transcrito al griego contemporáneo por el paleógrafo Rutherford y entregado a los traductores en dicho estado.

El profesor Mayfield, del Instituto de Tecnología de Massachussets, que examinó varios segmentos de la extraña roca, testificó que se trataba de un auténtico meteorito; opinión que el doctor von Winterfeldt de Heidelberg (internado en 1918 como un peligroso enemigo extranjero) no comparte. El profesor Bradley, de la Facultad de Columbia, adopta una postura menos dogmática, señala que existe una enorme cantidad de elementos totalmente desconocidos y advierte de que aún no es posible emitir ningún juicio satisfactorio.

La presencia, la naturaleza y el mensaje del extraño libro conllevan un problema de tal envergadura que resulta inviable abordar cualquier tipo de explicación. El texto, o lo que se ha conservado de él, se presenta a continuación con toda la fidelidad que nos permite el lenguaje moderno, con la esperanza de que algún lector sea capaz de encontrar cualquier tipo de interpretación que ayude a resolver uno de los misterios científicos más colosales de los últimos años.

—E.N.B. —L.T., Jun.

(EL RELATO)

Era un lugar angosto, y yo estaba solo. En un costado, más allá de un prado de vivido y ondulante verdor, asomaba el mar; azul, brillante y sinuoso, del que surgían nubes de vapor que me intoxicaban. Eran tan densos aquellos efluvios que yo tenía una extraña sensación de coalescencia entre el cielo y el mar, ya que el firmamento era igualmente azul y brillante. Al otro lado se encontraba el bosque, tan vetusto como el propio mar, que se extendía hacia el infinito tierra adentro. Resultaba muy tenebroso, ya que los árboles eran grotescamente enormes y exuberantes, e increíblemente numerosos. Sus troncos gigantescos eran de un espantoso color verde que se mezclaba de extraña manera con la estrecha superficie de verdor en la que me hallaba. A cierta distancia, por ambos lados, el enigmático bosque se extendía hasta la orilla del mar, ocultando la línea de la costa y cercando por completo el angosto prado. Observé que algunos árboles arraigaban dentro del agua, como si les incomodase cualquier tipo de barrera que entorpeciese su avance.

No vi ningún ser vivo, ninguna señal de que alguna criatura animada hubiera existido jamás excepto yo mismo. El mar, el cielo y el bosque me rodeaban y se prolongaban hacia lugares que quedaban más allá de mi imaginación. Tampoco había ningún sonido excepto el gemido del viento en el bosque y el arrullo del mar.

Mientras permanecía en aquel silencioso paraje me puse a temblar de repente; ya que, aunque no sabía cómo había llegado allí y apenas recordaba

mi nombre y posición, sentía que la locura se adueñaría de mí si llegase a entender lo que me acechaba. Recordaba cosas que había aprendido, cosas que había soñado, cosas que había imaginado y ansiado en otra vida lejana. Pensé en las largas noches en las que observaba las estrellas del firmamento y maldecía a los dioses por no permitir que mi alma atravesara los vastos abismos que resultaban inaccesibles a mi cuerpo. Evoqué las antiguas blasfemias y los conjuros ocultos en los papiros de Demócrito; pero, cuanto más recordaba, más profundos se hacían mis miedos, ya que sabía que estaba solo... terriblemente solo. Solo, y sin embargo muy cerca de unas fuerzas sensibles de vaga y arrolladora naturaleza que yo rezaba por no entender ni tropezarme con ellas. En el lamento de las cimbreadas ramas verdes me imaginaba que podía distinguir una especie de animadversión malsana y triunfo demoníaco. A veces me zaherían como si murmurasen entre sí cosas horribles, fantasmagóricas e impensables que los troncos escamosos y verdes de los árboles casi velaban; ocultos de la visión pero no de la consciencia. La sensación más opresiva que me invadía era un siniestro sentimiento de alienación. Aunque a mi alrededor contemplaba objetos a los que podía nombrar —árboles, hierba, mar y cielo—, sabía que su relación conmigo no era la misma que sentía con los árboles, hierbas, mares y cielos a los que estaba habituado en otra vida de lejano recuerdo. Me resultaba imposible describir la naturaleza de aquella discrepancia, y sin embargo temblaba de pavor mientras aquella impresión se adueñaba de mí.

Y entonces, en un punto en el que antes solo había podido distinguir el nebuloso mar, se me apareció la Pradera Verde, separada de mí por una vasta extensión de ondeante agua azul salpicada de olas resplandecientes, y sin embargo extrañamente cerca. Con frecuencia atisbaba temeroso por encima de mi hombro derecho hacia los árboles, pero prefería mirar a la Pradera Verde, cuya visión me afectaba de manera extraña.

Y entonces, mientras mis ojos estaban concentrados en aquel punto singular, sentí por primera vez que el suelo se movía bajo mis pies. Todo empezó con una especie de agitación pulsante que me hizo sentir una diabólica impresión de movimiento, el fragmento de costa en el que me encontraba se desprendió de la herbosa orilla y empezó a flotar, desplazándose hacia delante lentamente como si fuera arrastrado por una

corriente inexorable. No me moví, me quedé atónito y asustado por aquel fenómeno inaudito, pero permanecí rígido y quieto hasta que un amplio canal de agua surgió entre donde yo me encontraba y la tierra cubierta de árboles. Luego me senté con una especie de estupor y volví a mirar el agua en la que se reflejaban los rayos del sol y la Pradera Verde.

A mi espalda, los árboles y las cosas que pudieran ocultar parecían irradiar una amenaza infinita. Lo sabía sin necesidad de volverme a mirar, ya que mientras me iba acostumbrando a aquella región sentía menos necesidad de los cinco sentidos que en otro tiempo habían sido mis únicos compañeros. Sabía que el bosque escamoso y verde me odiaba, pero ahora estaba a salvo de él, ya que el fragmento de tierra en el que me encontraba había derivado alejándose de la costa.

Sin embargo, aunque un peligro había pasado, otro nuevo surgía delante de mí. Del islote flotante se desprendían continuamente pequeños pedazos de tierra, de manera que la muerte no se hallaba lejos en uno u otro sentido. Y sin embargo, aun en aquellos momentos, sentía que la muerte ya no volvería a ser lo mismo para mí, pues me di la vuelta de nuevo para observar la Pradera Verde, invadido por una curiosa sensación de seguridad que contrastaba de manera extraña con mi estado general de pánico.

Fue entonces cuando oí, a una distancia inconmensurable, el rugido del agua al precipitarse. Y no era el rugido de una cascada corriente como las que yo había conocido, sino el de una de tal magnitud como el que se podía haber escuchado en los lejanos reinos de Escita si todo el Mediterráneo se hubiera precipitado en un abismo insondable. Hacia aquel bramido mi menguante isla derivaba, y sin embargo yo estaba contento.

A lo lejos, a mi espalda, sucedían cosas extrañas y terribles; cosas que me volví a ver, aunque me aterraba descubrir. En el cielo se elevaron unas figuras oscuras, vaporosas y fantásticas, que se desparramaron entre los árboles y parecían responder al desafío de las ondulantes ramas verdosas. Entonces, una espesa niebla surgió del mar y se mezcló con los vapores del cielo, y la línea de la costa desapareció de mis ojos. Aunque el sol —un sol desconocido para mí— brillaba con fuerza sobre las aguas que me rodeaban, la tierra que había abandonado parecía envuelta en una tempestad diabólica en la que se enfrentaban los poderes de los árboles infernales y lo que

ocultaban, y las fuerzas del cielo y el mar. Y cuando la niebla desapareció, solo pude contemplar el cielo azul y el mar azul, pues la tierra y los árboles se habían evaporado.

Fue en ese momento cuando mi atención fue absorbida por el *canto* en la Pradera Verde. Hasta entonces, como ya he dicho, no había encontrado ningún signo de vida; pero ahora llegaba a mis oídos un cántico monótono cuyo origen y naturaleza resultaban aparentemente incontestables. Aunque las palabras eran por completo indistinguibles, el cántico despertó en mi interior una extraña serie de asociaciones, y en el acto me acordé de ciertos textos, vagamente turbadores, que había traducido de un libro egipcio en cierta ocasión y que habían sido transcritos de un papiro de la antigua Meroe. Por mi cerebro pasaron ciertas frases que me aterrorizaba repetir, palabras que hablaban de cosas muy antiguas, de formas de vida que pululaban en los días en los que nuestra tierra era extremadamente joven. De cosas que pensaban y se movían y estaban vivas, pero que ni los hombres ni los dioses considerarían realmente vivas. Era un libro extraño.

Mientras escuchaba, fui gradualmente consciente de una circunstancia que antes, de una manera instintiva, me había turbado. En ningún momento había conseguido distinguir un objeto definido en la Pradera Verde; tan solo conservaba una sensación de crudo y homogéneo verdor. Ahora, sin embargo, vi que la corriente iba a conseguir que mi isla pasara a muy poca distancia de la orilla, de manera que podría saber algo más de la tierra y del canto que surgía de ella. La curiosidad que sentía por descubrir a los cantores había ido en aumento, aunque en ella también había cierto grado de temor.

Del fragmento angosto en el que me encontraba seguían desprendiéndose pequeños pedazos de césped; pero a mí no me importaba su pérdida, pues sentía que no iba a morir con el cuerpo (o la apariencia de cuerpo) que parecía poseer. Que todo lo que me rodeaba, incluso la vida y la muerte, era pura ilusión; que había atravesado los límites de la mortalidad y la materialidad, y era una criatura libre y aislada; todo esto lo sentía como algo casi cierto. No sabía en qué lugar me encontraba, pero estaba seguro de que no podía ser en el planeta Tierra, que antaño había sido tan familiar para mí. Mis sensaciones, aparte de una especie de terror obsesivo, podían ser las de un viajero cualquiera que se acabara de embarcar en una interminable

travesía de descubrimientos. Durante unos instantes pensé en las tierras y personas que había dejado atrás, y en los extraños medios de los que me tendría que valer para relatarles algún día mis aventuras, incluso aunque podría no retornar nunca.

Flotaba muy cerca ahora de la Pradera Verde, tan cerca que las voces me llegaban claras y definidas; pero, aunque conocía multitud de lenguas, no pude reconocer en su totalidad las palabras del cántico. En verdad resultaban familiares, como ya antes había percibido a una mayor distancia, pero aparte de esa sensación vaga y sorprendente de familiaridad no podía sonsacar nada concreto de ellas. Una cualidad de lo más extraordinaria en las voces —una cualidad que me resulta imposible definir— me aterrorizaba y fascinaba a un tiempo. Mis ojos podían distinguir ahora ciertos objetos entre el verdor omnipresente: rocas cubiertas de un musgo verdoso y brillante, arbustos de una considerable altura y unas formas más difusas y de enorme magnitud que parecían moverse o vibrar entre los matorrales de una curiosa manera. El cántico, cuyos ejecutores estaba yo tan ansioso por descubrir, parecía sonar más fuerte en los lugares en los que aquellas formas eran más numerosas y cuyos movimientos resultaban más vigorosos.

Y entonces, cuando mi isla se encontraba en el punto más cercano y el sonido de la distante catarata se hizo atronador, vi con total claridad el *origen* del canto, y en un instante de pánico espantoso lo recordé todo. De ciertas cosas que no puedo, que no me atrevo a relatar, pues en ellas se encontraba la horrible solución de todo lo que me había desconcertado, y esa solución podría llevaros a la locura, de la misma manera que casi me llevó a mí... Por fin conocía el cambio que había sufrido, ¡y que otros hombres antes que yo también habían experimentado! Y supe del ciclo infinito del futuro del que ningún hombre como yo puede escapar... Viviré siempre, seré consciente siempre, aunque mi alma suplique a los dioses el regalo de la muerte y el olvido... Todo se extiende ante mí, más allá del caudal atronador se encuentra la tierra de Stethelos, donde los jóvenes son infinitamente viejos... La Pradera Verde... Enviaré un mensaje a través del abismo inconmensurable y aterrador...

[En este punto el texto se vuelve ilegible.]

EL CAOS REPTANTE

The Crawling Chaos (1920-1921)

Winifred Virginia Jackson & H.P. Lovecraft

Mucho se ha escrito de los placeres y tormentos del opio. El éxtasis y los terrores de De Quincey, y los *paradis artificiels* de Baudelaire se han conservado e interpretado con tal arte que los hace inmortales, y el mundo conoce bien la belleza, el horror y el misterio de aquellas regiones tenebrosas a las que el soñador iluminado es conducido. Pero, a pesar de todo lo que se ha dicho, ningún hombre ha osado todavía intimar con la *naturaleza* de los fantasmas que se despliegan en la mente, ni a sugerir la *dirección* de los caminos ocultos a cuyos ornados y exóticos cursos el consumidor de la droga se ve tan irresistiblemente abocado. De Quincey era transportado a Asia, esa tierra pletórica de sombras nebulosas cuya execrable antigüedad resulta tan imponente que «la vasta edad de la estirpe y el nombre triunfa sobre el sentimiento de juventud en el individuo»; pero nunca se atrevió a ir más allá. Los que *han ido* más lejos muy pocas veces regresaron, y si lo hicieron fue completamente locos o mudos. Solo consumí opio en una ocasión, en el año de la plaga, cuando los médicos lo recetaban para aliviar los tormentos que no podían curar. Tomé una dosis excesiva —mi médico estaba agotado por el horror y el trabajo— y viajé realmente lejos. Al final pude regresar y seguir viviendo, pero mis noches están colmadas de extraños recuerdos y jamás he dejado que un médico vuelva a administrarme opio.

El dolor y el martilleo que se adueñó de mi cabeza fue absolutamente insoportable cuando tomé la droga. El futuro no me importaba lo más mínimo, lo único que quería era curarme, caer en la inconsciencia o morir. A ratos deliraba, de manera que es difícil afirmar el momento exacto de la transición, pero pienso que los efectos debieron empezar un poco antes de que el martilleo en mi cabeza dejara de ser doloroso. Como ya he dicho, tomé una sobredosis, de manera que mis reacciones debieron ser más fuertes de lo habitual. La sensación de caer, extrañamente dissociada de cualquier idea de gravedad o dirección, se impuso a todo lo demás; aunque también sentía la presencia de una muchedumbre cuyo número resultaba incontable, una muchedumbre compuesta por seres infinitos de muy diversa naturaleza, aunque todos más menos afines a mí. A veces, más que sentir que simplemente caía, tenía la impresión de que eran el universo y los siglos los que caían delante de mí. De repente cesó el dolor y empecé a asociar el martilleo con una fuerza que no parecía venir de dentro sino del exterior. También había cesado la caída, dando paso a otra sensación de reposo temporal e intranquilo; y cuando me puse a escuchar con atención, me dio por pensar que el martilleo venía de un vasto, insondable mar cuyas siniestras, gigantescas olas rompían sobre una playa desolada tras una tempestad de titánica magnitud. Entonces abrí los ojos.

Durante unos instantes todo lo que me rodeaba pareció confuso, como una imagen perdidamente desenfocada, pero poco a poco me di cuenta de que mi solitaria figura se hallaba en una extraña y agradable habitación iluminada por multitud de ventanas. No podía hacerme una idea de la naturaleza exacta de aquel cuarto, ya que mis pensamientos aún seguían bastante confusos, pero observé que había alfombras y cortinajes de diversos colores, mesas de estilo muy elaborado, sillas, sofás, divanes y delicados jarrones y ornamentos que daban a la estancia un estilo exótico sin llegar a ser extranjero. Observé todos estos objetos, y sin embargo no eran lo que más ocupaba mi mente. Lenta pero inexorablemente, reptando por mi consciencia, irguiéndose por encima de cualquier otra impresión, surgió un miedo punzante a lo desconocido, un miedo colosal porque era incapaz de analizarlo y porque parecía estar provocado por la furtiva aproximación de alguna amenaza... no de la muerte, sino de otra cosa innombrable y silenciosa mil veces más

espantosa y aborrecible.

Entonces decidí que lo que realmente producía y excitaba mis miedos era el terrible martilleo cuyas incesantes reverberaciones palpitaban locamente en el interior de mi exhausto cerebro. Parecían llegar de un punto que se encontraba fuera y por debajo del edificio en el que yo estaba, y se asociaban con las más terroríficas imágenes mentales. Sentía que un objeto o paisaje espantoso se escondía tras los muros cubiertos de tapices, y me estremecí ante la idea de mirar por las ventanas arqueadas y enrejadas que se abrían de manera tan desconcertante por todas las paredes del recinto. Al advertir que había pestillos en cada ventana, me apresté a echarlos, desviando los ojos del exterior mientras lo hacía. Luego, ayudándome de un pedernal y acero que había encontrado en una de las mesas pequeñas, prendí el sinfín de candelillos que reposaban sobre las paredes en unos candelabros de estilo arabesco. La sensación de seguridad que me embargó tras echar los cerrojos y encender las velas calmó mis nervios en cierta medida, pero no podía hacer nada por acallar el monótono martilleo. Ya más tranquilo, el sonido se convirtió en algo tan fascinante como terrorífico y sentí un absurdo deseo de investigar su fuente, a pesar de todos mis temores, que aún seguían presentes. Abrí un cortinaje que se encontraba en el costado de la habitación más cercano al martilleo y contemplé un pequeño pasillo lleno de innumerables tapices que finalizaba en una puerta tallada y una amplia galería. Fui atraído irresistiblemente por esta galería, aunque mis difusos temores parecían retenerme con la misma fuerza, intentando que diera marcha atrás. Mientras me acercaba pude distinguir a lo lejos un caótico torbellino de agua. Luego, cuando llegué a la galería y miré en todas direcciones, se desplegó ante mí, con una fuerza plena y devastadora, el increíble panorama de todo lo que me rodeaba.

Jamás había visto nada igual, ningún ser vivo puede haber contemplado semejante espectáculo, a no ser bajo los efectos delirantes de la fiebre o en el infierno del opio. El edificio se erguía sobre una angosta punta de tierra —o lo que *ahora* era una angosta punta de tierra— a unos noventa metros por encima de lo que parecía un hirviente remolino de aguas enloquecidas. A cada lado de la casa se abrían precipicios de tierra rojiza recientemente erosionados por el agua, y por delante de mí las pavorosas olas seguían

rompiendo aterradoras, devorando las arenas con feroz monotonía y premeditación. A unos dos kilómetros se levantaban y volvían a caer tremendas rompientes de más de quince metros de altura, mientras que en el lejano horizonte unas nubes negras y amenazantes, de grotescos contornos, parecían encorvadas y al acecho como repugnantes buitres. Las olas eran de un violeta oscuro, casi negras, y se aferraban al rojo lodo de la playa con garras ansiosas y voraces. No pude evitar el pensamiento de que alguna inteligencia marina había declarado una guerra de exterminio contra la tierra firme, instigada quizás por los hambrientos cielos.

Tras recuperarme al fin del estupor con el que aquel espectáculo antinatural me había sobrecogido, entendí que me hallaba en serio peligro físico. Es más, mientras miraba, el banco de tierra había perdido varios metros y no podía pasar mucho tiempo antes de que el edificio se precipitara en el terrible pozo de lacerantes aguas. De manera que fui a toda prisa hacia el otro lado de la casa y encontré una puerta, la traspasé de golpe y la cerré con una curiosa llave que sobresalía del cerrojo interior. Pude ver más cosas de la extraña región en la que estaba y me fijé en una curiosa división que parecía existir entre el océano hostil y el firmamento. A cada lado del giboso promontorio se mostraban diferentes condiciones. A mi izquierda, mirando tierra adentro, el mar se ondulaba dulcemente en amplias olas verdosas que progresaban lentamente bajo un sol luminoso. Algo en la naturaleza y posición de aquel astro me hizo estremecer, aunque entonces no podía describir el motivo, ni tampoco puedo hacerlo ahora. A mi derecha también estaba el mar, pero tenía un color azul, estaba en calma y solo unas leves ondulaciones lo surcaban, mientras que el cielo era más oscuro y el erosionado banco de tierra poseía un color más blancuzco que rojizo.

Luego volví mi atención a la tierra y me llevé una nueva sorpresa, ya que la vegetación no se parecía a nada que hubiese visto o leído antes. Su aspecto era tropical o subtropical, conclusión a la que llegué debido al intenso bochorno que se respiraba en el aire. A veces creía encontrar extrañas analogías con la flora de mi tierra nativa, y me imaginaba que las plantas y arbustos que tan bien conocía podían adoptar formas semejantes si eran expuestas a un cambio radical del clima; pero las omnipresentes y gigantescas palmeras eran del todo foráneas. El edificio que acababa de

abandonar era muy pequeño —apenas mayor que una casita de campo—, pero estaba hecho de una materia que, sin duda, era mármol, y su diseño resultaba bizarro y complejo, con formas y figuras que combinaban lo occidental y lo oriental. En los ángulos se erguían unas columnas de estilo corintio, pero la techumbre de rojas tejas era idéntica al de una pagoda china. Desde la puerta, y adentrándose en la tierra, discurría un sendero tapizado de una curiosa arena blanca, cuya anchura apenas superaba el metro, bordeado de palmeras majestuosas y desconocidos arbustos floridos y plantas. Discurría por la ladera del promontorio en la que el mar era azul y el banco de arena blancuzco. En ese camino sentí un deseo irresistible de huir, como si me persiguiera un diabólico espíritu surgido del batiente océano. Al principio la senda ascendía suavemente, pero enseguida llegué a una apacible cresta. A mi espalda contemplé la escena que había dejado atrás: el lugar donde descansaba la casita y el agua negra, con el mar verdoso en un costado y el azul en el otro, y el maleficio sin nombre ni propósito que se cernía sobre toda ella. Jamás volví a verla, y con frecuencia me pregunto... Después de aquella última mirada avancé a grandes zancadas y examiné el paisaje terrestre que se abría ante mí.

La senda, como ya he sugerido, discurría por la ladera derecha del promontorio según se avanzaba tierra adentro. Por delante y a la izquierda distinguí un valle magnífico que abarcaba miles de acres y estaba tapizado de un mar ondulante de hierba tropical hasta la altura de mi cabeza. Casi al límite de la visión se erguía una palmera colosal que parecía fascinarme y atraerme. En esos momentos la fascinación y el embrujo por la amenazada península habían disipado en gran medida mi espanto, pero al detenerme y sentarme totalmente fatigado en la senda mis manos removieron descuidadas la cálida, blanca y dorada arena, y me invadió una nueva y aguda sensación de peligro. Algo espantoso oculto en la susurrante y alta hierba parecía unirse a los terrores del diabólico martilleo marino, y me puse a gritar con fuerza, totalmente confundido: «¿Un tigre? ¿Un tigre? ¿Es un tigre? ¿Una bestia? ¿Una bestia? ¿Es una bestia lo que me aterra?». El hilo de mis pensamientos retrocedió hasta un relato sobre tigres, muy viejo y clásico, que había leído; intenté recordar su autor, pero no lo conseguía. Entonces, acuciado por el miedo, recordé que el cuento era de Rudyard Kipling, aunque no se me

ocurrió pensar lo absurdo que resultaba calificar de antiguo a este escritor. Deseé tener el volumen que incluía el relato, y casi me había dado la vuelta para regresar al edificio maldito y conseguirlo cuando el sentido común y la atracción que ejercía sobre mí la palmera evitaron que así lo hiciera.

¿Habría resistido el impulso de regresar si el influjo que ejercía sobre mí la gigantesca palmera no hubiera existido? No sabría decirlo. Esta atracción dominaba ahora todo lo demás y me vi impulsado a abandonar la senda y gatear a cuatro patas, descendiendo por la ladera del valle, a pesar del miedo a la hierba y a las serpientes que pudieran estar ocultas en su interior. Decidí luchar por mi vida y mi buen juicio con todas mis fuerzas y enfrentarme a los peligros del mar y la tierra, aunque a veces temía la derrota, sobre todo al escuchar el susurro enloquecedor de la extraña hierba mezclándose con el irritante martilleo de las distantes rompientes, que aún era posible distinguir. Con frecuencia me detenía y me tapaba los oídos con las manos en busca de consuelo, pero nunca conseguía acallar del todo el detestable sonido. Transcurridos siglos y siglos, o al menos eso me pareció a mí, conseguí llegar a rastras hasta la sugestiva palmera y permanecí tumbado bajo su sombra protectora.

Entonces acontecieron una serie de incidentes que me transportaron a los extremos opuestos del éxtasis y el terror, incidentes que me estremece recordar y que no me atrevo a interpretar. En cuanto llegué a rastras bajo la colgante frondosidad de la palmera, descendió de entre sus ramas un joven muchacho de una belleza tal y como nunca había visto antes. Aun polvoriento y desaliñado, aquel ser tenía los rasgos de un fauno o semidiós, y parecía emitir un halo de luz bajo la densa sombra del árbol. Sonrió y alargó la mano, pero antes de que pudiera levantarme y hablar escuché en las alturas la exquisita melodía de un cántico; unas notas agudas y graves se mezclaban con sublime y etérea armonía. Por entonces el sol se había hundido bajo el horizonte, y en el crepúsculo distinguí una aureola de suave luminosidad que rodeaba la cabeza del muchacho. Luego, con una entonación cristalina, me dijo: «Es el fin. Han descendido desde las estrellas en el ocaso. Todo está acabado, y moraremos felizmente en Teloe, más allá de las corrientes arinurias». Mientras el muchacho hablaba distinguí una suave luminosidad que se filtraba entre las hojas de la palmera y dos criaturas, que yo sabía que

eran los cantores principales de todos los que había escuchado, se irguieron y saludaron. Debía de tratarse de un dios y una diosa, ya que es imposible encontrar semejante belleza en una criatura mortal, y tomaron mis manos diciendo: «Ven joven, has escuchado las voces y todo está bien. En Teloe, más allá de las corrientes arinurias y la Vía Láctea, se alzan ciudades de ámbar y calcedonia. Y sobre sus cúpulas poliédricas se reflejan los rayos de extrañas y hermosas estrellas. Bajo los puentes de marfil de Teloe fluyen ríos de aguas doradas sobre los que se deslizan pacíficos barcos con destino a la florida Cytharion de los Siete Soles. Y en Teloe y en Cytharion solo existe la juventud, la belleza y el placer, y no se escucha ningún sonido, excepto el de la risa, el canto y los laúdes. Solo los dioses moran en Teloe, la de los ríos de oro, pero entre ellos tú también puedes morar».

Mientras escuchaba, fascinado, me di cuenta de pronto de un cambio en los alrededores. La palmera, que había dado sombra a mi fatigado cuerpo, se encontraba ahora a cierta distancia, un poco a la izquierda y muy por debajo de mí. Evidentemente me encontraba flotando en el aire; y no solo acompañado por el extraño muchacho y la radiante pareja, sino también por una multitud, que se incrementaba constantemente, de jóvenes luminosos y coronados de hojas de parra, y doncellas de flotantes cabellos y aspecto festivo. Ascendimos lentamente juntos, como llevados por una brisa fragante que no soplabá desde la tierra sino desde una cósmica nube dorada, y el muchacho me susurraba al oído que debía mirar siempre hacia arriba, a los senderos de luz, y nunca a la esfera que acababa de abandonar. Los jóvenes y las doncellas entonaban ahora un delicado cántico acompañado por el sonido de los laúdes, y fui envuelto por una paz y una alegría que jamás hubiera imaginado en la vida real; y entonces, la intromisión de una simple nota cambió mi destino y destruyó mi alma. Atravesando la música de los cantores y los laúdes, como si fuera una burla, una nota demoniaca, un latido que palpitaba en abismos de condenación, se abrió paso hasta mí el detestable martilleo de aquel pavoroso océano. Y mientras las oscuras rompientes laceraban mis oídos con su mensaje, olvidé las palabras del muchacho y miré abajo, al maligno escenario del que creía haber escapado.

Abajo, a través del éter, contemplé la maldita tierra girando, siempre girando, repleta de mares ceñudos y tempestuosos que rompían sobre costas

desoladas y salvajes y rociaban de espuma las bamboleantes torres de desérticas ciudades. Y bajo una luna grotesca brillaban visiones que no puedo describir, visiones que no puedo olvidar, desiertos de cadáveres arcillosos y junglas de ruina y decadencia donde, en otro tiempo, se asentaban las populosas llanuras y pueblos de mi tierra natal, y torbellinos de océanos espumosos donde, antaño, se levantaron los poderosos templos de mis antepasados. Alrededor del Polo Norte se asentaba un pantano de fétidas excrecencias y pestilentes vapores que siseaban al chocar contra las eternas rompientes que brotaban y se encrespaban desde las convulsas profundidades. Entonces un violento estampido rasgó la noche y a través del desierto de los desiertos surgió una grieta humeante. El negro océano aún seguía espumeando y royendo, devorando el desierto por todas partes mientras la grieta en el centro se hacía más y más ancha.

Ya no quedaba ninguna otra tierra que no fuera el desierto, pero el hirviente océano seguía royendo y royendo. Pensé incluso que el lacerante océano parecía temeroso de algo, temeroso de los dioses oscuros de las profundidades de la tierra que son más poderosos que el maligno dios de las aguas, pero aunque fuera así ya no había vuelta atrás; el desierto había sufrido tanto por culpa de aquellas olas de pesadilla que ya no era posible hacer nada. El océano devoró el último pedazo de tierra y se desparramó sobre el vaporoso abismo, abandonando sus anteriores regiones de conquista. Fluyó de nuevo sobre las tierras recién inundadas, desvelando muerte y decadencia, y gota a gota fue vertiéndose de horrible manera desde su antiguo y arcaico lecho, dejando al descubierto oscuros secretos de tiempos lejanos, cuando el mundo era joven y los dioses no habían nacido. De entre las olas emergieron torres apenas recordadas cubiertas de algas. La luna teñía de una luz pálida las muertas calles de Londres, y París se erguía sobre su cenagosa tumba para ser santificada por el polvo cósmico. Luego se alzaron agujas y monolitos que también estaban cubiertos de algas pero que ya nadie recordaba; agujas y monolitos pavorosos de tierras que el hombre jamás ha conocido.

El martilleo había cesado, ya solo quedaba el rugido sideral y el rumor de las aguas precipitándose al abismo. La bruma que emergía de aquel sumidero se había tornado vapor y ocultaba el mundo mientras se iba haciendo más y

más densa. Me quemaba las manos y el rostro, y cuando miré a mis compañeros para ver cómo les afectaba descubrí que todos habían desaparecido. De repente todo acabó y ya no me di cuenta de nada hasta que desperté en la cama de un hospital. Cuando la nube de vapor que emergía del abismo plutónico ocultó al fin la escena que se desarrollaba ante mis ojos, el firmamento estalló en un agónico tumulto de locas reverberaciones que sacudieron el éter. Todo sucedió en un único y frenético instante; un holocausto cegador y retumbante de humo, fuego y estruendo que disolvió la lívida luna como si se hubiera licuado en el vacío.

Y cuando el humo se disipó y traté de ver la tierra, tan solo fui capaz de distinguir, sobre un fondo de frías y jocosas estrellas, un sol agonizante y una hilera de planetas sombríos que buscaban a su hermana perdida.

LA ÚLTIMA PRUEBA

The Last Test (1927)

Adolphe de Castro & H.P. Lovecraft

I

Pocas personas conocen los entresijos de la historia de Clarendon, y menos aún que hubiera algo más aparte de lo contado por los periódicos. Fue todo un acontecimiento en el San Francisco de antes del incendio no solo por el terror y la amenaza que acompañaron al suceso, sino también por su directa relación con el gobernador del Estado. El gobernador Dalton, lo recuerda todo el mundo, fue el mejor amigo de Clarendon y se casó más tarde con su hermana. Ni el señor ni la señora Dalton hablarían jamás de un asunto tan doloroso, pero de alguna manera los acontecimientos se han filtrado a un reducido círculo de personas. Solo por esto, y porque el devenir de los años ha teñido de vaguedad y poca precisión a sus protagonistas, uno aún se lo piensa bastante antes de sumergirse en secretos tan estrictamente guardados a lo largo del tiempo.

El nombramiento del doctor Alfred Clarendon como director médico de la penitenciaría de San Quintín en 189— fue acogido con el mayor entusiasmo en todo el Estado de California. San Francisco tenía al fin el honor de contar con uno de los biólogos y médicos más grandes de la época,

y renombrados patólogos de todo el mundo ansiaban desplazarse hasta esa ciudad para estudiar sus métodos, beneficiarse de sus consejos y descubrimientos, y poder así resolver los problemas de sus regiones de origen. California se convertiría, de la noche a la mañana, en un centro cultural médico de influencia y reputación mundial.

El gobernador Dalton, ansioso de que la noticia tuviera la mayor repercusión posible, se las ingenió para que la prensa divulgara con todo detalle los logros más señalados de su nuevo funcionario. Fotos del doctor Clarendon y de su actual residencia cerca de la antigua Goat Hill, notas sobre su carrera y sus numerosos logros, y anécdotas públicas en relación a sus notables descubrimientos científicos, todo ello se encontraba con profusión en los principales diarios californianos; de manera que el público pronto sintió una especie de orgullo compartido por el hombre cuyas investigaciones sobre la *piemia*^[1] en la India, la peste de China y toda clase de enfermedades afines pronto enriquecería el mundo de la medicina con una antitoxina de revolucionaria importancia, una antitoxina esencial que combatiría cualquier proceso febril desde su mismo origen, consiguiendo reducir y exterminar la fiebre en todas sus diversas formas.

Detrás de este nombramiento se escondía una larga historia, no poco romántica, de temprana amistad, larga separación y renovada camaradería. James Dalton y la familia Clarendon habían tenido lazos de amistad en Nueva York diez años antes, una amistad más que profunda desde que Georgina, la única hermana del doctor, fuera novia de un jovencísimo Dalton y el doctor mismo había sido su colega más íntimo y casi su protegido durante los días de instituto y universidad. El padre de Alfred y Georgina, un pirata de Wall Street de la más antigua y despiadada especie, conocía bien al padre de Dalton; de hecho, lo conocía tan bien que por fin consiguió despojarle de todas sus posesiones durante una memorable tarde de pujas en el parqué de la Bolsa. Dalton padre, incapaz de recuperar lo perdido y deseando que su único y adorado hijo pudiera beneficiarse del seguro, se saltó la tapa de los sesos; pero James no tenía ansias de venganza. Así eran las reglas del juego, tal y como él lo veía; y no le deseaba ningún mal al padre de la muchacha con la que pretendía casarse, ni al joven e incipiente científico al cual había admirado y protegido durante sus años de estudio y

amistad. En lugar de eso, se dedicó al aprendizaje de la abogacía, situándose de manera más bien modesta, y a su debido tiempo pidió la mano de Georgina al «viejo Clarendon».

El viejo le rechazó con firmeza y toda clase de aspavientos, proclamando que ningún abogaducho advenedizo y pordiosero sería jamás su yerno, tras lo cual se desarrolló una escena de considerable violencia. James expresó al fin todo lo que pensaba desde hacía tiempo sobre el ajado filibustero y abandonó la casa y la ciudad lleno de ira; al mes siguiente se encontraba en California, lugar en el que llegó a gobernador tras numerosas luchas dialécticas en los corrillos políticos. Su despedida de Alfred y Georgina había sido breve y jamás supo lo sucedido tras la disputa en la biblioteca de Clarendon. Por un solo día no se enteró de las nuevas sobre la muerte del viejo Clarendon, que había fallecido de apoplejía, y de esta manera el curso de su carrera cambió por completo. Durante la década siguiente no se había escrito con Georgina, pues conocía la lealtad que profesaba a su padre y esperaba que su fortuna y posición pronto acabarían con todos los obstáculos para un nuevo encuentro. Tampoco había intercambiado ni una sola palabra con Alfred, cuya tranquila indiferencia y falta de afectación parecían asumir las mieles del éxito y la autosuficiencia del genio. Entregado a una perseverancia que aun entonces resultaba extraña, trabajaba y progresaba con sus únicas miras puestas en el futuro; aún seguía soltero, y tenía una fe ciega y sin fisuras en que Georgina también le estaría esperando.

En esto Dalton no se equivocaba. Asombrada quizás por la ausencia de mensajes, Georgina no halló ningún amor excepto en sus sueños y esperanzas, y según fue pasando el tiempo se vio demasiado ocupada por las nuevas responsabilidades que conllevaba el ascenso de su hermano a la fama. Los logros de Alfred no desmentían las expectativas creadas en su juventud y el delgado muchacho había ido ascendiendo tranquilamente los peldaños de la ciencia con una velocidad y consistencia casi vertiginosa. Enjuto y austero, con unos quevedos redondos de acero sobre la nariz y afilada barbilla marrón, el doctor Alfred Clarendon era todo un genio a los veintinueve años de edad y una figura de fama internacional a los treinta. Ignoraba los asuntos mundanos con la indiferencia de un genio, dependía en gran medida de la administración y los cuidados de su hermana y estaba en secreto complacido

de que el recuerdo de James la hubiera apartado de otros romances más asequibles.

Georgina se ocupaba de los negocios y el gobierno de la casa del gran bacteriólogo y estaba orgullosa de sus avances en la lucha contra la fiebre. Soportaba con paciencia sus extravagancias, calmaba sus estallidos ocasionales de fanatismo y suavizaba los frecuentes roces que surgían con sus amigos ante su desprecio por todo lo que no fuera una absoluta devoción por la simple y pura verdad y sus progresos. A veces Clarendon resultaba sin duda irritante a la gente corriente, pues jamás se cansaba de despreciar lo meramente individual en comparación con cualquier servicio prestado al conjunto de la humanidad, ni de censurar a los investigadores que mezclaban la vida doméstica o los intereses personales con la búsqueda de la ciencia conceptual. Sus enemigos le calificaban de aguafiestas, pero sus admiradores, abstraídos ante el éxtasis que le invadía cuando estaba absorto en el trabajo, se sentían casi avergonzados de haber tenido otras aspiraciones o metas que estuvieran más allá de la divina esfera del puro conocimiento.

El doctor viajaba lejos con frecuencia y Georgina solía acompañarle en sus desplazamientos más cortos. Sin embargo, en tres ocasiones había realizado largos y solitarios viajes a extraños y distantes lugares con la intención de avanzar en el estudio de ciertas fiebres exóticas y plagas casi fabulosas, ya que sabía que era en las tierras desconocidas de la críptica e inmemorial Asia donde se generaban la mayoría de las enfermedades terrenales. En todas y cada una de aquellas ocasiones se había traído consigo extraños objetos que añadía al resto de extravagancias que adornaban su casa, la menor de las cuales no era el numeroso e innecesario grupo de sirvientes tibetanos que se había traído de algún lugar de U-tsang durante una epidemia de la que el mundo jamás había oído hablar, en la que Clarendon había descubierto y aislado el germen de la fiebre negra. Aquellos hombres, más altos que la mayoría de los tibetanos y pertenecientes con toda seguridad a una casta apenas conocida por el resto del mundo, eran de una delgadez tan esquelética que hizo que la gente se preguntara si el doctor no estaría intentado rememorar en ellos los modelos anatómicos de sus días de estudiante. Su aspecto, con las amplias túnicas de seda negra de los sacerdotes de Bonpa que el doctor había elegido para su vestimenta, resultaba

de lo más grotesco; jamás hablaban ni sonreían y sus movimientos eran extremadamente rígidos, todo lo cual les daba un aire de irrealidad y hacía que Georgina tuviera la extraña y horrible sensación de haberse sumergido en las páginas de *Vathek* o *Las mil y una noches*.

Pero el más extravagante de todos era el mayordomo principal o ayudante de laboratorio al que el doctor Clarendon llamaba Surama, y que se había traído tras una larga estancia en el norte de África, durante la cual había estado investigando unas curiosas fiebres intermitentes que se producían entre los misteriosos tuaregs del Sahara, cuya descendencia de la raza primigenia de la perdida Atlántida es un viejo rumor arqueológico. Surama, un hombre de gran inteligencia y, al parecer, inagotable erudición, era tan exageradamente delgado como los sirvientes tibetanos, de piel cetrina y apergaminada tan ceñida a su pelada calva y su descarnado rostro que todas las líneas del cráneo resaltaban de forma grotesca... este efecto general se acentuaba por unos ojos sin brillo, aunque ardientes y negros, tan hundidos en el rostro que al mirarlo parecía que solo hubiera un par de cuencas vacías y oscuras. A diferencia del sirviente ideal, y a pesar de sus impasibles facciones, no parecía interesado en hacer el más mínimo esfuerzo por ocultar las emociones que le embargaban. Todo lo contrario, pues solía mostrar unas maneras insidiosas cargadas de ironía o diversión, que en determinadas ocasiones acompañaba de una profunda, gutural risita similar a la que emite una tortuga gigante tras haber despiezado algún animal peludo y mientras se dirige de nuevo lentamente hacia el mar. Parecía ser de raza caucásica; poco más podía decirse de sus orígenes. Algunos amigos de Clarendon pensaban que parecía un hindú de alta casta, a pesar de que se expresaba sin ningún tipo de acento, pero la mayoría estaba de acuerdo con Georgina —a la que le desagradaba bastante— cuando opinó que la momia de un faraón, milagrosamente reencarnada, sería la pareja perfecta de aquel grotesco esqueleto.

Dalton, absorto en sus cada vez mayores conflictos políticos y alejado de los acontecimientos del Este por la singular autosuficiencia del Viejo Oeste, no había seguido la meteórica ascensión de su antiguo camarada; Clarendon tampoco había oído nada acerca de un gobernador que se encontraba tan apartado de su querido mundo científico. Dotados de gran independencia y

abundantes recursos, los Clarendon habitaron durante muchos años en su vetusta mansión de Manhattan en la calle Diecinueve Este, cuyos fantasmas debían observar de reojo y con acritud el aspecto extravagante de Surama y los tibetanos. Entonces, gracias a los deseos del doctor de trasladar su centro de investigaciones médicas, se produjo el enorme y repentino cambio, y todos cruzaron el continente para llevar una vida retirada en San Francisco; compraron la vieja y lóbrega finca Bannister, cerca de Goat Hill y frente a la bahía, y establecieron su extraño lugar de residencia en una vetusta reliquia de diseño medio Victoriano, tejados franceses y aspecto de haber pertenecido a algún nuevo rico, que estaba situada entre campos cercados por altos muros, en una zona aún suburbana.

El doctor Clarendon, a pesar de sentirse más satisfecho que en Nueva York, seguía echando en falta la escasez de oportunidades para aplicar y probar sus teorías médicas. Como era de natural callado, jamás se le había ocurrido servirse de su reputación para conseguir un cargo público; sin embargo cada vez creía con más convicción que solo la dirección médica de alguna entidad gubernamental o institución benéfica —una prisión, hospital o asilo de la caridad— le daría el suficiente margen de maniobra para completar sus investigaciones y llevar a cabo descubrimientos que beneficiarían a la ciencia y a toda la humanidad.

Entonces, una tarde, se topó por casualidad con James Dalton en Market Street cuando el gobernador estaba abandonando el Hotel Royal. Georgina le acompañaba y en un instante el reconocimiento mutuo aumentó el dramatismo de la reunión. La ignorancia de sus respectivos avances sociales hizo que se intercambiaran largas historias y explicaciones, y Clarendon se sintió muy complacido al descubrir que tenía a alguien con un cargo tan importante como amigo. Dalton y Georgina, mientras se intercambiaban numerosas miradas, sentían algo más que un simple rescoldo de su antiguo amor, y revivieron los viejos lazos de amistad, de manera que las llamadas y confidencias entre ellos se hicieran cada vez más numerosas.

James Dalton se enteró del interés de su viejo protegido por un cargo gubernamental y, adoptando de nuevo el rol protector de sus días de estudiante y universidad, trató de urdir la manera de dar al «pequeño Alf» la anhelada posición y competencia. Ciertamente es que tenía amplios poderes

designativos, pero los continuos ataques y ofensivas hacia su legislatura le obligaron a ir con pies de plomo. Sin embargo, apenas tres meses después del inesperado encuentro, quedó vacante la dirección de la principal institución médica del Estado. Sopesando con cautela todos los factores, y consciente de que los logros y la reputación de su amigo justificarían con creces la más sobresaliente recompensa, el gobernador se decidió a actuar. Se llevaron a cabo muy pocas formalidades, y el 8 de noviembre de 189— el doctor Alfred Schuyler Clarendon se convirtió en el director médico de la penitenciaría estatal de California, sita en San Quintín.

II

En menos de un mes las esperanzas que albergaban los admiradores del doctor Clarendon se vieron ampliamente confirmadas. Algunos cambios drásticos en los métodos dieron a la rutina médica de la prisión una eficiencia nunca antes soñada, y aunque sus subordinados no carecían de cierta envidia, se sentían obligados a admitir los increíbles resultados conseguidos gracias a la administración de un verdadero gran hombre. Poco después, esa sencilla admiración se convirtió en una devota gratitud gracias a la conjunción providencial de tiempo, lugar y hombre; una mañana, el doctor Jones se presentó ante su superior con cara de preocupación para comunicarle el descubrimiento de un caso que él solo pudo identificar como de fiebre negra, la misma cuyo germen el propio doctor Clarendon había descubierto y aislado.

El doctor Clarendon no mostró sorpresa alguna y permaneció en su escritorio frente a él.

—Lo sé —dijo con tranquilidad—. Me di cuenta ayer. Me satisface que lo haya reconocido. Ponga al enfermo en un pabellón aislado, aunque no creo que la fiebre sea contagiosa.

El doctor Jones, que tenía sus propias ideas sobre el contagio de la enfermedad, se alegró de tomar aquella medida y fue rápidamente a ejecutar la orden. Al regresar, el doctor Clarendon se levantó para salir del despacho, informándole que él mismo se ocuparía del caso en persona. Frustrado en sus

deseos de observar los métodos y técnicas del gran hombre, el joven médico se quedó mirando a su superior mientras se dirigía a grandes zancadas hacia el solitario pabellón donde había internado al paciente, más crítico que nunca, desde que la admiración había vencido sus primeras punzadas de envidia, ante la nueva dirección.

Nada más llegar al pabellón, el doctor Clarendon entró precipitadamente y miró el lecho del paciente, luego dio un paso atrás para ver hasta dónde había atraído al doctor Jones la obvia curiosidad que sentía. Acto seguido, al ver que el pasillo seguía vacío, cerró la puerta y se volvió para examinar al enfermo. Se trataba de un reo de aspecto singularmente repulsivo y parecía sufrir los tormentos más atroces. Sus rasgos estaban espantosamente contraídos y tenía las rodillas levantadas en una muda desesperación llena de angustia. Clarendon lo examinó con detenimiento, levantó sus párpados fuertemente cerrados, le tomó el pulso y la temperatura y, por fin, tras disolver una tableta en agua, hizo que la solución se colara entre los labios del infectado. Casi enseguida lo peor del ataque había remitido, pues el cuerpo se relajó, la expresión del rostro volvió a la normalidad y el paciente empezó a respirar con mayor facilidad. Luego, después de frotar suavemente sus orejas, el doctor consiguió que el enfermo abriera los ojos. Había vida en ellos, ya que se movían de un lado a otro, aunque carecían de la sutil llama que consideramos el reflejo del alma. Clarendon sonrió mientras observaba la paz que su tratamiento había traído al enfermo, sintiendo todo el poder de la ciencia en sus venas. Hacía tiempo que conocía aquel caso y consiguió arrebatarse a la muerte una víctima más con el trabajo de un breve instante. Una hora más y aquel hombre estaría muerto... mientras que Jones había visto los síntomas días atrás, antes de saber exactamente el diagnóstico, y, aun después de conocerlo, no sabía qué hacer para curarlo.

La victoria del hombre sobre la enfermedad, sin embargo, no podía ser del todo perfecta. Clarendon, tras asegurar a los indecisos reos de confianza —que hacían las veces de enfermeros— que la fiebre no era contagiosa, hizo que se bañara al paciente con una esponja empapada en alcohol y lo dejó acostado en su lecho; pero al día siguiente se le comunicó que el caso estaba perdido. El hombre había muerto después de la medianoche en medio de una espantosa agonía, profiriendo tales gritos y con el rostro tan desfigurado que

los enfermeros casi se dejaron vencer por el pánico. El doctor encajó estas noticias con su calma habitual, fueran cuales fueran sus sentimientos científicos en esos momentos, y ordenó que se enterrara al paciente en cal viva. Acto seguido, tras encoger filosóficamente los hombros, hizo su ronda habitual por la penitenciaría.

Dos días después un nuevo incidente sacudió la prisión. Tres hombres cayeron enfermos al mismo tiempo, y ya no hubo duda de que una epidemia de fiebre negra se estaba extendiendo por la prisión. Clarendon, al haber afirmado con tanta seguridad que la dolencia no era contagiosa, sufrió una clara merma en su prestigio que se vio incrementada por la negativa de los enfermeros de confianza a atender a los pacientes. No tenían el espíritu de sacrificio de las almas bondadosas dispuestas a darlo todo en aras de la ciencia y la humanidad. Eran convictos que se dedicaban a aquella tarea a cambio de los privilegios que les reportaba, y cuando el precio a pagar se hizo demasiado costoso prefirieron prescindir de tales prerrogativas.

Pero el doctor aún seguía controlando la situación. Tras consultarlo con el alcaide y enviar varios mensajes urgentes a su amigo el gobernador, consiguió que se ofrecieran recompensas monetarias y reducciones de pena a los reos dispuestos a aceptar el peligroso trabajo de enfermería; gracias a estas disposiciones obtuvo un respetable número de voluntarios. Entonces se sintió listo para la acción y nada pudo con su aplomo y determinación. Dejó de lado el resto de los casos y la fatiga no parecía hacer mella en él mientras se apresuraba de una cama a otra en el interior de aquel inmenso edificio de piedra henchido de tristeza y maldad. En una semana se produjeron cuarenta casos más y hubo que contratar enfermeros de la ciudad. Clarendon apenas iba a su casa durante aquella época, con frecuencia dormía en un catre en el barracón de los guardias y se entregaba sin reparos al servicio de la medicina y la humanidad.

Entonces se produjeron los primeros rumores de la tormenta que estaba a punto de convulsionar San Francisco. La noticia se extendió y la amenaza de la fiebre negra se desparramó sobre la ciudad como la niebla que sube desde la bahía. Los periodistas, acostumbrados a la doctrina de «primero lo más sensacionalista», se sirvieron de su imaginación sin ningún tipo de restricciones, sintiéndose encantados cuando al fin pudieron descubrir un

caso en el barrio mexicano que el médico local —más ansioso quizás de dinero que de la verdad o la salud cívica— calificó como de fiebre negra.

Aquello fue la puntilla. Aterrados ante la idea de que una muerte reptante se hallara tan cerca de ellos, los habitantes de San Francisco enloquecieron en masa y se embarcaron en ese histórico éxodo del que pronto todo el país iba a saber a través de los cables telegráficos. Transbordadores, botes de remos, vapores de recreo y lanchas, ferrocarriles, teleféricos, bicicletas, carromatos, furgonetas de reparto y carretillas, todo fue requisado y puesto en servicio al instante. Sausalito y Tamalpais, por estar en la ruta a San Quintín, también se unieron a la huida, mientras que el alquiler de habitaciones en Oakland, Berkeley y Alameda subió a unos precios exorbitantes. Surgieron por todas partes asentamientos repletos de tiendas de campaña y numerosos poblados improvisados bordeaban las carreteras atestadas desde Millbrae hasta San José. Muchos buscaron refugio junto a sus amigos en Sacramento, mientras que los que se veían obligados, por un motivo u otro, a permanecer atrás, no podían hacer otra cosa que mantener las necesidades básicas de una ciudad casi muerta.

Los negocios, excepto el de los charlatanes curanderos que ofrecían una «cura segura» o «medidas preventivas» ante la fiebre, decayeron rápidamente hasta el punto de desaparecer. Al principio las tabernas ofrecían «bebidas medicinales», pero pronto se percataron de que el populacho prefería ser embaucado por charlatanes de aspecto más profesional. En las calles insólitamente silenciosas la gente escrutaba el rostro de los demás con el temor de descubrir los síntomas de la epidemia y los tenderos cada vez eran más reticentes a admitir a sus clientes, ya que en casi todos creían ver los síntomas de la fiebre. La maquinaria judicial empezó a desintegrarse mientras los abogados y funcionarios iban sucumbiendo uno tras otro al impulso de huir. Incluso los médicos desertaron en gran número, escudándose muchos de ellos en la necesidad de tomarse unas vacaciones en las montañas y lagos que se encontraban al norte del Estado. Escuelas y universidades, teatros y cafés, restaurantes y tabernas, todos aquellos establecimientos fueron cerrando sus puertas, y en una sola semana San Francisco quedó postrada e inerte, funcionando únicamente, y a medio gas, los servicios de agua, luz y electricidad, con los periódicos reducidos a una mínima esencia y una

decrépita parodia de transporte público que se reducía a los caballos y el trolebús.

Este fue el punto más bajo. No podía durar mucho, pues el coraje y la determinación nunca mueren del todo en el hombre, y pronto la inexistencia de una epidemia de fiebre negra más allá de las paredes de San Quintín se hizo tan obvia que nadie lo pudo negar, a pesar de algunos casos de fiebres tifoideas cuyo foco se encontraba en los insalubres poblados de refugiados a las afueras de la ciudad. Los líderes y editores de la comunidad se reunieron y, tomando cartas en el asunto, reclutaron a los mismos periodistas que tantos problemas habían causado y les obligaron a cambiar su estilo de «primero lo más sensacionalista» por otro más constructivo. Se publicaron editoriales y entrevistas falsas informando de que el doctor Clarendon tenía un control absoluto sobre la enfermedad y que su difusión más allá de los muros de la penitenciaría era del todo imposible. La divulgación y reiteración de estos mensajes fue actuando poco a poco y, de manera gradual, el lento flujo de ciudadanos que retornaban fue transformándose en un caudal vigoroso. Uno de los primeros síntomas de que todo iba volviendo a la normalidad fue el inicio de un debate en los periódicos sobre quién había sido el verdadero causante del pánico. Los médicos, tras regresar fortalecidos de sus envidiables vacaciones, empezaron a acusar a Clarendon, afirmando ante los ciudadanos que ellos también eran capaces de atajar la fiebre y censurándole no haber tomado medidas más drásticas para que no se extendiera fuera de los muros de San Quintín.

Aseveraban que Clarendon era culpable de haber permitido más muertes de las necesarias. Cualquier aprendiz de tres al cuarto sabía cómo atajar la fiebre, y si este renombrado erudito no lo había hecho era obvio que tenía otros intereses científicos, es decir, que prefería investigar los efectos finales de la enfermedad que tratarla adecuadamente para salvar a las víctimas. Esa política, llegaron a insinuar, podía ser apropiada para los asesinos convictos internados en la penitenciaría, pero no para la ciudad de San Francisco, donde la vida seguía siendo algo precioso y sagrado. Estas eran las opiniones que se vertían y los periódicos estuvieron encantados de publicar todo lo que escribían, ya que la acidez de la orquestada campaña, en la cual el doctor Clarendon sin duda iba a intervenir tarde o temprano, ayudaría a erradicar la

confusión y restablecer la confianza entre la gente.

Pero Clarendon no respondió a las críticas. Tan solo sonreía, mientras que su insólito ayudante clínico, Surama, no paraba de reír entre dientes. En esos días paraba más en casa, de manera que los periodistas empezaron a asediar la puerta del gran muro que el doctor había construido alrededor de su residencia, en lugar de rondar la oficina del alcaide en San Quintín. Sin embargo, los resultados fueron bastante pobres, ya que Surama constituía una barrera infranqueable entre el doctor y el mundo exterior... incluso después de que los periodistas invadieran los campos de su residencia. Los que pudieron llegar hasta la parte delantera de la mansión, vislumbraron el extraño séquito de Clarendon e hicieron todo lo posible por describir a Surama y los insólitos tibetanos esqueléticos. Por supuesto, los artículos exageraban en todo y su efecto mediático sobre los lectores resultó claramente adverso para el gran médico. La mayoría de las personas odian todo lo que se sale de lo corriente, y un gran número de ellas, que habitualmente serían más condescendientes con la incompetencia o la falta de humanidad, estaban dispuestas a condenar el gusto extravagante por el cáustico ayudante y los ocho orientales de negras túnicas.

A principios de enero, un joven del *Observer* especialmente tenaz escaló el foso y el muro de ladrillo de dos metros y medio de alto que se erguía en la zona trasera de la finca de Clarendon y empezó a merodear por los alrededores, que estaban ocultos a la vista por culpa de los árboles que crecían en el frontal. Poseía una inteligencia viva y siempre alerta, y enseguida captó todo lo que le rodeaba —la rosaleda; las pajareras; las jaulas de animales rebosantes de toda clase de mamíferos, desde monos hasta conejillos de Indias, los cuales se podían ver y oír; la sólida construcción de madera con ventanas enrejadas, en la esquina noroeste de la finca, que hacía las veces de clínica— y se dispuso a investigar con sumo cuidado la enorme extensión de terreno privado que rodeaba la finca. Se estaba forjando un gran artículo, y habría escapado indemne de no ser por los ladridos de Dick, el gigantesco y queridísimo San Bernardo de Georgina. Surama actuó con suma rapidez y agarró al joven por el cuello antes de que pudiera emitir la más mínima protesta, se puso a zarandearlo, como haría un terrier con una simple rata, y lo arrastró entre los árboles hasta la parte delantera de la finca y la

entrada principal.

Todas las explicaciones sofocadas y las trémulas demandas de ver al doctor Clarendon fueron inútiles. Surama se limitaba a reír entre dientes y arrastrar a su presa. De repente el atildado periodista se vio asaltado por un temor muy definido y deseó con todas sus fuerzas que aquella criatura inhumana dijera algo, aunque solo fuera para probar que estaba hecha de auténtica carne y hueso, y que pertenecía a este planeta. Se sintió muy enfermo, e intentó no mirar esos ojos que, estaba seguro, yacían en el fondo de las profundas y negras órbitas. Acto seguido oyó el ruido de la puerta al abrirse y se sintió violentamente empujado al exterior; luego se encontró tirado en la tierra, en el foso húmedo y embarrado que Clarendon había hecho excavar alrededor del perímetro de la tapia. El temor dio paso a la rabia mientras oía el estruendo de la enorme puerta al ser cerrada y se incorporó chorreante con la intención de aporrear el prohibido portal. Entonces, cuando se dio la vuelta para alejarse, se produjo un sonido muy suave a su espalda y, a través de un pequeño ventanuco que había en el portón, sintió los ojos hundidos de Surama y escuchó los ecos de una sardónica risita, profunda y heladora.

El joven, creyendo quizás que el tratamiento recibido por su indiscreción había sido exageradamente rudo, decidió vengarse de la familia responsable de ello. De manera que se inventó una entrevista falsa con el doctor Clarendon, que se suponía había tenido lugar en el pabellón destinado a clínica, en el transcurso de la cual describía con todo lujo de detalles la agonía de una docena de enfermos de fiebre negra a los que su imaginación situó en varias filas de ordenadas camillas. El párrafo más espectacular del escrito era el retrato de un enfermo especialmente patético suplicando un poco de agua, mientras el doctor sostenía un vaso del cristalino fluido justo fuera de su alcance, con la intención de investigar los efectos que provocarían en el desarrollo de la enfermedad el no poder acceder a algo que se deseaba con ansia. Aquella farsa continuaba con varios párrafos malintencionados escritos de manera tan respetuosa que no hacían sino incrementar sus venenosas insinuaciones. El doctor Clarendon era sin duda, según el artículo, el científico más grande e inteligente del mundo, pero la ciencia no es aliada del bienestar individual y nadie debería hacerse cargo de unos enfermos

agonizantes y agravar su estado por el simple hecho de satisfacer sus ansias de investigador en la búsqueda de una verdad un tanto abstracta. La vida es demasiado corta para eso.

En conjunto, el artículo estaba diabólicamente bien escrito, y consiguió horrorizar a nueve de cada diez lectores y ponerles en contra del doctor Clarendon y sus supuestos métodos. Otros periódicos se lanzaron a copiar y ampliar lo expuesto, y pronto empezaron a circular una serie de entrevistas «imaginarias» y vilipendiosas que claramente traspasaban los límites de la fantasía. Sin embargo, ninguna de ellas se dignó el doctor a contradecir. No disponía de tiempo que malgastar con estúpidos y mentirosos, y le importaba bien poco el respeto de una chusma necia a la que despreciaba. Cuando James Dalton telegrafió expresándole su pesar y ofreciéndole ayuda, Clarendon respondió en un tono brusco y casi grosero. No le importaban un pimiento los perros ladrones, ni se molestaría lo más mínimo en ponerles un bozal. No deseaba dar las gracias a nadie por enredarse en un asunto que estaba fuera de lugar. Siguió trabajando con su silencio, desdén y tranquilidad habituales.

Pero el joven periodista había conseguido prender la mecha. De nuevo, San Francisco estaba enferma y, en esta ocasión, tanto de rabia como de miedo. Tratar las noticias con ponderación se convirtió en un arte perdido y, aunque no se produjo una segunda huida, se adueñó de la ciudad un período de impulsividad y degradación forjado por la desesperación, que tenía bastantes puntos en común con lo acontecido en épocas medievales durante las epidemias de peste. Hubo una oleada de ira contra el hombre que había descubierto la enfermedad y ahora intentaba buscar su remedio, y las gentes de pocas luces, inflamadas por las llamas del resentimiento, olvidaron enseguida sus grandes logros al servicio de la humanidad. Cegados por la ira, parecían odiarle más a él que a la epidemia que se había adueñado de su ciudad, generalmente limpia y saludable.

Entonces el joven periodista, jugueteando cual Nerón con los fuegos que había prendido, añadió un comentario final de su propia cosecha. Recordando la vergüenza que había sufrido a manos del cadavérico ayudante, pergeñó un artículo magistral sobre la casa y el entorno del doctor Clarendon, centrándose especialmente en Surama, cuyo aspecto —afirmó— era lo

suficientemente espantoso para aterrorizar al hombre más sano del mundo y hacerle pillar cualquier tipo de dolencia febril. Intentó que aquel personaje burlón y descarnado pareciera tan ridículo como terrible, y quizás tuvo más éxito en lo segundo que en lo primero, ya que siempre le invadía el horror cuando pensaba en el breve momento que pasó junto a la criatura. Recogió todos los rumores que circulaban sobre aquel personaje, elaborados en la perversa profundidad de su reputada erudición, e insinuó que el doctor Clarendon se lo había traído desde una región impía y llena de secretos situada en el África ancestral.

Georgina, que leía los periódicos con gran atención, se sintió herida y destrozada por los ataques a su hermano, pero James Dalton, que con frecuencia la llamaba a casa, hizo todo lo posible por consolarla. Se portaba de una manera muy cálida y sincera, ya que no solo quería reconfortar a la mujer que amaba, sino también, en cierta medida, demostrar el respeto que siempre había sentido por el genio incipiente que, durante sus años de juventud, fue su mejor amigo. Dijo a Georgina que la grandeza siempre estaba expuesta a los ataques de los envidiosos, y enumeró una larga y triste lista de espléndidos sabios aplastados por personas completamente vulgares. Esos ataques, subrayó, eran la prueba más sólida sobre la gran relevancia que había alcanzado Alfred.

—Pero también le hacen daño —replicó ella—, lo sé porque le he visto sufrir mucho a causa de ellos, a pesar de que intenta mostrar indiferencia.

Dalton besó su mano de una manera que entonces no resultaba pasada de moda entre las personas nobles.

—También a mí me lastiman una y cien veces, sabiendo que tanto daño os causan a ti y a Al. Pero no te preocupes, Georgie, ¡permaneceremos unidos y triunfaremos sobre las calumnias!

De esta manera, Georgina empezó a confiar cada vez más en la firmeza del duro gobernador de mandíbula cuadrada que había sido su pretendiente juvenil, y poco a poco le fue revelando las cosas que la atemorizaban. Los ataques de la prensa y la epidemia no lo era todo. Había ciertas cosas de su entorno doméstico que no le agradaban. Surama, una persona igualmente cruel con los hombres y las bestias, le transmitía una repulsión indefinible, y no podía evitar sentir que, de alguna extraña manera, constituía un peligro

para Alfred. Tampoco le gustaban los tibetanos y encontraba muy chocante que Surama fuera capaz de hablar con ellos. Alfred no le diría jamás quién o qué era Surama, pero en una ocasión le había explicado a regañadientes que era un sujeto mucho más viejo de lo que se consideraría normal para el resto de los hombres, y que había atesorado tantos secretos y vivido tantas experiencias que hacían de él un ayudante de excepcional valor para cualquier científico que indagara los misterios ocultos de la Naturaleza.

Espoleado por las inquietudes de la dama, Dalton visitó con más asiduidad aún la casa de los Clarendon, aunque notaba que su presencia disgustaba profundamente a Surama. El huesudo ayudante solía observarle atentamente desde las profundidades de aquellas órbitas espectrales cuando lo recibía y, a veces, tras cerrar la puerta a sus espaldas, emitía una risita sardónica que le ponía los pelos de punta. Mientras tanto, el doctor Clarendon parecía abstraído de todo aquello que no tuviera nada que ver con su trabajo en San Quintín, adonde acudía a diario en su lancha acompañado por Surama, que siempre se ocupaba del timón mientras el doctor repasaba o cotejaba sus anotaciones. Dalton agradecía estas ausencias rutinarias, ya que le daban la oportunidad de renovar sus cortejos a Georgina. Sin embargo, cuando permanecía hasta tarde y se encontraba con Alfred, este siempre le saludaba afectuosamente, a pesar de su habitual reserva. Con el tiempo, el noviazgo entre James y Georgina se hizo casi definitivo y los dos esperaban el momento adecuado para hablar con Alfred.

El gobernador, atento a todo y siempre firme en su lealtad, no escatimaba esfuerzos en favor de su antiguo camarada. Tanto la prensa como el funcionariado estuvieron sometidos a su influencia, incluso consiguió que los científicos del Este se interesaran en el asunto y muchos llegaron a California para investigar la epidemia y estudiar el bacilo antitérmico que Clarendon había conseguido aislar y perfeccionar con tanta rapidez. Sin embargo, aquellos médicos y biólogos no lograron obtener la información que anhelaban, de manera que algunos se marcharon con muy malas impresiones. No pocos pergeñaron artículos desfavorables a Clarendon, acusándole de tener una actitud poco científica que tan solo buscaba la fama, y sugiriendo que no informaba de sus métodos de trabajo por la simple y poco ética razón del beneficio personal.

Otros, afortunadamente, fueron más liberales en sus juicios y escribieron con entusiasmo acerca de Clarendon y de sus trabajos. Habían visitado a los pacientes y pudieron darse cuenta del modo maravilloso con el que mantenía a raya a la terrible enfermedad. Encontraban justificable el secretismo que mantenía alrededor de la antitoxina, ya que la difusión pública de un medicamento en fase de desarrollo podría comportar mucho más daño que beneficio. El mismo Clarendon, que muchos de los científicos conocían de antes, les impresionó más que nunca, y no dudaron en compararle con Jenner, Lister, Kóch, Pasteur, Metchnikoff y el resto de los científicos que habían dedicado su vida al servicio de la humanidad y el estudio de las enfermedades. Dalton se esforzaba en guardar para Alfred todas las revistas que hablaban bien de él, llevándoselas luego en persona y teniendo así una excusa para ver a Georgina. Sin embargo, Clarendon simplemente esbozaba una sonrisa despectiva y luego le lanzaba las revistas a Surama, quien, al leerlas, cloqueaba una risita burlona y hueca que contrastaba con la sarcástica hilaridad del doctor.

Un lunes por la tarde, a principios de febrero, Dalton llamó con la firme intención de pedir a Clarendon la mano de Georgina. La misma Georgina le recibió a las puertas de la finca y, mientras ambos caminaban hacia el interior de la casa, Dalton hizo una pausa para acariciar al enorme perro que le había puesto amigablemente las patas delanteras sobre el pecho. Era Dick, el alegre San Bernardo de Georgina, y Dalton estaba encantado de que aquella criatura, que tanto significaba para ella, le tuviera tanta estima.

Dick estaba excitado y feliz, y a punto estuvo de derribar al gobernador con su vigoroso empujón mientras lanzaba un sordo y rápido ladrido y echaba a correr entre los árboles en dirección a la clínica. No desapareció del todo, sino que hizo una pausa y miró hacia atrás, ladrando de nuevo con suavidad, como si deseara que Dalton lo siguiera. Georgina, siempre dispuesta a consentir los caprichos de aquel perrazo juguetero, le hizo señas a James para que averiguara lo que quería y ambos caminaron lentamente detrás mientras el animal trotaba aliviado hacia el fondo de la finca, donde se erguía la silueta del edificio clínico recortándose sobre el cielo estrellado que asomaba por encima del alto muro de ladrillos.

Unas rendijas de luz enmarcaban los bordes de los oscuros cortinajes, por

lo que supieron que Alfred y Surama estaban trabajando. De repente, desde el interior, llegó un sonido débil y sofocado, como el grito de un niño —una especie de lastimero «¡Mamá, mamá!»—, ante el cual Dick ladró y James y Georgina se sobresaltaron visiblemente. Luego Georgina sonrió tras recordar los loros que Clarendon siempre guardaba para sus experimentos y acarició la cabeza de Dick para perdonarle por el susto que les había dado o consolarle por el sobresalto que él mismo se había llevado.

Mientras se volvían lentamente hacia la casa, Dalton mencionó su intención de hablar con Alfred aquella tarde sobre su noviazgo, y Georgina no puso ninguna pega. Sabía que a su hermano no le haría ninguna gracia perder a una compañera y administradora tan fiel, pero confiaba en que su cariño no pondría barreras en el camino de su felicidad.

Más tarde, Clarendon entró en la casa con paso vivo y un aspecto menos sombrío de lo habitual. Dalton, considerando aquello un buen presagio, se armó de valor cuando el doctor estrechó su mano con un jovial:

—Hola, Jimmy, ¿qué tal va la política este año?

Miró a Georgina, que desapareció tras excusarse en voz baja, y los dos hombres se enzarzaron en una charla intrascendente. Poco a poco, tras recordar una multitud de acontecimientos que tuvieron lugar durante su juventud, Dalton fue llevando la conversación a su terreno, hasta que al fin planteó lisa y llanamente la pregunta crucial.

—Alf, quiero casarme con Georgina. ¿Tenemos tu bendición?

Mientras observaba atentamente a su viejo amigo, Dalton vio que una sombra le cubría el rostro. Sus negros ojos relucieron un instante, luego se apagaron y retornaron a su habitual placidez. ¡De manera que la ciencia o el egoísmo habían ganado la partida!

—Pides algo imposible, James. Georgina ya no es la mariposa desvalida de hace unos años. Ahora tiene un puesto al servicio de la verdad y la humanidad, y su lugar está aquí. Ha decidido dedicar su vida a mi obra —a la administración de la casa que hace posible mi trabajo— y no hay lugar para la deserción o el capricho personal.

Dalton esperó hasta que hubo acabado. El viejo fanatismo de siempre —los intereses de la humanidad en contraposición con los intereses del individuo—, ¡y el doctor iba a permitir que aquello arruinara la vida de su

hermana! Se preparó para responderle.

—Vamos a ver, Alf, ¿quieres hacerme creer que precisamente Georgina es tan importante para tu trabajo como para convertirla en mártir y esclava? ¡Un poco de sentido común, hombre! Si se tratara de Surama o de algún otro necesario para tus experimentos sería completamente diferente, pero Georgina tan solo lleva la administración de la casa. Me ama y se ha comprometido a casarse conmigo. ¿Qué derecho tienes a arruinar una vida que le pertenece? ¿Qué derecho tienes...?

—¡Basta, James! —el rostro de Clarendon palideció—. Que tenga o no tenga derecho a dirigir los asuntos de mi familia no es de la incumbencia de un extraño.

—¡Extraño! ¿Cómo puedes decir eso de alguien que...? —Dalton apenas podía hablar cuando la fría voz del doctor le volvió a interrumpir.

—Un extraño a mi familia y, de ahora en adelante, un extraño en mi casa. ¡Dalton, tu arrogancia ha ido demasiado lejos! ¡Buenas tardes, gobernador!

Clarendon salió a grandes zancadas de la habitación sin tenderle la mano.

Dalton dudó unos instantes, sin saber qué hacer a continuación, y entonces entró Georgina. Su rostro delataba que había estado hablando con su hermano y Dalton tomó sus manos impetuosamente.

—Georgie, ¿tú qué dices? Me temo que vas a tener que elegir entre Alf y yo. Conoces mis sentimientos... sabes cómo me sentía en el pasado, cuando era a tu padre a quien tenía en contra. ¿Cuál es ahora tu respuesta?

Se quedó callado mientras ella le contestaba con lentitud.

—Querido James, ¿crees que te amo?

Él asintió y oprimió sus manos esperanzado.

—Entonces, si realmente me amas, tendrás que esperar un poco. Perdona los malos modos de Alf. Acabará arrepintiéndose. Ahora no puedo contarte todo lo que está pasando, pero sabes que estoy muy preocupada... La tensión por su trabajo, las críticas, ¡y esas miradas y risitas burlonas de esa espantosa criatura, Surama! Temo que pueda desmoronarse... soporta más tensión de lo que alguien ajeno a la familia pueda suponer. Lo observo a diario, lo he observado toda mi vida. Está cambiando, encogiéndose bajo el peso de sus responsabilidades, y despliega toda esa hostilidad para protegerse a sí mismo. Entiendes lo que quiero decir, ¿lo entiendes, cariño?

Hizo una pausa y Dalton asintió de nuevo, llevándose una de sus manos al pecho. Luego concluyó.

—Promete que serás paciente, cariño. Tengo que quedarme con él... ¡Tengo que hacerlo! ¡Tengo que hacerlo!

Dalton no dijo nada durante unos instantes, pero inclinó la cabeza como si estuviera haciendo una reverencia. Aquella devota mujer tenía más de santa de lo que jamás hubiera imaginado posible en un ser humano y, frente a aquellas muestras de amor y lealtad, no se sentía capaz de seguir presionándola.

La despedida fue breve y dolorosa, y James, cuyos ojos estaban empañados, apenas se fijó en el huesudo ayudante clínico cuando abrió la puerta de la calle para que abandonara la casa. Pero cuando sonó un portazo tras él, pudo escuchar aquella risa sardónica y heladora que tan bien había llegado a conocer, y supo que Surama estaba ahí... Surama, al que Georgina había llamado el genio maligno de su hermano. Alejándose con paso firme, Dalton decidió estar alerta y actuar a la primera señal de peligro.

III

Mientras tanto, con la epidemia aún en los labios de la gente, la ciudad de San Francisco seguía en contra del doctor Clarendon. Por entonces, los casos que surgían más allá de los muros de la prisión eran muy pocos y se limitaban casi en su totalidad a la población mexicana, cuya falta de higiene era una invitación a cualquier tipo de enfermedad; pero los políticos y la gente en general no necesitaban más para estar de acuerdo con los ataques lanzados por los médicos enemigos de Clarendon. Viendo que Dalton se mantenía firme en su apoyo al doctor, los descontentos, los médicos charlatanes y los oportunistas centraron su atención en los legisladores del Estado, uniendo a los que estaban en contra de Clarendon y a los viejos enemigos del gobernador con gran astucia, y se prepararon para pergeñar una ley —que podía ser vetada por la mayoría— por la que se podría transferir la autoridad de los nombramientos institucionales, desde el director general a los distintos ministerios e instituciones afectadas.

Nadie fue más activo en el logro de estas medidas que el jefe asistente de Clarendon, el doctor Jones. Celoso desde el principio de su superior, veía ahora la oportunidad de tornar las cosas a su favor, y le agradeció al destino la circunstancia —que en realidad era la responsable de su posición actual— de su amistad con el presidente del consejo de prisiones. Si se aprobaba la nueva ley, Clarendon sería sin duda depuesto y él ocuparía su cargo, de manera que, sabiendo cuán importante era para sus propios intereses, se dedicó en cuerpo y alma a conseguirlo. Jones era todo lo opuesto a Clarendon: político por naturaleza y oportunista servil que se centraba ante todo en su promoción personal y luego, si era menester, en la ciencia. Era pobre y ansiaba un cargo bien remunerado, todo lo cual contrastaba con la riqueza y la independencia intelectual del hombre al que intentaba reemplazar. De manera que, con una insistencia y astucia rateriles, se dedicó a socavar la posición del gran biólogo que tenía por encima de él; y un día fue recompensado con la noticia de que la nueva ley había sido aprobada. Desde entonces el gobernador ya no tuvo poder para realizar nombramientos en las instituciones estatales y el cargo de director médico de la penitenciaría de San Quintín pasó a manos de la junta de prisiones.

Clarendon era totalmente ajeno a todo este revuelo legislativo. Entregado a los asuntos administrativos y de investigación, no se dio cuenta de la traición de «ese imbécil de Jones», con quien trabajaba codo con codo, e hizo oídos sordos a los numerosos rumores que circulaban por la oficina del alcaide. Jamás en su vida había leído los periódicos y la ausencia de Dalton en su casa había cortado el último lazo de unión que tenía con el mundo exterior. Con la ingenuidad de un recluso, en ningún momento llegó a plantearse que su posición pudiera estar en peligro. En vista de la lealtad mostrada por Dalton, que incluso había perdonado los más terribles errores, como lo demuestra lo acontecido con el viejo Clarendon, responsable de la muerte de su padre en la bolsa de valores, la posibilidad de que el gobernador lo cesara estaba, a todas luces, fuera de lugar; y la ignorancia del médico en asuntos de política evitaba que pudiera prever un repentino cambio de poder en la toma de decisiones para nombrar o cesar a los cargos electos. Y así, se limitó a sonreír con satisfacción cuando Dalton partió hacia Sacramento, convencido de que su posición en San Quintín, y la posición de su hermana

como administradora de su hogar, se hallaban completamente a salvo. Estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería y pensaba que la suerte aún estaba de su lado.

La primera semana de marzo, un día o dos después de la promulgación de la nueva ley, el director de la junta de prisiones hizo una visita a San Quintín. Clarendon no estaba pero el doctor Jones estuvo encantado de recibir a tan augusto invitado —su tío, para más señas— y mostrarle el gran sanatorio, incluida la zona reservada a las enfermos de fiebre de la que tanto se había hablado gracias a la prensa y al pánico. Por entonces el doctor Jones había aceptado, aun a su pesar, la afirmación de Clarendon en cuanto a que la enfermedad no era en absoluto contagiosa y, sonriente, aseguró a su tío que no había nada que temer y le animó a examinar a los pacientes con todo detalle, y en especial a la grotesca y esquelética criatura que antaño había sido un gigantón lleno de fuerza y vigor, y que ahora se estaba muriendo lenta y dolorosamente debido a que el doctor Clarendon, insinuó, no le administraba la medicina adecuada.

—¿Quieres decir —estalló el director— que el doctor Clarendon se niega a que ese hombre tome lo que realmente necesita, incluso a sabiendas de que se le podría salvar la vida?

—Exacto —soltó el doctor Jones, callándose cuando se abrió la puerta para dejar paso al mismísimo doctor Clarendon en persona. Clarendon saludó fríamente con la cabeza a Jones y examinó al visitante, a quien no conocía, con desaprobación.

—Doctor Jones, pensaba que usted sabía que nadie debe acercarse bajo ningún concepto a este paciente. ¿No le había dicho que no se puede admitir ninguna visita sin un permiso especial?

Pero el director le interrumpió antes de que su sobrino tuviera la oportunidad de presentarle.

—Perdóneme, doctor Clarendon, pero ¿es cierto que se niega a administrar a este hombre el medicamento que podría salvarle la vida?

Clarendon le lanzó una mirada gélida y le respondió con voz acerada:

—Señor, esa es una pregunta impertinente. Yo soy la autoridad aquí y no se permiten las visitas. Abandone la habitación de inmediato, por favor.

El director, con el ánimo secretamente inflamado, respondió con más

pompa y descortesía de la necesaria:

—¡Me confunde, señor! Yo, y no usted, soy el que manda aquí. Está usted dirigiéndose al director de la junta de prisiones. Debo decir, además, que considero sus actividades como una amenaza para la salud de los prisioneros y me veo obligado a solicitar su cese. A partir de ahora el doctor Jones se hará cargo del puesto y, si usted desea continuar aquí hasta que su destitución se formalice, deberá acatar sus órdenes.

Fue el gran momento de Wilfred Jones. La vida jamás le había dado un éxito tan espectacular, y no deberíamos censurarle por su actitud. Después de todo, se trataba más bien de un hombre mediocre que de un villano, y se había limitado a seguir las mezquinas pautas de conducta que anteponían sus propios intereses a todo lo demás. Clarendon permaneció en silencio, mirando a su interlocutor como si estuviera loco, hasta que la expresión de triunfo en el rostro de Jones le convenció de que efectivamente algo había de cierto en todo aquello. Su contestación rebosaba una gélida cortesía.

—No dudo de que usted sea quien dice ser, señor. Pero afortunadamente mi nombramiento es cosa del gobernador del Estado y, por lo tanto, solo este puede revocarlo.

El director y su sobrino se quedaron mirándole asombrados, sin percatarse aún de hasta dónde podía llegar la ignorancia del doctor en los asuntos mundanos. Luego, el caballero de más edad, dándose cuenta de la situación, le explicó lo ocurrido con todo detalle.

—Si hubiera descubierto que los últimos informes no le hacían justicia —concluyó—, yo mismo habría demorado su cese, pero el caso de este pobre diablo y su propia arrogancia no me dejan elección. Así que...

Pero el doctor Clarendon le interrumpió con voz aún más cortante.

—Así que, en estos momentos, aún soy el director de esta institución y le ordeno que abandone la habitación en el acto.

El director de la junta enrojeció y explotó.

—Mire usted, señor mío, ¿con quién se cree que está hablando? Le voy a sacar a patadas de aquí... ¡maldito impertinente!

Pero solo tuvo tiempo de acabar esa última frase. Transformado por el insulto en una máquina rabiosa, el frágil científico lanzó hacia delante ambos puños con una fuerza sobrenatural de la que nadie le hubiera creído capaz. Y

si su fuerza resultaba sobrenatural, su puntería no se quedaba a la zaga, ya que ni un campeón del cuadrilátero lo hubiera hecho mejor. Ambos, el director de la junta y el doctor Jones, fueron alcanzados de lleno, uno en pleno rostro y el otro en la barbilla. Cayeron como árboles cortados y se quedaron inmóviles y sin sentido en el suelo; mientras tanto Clarendon, que había conseguido recuperar la compostura, tomó el bastón y la chistera y se reunió con Surama en la lancha. Solo cuando se halló sentado en el movedizo bote dio al fin rienda suelta a la rabia terrible que le consumía. Entonces, con el rostro congestionado, se puso a lanzar insultos a las estrellas y a los abismos que se extendían más allá; de forma tal que hasta el propio Surama temblaba mientras hacía un antiquísimo signo que no está registrado en ningún libro de historia, y por supuesto se olvidó de su sardónica risita.

IV

Georgina aplacó las heridas de su hermano tan bien como pudo. Había regresado a casa mental y físicamente exhausto, dejándose caer en el sofá de la biblioteca; y en aquella tenebrosa estancia, poco a poco, la leal hermana fue enterándose de las increíbles nuevas. Su consuelo fue instantáneo y lleno de ternura, y le hizo comprender que todo aquello, los ataques, la persecución y el cese en sus funciones suponían el tributo más vasto, aunque inconsciente, que podría hacerse a su grandeza. Había intentado cultivar la indiferencia que ella predicaba, y podría haberlo conseguido si solo se hubiese tratado de la dignidad personal. Pero la pérdida de una oportunidad científica como aquella era más de lo que podía soportar, y se lamentó una y otra vez mientras repetía sin cesar que solo tres meses más de investigaciones en la penitenciaría habrían bastado para aislar el ansiado bacilo y hacer que la epidemia de fiebre fuera algo del pasado.

Entonces Georgina intentó otro método para consolarle y le dijo que, con toda seguridad, la junta de prisiones le volvería a llamar si la epidemia no disminuía, o si se propagaba con fuerza renovada. Pero tampoco aquello surtió efecto y Clarendon le respondió con una sarta de frases irónicas, amargadas y poco sensatas, cuyo tono mostraba bien a las claras el estado de

profunda desesperación y resentimiento que le embargaba.

—¿Remitir? ¿Propagarse de nuevo? ¡Por supuesto que remitirá! O al menos eso es lo que ellos pensarán. Pensarán cualquier cosa, ¡no importa lo que realmente suceda! Los ojos ignorantes no son capaces de ver, y los ineptos jamás son descubridores. La ciencia nunca se muestra de esa manera. ¡Y se hacen llamar médicos! ¡Y lo mejor de todo es que ese imbécil de Jones está al mando!

Después de lanzar esta burla despectiva, se puso a reír de una manera tan diabólica que hasta Georgina se echó a temblar.

Los días siguientes fueron en verdad tristes en la mansión de los Clarendon. Una depresión total y absoluta se adueñó de la voluntad, habitualmente incansable, del doctor; incluso se habría negado a comer de no ser por los esfuerzos de Georgina. Su voluminoso cuaderno de notas yacía sin abrir sobre la mesa de la biblioteca, y la pequeña jeringuilla dorada de suero antitérmico —un ingenioso dispositivo de su propiedad, con un depósito unido a un amplio anillo de oro y un sencillo mecanismo de presión característico— descansaba ociosa en un pequeño estuche de cuero que estaba a su lado. El vigor, la ambición y las ansias de estudio e investigación parecían haber muerto en su interior, y tampoco se acercó a su clínica particular, donde centenares de cultivos bacteriológicos se alineaban en sus recipientes a la espera de su atención.

Los incontables animales que se utilizaban para los experimentos jugaban, vigorosos y bien alimentados, al sol de la primavera recién comenzada, y Georgina, que deambulaba entre los rosales en dirección a las jaulas, experimentó una extraña e inexplicable sensación de felicidad. Sin embargo, sabía cuán efímera podría ser esa emoción, pues la reanudación de los experimentos pronto haría de todas aquellas diminutas criaturas mártires involuntarios de la ciencia. Pensando en ello, se dio cuenta de que también había ciertas satisfacciones en la inactividad de su hermano y le animó a que guardara el reposo que tanto necesitaba. Los ocho sirvientes tibetanos hacían sus tareas con el silencio y esmero habituales y Georgina comprendió que el orden hogareño no se vería afectado por el reposo del amo.

Clarendon, tras dejar a un lado la investigación y las ansias de éxito, que quedaron como dormidas y relegadas a la indiferencia, disfrutaba dejando

que Georgina le tratara como a un infante. Aceptaba sus cuidados maternos con una sonrisa leve y triste, y siempre obedecía las numerosas órdenes y pautas que ella le daba. Una especie de bienestar laso y placentero se adueñó de la lánguida mansión, donde Surama constituía la única nota discordante. En verdad era un miserable y a menudo sus ojos miraban con odio y resentimiento el rostro sereno y luminoso de Georgina. Solo encontraba satisfacción en el bullicio de los experimentos y echaba de menos la rutina de atrapar a los animales condenados, llevarlos a la clínica entre sus férreas zarpas y observarlos con ojos sombríos y una sonrisa sardónica mientras, uno tras otro, caían en el coma final con los ojos inyectados en sangre y abiertos de par en par, y la lengua hinchada cayendo flojamente de una boca cubierta de espuma.

Ahora parecía un hombre desesperado ante la visión de aquellos animales despreocupados en el interior de las jaulas, y con frecuencia se acercaba a Clarendon para preguntarle si tenía alguna orden para él. Pero, viendo la apatía del doctor y las pocas ganas que mostraba por reanudar los trabajos, se alejaba murmurando y lanzando maldiciones por los cuatro costados, y luego se deslizaba como un gato a sus propios aposentos en el sótano, desde donde su voz se alzaba en tonos profundos y ritmos mortecinos de blasfema extravagancia que parecían poseer una característica ritual muy desagradable.

Todo esto alteraba los nervios de Georgina, pero no tanto como la dilatada languidez de su hermano. La prolongación de aquel estado empezó a alarmarla y poco a poco fue perdiendo la alegría que tanto había molestado al ayudante clínico. Siendo también ella bastante entendida en temas médicos, decidió que el estado del doctor era muy poco satisfactorio desde un punto de vista psiquiátrico, y ahora estaba tan preocupada por su desinterés y falta de actividad como antes lo había estado por su fanático entusiasmo y exceso de trabajo. ¿Acaso la melancolía iba a convertir a un hombre de inaudita inteligencia en un absoluto imbécil?

Y entonces, a finales de mayo, se produjo un cambio repentino. Georgina siempre recordaba los detalles más nimios de todo aquel proceso, detalles tan triviales como la caja recibida por Surama el día anterior, procedente de Argel, y que emitía un olor insoportable, y la espantosa, inesperada tormenta, muy rara en California, que se desencadenó aquella misma noche, mientras

Surama entonaba sus cánticos rituales tras la puerta cerrada de sus aposentos en el sótano con una voz hueca y ronca más alta y profunda de lo habitual.

Era un día soleado y Georgina había estado en el jardín recolectando flores para el comedor. Al entrar en la casa distinguió a su hermano en la biblioteca, vestido formalmente y sentado a la mesa, consultando unas anotaciones en su grueso cuaderno de observaciones y garabateando nuevas entradas con trazos firmes y enérgicos de la pluma. Se le veía alerta y lleno de vigor, y en sus movimientos descubrió una maravillosa elasticidad al volver las páginas o coger uno de los libros que yacían al final de la amplia mesa. Georgina, encantada y aliviada, fue corriendo a colocar las flores en el comedor y luego volvió, pero cuando atisbo en el interior de la biblioteca descubrió que su hermano se había ido.

Asumió que, sin duda, se había marchado a la clínica para reanudar el trabajo, y se regocijó al pensar que sus viejos intereses y proyectos habían retornado al fin. Decidió que no tenía sentido esperarle para el almuerzo, por lo que comió sola y apartó un poco para conservarlo caliente por si acaso volvía sin avisar. Pero no regresó. Estaba recuperando el tiempo perdido, y aún seguía en la enorme clínica de recia tablazón cuando ella salió a dar una vuelta por la rosaleda.

Mientras caminaba entre las aromáticas flores atisbo a Surama, que estaba recogiendo animales para los experimentos. Deseó poder verle lo menos posible, ya que siempre le producía escalofríos, pero el miedo había agudizado sus ojos y oídos en todo lo que se refería a él. Siempre iba sin sombrero por la finca y la total ausencia de pelo en su cabeza le daba un aspecto esquelético y aterrador. Escuchó una débil risita burlona mientras sacaba a un monito de su jaula, que estaba apoyada sobre el muro, y se lo llevó en dirección al laboratorio, apretándolo entre sus largos y huesudos dedos con tanta crueldad que la criatura se puso a gritar angustiada. Aquella escena la enfermó y dio por concluido el paseo. Todo su ser se rebelaba ante la influencia que aquella criatura había conseguido sobre su hermano y empezó a pensar con amargura que amo y criado parecían haber intercambiado los papeles entre sí.

Cayó la noche y Clarendon aún no había vuelto a la casa, por lo que Georgina decidió que se hallaba absorto en uno de sus experimentos más

largos y había perdido la noción del tiempo. Odiaba retirarse sin haber hablado antes con él acerca de su repentina curación, pero al fin, sintiendo que de nada serviría la espera, le escribió una alegre nota y se la dejó frente a su silla, en la mesa de la biblioteca; acto seguido se fue directa a la cama.

Aún no estaba dormida del todo cuando oyó que la puerta delantera se abría y luego se cerraba. ¡Después de todo el experimento no se había alargado toda la noche! Decidida a comprobar que su hermano se tomara la cena antes de retirarse se levantó, poniéndose un camisón encima, y bajó hacia la biblioteca, pero se detuvo en el acto al oír unas voces que atravesaban la puerta entrecerrada. Clarendon y Surama estaban hablando y ella prefirió esperar hasta que el ayudante se fuera.

Sin embargo, no parecía que Surama fuera a irse muy pronto; en realidad, el tono acalorado de la discusión sugería que esta se iba a dilatar bastante. Aunque Georgina no tenía la intención de espiar lo que decían, no pudo evitar enterarse de alguna que otra frase y terminó por captar una especie de espantoso hilo argumental que la aterrorizó mucho más debido a que no pudo escuchar la conversación en todos sus detalles. La voz de su hermano, nerviosa e incisiva, la impactó por su inquietante persistencia.

—De cualquier manera —decía—, no tenemos animales suficientes para otro día, y ya sabes lo difícil que es conseguir un número adecuado en tan poco tiempo. Me parece estúpido perder el tiempo con ese material secundario cuando los especímenes humanos pueden obtenerse con un poco más de cuidado.

Georgina se sintió enferma ante aquella posibilidad y se agarró al perchero del recibidor para mantener la verticalidad. Surama le contestaba con ese tono de voz profundo y hueco que parecía rememorar la malicia de unos tiempos y planetas milenarios.

—Tranquilo, tranquilo... ¡pareces un niño impaciente y malcriado! ¡No mezcles las cosas! Cuando hayas vivido lo que yo, cuando una vida entera te parezca como una simple hora, ¡entonces no te sentirás tan ansioso por un día, una semana o un mes! Vas demasiado rápido. Hay suficientes animales en esas jaulas para toda una semana si los usas a un ritmo razonable. Incluso puedes comenzar con los especímenes más viejos si quieres asegurarte de no agotarlos.

—¡Qué importan mis prisas! —le replicó con energía—. Tengo mis propios métodos. No quiero usar nuestro material si puedo evitarlo, los prefiero tal y como están. Y sería mejor que tú también tuvieras cuidado... ya sabes los cuchillos que llevan esos perros maliciosos.

Surama emitió su típica risita burlona.

—No te preocupes por eso. Las bestias comen, ¿no es así? Bien, puedo conseguirte uno cada vez que lo necesites. Pero ve despacio... sin el muchacho ya solo quedan ocho, y ahora que ya no estás en San Quintín resultará muy difícil conseguir nuevos ejemplares al por mayor. Te recomendaría empezar por Tsanpo... es al que menos necesitas y además...

Y aquello fue todo lo que Georgina pudo escuchar. Aterrorizada por los pensamientos que aquella charla le provocaba, estuvo a punto de derrumbarse sobre el suelo y apenas pudo arrastrarse escaleras arriba hasta su habitación. ¿Qué terrible monstruosidad estaba planeando Surama? ¿Adonde llevaba a su hermano? ¿Qué malignos propósitos subyacían bajo esas frases crípticas? Miles de fantasmas preñados de oscuridad y amenaza bailoteaban ante sus ojos, y se arrojó sobre la cama segura de que no iba a poder pegar ojo. De entre todos sus pensamientos había uno que sobresalía con diabólico relieve, y casi se echó a gritar cuando se adueñó de su cerebro con renovada fuerza. Y entonces la Naturaleza, más benévola de lo que ella esperaba, intervino al fin. Cerró los ojos desmayándose y no se despertó hasta la mañana siguiente; ninguna pesadilla vino a incrementar el terror de las últimas frases que había captado.

El sol matinal trajo consigo una disminución de su nerviosismo. Cuando uno está cansado, los sucesos de la noche con frecuencia pueden ser deformados, y Georgina pensó que su cerebro bien podría haber adornado de tintes macabros una simple charla médica. Suponer que su hermano —hijo único de la tierna Francés Schuyler Clarendon— era culpable de llevar a cabo salvajes sacrificios en nombre de la ciencia, sería una injusticia para su familia, y decidió ocultar toda referencia a su excursión nocturna escaleras abajo por miedo a que Clarendon se burlase de sus fantasías.

Cuando llegó a la mesa del desayuno vio que Clarendon ya se había marchado y lamentó que tampoco aquella segunda mañana hubiera tenido la oportunidad de felicitarle por su renovada actividad. Empezó a tomarse el

desayuno servido por la anciana Margarita, una cocinera mexicana tan sorda como una tapia, y luego se puso a leer el diario de la mañana, acomodándose en una silla de la sala de estar, frente a una ventana que daba al gran patio, con las labores de costura en el regazo. Todo estaba en silencio y pudo ver que todas las jaulas de animales estaban vacías. La ciencia exigía su tributo, y todo lo que quedaba de las hermosas y vivarachas criaturitas era un simple montón de detritus. Aquellas carnicerías siempre le habían entristecido, aunque jamás se había quejado, pues sabía que eran en beneficio de la humanidad. Ser la hermana de un científico, solía decirse, es lo mismo que ser la hermana de un soldado que mata a sus enemigos para salvar a sus compatriotas.

Después del desayuno Georgina retomó su asiento frente a la ventana y estuvo cosiendo durante un buen rato hasta que el disparo de una pistola resonó en el patio y la hizo atisbar alarmada hacia el exterior. Allá, no muy lejos de la clínica, distinguió la grotesca figura de Surama, revólver en mano, con el rostro de calavera contraído en una extraña expresión mientras sonreía burlón ante una figura atemorizada y cubierta por una túnica negra que portaba un largo cuchillo tibetano. Se trataba de Tsanpo, el sirviente, y cuando reconoció aquel rostro aceitunado Georgina se acordó de las terribles cosas que había oído la noche anterior. El sol se reflejó en la pulida hoja y de repente el revólver de Surama restalló de nuevo. Esta vez el cuchillo sí cayó de la mano del mongol y Surama contempló con avidez a su temblorosa y desconcertada presa.

Entonces Tsanpo, tras mirar de reojo la mano ilesa y el cuchillo que estaba en el suelo, se incorporó con agilidad de un brinco y, apartándose del ayudante que se acercaba precavido, corrió hacia la casa. Sin embargo, Surama era demasiado rápido para él y consiguió agarrarle de un solo salto, cogiéndole por los hombros y estando a punto de quebrarlos. El tibetano intentó liberarse durante un rato, pero Surama le sujetó por el cuello, levantándole como si fuese un simple animalillo y llevándoselo a rastras hacia la clínica. Georgina le oyó reírse burlón mientras insultaba al hombre en su propia lengua, y vio el rostro macilento de la víctima que se contraía y temblaba de espanto. De repente, dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo, la invadió un espanto aterrador y se desmayó por segunda vez en veinticuatro

horas.

La luz dorada del atardecer invadía la habitación cuando recobró el conocimiento. Después de recoger las labores de costura, que estaban diseminadas por el suelo, Georgina se sintió acosada por la dudas, pero al final decidió que la escena que le había hecho perder la consciencia tenía que haber sido trágicamente real. Sus peores miedos eran, pues, terroríficas verdades. No tenía ni idea de cómo actuar en consecuencia, y se sintió vagamente agradecida de que su hermano no hubiese estado presente en la escena. Tenía que hablar con él, pero no ahora. Se sentía incapaz de entablar una conversación en esos momentos. Se arrastró hasta su cama pensando en los monstruosos sucesos que estarían aconteciendo tras las ventanas enrejadas de la clínica, dispuesta a pasar una noche insomne y angustiosa.

Se levantó al día siguiente con signos de fatiga y, por primera vez desde su recuperación, vio al doctor. Deambulaba preocupado de un lado a otro, entre la casa y la clínica, y apenas prestaba atención a nada que no tuviera que ver con su trabajo. No existía ninguna posibilidad de que entablaran la temida conversación y Clarendon ni se enteró del aspecto desaliñado de su hermana ni de sus titubeantes maneras.

Al atardecer Georgina le oyó en la biblioteca mientras hablaba consigo mismo, cosa que resultaba bastante inusual, y pensó que estaba bajo los efectos de una enorme tensión, lo cual podría hacer que volviera a su anterior estado de apatía. Entró en la habitación, trató de calmarle, sin mencionar para nada otros asuntos más penosos, y luego le obligó a tomarse una taza de caldo. Por fin le preguntó con gran delicadeza qué era lo que tanto le perturbaba, y se quedó esperando nerviosa su respuesta, deseando escuchar cuánto le había horrorizado el tratamiento que Surama había dispensado al pobre tibetano.

En su voz había una nota de displicencia cuando respondió.

—¿Qué me preocupa? Por Dios, Georgina, *¿y qué no?* ¡Mira a las jaulas antes de volver a preguntar! Vacías... totalmente desocupadas... no queda ni un maldito espécimen, y hay un montón de cultivos bacterianos, de la mayor importancia, incubándose en los tubos de ensayo... ¡y todo para nada! Días de trabajo perdido... todo el programa detenido... ¡es para volverse loco! ¿Cómo voy a conseguir nada si no puedo disponer de ejemplares decentes?

Georgina se llevó la mano a la cabeza.

—Deberías descansar un rato, Al, querido.

El se apartó.

—¿Descansar? ¡Esta sí que es buena! ¡Condenadamente buena! ¿Qué otra cosa he estado haciendo sino descansar, vegetar y mirar al vacío durante los últimos cincuenta, cien o mil años? Justo cuando logro sacudirme los vapores de encima me quedo corto de material... ¡y entonces me sugieren que vuelva a parar y me quede babeando como un imbécil! ¡Por Dios! Y mientras tanto un vil impostor seguramente está aprovechándose de mis investigaciones y preparándose para arrebatarme todo el mérito conseguido con mi propio esfuerzo. No lo lograré por un pelo... algún idiota que posea los especímenes adecuados se llevará el gran premio, ¡y solo necesitaría una semana más con recursos medianamente aceptables para verlo todo de color rosa!

Su voz sonaba alta y quejumbrosa, con una entonación preñada de tensión mental que no gustó nada a Georgina. Le respondió con delicadeza, pero no la suficiente como para dar a entender que estaba tratando con un desequilibrado.

—Te estás matando con tantas preocupaciones y desvelos, y si te mueres, ¿cómo vas a terminar tu trabajo?

Respondió con una sonrisa cargada de desprecio.

—Supongo que una semana, o un mes —lo que sea necesario—, no es tiempo suficiente para acabar conmigo, y tampoco creo que importe demasiado lo que me ocurra a mí o a cualquier otro individuo una vez acabado el proyecto. Nos entregamos a la ciencia... a la ciencia... la austera causa de todo conocimiento humano. Soy como los monos y las aves y los conejillos de indias... un simple eslabón de la cadena, que debe ser usado en beneficio de todos los demás componentes. Ellos tienen que morir... yo podría morir... ¿qué más da? ¿Acaso no es el fin que perseguimos lo que realmente importa?

Georgina suspiró. Por unos momentos se preguntó si, después de todo, aquella interminable carnicería tendría realmente algún sentido.

—¿Estás absolutamente seguro de que toda esta carnicería justifica tus investigaciones en favor de la humanidad?

Los ojos de Clarendon centellearon peligrosamente.

—¡Humanidad! ¿Qué diablos significa la humanidad? ¡La ciencia! ¡Majaderos! ¡No es más que una agrupación de individuos! La humanidad está hecha para los predicadores, una serie de sujetos que creen ciegamente en sus postulados. Para las adineradas aves de rapiña, que las consideran en términos de dólares y centavos. Para los políticos que se aprovechan de su número y la usan para su propio interés. ¿Qué es la humanidad? ¡Nada! ¡Gracias a Dios esa burda ilusión tiene los días contados! El hombre auténtico rinde culto a la verdad... al conocimiento... a la ciencia... a la luz... a rasgar el velo para conseguir que se disipen las sombras. ¡El conocimiento es la fuerza más arrolladora! Nuestro ritual conlleva muerte. Tenemos que matar... diseccionar... destruir... en nombre del conocimiento... para rendir culto a esa luz inefable. La diosa de la Ciencia así lo quiere. Probamos venenos inciertos para matar. ¿Cuántos? Solo pensamos en el conocimiento... hay que conocer los resultados.

Su voz se fue apagando, como si tanta charla le hubiese agotado temporalmente, y Georgina se estremeció.

—¡Pero eso es horrible, Al! ¡No deberías pensar así!

Clarendon emitió una risita burlona que despertó curiosas y repugnantes asociaciones en la mente de su hermana.

—¿Horrible? ¿Crees que lo que *digo* es horrible? ¡Tendrías que oír a Surama! Te aseguro que los sacerdotes de la Atlántida sabían cosas que te harían caer fulminada de espanto con solo conocer una pequeña parte. ¡El conocimiento era la sabiduría cientos de miles de años atrás, cuando nuestros antepasados, simples monos sin habla, se arrastraban por Asia! Algo de esto se supo en la región de Hoggar... también persisten rumores en las altiplanicies más lejanas del Tíbet... y en una ocasión oí a un anciano chino invocar a Yog-Sothoth...

Se puso pálido y dibujó un extraño signo en el aire con el dedo índice. Georgina se sintió genuinamente alarmada, pero volvió a calmarse un poco cuando la charla derivó a términos menos fantasmagóricos.

—Sí, podría ser horrible, pero también glorioso. La búsqueda del conocimiento, a eso me refiero. En realidad, no hay nada malo en ello. ¿Acaso la Naturaleza no mata —constantemente y sin ningún tipo de remordimientos— y solo los necios se espantan por ello? Las muertes son

necesarias. Son la gloria de la ciencia. Aprendemos de ellas y no podemos sacrificar este aprendizaje por culpa del vano sentimentalismo. ¡Todos esos sujetos tan tiernos que claman en contra de las vacunaciones! Temen que la inoculación pueda matar a sus hijos. ¿Y qué si lo hace? ¿De qué otra manera podremos encontrar la cura de una determinada dolencia? Como hermana de un científico deberías conocer muy bien todo esto y no dedicarte a lanzar sermones lacrimógenos. ¡Deberías apoyar mi trabajo sin condiciones!

—Pero, Al —protestó Georgina—, no tengo ninguna intención de entorpecer tu trabajo. ¿Acaso no he intentado ayudar siempre en todo lo posible? Supongo que soy una ignorante y no puedo cooperar demasiado, pero, al menos, me siento orgullosa de ti, orgullosa de mi causa y del objetivo de la familia, y siempre he intentado suavizar el camino. Tú mismo me lo has dicho en repetidas ocasiones.

Clarendon la miró con viveza.

—Sí —respondió con brusquedad—. Tienes razón. Siempre has intentado hacer todo lo posible. Es posible que tengas la oportunidad de ayudar un poquito más.

Georgina, al ver que desaparecía por la puerta de entrada, le siguió hasta el patio. Una lámpara brillaba entre los árboles a cierta distancia y, mientras se aproximaban, vieron que Surama estaba inclinado sobre un largo objeto que había en el suelo. Clarendon lanzó un corto gruñido, pero cuando Georgina descubrió lo que era echó a correr hacia el bulto con un grito. Se trataba de Dick, el gran San Bernardo, y yacía muy quieto, con los ojos enrojecidos y la lengua colgante.

—¡Está enfermo, Al! —gritó—. ¡Date prisa, haz algo!

El doctor miró a Surama, que había musitado algo en una lengua desconocida para Georgina.

—Llévalo a la clínica —ordenó—. Me temo que ha contraído la fiebre.

Surama cogió en brazos al perro, de la misma manera que el día anterior había tomado al pobre Tsanpo, y lo llevó en silencio al edificio que se erguía cerca de la alameda. En esta ocasión no sonreía con sarcasmo, sino que observaba a Clarendon con lo que parecía auténtica preocupación. A Georgina casi le daba la sensación de que Surama le estaba preguntando al doctor si debían salvar a su mascota.

Sin embargo, Clarendon no hizo ademán de seguirle, sino que permaneció inmóvil durante un rato y luego se encaminó con parsimonia hacia la casa. Georgina, asombrada ante aquella falta de interés, empezó a suplicarle por la vida de Dick, pero no sirvió de nada. El doctor no hizo ni caso a sus ruegos y se marchó directamente hacia la biblioteca, donde se puso a leer un enorme y vetusto libro que estaba boca abajo sobre la mesa. Ella le puso la mano en el hombro cuando se sentó en la silla, pero él no dijo nada ni volvió la cabeza. Siguió leyendo y Georgina, tras mirar con curiosidad por encima de su espalda, se preguntó en qué extraño alfabeto estaba escrito aquel tomo con los bordes forrados de latón.

Sentada a solas en la oscuridad del cavernoso recibidor que había más allá del vestíbulo, Georgina tomó una decisión un cuarto de hora después. Algo iba terriblemente mal —qué y hasta qué punto estaba mal, eso apenas se atrevía a imaginarlo— y había llegado el momento de acudir a alguien más fuerte que pudiera ayudarla. Por supuesto, tenía que ser Jarnos. Era poderoso y competente, y su cariño y simpatía hacia ella le ayudarían a tomar las medidas adecuadas. Conocía desde siempre a Al y lo entendería mejor que nadie.

Ya era muy tarde, pero Georgina había decidido actuar cuanto antes. La luz de la biblioteca seguía brillando más allá del vestíbulo y ella observó con tristeza la puerta mientras tomaba en silencio su sombrero y abandonaba la casa. Solo había un corto trecho hasta Jackson Street desde la lúgubre mansión y las prohibidas heredades, y tuvo la suerte de encontrar un carruaje que la llevó a la oficina de telégrafos de la Western Union. Escribió con sumo cuidado un mensaje para James Dalton en Sacramento, suplicándole que viniera cuanto antes a San Francisco por un asunto de la mayor importancia para todos ellos.

V

Dalton se sintió realmente asombrado por el repentino mensaje de Georgina. No había sabido nada de los Clarendon desde aquel tempestuoso atardecer de febrero, cuando Alfred le había prohibido el acceso a su hogar,

obligándole, en contrapartida, a abstenerse de todo tipo de comunicación con la familia, a pesar de haber sentido enormes deseos de expresar su apoyo al doctor tras ser cesado en su cargo. Había luchado con gran ahínco para frustrar los planes de los políticos y mantenerle en su puesto, y se sentía muy dolido al observar el cese de un hombre que, a pesar de su reciente distanciamiento, todavía representaba para él el *sumun* de la competencia científica.

Y ahora, con aquel mensaje ante sus ojos, que a todas luces denotaba espanto, no podía imaginar qué había pasado. Sabía, sin embargo, que Georgina no era una mujer propensa a perder la cabeza ni a lanzar falsas alarmas, de manera que no perdió el tiempo y en menos de una hora tomó el primer transporte terrestre que salía de Sacramento y luego fue a su club y envió una nota a Georgina comunicándole que estaba en la ciudad y que podía disponer de él cuando quisiera.

Mientras tanto las cosas se habían serenado en el hogar de los Clarendon, a pesar de que el doctor seguía sin decir una palabra y se negaba en redondo a comunicar el estado del perro. Las sombras del mal parecían densas y omnipresentes, pero por el momento reinaba la calma. Georgina se sintió muy aliviada al recibir la nota de Dalton y saber que estaba tan a mano, y le contestó que le haría llamar si las cosas empeoraban. Entre toda aquella tensión contenida pareció surgir un elemento claramente compensador, y Georgina descubrió al fin que esto era debido a la ausencia de los descarnados tibetanos, cuyas maneras reservadas y sinuosas, y su exotismo perturbador, siempre le habían disgustado. Habían desaparecido de golpe y la anciana Margarita, la única sirvienta que podía verse en la casa, le informó de que estaban ayudando a su señor y a Surama en la clínica.

El día siguiente, veintiocho de mayo —un día que no se olvidará fácilmente—, amaneció oscuro y encapotado, y Georgina sintió que la precaria paz se estaba viniendo abajo. Aunque no vio a su hermano, sabía que se encontraba en la clínica trabajando sin descanso, a pesar de la falta de especímenes que tanto lamentaba. Se preguntó cómo estaría el pobre Tsanpo y si le habrían inyectado alguna sustancia peligrosa, pero debía confesar que Dick la preocupaba mucho más. Ansiaba saber si Surama había hecho algo por curar al fiel sabueso, a pesar de la extraña indiferencia de su amo. La

aparente preocupación de Surama la noche en que se produjo el enfrentamiento con Dick la había impresionado mucho, haciendo que sintiera una simpatía hacia el detestable ayudante que nunca antes había experimentado. Según avanzaba el día, se dio cuenta de que cada vez pensaba más en Dick; hasta que al fin sus nervios a flor de piel, viendo en este detalle una especie de simbólico resumen de todo el horror que se había adueñado de la casa, no pudieron soportar la incertidumbre por más tiempo.

Hasta entonces siempre había respetado las órdenes expresas de Alfred de no acercarse jamás ni entorpecer los trabajos en la clínica; pero, mientras aquella tarde fatídica avanzaba, su decisión de romper aquel requerimiento se fue haciendo más y más fuerte. Por fin se puso en marcha con gesto de determinación, cruzó el patio y entró en el vestíbulo de la prohibida estructura con la firme intención de descubrir cómo se encontraba el perro y conocer las razones por las que su hermano actuaba con tanto secretismo.

Como de costumbre, la puerta interior permanecía cerrada con llave, pero tras ella pudo escuchar unas voces que discutían acaloradamente. Al no obtener respuesta a sus llamadas, Georgina sacudió el pomo de la puerta con el mayor estrépito posible, pero las voces siguieron discutiendo sin prestar atención. Por supuesto, se trataba de Surama y su hermano, y mientras ella seguía allí, intentado atraer su atención, no pudo evitar captar algo de la conversación. Por segunda vez el destino la convertía en una especie de espía, y de nuevo lo que estaba escuchando puso a prueba su equilibrio mental y el aguante de su sistema nervioso. Alfred y Surama estaban enzarzados en una disputa cada vez más violenta, y el contenido de sus palabras bastaba para fortalecer sus más profundos miedos y corroborar sus peores temores. Georgina temblaba mientras la voz de su hermano alcanzaba unas peligrosísimas cotas de fanatismo.

—¡Maldito seas!... ¿Quién eres tú para pedirme prudencia y moderación? ¿Quién empezó todo esto? ¿Qué sé yo acerca de tus execrables dioses-demonios y de ese mundo primigenio? ¿Había pensado antes en esos condenados espacios tuyos que se abren más allá de las estrellas y en ese caos reptante que tú llamas Nyarlathotep? ¡Maldito seas! Antes de ser tan estúpido como para sacarte a rastras de aquellas criptas repletas con tus demoníacos secretos atlantes yo era un simple científico. ¡Tú me has llevado a todo esto y

ahora pretendes que lo corte de raíz! Dejas pasar el tiempo sin hacer nada útil y me dices que vaya más despacio, cuando sabes mejor que yo que no podemos avanzar sin conseguir nuevos especímenes. De sobra sabes que yo no sé cómo actuar en estos casos, mientras que tú ya estabas harto de hacerlo antes incluso de que la tierra existiese. ¡Maldito cadáver andante! ¿Acaso te gusta empezar algo que luego no vas a poder o querer finalizar?

En el rostro de Surama volvió a dibujarse aquella sonrisa maligna.

—Estás loco, Clarendon. Ese es el único motivo por el que te dejo seguir diciendo tonterías en vez de mandarte al infierno en menos de lo que canta un gallo. Ya es suficiente, posees el material necesario para que un neófito como tú lleve a cabo sus planes. De cualquier manera, ¡ya tienes todo lo que estoy dispuesto a darte! Estás perdidamente obsesionado con el asunto... ¡es una locura y una vulgaridad sacrificar la mascota de tu pobre hermana pudiendo evitarlo! Ni tan siquiera eres capaz de mirar a una criatura viva sin sentir la necesidad de inyectarle esa aguja dorada. No, Dick siguió los pasos de aquel muchacho mexicano, de Tsanpo y los otros siete, y del resto de los animales. ¡Vaya discípulo! Ya no me sirves para nada... has perdido los nervios. No puedes controlar la situación, y esta te controla a ti. He terminado contigo, Clarendon. Pensé que eras la persona adecuada, pero no es así. Ha llegado el momento de buscar a otro. ¡Me temo que tendrás que irte!

El miedo y la desesperación se mezclaron en la respuesta que le gritó el doctor.

—¡Ten mucho cuidado...! Existen poderes que se oponen a los tuyos... No fui a China por nada, y hay cosas en el *Azifde* Alhazred de las que no se tenían noticias en Atlantis. Ambos nos hemos entrometido en asuntos peligrosos, pero no pienses que conoces todos mis recursos. ¿Qué hay de la Némesis del Fuego? Hablé con un anciano en Yemen que había regresado vivo del Desierto Carmesí. Había visto Irem, la Ciudad de los Pilares, y rendido culto en los santuarios subterráneos de Nugy Yeb... ¡Iä! ¡Shub-Niggurath!

La hueca risita del ayudante clínico se elevó por encima del grito entrecortado de Clarendon.

—¡Calla, estúpido! ¿Acaso piensas que esas tonterías sin sentido tienen algún poder sobre mí? Palabras y sortilegios... palabras y sortilegios... ¿qué

daño pueden hacerle a alguien que posee la sustancia que se oculta tras ellas? Ahora nos encontramos en una esfera material, sujetos a leyes materiales. Tú tienes tus fiebres; yo tengo mi revólver. ¡Tú no vas a conseguir más especímenes y yo no voy a aguantar más tonterías mientras te tenga delante de mí, con este revólver entre ambos!

Esto fue cuanto pudo escuchar Georgina. Se sintió desfallecer y salió dando tumbos del vestíbulo en busca de un poco de aire fresco del exterior. Se dio cuenta de que al fin había estallado la crisis y de que necesitaba ayuda con urgencia si quería salvar a su hermano de los abismos desconocidos del misterio y la locura. Tras reunir todas las fuerzas que le quedaban, consiguió llegar a la casa y entrar en la biblioteca, donde garabateó una apresurada nota para que Margarita se la llevara a James Dalton.

Cuando la anciana partió, Georgina solo disponía de la energía necesaria para cruzar la salita y hundirse en el sillón con una especie de desmayo. Se quedó allí tumbada durante lo que parecieron años, apenas consciente de las sombras crepusculares que se iban adueñando de los rincones de la enorme y lúgubre estancia, invadida de un número incontable de oscuras y terroríficas formas que desfilaban como un coro fantasmal por los recovecos de su torturado cerebro. El ocaso se transformó en negra noche y el hechizo aún persistía. Entonces resonaron unos pasos resueltos en el vestíbulo y oyó que alguien entraba en la habitación y prendía una cerilla. Su corazón estuvo a punto de pararse mientras las lámparas de gas de los candeleros se fueron encendiendo una tras otra, pero entonces descubrió que el recién llegado era su hermano. Aliviada en lo más hondo de su corazón porque su hermano aún seguía con vida, dejó escapar un suspiro involuntario, largo, profundo y entrecortado, y cayó en una especie de agradable desvanecimiento.

Al oír aquel sollozo, Clarendon se volvió alarmado hacia el sillón, quedando profundamente impactado ante la imagen inerte de su hermana. Su cara mostraba un aspecto cadavérico que le horrorizó en lo más hondo y se arrodilló a su lado, dándose cuenta de repente de lo que supondría para él la muerte de su hermana. Al haber estado tanto tiempo sin ejercer la medicina, debido a su incansable búsqueda de la verdad, había perdido la habilidad de poder aplicar unos simples primeros auxilios y lo único que hizo fue recitar el nombre de su hermana y acariciar sus muñecas mecánicamente mientras el

miedo y la pena lo invadían. Enseguida pensó en el agua y fue corriendo al comedor en busca de una jarra. Trastabilló en medio de la oscuridad reinante que parecía albergar vagos terrores hasta que al fin, después de un rato, dio con lo que buscaba y, sujetándolo con manos temblorosas, se apresuró de vuelta a la salita y arrojó su frío contenido en el rostro de Georgina. El método fue tosco pero efectivo. La mujer se estremeció, lanzó otro suspiro y abrió al fin los ojos.

—¡Estás viva! —gritó y puso su mejilla sobre la de su hermana mientras ella le acariciaba maternalmente la cabeza. Casi se alegraba del desmayo, pues daba la sensación de que había servido para alejar al extraño ser en el que se había convertido Alfred y traerle de vuelta a su verdadero hermano. Se incorporó lentamente e intentó tranquilizarle.

—Estoy bien, Al. Solo necesito un vaso de agua. Es un pecado gastarla de esta manera... ¡por no hablar de cómo me has dejado la blusa! ¿Así es como te comportas cada vez que tu hermana decide echarse una siesta? No creas que voy a enfermar, ¡no tengo tiempo para esas tonterías!

Los ojos de Alfred mostraban que aquella charla tranquila y repleta de sentido común había sido efectiva. El miedo por su hermana se desvaneció de su rostro al instante y su lugar fue ocupado por una expresión vaga y calculadora, como si de repente se le hubiera ocurrido algo maravilloso. Mientras ella observaba los cambios que se producían en el semblante de su hermano, que parecía mirarla con una especie de astuta valoración, empezó a pensar si no se habría equivocado en su manera de tranquilizarle y, antes de que él hablase, se dio cuenta de que estaba temblando ante algo que no podía definir. Un agudo instinto médico la persuadió de que el momento de cordura de su hermano había finalizado y de que otra vez era el fanático desenfrenado al que solo le interesaba la investigación científica. Sus ojos se habían entrecerrado con una expresión malsana ante la mención casual de su buena salud. ¿Qué estaba pensando en esos momentos? ¿Hasta qué extremos enfermizos podría llevarle su obsesión por los experimentos científicos? ¿Cuánto importaba en realidad que su sangre fuera pura y se encontrara perfectamente sana? Sin embargo, ninguno de estos recelos turbaron a Georgina más de un segundo y permaneció confiada y tranquila cuando sintió que los firmes dedos de su hermano le tomaban el pulso.

—Tienes algo de fiebre, Georgie —dijo en un tono de voz preciso y deliberadamente contenido mientras la miraba a los ojos con aires de suficiencia.

—Qué tontería —contestó ella—, me encuentro bien. ¡Cualquiera diría que estás a la caza de todo paciente con fiebre por el simple hecho de sacar a relucir tus investigaciones! ¡Desde luego, *resultaría* muy poético que pudieras demostrar el resultado final curando a tu propia hermana!

Clarendon se quedó muy turbado y con una expresión de culpabilidad. ¿Acaso sospechaba ella sus planes? ¿Había murmurado algo en voz alta sin darse cuenta? La observó con suma atención y descubrió que en realidad no sabía nada. Le sonreía con dulzura y palmeaba sus manos mientras él permanecía junto a ella al lado del sofá. Entonces sacó un pequeño estuche ovalado de cuero del bolsillo de la bata, extrajo de su interior una jeringuilla dorada y se puso a jugar con ella, subiendo y bajando distraídamente el émbolo por el interior del vacío cilindro.

—Me pregunto —comenzó a decir con un pretencioso tono de voz— si estarías realmente dispuesta a ayudar a la ciencia en... ¿cómo lo diría?... si no hubiera más remedio. Si tendrías las agallas suficientes para sacrificarte por la ciencia, como lo hizo la hija de Jefe^[2], sabiendo que ello supondría la culminación de mi obra.

Georgina, tras observar ese brillo extraño e inconfundible en la mirada de su hermano, supo al fin que sus peores miedos se habían hecho realidad. Lo único que ahora podía hacer era mantenerle alejado de todos los peligros y rezar porque Margarita hubiera encontrado a James Dalton en su club.

—Pareces cansado, querido Al —dijo con amabilidad—. ¿Por qué no te tomas una dosis de morfina y aprovechas para dormir un poco?

Él la contestó con artificiosa consideración.

—Sí, tienes razón. Estoy agotado, y tú también. Los dos necesitamos un buen descanso. La morfina nos ayudará... Espera un ratito hasta que llene la jeringuilla y ambos nos inyectaremos la dosis apropiada.

Salió lentamente de la habitación mientras seguía jugando con la jeringuilla. Georgina miró a su alrededor desesperada y sin saber qué hacer, con los oídos atentos a cualquier signo de una posible ayuda. Creyó haber oído a Margarita trasteando de nuevo en la cocina de la planta baja y se

levantó para hacer sonar la campanilla, con la intención de descubrir el destino de su mensaje. La vieja asistenta respondió enseguida a su llamada y le comunicó que había entregado la nota en el club hacía varias horas. El gobernador Dalton estaba fuera, pero el recepcionista le había prometido que le daría el mensaje en cuanto llegara.

Margarita trastabilló escaleras abajo antes de que Clarendon hubiera regresado. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué planeaba? Georgina había oído cómo se cerraba la puerta del jardín, luego sabía que se encontraba en el laboratorio. ¿Acaso se había olvidado de sus primeras intenciones a causa de su enloquecido estado mental? La incertidumbre resultaba insoportable y Georgina tuvo que apretar los dientes con fuerza para no echarse a gritar.

El timbre de la puerta, que sonaba tanto en la casa como en el laboratorio clínico, rompió al fin toda la tensión contenida. Escuchó los andares felinos de Surama mientras abandonaba la clínica para responder a la llamada; y entonces, con un suspiro de alivio que rozaba la histeria, oyó la voz enérgica y familiar de Dalton, que conversaba con el siniestro ayudante. Se puso en pie y corrió en su busca en cuanto lo vio asomar por el umbral de la puerta de la biblioteca, y durante unos instantes no se dijeron nada mientras él besaba su mano con el estilo galante de la vieja escuela. Acto seguido Georgina estalló en un torrente de palabras ansiosas con las que intentaba explicarle todo lo que había pasado, todo lo que había visto y escuchado a hurtadillas, y todo lo que temía y sospechaba.

Dalton la atendió muy serio y comprensivo, y el desconcierto que le embargó al principio fue dando paso al estupor más absoluto, la simpatía y una firme resolución. El mensaje, que había sido confiado a un descuidado recepcionista, le fue entregado con cierto retraso, justo cuando se encontraba en la sala de estar en medio de una acalorada discusión acerca de Clarendon. Uno de los socios, el doctor MacNeil, había traído una revista médica que incluía un artículo escrito con la evidente intención de molestar al entusiasta científico, y Dalton acababa de pedirle que guardara la publicación por si la necesitaba en el futuro, cuando al fin le fue entregada en mano la nota. Al momento abandonó sus intenciones de confiarse al doctor MacNeil en todo lo referente a Alfred, hizo que le trajeran el sombrero y bastón, y, sin pender un instante, tomó un coche en dirección a la casa de Clarendon.

Pensó que Surama parecía un tanto alarmado al reconocerle, aunque había esbozado su sarcástica y habitual sonrisa mientras se marchaba de regreso a la clínica. Dalton siempre recordaría los andares y muecas de Surama en aquella noche aciaga, ya que jamás volvió a ver a la espectral criatura. Cuando el sonriente personaje desapareció en el vestíbulo de la clínica, sus ásperos borboteos parecieron confundirse con el sordo retumbar de la tormenta que se cernía en el lejano horizonte.

Después de escuchar todo lo que Georgina tenía que decirle, y tras saber que Alfred podría regresar en cualquier momento con una jeringuilla repleta de morfina, Dalton decidió que sería mejor hablar con el doctor a solas. Aconsejó a Georgina que se retirara a sus aposentos y esperara el desarrollo de los acontecimientos, y se puso a dar vueltas por la tenebrosa biblioteca, revisando los estantes y esperando el sonido de los nerviosos pasos de Clarendon al regresar por el camino de la clínica. Los rincones de la enorme estancia se hallaban en sombras, a pesar de la lámpara de araña que colgaba del techo, y cuanto más se fijaba Dalton en los títulos de los libros de su amigo menos le agradaban sus gustos literarios. Aquella colección no era la típica de cualquier médico, biólogo o sujeto normal. Había demasiados volúmenes de una temática más que dudosa, tenebrosas teorías y rituales prohibidos de la Edad Media, y de otros extraños y exóticos misterios impresos en lenguas foráneas, algunas conocidas y otras completamente ignotas.

El gran libro de notas que descansaba sobre la mesa también resultaba malsano. El estilo con el que estaba escrito tenía algo de neurótico, y el contenido de las entradas se hallaba bastante lejos de resultar tranquilizador. Había largos pasajes escritos en rudos caracteres griegos y cuando Dalton, valiéndose de sus antiguos conocimientos del lenguaje, intuyó algo de su contenido, no pudo evitar un estremecimiento y lamentó que sus escaramuzas colegiales con Jenofonte y Homero no hubieran sido más concienzudas. Había algo perverso —algo terriblemente perverso— en todo aquello, y el gobernador se dejó caer en la silla con desmayo mientras se empapaba del tremebundo griego del doctor. Entonces oyó un ruido alarmanamente cerca y dio un brinco al sentir una mano que se posó con firmeza sobre su hombro.

—¿Cuál es, si se me permite la pregunta, el motivo de esta intrusión?

Deberías haberle dicho a Surama lo que querías.

Clarendon se erguía a su lado, tan frío como el hielo, con la pequeña jeringuilla dorada en la mano. Parecía muy tranquilo y dueño de sí, y Dalton se preguntó por un momento si Georgina no había exagerado acerca de su estado mental. Y además, ¿cómo podía estar absolutamente seguro de lo que decían aquellas entradas en griego cuando sus conocimientos del lenguaje estaban tan oxidados? El gobernador decidió ser muy cauto en su entrevista y agradeció su suerte, pues el destino le había puesto en el bolsillo el pretexto ideal. Se mostró muy sereno y seguro de sus actos al levantarse para contestar.

—Supongo que no te importará leer esto delante de tu subordinado, pero creí que preferirías ver este artículo a solas.

Sacó del bolsillo la revista que le había dado el doctor MacNeil y se la tendió a Clarendon.

—Puedes ver el titular en la página 542: «Fiebre negra vencida por un nuevo suero». El artículo está firmado por el doctor Miller, de Filadelfia, y afirma que ha conseguido ponerse por delante de ti en el descubrimiento de una posible cura. Lo estaban discutiendo en el club y MacNeil piensa que su exposición resulta muy convincente. Yo, como simple aficionado, me sentí imposibilitado a emitir juicio alguno, pero creo que debes tener la oportunidad de digerir todo este asunto cuando aún está fresco. Por supuesto, si estás muy ocupado no quiero molestarte...

Clarendon le cortó bruscamente.

—Voy a poner una inyección a mi hermana —no se encuentra demasiado bien—, pero echaré un vistazo a lo que dice ese charlatán en cuanto vuelva. Conozco a Miller —un ratero y patán incompetente— y no creo que tenga el cerebro suficiente como para robarme mi método de trabajo y lo poco que ha visto del mismo.

De repente Dalton sintió una oleada de intuiciones advirtiéndole de que Georgina no debía recibir aquella dosis. Había algo siniestro en todo ello. Por lo que ella le había dicho, Alfred había tardado demasiado tiempo en su preparación, mucho más de lo necesario para disolver una simple tableta de morfina. Decidió retener a su anfitrión todo lo posible mientras se dedicaba a observar su estado mental con disimulo.

—Siento que Georgina se encuentre indispuesta. ¿Estás seguro de que la inyección le vendrá bien? ¿No le hará ningún daño?

La exagerada reacción de Clarendon demostró que algo le había molestado.

—¿Hacerle daño? —gritó—. ¡No seas estúpido! Sabes que Georgina tiene que estar en un estado de salud perfecto, el mejor estado de salud posible, para servir a la ciencia con la misma dedicación que cualquier otro Clarendon. Al menos ella agradece el hecho de ser mi hermana. No rechaza ningún sacrificio, por muy grande que sea, con tal de servirme. Es una sacerdotisa de la verdad y el descubrimiento, lo mismo que yo.

Luego cesó su chillona diatriba y permaneció con la mirada enloquecida y la respiración entrecortada. Dalton se dio cuenta de que su atención había sido desviada momentáneamente.

—Pero déjame ver lo que dice ese condenado charlatán —prosiguió—. ¡Si piensa que su retórica pseudocientífica puede convencer a cualquier médico es aún más estúpido de lo que pensaba!

Clarendon dio con la página del artículo y empezó a leerla excitado mientras permanecía de pie con la jeringuilla firmemente sujeta en la mano. Dalton se preguntó qué había de verdad en lo escrito. MacNeil le había asegurado que el autor era un patólogo muy bien considerado y que, aunque el artículo tuviera algún que otro error, la mente que estaba tras él era poderosa, inteligente y totalmente honorable y sincera.

Mientras observaba al doctor progresar en su lectura, Dalton se percató de que su rostro enjuto y sin afeitar se iba poniendo pálido. Sus grandes ojos refulgían y las páginas se arrugaban bajo la tensa presión de sus largos y finos dedos. El sudor comenzó a surgir de su frente, tan blanca como el marfil, justo donde el cabello empezaba a clarear, y pronto se dejó caer con un suspiro sobre la silla que su visitante acababa de abandonar mientras devoraba el texto escrito. Entonces hubo un grito salvaje, como el de una bestia endemoniada, y Clarendon se inclinó hacia delante en la mesa, palmoteando los libros y papeles que estaban encima, mientras perdía la consciencia casi de golpe, como la vela que se apaga ante un súbito ventarrón.

Dalton se precipitó en ayuda de su amigo, sujetándole por los hombros y

apoyándole de nuevo sobre el respaldo de la silla. Al ver la jarra en el suelo, cerca del sofá, vació parte de su contenido en el crispado rostro, acción que fue recompensada al descubrir que poco a poco se abrían sus grandes ojos. Ahora mostraban una mirada más limpia —profunda, triste e inequívocamente sana— y Dalton se sintió aterrorizado ante la presencia del drama cuya verdadera profundidad jamás se habría atrevido a imaginar.

Aún seguía sujetando con la mano izquierda aquella jeringuilla dorada, y mientras Clarendon tomaba una profunda y estremecida bocanada de aire, sus dedos se aflojaron sobre la cosa y se puso a estudiar el objeto reluciente que daba vueltas en la palma de su mano. Luego empezó a hablar, muy lentamente, con la inefable tristeza de la más absoluta y completa desesperación.

—Gracias, Jimmy, estoy bien. Pero aún queda mucho por hacer. Hace un rato me preguntaste si esta dosis de morfina le causaría algún daño a Georgina. Creo poder afirmar ahora que no.

Giró un pequeño tornillo que había en la jeringuilla, puso el dedo en el pistón y, al mismo tiempo, se la llevó hasta el cuello. Dalton gritó alarmado mientras observaba la leve presión que su dedo ejercía sobre el émbolo al inyectarse el contenido del cilindro en el interior de su cuerpo.

—¡Dios bendito, Al! ¿Qué has hecho?

Clarendon sonrió amablemente, una sonrisa llena de paz y resignación, muy diferente del gesto sardónico de las pasadas semanas.

—Deberías saberlo, Jimmy, si aún conservas el juicio que te llevó a conseguir el puesto de gobernador. Seguro que has leído lo suficiente en mis notas para entender que ya no se puede hacer nada. Con las notas que sacabas en griego cuando estábamos en Columbia, supongo que no te has perdido mucho. Lo único que puedo decir es que todo es verdad.

»James, no me gusta echar las culpas a los demás, pero tengo que decirte que Surama me metió en esto. En realidad no sé quién o qué es, ya que ni tan siquiera me conozco a mí mismo, y todo lo que puedo decirte son cosas que ninguna persona en sus cabales debería conocer, pero estoy seguro de que no se trata de un ser humano, en el sentido lógico de la expresión, y tampoco sé si está realmente vivo, tal y como nosotros pensamos en algo viviente.

»Crees que estoy diciendo tonterías. Ojalá fuera así, pero todo este lío

espantoso es terriblemente real. Empecé mi carrera científica con mente clara y buenos propósitos. Quería salvar al mundo de la enfermedad. Lo intenté y fracasé, y pido perdón a Dios por no haber sido lo suficientemente honesto como para reconocer mi fracaso. No dejes que mis viejas chácharas científicas te engañen, James... *¡Nunca encontré el remedio a la fiebre y jamás estuve ni a la mitad de camino de hallar uno!*

»¡No estés tan alicaído, viejo amigo! Alguien tan acostumbrado a los devenires de la política tiene que haber visto antes un montón de desenmascaramientos parecidos. Como te digo, nunca he llegado a estar ni un poquito cerca de dar con la cura. Pero mis investigaciones me han llevado a extraños lugares y solo es culpa mía el haber prestado atención a ciertas historias de personajes aún más extraños. James, si aprecias realmente a alguien, manténle alejado de las regiones antiguas y ocultas de la tierra. Los lugares primigenios y apartados están repletos de cosas peligrosas para la gente normal. He hablado demasiado con viejos sacerdotes y místicos, creyendo que podría conseguir las cosas que se me negaban por los procedimientos habituales gracias a sus tenebrosos métodos.

»No te explicaré en qué consistían, pues si lo hiciera me convertiría en un ser tan maligno como los sacerdotes que me llevaron a la ruina. Lo único que necesito decirte, después de todo lo que he aprendido, es que me estremezco al pensar en este mundo y en todo lo que alberga. Es un mundo increíblemente viejo, James, y cientos de épocas han nacido y desaparecido para siempre antes del despertar de la vida orgánica y el devenir de las eras geológicas conectadas con ella. Es un pensamiento terrible: ciclos evolutivos completos y olvidados, repletos de criaturas, razas, culturas y enfermedades, que han vivido y desaparecido mucho antes de que la primera ameba se agitara en los mares tropicales de los que nos habla la ciencia geológica.

»He dicho desaparecido, pero en realidad no lo decía de una manera literal. Ojalá hubiera sido así, pero eso no es exacto. Aún persisten en ciertos lugares —no podría decirte cómo—, y algunas formas de vida arcaica se las han arreglado para subsistir en determinadas regiones escondidas a pesar de los eones transcurridos. Había religiones y cultos —ya sabes, cientos de maléficos sacerdotes— que predicaban en tierras hace tiempo sumergidas bajo los océanos. La Atlántida fue su semillero. Era un lugar terrible. Si los

dioses son piadosos, nadie volverá a rescatar aquellos horrores de las profundidades del mar.

»Pero había una colonia que las aguas no sumergieron y, si consigues la confianza de alguno de los sacerdotes tuareg de África, es posible que te relate ciertas historias increíbles sobre todo aquello, historias relacionadas con algunas leyendas que escucharás entre los ламas enloquecidos y los frívolos conductores de yaks de las recónditas mesetas de Asia. Supe de todos aquellos rumores y leyendas cuando di con el gran secreto. ¿Qué secreto? Nunca lo sabrás; pero tiene que ver con algo o con alguien que apareció de pronto hace un periodo de tiempo sacrílegamente largo, y que fue devuelto a la vida —o a algo similar a la vida— gracias a ciertos métodos que el hombre que me lo contó no supo explicarme.

»Pero, James, a pesar de mi confesión sobre la enfermedad, sabes que no soy un mal médico. Estudié con ahínco y me sumergí en la ciencia como el mejor, quizás aún más, pues hice algo allí, en la región de Hoggar^[3], que ningún otro sacerdote se había atrevido a llevar a cabo. Me vendaron los ojos y me llevaron a un lugar que había estado sellado durante siglos... y regresé con Surama.

»¡Tranquilo, James! Sé lo que te preguntas. ¿Cómo sabe todo eso? ¿Por qué habla inglés, o cualquier otro lenguaje, sin acento? ¿Por qué se vino conmigo?... y un montón de cosas más. No sabría responderlo todo, pero sé que es capaz de formar ideas, imágenes y pensamientos por medio de un mecanismo que no tiene nada que ver con su mente o sus sentidos físicos. Me ha sido útil, a mí y a la ciencia. Me ha descubierto cosas y dado nuevos puntos vista. Me ha enseñado a venerar a unos dioses primordiales, arcaicos y perversos, y ha trazado la ruta adecuada hacia un logro que no me atrevo a desvelarte. No me preguntes, James... ¡por la salvación de tu mente y de la cordura de la humanidad!

»Esa criatura se halla fuera de los límites. Está en conjunción con las estrellas y las fuerzas vivas de la Naturaleza. No pienses que estoy loco, James... ¡Te juro que no es así! He visto demasiado para sentir cualquier tipo de duda. Me concedió nuevos placeres, asuntos a los que se rendía culto en el paleógeno, y el mayor de todos fue la fiebre negra.

»¡Por Dios, James! ¿Aún no sabes de qué va todo esto? ¿Aún piensas que

la fiebre negra vino del Tíbet y que todo lo que sé sobre ella lo aprendí allí? ¡Usa el cerebro, compañero! ¡Lee el artículo de Miller! Ha descubierto una antitoxina que acabará con la fiebre en menos de medio siglo, cuando otros investigadores aprendan a modificarla y crear nuevos compuestos. Ha carcomido mis sueños de juventud y logrado el objetivo al que yo había dedicado toda mi vida... ¡Ha hecho desaparecer el viento que hinchaba las velas que yo había desplegado en aras de la brisa de la ciencia! ¿Te asombras de que ese artículo me haya hecho cambiar? ¿Te asombras de que me haya impactado tanto, de que haya hecho desaparecer mi locura y me devuelva mis viejos sueños de juventud? ¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Pero no demasiado tarde para salvar a otros!

»Supongo que estoy empezando a divagar, viejo amigo. Ya sabes... la hipodérmica. Te he preguntado por qué aún no te habías dado cuenta de qué iba todo el asunto sobre la fiebre negra. Pero ¿cómo podrías hacerlo? ¿No dice Miller que ha conseguido curar a siete pacientes con su suero? Es una cuestión de diagnóstico, James. El solo piensa que se trata de la fiebre negra. Pero yo puedo leer entre líneas. Aquí, compañero, en la página 551, está la clave de todo. Léelo de nuevo.

»Lo ves, ¿verdad? Los casos de fiebre *de la costa del Pacífico* no responden a su suero. Esto le desconcierta. En realidad, ni tan siquiera se parecen a ningún tipo de fiebre que él conozca. Pues bien, ¡esos eran *mis* casos! ¡Esos eran los casos *reales* de fiebre negra! ¡Y jamás existirá en la Tierra una antitoxina que cure esos casos de fiebre negra!

»¿Cómo lo sé? ¡*Porque la fiebre negra no es de este planeta!* Proviene de algún *otro sitio*, James, y solo Surama sabe de dónde, porque él la ha traído aquí. ¡*El la ha traído y yo la he propagado!* ¡Este es el verdadero secreto, James! Por eso quería el cargo... *a eso me he dedicado... a extender la fiebre que llevo en esta jeringuilla dorada... ¡y en el émbolo mortífero cuyo anillo ves en mi dedo índice!* ¡La ciencia! ¡Y un cuerno! ¡Quería matar, matar y matar! Una simple presión de mi dedo y la fiebre negra era inoculada. Quería ver cómo los seres vivos se retorcían y contoneaban, cómo gritaban y les salían espumarajos por la boca. Una simple presión del émbolo y podía ver cómo agonizaban, y me sentía incapaz de vivir o pensar si no disponía de un montón de cuerpos a los que observar. Por eso pinchaba a todo lo que tenía a

mano con esta maldita aguja hueca. Animales, delincuentes, niños, asistentes... y la siguiente víctima era...

La voz de Clarendon se quebró mientras se hundía perceptiblemente en su silla.

—Así, James, así era mi vida. Fue Surama quien la hizo así... él me enseñó y se las arregló para que continuara hasta que ya no pude parar. Y entonces... entonces fue demasiado *hasta para él*. Intentó detenerme. ¿Te lo puedes creer?... ¡ÉL, intentando detenerlo! Pero he conseguido un último ejemplar. Mi última prueba. Un sujeto muy adecuado, James... disfruto de buena salud, una salud diabólicamente buena. Qué ironía... aunque la locura ha desaparecido, ¡de manera que no voy a poder disfrutar con su agonía! No puede ser... no puede...

Un violento escalofrío, producido por la fiebre, sacudió al doctor, y Dalton se dio cuenta, horrorizado, de que no podía darle consuelo. Cuánto de la historia de Alfred eran simples majaderías y cuánto escondía de verdad malsana, era algo que no podía saber, pero en cualquier caso sentía que el médico era más una víctima que un criminal y, por encima de todo, se trataba del amigo de su niñez y el hermano de Georgina. Le llegaron recuerdos, como en un caleidoscopio, de los viejos días. «El pequeño Alf», el patio del Phillips Exeter, el campo rectangular del Columbia, la pelea con Tom Cortland cuando salvó a Alf de una buena paliza...

Tendió a Clarendon sobre el diván y le preguntó amablemente si podía hacer algo. Pero no podía hacer nada. Alfred solo era capaz de hablar en susurros, pero le pidió que perdonara todos sus agravios y le encomendó el cuidado de su hermana.

—Tú... la harás... feliz —jadeó—. Se lo merece. ¡Mártir... de un mito! Hazlo por ella, James. ¡No... permitas... que sepa... más... de lo necesario!

Sus palabras se hicieron incoherentes y cayó en una especie de estupor. Dalton hizo sonar la campanilla, pero Margarita se había ido a la cama, así que llamó a Georgina, que estaba en el piso de arriba. Bajó con paso firme, pero estaba muy pálida. El grito de Alfred la había afectado profundamente, pero confiaba en James. Seguía confiando en él cuando le mostró la figura inconsciente que yacía en el sofá y le pidió que regresara a su habitación a descansar un poco, y que no hiciera caso a lo que oyera en adelante. No

quería que fuera testigo del horrible y delirante espectáculo que se iba a producir, pero le permitió besar a su hermano por última vez mientras yacía quieto y sereno, como el muchacho que había sido en el pasado. Así le dejó; el sabio chiflado, un poco extraño y brillante al que tantos cuidados había dedicado... Y la imagen que se llevó consigo fue bastante misericordiosa.

Dalton tuvo que cargar hasta su tumba con un cuadro mucho más duro. Sus temores acerca de los delirios de su amigo no fueron erróneos, y durante las oscuras horas nocturnas se vio obligado a emplear todas sus fuerzas en contener las salvajes convulsiones del enloquecido enfermo. Jamás se le ocurrió repetir todo lo que había escuchado de aquellos labios hinchados y renegridos. Jamás volvió a ser el mismo hombre desde entonces, y sabe que nadie que haya oído semejantes cosas puede volver a ser como antes. Y así, por el bienestar de la humanidad, no se atreve a decir nada, y agradece a Dios que su ignorancia en ciertos asuntos y menesteres consiguiera que muchas de aquellas crípticas revelaciones no tuvieran ningún sentido para él.

Al amanecer Clarendon se despertó de repente en su sano juicio y empezó a hablar con voz firme.

—James, aún no te he dicho lo que hay que hacer... con todo lo demás. Tacha esas anotaciones en griego y envía mi cuaderno de notas al doctor Miller. También todos mis apuntes, que encontrarás en las carpetas. Ese hombre es la verdadera autoridad hoy en día... su artículo lo demuestra. Tu amigo del club estaba en lo cierto.

»Pero todo lo que hay en la clínica debe desaparecer. *Todo sin excepción, vivo, muerto... o en otro estado.* Todas las plagas del infierno están en el interior de esos frascos de las estanterías. Quémalos, quémalo todo... si algo escapa, Surama se encargará de extender la muerte negra por el mundo. *Pero, sobre todo, ¡quema a Surama!* Esa... esa cosa... no debe respirar el límpido aire del cielo. Ahora sabes... te lo he dicho... sabes por qué semejante criatura no puede morar en la tierra. No será un asesinato... Surama no es humano... si eres tan piadoso como solías, no tendré que pedirte que te des prisa. Recuerda lo que dice el viejo texto: “No debes dejar a una bruja con vida”, o algo parecido.

»¡*Quémale, James!* ¡No permitas que se burle de nuevo del dolor de la carne mortal! Y digo, *quémale* —la Némesis del Fuego—, es lo único que

puede dañarle, James, a no ser que le sorprendas dormido y le atraveses el corazón con una estaca... *Mátale, extírpale, libra al universo inocente de su contaminación ancestral, la contaminación que yo invoqué desde su sueño primordial...*

El doctor se había incorporado, apoyado en un codo, y su voz se convirtió en un agudo lamento al finalizar su discurso. Sin embargo, el esfuerzo había resultado excesivo y, de repente, cayó en una especie de tranquilo coma. Dalton, que no tenía miedo al contagio de la fiebre, pues sabía que el mortífero germen no se transmitía por el aire, recolocó las piernas y los brazos de Alfred en el diván y tapó su frágil figura con un echarpe. Se preguntó si mucho de lo que había dicho no serían exageraciones o delirios. ¿No podría el viejo doctor MacNeil ayudarle a recobrarse? El gobernador luchó por mantenerse despierto y se puso a caminar con vigor de un lado a otro de la habitación, pero sus energías estaban demasiado gastadas para semejantes esfuerzos. No pudo evitar sentarse en la silla que había junto a la mesa para descansar un momento y se quedó dormido sin remedio, a pesar de todas sus buenas intenciones.

Dalton se despertó de pronto al sentir un fiero resplandor sobre sus ojos, y durante un rato pensó que había llegado la aurora. Pero no se trataba del sol, y mientras se restregaba los pesados párpados vio que la clínica del jardín estaba en llamas, que su maciza tablazón ardía, rugía y crepitaba en un inmenso holocausto de fuego como nunca había visto antes. En verdad se trataba de aquella «Némesis del Fuego» que tanto había deseado Clarendon, y Dalton sospechó que algún tipo de extraño combustible, y no solo la simple madera de pino, tenía que estar ardiendo para producir semejante incendio. Miró alarmado al diván, pero Alfred no estaba allí. Se levantó y fue a buscar a Georgina, pero se la encontró en el vestíbulo, sobresaltada por la montaña de fuego viviente.

—¡La clínica está ardiendo! —gritó—. ¿Cómo está Al?

—Ha desaparecido... ¡Ha desaparecido mientras yo estaba durmiendo! —contestó Dalton, y extendió su fuerte brazo para sostener a la temblorosa figura que estaba al borde del desmayo.

La guió con delicadeza escaleras arriba hasta su cuarto y le prometió que encontraría a Alfred, pero Georgina negó lentamente con la cabeza mientras

las llamas del exterior sobresalían en salvajes fogonazos por la ventana que daba al patio.

—Seguro que está muerto, James... no podría llevar una vida normal sabiendo lo que ha hecho. Le oí discutir con Surama y sé todo lo que estaba pasando. Es mi hermano, pero... las cosas están bien así.

Su voz se convirtió en un susurro.

De pronto, a través de la ventana abierta se oyó una carcajada profunda y espantosa, y las llamaradas de la ardiente clínica fueron tomando formas y contornos que parecían representar a unas criaturas ciclópeas, innombrables y apocalípticas. James y Georgina se detuvieron vacilantes y atisbaron con la respiración contenida por la ventana que daba al patio. Acto seguido se oyó un rugido ensordecedor que bajaba de los cielos al tiempo que un brusco relámpago caía directamente en el centro de las ardientes ruinas. La aguda carcajada cesó al instante y fue sustituida por un aullido frenético y desesperado, como si un millar de gárgolas y hombres lobo sufrieran un terrible tormento. Fue desapareciendo poco a poco, en ecos que reverberaban de un lado a otro, y también las llamas retomaron su aspecto normal.

Los observadores no se movieron, permanecieron vigilantes hasta que la columna de fuego se fue transformando en cenizas. Se alegraron de que lo alejado y rústico del lugar hubiera retrasado a los bomberos y también del muro que contenía a los posibles curiosos. Lo que había ocurrido no debía ser visto por las personas normales, pues contenía los secretos más profundos del universo.

Bajo la pálida aurora, James habló con suavidad a Georgina, que solo era capaz de apoyar su cabeza en el pecho de él y sollozar.

—Querida, creo que ha pagado por sus pecados. Seguro que ha prendido fuego a la clínica mientras yo estaba durmiendo. Me dijo que tenía que quemarla... la clínica y todo lo que había en su interior, incluido Surama. Era la única forma de salvar al mundo de los horrores desconocidos que había liberado. El lo sabía, e hizo lo adecuado.

»Era un gran hombre, Georgie. No debemos olvidarlo nunca. Tenemos que estar orgullosos de él, pues lo empezó todo con la intención de ayudar a la humanidad, y fue un hombre muy entregado, aun en sus pecados. Algún día te contaré más cosas. Lo que hizo, ya fuera bueno o malo, no ha sido

capaz de igualarlo ningún otro hombre. Fue el primero y el último en rasgar ciertos velos, y hasta el mismísimo Apolonio de Tiana se sitúa por detrás de él. Pero dejemos de hablar de ello. Tenemos que recordarle como el pequeño Alf que siempre hemos conocido... el muchacho que quería ser el mejor médico y controlar la fiebre.

Al atardecer los bomberos revisaron las ruinas y descubrieron dos esqueletos con restos de carne chamuscada adherida a los huesos... solo dos, gracias a los intactos pozos de cal. Uno era el de un ser humano; el otro todavía es objeto de debate entre los biólogos de la región. No se trataba exactamente del esqueleto de un mono o reptil, pero parecía tener algunas semejanzas con ciertas líneas evolutivas que los paleontólogos se niegan a admitir. El cráneo calcinado, aunque ciertamente extraño, era muy humano y a la gente le recordaba a Surama, pero el resto de los huesos escapaban de todo análisis. Solo un ropaje adecuado habría conseguido que semejante cuerpo pasara por humano.

Pero los restos humanos eran de Clarendon. Nadie lo discutía, y el mundo entero aún estaba de luto por la muerte del médico más grande de su época, el bacteriólogo cuyo suero para curar la fiebre habría eclipsado sin duda a la antitoxina gemela del doctor Miller si hubiera vivido lo suficiente para perfeccionarla. Y es que en realidad una gran parte del éxito inmediato del doctor Miller se debió a las anotaciones que le habían sido legadas por la desventurada víctima de las llamas. Nada quedó de las viejas rivalidades y odios, incluso se vio al mismo doctor Wilfred Jones alardear de sus contactos con el sabio desaparecido.

James Dalton y su esposa Georgina siempre han procurado mantenerse al margen, algo que bien puede achacarse a la modestia y el dolor familiar. Publicaron ciertos artículos como una especie de tributo a la memoria del gran hombre, pero jamás negaron o confirmaron ciertas leyendas populares o rumores sobre extraños prodigios que varios filósofos se aventuraron a formular. Aquellos cuentos se propagaron de una manera muy sutil y lenta. Probablemente Dalton le dio al doctor MacNeil un atisbo de la verdad, y aquella alma bondadosa no tenía secretos para su hijo.

En conjunto, los Dalton han tenido una vida muy feliz, pues los nubarrones del miedo quedaron perdidos en la lejanía, y el amor, poderoso y

correspondido, ha purificado el mundo que les rodeaba. Pero hay cosas que les perturban ocasionalmente... pequeñas cosas que uno no acierta a explicarse del todo. No pueden soportar a ciertas personas demasiado flacas o con una voz demasiado profunda, y Georgina palidece al escuchar el sonido de una risa gutural. El senador Dalton se horroriza ante cualquier clase de ocultismo, viaje, hipodérmica y los extraños alfabetos que son difíciles de transcribir, y todavía hay quien le reprocha la destrucción indiscriminada de la mayor parte de la biblioteca del doctor.

MacNeil, sin embargo, dio por terminado el asunto. Era un hombre sencillo y se limitó a entonar una plegaria mientras el último de los extraños libros de Alfred Clarendon se convertía en cenizas. Nadie que hubiera leído, y entendido, lo que contenían aquellos libros se habría negado a que aquella plegaria fuera entonada.

EL VERDUGO ELÉCTRICO

The Electric Executioner (1929)

Adolphe de Castro & H.P. Lovecraft

Para ser alguien que jamás se ha visto amenazado por una ejecución legal, siento un extraño terror por todo lo que tiene que ver con la silla eléctrica. En realidad, creo que este asunto me produce más escalofríos que a muchos de los hombres que se han enfrentado con semejante prueba. La explicación radica en que asocio este sentimiento con cierto suceso que tuvo lugar hace cuarenta años... un suceso muy extraño que me llevó al borde de un abismo negro y desconocido.

En 1889 yo era auditor e investigador con conexiones en la Tlaxcala Mining Company, de San Francisco, la cual gestionaba varias minas pequeñas de cobre y plata en las montañas San Mateo, en México. Se habían producido ciertos problemas en la mina número 3, que estaba supervisada por un técnico bastante arisco y elusivo llamado Arthur Feldon, y el 6 de agosto la firma recibió un telegrama informándoles de que Feldon se había marchado sin decir nada, llevándose consigo todos los registros de almacenaje y seguridad, así como otros papeles privados, y dejando la situación administrativa y financiera de la mina en un completo desastre.

Este escenario resultaba muy perjudicial para la compañía y a última hora de la tarde el presidente McComb me llamó a su oficina para ordenarme que recuperara los papeles a cualquier precio. Sabía que existían terribles

obstáculos. Jamás había visto a Feldon y apenas se conservaban fotografías de su persona. Además, tenía previsto casarme el jueves de la siguiente semana —dentro de tan solo nueve días—, de manera que no me sentía muy alegre ante la perspectiva de salir corriendo hacia México, para realizar un trabajo de caza y captura de imprevisible duración. Sin embargo, la gravedad del asunto era tanta que McComb creyó justificado enviarme de inmediato, y yo, por mi parte, decidí que merecía la pena aceptar la misión pues ello me reportaría grandes beneficios en el escalafón de la compañía.

Estaba listo para partir aquella misma noche, y para ello se me había confiado el vagón privado del presidente, en el que iría hasta Ciudad de México, teniendo que tomar después un ferrocarril de vía estrecha hasta las minas. A mi llegada, Jackson, el director de la número 3 me daría todos los detalles y pistas posibles; y entonces comenzaría de verdad la búsqueda, a través de las montañas, en la costa o por los caminos secundarios de Ciudad de México, según fuera el caso. Me puse en marcha con inexorable determinación, decidido a finalizar cuanto antes, y de manera exitosa, la tarea encomendada, aplacando mi descontento con escenas imaginarias de un pronto regreso cargado con los papeles y el culpable, y un enlace matrimonial que casi sería como una ceremonia triunfal.

Después de poner en aviso a mi familia, novia y principales amistades, y tras unos apresurados preparativos del viaje, me encontré con el presidente McComb a las 8 de la tarde en la terminal del Pacífico Sur y, tras recibir varias instrucciones escritas y un talonario de cheques, partí en su vagón privado, que había sido enganchado al expreso intercontinental del este, con salida a las 8:15. El trayecto parecía realizarse en la más absoluta monotonía, y después de una buena noche de sueño permanecí cómodamente en el interior del vagón privado que con tanta generosidad se me había facilitado, leyendo con sumo cuidado las instrucciones y haciendo planes para la captura de Feldon y el rescate de los documentos. Conocía bastante bien la región de Tlaxcala^[4] —mucho mejor, seguramente, que el técnico desaparecido—, de manera que tenía cierta ventaja a la hora de encontrarle, a menos que ya hubiera tomado algún tren.

De acuerdo a las instrucciones, Feldon había sido motivo de preocupación para el director Jackson durante algún tiempo, ya que actuaba con gran

secretismo y trabajaba por su cuenta en el laboratorio de la compañía a horas intempestivas. Se sospechaba que estaba implicado, junto con un capataz mexicano y varios peones, en el robo de cierta cantidad de mineral, pero, aunque se había despedido a los nativos, no existían pruebas suficientes para tomar las medidas adecuadas en contra de aquel técnico tan astuto. Y es que, a pesar de sus artimañas, siempre se mostraba desafiante en lugar de culpable. Siempre andaba quejándose por todo y se comportaba como si la compañía le estuviera engañando de alguna manera, y no al contrario. La obvia supervisión por parte de sus compañeros, escribió Jackson, parecía irritarle cada vez más, y al final optó por irse con todos los papeles importantes de su departamento. Nada sabía de su posible paradero, aunque el último telegrama de Jackson sugería que podría encontrarse entre las escarpadas laderas de la Sierra de Malinche, aquel pico enorme, plagado de leyendas, cuya silueta recordaba al cuerpo de un hombre, y de donde se decía que provenían los nativos que habían perpetrado el robo.

En El Paso, lugar al que llegamos a las 2 de la madrugada del día siguiente a nuestra partida, el vagón privado fue soltado del convoy transcontinental y enganchado a una locomotora que había sido contratada para llevarme al sur de Ciudad de México. Seguí dormitando hasta el amanecer y durante todo el día siguiente observé aburrido los campos llanos y desérticos de Chihuahua. Los maquinistas me informaron de que llegaríamos a Ciudad de México el viernes al anochecer, pero pronto descubrí que las continuas demoras nos estaban haciendo perder un tiempo precioso. Nos deteníamos con frecuencia en vías muertas o apartaderos, al ser una línea de dirección única, y de tanto en tanto la locomotora se recalentaba o se producía otro contratiempo que complicaba el horario de llegada.

Llegamos a Torreón con seis horas de demora, y no fue hasta las ocho de la tarde del viernes —con doce horas de retraso total— cuando el conductor accedió a ir más deprisa para recuperar algo del tiempo perdido. Tenía los nervios a flor de piel, y lo único que podía hacer era caminar desesperado de un lado a otro del vagón. Al final me di cuenta que el incremento de nuestra velocidad nos había costado un precio muy alto, ya que a la media hora el recalentamiento de las máquinas se notaba incluso en mi vagón; por eso, tras una espera enloquecedora, los encargados decidieron que había que revisar

toda la maquinaria y nos desplazamos a un cuarto de la velocidad de crucero hasta la siguiente estación con abastos situada en la ciudad industrial de Querétaro. Aquello fue la gota que colmó el vaso y estuve a punto de ponerme a berrear como un crío. Pero lo único que pude hacer fue agarrarme con las manos al reposabrazos de mi asiento y empujar, como si con ello pudiera conseguir que el convoy dejara de avanzar a paso de tortuga.

Eran casi las diez de la noche cuando llegamos a Querétaro, y pasé una hora de nervios sobre el andén de la estación mientras mi vagón era llevado a una vía muerta y revisado por una docena de mecánicos nativos. Al final me hicieron saber que la tarea resultaba demasiado complicada para ellos, ya que el vagón delantero necesitaba repuestos que no podían conseguirse más que en Ciudad de México. Todo parecía volverse en mi contra y me ponía enfermo al pensar en Feldon, que cada vez estaría más lejos —seguramente dirigiéndose a la bien comunicada Veracruz o a Ciudad de México, nudo ferroviario del país—, mientras yo me veía sin posibilidades de avanzar debido a los continuos retrasos. Por supuesto, Jackson había denunciado el suceso en todos los puestos de policía de las ciudades cercanas, pero bien sabía yo de la poca eficiencia de los guardias.

Enseguida me di cuenta de que lo mejor era tomar el expreso nocturno ordinario a Ciudad de México, que sale de Aguas Calientes y hace una parada de cinco minutos en Querétaro. Si no iba con retraso, su horario de partida sería a la una de la madrugada, con llegada a Ciudad de México a las cinco de la mañana del sábado. Cuando adquirí el billete me enteré de que el convoy estaba formado por vagones del tipo europeo en lugar de los característicos carruajes americanos, más largos y con varias hileras de asientos de dos filas. Ese tipo de vagones eran muy corrientes en los primeros tiempos de los ferrocarriles mexicanos debido a los intereses comerciales de los europeos que trazaron las primeras líneas, y en 1889 la Central Mexicana todavía utilizaba un buen número en los trayectos cortos. Por lo general yo prefería los vagones del tipo americano, pues odiaba tener compañeros de viaje frente a mí, pero en esta ocasión me alegré de embarcar en un carruaje extranjero. A esas horas de la noche, seguramente dispondría de un compartimiento para mí solo y, debido a mi estado de cansancio y nerviosismo, deseaba la mayor soledad posible, al igual que los confortables sillones tapizados de blandos

apoyabrazos y reposacabezas que discurrían a lo largo del vagón. Compré un billete de primera clase, saqué mi valija del vagón privado que estaba en la vía muerta, telegrafíé al presidente McComb y a Jackson, informándoles de lo sucedido, y me quedé en la estación para esperar el expreso nocturno con toda la paciencia que me permitía mi tenso estado de ánimo.

Increíblemente, el convoy solo se retrasó media hora, pero, a pesar de ello, la solitaria espera estuvo a punto de acabar con mi resistencia. El revisor me acomodó en uno de los compartimientos y me dijo que esperaban recuperar el tiempo perdido y llegar a la capital en el horario preestablecido, así que me senté en uno de los asientos que miraban hacia delante con la esperanza de pasar tranquilamente las siguientes tres horas y media. La luz de la lámpara de aceite del techo resultaba deliciosamente tenue y empecé a pensar que tal vez podría dormir un poco, a pesar de todo mi nerviosismo y ansiedad. El tren se puso en marcha y parecía que iba a estar solo, cosa de la que me alegraba de todo corazón. Me puse a pensar en el objeto de mi búsqueda y empecé a dar cabezadas al runrún del convoy que iba ganando velocidad.

Entonces, de repente, me di cuenta de que no estaba solo. En la esquina opuesta, en diagonal a donde yo me sentaba, y con la cabeza hacia abajo, de manera que no podía ver su rostro, se acomodaba un sujeto toscamente vestido y de un tamaño poco usual, que la luz enfermiza no había podido descubrir antes. A su lado en el asiento destacaba una enorme valija, maltratada y voluminosa, que el sujeto, a pesar de estar dormido, agarraba firmemente con unas absurdas manos esbeltas. Cuando la locomotora lanzó un agudo silbido al aproximarse a alguna curva o cruce, el durmiente empezó a rebullirse medio despierto, levantó la cabeza y descubrió un rostro hermoso, barbudo y de clara ascendencia anglosajona, con ojos oscuros y brillantes. Al verme se despertó por completo y me quedé sorprendido al descubrir una fiera hostilidad en su mirada. Sin duda, pensé, esperaba estar solo en el compartimiento durante todo el viaje y le disgustaba mi presencia, que era lo mismo que me había pasado a mí al descubrir su compañía extraña en el mortecino vagón. Lo mejor que podíamos hacer era aceptar la situación con la mayor elegancia posible, así que le pedí disculpas por mi intromisión. Parecía americano, lo mismo que yo, y después de intercambiar saludos y

cortesías ambos nos sentiríamos más relajados. Después podríamos ignorarnos pacíficamente durante el resto del viaje.

Para mi asombro, el extraño no se dignó a responder a mis palabras de cortesía. Siguió mirándome apreciativamente y con dureza, y rechazó con un gesto despectivo y nervioso de la mano el cigarro que le ofrecí un tanto abochornado. Con su otra mano seguía agarrando firmemente la enorme y desgastada valija, y toda su persona parecía irradiar una especie de oscura malignidad. Después de un rato volvió bruscamente el rostro hacia la ventanilla, aunque no se podía ver nada en la densa negrura del exterior. Parecía estar mirando algo con extraña y viva atención, como si realmente pudiera verse alguna cosa. Resolví soslayar su extraño comportamiento y dejarle a su aire, de manera que me acomodé en mi asiento, me puse el sombrero sobre la cara y cerré los ojos con la intención de retomar el sueño perdido.

Seguramente no había sesteado mucho ni muy profundamente cuando abrí los ojos como en respuesta a una fuerza exterior. Enseguida los volví a cerrar con firme determinación, intentando recuperar el sueño perdido, pero me resultó del todo imposible. Una influencia intangible parecía obligarme a permanecer despierto; así que levanté la cabeza y observé los recovecos del mortecino compartimiento por si algo andaba mal. Todo parecía estar bien, pero descubrí que el extraño de la esquina opuesta me miraba con gran intensidad, aunque sus ojos seguían sin mostrar ningún tipo de simpatía o amistad que implicase un cambio de actitud. En esta ocasión no hice ningún intento por hablar, sino que volví a reclinarme en mi postura previa, entorné los ojos como si estuviera durmiendo y me dediqué a observarle con curiosidad por debajo del ala del sombrero.

Mientras el convoy traqueteaba en mitad de la noche descubrí cómo la expresión del hombre que me miraba se transformaba lenta y gradualmente. Estaba claro que pensaba que me había dormido y permitió que su rostro reflejara una serie de extrañas y confusas emociones, cuya naturaleza no resultaba en absoluto tranquilizadora. Odio, miedo, triunfo y fanatismo resaltaban intermitentes sobre las líneas de su boca y los ángulos de sus ojos, mientras que en su mirada se adivinaba un destello de una increíble avaricia y ferocidad. De repente me di cuenta de que aquel hombre estaba loco y era en

verdad peligroso.

No puedo decir que no me sentí profunda y terriblemente asustado cuando comprobé el desarrollo de los acontecimientos. Empecé a sudar por todas las partes de mi cuerpo y me resultó muy complicado mantener un aspecto relajado y adormecido. La vida se me antojó muy atractiva en esos momentos y la idea de enfrentarme a un maniaco asesino —seguramente armado y poseedor de una fuerza increíble— me resultaba desalentadora y espeluznante. Estaba en desventaja a la hora de entablar cualquier tipo de forcejeo, ya que el sujeto era todo un gigantón en perfecta forma física, mientras que yo siempre había sido un tanto endeble y me encontraba consumido por la ansiedad, la falta de sueño y la tensión nerviosa. Sin lugar a dudas, no me encontraba en el mejor estado y sentí que una muerte horrible se cernía sobre mí al reconocer la locura en los ojos del extraño. Los sucesos pasados me vinieron a la mente como en una especie de despedida, de la misma manera que un hombre que está a punto de ahogarse ve pasar su vida por delante de los ojos en sus últimos momentos.

Desde luego, conservaba mi revólver en el bolsillo del abrigo, pero cualquier movimiento para hacerme con él sería descubierto al instante. Además, si conseguía aferrarlo, no sabía qué efecto tendría en el lunático. Incluso si lograba disparar una o dos descargas, el sujeto podría conservar las fuerzas suficientes para quitarme el arma y acabar conmigo por sus propios métodos; o, si él también iba armado, podría dispararme o acuchillarme sin necesidad de quitarme el revólver. Cualquiera puede intimidar a un hombre cuerdo con un arma, pero a los locos les da exactamente igual y esto les confiere una fuerza sobrehumana. Incluso en aquellos tiempos prefreudianos yo sabía muy bien que la ausencia total de inhibiciones otorgaba al sujeto un poder muy peligroso. Los ardientes ojos del extraño, y los crispados músculos de su rostro, no me permitían dudar de que el sujeto estaba a punto de emprender algún acto criminal.

De repente oí que su respiración se transformaba en una especie de nervioso jadeo y que su pecho se hinchaba por la excitación. Se acercaba la hora de la verdad y me puse a pensar con desesperación en la mejor manera de afrontar la lucha. Seguí aparentando que estaba dormido, pero dejé que mi mano derecha se fuera acercando lenta y discretamente al bolsillo en el que

guardaba el revólver mientras vigilaba con atención por si el lunático detectaba mis movimientos. Desafortunadamente lo hizo... antes incluso de que hubiera tiempo para que quedase reflejado en las facciones de su rostro. De un salto tan ágil y repentino que parecía casi impensable para un hombre de su tamaño, se incorporó antes de que me diera cuenta de lo que estaba sucediendo; como un ogro gigantesco y legendario se lanzó sobre mí y, mientras me sujetaba con una de sus poderosas manos, con la otra evitaba que llegase al revólver del bolsillo. Tras quitármelo y quedarse con él, liberó su presa con desprecio, a sabiendas de que su físico era suficiente para mantenerme a raya. Entonces se puso en pie —su cabeza casi rozaba el techo del vagón— y me observó con una mirada en la que la furia había dado paso a una especie de piadoso desdén y maligna cautela.

No me moví, y después de un rato el hombre volvió a sentarse en su asiento y, con una sonrisa macabra, abrió su enorme y abultada valija y sacó un objeto de extraña apariencia... una especie de estructura de alambre flexible entretejido de manera que se asemejaba a la máscara de un *catcher* de béisbol, pero cuya forma general era más parecida a la del casco de un buzo. De la parte superior sobresalía un cordón cuyo extremo opuesto desaparecía en el interior de la valija. Acarició el objeto con visible cariño, dejándolo cuidadosamente en su regazo mientras me observaba con renovado interés y se humedecía los labios ocultos tras la barba con un movimiento casi felino de la lengua. Acto seguido, y por primera vez, habló... y su voz melosa, profunda y cultivada contrastaba fuertemente con su tosca vestimenta y su descuidado aspecto.

—Es usted muy afortunado, señor. Será el primero. Pasará a la historia como el primer usuario de un importantísimo invento. Vastas consecuencias sociológicas... mi luz volverá a brillar, como en los viejos tiempos. Me siento resplandeciente en todo momento, pero nadie lo sabe. Ahora usted será testigo. Un conejillo de indias inteligente. Gatos y burros... incluso funcionó con un burro...

Hizo una pausa mientras sus barbudas facciones experimentaron un convulso movimiento casi perfectamente sincronizado con un vigoroso y estremecedor giro de toda la cabeza. Parecía que estuviera intentando quitarse de encima alguna especie de nebuloso contratiempo, ya que el gesto fue

seguido por una expresión de entendimiento o simpatía que ocultó un tanto su mirada enloquecida, confiriéndole un aspecto más calmado en el que la demencia apenas era discernible. En seguida me percaté del cambio y tomé la palabra con intención de guiar su mente a sendas más inofensivas.

—Parece que posee usted un instrumento en verdad exquisito si no me equivoco. ¿Le importaría decirme cómo consiguió inventarlo?

Asintió.

—Simples consideraciones lógicas, querido señor. Estudié las necesidades de nuestro tiempo y obré en consecuencia. Otros podrían haber hecho lo mismo de haber tenido un cerebro tan fuerte; es decir, con un poder de concentración tan grande como el mío. Tengo el don de la certidumbre, la fuerza de voluntad necesaria... Eso es todo. Me di cuenta, antes que cualquier otro, de lo imperioso que resultaba acabar con todos los humanos de la tierra antes de que Quetzalcóatl regrese, y decidí que debía ser hecho con elegancia. Detesto cualquier tipo de carnicería y el ahorcamiento es una costumbre bárbara. Usted debe saber que el año pasado el municipio de Nueva York votó por la implantación de la silla eléctrica para castigar a los reos condenados a muerte... pero todos los aparatos que tienen en consideración son tan primitivos como el «Cohete» de Stephenson o la primera máquina eléctrica de Davenport. Conozco un método más adecuado, y así se lo dije, pero no me prestaron atención. ¡Los muy idiotas! Como si no supiera todo lo que hay que saber sobre los hombres, la muerte y la electricidad... estudiante, hombre y niño... técnico e ingeniero... soldado de fortuna...

Se acomodó en el asiento y entrecerró los ojos.

—Estuve en el ejército de Maximiliano hace más de veinte años. Iban a convertirme en un noble. Entonces esos malditos *grasientos*^[5] lo mataron y tuve que volverme a casa. Pero regresé... regresé y volví, regresé y volví. Vivo en Rochester, Nueva York...

Sus ojos brillaron con astucia y se inclinó hacia delante hasta tocar mi rodilla con los dedos de una mano paradójicamente delicada.

—Como le he dicho, regresé, y conseguí profundizar en el tema mucho más que cualquiera de ellos. Detesto a los *grasientos*, ¡pero me gustan los mexicanos! Vaya un rompecabezas, ¿verdad? Escúcheme, joven... ¿no

pensará usted que México es solo de origen español? ¡Dios, si supiera de todas las tribus que he conocido! En las montañas... en las montañas... Anahuac... Tenochtitlan... los antiguos...

Su voz se transformó en un lamento cantarín y, en cierta medida, armonioso.

—¡Iä! ¡Huitzilopotchli!... ¡Nahuatlacat! Siete, siete, siete... ¡Xochimilca, Chalca, Tepaneca, Acolhua, Tlahuica, Tlascalteca, Azteca!... ¡Iä! ¡Iä! ¡He estado en las Siete Cavernas de Chicomoztoc, pero nadie lo sabrá! Le digo todo esto *porque jamás podrá repetirlo...*

Poco a poco fue apaciguándose y al final siguió hablando en un tono normal.

—Le sorprendería saber lo que se dice en las montañas. Huitzilopotchli está de regreso... no hay ninguna duda. Cualquier peón al sur de Ciudad de México podría confirmárselo. Pero no pensaba hacer nada al respecto. Volví a casa, como le he dicho, una y otra vez, e iba a hacer algo por el bien de la humanidad con mi verdugo eléctrico cuando el maldito parlamento de Albany optó por otro método. ¡Una broma, señor, una broma! El sillón del abuelo... sentado frente a la chimenea... Hawthorne...

El sujeto se mofaba interpretando una parodia de buenas maneras.

—¡Diantres, señor! ¡Me gustaría ser el primer hombre en sentarme en esa maldita silla y sentir la corriente de sus dos diminutas baterías! ¡Ni tan siquiera conseguirían estirar el anca de una rana! Y pretenden ajusticiar a los criminales con eso... recompensar sus méritos... ¡Por Dios! Pero entonces, joven, vi lo estúpido, lo sumamente ilógico que resulta matar a solo unos pocos. Todo el mundo es un asesino en potencia... un asesino de ideas... un ladrón de inventos... robaron el mío observándome, observándome, observándome...

El hombre estaba sofocado y se detuvo, y yo aproveché para hablar con suavidad.

—Estoy convencido de que su invento es mucho mejor y seguramente terminarán usándolo.

Enseguida se hizo evidente que no había sido lo suficientemente persuasivo, pues su respuesta rebosó indignación.

—¿Está seguro, señor? ¡Qué afirmación más blanda y conservadora! Me

importan un bledo sus opiniones... *¡pero pronto verá lo que ocurre!* Todo lo positivo que pueda haber en esa silla eléctrica me lo han robado, ¡maldita sea! El fantasma de Nezahualpilli me lo dijo en la montaña sagrada. Ellos vigilaban, vigilaban y vigilaban...

Volvió a burlarse y luego hizo otro de sus gestos moviendo la cabeza y todas las facciones del rostro a un mismo tiempo. Esto pareció calmarle por el momento.

—Lo que necesita mi invento es ser testeado. Eso es... aquí mismo. El casquete de alambre o malla para la cabeza es flexible y se coloca con facilidad. El armazón del cuello encaja a la perfección pero no asfixia al sujeto. Los electrodos quedan a la altura de la frente y la base del cerebelo... Todo se acopla en su lugar. Simplemente hay que sujetar bien la cabeza, ¿qué otra cosa más se puede necesitar? Los idiotas de Albany, sentados en sus sillones de roble pulido, piensan en un artefacto que inmovilice al sujeto de la cabeza a los pies. ¡Estúpidos! ¿Acaso no saben que no es necesario agujerear a balazos el cuerpo de un hombre si antes se le ha disparado en el cerebro? He visto a los soldados morir en batalla... Sé de lo que hablo. Y encima con esos circuitos de alto voltaje, esas dinamos y todo lo demás. ¿Por qué no se fijan en mi método para almacenar la batería? Nadie lo sabe... nadie ha oído hablar de ello... Solo yo conozco el secreto... por eso yo y Quetzalcóatl y Huitzilopotchli gobernaremos el mundo a nuestras anchas... Ellos y yo, si al final me decido... Pero necesito material para las pruebas... individuos... y *¿sabe a quién he elegido en primer lugar?*

—Bien, creo que hay un montón de sujetos muy adecuados entre la clase política de San Francisco, que es de donde procedo. ¡Sin duda necesitan de su tratamiento y estoy dispuesto a ayudarle en su promoción! En serio, creo que yo le sería de gran ayuda. Conozco ciertos personajes influyentes en Sacramento y, si después de zanjar mis asuntos en México, usted tiene a bien regresar conmigo a los Estados Unidos, me aseguraré de que le escuchen.

Me respondió muy seria y civilizadamente.

—No, no puedo echarme atrás. Juré que no lo haría cuando esos criminales de Albany rechazaron mi invento y enviaron espías para vigilarme y robármelo. Necesito conejillos de indias americanos. Esos *grasientos* están malditos y resultaría demasiado sencillo, y los indios de pura sangre —los

hijos verdaderos de la serpiente emplumada— son sagrados e intocables, excepto como víctimas rituales de sus propios sacrificios... y aun así deben ser inmolados de acuerdo al rito ceremonial. Necesito americanos... Será un gran honor para el primer elegido. ¿Adivina quién es?

Desesperado, intenté ganar todo el tiempo posible.

—¡Vaya, si solo se trata de eso, puedo proporcionarle una docena de especímenes yanquis de primera calidad en cuanto lleguemos a Ciudad de México! Sé dónde hay un montón de mineros que nadie echaría en falta...

Pero me cortó en el acto, adoptando un aire de suficiencia no exento de cierta dignidad.

—¡Basta! Ya hemos parloteado demasiado. Levántese y póngase firme como un hombre. Usted es el sujeto elegido; me agradecerá tal honor desde el otro mundo, de la misma manera que la víctima del sacrificio ritual le agradece al sacerdote su paso a la gloria eterna. Un nuevo comienzo... nadie vivo ha soñado jamás con una batería semejante, y puede que nunca vuelva a inventarse algo así aunque pasen miles de años. ¿Sabe que los átomos no son lo que parecen? ¡Tontos! ¡Dentro de un siglo algún idiota se preguntará si yo quería que el mundo siguiera viviendo!

Mientras me levantaba obedeciendo sus órdenes, sacó de la valija otros veinte centímetros de cable y se plantó delante de mí con el casco de alambre en las manos y una mirada de excitación que brillaba en su rostro barbudo y tostado. Durante unos momentos me pareció un místico o hierofante de la antigua Grecia.

—¡He aquí, oh Juventud... una libación! Licor del cosmos... néctar de los espacios estrellados... Linos... Ialmenos... Iacchus... Zagros... Dionisio... Atis... Hilas... engendrado por Apolo y devorado por los sabuesos de Argos... semilla de Psamathé... niño del sol... ¡Evoé! ¡Evoé!

De nuevo se puso a cantar, y en esta ocasión su mente parecía haberse sumido en los antiguos recuerdos de sus días de estudiante. Allí de pie, me di cuenta de lo cerca que tenía el cordón de emergencias, un poco por encima de mi cabeza, y me pregunté si podría alcanzarlo inadvertidamente, haciendo algún tipo de gesto en respuesta a sus ritos ceremoniales. Merecía la pena intentarlo, así que, mientras respondía a gritos a su ¡Evoé!, extendí los brazos y los fui subiendo de manera ritual con la esperanza de tirar del cordón antes

de que se diera cuenta. Pero la estratagema no funcionó. Se dio cuenta de mis intenciones y movió la mano hacia el bolsillo derecho de su chaqueta, donde guardaba mi revólver. Las palabras no fueron necesarias y ambos permanecemos tan quietos como estatuas durante unos segundos. Luego dijo con toda tranquilidad:

—¡Dese prisa!

Enseguida volví a devanarme los sesos pensando en alguna vía de escape. Sabía que las puertas no se cerraban con llave en los trenes mexicanos, pero mi compañero de vagón podía echarse encima de mí fácilmente antes de que pudiera abrir una y saltar. Además, íbamos a tanta velocidad que el éxito de tal acción seguramente sería tan mortal como el fracaso. Lo único que podía hacer era intentar ganar tiempo. Ya había transcurrido una buena parte de las tres horas y media de viaje, y en cuanto llegáramos a Ciudad de México los guardias y la policía de la estación me brindarían protección al instante.

A mi parecer, había dos maneras de ganar tiempo. Si conseguía posponer todo lo posible la implantación del casco en mi cabeza, eso me daría mucho tiempo. Por supuesto, no creía que aquella cosa fuera realmente mortífera, pero sabía lo suficiente de locos para adivinar lo que ocurriría cuando el invento fallase. A su consiguiente frustración se uniría un lunático sentimiento acerca de mi responsabilidad en el fracaso, cuyo resultado final sería un rojo caos de rabia asesina. De manera que el experimento debía ser postergado el mayor tiempo posible. Pero aún existía una segunda posibilidad: si obraba con inteligencia podía urdir algún tipo de explicación para fallo del artilugio que desviara su atención y le hiciera preguntarse por las posibles medidas a adoptar para su correcto funcionamiento. Me pregunté hasta dónde llegaba su credulidad y si podría inventar algún tipo de teoría sobre el fallo que me presentara ante sus ojos como una especie de visionario, adivino o, incluso, un dios. Sabía lo suficiente de mitología mexicana para que mereciera la pena intentarlo, aunque intentaría otras argucias dilatorias antes y dejaría para el final la profecía, como si fuera una especie de revelación divina. ¿Sería capaz de liberarme si al final le hacía creer que era un profeta o una divinidad? ¿A quién sería mejor suplantar, a Quetzalcóatl o a Huitzilopochtli? Cualquier cosa con tal de que dieran las cinco, hora en la que llegaríamos a Ciudad de México.

Pero mi primera argucia fue el manido «numerito» de las últimas voluntades. Cuando el chiflado volvió a decirme que me diera prisa, le hablé de mi familia y de mi inminente boda, y le rogué que me permitiera escribir una nota y disponer sobre mi dinero y efectos. Si era tan amable de procurarme papel y enviar por correo lo que iba a escribir, yo moriría gustoso y en paz conmigo mismo. Tras cavilar un momento se avino a mis demandas y empezó a trastear en su valija hasta encontrar un bloc, que me entregó con gran solemnidad mientras me volvía a sentar en mi asiento. Saqué un lápiz, cuya punta rompí adrede al instante, ganando algo de tiempo mientras él buscaba uno suyo. Tras dármelo, recogió el mío y empezó a afilarlo con un largo y afilado cuchillo con cachas de cuerno que llevaba en el cinto, debajo del abrigo. Evidentemente, una segunda rotura del lápiz ya no me aportaría beneficio alguno.

Apenas recuerdo ahora lo que escribí. Casi todo eran sandeces, frases deslavazadas y fragmentos literarios que garabateaba cuando no se me ocurría otra cosa. Lo hice en una escritura lo más indescifrable posible, siempre y cuando mantuviese un cierto aire de verosimilitud, ya que intuía que él podría echar un vistazo a la nota antes de empezar con su experimento y me imaginaba cómo reaccionaría al descubrir una sarta de tonterías. Fue una experiencia espantosa y me exasperaba la lentitud del convoy. Un poco antes había estado silbando una alegre melodía que se acompasaba con el traqueteo de las ruedas del tren al pasar por las uniones de los raíles, pero ahora el ritmo parecía haberse ralentizado y se asemejaba más al de una marcha fúnebre... mi propia marcha fúnebre, pensé sombrío.

Mi treta funcionó hasta la cuarta página, y entonces aquel chiflado sacó su reloj y me dijo que tan solo disponía de cinco minutos más. ¿Qué podía hacer? Estaba a punto de acabar mi testamento cuando se me ocurrió una idea nueva. Tras acabar el escrito y entregarle las cuartillas, las cuales depositó con sumo cuidado en el bolsillo izquierdo de su abrigo, le volví a hablar de mis influyentes amistades de Sacramento, que seguramente estarían muy interesadas en su invento.

—¿No quiere que le escriba una carta de presentación para ellos? — pregunté—. Podría hacer un bosquejo y describir de manera sucinta su verdugo eléctrico para que ellos le dispensaran una cálida acogida. Pueden

hacerle famoso, sin duda, y estoy seguro de que adoptarán su método para usarlo en el Estado de California si lo conocen a través de alguien como yo, en quien confían y aprecian.

Utilizaba esta táctica con la esperanza de que sus ínfulas como inventor frustrado le hicieran olvidar por unos instantes el componente religioso y azteca de su locura. Pensé que cuando de nuevo volviera a esto último, yo podría sacar a relucir el tema de la «revelación» y la «profecía». La estratagema funcionó, pues sus ojos brillaron henchidos de satisfacción, aunque me dijo con brusquedad que me diera prisa. Rebuscó aún más en el interior de su valija y sacó un conglomerado de células y bobinas de cristal de extraño aspecto a las que estaba fijado el cable del casco, y luego se puso a comentar sus virtudes con unas palabras tan técnicas que me resultó imposible entender nada, aunque todo parecía muy correcto y plausible. Fingí anotar todo lo que decía, preguntándome mientras tanto si aquel extraño aparato no sería en realidad una especie de batería. ¿Acaso recibiría una pequeña descarga eléctrica cuando me aplicara aquel artilugio? El hombre hablaba con la misma confianza de un verdadero electricista. La descripción de su invento resultaba una tarea muy agradable para él y descubrí que ya no estaba tan impaciente como antes. La luz grisácea y consoladora del amanecer tiñó de rojo las ventanillas antes de que terminara, y sentí que finalmente tenía algunas esperanzas de escapar.

Pero también él se percató de que estaba amaneciendo y de nuevo sus ojos echaron chispas. Sabía que el tren llegaría a Ciudad de México a las cinco y tenía que darse prisa, a no ser que yo consiguiera distraerle con nuevas argucias dilatorias. Cuando se irguió con aires de determinación, dejando la batería en el asiento al lado de la valija abierta, le advertí de que aún no había hecho el bosquejo adecuado y le pedí que sostuviera el artilugio de la cabeza cerca de la batería, de manera que yo pudiera dibujarlos juntos. Accedió y volvió a sentarse mientras me urgía a darme prisa. Un poco después hice una pausa y le pregunté cómo se colocaba a la víctima para la ejecución y cómo se refrenaban los estertores que sin duda se producirían.

—El criminal está convenientemente amarrado a un poste —contestó—. No importa que mueva la cabeza de un lado a otro con energía ya que el casco se sujeta con firmeza y se ciñe aún más cuando se conecta la corriente.

Se gira el dial poco a poco —aquí puede apreciarlo—, gracias a un reóstato construido de la manera adecuada.

Se me ocurrió una nueva estratagema mientras los campos de labranza y las cada vez más frecuentes granjas que se vislumbraban bajo la luz del alba me indicaban que al fin nos acercábamos a la capital.

—Pero —señalé— debería dibujar el casco sobre una cabeza humana, al igual que al lado de la batería. ¿Podría ponérselo un momento para que pueda hacer un bosquejo de él sobre su persona? La prensa, como los científicos, estarán encantados y lo demandarán, suelen ponerse muy pesados con ese tipo de detalles.

Sin pretenderlo, había conseguido mucho más de lo esperado, ya que en cuanto oyó lo de la prensa los ojos del chiflado brillaron de excitación.

—¿La prensa? ¡Claro, malditos sean, puede hacer que hasta los periódicos hablen de mí! Se burlaron y no imprimieron ni una sola palabra. ¡Dese prisa! ¡No tenemos ni un segundo que perder!

Se encasquetó el artilugio y estuvo mirando con avidez los trazos del lápiz. La malla de alambre le daba un aire grotesco y cómico mientras permanecía sentado frotándose las manos con nerviosismo.

—¡Ahora sí, esos malditos imprimirán los dibujos! Revisaré el bosquejo por si hay algún error... tiene que ser lo más correcto posible. La policía le encontrará luego... ellos dirán cómo funciona. Noticia en primera plana... respaldada por su carta... fama inmortal. ¡Vamos, vamos... dese prisa, maldita sea!

El convoy traqueteaba sobre los viejos raíles en las proximidades de la ciudad y nos bamboleábamos de manera desconcertante una y otra vez. Con esta excusa me las apañé para romper de nuevo la punta del lápiz, pero el chiflado me entregó enseguida mi propio lápiz, que había afilado con anterioridad. Mi primera tanda de embustes se había agotado y sentí que tendría que ponerme el casco en unos segundos. Aún nos encontrábamos a un cuarto de hora de la terminal y pensé que había llegado la hora de distraer a mi compañero con la cara religiosa del asunto y soltar de una vez la profecía divina.

Hice acopio de todos mis conocimientos de la mitología azteca-nahuán y, sin previo aviso, tiré el lápiz y el papel y me puse a cantar.

—¡Iä! ¡Iä! ¡Tloquenahuaque, Tú Que Lo Eres Todo En Ti Mismo! ¡Tú también, Ipalnemoán, Por Quien Vivimos! ¡Escucho, escucho! ¡Veo, veo! ¡Águila de las muchas serpientes, te saludo! ¡Un mensaje! ¡Un mensaje! ¡Huitzilopotchli, en mi alma resuenan tus truenos!

El chiflado me observó incrédulo desde detrás de su ridícula máscara mientras yo seguía cantando, su rostro agradable mostraba ahora una sorpresa y vacilación que pronto fueron tornándose en alarma. Su mente pareció quedarse en blanco durante un rato y luego dio paso a otro tipo de pensamiento. Extendió los brazos en alto y se puso a cantar como en sueños.

—¡Una señal, Mictlanteuctli, Gran Señor! ¡Una señal de las profundidades de tu oscura caverna! ¡Iä! ¡Tonatiuh-Meztli! ¡Cthulhutl! ¡Ordena y obedeceré!

Entonces, entre todo aquel galimatías, escuché una simple palabra que despertó un extraño eco en mi memoria. Extraño porque nunca la había visto impresa en ningún libro sobre mitología mexicana y sin embargo de algún modo la recordaba de haberla oído susurrar más de una vez a los trabajadores de mi compañía en las minas de Tlaxcala. Parecía formar parte de un secretísimo y antiguo ritual, ya que había captado de cuando en cuando respuestas muy características pronunciadas entre susurros que resultaban totalmente desconocidas a los estudiosos y académicos del tema. Este chiflado, por todo lo que había dicho, tenía que haber pasado un tiempo considerable entre los indios y peones de las colinas, ya que, sin duda, todos esos conocimientos sin registrar no provenían de la simple lectura de un libro. Al darme cuenta de la importancia que daba a toda esta jerga esotérica, decidí aprovecharme de su punto débil y empecé a responderle con la misma jerigonza que usaban los nativos.

—¡Ya-R'lyeh! ¡Ya-R'lyeh! —aullé—. ¡Cthulhutl fhtaghn! ¡Niguratl-Yig! ¡Yog-Sototl...!

Pero nunca tuve la oportunidad de terminar la sentencia. Galvanizado en un delirio religioso por la respuesta exacta que su subconsciente, casi con toda seguridad, no había esperado, el chiflado se lanzó al suelo poniéndose de rodillas y empezó a mover la cabeza, en la que aún estaba encasquetada la máscara de alambre, una y otra vez, una y otra vez, volviéndose a derecha e izquierda mientras lo hacía. Con cada giro sus genuflexiones se hacían más

pronunciadas y yo podía escuchar cómo sus labios repetían la palabra «matar, matar, matar» en una entonación monocorde y excitada. Me dio por pensar que me había extralimitado y que mi respuesta había liberado una locura aún mayor que podría llevarle al extremo del asesinato antes de que el tren llegara a la estación.

Mientras el arco que describía el hombre al volverse de un lado a otro fue ampliándose gradualmente, el cable que iba del artilugio de la cabeza a la batería también se tensó poco a poco. Al rato, totalmente ciego por el delirio del éxtasis, sus giros se convirtieron en vueltas enteras, de manera que el cable se enredó alrededor de su cuello y empezó a dar tirones en los bornes de la batería a la que estaba conectado, que seguía en el asiento. Me pregunté qué haría cuando se produjera lo inevitable y la batería cayera al suelo haciéndose pedazos.

Pero entonces se produjo el repentino cataclismo. La batería, que se había desplazado hasta el borde del asiento debido a un último y brusco movimiento del chiflado engeguedido por un frenesí orgiástico, cayó al fin, aunque no se rompió del todo. En vez de eso, mientras mis ojos captaban el espectáculo en un instante fugaz, el impacto se produjo sobre el reóstato, de manera que el dial quedó en la posición de máxima potencia eléctrica. Y lo más increíble de todo fue que sí había corriente. Aquel invento no era simple sueño de un loco.

Observé un resplandor deslumbrante de un color azul rojizo, oí un aullido mucho más horrible que todos los otros que se habían emitido en aquel enloquecido, terrible viaje, y olí el aroma nauseabundo de la carne chamuscada. Eso fue todo lo que mi baqueteada consciencia pudo soportar, y luego me hundí en un misericordioso olvido.

Cuando el guardia del tren me reanimó en Ciudad de México, me encontré con una multitud que se arremolinaba en el andén de la estación al lado de la puerta de mi vagón. Los rostros se llenaron de duda y curiosidad cuando lancé un grito involuntario y me alegré mucho al ver que el guardia echaba a todo el mundo excepto al acicalado doctor, que se abrió paso hasta donde yo me encontraba. Mi grito fue algo totalmente natural, puesto que había sido causado por algo más que la impactante y esperada visión de lo que había en el suelo del compartimiento. O mejor debería decir, por algo

menos, ya que, en realidad, no había absolutamente nada en el suelo.

Ni tampoco lo había habido, me informó el guardia, cuando abrió la puerta y me encontró inconsciente en el interior. Solo se había vendido un billete para ese compartimiento, y era el mío; yo fui la única persona que estaba en su interior. Solo yo y mi valija, y nadie más. Había estado solo todo el trayecto desde Querétaro. El guardia, el médico y todos los curiosos hicieron un gesto significativo con el dedo sobre la cabeza ante mi desesperada insistencia.

¿Se había tratado de un sueño, o estaba realmente loco? Recordé todo mi nerviosismo y ansiedad anterior, y me estremecí. Después de darle las gracias al médico y al guardia, y tras zafarme de la curiosa multitud, tomé un taxi que me llevó a la Fonda Nacional, donde, después de telegrafiar a Jackson en la mina, dormí hasta el atardecer, intentando recobrar la confianza en mí mismo. Dejé aviso para que me llamaran a la una en punto, con tiempo para tomar el tren de vía estrecha que iba a la región donde se encontraba la mina, pero cuando desperté había un telegrama debajo de la puerta. Era de Jackson y me comunicaba que Feldon había sido hallado muerto en las montañas aquella misma mañana, hecho del que habían tenido constancia en la mina hacia las diez en punto. Los papeles estaban a salvo y se había informado convenientemente de lo sucedido a la oficina de San Francisco. De manera que todo aquel viaje, con sus prisas, nervios y la extraña y dolorosa experiencia mental, no había servido absolutamente para nada.

Sabiendo que McComb, a pesar del devenir de los acontecimientos, esperaba un informe personal, envié otro telegrama de respuesta y, finalmente, tomé el tren de vía estrecha. Cuatro horas más tarde el convoy entró traqueteando y sacudiéndose en la estación de la mina número 3, donde Jackson me esperaba para darme una cálida bienvenida.

Estaba tan concentrado en el incidente de la mina que no se dio cuenta de mi baqueteado y alicaído aspecto.

El relato del director fue breve, y lo fue desgranando mientras me acompañaba a la choza de la ladera, encima del *arrastre*^[6] en el que yacía el cuerpo de Feldon. Me dijo que Feldon siempre había sido un sujeto extraño y malhumorado desde que le contrataron hacía un año, y que había estado trabajando en un dispositivo mecánico y secreto, siempre temeroso de ser

espiado, y entablado una estrecha y desagradable relación con los trabajadores nativos. Pero conocía bien su trabajo, el país y las gentes. Solía emprender largos viajes a las colinas donde vivían los peones y participar incluso en algunos de sus antiguos y paganos ritos. Se vanagloriaba de conocer extraños secretos e insólitos poderes tanto como de sus habilidades mecánicas. Pero pronto se olvidó de estas últimas y empezó a desconfiar de sus compañeros, asociándose con sus amigos indios en el robo del mineral cuando sus fondos escasearon. Necesitaba ingentes cantidades de dinero para una u otra cosa... siempre estaba recibiendo paquetes de los laboratorios y tiendas de repuestos de Ciudad de México y los Estados Unidos.

En cuanto a la fuga con los papeles de la compañía, se trató de un simple acto de venganza por lo que él calificaba de «espionaje». En realidad estaba loco de remate, ya que había atravesado la región hasta una cueva oculta en las laderas salvajes de la embrujada Sierra de Malinche, donde no habitaba ningún hombre blanco, y se había dedicado a realizar una serie de extraños y sorprendentes experimentos. La cueva, que jamás habría sido descubierta de no ser por la tragedia final, estaba llena de espantosos y antiguos ídolos y altares aztecas, estos últimos repletos de los huesos calcinados de ciertas ofrendas de dudosa naturaleza. Los nativos jamás dirán nada —juran que no lo saben—, pero no resulta difícil darse cuenta de que la cueva era un antiguo lugar de reunión y de que Feldon había llevado sus ritos hasta las últimas consecuencias.

Los rastreadores encontraron el lugar gracias a los cánticos y al grito final. Sucedió casi a las cinco de la madrugada, cuando el grupo de búsqueda, después de una noche de acampada, estaba recogiendo sus pertrechos para regresar a las minas con las manos vacías. Entonces alguien había oído unos cánticos apenas perceptibles que venían de lejos, y supo que uno de esos perniciosos rituales nativos se estaba celebrando en algún lugar aislado en las laderas de la montaña con forma de cuerpo humano. Distinguieron los viejos nombres de siempre: Mictlanteuctli, Tonatiuh-Meztli, Cthulhutl, Ya-R'lyeh, y todos los demás, pero lo más curioso de todo era que había una mezcla de palabras inglesas entre todo aquel galimatías. Inglés de pura cepa y no la jerga de los *grasientos*. Guiados por el sonido, subieron con rapidez por la herbosa ladera hasta que, tras un breve silencio, estalló sobre ellos el chillido.

Fue algo espantoso... lo más espantoso que nunca habían escuchado. También apareció una especie de humareda y un hedor acre y malsano.

Entonces penetraron en la caverna, cuya entrada estaba oculta por matas de mezquites, aunque ahora salían de ella nubes de fétidos vapores. Había luz dentro, imágenes grotescas y altares espantosos titilaban a la luz de unos candiles que debían haber sido cambiados hacía menos de media hora, y en el suelo de grava yacía el horror que hizo retroceder a la partida de búsqueda. Se trataba de Feldon, cuya cabeza había sido abrasada por un extraño artilugio que llevaba puesto, una especie de jaula de alambre conectada a una batería volcada que, evidentemente, había caído al piso desde un altar cercano. Cuando los hombres vieron aquella escena intercambiaron entre sí significativas miradas y pensaron en el «verdugo eléctrico» que Feldon siempre se vanagloriaba de haber inventado, el artilugio que todos habían rechazado, pero que habían intentado robar y copiar. Los papeles se hallaban a salvo en la maleta de Feldon, que estaba abierta a su lado; una hora después, el grupo de búsqueda inició la marcha de regreso a la mina número 3 con un grotesco cadáver sobre unas improvisadas parihuelas.

Eso era todo, pero fue suficiente para hacerme empalidecer y trastabillar mientras Jackson me conducía más allá del *arrastre* donde estaba depositado el cuerpo. Y es que yo no carecía de imaginación, y reconocía más de lo que me hubiese gustado que esta pesadilla infernal y trágica tenía muchos puntos en común con lo sobrenatural. Sabía lo que me encontraría detrás de aquella entrada bostezante sobre la que se arremolinaban los curiosos mineros y no me achanté cuando mis ojos se posaron en el cuerpo gigantesco, en las ropas de tosca pana, en las manos curiosamente delicadas, en los mechones de barba chamuscada y en la máquina infernal, con la batería medio rota y el artilugio de la cabeza ennegrecido al abrasar lo que contenía en su interior. El maletón enorme y abultado no me sorprendió en absoluto, y solo me estremecí ante la visión de dos cosas: las cuartillas dobladas que asomaban del bolsillo izquierdo del abrigo y el bulto que se adivinaba en el derecho. Un rato después, cuando nadie estaba mirando, me acerqué al cuerpo y cogí aquellas cuartillas que me resultaban tan familiares, estrujándolas en mi mano sin atreverme a mirar el contenido de la caligrafía escrita a lápiz. Ahora me siento un tanto incómodo al recordar cómo las quemé con ojos espantados,

presa de un ataque de pánico. Se habrían convertido en una prueba o refutación definitiva de todo lo que había sucedido... aunque para ello también podría haber preguntado al forense acerca del revólver que luego encontraron en el abultado bolsillo derecho. Jamás reuní el coraje suficiente para interrogarle sobre aquel hecho... ya que mi propio revólver se perdió en el tren aquella noche. Por otro lado, el lápiz que guardaba en mi bolsillo mostraba signos de haber sido afilado de una forma brusca y precipitada, sin la precisión con la que había llevado a cabo aquella misma tarea la tarde del viernes en el sacapuntas mecánico del vagón privado del presidente McComb.

De manera que al final regresé a casa bastante confuso, misericordiosamente confuso, quizás. El vagón privado fue reparado cuando volví a Querétaro, pero no me sentí del todo bien hasta que cruzamos el Río Grande y llegamos a El Paso y los Estados Unidos. Al otro viernes me encontraba de nuevo en San Francisco y la pospuesta boda se celebró al fin la semana siguiente.

En cuanto a lo que realmente sucedió aquella noche, como ya he dicho antes, no me atrevo a emitir ningún juicio. Para empezar, aquel sujeto, Feldon, estaba chiflado, y además, en la cumbre de su locura, había recopilado un montón de conocimientos de la antigua y demoníaca sabiduría azteca que nadie debería saber. En verdad era un genio de la inventiva y aquella batería debía haber sido la culminación de su talento. Más tarde descubrí cómo había sido despreciado en años anteriores tanto por la prensa como por las instituciones y los hombres de negocios. Para determinado tipo de hombres semejantes fracasos no resultan muy beneficiosos. En cualquier caso, también se produjo una desgraciada combinación de circunstancias. A propósito, sí era cierto que había sido un soldado de Maximiliano.

Cuando narro mi historia la mayoría de la gente me tacha de mentiroso. Otros hablan de alteraciones de la psique —y los cielos saben que *me hallaba* en un estado de sobreexcitación—, y el resto se decanta por algún tipo de «proyección astral». Mi empeño en atrapar a Feldon seguramente influyó en mis pensamientos sobre su persona, y con toda su magia india él habría sido el primero en fijarse en esos pensamientos y encontrarlos de alguna manera. ¿Era él el que estaba en el vagón del tren, o fui yo el que se encontraba en el

interior de aquella caverna bajo las montañas endemoniadas con forma de cuerpo humano? ¿Qué me habría sucedido de no haberle retrasado como lo hice? Debo confesar que lo ignoro, y que no estoy seguro de querer saberlo. Desde entonces no he vuelto a ir a México y, como he dicho al principio, no disfruto oyendo hablar de las ejecuciones eléctricas.

LA MALDICIÓN DE YIG

The Curse of Yig (1928)

Zelia Bishop & H.P. Lovecraft

En 1925 fui a Oklahoma para estudiar a las serpientes y desde entonces el terror hacia ellas se apoderó de mí con tanta fuerza que me durará el resto de mi vida. Admito que es algo estúpido, ya que existe una explicación natural para todo lo que he visto y oído, pero eso no disminuye ni un ápice mi miedo. Si la antigua leyenda hubiera sido un simple cuento no me habría impresionado tanto. Mi trabajo como etnólogo especializado en los indios americanos me había hecho inmune a toda clase de extravagantes y legendarias fábulas, y sabía que el hombre blanco común era capaz de superar a los pieles rojas a la hora de inventar sus propias fantasías. Pero me resulta imposible olvidar lo que vi con mis propios ojos en el asilo demencial de Guthrie.

Fui al susodicho asilo porque algunos de los habitantes más viejos del lugar me dijeron que allí podría encontrar algo importante. Ni los indios ni el hombre blanco querían hablar sobre las leyendas del dios serpiente que había ido a investigar. Desde luego, los que acababan de llegar atraídos por el *boom* del petróleo no sabían nada del tema, y los pieles rojas, y los antiguos pioneros se quedaban totalmente espantados cuando sacaba a relucir el asunto. Tan solo seis o siete personas mencionaron el asilo, y los que lo hicieron se cuidaron mucho de hablar en voz baja. Tales rumores coincidían

en que el doctor McNeill podría enseñarme una reliquia aterradora y contarme todo lo que deseaba saber. Podría explicarme por qué Yig, el padre medio humano de las serpientes, es tan evitado y temido en la región central de Oklahoma y por qué los antiguos colonizadores se estremecen al pensar en las orgías secretas de los indios, que hacen que los días y las noches otoñales, acompasadas por un incesante batir de tambores que resuenan en los lugares más apartados, resulten indeciblemente espantosas.

Fue el instinto de los sabuesos el que me llevó a Guthrie, ya que había pasado muchos años recolectando datos sobre la evolución del culto a las serpientes entre los indios. Siempre había creído, gracias a las leyendas y los trabajos arqueológicos, que el gran Quetzalcóatl —el benigno dios serpiente de los mexicanos— había tenido una raíz o progenitor más antiguo y siniestro, y en los últimos meses había estado muy cerca de demostrarlo gracias a una serie de investigaciones desarrolladas entre Guatemala y las llanuras de Oklahoma. Pero todas estas pruebas resultaban un tanto incompletas e inaccesibles, ya que todo lo que tenía que ver con el culto a la serpiente estaba oculto por un manto de secretismo y miedo.

Mas ahora parecía que una nueva y copiosa fuente de datos estaba a punto de salir a luz, y por eso fui en busca del director del asilo con un entusiasmo que no quise disimular. El doctor McNeill era un hombre bajo y bien afeitado, de cierta edad, que —enseguida me di cuenta de ello por sus maneras y su forma de hablar— dominaba muchas otras materias a parte de las relativas a su profesión. Su rostro, serio y precavido cuando al principio le di a conocer mis propósitos, se tornó más pensativo mientras examinaba con sumo cuidado mis credenciales y la carta de presentación que un amable y anciano ex agente indio me había entregado.

—Así que ha estado estudiando la leyenda de Yig, ¿no es cierto? —dijo en tono reflexivo—. Sé que muchos de los etnólogos de Oklahoma han intentado conectarlo con Quetzalcóatl, pero no conozco a ninguno que haya rastreado tan bien los escalones intermedios. A pesar de ser tan joven ha hecho usted un trabajo excelente y, sin lugar a dudas, se merece toda la información que podamos suministrarle.

»Supongo que ni el anciano mayor Moore ni ningún otro le habrá informado de lo que hay aquí. No les gusta hablar de ello y nadie lo hace.

Resulta demasiado trágico y terrible. Nada más que eso. Me niego a admitir que haya algo sobrenatural. Existe una historia sobre todo ello, una historia que le contaré después de que lo vea... se trata de un relato diabólicamente triste, pero al que yo no calificaría de mágico. Tan solo demuestra el poder que las creencias tienen sobre el pueblo. Admitiré que hay veces en las que siento una desazón algo más que física, pero a la luz del día lo achaco todo a los nervios. ¡Y es que, por desgracia, ya no soy tan joven como antes!

»Pero no divaguemos más, el ser que aquí reside podría usted considerarlo como una víctima de la maldición de Yig... una víctima viviente. No permitimos que todas las enfermeras lo vean, aunque la mayoría saben que está aquí. Tan solo dejo que dos de mis colegas, personas muy tranquilas y de gran experiencia, le alimenten y limpien su habitáculo... Antes eran tres, pero el buen y viejo Stevens falleció hace unos años. Supongo que tendré que organizar un nuevo grupo lo antes posible, ya que el ser no parece envejecer ni cambiar mucho de aspecto, y nosotros, que ya vamos tirando a viejos, no podemos durar siempre. Acaso las consideraciones éticas cambien en el futuro y entonces nosotros podríamos darle un misericordioso descanso, pero es difícil de predecir.

»¿Ha visto usted al venir esa ventana que sobresale un poco por encima del suelo en el ala este? Allí es donde reside. Le acompañaré a su habitáculo en un instante. No necesita hacer ningún comentario. Simplemente mire a través de la ventanilla corredera del portón y dé gracias a Dios de que la luz no sea muy fuerte. Luego le contaré la historia... o al menos todo lo que he conseguido hilvanar.

Bajamos las escaleras en silencio y no despegamos los labios mientras recorríamos los pasillos de un sótano que parecía completamente desierto. El doctor McNeill descorrió el cerrojo de una puerta de acero pintada de gris, pero tan solo se trataba de una división intermedia que daba a otro pasillo más. Por fin se paró delante de una puerta con las marcas B 116, descorrió el panel de una ventanilla de observación a la que solo se podía llegar poniéndose de puntillas y golpeó varias veces sobre el metal pintado, con la intención de que su ocupante, fuera lo que fuese, se pusiera en pie.

Al abrir el ventanuco salió de dentro un hedor tenue, y me pregunté si los golpes del doctor no provocaban una especie de respuesta en forma de suaves

siseos. Por fin me hizo una seña para que le relevase en el ventanuco, y así lo hice, temblando cada vez más y de manera injustificada. La ventanilla enrejada, que se encontraba casi a ras del suelo, tan solo reflejaba una luz pálida e incierta, de manera que tuve que permanecer varios segundos mirando aquel habitáculo maloliente hasta que pude distinguir lo que se arrastraba y retorció por el suelo cubierto de paja, lanzando de cuando en cuando unos siseos lánguidos y distraídos. Luego las sombras empezaron a definirse y me di cuenta de que aquella entidad zigzagueante se parecía remotamente a una figura humana que se arrastrara boca abajo sobre el suelo. Aferré la manilla de la puerta para mantenerme en pie mientras hacía verdaderos esfuerzos por no caer desmayado.

Aquella cosa ondulante era casi del tamaño de un cuerpo humano y se encontraba totalmente desnuda. Carecía de pelo por completo y su morena espalda parecía un tanto escamosa bajo la luz tenue y fantasmagórica. Los hombros estaban salpicados de manchas y eran de un tono pardo, y la cabeza resultaba curiosamente plana. Al levantar la vista y sisear en mi dirección, descubrí que sus diminutos y brillantes ojos negros eran condenadamente antropoides, aunque me resultó imposible mantener su mirada para estudiarlos un poco más. Se quedaron fijos en los míos con terrible persistencia, así que, respirando con dificultad, cerré la portilla del ventanuco y dejé que la criatura siguiera culebreando casi invisible entre la paja enmarañada, bajo la tenue luz espectral. Debí trastabillar un tanto, pues observé que el doctor me tomaba del brazo con delicadeza y me guiaba al exterior. Yo no paraba de tartamudear:

—Pe... pero, por el amor de Dios, *¿qué es eso?*

El doctor McNeill me contó la historia en su despacho privado, mientras yo me arrellenaba en una butaca frente a él. Los rojos y dorados del atardecer se tornaron violetas a la luz del crepúsculo, pero yo aún seguía sentado, inmóvil y aterrorizado. Me crispaban los timbrazos del teléfono y los zumbidos del intercomunicador, y hubiera sido capaz de insultar a los internos y enfermeras cuyos requerimientos hacían que el doctor tuviera que dedicarse con frecuencia a otros menesteres. Cayó la noche y me sentí feliz al comprobar que mi interlocutor encendía todas las luces. A pesar de ser un hombre de ciencia, mi afán de conocimiento estaba dormido ante aquella

historia aterradora que me dejaba sin aliento, como si fuera un niño pequeño al que se le estuviera contando un relato de fantasmas al calor del fuego del hogar.

Parecía ser que Yig, el dios serpiente de las tribus de las llanuras centrales —en teoría el origen o la fuente primaria del más austral Quetzalcóatl o Kukulcan— era un diablo extraño y antropomórfico de naturaleza caprichosa y sumamente arbitraria. No era del todo un ente maligno y estaba bien predispuesto hacia aquellos que guardaban el debido respeto por él y sus hijos, las serpientes; pero durante el otoño se volvía extremadamente voraz y había que contenerlo por medio de los ritos apropiados. Ese era el motivo por el que los tambores de las reservas Pawnee, Wichita y Caddo retumbarán sin cesar, semana tras semana, durante los meses de agosto, septiembre y octubre, y también por el que los chamanes produjeran extraños sonidos con unos sonajeros y flautas que, curiosamente, se parecían mucho a los de los aztecas y mayas.

El rasgo más característico de Yig era el amor incondicional que profesaba a sus hijos... una devoción tan grande que los pieles rojas casi temían defenderse de las venenosas serpientes de cascabel que atestaban la región. Existían leyendas secretas y terribles acerca de sus venganzas contra los mortales que le desobedecían o dañaban a su reptante prole; su método solía consistir en transformar a la víctima, después de una serie de torturas, en una serpiente moteada.

En los viejos días de la Reserva India, siguió contándome el doctor, no había tanto secreto acerca de Yig. Las tribus de las llanuras, menos precavidas que los nómadas del desierto y los Pueblos, hablaban con plena libertad de sus leyendas y ritos otoñales con los primeros agentes indios, y permitieron que muchas de sus costumbres se extendieran entre las regiones vecinas colonizadas por los blancos. El gran miedo llegó en el 89, cuando se abrieron las tierras a los colonizadores, fecha en la que se produjeron varios incidentes extraordinarios que dieron lugar a ciertos rumores, rumores que se sustentan en unos hechos tangibles y espantosos. Los indios decían que los nuevos hombres blancos no sabían cómo tratar a Yig, y también los antiguos colonos estuvieron de acuerdo con esa teoría. Desde entonces ninguno de los antiguos moradores de Oklahoma central, ya fuera blanco o rojo, estuvo

dispuesto a soltar una sola palabra sobre el dios serpiente, excepto en forma de vagas insinuaciones. Pero después de todo, añadió el doctor con innecesario énfasis, el único horror auténtico y verdadero había sido más bien un acontecimiento trágico y desolador, y no algo sobrenatural. Todo fue muy real y desalmado... incluso el último acto, que tanta controversia había causado.

El doctor McNeill hizo una pausa y se aclaró la garganta antes de proseguir con su curiosa historia; yo sentí esa especie de hormigueo que se experimenta cuando se alza el telón de un teatro. Todo había comenzado cuando Walker Davis y su esposa Audrey dejaron Arkansas con la intención de establecerse en las tierras abiertas recientemente a la colonización en la primavera de 1889, momento en el que llegaron al territorio de los wichitas, al norte del río Wichita, en lo que ahora es el País Caddo. En el presente hay allí un pequeño pueblo llamado Binger, que es atravesado de un lado a otro por las vías del ferrocarril, pero aun así el lugar ha cambiado menos que en otras partes de Oklahoma. Todavía es un conglomerado de granjas y ranchos bastante productivos hoy en día, a pesar de que los campos petrolíferos se encuentran lejos.

Walker y Audrey habían llegado desde el Condado de Franklin, en los Ozarks, en un carruaje cubierto tirado por dos mulas, junto con un perro viejo e inútil llamado «Lobo» y todas sus pertenencias. Se trataba de los típicos montañeses, jóvenes y quizás algo más ambiciosos que el resto, que en el futuro esperaban conseguir mayores recompensas por su duro trabajo que las obtenidas en Arkansas. Ambos eran huesudos y enjutos; el hombre era alto, de ojos grises y cabellos pajizos; la mujer baja y muy morena, de pelo liso y negro que dejaba entrever cierta mezcla india.

En general, se distinguían poco del resto y, de no ser por un simple detalle, su historia no se habría diferenciado mucho de la de los miles de colonizadores que, en aquellos tiempos, emigraron en masa a las nuevas tierras. Ese pequeño detalle era el miedo casi epiléptico de Walker hacia las serpientes, que algunos aseguraban le venía de nacimiento y otros por causa de una tenebrosa profecía sobre su muerte con la que una vieja india *squaw* había intentado asustarle cuando era pequeño. Fuera cual fuese la causa, le había dejado una huella profunda, ya que, a pesar de toda su hombría, la

simple mención de los reptiles le hacía perder el color hasta casi desfallecer, y la visión del más ridículo espécimen podía producirle un ataque de epilepsia.

Los Davis comenzaron el viaje a principios de año, con la esperanza de llegar a sus nuevas tierras para la siembra de primavera. La marcha fue lenta, pues los caminos de Arkansas estaban en mal estado y los campos del Territorio se componían de numerosos macizos de colinas y páramos de arenas rojizas sin caminos que lo surcaran. El contraste entre su montañoso lugar de origen, cuando el terreno se fue haciendo más llano, hizo que la depresión se apoderara de ellos con mayor fuerza de lo que, quizás, habían imaginado, pero descubrieron que los hombres de las agencias indias eran muy afables y que la mayoría de los pobladores nativos parecían amistosos y civilizados. De vez en cuando se tropezaban con otros colonos, con quienes en general intercambiaban rudas demostraciones de simpatía y una amigable rivalidad.

Debido a la estación del año en la que se encontraban, no vieron muchas serpientes, de manera que Walker no tuvo sus habituales problemas físicos ante dichos animales. Además, al principio del viaje tampoco oyeron ninguna leyenda india sobre las serpientes, ya que las tribus llevadas allí desde sus emplazamientos en el suroeste no compartían las salvajes creencias de sus vecinos más occidentales. Mas el destino quiso que fuera un blanco de Okmulgee, en el país de los *Creek*, el primero que les hablara del culto a Yig, y esta charla ejerció un efecto muy curioso y fascinante en Walker y consiguió que, a partir de entonces, preguntara todo tipo de cuestiones con total libertad.

Poco después, la atracción de Walker dio lugar a un serio caso de pánico. Observaba las más extraordinarias precauciones cada vez que acampaban para pasar la noche, limpiaba toda la vegetación que cubría el terreno y, siempre que podía, evitaba las zonas rocosas. Cada matojo de arbustos enclenques, cada grieta en los bloques rocosos podía ocultar un nido de malignas serpientes, y cualquier figura humana que no fuera parte evidente de un asentamiento o caravana de pioneros le parecía un dios serpiente en potencia hasta que la proximidad no lo desmintiera. Afortunadamente, en esta etapa del viaje no se produjo ningún encuentro problemático que crispase aún

más sus nervios.

Según se fueron aproximando a Kickapoo, cada vez les resultó más difícil acampar en lugares que no fueran rocosos. Al final fue imposible evitarlo y el pobre Walker tuvo que recurrir a ciertos cánticos pueriles que se incluían en las liturgias contra las serpientes que había aprendido durante su infancia. En dos o tres ocasiones se toparon con uno de estos reptiles y dichos encuentros no ayudaron al enfermo en sus esfuerzos por mantener la compostura.

Al atardecer de la vigésimo segunda jornada de viaje, y para proteger a las mulas, un vendaval espantoso les obligó a acampar en el lugar más abrigado que fueron capaces de encontrar. Audrey convenció a su marido de que se refugiaron bajo un acantilado rocoso que se erguía a una altura insólita sobre el lecho seco de un antiguo afluente del río Canadá. A él no le atraía el aspecto pedregoso del lugar, pero aceptó la sugerencia y condujo malhumorado a los animales hacia el protegido acantilado, ya que la naturaleza del terreno impedía que pudieran acercarse la carreta.

Mientras tanto Audrey, que estaba examinando las rocas que sobresalían alrededor del carromato, se percató de que el viejo y achacoso perro no paraba de olfatear el aire. Tras hacerse con un rifle, siguió al animal, y enseguida agradeció a los cielos el haberse anticipado a Walker en su descubrimiento. Pues un poco más allá, en un abrigado nido entre dos salientes rocosos, contempló una escena que a Walker no le habría hecho ningún bien. Solo se podía ver una especie de conglomerado convulso, compuesto quizás por tres o cuatro unidades independientes, que formaban una masa de cuerpos entrelazados que se retorcían con pereza; se trataba, sin duda, de una camada de serpientes de cascabel recién paridas.

Deseosa de evitar a Walker el correspondiente ataque de pánico, Audrey no dudó ni un instante y, agarrando firmemente el rifle por el cañón, empezó a golpear sin descanso con la culata a las criaturas que no paraban de retorcerse. Ella también sentía un asco espantoso, aunque no tenía miedo. Por fin dio por concluida la tarea y se dispuso a limpiar la improvisada maza en la arena rojiza y en la hierba muerta y reseca que había en los alrededores. Pensó que sería conveniente cubrir el nido antes de que Walker volviese después de haber atado a las mulas. El viejo Lobo, una reliquia temblorosa con sangre de perro pastor y coyote, había desaparecido y Audrey temió que

hubiera ido en busca de su amo.

En ese mismo instante, el ruido de unos pasos demostró que sus miedos estaban bien fundados. Un segundo después Walker descubrió la escena. Audrey se acercó a él para sujetarle si se desmayaba, pero lo único que hizo fue tambalearse un poco. Luego, la mirada de espanto que se reflejaba en aquel rostro del que había huido toda la sangre se convirtió poco a poco en otra de rabia y horror mientras reprendía a su mujer con voz temblorosa.

—Dios bendito, Aud, ¿por qué lo has hecho? ¿No has oído todas esas historias que nos han contado acerca de Yig, ese diablo serpiente? Tenías que haberme avisado y hubiéramos cambiado el campamento de sitio. ¿No sabes que hay un dios-diablo que clama venganza si dañas a su prole? ¿Por qué te crees que los indios se ponen a bailar y hacen sonar sus tambores todos los otoños? Estas tierras están malditas, hazme caso... casi todos con los que hemos hablado desde que llegamos cuentan las mismas historias. Aquí reina Yig, y todos los otoños sale en busca de víctimas a las que convertir en reptiles. ¡Por eso ningún indio al otro lado del Canayjin se atreve a matar a ninguna serpiente! No es una cuestión de amor, ni de dinero.

»Solo Dios sabe cuál será su venganza, mujer, cuando sepa lo que has hecho con una de sus camadas. Irá a por ti, seguro, tarde o temprano, a no ser que consiga algún antídoto de los curanderos indios. Irá a por ti, Aud, tan cierto como hay Dios en los cielos... ¡Vendrá al anochecer y te convertirá en una reptante serpiente moteada!

Durante el resto del viaje Walker no dejó de repetir sus reproches y profecías. Cruzaron el río Canadá cerca de Newcastle y poco después se toparon con los primeros indios de las llanuras verdaderamente puros... Se trataba de una partida de wichitas envueltos en mantas, cuyo líder les habló con toda confianza bajo los vapores del whisky que le habían ofrecido, enseñando al pobre Walker un enrevesado encantamiento que les protegería de Yig a cambio de un cuarto de la botella de aquel estimulante fluido. A finales de la semana habían llegado al lugar elegido en el país Wichita y los Davis se apresuraron a marcar los límites de sus posesiones y a realizar la siembra de primavera antes incluso de construir una simple cabaña.

La región era llana, desagradablemente ventosa y de escasa vegetación, pero prometía ser fértil si era bien cultivada. Algunos bloques de granito

sobresalían del suelo arenoso y rojizo, y en ciertos lugares asomaban unas enormes placas rocosas que se extendían sobre la superficie como si fueran las losas de un suelo hecho por el hombre. No parecía haber muchas serpientes ni lugares adecuados para ellas, de manera que Audrey convenció al fin a Walker para que levantaran la cabaña de una sola habitación sobre una roca enorme y muy lisa que afloraba de la tierra. Con un piso semejante, y una chimenea del tamaño adecuado, podrían resistir las humedades del invierno... aunque se dieron cuenta pronto de que la lluvia no era una característica demasiado sobresaliente en aquellos lugares. Cargaron la carreta con los troncos que habían cortado en los bosques circundantes que se extendían hasta las Montañas Wichita.

Walker construyó una amplia chimenea y un tosco establo con la ayuda de otros pioneros, aunque el vecino más cercano residía a más de un kilómetro y medio de distancia. No existía ninguna ciudad merecedora de semejante nombre hasta El Reno, que se erguía alrededor de las vías del ferrocarril, a casi cincuenta kilómetros de distancia en dirección noreste; a las pocas semanas la gente del lugar se hallaba muy unida, a pesar de las amplias distancias que existían entre sus lugares de residencia. Los indios, algunos de los cuales habían comenzado a establecerse en ranchos, eran en su mayoría inofensivos, aunque a veces se tornaban pendencieros bajo los efectos de los fluidos estimulantes que conseguían llegar hasta ellos, a pesar de todas las prohibiciones del gobierno.

De todos los vecinos de los Davis fueron Joe y Sally Compton, que también procedían de Arkansas, los que más les ayudaron y con quienes mejor congeniaron. Sally aún vive, y se la conoce como la Abuela Compton; su hijo Clyde, entonces un bebé, se ha convertido en uno de los hombres más influyentes del Estado. Sally y Audrey solían visitarse a menudo, ya que sus respectivas cabañas tan solo se encontraban a unos tres kilómetros de distancia, y durante la larga primavera y las tardes de verano intercambiaban un montón de historias de la vieja Arkansas y numerosos chismorreos de sus nuevos territorios.

Sally se mostraba muy comprensiva acerca de los problemas de Walker con las serpientes, pero quizás, sin quererlo, hizo más por empeorar que por curar el nerviosismo que ahora también atenazaba a Audrey, expuesta a los

incesantes rezos y profecías de Walker sobre la maldición de Yig. Sabía un montón de historias horripilantes acerca de las serpientes y su preferida causó un efecto terrible y muy pernicioso. Se trataba de la historia de un hombre del condado Scott que había sido mordido por toda una horda de serpiente de cascabel y que se había hinchado de una manera tan monstruosa, por causa del veneno que inundaba su cuerpo, que al fin había estallado con una explosión. No hace falta decir que Audrey no contó esta anécdota a su esposo, ni que rogó a los Compton que se abstuvieran de comentarla por los alrededores. Es de suponer que Joe y Sally siguieron este requerimiento al pie de la letra.

Walker hizo la siembra del maíz muy temprano, y hacia la mitad del verano ya había recolectado una buena cantidad de la hierba nativa del país. Excavó un pozo con la ayuda de Joe Compton que le proporcionaba una cantidad moderada de excelente agua, aunque tenía la intención de abrir otro artesiano. No tuvo ningún incidente serio con las serpientes y consiguió que sus tierras fueran lo más inhóspitas posible para esas criaturas reptantes. Siempre que podía cabalgaba hasta la aglomeración de cabañas cónicas y de techos pajizos que conformaban la principal aldea de los wichitas, y hablaba largo y tendido con los ancianos y brujos de la tribu sobre el dios serpiente y la manera de apaciguar su ira. Siempre existía algún hechizo que poder cambiar por whisky, pero la mayor parte los informes que obtenía estaban lejos de tranquilizarle.

Yig era un gran dios. Su medicina era mala. Jamás olvidaba. Durante el otoño sus hijos tenían hambre y andaban descontrolados, y también Yig. Cuando llegaba el tiempo de la cosecha del maíz, todas las tribus hacían conjuros para protegerse de Yig. Le daban una parte de su grano y danzaban vestidos con atuendos ceremoniales al son de flautas, sonajeros y tambores. Nunca permitían que los timbales dejaran de retumbar para mantener a Yig alejado, e imploraban la ayuda de Tiráwa, cuyos hijos son los hombres, de la misma manera que las serpientes son los hijos de Yig. No era una buena cosa que la *squaw* de Davis hubiera matado a un hijo de Yig. Davis tenía que recitar muchas veces los conjuros llegado el tiempo de la cosecha del maíz. Yig es Yig. Yig es un gran dios.

Cuando llegó el momento de la cosecha, Walker había conseguido que su

mujer se encontrara en un deplorable estado de nervios. Sus oraciones y conjuros resultaban muy molestos, y cuando empezaron los ritos otoñales de los indios, siempre se escuchaba un lejano retumbar de tambores al viento que añadía un trasfondo siniestro. Aquel martilleo, siempre resonando sobre las amplias llanuras rojizas, resultaba enloquecedor. ¿Por qué no cesaba nunca? Día tras noche, semana tras semana, sonando sin cesar, con la misma persistencia que los vientos rojizos y polvorientos que transportaban las notas. Audrey lo odiaba aún más que su marido, pues él veía en ello un elemento compensador debido a su carácter protector. Gracias a esta barrera intangible y poderosa contra el mal, Walker recolectó confiado su grano y acondicionó la cabaña y el establo para el invierno.

El otoño fue anormalmente cálido y los Davis, excepto para cocinar, apenas tuvieron que encender la chimenea que Walker había construido con tanto esmero. Había algo en las sobrenaturales nubes de polvo caliente que ponía los nervios de punta a los colonos, pero sobre todo a Audrey y Walker. Aquella maldición ofidia que pendía sobre ellos y el sobrenatural, interminable retumbar de lejanos tambores indios constituían una mala combinación que, si se le añadía cualquier otro elemento extraño, podría acabar siendo completamente insoportable.

A pesar de todas estas tensiones, finalizada la recolección del maíz, se celebraron varios encuentros festivos en alguna de las cabañas que conservaron el espíritu de los extraños y antiguos ritos de la cosecha, tan viejos como la propia humanidad. Lafayette Smith, oriundo del sur de Missouri y poseedor de una cabaña que se encontraba a unos cinco kilómetros al este de la de Walker, era un violinista bastante pasable, y sus melodías consiguieron en gran medida que los celebrantes olvidaran el monótono batir de los lejanos tambores. Se acercaba la noche de Todos los Santos y los colonizadores proyectaron otro festejo... y en esta ocasión —tenían que haberlo sabido— de un carácter aún más antiguo que la misma agricultura: el espantoso ceremonial del Sabbat de las Brujas de los primitivos pre-arios, que se ha conservado siglo tras siglo en la oscura medianoche de los bosques olvidados, y que aún está preñado de vagos terrores escondidos bajo un manto de quimera y frivolidad. La noche de Todos los Santos caía en jueves y todos los vecinos acordaron reunirse en la

cabaña de los Davis para celebrarlo.

Justo el treinta y uno de octubre finalizó aquel periodo de tiempo anormalmente cálido. La mañana amaneció gris y plomiza, y para el mediodía la brisa incesante y cálida se había transformado en un viento gélido. Los colonos estaban ateridos porque aún no se habían acostumbrado al frío y Wolf, el viejo perro de Walker, se arrastró como pudo al interior de la cabaña en busca de un lugar junto a la chimenea. Pero los lejanos tambores aún seguían retumbando y los colonos blancos tampoco estaban dispuestos a prescindir de sus ritos ancestrales. A las cuatro de la tarde los carromatos empezaron a llegar a la cabaña de Walker y al atardecer, después de una barbacoa memorable, el violín de Lafayette Smith consiguió que un nutrido grupo de bailarines danzaran y saltaran de manera casi grotesca en la amplia pero abarrotada habitación. Los más jóvenes se entregaron a las inofensivas celebraciones propias de la estación mientras que, de tanto en tanto, el viejo Lobo aullaba con tonos tristes y desconsolados ante el sonido de alguna nota especialmente siniestra procedente del chirriante violín, instrumento que nunca antes había escuchado. Por suerte, el desarrapado veterano dormitaba como un bendito la mayor parte del tiempo, pues con su edad ya no se sentía atraído por el jolgorio y su vida gravitaba en torno a sus sueños. Tom y Jennie Rigby habían traído consigo a Zeke, su perro pastor escocés, aunque los canes no congeniaron. Zeke parecía extrañamente inquieto por algo y se pasó toda la tarde olfateando los alrededores con curiosidad.

Audrey y Walker interpretaron un estupendo solo de baile entre los dos y a la Abuela Crompton aún le gusta recordar la danza de aquella noche. Se olvidaron de todas sus preocupaciones, y Walker iba perfectamente afeitado y arreglado con sorprendente gusto para la ocasión. A las diez en punto todos se encontraban felizmente cansados y los invitados, familia tras familia, empezaron a desfilas hacia la salida con multitud de estrechamientos de manos y exclamaciones sobre lo bien que lo habían pasado. Tom y Jennie pensaron que los espeluznantes aullidos que Zeke lanzaba al aire mientras los seguía a la carreta eran debidos a las pocas ganas que tenía de volver a casa, aunque Audrey les dijo que seguramente eran a causa del lejano batir de tambores, que resultaba más amenazador después de haber disfrutado del jolgorio que había dentro.

La noche era muy fría y por primera vez Walker puso un gran leño en la chimenea y lo cubrió con las brasas para que ardiera hasta el amanecer. El viejo Lobo se arrastró hasta situarse dentro al cálido resplandor y pronto cayó en su sopor habitual. Audrey y Walker estaban demasiado cansados como para pensar en embrujos o maldiciones, y enseguida se acostaron en la tosca cama de pino, quedándose dormidos antes de que el barato reloj despertador que había en la repisa de la chimenea pasara de los tres minutos. Mientras tanto, en la lejanía, el rítmico batir de aquellos endemoniados tambores seguía retumbando sobre el gélido viento nocturno.

El doctor McNeill hizo una pausa y se quitó las gafas, como si al desenfocar el mundo real se hicieran más nítidos sus recuerdos del pasado.

—Pronto se dará cuenta —dijo— de que tengo muchas dificultades para recomponer todas las piezas de lo que sucedió después de que los invitados se fueran. En algunas ocasiones —sobre todo al principio— casi era capaz de hacerlo.

Tras un momento de silencio siguió con su historia.

Audrey tuvo unos sueños espantosos sobre Yig, que se le apareció en la figura de Satanás, tal y como lo había visto en varios lienzos de poca calidad. Se despertó de repente completamente aterrorizada y descubrió que Walker se hallaba consciente y estaba sentado encima de la cama. Parecía estar escuchando algo con suma atención y la hizo callar con un chis cuando ella empezó a preguntarle por qué se había levantado.

—¡Silencio, Aud! —musitó—. ¿No oyes como una especie de tintineo, como si algo estuviera arrastrándose con un zumbido? ¿Podrían ser los grillos de otoño?

Y en realidad sí había un sonido perfectamente audible dentro de la cabaña, tal y como Walker lo había descrito. Audrey intentó averiguar de qué podría tratarse y fue sacudida por una sensación horrible y familiar que pululaba por los recovecos de su memoria. Y por encima de todo, despertando terribles pensamientos, el monótono batir de los lejanos tambores sonaba incesante entre las negras llanuras apenas iluminadas por una luna menguante envuelta en nubes.

—Walker... supón que... que es... la maldición de Yig.

Audrey podía sentir cómo temblaba su marido.

—No, querida, no creo que se presente de esta manera. Tiene una apariencia humana, a no ser que se contemple de cerca. Eso dice el jefe Águila Gris. Será alguna alimaña que ha entrado para resguardarse del frío... no parecen grillos, pero seguro que es algún bicho similar. Debería levantarme y echarlos antes de que hagan algún estropicio o se metan en la despensa.

Se incorporó, tomó la lámpara que estaba a mano y agitó la caja de fósforos que colgaba de la cercana pared. Audrey se sentó en la cama y observó cómo el pequeño resplandor de la cerilla se convertía en una luz estable al prender la lámpara. Luego, cuando sus ojos fueron capaces de vislumbrar toda la estancia, las crudas vigas del techo resonaron con los gritos simultáneos de ambos. En el suelo de lisa roca, iluminada por la luz de la lámpara recién prendida, había una masa hirviente y ondulante de moteadas serpientes de cascabel que se arrastraban hacia el fuego de la chimenea y aun se atrevían a levantar sus repugnantes cabezas de forma amenazadora en dirección al horrorizado portador de la lámpara.

Audrey vio aquellas criaturas solo un instante. Había incontables serpientes de todos los tamaños y, en apariencia, de distintas variedades; incluso mientras miraba, dos o tres reptiles balancearon sus cabezas como intentando morder a Walker. Audrey no se desmayó... pero Walker se desplomó sobre el piso haciendo que la llama de la lámpara se extinguiera y todo quedara sumido en una oscuridad absoluta. No había gritado una segunda vez... el terror le había paralizado y cayó en silencio al suelo, como alcanzado por una flecha salida de un arco sobrenatural. A Audrey le dio la sensación de que el mundo giraba a su alrededor de manera fantástica y se mezclaba con la pesadilla que la acababa de despertar.

Todo movimiento consciente resultaba imposible, pues la voluntad y el sentido de la realidad la habían abandonado. Cayó inerte hacia atrás, sobre la almohada, con la esperanza de que pronto despertaría. Durante un rato no tuvo consciencia de lo que estaba sucediendo. Luego, poco a poco, la sensación de estar despierta empezó a abrirse paso en su mente y se estremeció con una mezcla de pánico y tristeza que le hizo ponerse a gritar, a pesar del embrujo de silencio que se había apoderado de ella.

Walker ya no estaba, y ella había sido incapaz de prestarle ayuda. Había

muerto a causa de las serpientes, tal y como la vieja bruja había profetizado cuando era un niño. El pobre Lobo tampoco pudo ayudarles; seguramente ni tan siquiera había despertado de su senil estupor. Y ahora aquellas criaturas reptantes estarían arrastrándose hacia ella, acercándose poco a poco en medio de la oscuridad; a lo mejor ya estaban enroscadas alrededor de las patas de la cama y se escurrían entre las toscas mantas de lana. Se acurrucó de manera inconsciente debajo de la ropa de cama y se quedó allí tiritando.

Tenía que ser la maldición de Yig. Había enviado a sus hijos bestiales en la noche de Todos los Santos y Walker había sido el primero en caer. ¿Por qué? ¿Acaso no era él inocente? ¿Por qué no habían ido a por ella? Fue ella la que mató a aquellas crías de cascabel. Entonces pensó en lo que decía la maldición según la contaban los indios. A ella no la matarían, sino que acabaría convertida en una moteada serpiente de cascabel. ¡Puf! Sería como esas cosas que había entrevisto en el suelo, esas cosas que Yig había enviado para que la atacaran y convirtieran en una de las suyas. Intentó recitar uno de los encantamientos que Walker le había enseñado, pero descubrió que no podía emitir ningún sonido.

El sonoro tic-tac del reloj se oía por encima del enloquecido batir de los lejanos tambores. Los reptiles parecían estar demorándose más de lo necesario... ¿Acaso lo hacían a propósito para destrozarle los nervios? De vez en cuando creía sentir una firme e insidiosa presión sobre las mantas, pero siempre se trataba de sus nervios que le jugaban una mala pasada. El reloj martilleaba en la oscuridad y ella empezó a pensar de distinta manera.

¡Las serpientes *no podían* estar tardando tanto! En realidad no se trataba de los enviados de Yig, sino de simples serpientes de cascabel que habían anidado debajo de la roca y ahora salían al exterior atraídas por el calor del fuego. Quizás no estaban buscándola... quizás se habían saciado con el pobre Walker. ¿Dónde estaban? ¿Se habían ido? ¿Permanecían enrolladas al lado del fuego? ¿Seguían reptando sobre el cadáver de su víctima? El tic-tac del reloj no cesaba y los tambores lejanos continuaban palpitando.

Al pensar que el cuerpo de su marido yacía en medio de aquella oscuridad absoluta, Audrey no pudo reprimir un escalofrío de puro terror físico. Recordó la historia que les había contado Sally Compton acerca del hombre del condado Scott. También había sido mordido por un enjambre de

serpientes y ¿qué le había sucedido? El veneno había corrompido la carne y distendido todo el cuerpo, y al final aquella cosa hinchada había *estallado* de una manera espantosa... explotado con un detestable *pum*. ¿Le habría ocurrido lo mismo al cuerpo que yacía sobre el piso de roca? Instintivamente sintió que estaba a la espera de *escuchar* algo demasiado espantoso para describirlo en palabras.

El reloj seguía con su tic-tac, formando una especie de coro sardónico y burlón con el lejano batir de tambores que el viento traía. Le habría gustado que el reloj diera las horas, pues de esa manera sabría cuánto duraba aquella vigilia fantasmagórica. Maldijo la entereza que le impedía desmayarse y se preguntó si la luz de la aurora le traería algún alivio. Seguramente los vecinos se acercarían, sin duda alguien llamaría... ¿la encontrarían aún en su sano juicio? ¿Seguía conservándolo en estos momentos?

Mientras escuchaba aterrorizada, Audrey se dio cuenta de repente de algo terrible que tenía que verificar, aunque se viera obligada a recurrir a toda su fuerza de voluntad, y no estaba segura de si aquel hecho, una vez demostrado, significaba algo bueno o malo. *El lejano batir de los tambores indios había cesado*. Aquel tamtan siempre la había enloquecido, pero ¿acaso no había asegurado Walker que suponía una especie de barrera contra el mal innombrable del espacio exterior? ¿Qué repetía entre susurros después de hablar con Águila Gris y los curanderos wichita?

Ahora no le gustaba aquel silencio repentino. Tenía algo de siniestro. El tic-tac del reloj sonaba anormalmente fuerte en aquella soledad. Capaz al fin de moverse, apartó las mantas de su rostro y miró hacia la ventana rodeada de tinieblas. Había clareado un poco después de que se ocultara la luna, ya que distinguió la silueta rectangular de la ventana perfilada sobre un fondo de estrellas.

Y entonces, sin previo aviso, se produjo aquel sonido espantoso en medio de la oscuridad, aquel áspero, putrefacto *pum* de la piel al desgarrarse y dejar salir el veneno acumulado. ¡Dios bendito! Era como en la historia de Sally... un tufo hediondo... y luego el silencio, un silencio tenaz y absorbente. Resultaba demasiado horrible. El velo de silencio acabó rasgándose y la oscura noche reverberó con los gritos histéricos y aterrorizados de Audrey.

Mas no perdió la consciencia debido al *shock*. ¡Cuán misericordioso

habría resultado de ser así! Audrey aún podía distinguir, entre los ecos de sus propios gritos, el rectángulo cuajado de estrellas de la ventana que tenía enfrente y oír el monótono tic-tac del pavoroso reloj. ¿Escuchaba algo más? ¿El rectángulo de la ventana seguía siendo un cuadrilátero perfecto? No se hallaba en condiciones de analizar la estabilidad de sus sentidos ni de distinguir entre fantasía y realidad.

No, aquella ventana ya no era un rectángulo perfecto. *Algo había invadido el borde inferior.* Y tampoco era el tic-tac del reloj el único sonido de la habitación. Sin duda se oía una respiración pesada que no correspondía con la suya ni con la del pobre Lobo. El perro siempre dormía en silencio y los jadeos que emitía al despertar eran inconfundibles. Entonces Audrey distinguió una silueta antropoide, oscura y diabólica que se recortaba sobre las estrellas, la masa ondulante de una cabeza y unos hombros gigantescos que se acercaban a tientas hacia ella.

—¡Aaaah! ¡Aaaah! ¡Vete! ¡Vete! ¡Márchate, serpiente diabólica! ¡Vete, Yig! No quería matarlos... tenía miedo de que se asustara. ¡No, Yig, no! No fui a propósito a dañar a tus hijos... No te acerques... ¡No me conviertas en una serpiente moteada!

Pero la cabeza y los hombros sin forma siguieron deslizándose en silencio hacia la cama.

La cabeza de Audrey estaba a punto de estallar y, en un instante, la niña acobardada se transformó en una mujer furiosa y enloquecida. Sabía que el hacha estaba colgada de unos clavos al lado de la lámpara. Se hallaba al alcance de la mano y podía encontrarla en la oscuridad. Antes de saber lo que estaba haciendo ya la tenía consigo y empezó a arrastrarse hacia el borde de la cama, hacia la cabeza y los hombros monstruosos que seguían desplazándose a tientas en su dirección. Si alguna luz hubiera estado encendida el aspecto de su rostro habría resultado muy poco agradable de contemplar.

—¡Toma esto! ¡Y esto y esto y esto!

Reía enloquecida y sus carcajadas aumentaron de volumen cuando descubrió un pálido resplandor más allá de la ventana que anunciaba la inminente llegada de la aurora.

El doctor McNeill se enjugó el sudor de la frente y volvió a ponerse las

gafas. Esperé a que continuara con su historia y, mientras guardaba silencio, le pregunté en voz baja:

—¿Sobrevivió? ¿La encontraron? ¿Hallaron una explicación?

El doctor carraspeó.

—Sí... vivió; en cierta manera. Y también encontraron una explicación. Ya le dije que no había nada de sobrenatural en la historia... solo crudeza, lástima y prosaico terror.

Sally Compton fue la primera en llegar. Había cabalgado hasta la cabaña de los Davis al atardecer del día siguiente para hablar con Audrey sobre la fiesta y descubrió que no salía humo de la chimenea. Eso era extraño. El tiempo volvía a ser cálido, pero Audrey solía estar cocinando a esas horas. Las mulas mugían hambrientas en el establo y no se veía al viejo Lobo tomando el sol en su sitio habitual al lado de la puerta.

Además, a Sally no le gustó el aspecto del lugar, de manera que se lo pensó mucho antes de desmontar y llamar a la puerta. Nadie respondió y esperó unos segundos antes de empujar la tosca hoja de troncos de madera. No tenía echado el cerrojo y se fue abriendo poco a poco al ser empujada. Enseguida, al darse cuenta de lo que había en el interior, retrocedió, empezó a jadear y tuvo que sujetarse a la jamba para conservar el equilibrio.

Un hedor espantoso escapaba por la puerta abierta, pero no fue eso lo que la conmovió. Se trataba de lo que había visto. En esa cabaña tenebrosa había sucedido algo monstruoso y tres objetos espeluznantes yacían en el suelo para espanto y desconcierto de la observadora.

El gran perro se encontraba cerca del hogar apagado, su piel tenía un color púrpura por culpa de la sarna y la vejez, y el cuerpo había estallado a causa del veneno de las serpientes de cascabel. Debía de haber sido mordido por una incontable legión de reptiles.

A la derecha de la puerta descansaban los restos lacerados a hachazos de lo que antes había sido un ser humano... vestía ropa de noche y en su mano asía una lámpara destrozada. *No tenía ninguna señal de mordeduras de serpientes.* A su lado, tirada en el suelo, estaba el hacha ensangrentada.

Encogida en el piso yacía una criatura espantosa, de vacua mirada, que antaño había sido una mujer y que ahora se había convertido en una caricatura muda y enloquecida. Lo único que aquel ser hacía era sisear,

sisear, sisear.

Tanto el doctor como yo mismo nos enjugamos el sudor helado de la frente al mismo tiempo. Vertió en unas copas el contenido de un frasco que estaba sobre el escritorio, dio un sorbo a una y me pasó la otra. Apenas pude musitar unas palabras entrecortadas y estúpidas.

—De manera que Walker tan solo se había desmayado... los gritos le hicieron recobrar el conocimiento y el hacha hizo el resto.

—Sí —el doctor McNeill contestó en voz baja—. Pero, en cualquier caso, también murió por culpa de las serpientes. El miedo actuó de dos maneras distintas: por un lado hizo que se desmayara y por el otro llenó la mente de su esposa con historias terribles que al final ayudaron a que esta le golpeará creyendo que se trataba del demonio-serpiente.

Recapacité durante unos instantes.

—Y Audrey... ¿no resulta extraño cómo la maldición de Yig parece en verdad haberla afectado? Supongo que la impresión que le produjeron aquellas serpientes sibilantes ha hecho mella en su cerebro.

—Sí. Al principio se expresaba con lucidez, pero poco a poco fue perdiendo esa capacidad. Su pelo se volvió blanco desde las raíces a las puntas y luego lo perdió por completo. La piel se fue llenando de motas y cuando murió...

Le interrumpí sobresaltado.

—¿*Cuando murió?* Entonces, ¿qué... qué es esa cosa que está ahí abajo? McNeill habló con suma gravedad.

—*Eso* es lo que brotó de ella nueve meses después. Al principio eran tres —los otros dos eran incluso peores—, pero este es el único que ha sobrevivido.

EL MONTÍCULO

The Mound (1929-30)

Zelia Bishop & H.P. Lovecraft

I

Hace pocos años que la mayoría de la gente ha dejado de pensar en el Oeste como si de una tierra *nueva* se tratara. Supongo que el sentimiento inverso fue ganando adeptos porque nuestra civilización en aquellos lugares apenas acababa de comenzar. Pero en estos momentos los exploradores están excavando el subsuelo y sacando a luz capítulos enteros de la vida que brotó y se desvaneció en aquellos montes y llanuras antes de que empezaran los registros históricos. Nada sabemos de una aldea de 2.500 años de antigüedad bautizada Pueblo y apenas nos llama la atención que los arqueólogos fechen entre los 17.000 y los 18.000 años antes de Cristo la cultura mexicana encontrada en el terreno. Oímos rumores de cosas aún más antiguas, de hombres primitivos que eran contemporáneos de animales ya extinguidos, a los que apenas se conoce hoy en día más que por unos cuantos huesos y artefactos dispersos; de manera que esa idea de novedad está desvaneciéndose con suma rapidez. Los europeos suelen ser más sensibles que nosotros a la hora de captar la significación de las antigüedades inmemoriales y los profundos sedimentos de las sucesivas civilizaciones. Tan

solo un par de años antes un autor británico describió Arizona como «una región lunar y llena de tinieblas, aunque atractiva a su manera... una tierra austera, vieja y desolada».

Sin embargo, creo que mi sentido de la portentosa, casi terrorífica antigüedad del Oeste es más profundo que el de ningún europeo. Fue a raíz de un acontecimiento que tuvo lugar en 1928, un acontecimiento que siempre he querido achacar a las alucinaciones —por lo menos en sus tres cuartas partes—, pero que ha dejado en mi memoria una impresión tan fuerte y espantosa que no puedo librarme fácilmente de ella. Sucedió en Oklahoma, lugar al que mi trabajo como etnólogo especializado en el indio norteamericano me llevaba con frecuencia y donde había tropezado antes con ciertos asuntos desconcertantes y diabólicamente extraños. No nos confundamos... Oklahoma es mucho más que una simple tierra fronteriza llena de pioneros y colonizadores. Existen allí tribus realmente viejas con recuerdos realmente antiguos y, cuando los tambores del otoño resuenan incesantes sobre las desoladas llanuras, el espíritu de los hombres se acerca peligrosamente a ciertas cosas primigenias y secretas. Soy un hombre blanco del civilizado Este, pero no me importa admitir que siempre que oigo hablar de los ritos de Yig, el Padre de las Serpientes, siento un escalofrío de lo más real. He visto y oído lo suficiente como para no ser demasiado «sofisticado» en esos asuntos. Y de esto versa el mencionado incidente de 1928. Me gustaría reírme de ello... pero no puedo.

Había ido a Oklahoma para investigar y verificar una de las muchas historias de fantasmas que corrían entre los colonizadores blancos, historias que tenían profundos nexos de unión con otras nativas y —estoy seguro— una raíz totalmente india. Aquellos cuentos de fantasmas al aire libre resultaban bastante curiosos, y aunque en labios del hombre blanco sonaban monótonos y prosaicos tenían ciertas características que los vinculaba con algunas de las leyendas más ricas y tenebrosas de la mitología nativa. Todas estas historias hacían referencia a unos montículos enormes, solitarios y de apariencia un tanto artificial que se levantaban en la parte occidental del Estado, y en todas se hablaba de unas manifestaciones cuyo aspecto resultaba extraordinariamente insólito.

El relato más habitual, y uno de los más antiguos, se hizo bastante famoso

en 1892, cuando un alguacil llamado John Willis se internó en la región de los montículos tras la pista de unos ladrones de caballos y regresó con una historia terrible sobre nocturnas cabalgatas aéreas entre un inmenso ejército de invisibles espectros... batallas en las que resonaban los ecos de pies y cascos de caballos, los golpes de las estocadas, el choque del metal contra el metal, los gritos apagados de los combatientes y la caída de cuerpos humanos y equinos. Estos hechos ocurrieron a la luz de la luna y aterrizaron a su montura tanto como a él mismo. Más tarde Willis supo que el sitio donde se produjeron los sonidos era un lugar maldito, evitado a toda costa por indios y colonos. Muchos habían contemplado, o entrevisto, a los beligerantes jinetes en el cielo y los habían descrito de forma bastante ambigua. Los colonos decían que aquellos guerreros espectrales eran indios, aunque no de una tribu conocida, y que sus vestimentas y armas eran de lo más extrañas. Incluso llegaron a decir que no podían estar seguros de que sus monturas fueran realmente caballos.

Por otra parte, los indios no parecían admitir que los espectros fueran de su raza. Se referían a ellos como «esa gente», «la vieja gente» o «los que moran abajo», y daba la sensación de que su veneración y temor por ellos era tan grande que no se atrevían a hablar demasiado del asunto. Ningún antropólogo ha conseguido una descripción adecuada de aquellas entidades y parece que nadie las ha podido observar con demasiada claridad. Los indios tienen uno o dos proverbios muy antiguos sobre este fenómeno, algo así como «hombres muy viejos hacen espíritu muy grande; no tan viejos, no tan grande; más viejos que el tiempo, entonces espíritu tan grande que casi tiene cuerpo; la gente vieja y los espíritus se mezclan... y se hacen una sola cosa».

Por supuesto, todas estas tradiciones no son más que «viejas leyendas» para cualquier antropólogo... lo mismo que las repetitivas historias acerca de ciudades secretas llenas de riquezas y razas desaparecidas que tanto abundan entre los nativos de Pueblo y los indios de las llanuras, y que, siglos atrás, sedujeron a Coronado^[7] y le incitaron a emprender su fallida expedición en busca de la legendaria Quivira. Lo que me llevó al oeste de Oklahoma fue algo mucho más definido y tangible. Se trataba de un cuento nativo y bastante peculiar que, a pesar de su antigüedad, era completamente desconocido por los estudiosos y contenía las primeras descripciones claras

de los fantasmas a los que hacía referencia. Además, resultaba especialmente sugestivo porque procedía de la remota ciudad de Binger, en la comarca Caddo, lugar del que había oído hablar tiempo atrás por ser el escenario de unos acontecimientos espantosos y sin explicación relacionados con el mito del dios-serpiente.

La historia en cuestión resultaba extremadamente ingenua y simple, y se desarrollaba en un gigantesco y solitario montículo, o pequeña colina, que se erguía sobre la llanura a casi un kilómetro de la parte occidental del poblado; un montículo que algunos creían de origen natural, pero al que otros consideraban como una especie de necrópolis o ara ceremonial, construido por tribus prehistóricas. Los lugareños aseguraban que el montículo estaba embrujado por dos indios que se alternaban en sus apariciones: un anciano que recorría de un lado a otro la cima del altozano desde la aurora hasta el crepúsculo, sin importarle el tiempo que hiciera, y que a veces desaparecía durante breves intervalos, y una piel roja que le relevaba por la noche con una antorcha de llama azulada cuya luz brillaba sin pausa hasta el amanecer. Cuando la luna brillaba en el cielo se podía divisar con claridad la insólita figura de la india, y la mitad de los lugareños estaban de acuerdo en que la aparición carecía de cabeza.

Las opiniones de los nativos diferían en los motivos y cualidades espectrales de ambas visiones. Algunos afirmaban que el personaje masculino no era un fantasma, sino un indio real que había asesinado y decapitado a la piel roja por oro y que luego la había enterrado en alguna parte del montículo. Según sus teorías el indio merodeaba por el altozano a causa de los remordimientos, obligado por el espíritu de su víctima, la cual adoptaba una forma física al anochecer. Pero el resto de las teorías hacían más hincapié en el aspecto sobrenatural y proclamaban que tanto el hombre como la mujer eran verdaderos espectros y que, muchos años atrás, el piel roja había asesinado a la india y luego se había suicidado. Todas estas versiones de la misma historia parecían circular entre la población del condado de Wichita desde su fundación en 1899 y, según me informaron, aún tenían plena vigencia porque el fenómeno seguía produciéndose y cualquiera podía observarlo por sí mismo. No existen muchos cuentos de fantasmas que ofrezcan semejante cantidad de pruebas accesibles a cualquier investigador, y

yo estaba deseando comprobar las grotescas maravillas ocultas en esta sombría y pequeña aldea tan alejada de los caminos frecuentados por multitudes de colonizadores y de los implacables estudiosos de la teoría científica. De manera que, a finales del verano de 1928, tomé un tren hacia Binger y me quedé ensimismado pensando en los más extraños misterios mientras los vagones traqueteaban suavemente por la vía de dirección única que atravesaba una región desolada y solitaria.

Binger está formada por una modesta agrupación de casas y almacenes de madera que se levantan en medio de una región llana y ventosa cubierta de nubes de polvo rojo. Su población la componen 500 almas, aparte de los indios de la cercana reserva, y la principal ocupación de sus habitantes parece ser la agricultura. La tierra es lo suficientemente fértil y el *boom* del petróleo aún no ha llegado a esta parte del Estado. Mi tren llegó al atardecer y me sentí algo perdido e inseguro —como apartado de la realidad y la rutina diaria— mientras le veía alejarse sin mí en dirección sur. El andén de la estación estaba lleno de curiosos holgazanes que enseguida estuvieron prestos a indicarme la dirección del hombre para quien tenía unas cartas de presentación. Me indicaron que fuera por una calle mayor de lo más vulgar cuya superficie estaba llena de rodadas y cubierta del típico polvo rojizo de la región, y pronto llegué a la puerta de mi eventual anfitrión. Los que habían organizado mi alojamiento lo habían hecho a conciencia, ya que el señor Compton era un hombre de gran inteligencia y con responsabilidades en la comunidad, y su madre —que vivía con él y a quien familiarmente se la conocía como la abuela Compton— era una de las pioneras de la primera colonización y una fuente inagotable de anécdotas y tradiciones.

Aquel atardecer los Compton me hicieron un resumen de las leyendas que circulaban entre los lugareños y me demostraron que el fenómeno que había venido a investigar era en verdad desconcertante y notorio. Parecía que los espectros eran aceptados por los habitantes de Binger con total naturalidad. Dos generaciones enteras habían crecido con las imágenes de aquel túmulo desolado y extraño y de sus incansables fantasmas. Los alrededores del montículo eran temidos y evitados, de manera que el pueblo y las granjas no se habían extendido en aquella dirección durante las cuatro décadas que habían pasado desde su fundación; sin embargo, algunos aventureros

solitarios lo habían visitado a veces. Varios regresaron para informar de que no habían visto ningún fantasma al acercarse al maligno lugar, que, de alguna manera, el solitario centinela había desaparecido de la vista antes de que ellos llegaran al altozano, dejándoles vía libre para subir a la cima y explorar su chata superficie. Aseguraban que allí arriba no había más que un terreno baldío cubierto de matojos. En cuanto al indio vigía, no tenían ni la más remota idea de dónde se ocultaba. Seguramente había descendido por la ladera y se las había arreglado para escapar a través de la llanura sin ser descubierto, aunque no parecía haber ningún sitio adecuado para ocultarse. Tampoco parecía existir ninguna abertura en el propio montículo, una conclusión a la que se llegó después de un meticuloso examen de los arbustos y hierbajos que la cubrían. En contadas ocasiones los investigadores más sensibles declararon haber sentido una especie de manifestación represiva, pero eran incapaces de dar detalles más concretos. Era como si el aire se volviera más denso a su alrededor y en la dirección en la que avanzaban. No es necesario apuntar que todas estas expediciones tan arriesgadas se realizaban a plena luz del día. No había nada en el universo capaz de conseguir que un ser humano, ya fuera blanco o de color, se acercara a aquel siniestro montículo después de la puesta de sol, y desde luego a ningún indio se le habría ocurrido aproximarse a sus laderas ni en el más soleado de los días.

Pero el terror hacia aquel montículo fantasmal no solo se alimentaba de los relatos de exploradores serios y equilibrados, aunque bien es cierto que si sus experiencias hubieran resultado más vulgares el fenómeno no habría trascendido más allá de la mitología local. Lo que resultaba más aterrador era que muchos otros investigadores habían regresado extrañamente cambiados, tanto en cuerpo como en alma, o simplemente no habían vuelto. El primer caso ocurrió en 1891, cuando un joven llamado Heaton partió con una pala para investigar posibles escondrijos secretos. Había oído las insólitas historias que contaban los indios y se había mofado del escueto informe de otro joven que había estado en el montículo sin encontrar nada extraño. Heaton estuvo vigilando el montículo desde el pueblo con un catalejo mientras el otro joven emprendía su investigación, y según se iba acercando al otero vio que el indio vigía parecía desaparecer dentro del montículo, como

si en la cima existiera una trampilla. El otro joven no se percató de la desaparición del indio, tan solo vio que ya no estaba cuando llegó a la cima.

Cuando Heaton emprendió su propia investigación decidió llegar al fondo del asunto, y los que observaban desde el pueblo le vieron cabalgar directamente hacia los matorrales que crecían en lo alto del montículo. Luego contemplaron cómo su figura iba desvaneciéndose lentamente y no volvía a aparecer durante horas, justo después del crepúsculo, momento en el que empezó a brillar la antorcha fantasmagórica que sostenía la decapitada piel roja sobre la distante elevación. Dos horas después del anochecer entró tambaleándose en el pueblo sin la pala ni ninguna de sus pertenencias, y empezó a hablar a gritos en una especie de monólogo repleto de desvaríos inconexos. Estuvo vociferando acerca de unos monstruos y abismos espantosos, sobre estatuas y grabados aterradores, de secuestradores inhumanos y torturas indecibles, y de otras anomalías fantásticas demasiado complejas y fabulosas para recordar.

—¡Viejo! ¡Viejo! ¡Viejo! —gemía una y otra vez—. Dios mío, son más antiguos que la tierra y han venido en busca de algo... saben lo que piensas y hacen que tú sepas lo que piensan ellos... son medio humanos medio espectros... han cruzado la línea... se han transmutado y tienen forma... se desarrollan cada vez más, y sin embargo todos descendemos de ellos en el principio... los hijos de Tulu... todo hecho de oro... animales monstruosos, medio humanos... esclavos muertos... locura... ¡Iä! ¡Shub-Niggurath!... Ese hombre blanco... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué le han hecho?

Heaton se convirtió en el tonto del pueblo durante ocho años y luego murió de un ataque epiléptico. Después de su experiencia hubo otros dos casos de locura a causa del montículo y ocho desapariciones más. Inmediatamente después de que Heaton regresara, tres hombres desesperados y resueltos fueron juntos a la solitaria colina fuertemente armados y con palas y picos. Los aldeanos que les vigilaban vieron cómo el fantasma del indio se desvanecía mientras los exploradores se iban acercando y luego les vieron ascender el montículo y rebuscar entre los matorrales de la cima. De repente todos desaparecieron de golpe y ya no volvió a vérselos nunca jamás. Uno de los observadores, que tenía un telescopio muy potente, creyó haber visto otras figuras que se materializaban al lado de los infelices exploradores y los

arrastraban al interior del montículo, pero su relato no ha sido corroborado. Resulta innecesario aclarar que no se envió a ningún otro grupo en su búsqueda y que nadie volvió a visitar el montículo durante muchos años. Hasta que los acontecimientos de 1891 no se olvidaron, nadie se atrevió a organizar una nueva expedición. Luego, hacia 1910, un muchacho demasiado joven para conocer aquellos viejos terrores fue al lugar maldito y no descubrió nada especial.

En 1915 los espantosos y legendarios incidentes acontecidos en 1891 habían pasado a formar parte desde hacía tiempo del cúmulo de historias fantasmagóricas y poco imaginativas que circulaban por la región... aunque sería mejor aclarar que esto solo había sucedido entre la gente blanca. En la cercana reserva había viejos indios que pensaban mucho en ello y se guardaban sus opiniones. Por aquel entonces se produjo una segunda oleada de aventurera curiosidad y varios exploradores temerarios visitaron el montículo y regresaron sin novedades. Luego hubo otra expedición organizada por dos sujetos del este en la que se utilizaron palas y otros aparatos. Se trataba de un par de arqueólogos aficionados de una pequeña universidad que habían llevado a cabo ciertos estudios entre los indios. Nadie les vigiló desde el pueblo, pero jamás regresaron. El grupo de rescate que fue en su búsqueda —entre los que se encontraba mi anfitrión Clyde Compton— no descubrió nada insólito en la cima del montículo.

La siguiente expedición fue hecha en solitario por el viejo capitán Lawton, un canoso pionero que había ayudado a colonizar la región pero que jamás había estado en el montículo. Siempre había pensado en aquella elevación repleta de misterios y como ahora estaba retirado decidió intentar resolver el antiguo rompecabezas. Gracias a sus conocimientos de la mitología india tenía ideas más abiertas que el resto de los ciudadanos corrientes y había hecho planes para emprender una búsqueda extensiva. Ascendió el montículo en la mañana del jueves 11 de mayo de 1916, observado por los telescopios de más de una veintena de aldeanos y curiosos que se situaron en la llanura cercana. Su desaparición se produjo de una manera muy brusca y sucedió mientras se hallaba cortando unos arbustos de la cima. En un segundo estaba allí y al siguiente se había volatizado por completo. Durante una semana no hubo noticias de él en Binger y de pronto,

en medio de la noche, llegó arrastrándose al pueblo una criatura que aún hoy es objeto de controversias.

Se dijo que era —o había sido— el capitán Lawton, pero sin duda parecía *mucho más joven*, alrededor de cuarenta años más joven que el anciano que había subido la colina. Tenía el cabello oscuro y el rostro —aunque deformado por un terror indecible— completamente libre de arrugas. Pero a la abuela Compton le recordaba mucho al que tenía el capitán allá por el año 89. Sus piernas estaban cortadas a la altura de los tobillos y los muñones habían cicatrizado tan bien que parecía casi imposible que pudieran pertenecer al hombre que había caminado erecto tan solo una semana atrás.

Balbuceaba frases incoherentes y repetía una y otra vez el mismo nombre, «George Lawton, George H. Lawton», como intentando convencerse a sí mismo de su propia identidad. Las cosas que decía le recordaron mucho a la abuela Compton a aquellas otras alucinaciones que mentara el pobre Heaton en 1891, aunque había algunas diferencias mínimas.

—¡Esa luz azul! ¡Esa luz azul! —balbuceaba la criatura—. Siempre ahí abajo, antes de que hubiera ningún ser vivo... más vieja que los dinosaurios... siempre la misma, aunque más débil... nunca muere... amenazadora, amenazadora, amenazadora... *la misma gente, mitad humanos y mitad gas*... los muertos que caminan y se afanan... oh, esas bestias, esos unicornios medio humanos... recintos y ciudades de oro... viejos, viejos, viejos, más viejos que el tiempo... llegaron de las estrellas... el gran Tulu... Azathoth... Nyarlathotep... esperando, esperando...

La criatura murió después del amanecer.

Por supuesto, se llevó a cabo una investigación y los indios de la reserva fueron interrogados sin contemplaciones. Pero nada sabían y nada dijeron. Al menos ninguno tenía nada que decir excepto el viejo Águila Gris, un jefe de los wichitas cuya edad, que superaba el siglo, le hacía inmune a los miedos más comunes. Solo él se dignó a gruñir una especie de advertencia.

—Dejar solos, hombre blanco. Ser gente mala. Ellos abajo, aquí y allí, ellos los viejos. Yig, padre grande de serpientes, allí. Yig ser Yig. Tiráwa, padre grande de los hombres, allí. Tiráwa ser Tiráwa. No morir. No hacerse viejo. Ser como aire. Solo vivir y esperar. Una vez venir aquí, ellos vivir y luchar. Construir aposento de tierra. Ellos traer oro, mucho oro. Ellos salir y

hacer nuevos aposentos. Yo de ellos. Tú de ellos. Entonces venir grandes aguas. Todo cambiar. Nadie salir, nadie entrar. Si tú entrar, ya no salir. Dejar solos, tú no tener mala medicina. Piel roja saber, él no atrapar. Hombre blanco entrometer, no regresar. Vosotros alejar de pequeñas colinas. No buenas. Águila Gris ha hablado.

Si Joe Norton y Ranee Wheelock hubieran hecho caso de las advertencias del viejo jefe indio posiblemente hoy seguirían entre nosotros; mas no lo hicieron. Eran materialistas y unos lectores ávidos y no le temían a nada, ya fuera humano o celestial; creían que varios demonios indios habían construido un refugio en el interior del montículo. Ya habían estado antes allí y regresaban ahora para vengar al viejo capitán Lawton, jactándose de que, si era necesario, serían capaces de reducir el montículo a polvo con tal de llevar a cabo su prometida venganza. Clyde Compton los observó con sus binoculares y consiguió verlos vagabundear alrededor de la base del siniestro altozano. Resultaba evidente que su intención era registrar el terreno palmo a palmo. Pero al rato desaparecieron y ya no se les volvió a ver nunca más.

De nuevo el montículo se convirtió en objeto de espanto y terror, y solo las vicisitudes de la Gran Guerra consiguieron que volviera a ser una leyenda más de la mitología de Binger. Nadie lo visitó entre 1916 y 1919, y nadie lo habría vuelto a hacer de no ser por las ansias aventureras de algunos de los jóvenes que acababan de regresar de Francia. De 1919 a 1920 se produjo una verdadera epidemia de expediciones al montículo por parte de los jóvenes veteranos que se habían curtido prematuramente... una epidemia que se propagó rápidamente según los jóvenes iban regresando, uno detrás de otro, indemnes y desafiantes. Hacia 1920 —tan corta es la memoria humana— el montículo casi era tomado a broma, y la versión menos tétrica de la india asesinada empezó a preponderar en los relatos y las murmuraciones de los lugareños. Entonces dos hermanos jóvenes y temerarios, los Clay —unos muchachos poco sensibles y de cabeza muy dura—, decidieron ir al montículo y cavar en busca del cuerpo de la india y del oro por el cual se suponía que el piel roja la había matado.

Partieron un atardecer de septiembre, en la época en que los tambores de los indios comienzan su incesante y monótono batir anual sobre las chatas y polvorientas llanuras rojizas. Nadie les vio marchar y sus padres no se

asustaron por su ausencia durante unas horas. Luego vino la alarma y se reunió un grupo de búsqueda, y finalmente solo quedó el misterio, el silencio y la duda.

Pero al final uno de ellos regresó. Fue Ed, el mayor, y el cabello pajizo de su cabeza y barba se había vuelto de un color blanco albino a unos centímetros de la raíz. En la frente tenía una extraña cicatriz parecida a un jeroglífico, Una noche, tres meses después de que él y su hermano Walker desaparecieran, se deslizó al interior de su casa completamente desnudo, excepto por una manta con insólitos estampados que arrojó al fuego en cuanto pudo enfundarse sus propias ropas. Dijo a sus padres que unos indios extraños les habían capturado —no eran wichitas ni caddos— y les habían llevado como prisioneros a un lugar en el oeste. Walker murió a causa de las torturas, pero él había conseguido escapar pagando un alto precio. La experiencia había sido espantosa y no deseaba hablar del asunto en esos momentos. Necesitaba descansar... y además no serviría de nada dar la alarma para buscar y castigar a los indios. No tenían pinta de dejarse atrapar o castigar, y era especialmente importante para el bienestar de Binger —para el bienestar de toda la humanidad— que no los persiguieran hasta su guarida secreta. En realidad, no podía definírseles como indios normales... pero eso ya lo explicaría después. Mientras tanto debía descansar. Era mejor no despertar al pueblo con la noticia de su regreso... subiría las escaleras y se iría a dormir. Pero antes de ascender el tramo de escalones hasta su habitación, tomó un lápiz y un cuaderno de la mesa del comedor, así como la pistola automática que estaba sobre el escritorio de su padre.

Tres horas después se produjo la detonación. Ed Clay se había metido una bala en la sien con la pistola que sostenía en la mano izquierda, y había dejado una hoja de papel apenas garabateada sobre la desvencijada mesilla de noche que había al lado de su cama. En principio, como luego se descubrió por la mengua del lápiz y los restos de papel carbonizado que llenaban la estufa, había escrito mucho más, pero al final decidió no contar todo lo que sabía y solo dejó vaguedades y suposiciones. El fragmento que sobrevivió es una especie de loca advertencia garabateada de una manera ambigua y al revés —los desatinos de una mente enferma por las penalidades—, de manera que tenía que leerse de atrás hacia adelante, hecho que resultaba sorprendente

para una persona que siempre había sido muy simple y prosaica:

Por amor de Dios nunca os acerquéis a ese montículo forma parte de alguna especie de mundo tan diabólico y viejo que no puedo describir Walker y yo fuimos atrapados en el interior de la cosa a veces se disolvía y retomaba la forma de nuevo y todo el mundo del exterior está indefenso por mucho que quieran hacer... ellos que siempre son jóvenes a su gusto y tú no puedes decir si en realidad son humanos o simples fantasmas... y es imposible describir lo que hacen y esta es solo 1 entrada... no puedes decir lo grande que es todo... después de lo que hemos visto no quiero seguir viviendo Francia no es nada comparado con esto... y decir a la gente que se mantenga alejada oh Dios mío si hubieran visto al pobre Walker cómo estaba al final.

Sinceramente vuestro
Ed Clay

Cuando se practicó la autopsia al joven Clay se descubrió que sus órganos estaban cambiados de lado; los de la derecha habían pasado al costado izquierdo. En aquellos momentos no se supo con seguridad si siempre los había tenido así, pero más tarde, gracias a los datos que figuraban en el ejército, se descubrió que Ed era una persona completamente normal cuando se le llamó a filas en mayo de 1919. Todavía no se sabe a ciencia cierta si alguien cometió un error o si se produjo una metamorfosis sin precedentes, como tampoco se conoce el origen de la cicatriz con forma de jeroglífico que tenía en la frente.

Así finalizaron las expediciones al montículo. Durante los ocho años que habían transcurrido desde entonces nadie se había acercado al lugar y muy pocos se habían tomado la molestia de enfocar sus prismáticos en esa dirección. La gente siguió observando con nerviosismo la solitaria elevación cuando se recortaba nítidamente sobre la llanura bajo el cielo del atardecer, y se estremecían ante la visión de la diminuta figura que paseaba por el día y el resplandeciente fulgor que chisporroteaba durante la noche. Se daba por

sentado que el fenómeno era un misterio sin resolución posible y los aldeanos, de común acuerdo, olvidaron el asunto. En realidad resultaba bastante fácil evitar el montículo, ya que el campo abierto se extendía por todas partes y los lugareños utilizaban los caminos más frecuentados. La zona del pueblo que daba al montículo carecía de senderos, como si en el lugar existiera una laguna, pantano o desierto. Y resulta bastante curioso comprobar cómo la estupidez y la carencia de imaginación de los hombres en cuanto a las murmuraciones con las que se advertía a niños y extraños acerca del montículo volvieron a centrarse rápidamente en la leyenda del fantasmagórico indio asesino y de su víctima *squaw*. Solo las tribus de la reserva y los más viejos del lugar, como la abuela Compton, se acordaban de las extrañas historias y la profunda amenaza cósmica que contenían los desvaríos de los que habían regresado deshechos y trastocados.

Era muy tarde y la abuela Compton hacía rato que había subido las escaleras para acostarse cuando Clyde terminó de contarme toda la historia. No sabía qué pensar exactamente sobre aquel espantoso rompecabezas, pero sí me di cuenta de que entraba en conflicto con el materialismo más sano. ¿Qué había traído la locura o el impulso de huir y correr alocadamente a tantos de los que habían visitado el montículo? Aunque me sentía muy impresionado, todo aquello me estimulaba en lugar de desanimarme. Tenía que llegar al fondo del asunto, y podría hacerlo si conservaba la cabeza fría y una determinación inquebrantable. Compton se dio cuenta de lo que pensaba y meneó la cabeza preocupado. Luego me hizo señas para que le acompañara al exterior.

Dejamos la casa de madera y andamos unos cuantos pasos por una calle o callejuela bajo la luna menguante de agosto, y pronto llegamos a los arrabales del pueblo. La luna decreciente aún estaba baja en el cielo, de manera que podían verse bastantes estrellas; observé por poniente los destellos de Vega y Altair, y también el místico resplandor de la Vía Láctea cerca del horizonte. Mis ojos se dirigieron hacia el lugar que señalaba Compton en medio de una vasta inmensidad de tierra y cielo. Y entonces, de repente, distinguí un fulgor que no correspondía a ninguna estrella, un fulgor azulado que, en cierta manera, parecía más terrible y maligno que cualquier otra cosa sobre la bóveda celeste. Al rato se hizo evidente que aquel fulgor procedía de la cima

de una lejana elevación que se erguía sobre la inmensa y nebulosa llanura. Me giré hacia Compton y le hice una pregunta.

—Sí —respondió—, se trata de la fantasmagórica luz azul... y está sobre el montículo. No ha habido ni una sola noche en que no la veamos y nadie en Binger se atrevería a caminar por la llanura en su busca. Se trata de un mal asunto, joven, y si es lo suficientemente listo se olvidará de él. Será mejor que lo deje correr, muchacho, y que dedique su atención a otras leyendas indias. Tenemos cientos en los alrededores para mantenerle ocupado, ¡bien lo sabe el cielo!

II

Pero yo no me sentía inclinado a tener en cuenta sus consejos y, aunque Compton me alojó en una cómoda habitación, apenas pude dormir a causa del nerviosismo ante la llegada del amanecer y la posibilidad de contemplar el fantasma que paseaba de día y preguntar a los indios de la reserva. Quería investigar el fenómeno de una manera pausada y concienzuda, y reunir toda la información posible —ya fuera de los blancos o de los pieles rojas— antes de emprender las pertinentes investigaciones arqueológicas. Me levanté y me vestí mientras estaba amaneciendo y, al oír ruidos de otras personas, bajé las escaleras. Compton estaba encendiendo el fuego de la cocina mientras su madre se afanaba en la despensa. Me saludó al verme y enseguida me invitó a salir a la resplandeciente y fresca luz del sol. Sabía hacia dónde nos dirigíamos y mientras caminábamos por la callejuelaforcé la vista en dirección a las llanuras occidentales.

Allí estaba el montículo, y su aspecto extraño y de una regularidad un tanto artificial resaltaba en la distancia. Su altura oscilaba entre los nueve y doce metros y se extendía unos cien metros de norte a sur. No medía tanto de este a oeste, me dijo Compton, y su contorno se asemejaba al de una estrecha elipse. Me hizo saber que había ido y regresado en varias ocasiones sin recibir daño alguno. Mientras observaba su silueta recortándose sobre el horizonte occidental, de un profundo azul, intenté recorrer con los ojos sus contornos ligeramente irregulares y me impresionó descubrir algo que parecía

moverse por la cima. Mi pulso se aceleró y cogí con nerviosismo los potentes binoculares que Compton me tendía en silencio. Después de enfocarlos muy excitado, solo pude ver al principio una maraña de arbustos que crecían en los bordes de la lejana elevación; pero enseguida descubrí una forma que andaba con paso majestuoso por el terreno.

Sin duda se trataba de una figura humana y supe que estaba contemplando el «fantasma indio» que se presentaba durante el día. No me sorprendió su aspecto, ya que, con toda seguridad, aquella presencia alta, delgada, de negras vestimentas, cabellos oscuros y rostro aquilino, cobrizo e inexpresivo era lo más parecido a un indio que había visto en toda mi vida. Y sin embargo, mi bien entrenado cerebro de etnólogo me advertía que aquel piel roja no se parecía en nada a sus congéneres, sino que era una criatura perteneciente a una raza y cultura totalmente distintas. Los indios actuales son braquicéfalos —de cabeza redondeada— y ya no se ve ningún cráneo dolicocefalo o alargado, a no ser en las viejas tumbas de la tribu Pueblo con más de 2.500 años de antigüedad; sin embargo, la cabeza de aquel indio era tan sumamente alargada que enseguida me percaté de ello, a pesar de encontrarme a una distancia tan extrema y a las posibles deformaciones de imagen de los binoculares. También vi que el diseño de su túnica pertenecía a una cultura muchísimo más remota que cualquiera de las conocidas en el suroeste norteamericano. Portaba unas hebillas de metal brillante y una especie de espada corta o arma similar que le colgaba de uno de los costados, todo ello confeccionado de una manera totalmente extraña a cualquier cosa de la que hubiera oído hablar antes.

Mientras caminaba de un lado a otro por la cima del altozano le estuve observando durante varios minutos a través de los binoculares y me fijé en la cualidad cinética de sus andares y en lo erguida que llevaba la cabeza, y entonces creció en mí una persistente y firme convicción: que aquel hombre, fuera quien fuese, no era *ningún salvaje*. Se trataba del producto de algún tipo de civilización —estaba seguro—, aunque no sabría decir cuál. Pronto desapareció por el extremo opuesto del montículo, como si estuviera descendiendo la ladera que quedaba fuera de mi campo de visión, así que bajé los binoculares con una curiosa mezcla de sentimientos encontrados. Compton me observaba con interés y yo asentí un tanto evasivo.

—¿Qué le parece? —me preguntó—. Es lo que vemos en Binger todos los días de nuestra vida.

Al mediodía me encontraba en la reserva india hablando con el viejo Águila Gris que, milagrosamente, aún seguía vivo, aunque debía andar cerca de los ciento cincuenta años de edad. Era un sujeto asombroso y admirable; aquel líder adusto y valiente había hablado con forajidos y comerciantes embutidos en abrigo de pieles, con oficiales franceses en bombachos y tricornos, y yo me sentía encantado al descubrir que, gracias a la deferencia que le mostraba, daba la sensación de que yo le gustaba. Sin embargo, su cordialidad se enfrió bastante en cuanto le dije lo que quería, ya que lo único que hizo fue advertirme de que no emprendiera la búsqueda que me había llevado allí.

—Tú buena gente. Tú no acercarte a esa colina. Mala medicina. Muchos demonios debajo... coger si cavas. No cavar, no causar daño. No volver si cavar. Todo el tiempo el hombre caminar por el día, la *squaw* sin cabeza caminar de noche. Todo el tiempo desde que el hombre blanco con ropas de metal llegar por poniente y más abajo del gran río... mucho tiempo atrás... tres, cuatro vidas antes que Águila Gris... dos vidas antes que los franceses y todos los demás. Antes de eso nadie ir a las pequeñas colinas ni a los valles profundos con cuevas de piedra. Más atrás aún, aquellos primordiales no ocultar, ellos salir y levantar ciudades. Traer mucho oro. Yo suyo. Tú suyo. Entonces llegar grandes aguas. Todo cambiar. Nadie salir, nadie entrar. Si entrar, no salir. Ellos no morir, ellos no hacer viejos como Águila Gris con desfiladeros en rostro y nieve en pelo. Ellos como aire... medio hombres, medio espíritus. Mala medicina. A veces en la noche el espíritu salir medio hombre, medio caballo con cuerno y luchar donde antes luchar los humanos. No ir a ese lugar. No bueno. Tú buena gente... marchar lejos y dejar a los primordiales en paz.

Esto fue todo lo que pude sonsacar al viejo cabecilla y el resto de los indios jamás dirían nada. Yo me sentía bastante afligido pero Águila Gris lo estaba aún más, ya que se le notaba muy inquieto ante mis planes de explorar la región que tanto terror le causaba. Cuando me disponía a dejar la reserva, se detuvo delante de mí para despedirse ceremoniosamente y de nuevo intentó sacarme la promesa de cancelar mi investigación. Al darse cuenta de

que era una tarea imposible extrajo un objeto de un saquito de piel que llevaba colgado y me lo tendió con gran solemnidad. Se trataba de un disco de metal corroído, aunque admirablemente tallado, de unos cinco centímetros de diámetro, repleto de extraños adornos y sujeto a una cinta de cuero que lo atravesaba.

—Tú no prometer. Águila Gris no poder decir qué pasarte. Pero si algo ayudar, esto ser buena medicina. Venir de mi padre, y él tomar del suyo, y este también, y así largo tiempo atrás, desde Tiráwa, de padre a hijo. Mi padre decir «Tú guardar de los primordiales, alejar de las chatas colinas y de los valles con cavernas de piedra. Pero si los antiguos salir en tu busca, entonces tú enseñar esta medicina. Ellos saber. Ellos fabricar mucho tiempo atrás. Ellos mirar y entonces no poder hacer mala medicina, quizás. Más no poder decir. Tú seguir igual. Ellos no buenos. No contar qué hacer ellos».

Águila Gris colgó el objeto de mi cuello mientras decía estas palabras y enseguida me percaté de lo extraño que era. Cuanto más lo miraba más me sorprendía, ya que no solo se trataba de un objeto pesado, oscuro, lustroso, compuesto de una sustancia metálica de lo más extraña, sino que el mismo diseño mostraba una composición artística delicadísima y una increíble destreza en su realización. Por lo que pude distinguir, una de las caras estaba grabada con el exquisito diseño de una serpiente, mientras que en la otra había una especie de pulpo o monstruo tentacular de parecidas características. También se podían ver algunos jeroglíficos medio borrados que ningún arqueólogo sería capaz de identificar o descifrar. Con el permiso de Águila Gris, hice que después lo examinaran minuciosamente varios historiadores, antropólogos, geólogos y químicos experimentados, aunque lo único que obtuve de ellos fue grandes muestras de desconcierto. El disco desafiaba cualquier intento de análisis o clasificación. Los químicos dijeron que se trataba de una mezcla de sustancias metálicas desconocidas de enorme peso molecular, y uno de los geólogos apuntó que podría tratarse de un elemento de origen meteórico que había descendido desde los ignorados abismos del espacio interestelar. No me atrevo a afirmar que aquel objeto salvara realmente mi vida o consiguiera hacerme conservar la cordura de mi existencia como una entidad humana, aunque Águila Gris está convencido de que fue así. Ahora vuelve a hallarse en su poder y a menudo me pregunto si

eso tendrá algo que ver con su increíble longevidad. Todos sus parientes pasaron con holgura del centenar de años y solo fueron capaces de morir en batalla. ¿Sería posible que si Águila Gris no padeciera ningún accidente consiguiera *vivir por siempre*? Pero me estoy alejando de mi historia.

Cuando regresé al pueblo intenté obtener más información acerca del montículo, pero lo único que logré fue rechazo y murmuraciones. Resultaba muy agradable que todo el mundo se preocupara por mi seguridad, pero también me sentía obligado a dejar de lado todas sus extrañas recomendaciones. Les enseñé el amuleto que me había dado Águila Gris, aunque nadie había oído hablar de un objeto semejante ni visto nada remotamente parecido. Estuvieron de acuerdo en que no se trataba de una reliquia india e insinuaron que un lejano antepasado del jefe indio debía habérselo comprado a algún mercader.

Cuando los entristecidos ciudadanos de Binger se dieron cuenta de que no podrían disuadirme de mis propósitos, intentaron ayudarme en lo posible a preparar mi expedición. Como antes de llegar ya sabía en qué iba a consistir mi investigación, disponía de casi todo lo necesario: un machete grande con el que cortar la maleza y escarbar, linternas eléctricas por si me adentraba en algún pasaje subterráneo, cuerda, prismáticos, cinta métrica, microscopio y otros accesorios para emergencias, todo ello convenientemente empaquetado en una mochila. Además llevaba conmigo el pesado revólver que el sheriff me había obligado a aceptar y el pico y la pala que agilizarían mi trabajo.

Resolví llevar estos útiles colgados de una recia cuerda a mi espalda, ya que enseguida me di cuenta de que no contaría con la ayuda de acompañantes ni exploradores. Sin duda los aldeanos me estarían observando a través de todos los prismáticos y telescopios disponibles, pero ninguno avanzaría ni una yarda sobre la chata llanura en dirección al montículo. Tenía previsto comenzar mi expedición al amanecer del día siguiente y durante el resto de aquella jornada gocé del respeto y el miedo reverencial que la gente profesa a los hombres cuyo destino parece maldito.

Al día siguiente amaneció cubierto, aunque no demasiado amenazador, y todos los aldeanos se reunieron para verme avanzar por la polvorienta llanura. A través de los prismáticos se advertía la solitaria figura caminando lentamente de un lado a otro del montículo, y decidí no perderla de vista todo

el tiempo que me fuera posible mientras me acercaba al altozano. Por fin se apoderó de mí una vaga sensación de miedo y el malestar y la duda hicieron que sacara el amuleto de Águila Gris y me lo pusiera sobre el pecho, a la vista de cualquier presencia o fantasma que pudiera sorprenderme en el camino. Tras despedirme con un hasta luego de Compton y su madre, empecé a andar con paso vivo, a pesar de la mochila que portaba en la mano izquierda y del pico y la pala que tintineaban a mi espalda; con los prismáticos en la mano derecha vigilaba de tanto en tanto al caminante que vagabundeaba por el montículo. Según fui acercándome al altozano observé con mayor detalle a la figura y creí descubrir una expresión de infinita maldad y decadencia en sus facciones curtidas y carentes de pelo. También me sobresaltó contemplar que su carcaj dorado y reluciente estaba cubierto de unos jeroglíficos muy parecidos a los inscritos en el extraño talismán que yo portaba. La vestimenta y accesorios que portaba aquella criatura evidenciaban una destreza y artesanía exquisitas. Entonces, repentinamente, vi que se dirigía hacia la otra parte de la ladera y desaparecía de mi vista. Cuando llegué al mismo lugar, unos diez minutos después, ya no había nadie.

No hay necesidad de relatar de qué manera pasé la primera parte de mi expedición escrutando y recorriendo el montículo, tomando medidas y contemplando el altozano desde diferentes ángulos. Me había impresionado mucho mientras me acercaba y parecía albergar una especie de amenaza contenida entre sus contornos demasiado regulares. Se trataba de la única elevación que destacaba en medio de aquella llanura inmensa y chata, y en ningún momento dudé de que se trataba de un túmulo artificial. Las abruptas laderas parecían intactas, sin señales de haber sido retocadas por el hombre. No había ningún rastro de sendas o caminos que condujeran a la parte superior y, debido al peso que portaba, tuve considerables dificultades para subir a gatas hasta arriba. Cuando llegué a la cima descubrí que se trataba de una meseta elíptica de unos 90 por 15 metros, cubierta de una manera bastante uniforme por hierba y densos matorrales que hacían bastante extraña la presencia de un centinela vagabundo. Estas condiciones me asombraron profundamente, ya que demostraban sin lugar a dudas que el «Viejo Indio» no era más que una alucinación colectiva.

Miré a mi alrededor con considerable sorpresa y alarma, y luego dirigí la

vista tristemente hacia el pueblo y la masa de puntitos negros que yo sabía eran los expectantes aldeanos. Apunté con mis prismáticos en su dirección y descubrí que me estaban observando con ansiedad a través de los suyos propios, de manera que, para tranquilizarlos, me quité la gorra y la agité en el aire con un alborozo que estaba lejos de sentir. Acto seguido me puse manos a la obra y dejé en el suelo la mochila, el pico y la pala, tomé el machete y empecé a cortar la maleza de los alrededores. Se trataba de un trabajo duro y aburrido y de tanto en tanto notaba un escalofrío en la espalda al ser sacudido por una perversa ráfaga de viento que parecía querer entorpecer mi tarea con una maliciosa determinación. En algunas ocasiones daba la sensación de que una fuerza casi tangible me empujara hacia atrás mientras trabajaba, como si el aire se volviera más denso frente a mí, o como si unas manos invisibles me asieran por las muñecas. Era como si todas mis energías no fueran capaces de producir resultados lo suficientemente positivos; a pesar de todo, conseguí hacer algún progreso.

Al atardecer me di cuenta de que en el extremo norte del montículo existía una depresión en forma de cazoleta que asomaba entre las raíces de los matorrales. Aunque eso no significaba nada especial sí se trataba de un buen sitio para empezar a excavar cuando llegara el momento, de forma que tomé nota de ello. Al mismo tiempo me di cuenta de otra cosa muy extraña: el talismán indio que colgaba de mi cuello parecía comportarse de una manera sumamente extraña en una determinada zona que se hallaba a unos cinco metros al sureste de la depresión con forma de cazoleta. Siempre que me acercaba al lugar empezaba a girar de una manera extraña y tiraba hacia abajo como si se viera afectado por algún tipo de fuerza magnética que se ocultara en el terreno. Cuanto más notaba el fenómeno más me sorprendía, hasta que al final decidí emprender una pequeña excavación preliminar sin mayor dilación.

Mientras aclaraba la zona con el machete no dejaba de asombrarme ante la relativa delgadez de la capa de tierra rojiza característica de la región. La comarca en conjunto estaba compuesta por un espeso manto de tierra rojiza, pero en este lugar me topé con una insólita arcilla negruzca que afloraba a pocos centímetros de la superficie. Se trataba de ese tipo de suelo que uno suele encontrar en los extraños, profundos valles que se hallan más al sur y al

oeste, y seguramente se había traído desde una considerable distancia en las edades prehistóricas cuando se creó el montículo. Allí agachado, mientras cavaba, sentí cómo la cinta de cuero que pendía alrededor de mi cuello tiraba cada vez con mayor fuerza, como si algo en la superficie atrajera el pesado metal con el que estaba confeccionado el amuleto. Entonces noté que mis herramientas golpeaban sobre algo duro y me pregunté si había topado con una capa de rocas. Limpié el terreno con el machete y descubrí que no se trataba de eso. Lo que en realidad hallé, totalmente sorprendido y excitado, fue un pesado objeto de forma cilíndrica que medía unos 30 centímetros de largo por 10 de diámetro y al que mi talismán se aferraba como si estuviera fuertemente pegado. Mientras limpiaba la arcilla negra que lo recubría, mi asombro y nerviosismo fue creciendo ante la visión de los bajorrelieves que aparecieron en el proceso. Todo el cilindro, de arriba abajo, incluidos los extremos, estaba cubierto de figuras y jeroglíficos, y, cada vez más excitado, descubrí que aquellas formas estaban talladas en el mismo estilo desconocido que los signos del talismán de Águila Gris y los herrajes de metal dorado del fantasma que había visto a través de mis prismáticos.

Me senté y limpié cuidadosamente el cilindro magnético frotándolo sobre mis recios pantalones de pana, y descubrí que estaba hecho del mismo metal pesado, brillante y desconocido que el talismán; sin duda aquello explicaba la singular atracción. Las figuras y grabados resultaban tremendamente extraños y horribles: monstruos innombrables y diseños que rezuman malicia, y todo estaba tallado con una artesanía y acabados espléndidos. Al principio no supe ver cuál era la parte de arriba y cuál la de abajo y lo sujeté de cualquier manera, pero pronto descubrí una división cerca de uno de los extremos. Me puse a investigar el modo de abrirlo y al final me di cuenta de que se trataba de un sencillo sistema de rosca.

Abrí la tapa con cierta dificultad, pero, cuando lo conseguí, del interior del cilindro se desprendió una curiosa fragancia aromática. Su contenido consistía en un simple y voluminoso rollo amarillento confeccionado en un material parecido al papel y repleto de una escritura en caracteres verdosos, y por un segundo tuve la suprema y estremecedora sensación de haber topado con la llave escrita que me abriría las puertas a unos mundos desconocidos y prehistóricos y a abismos que bostezaban más allá del tiempo. Pero

enseguida, nada más desenrollar uno de sus extremos, descubrí que el pergamino estaba escrito en español, aunque se trataba del formal y pomposo español de varios siglos atrás. Bajo la luz dorada del crepúsculo leí el encabezamiento del inicio, intentando descifrar el maltrecho estilo del escritor desaparecido. ¿Qué clase de reliquia era aquella? ¿Con qué tipo de descubrimiento me había topado? Las primeras palabras renovaron mi excitación y curiosidad, ya que, en lugar de apartarme de mis investigaciones originales, confirmaban todos mis esfuerzos en esa dirección.

El amarillento pergamino, repleto de letras verdosas, comenzaba con una presentación atrevida y una introducción ceremoniosa y desesperada rogando que se creyesen las increíbles revelaciones que seguían a continuación:

RELACIÓN DE PÁNFILO DE ZAMACONA Y NÚÑEZ,
HIDALGO DE LUARCA EN ASTURIAS, TOCANTE AL MUNDO
SOTERRÁNEO DE XINAIÁN, A. D. MDXLV

En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la santísima Virgen nuestra señora, YO, PÁNFILO DE ZAMACONA, HIJO DE PEDRO GUZMÁN Y ZAMACONA, HIDALGO, Y DE LA DOÑA YNÉS ALVARADO Y NÚÑEZ DE LUARCA EN ASTURIAS, juro para que todo que dejo está verdadero como sacramento^[8]...

Hice una pausa para reflexionar sobre el significado portentoso de lo que estaba leyendo. «La Narrativa de Pánfilo de Zamacona y Núñez, caballero de Luarca, en Asturias, *En Relación al Mundo Subterráneo de Xinaián, A. d. 1545*». Todo aquello resultaba demasiado complicado de entender a simple vista para cualquier mente normal. Un mundo subterráneo... De nuevo aquella persistente fantasía que impregnaba los relatos y leyendas indias y los testimonios de los pocos que habían regresado del montículo. Y la fecha: 1545. ¿Qué significado tenía todo aquello? En 1540, Coronado y sus hombres habían partido del norte de México en pos de las tierras inexploradas, pero ¿acaso no habían regresado en 1542? Mis ojos recorrieron con nerviosismo el

trozo de manuscrito abierto y al menos en una ocasión descubrí el nombre de *Francisco Vázquez de Coronado*. El autor del pergamino sin duda era uno de los hombres de Coronado, pero ¿qué estaba haciendo en esta remota región tres años después de que la empresa hubiese finalizado? Debía seguir leyendo, pues un vistazo más detenido de la parte abierta del rollo me mostró que lo que allí había escrito era un simple resumen de la marcha de Coronado hacia el norte, que no se diferenciaba demasiado de lo que contaban los libros de historia.

Solo la tenue y cada vez más escasa luz hizo que no desenrollara el manuscrito y continuara leyendo, pues a causa de mi impaciencia y excitación me había olvidado por completo del terror a verme atrapado en aquel lugar siniestro en medio de la noche. Otros, sin embargo, no se habían olvidado, ya que oí unos gritos distantes procedentes de un grupo de hombres que habían salido a las afueras del pueblo. Tras responder a sus nerviosos aspavientos, volví a introducir el manuscrito en el extraño cilindro, que aún seguía atrayendo al talismán colgado alrededor de mi cuello hasta que lo aparté y lo metí en la mochila junto con las pequeñas herramientas de las que me había servido. Dejé el pico y la pala para usarlos al día siguiente, así la mochila, me deslicé cuesta abajo por la escarpada ladera y en un cuarto de hora estaba de regreso en el pueblo, donde expliqué y descubrí a los aldeanos mi insólito hallazgo. Mientras la oscuridad se espesaba volví la vista atrás, hacia el altozano que acababa de abandonar, y comprobé atemorizado que el débil resplandor azulado de la antorcha que portaba el fantasma de la india había empezado a brillar en la noche.

Resultó tremendamente difícil no ponerme a leer de inmediato la narración escrita por aquel español hace tiempo desaparecido, pero sabía que tendría que ser muy paciente y cuidadoso para conseguir una buena traducción del pergamino, de manera que me reservé aquella tarea para más tarde. Prometí a los ciudadanos que a la mañana siguiente les informaría con todo lujo de detalles y, después de permitir que le echaran un buen vistazo al insólito y grotesco cilindro, acompañé a Clyde Compton a casa y subí a mi habitación para iniciar el proceso de traducción tan pronto como me fuera posible. Tanto mi anfitrión como su madre estaban muy interesados en conocer la historia, pero decidí que sería mejor que ambos esperaran hasta

que yo consiguiera absorber el texto y todos sus entresijos; después podría hacerles un conciso y detallado resumen.

Abrí la mochila a la luz de una simple bombilla eléctrica, tomé de nuevo el cilindro y al instante noté la atracción que ejercía su superficie cubierta de grabados sobre el talismán indio. Los relieves brillaron con malicia en el metal lustroso y desconocido y no pude evitar un escalofrío mientras examinaba las figuras inauditas y blasfemas que me observaban de soslayo desde aquel objeto exquisitamente trabajado. Ahora pienso que hubiera sido una buena idea haber tomado fotografías de todas aquellas imágenes, aunque quizás tampoco fue tan malo que no lo hiciera. Hay algo de lo que me siento muy satisfecho: no pude identificar entonces al ser acucillado con la cabeza plagada de tentáculos pulposos que aparecía en la mayor parte de los ornados pergaminos, y al cual el manuscrito identificaba con el nombre de «Tulu». En la actualidad he asociado aquella figura, y las leyendas que aparecen en el pergamino sobre la criatura, con ciertos mitos modernos acerca de un ser monstruoso e innominable llamado Cthulhu, un horror llegado de las estrellas cuando la Tierra apenas tenía forma concreta; si entonces hubiera sabido todo esto, jamás habría permanecido en la misma habitación con aquella cosa. En cuanto a la figura secundaria, una serpiente con rasgos semihumanos, decidí que se trataba de una imagen prototípica de Yig, Quetzalcóatl y Kukulcan. Antes de abrir el cilindro probé sus poderes magnéticos sobre otros metales distintos al del disco de Águila Gris y descubrí que en ellos no ejercía ninguna clase de atracción. De manera que aquel mórbido cilindro repleto de palabras desconocidas no estaba sujeto a las leyes del magnetismo tradicional y solo atraía a objetos de su misma condición.

Por fin saqué el manuscrito y me puse a traducirlo, tomando breves anotaciones resumidas en inglés y echando a menudo en falta la posesión de un buen diccionario de español cuando me atascaba en algún párrafo especialmente complicado o en alguna palabra o construcción demasiado arcaica. Me embargaba una sensación inefable de desconcierto ante los hechos acaecidos cuatro siglos atrás que por fin conseguía desvelar después de mi infatigable búsqueda, y que me transportaban a unos tiempos en los que mis propios antepasados empezaban a colonizar el territorio, caballeros y plebeyos llegados de Somerset y Devon en tiempos de Enrique VIII, sin saber

que su destino les llevaría a Virginia y el Nuevo Mundo, a pesar de que aquellas tierras inexploradas guardaban, como ahora, los mismos misterios sobre el montículo que ahora conformaban mi presente y horizonte futuro. La sensación de estar viajando al pasado resultaba tan poderosa porque percibía una especie de afinidad personal con el conquistador español y porque a ambos nos separaba un abismo sin tiempo, un distanciamiento impío y extraño de tal magnitud que los escasos cuatro siglos que mediaban entre ambos apenas tenían importancia. No necesité más que una simple mirada a aquel monstruoso e impío cilindro para darme cuenta de los abismos vertiginosos que se abrían entre los habitantes del planeta y los misterios primigenios que aquel objeto ocultaba. Pánfilo de Zamacona y yo mismo permanecíamos, el uno junto al otro, al borde de aquel abismo, y exactamente de esa misma manera habría permanecido si a mi lado hubieran estado Aristóteles o Keops.

III

Zamacona apenas dice nada de su juventud en Luarca, una diminuta y plácida villa marinera situada en la Bahía de Vizcaya^[9]. Se trataba de un joven de espíritu aventurero que llegó a Nueva España en 1532, con solo veinte años. Imaginativo y sensible, pronto oyó los fascinantes rumores acerca de ciudades repletas de riquezas y mundos desconocidos que aguardaban más hacia el norte, especialmente la historia de fray Marcos de Niza, que había regresado en 1539 de un viaje de exploración con relatos cautivadores acerca de la fabulosa Cíbola y sus enormes ciudades de casas de piedra en terrazas. Al enterarse de los planes de Coronado para formar una expedición en busca de aquellos portentos, y de las espléndidas maravillas que se rumoreaba había aún más allá, en las tierras de los búfalos, el joven Zamacona se las ingenió para unirse al grupo de 300 hombres y todos ellos partieron hacia el norte en 1540.

La Historia conoce bien el devenir de aquella expedición: Cíbola resultó ser una miserable aldea de Zuñi y a fray de Niza se le obligó regresar a México en castigo por sus floridas exageraciones; Coronado descubrió el

Gran Cañón y en Cicuyé, a orillas del Pecos, un indio llamado El Turco le habló de la misteriosa y rica tierra de Quivira, muy lejos hacia el noreste, donde abundaban el oro, la plata y los búfalos, y fluía un río que medía dos leguas de ancho. Zamacona habla poco del asentamiento invernal en Tiguex, a orillas del Pecos, y de la reanudación de la marcha en abril, cuando se demostró que el guía nativo les había engañado, conduciéndoles a unas tierras donde abundaban los perritos de las praderas, las lagunas de agua salada y errantes tribus de indios cazadoras de búfalos.

Cuando Coronado dividió sus fuerzas y emprendió la marcha final de cuarenta y dos jornadas en compañía de un reducido y selecto destacamento, Zamacona se las arregló para pertenecer a dicho grupo. Hablaba sobre la fertilidad de aquel país, de los impresionantes desfiladeros y de los árboles que solo se veían desde el borde de los abruptos acantilados, y de cómo los hombres se alimentaban tan solo de carne de búfalo. Luego menciona los límites alcanzados por la expedición, la presunta, aunque decepcionante, Quivira, con sus aldeas de casas construidas a base de paja, sus quebradas y riachuelos, sus tierras negras y productivas, sus ciruelos, nogales, viñas y moreras, y sus indios que se sustentaban a base de maíz y trabajaban el cobre. Habla de pasada de la ejecución de El Turco, el mentiroso guía nativo, y también menciona la cruz que levantó Coronado sobre la orilla de un gran río en el otoño de 1541, una cruz en la que estaba grabada la siguiente inscripción: «Hasta aquí llegó el gran general Francisco Vázquez de Coronado».

La supuesta Quivira se hallaba cerca del paralelo cuarenta norte y he descubierto luego que bastante después el arqueólogo de Nueva York, el doctor Hodge, la ha situado a las orillas del río Arkansas, sobre los territorios de Barton y Rice, en Kansas. Se trata del viejo hogar de los wichitas, antes de que los sioux los obligaran a huir hacia el sur, a la región que hoy en día se conoce como Oklahoma, y se han descubierto y excavado algunas de las aldeas de casas de paja. Coronado exploró a conciencia los alrededores, estimulado por los constantes rumores acerca de ciudades llenas de riquezas y lugares ocultos que circulaban de boca en boca entre los indios. Aquellos nativos nortños parecían más remisos y temerosos a hablar de las ciudades y mundos legendarios que los indios mexicanos, sin embargo, al mismo

tiempo, daba la sensación de que podrían revelar muchas más cosas que aquellos. Sus reticencias y vaguedades exasperaban al conquistador español, y después de muchas expediciones inútiles comenzó a mostrarse más severo con los que le traían nuevos rumores. Zamacona, más paciente que Coronado, encontró aquellas historias especialmente interesantes, y aprendió lo suficiente de la lengua local para mantener largas conversaciones con un joven guerrero llamado Búfalo Acometedor, cuya curiosidad le había llevado a ciertos lugares extraños a los que sus compañeros de tribu jamás se habrían atrevido a ir.

Fue Búfalo Acometedor quien habló a Zamacona del asombroso umbral de piedra, de las puertas o cavernas que se abrían en el fondo de algunos de aquellos profundos, empinados y boscosos desfiladeros que el destacamento había descubierto durante la marcha hacia el norte. Aquellas entradas, dijo, solían estar completamente ocultas por matorrales y muy pocos las habían atravesado desde tiempo inmemorial. Los que se internaron dentro jamás regresaron o, en contadas ocasiones, volvieron completamente locos o mutilados. Pero no se trataba más que de simples leyendas, ya que no se sabía de nadie que se hubiera internado demasiado desde los tiempos de los abuelos del indio vivo más viejo. El propio Búfalo Acometedor seguramente había ido más lejos que cualquier otro, y había visto lo suficiente como para reprimir su curiosidad y su codicia por el oro que se rumoreaba había en lo más profundo.

Más allá de la entrada que él había atravesado discurría un largo pasadizo que subía, bajaba y ondulaba locamente, repleto de espantosos grabados que representaban monstruos y horrores jamás vistos por el ser humano. Por fin, después de descender kilómetros y kilómetros de vueltas y revueltas, vio un resplandor de espantosa luminosidad azul, y el pasadizo se abrió ante un espeluznante mundo inferior. El indio no pensaba hablar más sobre este asunto, ya que había contemplado algo que lo hizo huir precipitadamente. Pero añadió que las ciudades doradas tenían que hallarse en alguna parte de aquel mundo subterráneo y que quizás un hombre blanco, con la magia del palo tronador, podría llegar hasta allí. No pensaba decirle al gran jefe Coronado lo que sabía, ya que el conquistador había dejado de prestar atención a los rumores de los indios. Sí, podía mostrar el camino a

Zamacona, suponiendo que el hombre blanco abandonase el destacamento y aceptara su guía. Pero no penetraría con el hombre blanco en aquel mundo subterráneo. Había algo malo allí.

El lugar se encontraba a unos cinco días de marcha en dirección sur, cerca de la región de los grandes montículos. Aquellas colinas tenían algún tipo de relación con el diabólico mundo inferior; probablemente eran los antiguos pasadizos, ahora taponados, que conducían al submundo, ya que, tiempo atrás, los Antiguos habían tenido colonias en la superficie y comerciado con todo tipo de hombres, incluso con los que vivían en las tierras ahora sumergidas bajo las grandes aguas. Cuando aquellas tierras se inundaron, los Antiguos se encerraron en sus subterráneos y rehusaron comunicarse con la gente del exterior. Los supervivientes de las regiones sumergidas les dijeron que los dioses del espacio exterior estaban en contra de los hombres y que ninguno sobreviviría a no ser que se tratase de demonios aliados con los dioses malignos. Por esto se aislaron de la gente del exterior, y a los que se atrevían a aventurarse en su reino les hacían cosas terribles. Pusieron centinelas en las distintas entradas, pero después de siglos y siglos ya no resultaron necesarios. A muy pocas personas les importaban los ocultos Antiguos y las leyendas sobre ellos habrían desaparecido casi con toda seguridad de no ser por ciertos recuerdos fantasmales que aún quedaban sobre su presencia. Se creía que la infinita antigüedad de aquellas criaturas les había conducido a un estado muy parecido al de simples seres espirituales, de manera que sus efluvios fantasmales resultaban más frecuentes y vividos. Por consiguiente, la región de los grandes montículos a menudo se hallaba convulsa por el fragor de espectrales batallas nocturnas, reflejo de aquellas que habían acontecido en los tiempos anteriores al cierre de las entradas subterráneas.

Los propios Antiguos eran presencias medio fantasmales; incluso se rumoreaba que ya no se hacían viejos y que no podían reproducirse, tan solo fluctuar eternamente entre la carne y el espíritu. Sin embargo, el cambio no era del todo completo, pues aún necesitaban respirar. El aire tenía que llegar al mundo subterráneo, y por eso las entradas que se abrían en los profundos desfiladeros se encontraban desbloqueadas, cosa que no sucedía con las que había en los montículos situados sobre las llanuras. Esas entradas, según

Búfalo Acometedor, seguramente consistían en fisuras naturales que se abrían en los propios acantilados. Se rumoreaba que los Antiguos habían descendido de las estrellas cuando el mundo era muy joven, y que se habían establecido en el interior de la tierra para construir ciudades de oro macizo, ya que en aquellos lejanos tiempos resultaba imposible vivir sobre la superficie. Eran los antepasados de los hombres, aunque nadie sabía de qué estrella, o de qué lugar más allá de las estrellas, procedían. Sus ciudades secretas aún seguían cubiertas de oro y plata, pero era mejor que los hombres se mantuvieran alejados de ellas, a no ser que los salvaguardara una magia poderosa.

Poseían unas bestias espantosas con pequeñas dosis de sangre humana sobre las que iban montados y a las que también se usaba para otras empresas. Al decir de los indios, aquellas cosas eran carnívoras y, al igual que sus dueños, preferían la carne humana; de manera que, a pesar de que los propios Antiguos no se reproducían, si tenían una serie de esclavos medio humanos que también servían para sustentar a la población humana y animal. Estos habían sido reclutados de una manera muy extraña y estaban complementados por un segundo tipo de esclavos formado a base de cuerpos reanimados. Los Antiguos sabían cómo conseguir que un cuerpo se transformara en una especie de autómatas que duraría indefinidamente y emprendería cualquier tarea que se le ordenara directamente a través de los pensamientos. Búfalo Acometedor afirmaba que todos se comunicaban por medio de la mente, ya que, después de eones de estudio y descubrimientos, el lenguaje hablado se consideraba burdo e innecesario, excepto en los actos religiosos y en las demostraciones de afecto. Adoraban a Yig, el gran padre de las serpientes, y a Tulu, la entidad de cabeza tentacular que les había traído desde las estrellas, y aplacaban la ira de aquellas dos espantosas monstruosidades ofreciéndoles una serie de sacrificios humanos en un curioso rito que Búfalo Acometedor no quiso describir.

Zamacona se quedó fascinado por la historia del indio y decidió aceptarle como guía en su viaje a la críptica abertura del desfiladero. No se creía los relatos acerca de los extraños poderes que se atribuían al legendario pueblo escondido, ya que los descubrimientos llevados a cabo por el grupo habían resultado tan descorazonadores que ahora ponía en duda los mitos nativos

sobre tierras desconocidas, pero presentía que algo de verdad se ocultaba en aquellas regiones maravillosas, repletas de riquezas y aventuras, que se abrían más allá de los extraños pasadizos subterráneos llenos de grabados. Al principio pensó en convencer a Búfalo Acometedor para que le contara su historia a Coronado, asegurándole que evitaría cualquier reacción negativa por parte del escéptico líder, pero más tarde decidió que sería mejor emprender la aventura en solitario. Si nadie le acompañaba no tendría que compartir sus posibles hallazgos, y además podría tratarse de un descubrimiento fabuloso y llegar a poseer una riqueza extraordinaria. El éxito en la empresa lo convertiría en un conquistador aún más grande que el mismísimo Coronado, incluso quizás en el hombre más poderoso de Nueva España, por encima del excelentísimo virrey Don Antonio de Mendoza.

El 7 de octubre de 1541, cerca de la medianoche, Zamacona salió del campamento español y se encontró con Búfalo Acometedor en los alrededores de una de las casas de paja del poblado, dispuesto a emprender el largo viaje hacia el sur. Llevaba lo mínimo indispensable y prescindió del casco y la armadura. El manuscrito apenas dice nada de los detalles de la marcha, pero Zamacona anota que su llegada al gran desfiladero tuvo lugar el 13 de octubre. El descenso por la ladera cubierta de espesos bosques duró poco, y aunque el indio tuvo ciertos problemas para localizar la abertura de piedra oculta entre los matorrales bajo la luz crepuscular de aquella profunda hendidura, finalmente dio con ella. Se trataba de una abertura muy pequeña, con dintel y jambas de piedra arenisca y unos grabados medio borrados que resultaban indescifrables. Medía algo más de dos metros de altura y casi uno y medio de ancho. En las jambas destacaban unas perforaciones que hacían presentir la antigua existencia de una puerta o trampilla, aunque cualquier otro resto de la misma había desaparecido tiempo atrás.

Nada más ver aquel abismo de negrura, Búfalo Acometedor exhibió un miedo considerable y dejó caer al suelo su mochila repleta de provisiones con muestras de nerviosismo. Había abastecido a Zamacona de una gran cantidad de suministros y antorchas resinosas y le había guiado con lealtad y sin engaños, pero se negó a compartir lo que le esperaba en el mundo subterráneo. Zamacona le dio en pago las baratijas que había guardado para la ocasión y le hizo prometer que regresaría al desfiladero dentro de un mes,

señalándole después el camino que iba hacia el sur, a las aldeas del Pueblo Pecos. Eligieron una roca que descollaba sobre la llanura como lugar de encuentro. El que llegara primero acamparía allí hasta que el otro se presentara.

Zamacona expresa en el pergamino sus dudas sobre el tiempo que el indio esperaría en el desfiladero, ya que ni él mismo estaba muy seguro de cumplir ese trato. En el último momento, Búfalo Acometedor intentó disuadirle de que se adentrara en la oscuridad, pero pronto se dio cuenta de que todas sus tentativas resultarían vanas y lo despidió con un estoico saludo. Antes de encender su primera antorcha y adentrarse en el pasadizo cargado con su pesada mochila, el español contempló la enjuta figura del indio mientras ascendía con premura y alivio la boscosa ladera. Fue el último contacto con el mundo conocido; aunque aún no lo sabía, jamás volvería a ver a ningún ser humano, en el sentido literal del término.

Zamacona no percibió nada maligno al atravesar el ominoso umbral, aunque estaba rodeado de una atmósfera bizarra y malsana. El pasadizo, que era un poco más alto y ancho que la abertura y lucía una mampostería ciclópea, discurría al mismo nivel durante muchos metros y estaba empedrado de enormes y desgastadas losas, mientras que las paredes y el techo se hallaban recubiertas de bloques de granito y piedra arenisca colmados de grotescos grabados. Estos grabados, a juzgar por la descripción de Zamacona, debían de haber sido verdaderamente aterradores y espantosos, y la mayoría representaban las monstruosas figuras de Yig y Tulu. No se parecían a nada de lo que antes había visto el conquistador, aunque más tarde anotaba que la arquitectura nativa mexicana tenía más puntos en común con aquellas representaciones que cualquier otra cosa del mundo exterior. Después de cierta distancia el túnel comenzó a descender abruptamente y en las paredes sobresalían las rocas irregulares propias del terreno. El pasadizo ya no parecía completamente artificial y la decoración se limitaba a ocasionales marcos decorativos que mostraban espectaculares bajorrelieves.

Tras un descenso vertiginoso, cuya inclinación a veces hacía peligrar el equilibrio del conquistador, el pasadizo se tornó extremadamente incierto en su dirección y muy variable en cuanto a sus contornos. A veces se estrechaba hasta convertirse en una simple hendidura y se hacía tan bajo que resultaba

necesario agacharse e incluso avanzar a rastras, y en otras ocasiones se abría en enormes cavernas o cadenas de túneles. En esa zona del pasadizo había muy pocos rastros de artesanía humana, aunque a veces, en algunas paredes, aparecían esos siniestros marcos decorativos repletos de jeroglíficos, o surgía un pasillo lateral bloqueado, y Zamacona recordaba que en realidad se encontraba en el camino olvidado desde tiempos inmemoriales que conducía a un mundo increíble y primigenio de seres vivos.

Durante tres días, si no se equivocaba en el recuento, Pánfilo de Zamacona se arrastró hacia abajo, hacia arriba, de costado y alrededor, pero mayoritariamente descendiendo, a través de aquella tenebrosa región de noche primordial. De cuando en cuando escuchaba pasos o aleteos a su alrededor, como producidos por alguna criatura tenebrosa e invisible, y en una ocasión vislumbró una cosa enorme y blanquecina que le hizo estremecer. La calidad del aire resultaba bastante tolerable, aunque a veces discurría por lugares fétidos y se topó con una caverna repleta de estalactitas y estalagmitas cuya humedad era insoportable. Según Búfalo Acometedor, esta caverna le complicó bastante su progresión, ya que los depósitos de piedra caliza habían estado goteando durante miles de años, formando pilares y columnas que obstruían el camino de los primigenios habitantes del abismo. Sin embargo, el indio se las había arreglado para abrirse paso y Zamacona encontró la ruta despejada. Sentía cierto alivio inconsciente al descubrir que otra criatura del mundo exterior había estado allí antes, y las cuidadosas indicaciones del indio habían aplacado el elemento de sorpresa e incertidumbre.

Además, los conocimientos que Búfalo Acometedor tenía sobre el pasadizo ayudaron a que se aprovisionara de las suficientes antorchas como para enfrentar el viaje de ida y vuelta, de manera que no había peligro de quedarse a oscuras. Zamacona acampó en dos ocasiones y encendió fuegos que prendieron bien gracias a la ventilación natural.

Al final de lo que él consideró su tercera jornada —aunque la cronología de los eventos no debe considerarse siempre todo lo correcta que él aseguraba—, Zamacona llegó al prodigioso descenso y posterior vertiginoso ascenso que Búfalo Acometedor había descrito como la parte final del pasadizo. Casi desde el principio se podían discernir trazas de construcciones artificiales y

en varios lugares se habían tallado en la piedra unos toscos escalones para salvar los desniveles. El resplandor de la antorcha cada vez mostraba más grabados monstruosos en las paredes, y por fin la luz pareció mezclarse con otra fosforescencia más tenue y difusa mientras Zamacona subía y subía después de descender un último tramo de escalones. Al rato el pasadizo dejó de ascender y se abrió a un túnel horizontal construido con bloques de oscura piedra basáltica que seguía recto hacia el interior. Ya no necesitaba la luz de la antorcha, pues la atmósfera brillaba con una luminosidad azul y casi eléctrica que resplandecía como la aurora. Se trataba de la extraña luz del mundo subterráneo que le había descrito el indio. Acto seguido Zamacona salió del túnel y se encontró con una descolorida y rocosa ladera que ascendía sobre su cabeza, perdiéndose en un cielo hirviente e impenetrable de resplandores azulados, y que descendía vertiginosamente a sus pies hacia una llanura aparentemente ilimitada envuelta en brumas azules.

Por fin había llegado al mundo desconocido y en su manuscrito se puede entrever claramente que contempló aquel paisaje informe con el mismo orgullo y entusiasmo con el que su compatriota Balboa avistó el recién descubierto Océano Pacífico desde aquel inolvidable pico en Darien. Búfalo Acometedor se había dado la vuelta al llegar a este punto, espoleado por el miedo hacia algo que solo pudo describir vagamente y de forma elusiva, algo parecido a un rebaño maligno que no estaba formado de caballos o búfalos, sino de unas criaturas similares a los espíritus que rondaban los montículos al anochecer... Pero Zamacona no se dejaría amedrentar por semejantes fruslerías. En vez de miedo le embargaba una extraña sensación de triunfo, ya que disponía de la suficiente imaginación como para saber lo que significaba estar allí solo, en un mundo subterráneo inexplicable, cuya existencia no era sospechada por ningún otro hombre.

Las paredes de la enorme colina que se erguía a sus espaldas y descendía vertiginosamente delante de él eran de roca gris oscura, estaban desprovistas de vegetación y tenían un más que probable origen basáltico; sus formas le hacían sentir como un extraterrestre en un planeta alienígena. La vasta y lejana llanura que se extendía cientos de metros más abajo no mostraba ninguna característica distintiva, sobre todo porque se hallaba envuelta en una ondulante bruma azulada. Pero lo que más impresionó al conquistador, lo que

le comunicó una sensación de suprema maravilla y misterio —más aún que la colina, la llanura o los vapores—, fue el resplandeciente cielo de azulada luminosidad. Era incapaz de explicar qué generaba aquel firmamento, aunque sabía de las auroras boreales e incluso las había visto en un par de ocasiones. Decidió que aquella subterránea luz crepuscular era en ciertos aspectos comparable a la aurora, juicio con el que los exploradores modernos podrían estar de acuerdo hoy en día, aunque creo que hay ciertos fenómenos radiactivos que también podrían entrar en el debate.

El umbral del pasadizo por el que había venido Zamacona se abría tenebroso a su espalda, trabajado en piedra de manera muy similar al de la entrada que le comunicaba con el mundo exterior, excepto que en esta ocasión estaba tallado en piedra gris basáltica en lugar de la roja arenisca. Había unas esculturas espantosas que se conservaban muy bien y que quizás fueran el reflejo de las que en tiempos lejanos hubo en el portal exterior. La ausencia de inclemencias meteorológicas conseguía que el clima fuera allí seco y atemperado, y así lo anotó el español, que empezó a referirse a la deliciosa estabilidad de la temperatura y le hacía sentir como en una primavera eterna. Sobre las jambas de piedra había unas muescas que delataban la antigua presencia de goznes, aunque no quedaba en pie ningún resto de puerta o trampilla. Zamacona se sentó un rato para descansar y meditar, y alivió su mochila de cierto número de antorchas y la suficiente comida como para afrontar el viaje de regreso por el pasadizo. Lo ocultó todo en la entrada, debajo de un montón de piedras que había recolectado entre los fragmentos que reposaban a su alrededor. Acto seguido, y después de reajustar su menguado morral, inició el descenso hacia la lejana llanura, disponiéndose a invadir las regiones que ninguna criatura viviente había visitado en siglos, que ningún hombre blanco había penetrado jamás y de la cual, si las leyendas eran ciertas, ningún espécimen orgánico había regresado en su sano juicio.

Zamacona descendió con paso vigoroso por la pronunciada, interminable ladera, aunque a veces resbalaba por culpa de las piedras sueltas o la excesiva inclinación de la pendiente. La distancia que le separaba de la llanura envuelta en nieblas debía haber sido prodigiosa, ya que, tras andar kilómetros y kilómetros, daba la sensación de que no había avanzado nada. A su espalda

se erguía siempre la enorme colina, perdiéndose en un mar resplandeciente de azulada luminosidad. El silencio era total, de manera que sus pasos y ruido de las piedras sueltas al caer resonaban en sus oídos de forma atronadora. Fue al mediodía, o a lo que él pensaba que debía ser el mediodía, cuando vio por primera vez las huellas inauditas que le hicieron pensar en las terribles insinuaciones de Búfalo Acometedor, su precipitada huida y el extraño e indefinible miedo que se apoderó del indio.

La naturaleza rocosa del terreno no resultaba muy adecuada para que hubiese huellas de cualquier tipo, pero en cierto lugar se habían acumulado una considerable cantidad de desechos desprendidos de un risco, dejando al descubierto un área bastante grande de arcilla gris oscura. Allí, impresas desordenadamente, como si una multitud hubiera estado vagando sin rumbo de un lado a otro, Zamacona descubrió las extrañas pisadas. Es una lástima que no pudiera describirlas de manera más clara, pero en ese punto el manuscrito destila mucho más miedo que observación detallada. Lo que tanto asustó al conquistador español solo puede ser intuido por sus posteriores observaciones acerca de las bestias. Describe las huellas de esta manera: «no son pezuñas, no son manos ni pies, tampoco son exactamente garras... demasiado pequeñas como para causar miedo o alarma». Difícil saber cuánto tiempo llevaban allí esas marcas. No existía ningún tipo de vegetación a la vista, por lo tanto el pastoreo de ganado se hallaba fuera de toda lógica, aunque, si las bestias eran carnívoras, podrían haber estado cazando pequeñas criaturas, tapando con sus propias huellas los rastros de aquellas.

Después de mirar hacia atrás, a las alturas que se erguían encima suyo desde aquel pequeño altiplano, Zamacona creyó detectar las huellas de un larguísimo y ondulante camino que en tiempos remotos habría discurrido desde la entrada del pasadizo hasta la llanura inferior. Solo resultaba posible adivinar los contornos de aquel camino si se observaba desde una perspectiva amplia, ya que las rocas y peñascos caídos lo ocultaban en varios tramos; sin embargo, el conquistador no tenía duda de su existencia. Seguramente no se trataba de una vía pavimentada, ya que el túnel en el cual desembocaba apenas daba la sensación de ser la avenida principal hacia el mundo exterior. Al elegir una ruta de descenso lo más directa posible, Zamacona no había seguido su tortuoso itinerario, aunque debía haberlo cruzado en más de una

ocasión. Tras darse cuenta de su existencia, miró hacia delante para ver si podía descubrir su recorrido descendente en dirección a la llanura, hasta que al fin creyó distinguirlo. Decidió investigar su superficie cuando se volviera a cruzar con la senda y quizás seguirla el resto del trayecto, suponiendo que fuera capaz de encontrarla.

Tras reanudar la marcha, Zamacona se topó algo después con lo que creía era una rotonda del antiguo camino. Había ciertos indicios de escalerillas y síntomas de que la piedra había sido trabajada en tiempos muy lejanos, pero la senda no se encontraba en las condiciones adecuadas para que valiera la pena seguirla. Mientras hurgaba el terreno con la espada, el español descubrió algo que brillaba bajo la eterna luz azulada y se quedó pasmado al contemplar una especie de moneda o medalla, de un lustroso metal oscuro e ignoto, cuyas caras mostraban unos diseños terroríficos. Eran unos grabados absolutamente desconcertantes y alienígenas, y dada su descripción no tengo ninguna duda de que se trataba de una réplica del talismán que me había entregado Águila Gris unos cuantos siglos después. Después de guardárselo en el bolsillo prosiguió la marcha y, cuando creyó que faltaba una hora para el atardecer en el mundo exterior, decidió acampar.

Zamacona se levantó muy temprano al día siguiente y continuó descendiendo envuelto en la azulada luminosidad de aquel mundo de brumas, desolación y silencio sobrenatural. Según avanzaba pudo distinguir al fin ciertos objetos en la lejana llanura inferior: árboles, matorrales, peñascos y un pequeño río que apareció por la derecha y se curvaba luego hacia delante y a la izquierda de su ruta de descenso. El río parecía estar atravesado por un puente conectado al camino de acceso y el conquistador pudo distinguir el trazado que seguía después de cruzarlo, que era una línea totalmente recta sobre la llanura. Al final incluso llegó a pensar que había ciudades diseminadas a lo largo de aquella línea, ciudades cuyos suburbios, por la parte izquierda, lamían el río y a veces lo atravesaban. Mientras descendía comprobó que siempre había rastros de puentes, en pie o ruinosos, en las zonas donde las ciudades cruzaban el curso del agua. Pronto se vio rodeado de una vegetación rala y herbosa y descubrió que un poco más abajo esta se iba haciendo cada vez más densa. Resultaba muy fácil distinguir ahora el camino, ya que en su trazado no podían crecer los yerbajos como en la tierra.

Los fragmentos de rocas sueltas cada vez eran más escasos y el paisaje que se erguía a su espalda parecía descolorido y proscrito en comparación con el entorno que le rodeaba.

Fue ese día cuando contempló la turbia masa que se movía sobre la distante llanura. Desde que se topó por primera vez con la siniestras pisadas no había vuelto a encontrar nada parecido, pero notaba algo en aquella masa de movimientos cansinos y deliberados que lo enfermaba profundamente. Nada, excepto un rebaño de animales, podía moverse de aquella manera, y después de ver las huellas no deseaba toparse con las cosas que las habían producido. Sin embargo, el enjambre no parecía hallarse cerca del camino y la curiosidad y la codicia de oro eran grandes. Además, por qué iba a juzgar la situación presente en base a un revoltijo de huellas vagas o por los rumores de un indio ignorante y asustado.

Al mirar con mayor atención Zamacona fue consciente de algunas otras cosas de sumo interés. Una era que ciertas zonas de las ahora inconfundibles ciudades relucían curiosamente en medio de la brumosa luminosidad azul. Otra que, además de en las ciudades, también había unos resplandores similares en varias estructuras aisladas que estaban dispersas a lo largo del camino y sobre la llanura. Parecían estar recubiertas de vegetación y las que se encontraban alejadas del camino principal disponían de unas pequeñas avenidas que las comunicaban con él. No se apreciaba ningún vestigio de humo o vida en el interior de aquellas ciudades y edificios. Por fin Zamacona descubrió que la llanura no se extendía hasta el infinito, aunque las azuladas brumas habían ocultado sus límites hasta ahora. En la lejanía se elevaba una cadena de colinas bajas alrededor de un claro en el que parecían coincidir el camino y el río. Todo aquello, especialmente el brillo que emitían ciertas agujas de las torres de las ciudades, se podía ver con absoluta claridad cuando Zamacona montó su segundo campamento bajo el infinito horizonte azul. También se apercibió del paso de unas bandadas de pájaros que planeaban muy alto y cuya naturaleza no conseguía adivinar.

El día siguiente, al atardecer —si usamos el lenguaje del mundo exterior en el que estaba escrito el pergamino—, Zamacona alcanzó la silenciosa llanura y cruzó las aguas mudas y lentas del río por un curioso puente de basalto negro repleto de grabados y perfectamente conservado. El agua era

clara y estaba llena de unos grandes peces de extraño aspecto. Ahora el camino se hallaba pavimentado y entre sus grietas crecían hierbas y pequeños arbustos; también, en ciertos tramos, se alzaban unos pequeños pilares que mostraban misteriosos grabados. Los alrededores eran herbosos, con grupos de árboles y arbustos aquí y allá, y unas flores azules y desconocidas que crecían irregularmente por toda la llanura. En algunas zonas se producían unos movimientos temblorosos en la vegetación que delataban la presencia de serpientes. Al cabo de varias horas el viajero llegó a un bosquecillo de apariencia vetusta y extraterrestre, compuesto de verdes árboles de hoja perenne, que antes había divisado en la distancia y que protegía una de esas estructuras aisladas de brillantes tejados. A través de la asfixiante vegetación pudo distinguir el pórtico de piedra repleto de terribles bajo-relieves del que salía una senda que daba al camino principal, y tuvo que abrirse paso entre las zarzas que crecían sobre la vía pavimentada con musgosos mosaicos y delimitada por árboles enormes y pequeños pilares.

Por fin, bajo el crepúsculo verdoso y mudo, pudo ver la vetusta y desmoronada fachada del edificio, sin duda una especie de templo. Se trataba de un amasijo de nauseabundos bajo-relieves de seres, escenas, objetos y ceremonias que definitivamente no tendrían cabida en este ni en ningún otro planeta saludable. Al describir aquellas cosas Zamacona exhibe por primera vez esas dudas terribles y penosas que desvirtúan el valor informativo del resto del manuscrito. No sirve de nada admitir que el ardor católico del Renacimiento Español podría haber influenciado en sus ideas y sentimientos. La puerta del edificio estaba abierta y una oscuridad absoluta reinaba en su interior sin ventanas. Dominando la repugnancia que le había provocado el mural repleto de esculturas, Zamacona sacó un pedernal, encendió una tea resinosa, apartó la cortina de plantas trepadoras y atravesó con audacia el siniestro umbral.

Durante un instante se quedó boquiabierto ante lo que vio. Y no fue porque se encontrara en una estancia repleta de polvo y telarañas de tiempos inmemoriales, ni por las terribles esculturas de cosas aladas y aullantes que había en los muros, tampoco por las formas bizarras de incontables pilones y braseros, ni por el siniestro altar piramidal con un hueco en su extremo, ni por la anormalidad inhumana y pulposa que le lanzaba una metálica y

sesgada mirada desde el pedestal repleto de jeroglíficos en el que se hallaba encogida. Nada de eso consiguió que ni tan siquiera fuera capaz de lanzar un trémulo grito. No se trataba de algo tan alienígena, no, era porque, a excepción del polvo, las telarañas, las cosas aladas y el gigantesco ídolo con ojos de esmeralda, todo lo que abarcaba su vista estaba hecho de oro macizo.

Incluso en el pergamino, que estaba escrito después de que Zamacona supiera que el oro es el metal más común en un mundo interior repleto de innumerables vetas y filones, se adivina la frenética excitación que sintió el viajero al encontrar la fuente de todas las leyendas indias que hablaban de ciudades de oro. Durante un tiempo fue incapaz de observar los hechos con serenidad, pero al final pudo recuperar sus facultades al sentir una especie de tirón que provenía del bolsillo de su casaca. Enseguida se dio cuenta de que aquel extraño disco de metal que había encontrado en el solitario camino estaba siendo atraído fuertemente por la enorme cabeza pulposa del ídolo con ojos de esmeralda que se agazapaba sobre el pedestal, y se fijó en que estaba hecho del mismo metal desconocido y exótico. Más tarde descubrió que esa extraña sustancia magnética —tan alienígena a aquel universo subterráneo como al mundo exterior de los hombres— era el único metal precioso de aquel abismo de azulada luminosidad. Nadie sabe qué es ni de dónde procede, tan solo que ha sido traído desde las estrellas por el pueblo extraterrestre cuando el gran Tulu, el dios de cabeza pulposa, los guió hasta la Tierra. En realidad, lo único que queda de él se halla en una serie de objetos antiguos, incluyendo una gran cantidad de ídolos ciclópeos. Cualquier análisis de su estructura y localización resulta vano, y hasta su magnetismo tiene características muy personales. Se trataba del metal usado principalmente en las ceremonias por el pueblo escondido y sus propiedades magnéticas eran utilizadas convenientemente para dichos ritos. El pueblo escondido, durante un periodo de su historia, utilizó una aleación de hierro, oro, plata, cobre o zinc, junto con un poco de ese metal magnético, para fabricar sus monedas de curso legal.

Las consideraciones de Zamacona sobre el extraño ídolo y su magnetismo fueron interrumpidas por una tremenda oleada de miedo cuando, por primera vez desde que había llegado a aquel mundo silencioso, oyó un ruido sordo que se iba acercando con toda claridad. Resultaba imposible falsear su

naturaleza. Se trataba de la estruendosa estampida de un rebaño de grandes animales y, recordando los temores del indio, las huellas de pisadas y la distante masa que había visto moverse, el español se estremeció aterrorizado. No reparó en el lugar en el que se encontraba ni en el significado de aquella estampida de cuerpos enormes y pesados, sino que actuó guiado por sus más elementales instintos de conservación. Los animales en estampida no suelen detenerse para localizar a sus víctimas en lugares oscuros y, de haberse hallado en el mundo exterior, Zamacona no habría sentido ningún temor al sentirse protegido en el interior de aquel edificio enorme rodeado de árboles. Sin embargo, un miedo extraño y profundo se adueñó de su alma y miró con nerviosismo a su alrededor en busca de refugio.

Al descubrir que no había ningún lugar para esconderse dentro del inmenso y dorado habitáculo, decidió cerrar el portón que tanto tiempo llevaba abierto y que aún colgaba de sus vetustas bisagras apoyado sobre el muro interior. La arena, las enredaderas y el musgo se habían colado desde el exterior, de manera que tuvo que despejar la trayectoria de las puertas de oro con su espada, aunque se las arregló para finalizar la tarea con suma rapidez, estimulado por el espantoso sonido que se acercaba. El ruido de las pisadas se había hecho más estruendoso y amenazante cuando empezó a empujar la puerta, y durante un rato su miedo creció hasta niveles casi insoportables, como si esperara que el oxidado metal pudiera resquebrajarse en cualquier momento. Y entonces, con un chirrido, la puerta respondió a sus esfuerzos y siguió empujando con toda su energía. Por fin consiguió rematar su tarea en medio del estruendo que provocaba aquella estampida invisible y las recias puertas doradas quedaron cerradas, dejando a Zamacona en la más completa oscuridad, tan solo rota por la luz de la antorcha que había encajado entre los pilares del ara piramidal. El portón tenía un cerrojo y el aterrorizado conquistador se encomendó a su santo patrón para que aún fuera efectivo.

Los sonidos que venían de fuera relataron al fugitivo la secuencia de los hechos. Cuando el estrépito estaba casi encima el ruido de pisadas se dividió, como si el frondoso bosquecillo hubiese obligado a la manada a reducir su marcha y dispersarse. Pero el sonido de cascos siguió aproximándose y resultaba evidente que las bestias continuaban avanzando entre los árboles y rodeando las paredes del maligno templo. Zamacona notó algo muy

alarmante y repulsivo en la extraña ponderación de sus pisadas, y tampoco le resultaron muy tranquilizadores los confusos sonidos que incluso eran audibles al otro lado de las gruesas paredes y el recio portón de oro. En una ocasión la puerta crujió terriblemente en sus arcaicas bisagras, como si algo hubiese impactado contra ella, pero afortunadamente se mantuvo firme. Acto seguido, después de un periodo de tiempo que pareció infinito, oyó pasos que se alejaban y decidió que los desconocidos visitantes se retiraban. Ahora que la manada no parecía muy numerosa, quizás hubiera resultado seguro aventurarse al exterior en el espacio de media hora o menos, pero Zamacona no quiso correr riesgos innecesarios. Abrió la mochila y dispuso su campamento sobre las baldosas doradas que cubrían el suelo del templo y, dejando el portón bien cerrado, cayó en un sueño reparador que no había conseguido experimentar en los grandes espacios abiertos bañados en luz azulada. Ni tan siquiera pensó en el gran Tulu, el infernal ídolo de cabeza pulposa hecho de un metal desconocido que miraba a través sus ojos pisciformes de un verde marino, erguido en la oscuridad circundante sobre un pedestal cubierto de monstruosos jeroglíficos.

Rodeado de tinieblas por primera vez desde que abandonó el túnel, Zamacona durmió profundamente y durante largo rato. Seguramente había recuperado todo el sueño perdido en las dos jornadas previas, cuando el continuo resplandor del cielo le mantenía despierto a pesar de su fatiga, ya que otra criatura viviente pudo recorrer una larga distancia mientras él disfrutaba apaciblemente de un sueño sin pesadillas. Este sueño reparador le sirvió de mucho, ya que el siguiente periodo de tiempo que permaneció consciente estuvo repleto de numerosos sucesos extraordinarios.

IV

Un golpeteo atronador en la puerta despertó por fin a Zamacona de su sueño. Se introdujo en su cerebro dormido y disolvió todo el sopor que le absorbía en cuanto supo de qué se trataba. No había error posible, era un golpeteo apremiante, definitivo y de naturaleza humana, presumiblemente ejecutado con la ayuda de un objeto metálico y todas las características

propias de una inteligencia o voluntad. Mientras el amodorrado conquistador se erguía torpemente, una voz aguda se unió a los golpeteos; alguien recitaba en un tono no exento de cierta musicalidad una fórmula que el manuscrito trataba de representar como «*oxi, oxi, giathcán ycá relex*». Al sentirse seguro de que sus visitantes eran hombres y no demonios, Zamacona resolvió encararse con ellos de una vez por todas y, tras descorrer el antiguo cerrojo, el portón dorado se fue descorriendo con un chirrido mientras los que estaban en el exterior empujaban.

Cuando las enormes puertas estuvieron abiertas de par en par, Zamacona se encontró frente a un grupo de unos treinta individuos cuyo aspecto no estaba calculado para alarmarle. Parecían indios, aunque sus túnicas refinadas, atavíos y espadas no tenían nada que ver con las de cualquier otra tribu del mundo exterior, y las facciones de sus rostros diferían bastante de las de los indios normales. Resultaba evidente que no tenían intenciones hostiles, ya que, en lugar de amenazarle, le observaron con suma atención y respeto, como si esperaran comunicarse a través de sus ojos. Y cuanto más lo observaban más parecía darse cuenta de su misión, pues, aunque ninguno había despegado los labios desde que la puerta se abrió, comenzó a entender lentamente que habían llegado desde la ciudad que se alzaba más allá de las colinas cabalgando a lomos de ciertas criaturas y que habían sido avisados de su presencia por los animales, que no estaban seguros de qué tipo de persona era ni de dónde había venido, pero que pensaban que tenía algún tipo de relación con ese mundo exterior apenas recordado que en ocasiones visitaban en sueños extraños. El conquistador no sabía cómo era capaz de leer todo aquello en los ojos de dos o tres de los líderes, aunque enseguida supo el motivo.

Intentó dirigirse a sus visitantes en el dialecto Wichita que había aprendido de Búfalo Acometedor, y cuando sus palabras no provocaron ningún tipo de respuesta hablada lo intentó de nuevo con la lengua azteca, española, francesa y latina, añadiendo de vez en cuando palabras en griego, gallego y portugués, así como alguna que otra en bable, el dialecto campesino de su nativa Asturias, tal y como él lo recordaba. Pero ni toda aquella demostración políglota, el repertorio completo de sus conocimientos lingüísticos, sirvió para obtener respuesta alguna.

Sin embargo, cuando dejó de hablar totalmente desconcertado, uno de los visitantes comenzó a expresarse en un lenguaje sumamente extraño y fascinante cuyos sonidos el español apenas pudo representar de manera escrita en el papel. Al darse cuenta de que le resultaba imposible entenderlo, el orador se señaló a los ojos en primer lugar, luego la frente y de nuevo los ojos, como si le estuviera ordenando que le mirase atentamente para comprender lo que quería transmitirle.

Zamacona le obedeció y enseguida fue capaz de acceder a cierta información. Descubrió que aquella gente se comunicaba por medio de radiaciones silenciosas emitidas a través de los pensamientos, aunque en la antigüedad habían utilizado un lenguaje hablado que aún se usaba para la comunicación escrita y en el que a veces conversaban para no perder la tradición oral, o cuando algún tipo de sentimiento especial necesitaba ser expresado de manera espontánea. Podía entenderlos perfectamente centrando su atención en los ojos de sus interlocutores, y lograba comunicar sus respuestas visualizando mentalmente imágenes de lo que quería decir y dándoles salida a través de su mirada. Cuando el orador se detuvo, a la espera de la consiguiente respuesta, Zamacona hizo todo lo posible por seguir esta pauta de comunicación, aunque parece que no obtuvo demasiado éxito. De manera que hizo gestos con la cabeza e intentó presentarse a sí mismo y explicar el motivo de su aventura por medio de signos. Miró hacia arriba, como indicando al mundo exterior, luego cerró los ojos y se puso a escarbar como un topo. Abrió de nuevo los ojos y señaló hacia abajo, dando a entender que había descendido por una vertiginosa ladera. De vez en cuando intercalaba alguna que otra palabra entre gesto y gesto, como por ejemplo cuando se señalaba repetidamente a sí mismo y decía a sus visitantes «un hombre^[10]» y luego volvía a hacerlo una sola vez y pronunciaba con suma lentitud su propio nombre, *Pánfilo de Zamacona*.

Antes de que terminase la conversación una gran cantidad de datos se habían transmitido en ambas direcciones. Zamacona estaba empezando a entender cómo radiar sus pensamientos y, al mismo tiempo, había conseguido entender algunas palabras del arcaico lenguaje hablado de la región. Sus visitantes, además, conocían ahora los principios básicos del vocabulario español. La lengua de los extraños resultaba tremendamente distinta a

cualquier otra que el español conociera, aunque más adelante se dio cuenta de que tenía ciertos puntos de unión infinitamente remotos con el habla de los aztecas, como si esta última fuera una perversión de la primera o hubiera tomado algunas palabras y formaciones de aquella. Zamacona supo que ese mundo subterráneo poseía un nombre muy antiguo que en el manuscrito figura como «*Xinaián*», el cual, atendiendo a ulteriores explicaciones y supuestos del autor, podría ser representado de cara a la pronunciación anglosajona con el término fonético *K'n-yan*.

No es extraño que esta primera aproximación no pasara de lo básico, pero aun así resultó de suma importancia. Zamacona supo que las gentes de *K'n-yan* eran casi infinitamente ancianas y que habían llegado de un lejano lugar del espacio en el que las condiciones físicas eran muy similares a las de la tierra. Pero todo esto no era más que leyenda en el momento presente, y nadie sabía cuánto de verdad y cuánto de mentira había en tales afirmaciones, ni si el culto a ese ente de cabeza tentacular llamado Tulu, que se suponía les había conducido hasta aquí, era porque realmente se creía en él o si se le reverenciaba por una simple cuestión de ética y costumbres. Pero sí sabían del mundo exterior y constituían el grupo original que lo había habitado tan pronto como sus cuerpos se habían acostumbrado a vivir en él. Durante los periodos glaciales habían tenido algunas descollantes civilizaciones desarrollándose en la superficie, sobre todo una que se situaba en el Polo Sur, cerca de la montaña de Kadath.

En una época infinitamente lejana en el tiempo, la mayor parte del mundo exterior había quedado sumergido bajo las aguas, de manera que solo algunos refugios consiguieron comunicarse con *K'n-yan*. Sin duda esto se debió a la ira de unos demonios espaciales que eran hostiles tanto a los hombres como a los dioses de los hombres, ya que existían rumores de un hundimiento primordial que había sumergido a los propios dioses, incluido el gran Tulu, que aún dormita y sueña prisionero en los abismos insondables de la mítica ciudad de Relax. Se dice que ningún hombre ni ningún esclavo de los demonios espaciales puede vivir durante demasiado tiempo en el mundo exterior, y por tanto se piensa que todas las criaturas que aún quedan allí tienen que estar conectadas de alguna manera maligna. De forma que todos los intercambios con el mundo del sol y las estrellas cesaron de inmediato.

Todo acercamiento subterráneo a K'n-yan fue bloqueado o silenciado cuidadosamente, y todos los intrusos fueron tratados como peligrosos espías o enemigos.

Pero todo esto sucedió hace muchísimo tiempo. Con el paso de los siglos cada vez llegaban menos intrusos a K'n-yan y al final se dejó de poner centinelas en las entradas accesibles. La mayoría olvidaron y solo se recordaban algunas cosas deformadas, mitos y leyendas, y ciertos sueños extraños que hablaban de un mundo exterior, aunque las personas más educadas nunca olvidaron los hechos esenciales. Los últimos visitantes que se recordaban, muchos siglos atrás, ni tan siquiera fueron tratados como espías malignos, en la confianza de que las viejas leyendas habían muerto hacía tiempo. Se les había preguntado con ansiedad acerca de las fabulosas regiones exteriores, ya que la curiosidad científica en K'n-yan era muy fuerte, y los mitos, recuerdos, sueños y fragmentos históricos que hablaban de la superficie de la tierra con frecuencia habían tentado a los investigadores a emprender una expedición al exterior que en realidad no se atrevían del todo a realizar. Lo único que se exigía a cualquier visitante era que no regresara al mundo exterior, evitando así cualquier tipo de información sobre la existencia real de K'n-yan, ya que, después de todo, no estaban seguros de las intenciones de aquellos habitantes de las tierras exteriores. Codiciaban el oro y la plata, y podrían convertirse en unos intrusos terriblemente molestos. Todos los que habían acatado aquella norma vivieron felices, aunque, lamentablemente, su existencia fue corta, y les informaron de todos sus conocimientos acerca del mundo exterior, que resultaban más bien escasos, ya que eran tan fragmentarios y conflictivos que no se sabía a ciencia cierta qué creer y qué no. Deseaban que vinieran en más cantidad. En cuanto a los que desobedecían y trataban de escapar, su destino resultaba muy triste. Zamacona era bienvenido, ya que parecía ser un hombre educado y saber mucho más sobre el mundo exterior que cualquier otro del que se acordasen desde hacía siglos. Podría contarles una gran cantidad de cosas y esperaban que estuviera a gusto con su estancia de por vida.

Mucho de lo que aprendió Zamacona acerca de K'n-yan en aquel primer intercambio de conocimientos le dejó sin habla. Por ejemplo, supo que durante los últimos miles de años se había conseguido vencer a la vejez y la

muerte, de manera que los hombres ya no languidecían con la edad ni fallecían, excepto de manera violenta o por voluntad propia. Se podía regular el grado de juventud e inmortalidad según los deseos del interesado, y la única razón por la que nadie quería envejecer era porque disfrutaban la experiencia de vivir en un mundo donde la inactividad y la rutina reinaban. Podían ser jóvenes de nuevo con suma facilidad cuando lo desearan. Ya no había nacimientos, excepto en algunos casos experimentales, ya que una población demasiado numerosa no resultaba adecuada para una raza de sabios que controlaban la naturaleza y a todos sus posibles competidores orgánicos. Sin embargo, muchos elegían morir transcurrido cierto tiempo; a pesar de todos los intentos por descubrir nuevos placeres, la vida infinita resulta insoportable para algunas almas sensibles, especialmente aquellas en las que el tiempo y el aburrimiento habían conseguido socavar sus más primitivos impulsos y el instinto de autoconservación. Todos los integrantes del grupo que estaba frente a Zamacona tenían entre 500 y 1.500 años de edad, y algunos habían visto otros visitantes que venían del exterior, aunque el tiempo casi había borrado sus recuerdos. Esos visitantes, desde luego, habían intentado con frecuencia aprovechar los conocimientos de la raza subterránea para aumentar su longevidad, pero tan solo habían obtenido un éxito parcial debido a las diferencias evolutivas desarrolladas durante esos dos millones de años de distanciamiento entre ambos pueblos.

Estas diferencias evolutivas resultaban mucho más evidentes en otro aspecto, un aspecto considerablemente más insólito que la misma inmortalidad. Se trataba de la habilidad que mostraban las gentes de K'n-yan para regular la balanza entre la materia y la energía abstracta, incluso en los cuerpos vivos de cualquier criatura orgánica, con el simple uso de una voluntad perfectamente entrenada. En otras palabras, cualquier habitante de K'n-yan instruido en tal arte podía desmaterializarse y volver a materializarse con un mínimo esfuerzo, o, aplicando algo más de voluntad y ciertas técnicas refinadas, podía hacer lo mismo con cualquier objeto que deseara, simplemente transformando la materia sólida en unas partículas libres o combinándolas después sin ningún tipo de peligro. Si Zamacona no hubiese respondido a los llamados de sus visitantes habría descubierto esta característica de aquellas gentes de una manera bastante asombrosa, ya que

tan solo el esfuerzo y la molestia que conlleva el proceso hizo que los veinte hombres que estaban al otro lado de la puerta dorada no la atravesaran sin detenerse a esperar una respuesta. Aquel arte era mucho más antiguo que la ciencia de la vida perpetua y podía ser enseñado hasta ciertos límites, aunque nunca de forma perfecta, a cualquier persona inteligente. Ciertos rumores sobre la materia habían llegado al mundo exterior en los siglos pasados y aún sobrevivían en cultos secretos y leyendas fantasmales. Los hombres de K'n-yan se habían divertido mucho con las historias primitivas y fantásticas sobre el tema que les habían contado los visitantes del mundo exterior. En la vida práctica, esta ciencia tenía ciertas aplicaciones industriales, pero en general se la tenía bastante olvidada por no aportar nada que fuera realmente necesario. Su principal aplicación se aprovechaba a la hora del sueño, cuando muchos soñadores expertos se servían de ella para sentir con más fuerza sus vagabundeos nocturnos. Con la ayuda de esta ciencia ciertos soñadores podían incluso realizar viajes casi materiales a una región extraña y nebulosa repleta de valles, montículos y luces diversas que algunos creían se encontraba en el olvidado mundo exterior. Podían ir hasta allí montados en sus bestias y, en un tiempo de paz, reproducir las viejas, gloriosas batallas de sus ancestros. Algunos filósofos pensaban que, en estos casos, sus almas se mezclaban con las fuerzas inmateriales de sus lejanos ancestros guerreros que aún perduraban en la región.

El pueblo de K'n-yan habitaba la inmensa y alta ciudad de Tsath, más allá de las montañas. Con anterioridad varias razas del mismo pueblo habían colonizado todos los rincones del mundo subterráneo, que se extendía hacia las profundidades de insondables abismos y estaba formado, además de por la región de azulada luminosidad, por otra distinta teñida de una fosforescencia rojiza llamada Yoth, donde los arqueólogos habían encontrado reliquias de una raza alienígena aún más antigua. Sin embargo, con el paso de los años, los hombres de Tsath habían conquistado y esclavizado al resto, cruzando a sus miembros con ciertos animales encornados y de cuatro patas que moraban en la región iluminada por el resplandor rojizo. Las propiedades medio humanas de este pueblo resultaban extremadamente peculiares y, aunque sus gentes parecían albergar algún tipo de rasgo que delataba un origen artificial, podrían ser en cierta medida los descendientes contaminados de aquellas

extrañas entidades que habían dejado las reliquias. Cuando los eones se fueron sucediendo, y los descubrimientos mecánicos hicieron la vida mucho más fácil, el pueblo de Tsath se fue concentrando en un mismo lugar y el resto de K'n-yan quedó relativamente desierto.

Resultaba más sencillo vivir en un solo lugar y no había necesidad de mantener una población demasiado abundante. Muchos de los antiguos instrumentos mecánicos seguían en perfecto estado de uso, aunque otros habían sido abandonados cuando se descubrió que ya no servían para dar placer, o que no resultaban necesarios para una raza compuesta por un reducido número de individuos cuya fuerza mental podía gobernar a un cuantioso conjunto de organismos inferiores. Este abundante equipo de esclavos estaba formado por una compleja mezcla de especies, desde los retoños de antiguos enemigos conquistados hasta ciertos visitantes del mundo exterior, desde criaturas muertas a las que se había insuflado una extraña vida a determinados miembros de las clases inferiores de la dominante raza de Tsath. La propia casta reinante estaba formada por individuos de cualidades muy superiores gracias a una cuidadosa selección evolutiva y desarrollo social; la nación había pasado por un periodo utópico de democracia industrial que concedía igualdad de oportunidades a todos sus miembros, y así, encumbrando en el poder a los individuos que poseían una inteligencia natural, conseguían que el talento y las energías de la gran mayoría quedaran en un segundo término. La industria, a la cual se consideraba prioritariamente prescindible excepto a la hora de cubrir las necesidades básicas y los deseos más elementales, se convirtió en algo extremadamente simple. El bienestar físico estaba garantizado por una maquinaria motorizada de fácil mantenimiento y completamente normalizada, y las demás necesidades básicas se hallaban cubiertas por la agricultura especializada y el acopio de provisiones. Se evitaron los largos viajes y la gente volvió a utilizar las bestias cornudas y semihumanas como medio de carga y transporte en lugar de los vehículos de plata, oro y acero que antaño habían traspasado la tierra, el agua y el aire. Zamacona apenas podía imaginar que dichas cosas hubieran existido alguna vez excepto en los sueños, pero se le informó que aún podía ver varios ejemplos en los museos. También podía observar los restos de otros artefactos enormes y mágicos a una jornada de marcha, en el valle de

Do-Hna, lugar en el que la antigua raza los había construido a millares durante su expansión. Las ciudades y los templos que se erguían en la llanura databan de una época mucho más antigua, y siempre habían sido lugares sagrados y religiosos durante el liderazgo de los hombres de Tsath.

En cuanto al modelo de gobierno, Tsath era un Estado comunista o medio anarquista; las costumbres, más que la ley, regían el orden habitual de la comunidad. Esto era posible gracias a la experiencia que otorgaba una vida muy larga y al aburrimiento paralizante de la sociedad, cuyos deseos y exigencias se limitaban a cubrir las necesidades físicas esenciales y el descubrimiento de nuevas sensaciones. La tolerancia ejercida durante miles de millones de años, que aún no había sido socavada por un creciente sentimiento reaccionario, había anulado cualquier ilusión por los valores y principios, y ya solo se atendía a la repetición de los hábitos más comunes. Lo único que se anhelaba era que la búsqueda de nuevas sensaciones no lesionara la vida ordinaria del resto de la comunidad. La estructura familiar había desaparecido tiempo atrás, así como las distinciones sociales entre sexos. La vida diaria giraba en base a ciertos patrones ceremoniales, y sus principales ocupaciones eran los juegos, la embriaguez, la tortura de esclavos, sueños, orgías gastronómicas y emocionales, ejercicios religiosos, experimentos exóticos, charlas sobre arte y filosofía, y otras cosas similares. La propiedad —tierras, esclavos, animales, inversiones en la empresa única de Tsath y lingotes del metal magnético de Tulu, la antigua moneda universal— estaba distribuida en base a unas normas muy complejas que incluían cierta cantidad dividida de manera igualitaria entre todos los hombres libres. Se desconocía la pobreza y el único trabajo consistía en una serie de tareas administrativas impuestas por un intrincado sistema de examen y selección. Zamacona tenía serias dificultades para describir unas condiciones tan alejadas de todo lo que había conocido y el texto de su manuscrito resulta inusitadamente enrevesado en este punto.

Daba la sensación de que el arte y la cultura habían alcanzado niveles sublimes en Tsath, aunque resultaban insulsos y decadentes. El predominio de la mecánica había cercenado tiempo atrás el enriquecimiento estético, influyendo en el desarrollo de una tradición geométrica y sin vida que resultaba fatal para la sana expresión artística. Aunque esta etapa se había

superado pronto, dejó una profunda huella en el arte decorativo y pictórico, de manera que, excepto en los diseños religiosos convencionales, existía poca hondura o sensibilidad en las obras más recientes. Las antiguas reproducciones del período primitivo resultaban siempre más apreciadas. La literatura era tremendamente personal y analítica, llegando a tal extremo que a Zamacona le resultaba totalmente incomprensible. La ciencia se había desarrollado con gran profundidad y precisión, y abarcaba todas las áreas excepto la astronomía. Sin embargo, últimamente, estaba en plena decadencia a causa de que la gente empezaba a considerarla como algo innecesario que perturbaba sus mentes con su enloquecedora infinidad de detalles y ramificaciones. Resultaba preferible abandonar las especulaciones más retorcidas y centrarse en la filosofía convencional. La tecnología, por supuesto, podía seguir funcionando con la simple presión de un dedo. Cada vez se descuidaba más la historia, pero en las bibliotecas había multitud de códices que describían el pasado con exactitud. Todavía se la consideraba una materia interesante y muchos estarían encantados con los nuevos conocimientos del mundo exterior que portaba Zamacona. Sin embargo, y hablando en conjunto, se estaba más interesado en las sensaciones que en los pensamientos, de manera que se valoraba mucho más la invención de nuevas diversiones que la conservación de las viejas historias o el descubrimiento de los misterios del cosmos.

La religión era un asunto importante en Tsath, aunque muy pocos creían en lo sobrenatural. Lo que primaba era la estética y la exaltación emocional del culto, que siempre se realizaba en base a unos ritos repletos de mística y sensualidad, reminiscencias de una fe colorida y ancestral. Los templos en honor del Gran Tulu, espíritu de armonía universal que desde tiempos inmemoriales se representaba como un dios de cabeza pulposa que había traído a los hombres desde las estrellas, eran las construcciones más fastuosas de todo K'n-yan, mientras que los santuarios de Yig, el principio de la vida encarnado en el Padre de Todas las Serpientes, resultaban casi tan fastuosos y notables. Con el tiempo Zamacona supo mucho más acerca de las orgías y sacrificios que se realizaban en base a esta religión, aunque parece piadosamente reacio a describirlos en el manuscrito. Jamás participaría en ninguno de estos ritos, excepto aquellos que creía semejantes a los de su

propia religión, y nunca perdió la ocasión de intentar convertir a aquel pueblo a su propia fe, que todos los españoles esperaban hacer universal.

Dentro de la religión que se practicaba en aquellos momentos en Tsath existía un culto renovado y genuino por el extraño, sagrado metal de Tulu; ese lustroso, oscuro, magnético mineral que no podía encontrarse en ningún otro lugar de la naturaleza, pero que siempre había acompañado a los hombres en forma de ídolos y otros elementos solemnes. Desde tiempos inmemoriales, la simple visión de su noble forma había infundido respeto, y todos los registros sagrados y letanías estaban guardados en cilindros elaborados con las vetas más puras. Ahora, con el deterioro de la ciencia y el pensamiento y el daño que eso causaba al espíritu analítico, la gente estaba empezando a tejer el mismo tipo de supersticiones tenebrosas que habían sido tan características de las épocas más primitivas.

Otro papel de la religión era la medida del calendario, legado de una época en la que el tiempo y la velocidad estaban considerados como los fetiches fundamentales de la vida emotiva del hombre. Periodos alternativos de sueño y vigilia, prolongados o acortados dependiendo del estado de ánimo o la conveniencia, que eran regulados por las pulsaciones de la cola del Gran Yig, la Serpiente, se correspondían en líneas generales a los días y noches terrestres, aunque Zamacona pensaba que en realidad resultaban dos veces más largos. La duración de un año completo se medía por la muda anual de Yig, y correspondía aproximadamente a un año y medio en el mundo exterior. Zamacona creía dominar con gran destreza este calendario cuando escribió el manuscrito y por eso afirmaba que se encontraban en el año 1545, pero en ninguna parte del documento se intenta demostrar esta aseveración.

Mientras los emisarios de Tsath lo hacían partícipe de toda esta información, Zamacona sentía cómo su repulsa y alarma iban en aumento. No solo se trataba de lo que decían, sino de la extraña, telepática manera con la que se lo comunicaba, y también la afirmación de que ya no podría volver al mundo exterior; todo ello hizo que el español se arrepintiera de haberse adentrado en aquella región mágica, inconcebible y decadente. Pero también sabía que tenía que actuar con prudencia y beneplácito, de manera que decidió acatar los planes de sus visitantes y facilitarles toda la información que requerían. Ellos, por su parte, estaban fascinados por todas las historias

deslavazadas del mundo exterior que Zamacona pudo proporcionales.

En realidad, se trataba de los primeros testimonios verosímiles acerca del mundo exterior de que disponían desde que regresaron los refugiados de Atlantis y Lemuria hace eones, ya que todos los demás informadores que habían tenido desde entonces pertenecían a pequeños grupos y tribus locales que carecían de un conocimiento complejo del mundo: mayas, toltecas, aztecas y miembros de los incultos pueblos de las llanuras. Zamacona era el primer europeo que conocían, un hombre joven de notable cultura y educación que resultaba de gran valor como fuente de conocimientos. El grupo de emisarios demostraba un interés asombroso por todo lo que les decía y resultaba evidente que su llegada sería muy beneficiosa para despertar el lánguido interés de los aburridos habitantes de Tsath acerca de la geografía y la historia.

Lo único que parecía disgustar a los hombres de Tsath era la circunstancia de que cada vez había más curiosos y aventureros del exterior que traspasaban las puertas y túneles del mundo superior que conducían a la tierra de K'n-yan. Zamacona les habló de la conquista de Florida y Nueva España, y les hizo ver que gran parte del mundo estaba invadido por el espíritu del descubrimiento y la aventura: España, Portugal, Inglaterra y Francia. Tarde o temprano México y Florida formarían parte de un gran imperio colonial, y entonces resultaría casi imposible evitar que los aventureros no se sintieran atraídos por los rumores acerca del oro y la plata de aquel mundo subterráneo. Búfalo Acometedor conocía el viaje que había emprendido Zamacona. Seguramente, al no encontrar al viajero en el lugar en el que habían quedado previamente, informaría a Coronado de todo el asunto y era muy posible que el gran Virrey acabara también enterándose. La alarma por el peligro que corría el secreto y la seguridad de K'n-yan se reflejó en el rostro de los visitantes, y Zamacona pudo leer en sus mentes que a partir de entonces se iban a poner centinelas en todos los pasajes y entradas practicables hacia el mundo exterior que los hombres de Tsath pudieran recordar.

V

La larga conversación entre Zamacona y los emisarios tuvo lugar bajo la verdosa luz crepuscular del bosquecillo, junto a la puerta del templo. Algunos hombres estaban recostados sobre la hierba y el musgo que crecía en las márgenes de la senda medio desaparecida, mientras que otros, incluyendo el español y el cabecilla del grupo de Tsath, estaban sentados sobre los pequeños pilares monolíticos que se erguían por los alrededores del templo. Casi había transcurrido todo un día terrestre desde que empezó la charla, ya que Zamacona había sentido la necesidad de alimentarse en varias ocasiones y había tenido que recurrir a las provisiones de su macuto mientras algunos integrantes del grupo de Tsath regresaban al camino principal en busca de suministros, pues era allí donde habían dejado a los animales que usaban como monturas. Por fin, el líder de los visitantes dio la conversación por finalizada y señaló que había llegado el momento de regresar a la ciudad.

Dijo que había varias bestias de repuesto y que Zamacona podía viajar en una de ellas. La perspectiva de montar una de esas entidades híbridas y amenazadoras, cuyo legendario alimento resultaba tan alarmante y cuya simple visión había provocado la aterrada huida de Búfalo Acometedor, no atraía en absoluto al explorador. Además, existía otro detalle que le turbaba considerablemente: el juicio, en apariencia sobrenatural, que algunos animales de la manada con la que se había encontrado el día anterior parecían haber demostrado al avisar de su presencia a los hombres de Tsath, lo cual había hecho que se organizara la presente expedición. Pero Zamacona no era un cobarde y siguió con audacia a los hombres por la senda cubierta de hierba en dirección al camino donde estaban apostadas las bestias.

Y a pesar de todo no pudo refrenar un grito de espanto por lo que vio después de dejar atrás las columnas cubiertas de hiedra y emerger al antiguo camino. Entonces supo por qué el curioso indio wichita había huido presa del miedo y tuvo que cerrar los ojos un rato para conservar la razón. Es una pena que la misericordia le llevase a no describir en toda su amplitud la escena monstruosa que se desplegó ante él. Tan solo se atreve a garabatear un esbozo acerca de la espantosa anormalidad de aquellas cosas enormes y torpes, con los dorsos cubiertos de negro pelaje, un cuerno rudimentario

sobresaliendo del centro de sus frentes y un vestigio inconfundible de sangre humana o antroipoide impreso en sus rostros de chatas narices y labios turgentes. Luego apuntaría en el manuscrito que aquellas bestias eran los seres más espantosos que había visto en toda su vida, tanto en K'n-yan como en el mundo exterior. Y la cualidad específica de aquel terror supremo se hallaba muy lejos de cualquier otra sensación reconocible que pudiera ser explicada fácilmente. Lo peor era que aquellas cosas no parecían ser del todo un producto de la Naturaleza.

Los integrantes de la partida se dieron cuenta de los temores de Zamacona y procuraron tranquilizarlo en lo posible. Le dijeron que esas bestias, o *gyaa-yothn*, seguramente parecían muy raras, pero que, en el fondo, resultaban totalmente inofensivas. La carne con la que se alimentaban no procedía de los individuos inteligentes de la raza dominante, sino de una subclase especial de esclavos que en su mayor parte habían dejado de ser humanos y se habían convertido en la principal fuente de alimentación de K'n-yan. Habían encontrado a sus antepasados en un estado salvaje, deambulando entre las ruinas ciclópeas iluminadas por un resplandor rojizo del mundo desértico de Yoth, que se encontraba más abajo del mundo de K'n-yan y sus brumas azuladas. Resultaba evidente que poseían una parte humana, pero los hombres de ciencia nunca habían podido determinar si eran los descendientes de las antiguas entidades que habían vivido y gobernado en aquel mundo de extrañas ruinas. El motivo fundamental en el que se basaba tal suposición era el hecho demostrado de que los habitantes de Yoth habían sido cuadrúpedos. Esta circunstancia se conocía bien gracias a los escasos códigos y grabados descubiertos en las cuevas de Zin, debajo de las ciudadelas más grandes y siempre en ruinas de Yoth. Pero también se sabía, en base a dichos documentos, que estos seres habían poseído los conocimientos necesarios para crear vida sintética, y que, en el curso de su historia, habían fabricado y destruido varias razas animales de eficiente diseño empleadas en la industria y el transporte, así como una gran cantidad de criaturas fantásticas y grotescas destinadas al esparcimiento y la búsqueda de sensaciones nuevas durante su largo periodo de decadencia. Sin duda los seres de Yoth habían tenido ciertas características reptiles y la mayoría de los científicos de Tsath coincidían en que la bestias del presente habían estado mucho más próximas

a los saurios antes de cruzarse con los esclavos mamíferos de K'n-yan.

El caso es que Pánfilo de Zamacona y Núñez, un intrépido español del Renacimiento, miembro del pueblo que había conquistado más de la mitad del mundo conocido, se hallaba ahora montado en una de aquellas grotescas bestias de Tsath y cabalgaba al lado del líder de los emisarios, un sujeto llamado Gll'-Hthaa-Ynn, quien había sido el que llevara la voz cantante durante el previo intercambio de información. Era una situación bastante repulsiva, pero, después de todo, la montura resultaba cómoda y el trote del desmañado *gyaa-yoth* sorprendentemente ligero y regular. La comitiva avanzó a paso vivo y solo se detenía en algunas ciudades y templos abandonados por los que Zamacona sentía curiosidad y sobre cuya historia Gll'-Hthaa-Ynn siempre estaba dispuesto a dar todo tipo de explicaciones. B'graa, la mayor de todas esas ciudades, era un maravilloso conglomerado de edificaciones recubiertas de oro, y Zamacona observó con avidez la curiosa arquitectura profusamente ornada. Los edificios solían ser altos y estilizados, con tejados de los que sobresalían incontables pináculos. Las calles eran estrechas, retorcidas y, en numerosas ocasiones, empinadas, salvando los repechos de una forma pintoresca; sin embargo, Gll'-Hthaa-Ynn le hizo saber que el diseño de las ciudades modernas de K'n-yan era mucho más despejado y regular. Todas aquellas urbes de la llanura conservaban restos de murallas defensivas, un legado de los tiempos arcaicos, cuando habían sido conquistadas y liberadas sucesivamente por los ahora dispersos ejércitos de Tsath.

Durante el camino se toparon con algo que Gll'-Hthaa-Ynn le enseñó por iniciativa propia, a pesar de que tuvieron que desviarse por una senda cubierta de enredaderas y dar un rodeo de casi dos kilómetros. Se trataba de un templo desnudo y achaparrado, compuesto de sencillos bloques de basalto negro sin tallar, que tan solo contenía un solitario pedestal de ónice. Lo interesante de aquel lugar era su historia, ya que hacía referencia a un mundo legendario y antiquísimo, tan remoto en el tiempo que incluso la críptica Yoth parecía algo reciente. Había sido construido a imagen y semejanza de ciertos templos que aparecían dibujados en las criptas de Zin, y alojaba un espantoso ídolo con forma de sapo hallado en el mundo de rojiza luminiscencia cuyo nombre, según los pergaminos de Yoth, era Tsathoggua.

Había sido un dios muy poderoso y venerado, y, tras su adopción por las gentes de K'n-yan, su nombre fue adoptado por la ciudad que más adelante dominaría aquella región. Las leyendas de Yoth aseguraban que había llegado de una misteriosa comarca interior que se encontraba debajo del mundo rojizo, una región tenebrosa, sin luz alguna y habitada por extrañas entidades que, sin embargo, desarrolló importantes civilizaciones y tuvo dioses poderosísimos incluso antes de que las bestias cuadrúpedas de Yoth vieran la luz. Existían muchas representaciones gráficas de Tsathoggua repartidas por Yoth y se suponía que todas procedían de la tenebrosa región interior; los arqueólogos sospechaban que eran reproducciones de la raza que poblaba aquellas regiones antes de extinguirse millones de años atrás. Aquella tenebrosa comarca, llamada N'kai en los pergaminos de Yoth, había sido explorada por los arqueólogos, quienes encontraron una especie de huecos o madrigueras perforadas en la piedra que habían despertado multitud de especulaciones.

Cuando los hombres de K'n-yan descubrieron el mundo de luz rojiza y descifraron sus extraños pergaminos, adoptaron el culto a Tsathoggua y trasladaron todas aquellas imágenes espantosas con forma de sapo a la tierra de azulada luminosidad, alojándolas en santuarios de basalto como el que Zamacona acababa de contemplar. El culto floreció hasta rivalizar con las arcaicas liturgias a Yig y Tulu, y una rama de la antigua raza lo llevó al mundo exterior, donde incluso las más sencillas imágenes tuvieron sus propios santuarios en Olathoé, en la región de Lomar, cerca del Polo Norte. Se rumoreaba que este culto del mundo exterior sobrevivió a la gran glaciación y a la destrucción de Lomar por los peludos gnophkehs, aunque en K'n-yan no se conocían muchos detalles sobre aquellos sucesos. En el mundo de luz azulada el culto desapareció de una manera brusca, a pesar de que el nombre de Tsath siguió siendo recordado.

El motivo por el que desapareció el culto se debió a la realización de una exploración parcial en la tenebrosa región de N'kai que se hallaba debajo del rojizo mundo de Yoth. Según los manuscritos de Yoth no existía ninguna forma de vida en N'kai, aunque tenía que haber sucedido algo durante los arcanos eones que transcurrieron entre los días de Yoth y la llegada de los hombres a la tierra, algo que seguramente tuvo algo que ver con el fin de

Yoth. Es posible que un terremoto dejara al descubierto los salones inferiores de aquel mundo oscuro que había estado vedado a los arqueólogos de Yoth, pero también podría haberse producido una combinación más aterradora de energía y electrones, algo totalmente inconcebible para las mentes racionales. De cualquier forma, cuando los hombres de K'n-yan consiguieron descender a aquel tenebroso abismo de N'kai con sus potentes focos de energía atómica descubrieron ciertas cosas vivas, entidades que se deslizaban entre los canales de piedra y los ídolos de ónice y basalto que representaban a Tsathoggua. Pero no se trataba de unos seres con forma de sapo, como el propio Tsathoggua. Eran cosas mucho peores, entidades amorfas y cambiantes, masas viscosas de limo negruzco que mudaban de forma por diversos motivos. Los exploradores de K'n-yan no se demoraron para estudiarlos en detalle, y los que consiguieron escapar con vida sellaron la entrada que comunicaba el rojizo mundo de Yoth con los aterradores abismos inferiores. Acto seguido, disolvieron en el éter todas las imágenes de Tsathoggua con la ayuda de unos rayos desintegradores y abolieron su culto para siempre.

Eones después, cuando los primitivos miedos fueron suplantados por la curiosidad científica, las antiguas leyendas sobre Tsathoggua y N'kai volvieron a ser recordadas y se envió a Yoth un grupo de exploración, bien provisto y armado, cuyo cometido era buscar la puerta sellada del negro abismo y averiguar si aún había algo con vida. Sin embargo, no pudieron encontrar la entrada y tampoco dio nadie con ella en las edades que siguieron. En la actualidad muchos creen que aquel abismo jamás ha existido, pero los pocos eruditos que aún pueden descifrar los manuscritos de Yoth aseguran que hay suficientes evidencias para pensar que todo es cierto, a pesar de que algunos registros del mundo de K'n-yan que describen la terrorífica expedición a N'kai se prestan a un juicio más crítico. Varios de los cultos religiosos más modernos intentan evitar cualquier alusión a la existencia de N'kai e imponen penas severas a los que la mencionan, aunque en la época en la que Zamacona llegó a K'n-yan todo esto aún no se tomaba demasiado en serio.

Mientras el grupo de jinetes volvía a la antigua carretera y se acercaba a la pequeña cadena montañosa, Zamacona observó que el río fluía muy cerca por su izquierda. Un poco después, según el terreno iba ascendiendo, la

corriente se adentraba en un desfiladero y cruzaba las montañas mientras el camino discurría algo más arriba, muy cerca del borde, y atravesaba la cañada. Entonces se puso a llover suavemente. Zamacona sentía las finas gotas de la llovizna y miró hacia arriba para observar la brillante y azulada atmósfera, cuyo extraño esplendor no había disminuido ni un ápice. Gll'-Hthaa-Ynn le dijo que ese fenómeno de condensación y precipitación de vapor de agua no era inusual y que el brillo de la cúpula celeste que tenían sobre sus cabezas jamás disminuía. Sin embargo, sobre las tierras bajas de K'n-yan siempre flotaba una especie de neblina que compensaba un tanto la ausencia absoluta de verdaderas nubes.

La pequeña elevación del paso montañoso permitió a Zamacona, al mirar atrás, observar la antigua y desolada llanura en toda su extensión desde el lado contrario al que la había visto por primera vez. Entonces apreció su extraña belleza y lamentó dejarla atrás, ya que Gll'-Hthaa-Ynn les conminó a azuzar a las bestias para avanzar con mayor rapidez. Cuando volvió a mirar al frente se dio cuenta de que la cima no estaba lejos; el camino cubierto de hierba ascendía recto y terminaba recortándose contra un abismo de azulada luminosidad. Sin duda era un paisaje espectacular: a la derecha, la verde ladera de la montaña; a la izquierda, el cañón por el que fluía el río con otra montaña un poco más allá, y delante, el mar de azulada luminiscencia en el que se disolvía el camino ascendente. Un poco después llegaron a la cresta y ante ellos se extendió un panorama magnífico del mundo de Tsath.

Zamacona se quedó sin habla ante la visión de aquellas tierras habitadas, ya que, como en una colmena, había tanta muchedumbre, movimiento y actividad como nunca había visto o soñado con anterioridad. En la ladera por la que descendía el camino había pequeñas granjas dispersas y algunos templos, pero un poco más allá se extendía una llanura enorme cubierta, como un tablero de ajedrez, de plantaciones de árboles y estrechos canales de riego que procedían del río, todo ello delimitado por caminos rectilíneos cimentados con bloques de oro o basalto. Grandes cables de plata, sujetos a pilares dorados, enlazaban las chatas edificaciones y los racimos de casas que se erguían por todos lados, y en diversos sitios se podían ver filas de ruinosos pilares sin cables que sustentar. Por los campos de labranza se movían unos extraños objetos y Zamacona pudo descubrir que, en algunos casos, los

hombres se valían de aquellas repulsivas bestias medio humanas para que les ayudaran en sus tareas.

Pero lo más impresionante era la asombrosa visión de un mar de agujas y pináculos que se erguían en la distancia por toda la llanura y que relucían como flores espectrales en la brillante luminosidad azul. Al principio Zamacona pensó que se trataba de una montaña cubierta de casas y templos, como si se tratara de alguna de las pintorescas ciudades de su España natal que se levantaban sobre las colinas, pero enseguida se dio cuenta de que no era así. En realidad, la urbe se erguía sobre una llanura, pero sus torres y edificios eran tan altos y magníficos que parecían ascender hacia el cielo como una montaña. Por encima flotaba una especie de neblina grisácea que era atravesada por la luminosidad azul, la cual incidía sobre los millones de dorados minaretes y reflejaba nuevas tonalidades chispeantes. Al mirar a Gll'-Hthaa-Ynn, Zamacona supo que se hallaban ante la monstruosa, gigantesca y omnipotente ciudad de Tsath.

Mientras descendía por el camino en dirección a la llanura, Zamacona sintió una especie de inquietud y un halo de maldad. No le gustaba la bestia sobre la que iba montado, ni el mundo del que pudieran proceder, y tampoco le gustaba la atmósfera que emanaba de la distante ciudad de Tsath. Cuando el grupo de jinetes comenzó a pasar cerca de las granjas dispersas que se erguían sobre la ladera, el español pudo observar las figuras que trabajaban los campos y no le gustaron sus movimientos ni proporciones, tampoco las mutilaciones que descubrió en la mayoría de ellas. Y lo que menos le gustaba era la forma en la que algunas estaban encerradas en los corrales, o cómo pastaban la recia hierba. Gll'-Hthaa-Ynn le informó de que aquellos seres pertenecían a la clase de los esclavos y que sus acciones eran controladas por el dueño de la granja, quien todas las mañanas les daba unas nociones telepáticas de lo que habrían de hacer durante el resto de la jornada. Como si fueran máquinas semiconscientes, su eficiencia industrial rayaba la perfección. Los que se encontraban en los corrales eran especímenes inferiores, clasificados como simple ganado.

Al llegar a la llanura, Zamacona vio que en los caseríos eran más grandes y que las tareas humanas casi siempre las realizaban los repugnantes y cornudos *gyaa-yothn*. También distinguió unos seres de aspecto más humano

que se afanaban en los campos y sintió un extraña inquietud y turbación al descubrir que algunos se movían de una manera demasiado artificiosa. Gll'-Hthaa-Ynn le explicó que a aquellas entidades las llamaban *y'm-bhi*, organismos que habían fallecido y a los cuales se había reanimado de una manera mecánica, gracias a la energía atómica y al poder de la mente, para su uso industrial. Los esclavos, al contrario que los hombres libres de Tsath, no estaban favorecidos por el don de la inmortalidad, de manera que, con el tiempo, el número de *y'm-bhis* había crecido mucho. Resultaban tan leales como los perros, aunque eran menos dóciles que los esclavos vivos. Los que le resultaban más repugnantes a Zamacona eran aquellos que mostraban algún tipo de mutilación, ya que muchos carecían de cabeza y otros habían sufrido extrañas y caprichosas amputaciones, deformaciones, cambios de órganos e injertos. El español no se explicaba el sentido de aquellas transformaciones, pero Gll'-Hthaa-Ynn le hizo saber que todos esos esclavos habían sido utilizados para el esparcimiento de la gente en las diversas arenas repartidas por el país, ya que los hombres de Tsath eran muy dados a los placeres más insólitos y necesitaban constantemente la inyección de nuevos y variados estímulos para saciar sus cínicos impulsos. Zamacona, a pesar de no ser en absoluto un hombre escrupuloso, no se sintió favorablemente impresionado por todo lo que vio y escuchó.

Según se iba acercando a la vasta metrópolis, esta se convirtió en algo vagamente pavoroso debido a su monstruosa extensión y sobrehumana altura. Gll'-Hthaa-Ynn le explicó que las zonas superiores de las inmensas torres ya no se usaban y que muchas habían sido derribadas para evitar hacerse cargo de su mantenimiento. Las llanuras que rodeaban al primitivo núcleo urbano se habían llenado de edificios más bajos y modernos, y muchos los preferían a las antiguas torres. De aquella masa de oro y piedra surgía un monótono runruneo repleto de actividad que se elevaba por encima de la llanura, al tiempo que un sinfín de caravanas y jinetes entraban y salían sin descanso por las enormes carreteras pavimentadas de oro y piedra que daban a la ciudad.

En varias ocasiones Gll'-Hthaa-Ynn se detuvo para mostrar a Zamacona algún objeto de singular interés, especialmente los templos de Yig, Tulu, Nug, Yeb y El-Que-No-Puede-Ser-Nombrado, todos ellos levantados a intervalos irregulares cerca del camino y siempre adornados con los típicos

emparrados de acuerdo a las costumbres de K'n-yan. Aquellos templos, al contrario de los que se erguían en la desértica llanura que había al otro lado de las montañas, aún seguían en uso, y se podían observar largas filas de jinetes y trabajadores que entraban y salían constantemente. Gll'-Hthaa-Ynn llevó al español a todos los que encontraron y Zamacona observó con fascinación y repugnancia las sutiles ceremonias orgiásticas que tenían lugar en ellos. Los ritos a Nug y Yeb le asquearon tanto que se abstuvo de relatarlos en el manuscrito. Se tropezaron con uno de los achaparrados y negros templos dedicados a Tsathoggua, pero este parecía estar consagrado ahora a Shub-Niggurath, la Madre y Esposa de El-Que-No-Puede-Ser-Nombrado. La deidad era una especie de sofisticada representación de Astarté^[11] y al católico español sus ritos le parecieron sumamente repugnantes. Lo que más le desagradaba eran los conmovedores sonidos que emitían sus adoradores, irritantes sonidos carentes de vocales que iban aumentando de ritmo constantemente.

Cerca de los abigarrados suburbios de Tsath, bajo las sombras de las espantosas torres, Gll'-Hthaa-Ynn señaló un monstruoso edificio circular ante el que se alineaban enormes multitudes. Aquel era, explicó, uno de los muchos anfiteatros en los que se daban representaciones de extraños deportes y otros juegos sensacionales para el disfrute de los aburridos habitantes de K'n-yan. Gll'-Hthaa-Ynn quería detenerse y llevar a Zamacona al interior de la enorme fachada circular, pero el español, recordando las mutiladas entidades que había visto en los campos, se negó rotundamente. Aquel fue el primer encontronazo amistoso que hizo pensar a la gente de Tsath que los gustos de su huésped eran un tanto raros y cortos de mira.

Tsath era un laberinto de calles extrañas y antiguas, y, a pesar de un progresivo sentimiento de horror y alienación, Zamacona estaba fascinado por su atmósfera de misterio y cósmico encanto. La gigantesca inmensidad de sus amenazantes torres, el flujo monstruoso de pululante vida entre sus ornadas avenidas, los extraños grabados que adornaban puertas y ventanas, los paisajes extravagantes que se observaban desde las titánicas terrazas, plazas y gradas rodeadas de balaustradas, y la neblina gris que lo envolvía todo y se aplastaba contra las enmarañadas callejuelas, todo ello parecía combinarse para producir una sensación de misterio y aventura como nunca

antes había experimentado. En seguida le llevaron a un concilio de dirigentes que tenía lugar en un palacio de oro y cobre, detrás de un parque ajardinado repleto de fuentes, y durante algún tiempo fue amablemente interrogado bajo el techo abovedado de una sala recubierta de pinturas y arabescos. Descubrió que se esperaba mucho de él en cuanto a la información histórica que pudiera suministrarles sobre el mundo exterior y que, en compensación, le harían partícipe de todos los misterios que ocultaba K'n-yan. El único inconveniente era que jamás podría regresar al mundo del sol y las estrellas ni a su nativa España.

Se trazó una agenda para el visitante, distribuyendo su tiempo de manera apropiada entre determinados tipos de actividades. Se programaron varias reuniones en diferentes sitios con personajes ilustrados y también se dispuso de un horario de clases sobre numerosas ramas de la ciencia de Tsath. Dispondría de tiempo libre para investigar por su cuenta y todas las bibliotecas de Tsath, tanto las seculares como las sacras, estarían a su disposición en cuanto dominara los lenguajes escritos. Podría acudir a las ceremonias y espectáculos —a no ser que no lo deseara— y tendría mucho tiempo para disfrutar del placer visual y emocional que, en el fondo, era la aspiración y el objetivo primordial de la vida diaria. Se le asignaría una casa en las afueras o un apartamento en el centro de la ciudad y se le introduciría en uno de los muchos grupos afectivos, en los cuales había numerosas mujeres nobles de la mayor y más delicada belleza, que conformaban ahora los modernos conjuntos familiares de K'n-yan. Se le proporcionarían varios *gyaa-yothn* cornudos para desplazarse y pasear, y diez esclavos vivos de cuerpos no mancillados para que lo ayudaran en sus tareas y lo protegieran de los ladrones, sádicos y religiosos orgiásticos en la vía pública. Tendría que aprender a utilizar muchos artefactos mecánicos, pero Gll'-Hthaa-Ynn le mostraría al principio cómo funcionaban los principales.

Después de que Zamacona mostrara su preferencia por un apartamento en la ciudad en lugar de una villa en las afueras, los dirigentes se despidieron de él con gran cortesía y amabilidad y se le condujo por varias calles suntuosas hasta llegar a un edificio vertiginoso cubierto de grabados que tenía una altura de unos setenta u ochenta pisos. Se estaban haciendo los preparativos para su llegada y varios esclavos se afanaban colocando cortinas y muebles

en las diversas y amplias habitaciones de techos abovedados correspondientes a la planta baja. Había taburetes lacados, rinconeras de terciopelo y seda, reclinatorios almohadillados, infinitas hileras de estanterías de teca y casilleros de negro ébano repletos de cilindros metálicos que contenían algunos de los manuscritos que pronto podría leer; todo ello era lo habitual en cualquier apartamento urbano. Todas las habitaciones disponían de una mesa sobre la que descansaba un montón de papel de membrana, un tintero de pigmento verdoso, toda una colección de pinceles de diferentes tamaños y otros extravagantes útiles de escritorio. Los dispositivos mecánicos de escritura se hallaban sobre unos trípodes dorados repletos de adornos y todo el conjunto estaba inundado de una brillante luz azulada que se desparramaba de unas esferas de energía colgados del techo. Había ventanas pero resultaban de poca utilidad al encontrarse el apartamento en la sombría planta baja. Algunas habitaciones eran sofisticados baños y la cocina parecía un laberinto de aparatos industriales. Se hizo saber a Zamacona que las provisiones se adquirirían a través de una red de pasadizos subterráneos que discurrían por debajo de la ciudad y que antaño habían albergado unos curiosos transportes automáticos. En aquellos niveles subterráneos existían establos para las bestias y se le mostraría a Zamacona cómo encontrar la salida más cercana a la calle. Antes de que terminara de inspeccionar sus aposentos, llegaron los esclavos permanentes que se le habían otorgado, y poco después se presentaron media docena de los hombres libres y nobles que conformaban su futuro grupo afectivo y que iban a ser sus acompañantes durante varios días, contribuyendo en lo posible a su instrucción y esparcimiento. Cuando terminaran su ciclo, serían sustituidos por otro grupo, y de esta manera se irían rotando hasta llegar a los cincuenta miembros que conformaban su comunidad.

VI

Y así, durante cuatro años, Pánfilo de Zamacona y Núñez se integró en la vida de la siniestra ciudad de Tsath, dentro del mundo subterráneo y azulado de K'n-yan. Nada se dice en el manuscrito de todo lo que hizo, aprendió y

observó, ya que parecía repugnarle detallarlo en su nativa lengua española y no se atrevió a plasmarlo sobre el papel. Mucho fue lo que observó con repulsión y mucho fue lo que se negó a mirar, comer o hacer. En otras cosas se aferró a las cuentas de su rosario para expiar las culpas. Exploró al completo el mundo de K'n-yan, incluyendo las desérticas ciudades industriales del periodo medio que se erguían sobre la herbosa llanura de Nith, y descendió en una ocasión al mundo rojizo de Yoth para contemplar sus ciclópeas ruinas. Fue testigo de prodigiosos trabajos de ingeniería y artesanía que lo dejaron boquiabierto, y presencié metamorfosis humanas, materializaciones, desmaterializaciones y reanimaciones que le turbaron profundamente una y otra vez. Su capacidad para el asombro fue totalmente destruida por una sucesión de nuevas maravillas que se le fueron mostrando todos y cada uno de los días de su cautiverio.

Pero cuanto más tiempo pasaba en la ciudad, más deseaba abandonarla, ya que la vida de los habitantes de K'n-yan se basaba principalmente en impulsos que quedaban lejos de sus apetencias personales. Los progresos en el conocimiento de su historia hicieron que llegara a entenderlos, pero con ello lo único que consiguió fue que su repugnancia aumentara. Empezó a pensar que las gentes de Tsath constituían una raza perdida y peligrosa, una raza más autodestructiva de lo que ninguno se daba cuenta, y que su frenética búsqueda de nuevas fuentes industriales y de placer estaba conduciendo rápidamente a sus individuos hacia un precipicio de destrucción y terror absoluto. Se dio cuenta de que incluso su mera estancia estaba acelerando todo el proceso no solo porque temieran una posible invasión del exterior, sino porque a muchos les hizo desear ir al mundo superior y saborear las cosas que él describía. Con el paso del tiempo advirtió una tendencia cada vez mayor por parte de los habitantes de Tsath a recurrir a la desmaterialización como una simple fuente de diversión, de manera que las casas y los anfiteatros de la ciudad se convirtieron en una especie de reunión de brujas colmada de transmutaciones, cambios de edad, experimentos mortales y proyecciones. Con la expansión del aburrimiento y la intranquilidad, observó que la crueldad, la falsedad y el descontento fueron cobrando fuerza. Cada vez había más anormalidades cósmicas, más sadismo, más ignorancia y superstición, más deseo de escapar de la envoltura física y

convertirse en una especie de entes espectrales cargados de energía dispersa.

Sin embargo, todos sus intentos de abandonar aquel mundo fueron vanos. De nada sirvieron los repetidos intentos de convencer a sus anfitriones, aunque al principio el desencanto de las clases superiores hizo que no se enfadaran demasiado a causa de los evidentes deseos de abandonar la ciudad por parte de su huésped. En el año 1543, Zamacona realizó su primer intento de fuga a través de los túneles por los que había accedido a K'n-yan, pero después de una agotadora travesía por la desértica llanura se topó con centinelas apostados en el oscuro pasadizo que le desanimaron a emprender futuras intentonas en esa dirección. Para no perder la esperanza y seguir manteniendo fresca en su memoria la imagen del hogar, empezó a escribir sus aventuras en el manuscrito, deleitándose en las viejas queridas palabras españolas y en las familiares letras del alfabeto romano. Fantaseaba pensando que, de alguna manera, conseguiría llevar el manuscrito al mundo exterior, y para asegurarse de que convencería a sus compañeros de su autenticidad, lo guardó en uno de los cilindros de metal *tuliano* que se usaban para conservar los archivos sagrados. Aquella sustancia magnética y alienígena sería la prueba de que su increíble historia era cierta.

Pero, incluso mientras trazaba estos planes, tenía pocas esperanzas de establecer contacto con el mundo exterior. Todas las puertas que conocía estaban vigiladas por centinelas y soldados a los que era mejor no hacer frente. Nadie apoyaba sus deseos de partir, ya que la hostilidad hacia el mundo del que procedía había aumentado en los últimos tiempos. Deseaba que ningún otro europeo accediera al mundo subterráneo, pues resultaba muy probable que no fuera tan bien recibido como él. Había sido una fuente de información muy apreciada y como tal se le había tratado de una forma privilegiada. Otros a los que no se tuviese en semejante consideración podrían recibir un trato muy diferente. Incluso llegó a plantearse qué sería de él cuando los sabios de Tsath estimaran que ya no tenía nada nuevo que contarles, y para protegerse empezó a ser más escueto en sus informaciones sobre la ciencia terrestre, dando la sensación, cuando podía, de que ocultaba una gran cantidad de conocimientos secretos.

Otra de las cosas que puso en peligro el estatus de Zamacona en Tsath fue su incansable curiosidad por el grandioso abismo de N'kai, bajo el mundo

rojizo, cuya existencia cada vez ponían más en duda los diferentes cultos cardinales de K'n-yan. Durante sus exploraciones en Yoth había intentado en vano descubrir la entrada obstruida, y más adelante se sumergió en la artes de la desmaterialización y proyección con la esperanza de acceder en espíritu consciente a los abismos que sus ojos materiales no podían descubrir. Aunque jamás fue un experto en tales artes, se las arregló para tener una serie de sueños monstruosos y anormales que él pensaba contenían algunos elementos de sus proyecciones en el interior de N'kai, sueños que asombraban y trastornaban a los líderes del culto a Yig y Tulu cuando se los relataba, y que sus amigos le aconsejaban ocultar en vez de airear. Con el tiempo estos sueños se hicieron cada vez más frecuentes y enloquecedores, y contenían cosas que no se atrevió a plasmar en el manuscrito, aunque hizo un informe especial para ciertos investigadores de Tsath.

Es una lástima —o quizás una bendición— que Zamacona se mostrara tan reticente y reservado a la hora de trasladar al manuscrito muchas de las materias e informaciones principales. El documento deja a la interpretación de cada cual mucho sobre las maneras, costumbres, pensamientos, hábitos, historia y lenguaje del mundo de K'n-yan, y tampoco describe de una manera exhaustiva el aspecto visual y la vida diaria de Tsath. Resulta difícil imaginar las motivaciones reales de sus habitantes, su extraña pasividad, su cobardía en asuntos guerreros, su miedo mortal hacia el mundo exterior a pesar de todo el poderío atómico y espiritual que poseían y que sin duda los haría invencibles si decidieran organizar ejércitos como en los viejos días. Era evidente que K'n-yan se hallaba en plena decadencia y que reaccionaba con una mezcla de apatía e histeria en contra de la vida totalmente regulada, planificada y aburrida en la que la industria y la automatización del periodo medio le había sumido. Incluso se podía hacer un seguimiento hasta los orígenes de sus grotescas y repulsivas costumbres y de sus modos de pensar y sentir, ya que las investigaciones históricas de Zamacona hallaron evidencias de edades desaparecidas en las que K'n-yan había albergado ideas muy similares a las que se cultivaban en la época clásica y renacentista del mundo exterior, y había poseído un carácter nacional y una artesanía que los europeos habrían considerado estimable, brillante y noble.

Cuanto más profundizaba en estos asuntos, más preocupado se sentía

Zamacona por el futuro inmediato, ya que advertía que la moral omnipresente y la desintegración intelectual se estaban convirtiendo en un problema profundamente arraigado y cada vez más acuciante. Durante su estancia en Tsath los síntomas de decadencia se multiplicaron. El racionalismo fue convirtiéndose en fanática superstición, cuyo foco era una malsana adoración al magnético metal *tuliano*, y la tolerancia fue desapareciendo y dejando lugar a una serie de rencores fanáticos, sobre todo hacia el mundo exterior del que tanto estaban aprendiendo los investigadores gracias a él. A veces temía que las gentes perdieran su legendaria apatía y se revolvieran como ratas desesperadas contra las tierras desconocidas que se extendían sobre sus cabezas, destruyendo a su paso todo lo que encontraran gracias a los extraños poderes científicos que aún conservaban. Pero de momento combatían el tedio y la sensación de vacío de otras maneras: buscaban nuevas formas de multiplicar sus repugnantes desahogos emocionales e incrementaban la locura y anormalidad de sus diversiones. Las arenas de Tsath se convirtieron en unos lugares malditos y repugnantes, y Zamacona jamás se acercaba a ellas. No se atrevía a imaginar lo que sería aquello dentro de un siglo o, incluso, pasada una simple década. En aquellos días, el misericordioso español se persignaba y rezaba el rosario más de lo habitual.

En 1545, según sus apuntes, Zamacona realizó las últimas tentativas de abandonar K'n-yan. La oportunidad se le presentó de una manera inesperada: una de las hembras de su grupo afectivo sentía por él una extraña atracción basada en algunos recuerdos hereditarios sobre los días en los que la monogamia era práctica común en Tsath. Zamacona adquirió una extraordinaria influencia sobre aquella hembra —una noble de moderada belleza e inteligencia llamada T'la-yub—, y finalmente consiguió que le ayudara a escapar tras prometerle que dejaría acompañarle. La suerte ejerció un papel fundamental en el desarrollo de los acontecimientos, ya que T'la-yub descendía de una antigua familia de señores de las puertas que habían conservado ciertas leyendas orales acerca de uno de los pasadizos que daban al mundo exterior, leyendas que la mayoría de la gente había olvidado antes incluso del gran cierre; se trataba de un pasadizo que ascendía hasta cierto montículo enclavado en una llanura de la tierra que jamás había sido sellado ni puesto en vigilancia. T'la-yub le explicó que los señores de las puertas no

eran guardianes ni centinelas, sino simples propietarios testimoniales que conservaban un estatus medio feudal, retazos de una era en la que aún no se habían roto las relaciones con el exterior. Su familia era tan pequeña en los días en los que se cerraron las puertas que nadie se fijó en ella, y desde entonces habían ocultado la existencia de aquel pasadizo como si fuera un secreto hereditario, los restos del antiguo esplendor y poderío y fuente de orgullo personal que contrarrestaba en cierta manera la pérdida de influencia a la que se habían visto abocados.

Zamacona, que ahora se afanaba en terminar el manuscrito antes de que pudiera sucederle algún percance, decidió llevarse consigo nada más que cinco bestias cargadas de oro en pequeños lingotes, como los que se usaban para las decoraciones menores; los suficientes, calculó, para convertirlo en un hombre de ilimitado poder en su mundo. Había acabado acostumbrándose a la compañía de los monstruosos *gyaa-yothn* durante su estancia de cuatro años en Tsath, de manera que no tuvo reparos en utilizar a dichas criaturas; sin embargo, tenía pensado matarlas y enterrarlas una vez descargado el oro, en cuanto llegara al mundo exterior, ya que sabía que su simple presencia podría enloquecer a los indios que las contemplasen. Después organizaría una partida para recuperar el oro y transportarlo a México. A lo mejor terminaba compartiendo su destino con T'la-yub, ya que la mujer no carecía de encantos, pero seguramente le buscaría acomodo entre los indios de las llanuras pues no le atraía demasiado mantener ningún tipo de vínculo con las costumbres vitales de Tsath. Por supuesto, se casaría con alguna dama española o, en su defecto, con una princesa india de estirpe humana y circunspecto pasado. Pero de momento, usaría a T'la-yub como guía. Llevaría el manuscrito en persona, guardado en uno de esos cilindros contenedores que estaban hechos del sagrado y magnético metal tuliano.

El viaje de huida está detallado en el apéndice del manuscrito; se redactó al final y muestra señales de haber sido escrito bajo una enorme tensión. Al partir tomaron todo tipo de precauciones, abandonaron la ciudad cuando todos descansaban y se internaron por los pasadizos tenuemente iluminados que discurrían por debajo de Tsath. T'la-yub y Zamacona iban disfrazados de esclavos, portaban mochilas llenas de provisiones y progresaban a pie tirando de las riendas de las cinco cargadas bestias, de manera que fueron tomados

por simples trabajadores. Avanzaron todo lo posible por el camino subterráneo, aprovechando un largo pasadizo secundario, apenas usado, que antaño había albergado los transportes mecánicos que conducían al ahora ruinoso barrio de L'thaa. Salieron a la superficie entre las ruinas de L'thaa, atravesaron con la mayor rapidez posible la desértica y azulada llanura de Nith y se dirigieron hacia la cadena de colinas bajas de Grh-yan. Entonces, oculta entre la maleza, T'la-yub descubrió la legendaria y desahuciada entrada al olvidado pasadizo, la cual había contemplado en una sola ocasión, cuando su padre, eones atrás, la había llevado al lugar para que fuera testigo del orgullo de la familia. Resultó muy complicado conseguir que los cargados *gyaa-yothns* se abrieran paso entre los arbustos y enredaderas que obstruían el acceso, y una de las bestias mostró tal reticencia a atravesarlo que se temieron lo peor; la criatura escapó y se volvió en dirección a Tsath trotando sobre sus detestables pezuñas y con toda la preciada carga encima.

El progreso por el túnel fue espantoso; iluminados por la luz azul de las antorchas, subían y bajaban, bajaban y subían, por el interior de un húmedo pasadizo que nadie había hollado desde los tiempos anteriores al hundimiento de la Atlántida. T'la-yub tuvo que recurrir en una ocasión al temible arte de la desmaterialización para que, tanto ella como Zamacona y las bestias, pudieran superar una zona completamente obstruida por un desprendimiento. Para el español fue una experiencia aterradora, ya que, a pesar de que con frecuencia había observado aquella práctica en otros e incluso él mismo había experimentado con ella en sus sueños, jamás se había visto sujeto por completo a ella. Pero T'la-yub era una experta en las técnicas de K'n-yan y pudo realizar sin peligro la triple metamorfosis.

Siguieron su camino por los infernales pasadizos, entre cuevas espantosas repletas de estalactitas y grabados monstruosos, alternando periodos de marcha y de descanso durante un tiempo que Zamacona estimó cercano a los tres días, aunque podrían ser menos. Por fin llegaron a un paraje muy estrecho donde las cavernas naturales o mínimamente talladas dieron paso a un túnel cuyas paredes eran completamente artificiales y estaban cubiertas de espantosos bajorrelieves. Después de casi dos kilómetros de ascensión, el pasadizo desembocaba en un par de vastos nichos que se abrían a los lados y contenían unas representaciones monstruosas de Yig y Tulu, ambos en

cuchillas y mirándose fijamente a través del pasadizo que discurría entre ellos; los dos se observaban desde tiempos inmemoriales, antes incluso de que el mundo de los humanos viera la luz. En este punto el túnel se abría a una caverna abovedada, prodigiosa, circular y de construcción humana, que estaba recubierta de pavorosos grabados, en cuyo extremo opuesto se adivinaba una puerta arqueada tras la que ascendía un ramal de escalones. Gracias a las historias familiares, T'la-yub sabía que se encontraban muy cerca de la superficie, aunque no sabía exactamente a qué distancia. Decidieron acampar allí mismo, pensando que aquel sería su último campamento antes de abandonar el mundo subterráneo.

Horas después, el repiqueteo del metal y el sonido de los cascos de las bestias despertaron a Zamacona y a T'la-yub. Observaron un resplandor azulado cerca del estrecho pasaje que discurría entre las imágenes de Yig y Tulu y al instante supieron lo que estaba sucediendo. Se había dado la alarma en Tsath a consecuencia, como más tarde descubrieron, del *gyaa-yoth* que se había encabritado en el acceso al enmarañado túnel de entrada y luego regresado a la ciudad; enseguida se reunió una partida de búsqueda que se puso inmediatamente en camino con la intención de atrapar a los fugitivos. Toda resistencia sería inútil, y no se ofreció ninguna. El grupo, doce jinetes montados en sus respectivas bestias, se comportó de una manera estudiadamente correcta y el regreso se emprendió casi de inmediato, sin intercambio de palabras ni mensajes mentales.

Fue un viaje siniestro y deprimente, y la horrorosa experiencia de desmaterializarse y volver a materializarse en el tramo obstruido le resultó a Zamacona aún más espantosa debido a la ausencia de la vieja esperanza que lo había acompañado en el trayecto de huida. El español oyó que sus captores discutían sobre la conveniencia de despejar inmediatamente aquel pasaje por medio de intensas radiaciones y situar centinelas en el hasta ahora desconocido portal exterior. De esta manera, tampoco se permitiría el acceso al túnel de ningún extranjero, ya que cualquiera podría escapar tras contemplar la vastedad de aquel mundo subterráneo y ser lo suficientemente curioso para volver con refuerzos. Como ya se hizo en otros pasadizos desde la llegada de Zamacona, se apostarían centinelas a lo largo de todo el trayecto y también en los accesos exteriores, centinelas escogidos entre los esclavos,

los muertos en vida *y'm-ghi* o las clases bajas de los hombres libres. Tal y como el español les había informado, con la llegada de miles de europeos a las llanuras centrales de Norteamérica, cualquier pasadizo era un peligro en potencia y tenía que ser rigurosamente protegido hasta que los científicos de Tsath descubrieran una fuente de energía capaz de destruir todas las entradas ocultas, de la misma manera que ya lo habían hecho con muchas otras en tiempos más antiguos y pujantes.

Zamacona y T'la-yub fueron llevados a juicio ante el tribunal supremo, encabezado por tres *gn'agn*, cuya sede era el palacio de cobre y oro que se erguía detrás de los jardines de las fuentes, y al español se le volvió a conceder la libertad debido a la información vital sobre el mundo exterior de la que aún disponía. Se le ordenó que regresara a su apartamento y al grupo afectivo, que siguiera con sus quehaceres habituales y reanudara los contactos con los distintos grupos de intelectuales de acuerdo a la agenda que se había planeado con anterioridad. No se le impondría ningún tipo de prohibición si se atenía a las normas y vivía pacíficamente en K'n-yan, pero se le dejó bien claro que no se consentiría ningún otro intento de fuga. Zamacona percibió cierta ironía en las palabras del líder de los *gn'agn* con respecto a la devolución de los *gyaa-yothn*, incluyendo el que les había traicionado, que habían sido de su propiedad.

La suerte de T'la-yub fue mucho peor. Como no poseía nada que les fuera de utilidad, y al proceder de un antiguo linaje *tsathico* que aumentaba si cabe aún más su acto de traición, se la destinó como objeto de diversión a los extraños espectáculos del anfiteatro; después, una vez mutilada y en un estado medio desmaterializado, realizaría las funciones de cualquier otro *y'm-bhi*, o esclavos de cuerpo animado, y sería destinada a la guardia de centinelas que vigilaban el pasadizo cuyo secreto había traicionado. Zamacona pronto se enteró, con una sensación de tristeza y dolor que jamás hubiera sospechado antes, de que la pobre T'la-yub había salido de la arena decapitada y completamente mutilada, y que luego se la había enviado de centinela al extremo más alejado del montículo en el que terminaba el pasadizo. Supo que era una guardia nocturna y que su cometido consistía en vigilar y advertir a todo aquel que se acercase con una antorcha y enviar informes, en el caso de que los visitantes no hicieran caso a sus advertencias,

a una pequeña guarnición de doce esclavos *ym-bhi* y seis hombres libres y vivos, aunque parcialmente desmaterializados, que convivían en el recinto circular y abovedado. Trabajaba en conjunción con el centinela de día, un hombre libre que había elegido este destino en lugar de otras formas de disciplina como pago a ciertas ofensas que había cometido contra el estado. Zamacona sabía bien que la mayoría de los cabecillas que vigilaban las entradas pertenecían a esa clase de hombres libres caídos en desgracia.

Entonces se dio cuenta de que otro intento de fuga por su parte le condenaría a servir como centinela de las puertas, que le convertirían en un *y'm-bhi*, en otro esclavo muerto en vida, y que, después de actuar en el anfiteatro, acabaría aún más deforme que la propia T'la-yub. Sospechaba que su cuerpo, o una parte del mismo, sería reanimado para trabajar de centinela en algún recóndito lugar del pasadizo, a la vista de todos los demás, de manera que su mutilada persona sirviera de ejemplo a todo aquel que pretendiese traicionar al Estado. Pero sus compañeros le aseguraban que era imposible que le sucediera algo parecido. Seguiría siendo una persona libre, distinguida y respetada, siempre y cuando permaneciera en paz.

Pero al final, Pánfilo de Zamacona se vio abocado a ese destino que pendía sobre su cabeza. Desde luego, él no esperaba acabar así, pero en la última parte del manuscrito se hace evidente que estaba preparado para encarar semejante posibilidad. Sus esperanzas de escapar de K'n-yan se vieron incrementadas gracias a su progresivo dominio del arte de la desmaterialización. Después de estudiar esta ciencia durante años, y después de las dos ocasiones en las que la había experimentado personalmente, se sentía ahora capaz de usarla por su cuenta. En el manuscrito se describen varios ensayos notables en este campo —pequeños éxitos realizados en su apartamento— que reflejan las esperanzas que albergaba Zamacona en el sentido de que pronto sería capaz de transformarse en un ente espectral, completamente invisible, y permanecer en esa condición todo el tiempo que lo deseara.

En cuanto consiguiera llegar a semejante estado, se dijo a sí mismo, el camino al mundo exterior quedaría expedito. Por supuesto, no se arriesgaría a llevar oro; simplemente se conformaba con escapar. Sin embargo, tras desmaterializarse, sí se llevaría el manuscrito guardado dentro del cilindro de

metal tuliano, aunque le supusiera un esfuerzo adicional, ya que la prueba y el registro de todo lo que le había acontecido tenía que llegar al mundo exterior a cualquier precio. Ahora conocía el pasaje de salida y, si era capaz de transformarse en átomos, no imaginaba cómo cualquier persona o fuerza podría detectarle o detenerle. Lo único que daría al traste con la fuga sería la incapacidad de mantener su estado espectral durante todo el tiempo necesario. Este era el verdadero peligro que siempre tenía en mente y que ya había experimentado en sus pruebas. Pero ¿quién no se arriesgaría a morir, o a algo peor, después de una vida tan aventurera? Zamacona era un caballero de la vieja España y por sus venas circulaba la sangre de los conquistadores que habían ocupado y colonizado la desconocida mitad del Nuevo Mundo.

Después de decidirse, Zamacona se encomendó a San Pánfilo y otros santos guardianes y rezó el rosario durante las noches. La última entrada del manuscrito, que cada vez se parecía más a un simple diario, consistía en una escueta frase: «*Es más tarde de lo que pensaba. Tengo que marcharme*»^[12]. Y después, tan solo silencio y conjeturas, y el propio manuscrito en sí mismo y todo lo que evidencia y presupone.

Cuando despegué los ojos de aquella lectura asombrosa el sol se encontraba muy alto en el cielo. La bombilla eléctrica seguía encendida, pero todos esos objetos del mundo real —del moderno mundo exterior— se hallaban muy lejos de mi aturdido cerebro. Sabía que estaba en mi habitación de la casa de Clyde Compton, en Binger, pero ¿con qué panoramas monstruosos me había tropezado? ¿Era aquel manuscrito una simple patraña o el relato de un hombre enloquecido? Si se trataba de un camelo, ¿había sido escrito en pleno siglo XVI o en nuestros días? A mis ojos, que no carecían de experiencia en tales materias, la antigüedad del manuscrito parecía genuina y el extraño metal del que estaba hecho el cilindro añadía ciertos interrogantes sobre los cuales no me atrevía a meditar.

Además, el relato conseguía explicar todos los extraños fenómenos que tenían lugar en el montículo, todas aquellas manifestaciones espectrales diurnas y nocturnas, en teoría inauditas, así como los insólitos casos de locura y las diversas desapariciones. Todo quedaba explicado de una manera condenadamente *plausible* y *consistente*, siempre y cuando quisiéramos creer en lo inconcebible. También podría tratarse de una astuta broma urdida por

alguien que conocía a la perfección las leyendas sobre el montículo. Incluso se intuía una especie de crítica social en el registro de los acontecimientos sobre aquel increíble mundo subterráneo repleto de horror y decadencia. Seguramente se trataba de una simple falsificación pergeñada por un cínico de considerable inteligencia, algo similar al fraude de las enormes cruces de Nuevo México, que tiempo atrás plantó un bromista para afirmar luego que eran los vestigios de una antigua colonia europea de la Edad Oscura.

Cuando bajé a desayunar no sabía qué decir a Compton y su madre, ni tampoco a los curiosos que empezaban a llegar. Sin embargo, decidí cortar por lo sano y opté por resumir las breves notas que había ido tomando, insistiendo en mi creencia de que todo el asunto no era más que engaño ingenioso y sutil urdido por algún explorador que había visitado el montículo con anterioridad, opinión esta con la que todo el mundo pareció estar de acuerdo cuando les resumí el núcleo principal del manuscrito. Resultó muy curioso descubrir cómo este grupo de curiosos que se presentaron a la hora del desayuno —y todos los demás habitantes de Binger que después se enteraron de lo hablado— parecían sentirse mucho más relajados al pensar que alguien les estaba gastando una especie de broma. De momento todos olvidamos que la historia reciente y bien conocida del montículo seguía albergando misterios tan extraños como cualquiera de los narrados en el manuscrito, y tan alejados como siempre de una explicación medianamente aceptable.

Los miedos y las dudas volvieron a hacerse patentes cuando solicité algunos voluntarios para que me acompañaran al montículo. Quería un grupo numeroso para que me ayudara a excavar el terreno, pero la perspectiva de aproximarse a un lugar tan sombrío no parecía atraer demasiado a los lugareños de Binger. Yo mismo sentía cómo el miedo crecía en mi interior cuando pensaba en volver al montículo y divisar de nuevo la vagabunda figura del centinela diurno, pues, a pesar de todo mi escepticismo, las morbosas alusiones que se insinuaban en el manuscrito seguían perturbándome y conferían a todo lo conectado con el lugar una nueva y monstruosa significación. Carecía por completo del valor necesario para observar a la vagabunda figura a través de los prismáticos. En vez de eso, me decidí a partir con la misma bravuconería que solemos exhibir en las

pesadillas, cuando, aun sabiendo que seguimos soñando, nos sumergimos con desesperación en horrores cada vez más espantosos con la esperanza de que todo acabe lo antes posible. Había dejado el pico y la pala en el montículo, de manera que solo tuve que preparar el macuto y recoger los pocos utensilios necesarios para la investigación. Incluí el extraño cilindro y su contenido, con la vaga sensación de que su texto de letras verdosas escrito en arcaico español podría servirme para verificar posibles descubrimientos nuevos. Hasta podría desenmascarar algún engaño fijándome bien en las características del montículo... ¡y ese metal magnético resultaba asquerosamente extraño! El enigmático talismán de Águila Gris seguía colgando de la cinta de piel que pendía de mi cuello.

No me fijé demasiado en el montículo mientras caminaba en su dirección, pero cuando llegué no vi a nadie por los alrededores. Mientras volvía a arrastrarme cuesta arriba como en la jornada anterior me vi asaltado por terribles pensamientos: ¿*habría* realmente algo rondando cerca? ¿Y *si*, por algún extraño milagro, ciertas partes del manuscrito *eran* auténticas? En tal caso, no dejaba de pensar, el hipotético explorador español tenía que haber llegado casi al mundo exterior cuando le sobrevino algún tipo de desastre, quizás una materialización involuntaria. De haber sido así, sin duda el centinela que estuviese de guardia lo habría atrapado —ya fuera un hombre libre caído en desgracia o, en el colmo de la suprema ironía, la mismísima T’la-yub que le había ayudado a planear y ejecutar su primer intento de fuga — y, en el forcejeo subsiguiente, el cilindro con el manuscrito podría haber caído en la cima del montículo, donde quedó olvidado y enterrado durante las cuatro siguientes centurias. Pero mientras escalaba me decía a mí mismo que no era adecuado pensar en semejantes extravagancias. Y sin embargo, si *había* algo de verdad en toda aquella historia, el destino de Zamacona al ser atrapado tenía que haber sido espantoso... el anfiteatro... mutilación... las guardias en esos túneles húmedos y nitrosos, como un esclavo muerto en vida... un cuerpo amputado convertido en centinela autómatas...

Todos estos pensamientos mórbidos no dejaban de perturbar mi cerebro y me llevé un susto enorme al descubrir que el pico y la pala habían desaparecido de la cima elíptica en donde los había dejado la jornada anterior. Fue un hallazgo terrible y desconcertante, y sospechoso también, en

vista de la aversión que todos los lugareños de Binger manifestaban a la hora de acercarse al montículo. ¿Acaso aquella aversión era una simple pose y los bromistas del pueblo se estaban mofando a mi costa cuando me vieron partir? Tomé los prismáticos y examiné a la multitud que se amontonaba en las afueras de la aldea. No, no parecía que estuvieran riéndose de mi aparente turbación; y sin embargo, ¿no sería todo aquello una broma colosal de la cual participarían todos los aldeanos e indios de la reserva... las leyendas, el cilindro, el manuscrito y demás? Pensé en el centinela que había visto a lo lejos y en cómo había desaparecido inexplicablemente; pensé también en la conducta de Águila Gris, en el discurso y la actitud de Compton y su madre, en el miedo inconfundible de la mayoría de los habitantes de Binger. En el fondo, resultaba bastante improbable que todo aquello fuera una broma urdida por las gentes del lugar. Los miedos y misterios eran, con toda seguridad, reales; aunque también resultaba obvio que uno o dos gallitos bromistas de Binger se habían aventurado hasta el montículo y robado mis herramientas.

Todo lo demás se encontraba tal y como lo había dejado: los arbustos cortados a golpe de machete, la suave depresión en forma de taza sobre el extremo norte del montículo y el agujero excavado con el puñal donde había encontrado el cilindro magnético. Consideré innecesario retornar a Binger en busca de otro pico y otra pala —y servir de mofa a los posibles bromistas—, y decidí seguir fiel a mi programa sirviéndome tan solo del machete y del puñal que guardaba en el macuto; así que, después de sacar este último, me puse a escarbar en la depresión con forma de taza en donde creía muy posible que se encontrara un acceso al interior del montículo. Mientras trabajaba, volví a sentir de nuevo esa extraña brisa repentina que me acariciaba, tal y como me sucedió la jornada anterior, aunque esta vez parecía soplar más fuerte, y también creí notar unas manos informes, adversas e invisibles que me agarraban de las muñecas mientras cavaba cada vez más hondo en el terreno rojizo y cubierto de raíces y llegaba a la exótica capa de arcilla negra que había debajo. El talismán que colgaba de mi cuello parecía sacudirse extrañamente en la brisa, y no apuntaba a una zona concreta, como cuando fue atraído por el cilindro enterrado, sino en todas direcciones, de una manera vaga y difusa, completamente inexplicable.

Entonces, sin previo aviso, la tierra rojiza y llena de raíces que había bajo mis pies empezó a hundirse con un crujido mientras oía un audible sonido de materiales cayendo a bastante distancia en las profundidades de la sima. El viento, la fuerza o las manos que me bloqueaban parecían proceder ahora del mismísimo centro de la abertura y sentí que me ayudaban empujándome hacia afuera de la sima, evitando que me precipitara en su interior. Me incliné sobre la grieta y empecé a despejar la abertura de raíces con el machete, y entonces volví a sentir aquella fuerza que se me oponía, aunque en ningún momento resultó lo suficientemente enérgica como para detener mi tarea. Cuantas más raíces cortaba más materiales de desecho caían en el interior de la sima. Por fin, el agujero empezó a abrirse por el centro y descubrí que la tierra suelta se precipitaba en una cavidad bastante grande que había debajo; de manera que, en poco tiempo, cuando corté las últimas raíces que mantenían la arena unida, quedó al descubierto una abertura de buen tamaño. Unos cuantos golpes de machete más y, tras un último desprendimiento y una extraña bocanada de aire frío y exótico que manó de la grieta, la entrada quedó expedita y di por concluida la tarea. Bajo el sol matinal quedó al descubierto una abertura bastante amplia, de casi un metro cuadrado, que se comunicaba con un tramo de escalones de piedra por el que aún resbalaban la tierra y los cascotes recién desprendidos. ¡Al fin había tenido éxito! El júbilo que sentí pudo en esta ocasión con todos mis miedos, así que guardé el cuchillo de monte y el machete en el macuto, tomé la potente linterna eléctrica y me preparé para invadir de manera triunfante, solitaria e imprudente el fabuloso mundo subterráneo que acababa de descubrir.

Resultó bastante complicado bajar los primeros escalones, ya que estaban cubiertos de tierra desprendida y del interior del agujero subía un funesto viento gélido. El talismán que colgaba de mi cuello oscilaba de extraña manera y empecé a echar de menos el cuadrado de luz solar que antes veía a mis espaldas. La luz de linterna eléctrica relucía en las paredes de bloques de basalto negro chorreantes de agua y repletos de incrustaciones salinas, y de vez en cuando creía percibir tallas y relieves bajo los depósitos de óxido nitroso. Agarré con fuerza el macuto y me alegré al sentir el peso reconfortante del voluminoso revólver que descansaba en el bolsillo derecho de mi pelliza. Al cabo de un rato el pasadizo empezó a girar a uno y otro lado

y la escalera quedó libre de obstáculos. Las tallas de las paredes no eran lo suficientemente claras y me estremecí al descubrir cuanto se parecían aquellas figuras grotescas a los monstruosos bajorrelieves grabados en el cilindro que había descubierto. El viento y otras fuerzas extrañas seguían soplando con malicia en mi contra, y al cabo de una o dos curvas creí imaginar que la luz de la linterna revelaba unas formas delgadas y transparentes no muy distintas a la del centinela del montículo que había observado con mis prismáticos. Cuando alcancé este estado de caos mental me detuve un rato con la intención de recuperar el dominio de mí mismo. No podía consentir que mis nervios me jugaran una mala pasada cuando me hallaba a las puertas de una difícil tarea y el logro más notable de toda mi carrera arqueológica.

Pero pronto deseé no haberme detenido en ese lugar, ya que mis ojos se vieron atraídos por algo extraordinariamente inquietante. Se trataba de un pequeño objeto que yacía al lado del muro de uno de los escalones, algo más abajo de donde yo me encontraba, un objeto de tales características que pusieron en tela de juicio mi salud mental y consiguieron que empezara a pensar en las más absurdas teorías. Quedaba demostrado, gracias a la acumulación de tierra y raíces soterradas, que la entrada por la que había penetrado en aquel mundo subterráneo había sido clausurada muchas generaciones atrás; sin embargo, el objeto que tenía delante no procedía de un tiempo tan lejano. Se trataba de una linterna eléctrica muy parecida a la que tenía en las manos y, aunque estaba deformada y llena de excrecencias producidas por la humedad, resultaba perfectamente reconocible. Descendí algunos escalones, la agarré y eliminé la suciedad que la cubría restregándola sobre mi basta pelliza. Uno de los cilindros de níquel tenía un nombre y una dirección grabados que reconocí al instante con un sobresalto. Ponía «Jas. C. Williams, 17 Trowbridge St., Cambridge, Mass.» y supe que había pertenecido a uno de los dos temerarios maestros que habían desaparecido el 28 de junio de 1915. ¡Tan solo habían pasado treinta años y era como si hubiese agujereado la barrera del tiempo! ¿Cómo había llegado allí aquel objeto? ¿Acaso existía otra entrada? ¿Había algo de verdad en todo ese absurdo asunto de la materialización y la desmaterialización?

Las dudas y el miedo crecieron en mi interior mientras seguía

descendiendo las vueltas y revueltas de aquella interminable escalera. ¿No se acabaría nunca? Los grabados cada vez eran más definidos y creí vislumbrar en ellos una especie de hilo argumental que me llenó de espanto, ya que lo narrado se correspondía de forma inequívoca con la historia de K'n-yan esbozada en el manuscrito que ahora descansaba en mi macuto. Por primera vez empecé a preguntarme seriamente si era prudente continuar bajando, si no sería mejor volver a la superficie antes de tropezar con algo que me impidiera regresar en mi sano juicio. Pero la incertidumbre duró poco, pues era un virginiano y por mis venas corría la sangre de luchadores ancestrales y nobles aventureros, sangre que me impedía soslayar los peligros, ya fueran conocidos o desconocidos.

Empecé a descender con mayor velocidad, evitando mirar los espantosos bajorrelieves y tallas que tanto me habían perturbado. Al rato, un poco más adelante, distinguí una oquedad abovedada y supe que la prodigiosa escalera había terminado al fin. Pero esa certidumbre vino acompañada de un súbito horror, pues ante mí se extendía una enorme cripta arqueada cuyos contornos me resultaban terriblemente familiares; se trataba de un inmenso espacio circular que se correspondía en todos los detalles con la cámara de arcos tallados descrita por Zamacona en el manuscrito.

Sin duda era el mismo lugar. No podía haber ningún tipo de error. Y si aún me quedaba alguna duda, esta desapareció de golpe al descubrir lo que había al otro extremo de la enorme cámara. Se trataba de una segunda oquedad abovedada de la que nacía un largo y estrecho pasadizo, en cuyo inicio se abrían dos inmensos nichos que albergaban unas estatuas titánicas y repugnantes de sorprendente familiaridad. Allí, en medio de la oscuridad, el impío Yig y el execrable Tulu se agazapaban para toda la eternidad, observándose el uno al otro a través del pasadizo de la misma manera que lo habían venido haciendo desde los tiempos más remotos del mundo terrestre.

Desde entonces procuré no prestar demasiada atención a lo que veía, o a lo que *pensaba* que veía. Era demasiado antinatural, demasiado monstruoso y horrible, como para formar parte de cualquier experiencia humana cuerda, de cualquier realidad objetiva. Aunque de mi linterna brotaba un potente rayo de luz, no era lo suficientemente vivo para iluminar en su totalidad los rincones de aquella cripta ciclópea, de manera que tuve que examinar las gigantescas

paredes moviendo el aparato de un lado a otro. Mientras lo hacía, descubrí horrorizado que el recinto no estaba vacío, que se encontraba repleto de extraños muebles, utensilios y bultos que delataban una reciente ocupación; no eran reliquias oxidadas del pasado sino objetos de formas insólitas y suministros que parecían utilizarse habitualmente. Pero cuando la luz de la linterna se posó en cada artículo o grupo de artículos, sus contornos se hicieron más difusos y extraños, hasta que al fin me sentí incapaz de distinguir cuáles pertenecían al mundo material y cuáles al mundo espiritual.

Y mientras tanto los vientos adversos seguían soplando con fuerza creciente y las manos invisibles me agarraban maliciosas y tiraban del extraño talismán magnético que llevaba al cuello. Me embargó un profundo sentimiento de amor propio. Pensé en el manuscrito y en lo que decía acerca del puesto de guardia ubicado en las proximidades: doce esclavos muertos en vida, o *y'm-bbi*, y otros seis hombres libres, vivos pero parcialmente desmaterializados. Eso era en 1545, trescientos ochenta y tres años atrás... ¿Qué había pasado desde entonces? Zamacona había predicho un cambio... una sutil desintegración... más desmaterializaciones... la decadencia de la raza... ¿Acaso el talismán de Águila Gris, el sagrado metal de Tulu, los estaba manteniendo a raya y trataban de arrancármelo por todos los medios posibles, de manera que pudieran hacerme lo mismo que ya le habían hecho a los que me precedieron?... Entonces me di cuenta desconcertado de que estaba construyendo mis teorías en base a una creencia total y absoluta por lo expuesto en el manuscrito, y eso no podía ser. Tenía que recuperar el control de mi mente.

Pero cada vez que lo hacía me topaba con un descubrimiento nuevo que arruinaba mis tentativas. Y entonces, justo cuando mi fuerza de voluntad estaba consiguiendo apartar de mi mente toda aquella borrosa parafernalia, el rayo de luz de la linterna y mis ojos se toparon con dos objetos de muy diferente naturaleza, dos objetos que pertenecían incuestionablemente al mundo real y cuerdo, dos objetos que, aun así, me perturbaron más que cualquier otra cosa que hubiera visto antes, porque sabía lo que eran y sabía con absoluta certeza que no deberían encontrarse aquí abajo. *Se trataba de mi pico y de mi pala que descansaban apoyados sobre la blasfema pared cubierta de grabados de aquella cripta infernal. ¡Por todos los Cielos! ¡Y yo*

que había estado maldiciendo a los bromistas de Binger!

Aquello fue la gota que colmó el vaso. A partir de entonces las palabras hipnóticas del manuscrito dominaron mi mente y pude *ver* las figuras medio transparentes de cosas que empujaban y tironeaban, cosas de un tiempo increíblemente lejano y repugnante, cosas que aún conservaban cierto aspecto humano, cosas con el cuerpo *entero* y cosas nauseabundas y *fragmentadas*... Y también *otro tipo de entidades*, blasfemias de cuatro patas, cara de simio y cuerno frontal... y ningún sonido brotaba de aquel infernal y nítrico mundo subterráneo...

Y entonces oí algo, un sonido susurrante, contenido, blando, que se iba acercando y que anunciaba sin ninguna duda la presencia de un ente tan material como el pico y la pala... algo completamente distinto de las figuras fantasmales que me rodeaban y sin embargo igual de alejado de cualquier forma de vida corriente que pulula sobre la faz de la tierra. Intenté prepararme para lo que estaba a punto de llegar, pero me resultó imposible hacerme una idea de lo que iba a ver. Lo único que podía hacer era repetirme a mí mismo una y otra vez: «Viene del abismo, pero no está desmaterializado». El sonido almohadillado se fue haciendo más claro y por el ritmo monótono de las pisadas supe que se trataba de una cosa muerta que avanzaba en la oscuridad. Y entonces —¡por todos los dioses!— *lo vi, lo vi claramente a la luz de mi linterna, vi al centinela que avanzaba por el estrecho corredor, entre los ídolos espantosos de Yig, la serpiente, y Tulu, el pulpo...*

Necesito tiempo y tranquilidad para poder emitir un vago juicio de lo que observé, para explicar por qué arrojé la linterna y el macuto y salí corriendo en medio de la más profunda oscuridad, arropado por un misericordioso aturdimiento que no me abandonó hasta que el sol y los distantes gritos y exclamaciones de los aldeanos me despertaron mientras yacía jadeante sobre la cima del infernal montículo. Todavía no recuerdo cómo conseguí regresar a la superficie. Tan solo sé que los curiosos de Binger me vieron salir tambaleante tres horas después de mi desaparición, que me observaron dando traspiés antes de desplomarme como si hubiera sido alcanzado por una bala. Ninguno se atrevió a ir en mi ayuda, aunque suponían que no me hallaba en demasiado buen estado, de manera que intentaron despertarme a base de

gritos y disparos.

Al final sus esfuerzos dieron resultado y cuando me erguí a punto estuve de caer rodando por la ladera del montículo, tal era la angustia que sentía por alejarme de aquella negra oquedad que aún permanecía abierta. La linterna, las herramientas y el macuto donde guardaba el manuscrito habían quedado abajo, pero resulta sencillo imaginar por qué nadie, ni siquiera yo, volvimos para recuperarlos. Cuando llegué al pueblo, después de atravesar la llanura a duras penas, no me atreví a contar lo que había visto. Tan solo murmuré frases entrecortadas acerca de relieves, estatuas y nervios a flor de piel. Solo estuve a punto de desmayarme otra vez cuando alguien dijo que el centinela fantasmagórico había reaparecido cuando me encontraba a medio camino de vuelta a la aldea. Abandoné Binger aquella misma tarde. Jamás he regresado, aunque me dicen que los fantasmas siguen vigilando el montículo, como siempre lo han hecho.

He decidido anotar aquí lo que no me atreví a contar a los aldeanos de Binger aquella espantosa tarde de agosto. Realmente no sé cuál es la mejor forma de hacerlo, y si al final piensan que mis reparos son un tanto sospechosos, piensen que una cosa es imaginar tan espantosos sucesos y *otra muy distinta vivirlos en propia carne*. Vi todo aquello. Creo que recordarán que al principio de la narración cité a un joven llamado Heaton que fue al montículo un día de 1891 y regresó una noche al pueblo convertido en un idiota, que se pasó ocho años farfullando extraños horrores y luego murió de un ataque epiléptico. Lo que solía balbucear era algo así como: «*Ese hombre blanco, ¡Dios mío! ¿Qué le han hecho?...*».

Pues bien, yo vi lo mismo que el pobre Heaton... y lo vi después de leer el manuscrito, de manera que sabía bastante más sobre su historia. Esto resultó fatal porque sabía lo que *significaba*, sabía de todos los que continuaban ahí abajo pululando, meditando y esperando. Les he hablado de las flácidas y mecánicas pisadas que se acercaban por el estrecho pasadizo y de la figura que apareció entre las aterradoras estatuas de Yig y Tulu. Fue algo lógico e inevitable pues aquel ente *era* un centinela. Como castigo lo habían convertido en guardián y estaba definitivamente muerto; además, carecía de cabeza, brazos, la parte inferior de las piernas y otros miembros ordinarios del cuerpo humano. Sí, había sido un hombre completamente

normal, en otro tiempo, y además *blanco*. Si el manuscrito era auténtico, como yo ahora pensaba, resultaba evidente que aquel sujeto había sido usado para servir de *divertimento en el anfiteatro* antes de que su vida se hubiera extinguido por completo y sus movimientos fueran controlados a base de impulsos mecánicos enviados desde el exterior.

Habían grabado o tatuado unas palabras en su pecho lampiño y, aunque no me detuve a investigarlo demasiado, sí me di cuenta de que estaban escritas en un español desmañado y poco conciso, palabras que resultaban un tanto irónicas sabiendo que habían sido grabadas por un ser alienígena que no estaba familiarizado con el idioma ni las letras romanas. La inscripción rezaba: «*Secuestrado a la voluntad de Xianaián en el cuerpo decapitado de Tlayúb^[13]*».

LA CABELLERA DE MEDUSA

Medusa's Coil (1930)

Zelia Bishop & H.P. Lovecraft

I

La carretera hacia el Cabo Girardeau había discurrido entre campos desconocidos, y cuando la luz del atardecer se tornó dorada y parecía estar llena de ensoñaciones, decidí que tendría que preguntar a alguien si pretendía llegar a la ciudad antes de que cayera la noche. No quería perderme en aquellas desoladas tierras bajas del sur de Missouri al oscurecer, ya que los caminos se encontraban en mal estado y el frío de noviembre resultaba muy desagradable en un coche descubierto. Además, unos nubarrones negros crecían en el horizonte; así que atisé entre las sombras alargadas, grises y azules que cubrían los campos chatos y pardos con la esperanza de descubrir alguna granja en la que me pudieran informar adecuadamente.

Era un paraje desértico y desolado pero al fin atisé un tejado que sobresalía por encima de un conglomerado de árboles, al lado de un arroyuelo que discurría a mi derecha; se hallaba, quizás, a casi un kilómetro de distancia y seguramente sería accesible a través de alguna vía o camino cercano. Debido a la ausencia de cualquier otro núcleo habitado decidí probar suerte allí, y me alegré mucho cuando los arbustos de la cuneta se abrieron,

dejando al descubierto unos ruinosos pilares de piedra tallada que indicaban la situación de la puerta de entrada, y que yo no había sido capaz de distinguir antes debido a la distancia y a estar cubiertos de hiedras y arbustos secos. Comprobé que no podía meterme allí con el coche, así que lo dejé bien aparcado junto a la entrada —debajo de un espeso árbol de hoja perenne que lo protegería en caso de lluvia— y me dispuse a emprender el largo camino hasta la casa.

Mientras avanzaba por aquella senda cubierta de maleza bajo la tenue luz crepuscular me invadió una especie de inquietud, seguramente inducida por la atmósfera siniestra y decadente que flotaba sobre la entrada y la carretera por la que había llegado. Debido a los grabados que adornaban los viejos pilares de piedra deduje que el lugar había sido, tiempo atrás, una finca importante y señorial; también observé que los bordes del camino habían estado embellecidos por dos hileras de tilos, aunque algunos se habían secado y otros ya no mostraban todo su porte al hallarse rodeados de la selvática vegetación característica de aquella zona.

Los arrancamoños y almorejitos se pegaban a mi ropa mientras caminaba y empecé a preguntarme si el lugar seguiría habitado. ¿Me estaría metiendo en un camino sin salida? Durante unos segundos estuve tentado de volverme atrás y buscar otra granja carretera adelante, pero entonces la visión de la casa, que apareció de repente, despertó mi curiosidad y estimuló mi espíritu aventurero.

Había algo provocativo y fascinante en la decrepita mansión rodeada de árboles que se erguía delante, algo que hablaba de los encantos y amplitudes de un tiempo desaparecido y de la inconfundible atmósfera del profundo sur. Se trataba de una de las típicas casas de madera que dominaban las antiguas plantaciones de principios del XIX, de diseño clásico y colonial, con sótano y dos plantas, y un enorme pórtico jónico de altas columnas que llegaban a las buhardillas y sostenían un frontón triangular. La casa estaba en un estado de decadencia evidente; una de las grandiosas columnas se había roto y yacía sobre la tierra, y la galería superior se combaba peligrosamente. También creí ver los restos de otras edificaciones que antaño se habían alzado en sus inmediaciones.

Mientras subía los anchos escalones de piedra que daban al corredor

exterior y al portón tallado sobre el que destacaba una ventana circular, sentí que me invadía el nerviosismo y me dispuse a encender un cigarrillo, aunque decidí no hacerlo al observar lo seco y fácilmente inflamable que se hallaba todo. Estaba convencido de que la casa se hallaba desierta, pero aun así no dudé en violar su dignidad y tiré de la oxidada aldaba de hierro hasta que pude moverla y producir al fin un discreto golpeteo que hizo que todo el edificio vibrara y se estremeciera. No hubo respuesta alguna, así que volví a hacer uso de aquel artefacto pesado y chirriante no solo para alejar el silencio y la soledad que me embargaban, sino también para despertar al posible morador de aquellas ruinas.

Desde algún lugar cercano al riachuelo me llegó el fúnebre arrullo de una paloma, y hasta el soniquete del agua al fluir parecía oírse claramente. Como en sueños así y golpeaba la vetusta aldaba, y al fin empujé con fuerza la enorme puerta revestida con seis paneles. Al instante descubrí que no estaba cerrada y, aunque chirriaba medio obstruida en sus goznes, conseguí ir abriéndola poco a poco hasta poder penetrar en un vasto y umbroso vestíbulo.

En cuanto di el primer paso lo lamenté. No había una legión de espectros esperándome entre las sombras y el polvo de aquella sala repleta de fantasmagóricos muebles estilo «Imperio», pero me di cuenta al instante de que el lugar no estaba deshabitado. Se produjo un chirrido en la enorme escalinata arqueada y hasta mí llegó el sonido de unas pisadas que descendían lentamente. Entonces vi una figura alta y encorvada que se recortaba por un momento sobre la gran ventana de estilo paladino del descansillo.

Logré dominar el terror que me invadió en un principio, y cuando la figura afrontó el último tramo de escalones me dispuse a saludar al dueño de la casa cuya intimidad había invadido. Pude ver en la penumbra que se llevaba la mano al bolsillo en busca de un fósforo. Se produjo un resplandor mientras prendía una pequeña lámpara de keroseno que descansaba sobre una desvencijada cómoda al pie de la escalinata. A la luz raquítica del quinqué pude distinguir la figura de un anciano muy alto y demacrado, vestido de forma descuidada y sin afeitar, pero aun así con el aspecto y las maneras de un caballero.

Sin dejarle hablar, me puse a explicarle el porqué de mi presencia.

—Por favor, disculpe que me haya presentado de esta manera, pero nadie

respondía a mis llamadas y pensé que la casa estaba deshabitada. Tan solo quería saber el camino correcto a Cabo Girardeau, el itinerario más corto. Eso es todo. Quería llegar allí antes del anochecer, pero ahora, claro...

Hice una pausa y el hombre comenzó a hablar justo en el tono cultivado que esperaba oír, aderezado con el suave e inconfundible acento sureño, tan distintivo como la casa que habitaba.

—Es usted el que debe disculparme por no responder antes a sus llamadas. Vivo retirado del mundo y no estoy acostumbrado a las visitas. Al principio creí que usted era un simple curioso. Luego, al ver que seguía insistiendo, me dispuse a bajar, pero no ando bien y me desplazo con suma lentitud. Neuritis vertebral. Un caso complicado.

»En cuanto a lo de llegar a la ciudad antes de la noche... es evidente que ya no puede ser. La carretera por la que ha llegado —pues supongo que usted viene de la puerta— no es ni la mejor ni la más directa. Tiene que tomar la primera desviación a la izquierda después del camino de entrada, o sea, la primera carretera de verdad que se encuentre a la izquierda. Hay tres o cuatro sendas de carros que debe ignorar, pero es imposible no ver la carretera buena porque hay un sauce gigantesco que crece justo enfrente. Una vez haya tomado la desviación debe pasar dos cruces más y desviarse a la derecha en el tercero. Después...

Asombrado por tan complicadas indicaciones —en verdad confusas para un forastero—, no pude evitar interrumpirle.

—¡Espere un momento, por favor! No puedo seguir todas esas indicaciones en medio de la oscuridad, nunca antes he recorrido estos parajes y solo dispongo de un par de indiferentes faros para que me ayuden a dilucidar cuál es el camino adecuado. Además, creo que se está gestando una tormenta y viajo en coche descubierto. Parece que me hallo en un buen aprieto si intento llegar a Cabo Girardeau esta noche. Creo que no debería intentarlo. No pretendo ser una carga para nadie pero, en vista de las circunstancias, ¿le importaría dejarme pasar la noche aquí? No le ocasionaré molestia alguna... nada de comidas ni cosas por el estilo. Solo necesito un rinconcito para dormir un poco hasta el día siguiente. Puedo dejar el coche en el lugar donde lo tengo aparcado... en el peor de los casos, no creo que un poco de lluvia lo estropee demasiado.

Mientras formulaba mi súbita propuesta vi que el semblante del hombre se transformaba, pasando de la callada resignación a una extraña sorpresa.

—Dormir... *aquí*.

Parecía tan asombrado por mis palabras que me sentí obligado a repetírselas.

—Sí, ¿por qué no? Le aseguro que no le causaré ninguna molestia. ¿Qué más *puedo* hacer? Soy un forastero, estas carreteras me parecen un laberinto en la oscuridad y además apostarí a lo que fuera a que se va a poner a llover a cántaros en menos de una hora...

Esta vez fue mi anfitrión el que me interrumpió, y mientras oía sus palabras pude percibir una extraña cualidad en su voz profunda y musical.

—Un forastero... Desde luego que lo es, de otra manera no se le ocurriría pensar en dormir aquí, ni tan siquiera pensaría en acercarse. La gente no viene por aquí en estos días.

Hizo una pausa y mis deseos de quedarme a pasar la noche se multiplicaron al sentir el misterio que evocaban sus lacónicas palabras. Seguramente había algo fascinante y extraño en el lugar, y el penetrante olor a moho parecía envolver miles de secretos. De nuevo sentí la extrema decadencia de todo lo que me rodeaba, que incluso se manifestaba en los tenues rayos de la pequeña y solitaria lámpara. Hacía frío y me lamenté de que no hubiera ninguna fuente de calor encendida; sin embargo, tan grande era mi curiosidad que seguía deseando ardientemente quedarme a pasar la noche y conocer algo más del caballero ermitaño y de su tétrica morada.

—No sé qué decirle —repliqué—. No puedo hablar por los demás. Pero le aseguro que yo estaría encantado de disponer de un rinconcito hasta el día siguiente. Además, ¿no será que la gente rehúye este sitio por hallarse demasiado apartado? Supongo que costará una fortuna mantener una mansión como esta, pero si la carga es tan grande, ¿por qué no se aloja en un sitio más pequeño? ¿Por qué seguir viviendo aquí, con todos los inconvenientes y molestias que ello supone?

El hombre no pareció ofenderse y me respondió con suma gravedad.

—Creo que puede quedarse, si eso es lo que desea. No le pasará nada malo, que yo sepa. Pero otros afirman que ciertas fuerzas indeseables actúan en este lugar. En cuanto a mí, sigo aquí porque tengo que hacerlo. Hay algo

que me retiene, algo que me obliga a quedarme y vigilar. Me gustaría tener la fortuna, salud y ambición necesarias para cuidar del lugar y la casa de una manera más adecuada.

Sintiendo que mi curiosidad iba en aumento, decidí tomar la palabra a mi anfitrión y lo seguí lentamente escaleras arriba cuando me lo pidió. Estaba muy oscuro, pero un fuerte repiqueteo me hizo saber que la esperada lluvia había comenzado a caer. Me sentía contento de haber encontrado refugio, pero este resultaba aún mejor a causa de los misterios que rodeaban al lugar y a su dueño. Para un amante incondicional de todo lo grotesco no podía existir nada mejor.

II

Había una habitación en el segundo piso que hacía esquina y no se encontraba en tan mal estado como el resto de la casa; allí me condujo mi anfitrión y, tras dejar su lámpara en el suelo, encendió otra un poco más grande. Supe, al fijarme en la pulcritud y el contenido de la estancia, y en los libros que se alineaban en las estanterías de la pared, que no me había equivocado al pensar que aquel hombre era un caballero de buen gusto y alta cuna. Sin duda se trataba de un personaje solitario y excéntrico, pero aún conservaba la educación y ciertas inquietudes intelectuales. Mientras me indicaba por señas que me sentase, empecé a hablar de cosas rutinarias y me alegró descubrir que el hombre participaba en la conversación. Es más, parecía satisfecho de tener a alguien con quien charlar y no hizo nada para cambiar de tema y evitar los tópicos más personales.

Supe que se llamaba Antoine de Russy y que procedía de una antigua familia de poderosos y cultivados colonos de Luisiana. Hacía algo más de un siglo que su abuelo, entonces muy joven, había emigrado al sur de Missouri y hecho fortuna, construyendo la mansión de las columnas y rodeándola de todos los accesorios típicos de cualquier plantación. Tiempo atrás había habido 200 negros viviendo en las cabañas que se levantaban sobre el terreno llano de la parte trasera, ahora invadido por las aguas del río, y aseguraba que oírles cantar, reír y tocar el banjo en la noche era lo más maravilloso de

aquella manera de vivir, de aquel orden social tristemente desaparecido para siempre. En la parte delantera de la casa, donde se erguían los grandiosos robles y sauces, había un prado tan cuidado como una inmensa alfombra verde, siempre húmedo y bien recortado, por el que discurrían unos caminitos ondulados de losas de piedra y bordes floridos. «La Ribera» —así se llamaba aquel sitio— había sido un hogar idílico y adorable en sus buenos tiempos, y mi anfitrión aún se acordaba de muchas cosas de aquel periodo de esplendor.

Llovía con fuerza ahora, densas cortinas de agua golpeaban los decadentes tejados, muros y ventanas, y las gotas se colaban en el interior por un centenar de grietas y rendijas. La humedad se condensaba en el suelo y brotaba en los sitios más insospechados, y el viento, cada vez más poderoso, hacía rechinar los postigos de las contraventanas sueltas. Pero yo no pensaba en nada de esto, tampoco pensaba en mi descapotable aparcado en el exterior bajo los árboles, pues presentía que mi anfitrión estaba a punto de contarme una historia. Perdido en sus recuerdos, el hombre se dispuso a mostrarme mis aposentos, pero siguió recordando los buenos y viejos días. Supe que muy pronto sabría por qué seguía viviendo en aquel vetusto lugar y cuál era el motivo por el que sus vecinos pensaban que estaba repleto de fuerzas indeseables. Su voz era muy musical y su historia pronto tomó un cariz que me mantuvo completamente despierto.

—Sí, La Ribera fue construida en 1816 y mi padre nació aquí en 1828. Si aún viviera tendría un siglo de edad, pero murió joven, tan joven que apenas le recuerdo. En el 64. Así es. Murió en la guerra. Volvió a su antiguo hogar para alistarse en el Séptimo de Infantería de Luisiana. Mi abuelo era demasiado viejo para luchar, aunque vivió hasta los noventa y cinco, y ayudó a mi madre a criarme. Y lo hicieron bien, tengo que reconocerlo. Nuestras creencias eran firmes, teníamos un gran sentido del honor, y mi abuelo se las ingenió para educarme como un verdadero De Russey, como todos los De Russey criados, generación tras generación, desde los tiempos de las cruzadas. Aún nos quedaba algo de dinero y, después de la guerra, pudimos vivir con bastante desahogo. Fui a un buen colegio en Luisiana y luego en Princeton. Después me las arreglé para administrar la plantación y conseguir que fuera rentable, aunque ya ve en qué estado se encuentra ahora.

»Mi madre murió cuando yo tenía veinte años y mi abuelo dos años

después. A partir de entonces estuve solo y en el 85 me casé con una prima lejana de Nueva Orleans. Las cosas habrían sido diferentes de haber vivido ella, pero murió al nacer nuestro hijo Denis. Entonces fuimos Denis y yo. No volví a casarme y dediqué todo mi tiempo al muchacho. Era como yo, como todos los De Russy, moreno, alto, delgado y de fuerte temperamento. Le eduqué de la misma forma que me había educado mi abuelo, aunque no necesitaba que le aleccionaran demasiado en asuntos de honor. Estaba en su sangre, debo reconocerlo. Jamás conocí a nadie con semejante sentido del honor... ¡Lo que tuve que hacer para conseguir que no fuera a la guerra contra España cuando tan solo contaba once años! También era un joven demonio romántico, de profundas convicciones. Ahora lo tacharían de Victoriano. Tampoco le hacía ningún asco a las muchachas negras de la plantación. Lo envié al mismo colegio que había ido yo, y también a Princeton. Se graduó en 1909.

»Al final decidió hacerse médico y estudió un año en la Escuela de Medicina de Harvard. Luego se le metió en la cabeza seguir las viejas tradiciones francesas de la familia y me pidió que le enviara a la Sorbona. Así lo hice, sumamente orgulloso, aunque sabía lo solo que iba a sentirme con él tan lejos. ¡Ojalá no lo hubiera hecho jamás! Pensaba que era la clase de muchacho que estaría completamente a salvo en París. Tenía una habitación en la Rué St. Jacques, en el Barrio Latino, cerca de la Universidad, pero por lo que decían sus cartas, y las de los amigos, andaba casi siempre de francachela. La mayoría de sus conocidos eran jóvenes de su misma procedencia, estudiantes y artistas serios que preferían trabajar antes que dedicarse a vivir la vida y salir a divertirse por la ciudad.

»Pero también había un montón de jóvenes que se hallaban entre dos aguas; por un lado, sus estudios, y por otro, la diversión más loca. Buscadores de nuevas sensaciones, al estilo de Baudelaire. Desde luego, Denis se topó con gran cantidad de ellos y conoció su forma de vivir. Tenían círculos y cultos estrafalarios de todo tipo, imitaban las ceremonias al diablo, hacían Misas Negras de pega y cosas por el estilo. Me cuesta creer que todo esto les causara algún daño; seguramente, la mayoría lo olvidaba al cabo de un par de años. Uno de los jóvenes que estaba más metido en estos temas era un sujeto que Denis frecuentaba en la escuela y cuyo padre yo también conocía. Frank

Marsh, oriundo de Nueva Orleans. Discípulo de Lafcadio Hearn, Gauguin y Van Gogh; epítome típico de los dorados noventa. Pobre diablo... con sus aires de artista y todos los demás tópicos.

»Marsh era el mejor amigo que Denis tenía en París, de manera que se veían con mucha frecuencia para hablar de los viejos tiempos en la St. Claire Academy y cosas así. El muchacho me contaba muchas cosas de él en sus cartas y yo no veía nada especialmente malo cuando hablaba del círculo de místicos que dirigía Marsh. Se trataba de una especie de culto a la magia prehistórica de los egipcios y cartagineses que le otorgaba especial importancia al elemento bohemio del asunto, una teoría sin mucho sentido por la cual se pretendía acceder a las fuentes olvidadas de la sabiduría oculta en las perdidas civilizaciones africanas: la colosal Zimbabue, las muertas ciudades atlantes sepultadas en Hoggar, en el Sahara, y todo ello mezclado con una extraña jerigonza acerca de serpientes y pelo humano. Al menos yo lo llamaba jerigonza en aquellos días. Denis a veces citaba a Marsh cuando este afirmaba que existían ciertas incongruencias en los hechos encubiertos que se escondían en la leyenda acerca de los mechones serpentinos de Medusa y el posterior mito ptolemaico de Berenice, que ofreció sus cabellos para salvar a su marido y luego acabaron en el firmamento, dando lugar a la constelación de la Cabellera de Berenice.

»Creo que todas estas historias no impresionaron demasiado a Denis hasta la noche en la que se celebró el extraño ritual en los aposentos de Marsh, cuando conoció a la sacerdotisa. La mayoría de los seguidores del culto eran jóvenes muchachos, pero la cabeza visible del mismo era una joven que se hacía llamar a sí misma “Tanit-Isis”, cuyo verdadero nombre — el que correspondía a su última reencarnación, según sus propias palabras— era Marceline Bedard. Afirmaba ser hija natural del Marqués de Chameaux, y creo que en el pasado había sido artista y modelo de tres al cuarto antes de adoptar este nuevo y más lucrativo rol imaginario. Algunos decían que había vivido un tiempo en las Indias Occidentales —creo que en La Martinica—, pero era muy reservada en todo lo que concernía a su pasado. En parte daba una imagen de austeridad y misticismo, pero no creo que los estudiantes con mayor experiencia se la tomaran demasiado en serio.

»Denis, sin embargo, se hallaba muy lejos de ser un chico experimentado

y en una ocasión me escribió diez páginas enteras repletas de tonterías acerca de la diosa que acababa de descubrir. Si me hubiera dado cuenta entonces de que algo iba mal podría haber hecho algo, pero jamás pensé que ese enamoramiento infantil pudiera devenir en algo serio. Estaba absurdamente seguro de que el carácter honorable y orgulloso de Denis, propio de nuestra familia, lo mantendría siempre alejado de posibles complicaciones.

»Pero con el paso del tiempo sus cartas empezaron a ponerme nervioso. Cada vez hablaba más de la tal Marceline y menos de sus amigos, y criticaba “la crueldad y estupidez” de sus camaradas al negarse a presentarla a sus madres y hermanas. Daba la sensación de que apenas sabía nada acerca de ella y no tengo ninguna duda de que Marceline le había llenado la cabeza de cuentos románticos y misteriosos sobre su procedencia, sus revelaciones divinas y el desprecio que los demás mostraban hacia su persona. Por fin me di cuenta de que Denis había roto con su círculo de amigos y se pasaba la mayor parte del tiempo con aquella atractiva sacerdotisa. Jamás dijo nada de esto a sus antiguos camaradas, pues ella se lo había pedido personalmente, y nadie pudo romper la relación.

»Supongo que ella pensó que Denis era fabulosamente rico, ya que tenía aires de noble y cierta clase de personas creen que a todos los aristócratas americanos les sobra el dinero. De cualquier manera, seguramente imaginó que se le había presentado una ocasión excelente de unirse legítimamente a un joven de futuro prometedor. Cuando mi inquietud se transformó en verdadera preocupación ya era demasiado tarde. El muchacho se había casado legalmente con Marceline y me escribió para comunicarme que dejaba los estudios y regresaba con su esposa a Riverside. Dijo que ella había hecho un sacrificio enorme al abandonar el liderazgo de su culto mágico y que a partir de ahora sería una simple dama anónima, señora de Riverside y madre de sus futuros hijos.

»Verá, señor, lo encajé de la mejor manera posible. Sabía que aquellos sofisticados europeos tenían una imagen distorsionada de nuestros queridos y viejos americanos; además, y para ser honesto, no sabía absolutamente nada de aquella mujer. Quizás se trataba de una farsante, pero no tenía por qué ser algo peor. Supongo que, durante aquellos días y por el bien de mi hijo, intenté mostrarme lo más condescendiente posible con respecto a todo aquel

asunto. Estaba claro que cualquiera con un poco de juicio no podía hacer otra cosa que dejar a Denis a su aire hasta que su reciente esposa se acostumbrara a los hábitos de los Russey. Darle una oportunidad y ver cómo respondía; quizás no perturbara la vida familiar tanto como yo me temía. De manera que no puse ninguna pega ni exigí rectificación alguna. La cosa estaba hecha y me preparé para dar la bienvenida al muchacho sin importarme quién lo acompañara.

»Llegaron tres semanas después que el telegrama en el que me informaba de su boda. Marceline era hermosa —eso nadie podía ponerlo en duda— y observé que el muchacho estaba loco por ella. Poseía un porte digno y aún hoy en día sigo pensando que por sus venas corría cierta dosis de sangre noble. Aparentaba poco más de veinte años; de tamaño medio y razonablemente delgada, su pose y movimientos resultaban tan airoso como los de un tigre. El color de su tez era de un profundo verde oliva —como el marfil viejo— y sus ojos grandes, rasgados y muy oscuros. Sus rasgos eran finos y clásicos, aunque no lo suficientemente limpios para agraciarme por completo, y poseía la más increíble mata de pelo negro que he visto en mi vida.

»No me sorprendió que se basara en el asunto del cabello para sostener su culto mágico, pues con aquella espesísima melena la idea se le habría ocurrido espontáneamente. Cuando la llevaba recogida en un moño parecía una princesa oriental salida de los dibujos de Aubrey Beardsley. Si le caía por la espalda llegaba hasta más allá de sus rodillas y brillaba a la luz como si poseyera una vitalidad propia, independiente y sacrílega. Yo mismo me ponía a pensar en Medusa o Berenice —sin que nadie me lo hubiese sugerido antes— cuando veía y estudiaba aquella melena.

»A veces me daba la sensación de que se movía subrepticamente por sí sola, que se retorció formando trenzas y bucles, pero seguramente se trataba de una mera ilusión. Siempre se estaba pasando el cepillo, como si fuese una especie de ritual. En una ocasión me vino una idea a la cabeza, una idea extraña y fantasiosa: que su cabello era una cosa viva que necesitaba ser alimentada de alguna insólita manera. ¡Cuán absurdo! Pero todo ello contribuía a que crecieran mis recelos sobre ella y sus cabellos.

»No puedo negar que me resultó imposible conseguir que me gustara del

todo, a pesar de que lo intenté con todas mis fuerzas. No sabía la causa, pero el problema persistía. Había algo en su persona que me desagradaba sutilmente y siempre pensaba en cosas mórbidas y macabras cuando observaba los distintos aspectos de su naturaleza. Su semblante me hacía pensar en Babilonia, Atlantis, Lemuria y las razas olvidadas del mundo primigenio; sus ojos me parecían a veces los de una sacrílega criatura o diosa animal de los bosques, demasiado primitiva para ser del todo humana; su cabello —esa densa, exótica, sobrealimentada melena de aceitosa negrura— me daba escalofríos, como si estuviera ante una inmensa pitón de color azabache. Era evidente que ella se percataba de mis involuntarios sentimientos, aunque yo intentaba ocultarlos y ella aparentaba no darse cuenta.

»Mi hijo seguía muy enamorado. Siempre la estaba adulando y se rebajaba de una manera enfermiza al complacerla en el día a día. Ella parecía responderle de la misma forma, aunque yo detectaba sus esfuerzos por mostrar el mayor entusiasmo y satisfacción. Entre otras cosas, creo que estaba decepcionada al comprobar que no éramos tan ricos como ella había esperado.

»Visto en conjunto, no era el mejor de los ambientes. Podía darme cuenta de que se estaba fraguando algo turbio. Denis seguía como hipnotizado y empezó a alejarse de mí al intuir los celos que sentía por su esposa. Esta situación se prolongó durante meses y vi que estaba perdiendo a mi único hijo, el muchacho que había sido el centro de todos mis pensamientos y actos durante el último cuarto de siglo. Confieso que me sentía muy amargado, ¿qué padre no lo estaría? Y sin embargo, no podía hacer nada.

»Marceline se comportó como una buena esposa durante aquellos primeros meses y nuestras amistades la acogieron sin reparos ni preguntas indiscretas. Yo, en cambio, siempre estaba nervioso y me preguntaba qué le habrían escrito a sus padres los compañeros de Denis en París después de enterarse de la boda. A pesar del secretismo que acompañaba a aquella mujer, el hecho no podía permanecer oculto siempre; además, Denis se lo había comunicado a varios de sus mejores amigos nada más llegar a Riverside con ella.

»Cada vez pasaba más tiempo solo en mis aposentos, alegando que estaba

mal de salud. Fue por entonces cuando empecé a desarrollar mi presente neuritis vertebral, lo cual consiguió que mis excusas fueran un poco más creíbles. Denis no aparentaba darse cuenta del problema, o simplemente no le importaban mis asuntos y molestias, y su indiferencia me hizo mucho daño. Cada vez dormía menos y con frecuencia me devanaba los sesos en la oscuridad de la noche intentando dar con la clave del problema, descubrir qué era lo que tanto me repugnaba de mi nuera, lo que tanto me espantaba de ella. Evidentemente no se trataba de nada relacionado con el antiguo y disparatado culto místico, ya que había dejado su pasado atrás y nunca hablaba de ello. Ni tan siquiera pintaba, aunque yo sabía que antaño le había interesado el arte.

»Por extraño que parezca, los únicos que parecían compartir mi malestar eran los criados. Los negros de la plantación se mostraban muy reacios a entablar contacto con ella y en unas cuantas semanas todos, excepto los que tenían fuertes lazos con la familia, se habían ido. Los pocos que se quedaron —el viejo Scipio y su esposa Sarah, la cocinera Delilah y Mary, la hija de Scipio— se comportaban con tanta corrección como podían, pero se notaba claramente que la nueva señora no se había ganado su afecto y que solo se limitaban a obedecer sus órdenes. Permanecían la mayor parte del tiempo en la remota zona de la mansión que les estaba reservada. En cambio McCabe, nuestro chófer blanco, mostraba por ella una admiración casi insolente; otra excepción era la viejísima mujer zulú que vivía en una pequeña cabaña de la propiedad y había sido una especie de líder para el resto, y de quien se rumoreaba que había llegado de África cien años atrás. La vieja Sophonisba siempre se mostraba muy respetuosa cuando Marceline andaba cerca y en una ocasión vi cómo besaba el suelo que había pisado la señora. Los negros son animales supersticiosos y yo me preguntaba si Marceline habría estado hablando con ellos de sus místicos disparates para aplacar sus recelos.

III

»Bueno, pues así vivimos durante casi medio año. Y entonces, en el verano de 1916, las cosas se precipitaron. A mediados de junio Denis recibió una carta de su viejo amigo Frank Marsh, en la cual le informaba de una

especie de ataque nervioso que le había hecho volver al país para recuperarse y descansar. Había sido remitida desde Nueva Orleans —ya que Marsh había abandonado París y regresado a su hogar cuando sintió los primeros síntomas del mal— y en ella se nos solicitaba claramente, aunque de manera muy cortés, que lo invitáramos a nuestra propiedad. Desde luego, Marsh sabía que Marceline estaba aquí y preguntó educadamente por ella. Denis se sintió muy triste al enterarse de los problemas de su amigo y le invitó a quedarse en nuestra casa todo el tiempo que quisiera.

»Cuando Marsh se presentó me quedé horrorizado al descubrir cuanto había cambiado desde la última vez que lo había visto hacía ya muchos años. Era un sujeto más bien pequeño y delgado, de ojos azules y personalidad poco firme; nada más verlo pude darme cuenta de los efectos de la bebida, y de no sé cuántas cosas más, en sus párpados inflamados, en los poros exageradamente abiertos de la nariz y en las profundas arrugas que adornaban la comisura de sus labios. Creo que se había tomado muy en serio su pretendida pose de decadente, intentando parecerse en lo posible a Rimbaud, Baudelaire o Lautréamont. Y sin embargo, le encantaba hablar pues, como todos los decadentes, era extremadamente sensible al color, la atmósfera y los nombres de las cosas; resultaba admirable, estaba lleno de vida y tenía recuerdos de múltiples experiencias en los sombríos campos de las emociones y las vivencias que a la mayoría de nosotros nos pasan inadvertidas. Pobre diablo, ¡si su padre hubiera vivido lo suficiente para enderezarlo! ¡El muchacho tenía verdadero potencial!

»Me sentía feliz con su visita y pensaba que ayudaría a que la atmósfera de la casa se normalizara de nuevo. Y exactamente eso es lo que ocurrió al principio, pues como ya he dicho antes, resultaba delicioso tener a Marsh de compañía. Era un artista muy sincero y profundo —jamás conocí a otro igual— y estoy totalmente seguro de que nada en el mundo le importaba tanto como la percepción y la expresión de la belleza. Cuando veía algo exquisito, o lo estaba creando, sus ojos se dilataban tanto que solo se veían los iris, como si fueran dos místicos y negros pozos que se dibujaban en medio de aquel rostro delicado, lánguido y del color de la tiza, unos pozos negros que se abrían a mundos extraños que nadie antes había imaginado.

»Sin embargo, nada más llegar, no tuvo muchas oportunidades de

demostrar esta característica, pues, como le comunicó a Denis, se encontraba hecho trizas. Había tenido mucho éxito como pintor y su obra era un tanto extravagante, al estilo de Fuseli, Goya, Sime o Clark Ashton Smith, pero se había cansado de repente. El mundo que le rodeaba, repleto de cosas ordinarias, había terminado por ocultar toda la belleza, esa belleza cuya fuerza y dinamismo conseguían despertar sus facultades creativas. Ya le había sucedido en otras ocasiones —a todos los decadentes les pasa lo mismo—, pero esta vez era incapaz de inventar sensaciones o experiencias nuevas, extrañas o maravillosas que logran reemplazar su necesidad por la belleza o las aventuras que estimularan su imaginación. Se encontraba en la misma situación que Durtal o des Esseintes en sus momentos de mayor agotamiento artístico.

»Marceline estaba fuera cuando llegó Marsh. No parecía muy contenta con las nuevas sobre su visita y se negó a cancelar la invitación que unos amigos nuestros de St. Louis le habían enviado a Denis y a ella. Por supuesto, Denis se quedó para recibir a nuestro huésped, pero Marceline partió sola. Aquella fue la primera vez que se separaron y yo ansiaba que el alejamiento sirviera para disipar la ofuscación que estaba atontando al muchacho. Marceline no parecía tener demasiada prisa en volver y a mí me daba la impresión de que demoraba su retorno lo máximo posible. Denis llevaba el asunto mucho mejor de lo que cabría esperar en un marido tan enchochado, incluso volvió a parecerse al muchacho de antes mientras hablaba con Marsh de los viejos días e intentaba levantar el ánimo del alicaído epicúreo.

»Era Marsh el que parecía más impaciente por volver a ver a la señora, quizás porque pensaba que su extraña belleza, o algo del misticismo que manaba de ella cuando se encargaba del antiguo culto mágico, podría conseguir reanimar su interés en las cosas y activar de nuevo su creatividad artística. Yo estaba completamente seguro, conociendo el carácter de Marsh, de que no había ninguna otra razón oculta. A pesar de su poca fuerza de voluntad, Marsh era todo un caballero, y esto lo demostraba el hecho de que había aceptado venir porque Denis se lo había pedido con suma cordialidad.

»Cuando al fin regresó Marceline, vi que Marsh estaba tremendamente afectado. No habló en absoluto de los estafalarios cultos que la mujer había organizado en el pasado, pero era incapaz de ocultar la profunda admiración

que afloraba a sus ojos —dilatados de nuevo ahora como cuando acababa de llegar—, siempre fijos en ella mientras permanecían en la misma habitación. Ella, sin embargo, parecía más incómoda que complacida de aquel escrutinio perpetuo... Bueno, así era al principio, pero al cabo de los días este sentimiento pareció ir decreciendo y al final los dos se trataban de la manera más cordial y amigable. Podía ver a Marsh estudiándola constantemente cuando creía que nadie lo miraba y yo me preguntaba si solo el artista, y no el hombre primitivo, afloraría al fin encandilado por sus misteriosos encantos.

»Naturalmente, Denis se sintió algo fastidiado por este cambio de los acontecimientos, aunque decidió que su invitado era un hombre de honor y que, como ascetas y místicos, tanto Marceline como Marsh tenían intereses y gustos similares que a las personas más o menos normales les estaban vedados. No se enfadó con ninguno de los dos, simplemente asumió que su imaginación era demasiado limitada y tradicional como para poder hablar con Marceline de la misma manera que lo hacía Marsh. Gracias a este extraño estado de la situación empecé a tratar más al muchacho. Con su mujer ocupada a todas horas, dispuso del tiempo necesario para recordar que tenía un padre, un padre que estaba dispuesto a ayudarle en cualquier asunto o dificultad que se le presentase.

»Con frecuencia nos sentábamos juntos en el mirador mientras observábamos a Marsh y a Marceline paseando a caballo por el camino de entrada o jugando al tenis en la cancha que había al sur de la casa. La mayoría del tiempo hablaban en francés, idioma que Marsh, aunque tan solo tenía un cuarto de sangre francesa, dominaba con más fluidez que Denis y un servidor. El inglés de Marceline, aunque siempre correcto, era cada vez más claro, pero resultaba evidente que apreciaba expresarse en su vieja lengua materna. Mientras contemplábamos la buena pareja que hacían, podía apreciar cómo se tensaban las mejillas y los músculos del cuello del muchacho, aunque no por ello dejaba de ser un buen anfitrión para Marsh o un esposo considerado para Marceline.

»Todo esto solía desarrollarse al atardecer, ya que Marceline se levantaba muy tarde, desayunaba en la cama y se tomaba una exagerada cantidad de tiempo para arreglarse antes de bajar la escalinata. Nunca vi a nadie tan untada en potingues, cosméticos, aceites para el pelo, ungüentos y cosas por

el estilo. Denis y Marsh aprovechaban esos periodos matinales para intercambiar confidencias y mantener viva su amistad, a pesar de la tensión que los celos interponían entre ambos.

»Bien, pues fue en una de esas charlas matinales en el mirador cuando Marsh hizo la propuesta que precipitó el desenlace. Yo estaba en cama aquejado de una de mis neuritis, pero me las arreglé para bajar las escaleras y tumbarme en el sofá del vestíbulo, al lado del ventanal. Denis y Marsh estaban fuera, así que no pude oír todo lo que dijeron. Habían estado hablando sobre arte y los curiosos, caprichosos elementos ambientales necesarios para conseguir que un artista produjera una obra valiosa, y entonces Marsh, repentinamente, pasó de las simples abstracciones mentales a la aplicación práctica y personal que había tenido en mente desde el principio.

»—Supongo —decía— que nadie puede realmente establecer qué hay en ciertos objetos o escenas que resultan estéticamente estimulantes a determinados individuos. Claro que, básicamente, puede tratarse de simples recuerdos o referencias personales que han sido almacenados y crean ciertas asociaciones mentales, ya que nadie tiene la misma escala de sensibilidades y respuestas emocionales. Nosotros, los decadentes, somos artistas para los que todas las cosas ordinarias han dejado de tener cualquier valor imaginativo o emocional, pero ninguno respondemos de la misma manera a iguales impulsos extraordinarios. Por ejemplo, yo mismo...

»Hizo una pausa y enseguida prosiguió.

»—Sé, Denny, que puedo decirte estas cosas porque posees un cerebro increíblemente puro, limpio, claro, directo, objetivo y todo lo demás. No te equivocarás en tus apreciaciones como sí harían otros hombres más débiles.

»De nuevo hizo una pausa.

»—La cuestión es que creo saber lo que necesito para que mi vena artística se ponga en marcha de nuevo. Desde que estábamos en París tenía una vaga idea, pero ahora estoy completamente seguro. Se trata de Marceline, viejo amigo, de ese rostro, de ese pelo y de la cadena de sombrías imágenes que me suscitan. No es solo una cuestión de belleza carnal —aunque Dios sabe que hay bastante de eso—, sino de algo peculiar y característico que no puedo explicar adecuadamente. Mira, durante los últimos días he sentido un

estímulo tan fuerte que, honestamente, pensaba que podía superarme a mí mismo, crear una verdadera obra de arte si tuviera en mis manos la pintura y el lienzo justo en el momento en el que su rostro y su cabello hacen que mi imaginación se conmueva y dispare. Hay algo salvaje e inhumano en todo esto, algo que tiene que ver con la oscura y antigua entidad que Marceline representa. No sé lo que te ha contado sobre ese lado oculto de su personalidad, pero puedo asegurarte que hay mucho. Tiene algunos vínculos maravillosos con lo extraño...

»Algún cambio de expresión en el rostro de Denis debió hacer que se detuviera, ya que se produjo un largo silencio después de que las últimas palabras se perdieran en el aire. Me apretujé más en el sofá, ya que no me esperaba que la charla se trastocara de semejante manera; también me preguntaba qué estaría pensando mi hijo. El corazón me latía con violencia y agucé el oído para no perder detalle de la conversación. Entonces Marsh prosiguió.

»—Estás celoso, claro. Sé cómo debe sonar todo lo que he dicho, pero te juro que no tienes motivos para estarlo.

»Denis no dijo nada y Marsh siguió hablando.

»—Si te soy sincero, jamás podría enamorarme de Marceline... Ni tan siquiera podría ser su amigo íntimo. En realidad, me siento un hipócrita cuando hablo con ella de la manera que lo hago.

»Lo cierto es que una parte de ella me tiene medio hipnotizado de una forma muy extraña, fantástica y vagamente espantosa. Es lo mismo que te sucede a ti con otra parte de ella, aunque de una manera mucho más normal. Veo algo en Marceline —para ser exactos, veo algo a su alrededor o más allá de ella— que tú eres incapaz de advertir. Algo que me trae una vasta sucesión de imágenes surgidas de olvidados abismos y hace que ansíe pintar cosas increíbles cuyos contornos se desvanecen cuando trato de visualizarlas con mayor claridad. No me malinterpretes, Denis, tu esposa es un ser magnífico, un espléndido foco de fuerzas cósmicas que tiene todo el derecho del mundo a ser llamada divina.

»En ese momento sentí que el ambiente se relajaba un poco, ya que lo expresado de una manera tan abstracta por Marsh, unido a los halagos hacia la persona de Marceline, desarmaron y calmaron a un Denis siempre

hondamente orgulloso de su esposa. Marsh se dio cuenta del cambio de actitud y cuando continuó su tono era más confiado.

»—Tengo que pintarla, Denny, tengo que pintar su pelo; no te arrepentirás de que lo haga. Hay algo más que humano en ese pelo... algo más que hermoso...

«Hizo una pausa y me pregunté qué estaría pensando Denis. Incluso me cuestioné qué estaría pensando yo mismo. ¿Se movía Marsh por un interés meramente artístico o estaba perdidamente enamorado como el propio Denis? Cuando ambos iban a la escuela, yo pensaba que el chico envidiaba a mi hijo y, en cierta manera, sentía que podría estar pasando lo mismo ahora. Por otra parte, había algo en aquella perorata de tintes artísticos que sonaba increíblemente cierto; de manera que, cuanto más lo pensaba, más me sentía inclinado a creer que estaba diciendo la verdad. Denis debía haber llegado a la misma conclusión pues, aunque no pude oír su respuesta apenas susurrada, deduje, por el efecto que produjo en su interlocutor, que había sido afirmativa.

»Oí el sonido de una palmada en la espalda y luego la agradecida respuesta de Marsh, una respuesta que jamás iba a olvidar.

»—¡Fantástico, Denny! No te arrepentirás. En cierta manera, casi lo hago por ti. Serás un hombre diferente cuando lo veas acabado. Conseguiré que vuelvas a ser la persona de antes, haré que despiertes y te traeré una especie de salvación... Aunque ahora todavía no puedes darte cuenta de lo que quiero decir. Tan solo recuerda la vieja amistad y no pienses que he dejado de ser tu antiguo colega.

»Me levanté estupefacto y vi que los dos se alejaban paseando por el prado hombro con hombro, fumando tranquilamente. ¿Qué había querido decir Marsh con esa respuesta tan extraña y agorera? Cuando mis temores se desvanecían en un sentido, aumentaban en otro completamente distinto. Lo mirara como lo mirara, me parecía un mal asunto.

»Pero el tema ya estaba en marcha. Denis acondicionó una de las habitaciones de la buhardilla con tragaluces y Marsh hizo traer todos sus útiles de pintura. Todo el mundo andaba excitado con el nuevo proyecto y yo estaba feliz de que algo rompiera la creciente tensión. Enseguida comenzaron las sesiones y todos nos lo tomamos con suma seriedad, ya que nos dimos

cuenta de que Marsh le daba mucha importancia a los preparativos. Denis y yo solíamos movernos por la casa en silencio, como si estuviéramos asistiendo a un evento sagrado, y ambos sabíamos que así era a los ojos del propio Marsh.

»Sin embargo, para Marceline era otra historia; enseguida me di cuenta de ello. Fueran cuales fuesen las reacciones de Marsh a las sesiones, las de ella resultaban dolorosamente obvias. Mostraba de todas las maneras posibles un claro y vulgar interés por el artista y rechazaba siempre que podía las muestras de afecto de Denis. Curiosamente, yo me daba más cuenta de dicha situación que el propio Denis e intenté diseñar un plan que mantuviera a raya la mente de mi hijo hasta que el asunto se hubiera enderezado. No tenía sentido que se pusiera nervioso si se podía evitar de alguna manera.

»Al final decidí que lo mejor era que Denis se mantuviera alejado mientras duraba aquella desagradable situación. Yo podía hacerme cargo de sus intereses y, más tarde o más temprano, Marsh acabaría la pintura y se iría. Mi seguridad en el honor de Marsh era tal que no me preocupaban otras posibles complicaciones. Cuando el asunto finalizara y el encaprichamiento de Marceline pasara al olvido, Denis podría volver tranquilamente.

»Así que escribí una larga misiva a mi asesor financiero en Nueva York y maquiné un plan para tener al muchacho ocupado allí durante un periodo indefinido de tiempo. Le ordené a mi asesor que le dijera a Denis que nuestros negocios requerían sin demora que uno de los dos fuera al Este; mi dolencia, está claro, suponía que yo no fuera el elegido. Todo había sido arreglado para que, cuando Denis fuera a Nueva York, se encontrara con un montón de operaciones que lo mantendrían ocupado durante el tiempo que yo considerase oportuno.

»El plan funcionó a la perfección y Denis se marchó a Nueva York sin sospechar nada. Marceline y Marsh lo acompañaron en el coche hasta Cabo Girardeau, donde tomó el tren de la tarde para St. Louis. Regresaron al oscurecer y, mientras McCabe aparcaba el coche en los establos, pude oírles hablar en la galería, sentados en las sillas que había junto al ventanal del vestíbulo, las mismas que habían usado Denis y Marsh cuando oí su conversación sobre el retrato. En esta ocasión decidí espiarlos con toda la intención, así que fui sigilosamente hasta el vestíbulo y me tumbé en el sofá

que había debajo del ventanal.

»Al principio no pude oír nada, pero enseguida distinguí el sonido de una silla al ser arrastrada, seguido de una respiración profunda y entrecortada y una especie de exclamación dolorida por parte de Marceline. Luego oí la voz de Marsh que se expresaba en un tono muy tenso, casi solemne.

»—Me encantaría trabajar esta noche, si no estás demasiado cansada.

»La respuesta de Marceline tenía el mismo tono dolorido con el que antes había lanzado la exclamación. Habló en inglés, lo mismo que él.

»—Oh, Frank, ¿eso es todo lo que te importa? ¡Siempre trabajando! ¿Por qué no nos quedamos sentados bajo la maravillosa luz de la luna?

»Respondió con impaciencia y en su voz hubo un deje de desprecio que no pudo disimular su excitación artística.

»—¡La luz de la luna! ¡Por Dios, cuánto sentimentalismo barato! ¡Parece mentira que seas una persona supuestamente sofisticada y te dejes influir por toda esa charlatanería de las novelas de diez céntimos! ¡Tienes la ocasión de contribuir al verdadero arte y te pones a pensar en la luna, un simple foco de cualquier teatro de variedades! A lo mejor te recuerda los bailes de la festividad de Roodmas^[14] alrededor de los pétreos pilares de Auteuil. Diablos, ¿recuerdas lo bien que se te daba hacer esos gestos ridículos con los párpados? Pero no, supongo que ya has dejado todo eso de lado. ¡No más magia de Atlantis ni ceremonias de cabelleras serpentina para la señora De Russy! Soy el único que se acuerda de todas esas viejas patrañas, de todo eso que venía de los templos de Tanit y resonaba en las murallas de Zimbabue. Pero no me dejaré engañar por los recuerdos... todo quedará plasmado en mi lienzo... conseguiré capturar todas esas maravillas y dar vida a los secretos que permanecieron ocultos 75.000 años...

»Marceline lo interrumpió con una voz en la que se mezclaban múltiples emociones.

»—¡Ahora eres tú el que te comportas como un sentimental cualquiera! Sabes de sobra que es mejor olvidarse de los antiguos secretos. Lo que deberías hacer es tener mucho cuidado cuando me ponga a recitar los viejos salmos o intente invocar a lo que medra escondido en Yuggoth, Zimbabue o R'lyeh. ¡Sería mucho mejor para ti!

»Careces de toda lógica. Pretendes que me interese por esa estúpida

pintura y sin embargo nunca me has dejado verla. ¡Siempre con esa tela negra encima! Es mi retrato... No entiendo por qué no puedo verlo...

»Ahora fue Marsh el que interrumpió a la mujer con un tono de voz muy tenso y duro.

»—No. Ahora no. Lo verás cuando sea el momento. Dices que es tu retrato... Efectivamente, lo es. Pero también es mucho más. Si lo supieras todo no te mostrarías tan impaciente. ¡Pobre Denis! ¡Dios mío, qué desgracia!

»Se me reseco la garganta cuando escuché aquellas febriles palabras. ¿Qué quería decir Marsh? De pronto descubrí que había dejado de hablar y se disponía a entrar solo en la casa. Hubo un portazo en la entrada principal y oí sus pisadas mientras subía las escaleras. Afuera, en la galería, aún podía escuchar la respiración entrecortada y rabiosa de Marceline. Me escabullí con el corazón encogido, sintiendo que tenía que averiguar qué había detrás de todo aquello antes de llamar a Denis para que volviese.

»Después de aquella noche la tensión que se palpaba en el ambiente creció aún más. Marceline siempre había vivido entre lisonjas y alabanzas, y el golpe que le produjeron las rudas palabras de Marsh fue demasiado para su temperamento. Se acabó la tranquilidad para siempre, y con Denis fuera de la casa se sintió libre para hacer lo que le viniera en gana. Cuando no había nadie dentro para abusar de él, se acercaba a la cabaña de Sophonisba y pasaba horas y horas hablando con la estrambótica anciana zulú. Tía Sophy era la única persona que sabía manejarla a base de halagos vergonzantes, y en una ocasión sorprendí a Marceline murmurando algo acerca de “los antiguos secretos” y “la desconocida Kadath” mientras la negra se mecía de un lado a otro de la silla, profiriendo a ratos confusas exclamaciones de reverencia y admiración.

»Pero nada podía romper su desmedido encaprichamiento por Marsh. Podía dirigirse a él con acritud y enojo, y sin embargo cada vez se plegaba más a sus deseos. Esto era muy conveniente para Marsh, pues ahora conseguía hacerla posar cuando le daba la gana. Aunque intentaba mostrar gratitud por su buena disposición, a menudo yo podía detectar una especie de desdén, incluso repugnancia, en sus corteses maneras. En cuanto a mí, ¡odiaba a Marceline con todas mis fuerzas! No tiene sentido decir que simplemente me disgustaba. En realidad, me sentía feliz de que Denis

estuviera lejos. Sus cartas, no tan abundantes como me hubiera gustado, mostraban síntomas de cansancio y preocupación.

»Pasado el ecuador del mes de agosto, y por los comentarios que hacía el propio Marsh, deduje que el retrato estaba casi terminado. Su estado de ánimo parecía cada vez más sardónico, aunque el temperamento de Marceline mejoró un poco ante la perspectiva de contemplar al fin el objeto que estimulaba su vanidad. Todavía recuerdo el día en el que Marsh anunció que su obra estaría acabada en una semana. El rostro de Marceline se iluminó claramente, aunque no sin dirigirme antes una mirada venenosa. Incluso me dio la sensación de que la ensortijada cabellera se tensaba perceptiblemente por encima de su cabeza.

»—¡Seré la primera en verlo! —afirmó. Luego, tras dedicar una sonrisa a Marsh, prosiguió—. ¡Y no me gustaría tener que hacerlo trizas!

»El semblante de Marsh mostraba la expresión más rara que he visto en mi vida mientras le contestaba.

»—¡No puedo garantizar que te guste, Marceline, pero apostaría cualquier cosa a que será magnífico! No es que me considere un genio —el arte se crea a sí mismo—, pero esto tenía que hacerse. ¡Solo hay que esperar un poco!

»Durante los días que siguieron sentí una especie de extraña premonición, como si la finalización del retrato significara una especie de catástrofe en lugar de un relajamiento de la situación. Además, Denis tampoco me había escrito y mi asesor financiero de Nueva York me comunicó que estaba planeando emprender un viaje por el país. Me pregunté cuál sería el resultado de todas aquellas circunstancias. ¡Qué mezcla tan extraña de incidentes y personas: Marsh y Marceline, Denis y yo! ¿Cómo reaccionaríamos entre todos? Cuando mis miedos se hicieron demasiado grandes, intenté convencerme de que todo se debía a mi enfermedad, pero la explicación nunca me satisfizo del todo.

IV

»Bueno, el martes 26 de agosto todo el asunto estalló. Me había levantado y desayunado a la hora de siempre, aunque no me encontraba muy bien

debido al dolor de columna. Últimamente me había estado fastidiando mucho y me veía obligado a tomar opiáceos cuando el dolor era insoportable; excepto los criados, no había nadie en el piso de abajo, aunque podía oír a Marceline moviéndose por su cuarto. Marsh dormía en la buhardilla, al lado de su estudio, pero se había acostumbrado a levantarse tan tarde que no solía aparecer antes del mediodía. Sobre las diez el dolor se hizo insoportable, así que tomé una dosis doble de narcótico y me recosté en el sofá del vestíbulo. Lo último que oí fueron las pisadas de Marceline en el piso de arriba. Pobre criatura. ¡Si lo hubiera sabido! Debía estar paseando de un lado a otro frente al enorme espejo, admirando su belleza. Así era ella. Vanidosa desde el principio hasta el final, abstraída en su divinidad, deleitándose en sí misma de la misma manera que lo hacía con los pequeños lujos que Denis le procuraba.

»No me desperté hasta el atardecer y enseguida supe que había estado durmiendo mucho tiempo debido a la luz dorada y a las largas sombras que se veían a través del ventanal. No había nadie por los alrededores y una especie de silencio antinatural parecía envolver todas las cosas. Sin embargo, a lo lejos, creí percibir un débil aullido, salvaje y entrecortado, que tenía ciertos aires de familiaridad. No soy muy dado a las premoniciones psíquicas, pero aquello me dejó helado desde el principio. Había tenido sueños —sueños aún peores que los de unas semanas atrás— y en esta ocasión parecían espantosamente conectados a algo real, turbio y repugnante. Todo el lugar tenía una atmósfera malsana. Más tarde pensé que ciertos sonidos debían haber atravesado mi subconsciente mientras estaba profundamente dormido. Sin embargo, los dolores se habían mitigado mucho y pude levantarme y caminar sin dificultad.

»Enseguida me di cuenta de que algo no iba bien. Marsh y Marceline podían estar montando a caballo, pero alguien tenía que haber en la cocina. Sin embargo, solo había un profundo silencio, excepto por aquel distante aullido o lamento; tampoco me respondió nadie cuando tiré del viejo cordón para llamar a Scipio. Entonces, por casualidad, miré hacia arriba y vi una mancha que se extendía por el techo, una mancha brillante y roja que debía atravesar el piso del cuarto de Marceline.

»Al instante me olvidé de mis tullidas vértebras y corrí escaleras arriba temiendo encontrarme lo peor. Por mi mente desfilaron un sinnúmero de

figuraciones mientras me peleaba con la abarquillada puerta de aquella silenciosa habitación, y lo peor de todo era la espantosa sensación de que algo maligno e irremediable acababa de suceder. De pronto sentí que tenía que haber predicho todos esos horrores sin nombre que poco a poco fueron cobrando forma, que un mal monstruoso y cósmico había anidado bajo mi techo, y que solo la sangre y la tragedia podían resultar de todo ello.

»La puerta se abrió al fin y me precipité en el interior de la larga habitación que había detrás. Se encontraba en penumbras debido a las ramas de los grandes árboles que crecían más allá de las ventanas. Durante un rato no pude hacer otra cosa que retroceder ante el olor diabólico que al instante golpeó mi nariz. Luego, después de encender la luz y echar un vistazo a mi alrededor, vislumbré una blasfemia innombrable sobre la alfombra amarilla y azul.

»Yacía boca abajo encima de un charco de espesa y oscura sangre, y en su desnuda espalda estaba impresa la huella sanguinolenta de un zapato. Había sangre por todas partes... en las paredes, el suelo y los muebles. Me flaquearon las piernas ante aquella escena, de manera que busqué una silla y me senté como pude en ella. Estaba claro que aquella cosa había sido un ser humano, aunque no era fácil determinar de quién se trataba ya que no tenía ropas y la mayoría de su pelo había sido cortado o arrancado brutalmente desde la raíz. Tenía un color marfileño y supe que debía tratarse de Marceline. La huella que tenía en la espalda le daba un aspecto de lo más diabólico. Era incapaz de imaginarme la extraña, espantosa tragedia que había tenido lugar mientras yo dormitaba en la habitación inferior. Cuando me llevé la mano a la frente para limpiarme el sudor, descubrí que mis dedos estaban manchados de sangre. Me estremecí, luego pensé que debía provenir del pomo de la puerta, que había quedado impregnado de sangre cuando el desconocido asesino la cerró después de abandonar el cuarto. Tenía que haberse llevado consigo el arma con la que cometió el crimen ya que no se veía ningún instrumento de muerte por los alrededores.

»Cuando examiné el suelo descubrí un rastro viscoso de pisadas que salían de aquel cuarto espantoso; eran iguales a la que estaba impresa en la espalda de la víctima. Había otro rastro de sangre, aunque este no resultaba tan fácil de explicar; se trataba de una línea continua, más bien ancha, como

el que dejaría una enorme serpiente al desplazarse. Al principio pensé que el asesino había estado arrastrando alguna cosa. Luego me di cuenta de que las huellas de pisadas no iban a la par del segundo rastro y tuve que admitir que se habían producido después del crimen. Pero ¿qué clase de criatura reptante podía haber estado en aquella habitación con la víctima y su verdugo y abandonarla después, cuando el crimen ya se había cometido? Mientras me hacía toda clase de preguntas creí oír de nuevo aquellos lamentos débiles y lejanos.

»Por fin conseguí salir de mi horrorizado letargo, me puse en pie y fui detrás del rastro de pisadas. No tenía ni idea de quién podría ser el asesino, y tampoco me explicaba la ausencia de los criados. Sentía vagamente que mi obligación era subir a los aposentos de Marsh en la buhardilla, pero antes de que me decidiera descubrí que el rastro de sangre se encaminaba justo en esa dirección. ¿Acaso era él el asesino? ¿No había podido soportar la extrema tensión de los últimos días y se había vuelto loco?

»El rastro era muy impreciso en el pasillo del ático y las huellas apenas quedaban impresas sobre la oscura moqueta. Sin embargo, aún podía distinguir la extraña huella rectilínea de la entidad que había ido en primer lugar; se dirigía directamente hacia la puerta cerrada del estudio de Marsh y desaparecía por debajo de ella, justo a la mitad de la hoja. Era evidente que había cruzado el umbral cuando la puerta permanecía abierta.

»Totalmente descompuesto, así el pomo y descubrí que no habían echado el pestillo. Abrí la puerta y me detuve en el umbral, temeroso de la nueva pesadilla que podría encontrarme bajo la luz menguante del atardecer. Ciertamente, había algo en el suelo, y busqué el interruptor para encender las luces del techo.

»Pero cuando se iluminó la lámpara mis ojos se apartaron del suelo y del horror que allí había —se trataba de Marsh, pobre diablo—, y se centraron, incrédulos y anonadados, en una criatura enroscada y acechante que se agazapaba en la entrada al dormitorio de Marsh. Era una masa informe, de ojos fieros, cubierta de costras de sangre seca y que agarraba en su mano un infame machete que había adornado las paredes del estudio. A pesar de la horrible situación en la que estaba inmerso pude darme cuenta de que aquella criatura era alguien que yo había creído se encontraba a miles de kilómetros

de allí. Se trataba de mi hijo Denis... o de la ruina enloquecida que antaño había sido Denis.

»Nada más verme, la cordura —o la memoria— pareció retornar a la mente del pobre muchacho. Se enderezó y empezó a sacudir la cabeza, como si intentara quitarse de encima una influencia maligna. No pude decir nada, aunque movía los labios intentando recuperar la voz. Mis ojos se detuvieron un instante en la figura que yacía en el suelo frente al tapado caballete del pintor, la figura hacia la que se dirigía el extraño rastro sanguinolento y que parecía estar enredada entre unos apéndices de color negro y aspecto viscoso. El cambio de dirección de mi mirada pareció afectar de alguna manera al destrozado cerebro del muchacho, pues enseguida empezó a murmurar con voz ronca algo que pronto fui capaz de descifrar.

»—Tenía que exterminarla... era un demonio... la suprema sacerdotisa del mal... el engendro que brota del abismo... Marsh lo sabía. Intentó advertirme. El bueno de Frank... no lo maté, aunque estaba dispuesto a hacerlo antes de enterarme de todo. Pero bajé y la maté a ella... Luego, ese pelo endemoniado...

»Yo escuchaba horrorizado mientras Denis se atragantaba, hacía una pausa y volvía a hablar de nuevo.

»—Tú no lo sabes... sus cartas eran cada vez más extrañas y supe que se había enamorado de Marsh. Luego dejó de escribirme. Él no la mencionaba nunca, y sentí que algo iba mal y que tenía que regresar y descubrir qué era. No podía decirte nada, se hubiera enterado de que lo sabías. Quería sorprenderlos. Llegué hoy mismo al mediodía... vine en taxi y despedí a los criados... los mandé a las cabañas, donde no pudieran oírme. A McCabe le encargué unos recados en Cabo Girardeau, asegurándole que no hacía falta que volviera hasta mañana. Les dije a los negros que tomaran el coche viejo, que Mary los llevaría a Bend Village de fiesta y que nosotros íbamos a salir de excursión y no necesitaríamos ayuda. Les aconsejé que pasaran la noche con el primo de Tío Scipio, quien regentaba una pensión de negros.

»La charla de Denis empezó a hacerse cada vez más incoherente y tuve que prestar mucha atención para enterarme de lo que decía. De nuevo creí distinguir aquel lamento salvaje y distante, pero primero atendí a las palabras del chico.

»—Te vi durmiendo en el sofá del vestíbulo y confié en que no despertaras. Luego subí a hurtadillas para pillar a Marsh y... ¡a esa mujer!

»El muchacho se estremeció mientras evitaba pronunciar el nombre de Marceline. Al mismo tiempo reparé en sus ojos, que se habían dilatado ante una nueva explosión de los lejanos aullidos, cuya vaga familiaridad me resultaba ahora muy pronunciada.

»—No estaba en su cuarto, así que me dirigí al estudio. La puerta estaba cerrada y pude oír voces dentro. No llamé sino que derribé la puerta y la encontré posando para el cuadro. Estaba completamente desnuda, aunque sus infernales cabellos se enroscaban por todo su cuerpo. Y miraba a Marsh con tiernos ojitos de cordero. El caballete con el cuadro estaba casi de espaldas a la puerta, así que no pude ver la pintura. Ambos se llevaron un buen susto cuando entré y Marsh dejó caer el pincel. Yo estaba enfurecido y le ordené que me enseñara el retrato, pero él recuperó la calma enseguida. Me dijo que aún no estaba terminado, pero que lo estaría en uno o dos días, que lo podría ver entonces y que... ella... aún no lo había visto.

»Pero eso no era lo que yo quería. Di un paso y él arrojó un paño de terciopelo sobre el cuadro antes de que pudiera verlo. Estaba dispuesto a pelear conmigo antes de dejarme verlo, pero eso... eso... ella... se levantó y se puso de mi lado. Dijo que teníamos que verlo. Frank se excitó mucho y me lanzó un puñetazo cuando intenté quitar el terciopelo. Le devolví el golpe y creo que conseguí noquearle. Y entonces yo también estuve a punto de desmayarme por el grito que lanzó esa... criatura. Había quitado el paño y visto lo que Marsh estaba pintando. Giré sobre mí mismo mientras la veía salir enloquecida de la habitación... *Entonces yo también vi la pintura.*

»La locura volvió a asomar a los ojos del muchacho al llegar a este punto, y por un momento pensé que iba a clavarme el machete. Pero después de un rato consiguió serenarse algo.

»—¡Dios, aquella cosa! ¡No la mires nunca! ¡Quémala con todos sus colgajos y tira las cenizas al río! Marsh lo sabía y quería advertirme. Sabía lo que era, lo que esa mujer, esa gata maligna, esa gorgona, o lamia, o lo que quiera que fuese, representaba realmente. Había intentado avisarme desde que la conocí en su estudio de París, pero no podía expresarlo con simples palabras. Creí que todos se equivocaban cuando murmuraban cosas horribles

acerca de ella... me había hipnotizado y yo no atendía a las verdades más simples... pero ese retrato ha capturado su esencia secreta... su terrible monstruosidad.

»¡Frank es un verdadero artista! ¡Ese retrato es la obra de arte más espléndida que ha creado el hombre desde los tiempos de Rembrandt! Sería un disparate quemarlo —pero aún sería peor no hacerlo—, de la misma manera que habría sido un pecado aborrecible dejar con vida aquel demonio femenino. En cuanto la vi supe lo que era y el papel que representaba en ese espantoso culto secreto que procedía de los tiempos de Cthulhu y los Primordiales, el culto secreto que a punto había estado de desaparecer con el hundimiento de la Atlántida, pero que aún perduraba en ocultas tradiciones, mitos alegóricos y ritos nocturnos y furtivos. Sabes que era ella. No había farsa. Ojalá hubiera sido eso, una farsa. Se trata de la antigua, terrible sombra que los filósofos no se atreven a mencionar, eso que el *Necronomicon* apenas sugiere, todo lo que simbolizan los colosos de la Isla de Pascua.

»Ella pensaba que nos daríamos cuenta, que la falsa fachada exterior permanecería incólume hasta que nos viéramos obligados a canjear nuestras almas inmortales. Y casi estuvo en lo cierto... al final me habría poseído. Tan solo estaba... esperando. Pero Frank, el pobre Frank, se sacrificó. *Sabía lo que significaba y lo dibujó para mí.* No me extraña que ella gritara y huyera despavorida en cuanto lo vio. No estaba terminado pero Dios sabe bien que con lo que había pintado *era más que suficiente.*

»Entonces supe que tenía que matarla, a ella y a todo lo que estuviese conectado con ella. Se trataba de una impureza que nadie, con verdadera sangre humana, podía soportar. También había algo más, aunque nunca sabrás qué es si quemas la pintura antes de echarle un vistazo. Fui dando tumbos hasta su habitación con este machete que adornaba la pared y dejé solo a Frank, que aún seguía noqueado. Respiraba, y di gracias a Dios por no haberlo matado.

»La encontré frente al espejo, haciéndose una trenza en su maldito cabello. Se volvió como una bestia salvaje y empezó a escupir su odio hacia Frank. El hecho de haber estado enamorada de él —y yo sabía que lo había estado— no hacía más que empeorar las cosas. Al principio fui incapaz de moverme y estuvo a punto de hipnotizarme por completo. Entonces pensé en

el cuadro y el hechizo se rompió. Detectó en mis ojos el cambio y también debió darse cuenta del machete que portaba. Jamás vi una mirada semejante como la que me lanzó, parecía una bestia salvaje de la selva. Saltó hacia mí con garras de leopardo, pero fui demasiado rápido. Alcé el machete y todo terminó.

»Denis hizo una pausa y vi el sudor que resbalaba de su frente y se mezclaba con la sangre. Enseguida retomó el monólogo con voz ronca.

»—Creí que todo había terminado... Pero ¡Dios me libre, tan solo acababa de empezar! Me sentía como si hubiera estado luchando contra las legiones de Satán y puse el pie sobre la espalda de la cosa que acababa de aniquilar. *Entonces vi que la blasfema trenza de su maldita cabellera negra empezaba a contorsionarse y retorcerse por sí sola.*

»Tenía que haberlo sabido. Estaba en las viejas historias. Esa cabellera diabólica tenía vida propia, una vida que no podía cercenarse simplemente matando a su portador. Tenía que quemarla, así que empecé a cortar la trenza a tajos de machete. ¡Resultó una tarea espeluznante! Pero, a pesar de que las hebras eran como cables de acero, conseguí cortarla al fin. Era escalofriante como aquella enorme trenza se retorció y convulsionaba en mi mano.

»Más o menos cuando corté la última hebra oí ese aullido sobrenatural que provenía de la parte trasera de la casa. Sabes a qué me refiero, aún se oye de cuando en cuando. No sabía lo que era, pero seguro que estaba relacionado con mi terrible tarea. Era como si se tratase de algo conocido, o que debía conocer, pero que no podía ubicar en esos momentos. En cuanto lo oí me sentí aterrorizado y dejé caer la trenza cercenada. Entonces me invadió un espanto aún mayor, pues al instante la trenza se volvió hacia mí y empezó a golpearme con uno de sus extremos, rematado ahora en un misterioso nudo que parecía una especie de grotesca cabeza. Di varios tajos con el machete y la trenza se retiró. Luego, cuando recuperé el aliento, vi que la nauseabunda cosa reptaba por el suelo como una gran serpiente negra. Durante un rato quedé paralizado, pero cuando desapareció más allá de la puerta me obligué a ponerme en marcha y salí dando tumbos tras ella. Podía seguir el rastro claro y sangriento, y comprobé que se dirigía escaleras arriba. Me trajo hasta aquí... y que Dios me maldiga si no la vi al otro lado de la puerta, golpeando al pobre y aturdido Marsh como una enloquecida serpiente de cascabel y

enroscándose finalmente alrededor de su cuerpo como una terrible pitón. Intentó zafarse, pero esa cosa abominable lo atrapó antes de que pudiera ponerse en pie. Supe que todo el odio de la mujer anidaba en aquella trenza, pero no tuve fuerzas suficientes para librarle de ella. Lo intenté, pero era demasiado para mí. Tampoco pude hacer un uso correcto del machete, ya que si me hubiera puesto a dar tajos a diestro y siniestro podía haber cortado en trocitos a Frank. Solo pude contemplar cómo aquellos cabellos monstruosos se tensaban sobre el cuerpo de Marsh hasta aplastarlo delante de mis propios ojos... y durante todo ese tiempo seguí oyendo el espantoso y débil gemido que provenía de algún lugar de la hacienda.

»Eso es todo. Tapé el cuadro con el paño de terciopelo, y espero que nadie lo retire jamás. Hay que quemar esa cosa. No pude salvar al pobre Marsh... la cabellera se aferró a él como una lapa, pero perdió la movilidad al mismo tiempo que su víctima. Fue como si aquella serpentina trenza tuviera una especie de extraña simbiosis con el hombre que había matado, está totalmente pegada, unida a él. Tendrás que quemar también al pobre Frank... pero, por Dios bendito, no olvides reducirlos a cenizas. Y al cuadro también. Todo tiene que desaparecer. La seguridad del mundo depende de que así sea.

»Denis dijo algo más, pero un nuevo estallido de lamentos cortó su monólogo. Por fin supimos de qué se trataba, ya que una ráfaga de viento del oeste llevó hasta nosotros unos sonidos articulados. Teníamos que habernos dado cuenta mucho antes, pues, con cierta frecuencia, se habían producido sonidos muy similares procedentes de la misma fuente. Se trataba de la marchita Sophonisba, la anciana bruja zulú que se había comportado de una manera tan servil con Marceline, lanzando gritos de desesperación desde su cabaña y poniendo una especie de guinda a los horrores de aquella espantosa tragedia. Los dos pudimos descifrar algunas de las cosas que aullaba y supimos que unos lazos primordiales y secretos unían a esta bruja primitiva con la heredera de los antiguos misterios que acababan de ser extirpados. Algunas de las palabras que empleó delataron su proximidad con las tradiciones más demoniacas y primordiales.

»—¡Iä!;Shub-Niggurath!;Ya-R'lyeh!;N'gagi n'bulu bwana n'lolo! ¡Ya, yo, pobe s'rita Tanit, pobe s'rita Isis! Mestro Clulu, sal de la agua y lleva tu niña... ¡Tá muerta! ¡Tá muerta! Su pelo no va mové má, Mestro Clulu. ¡La

vieja Sophy sabe! La vieja Sophy que estuvo en la negra piedra má allá de la Gran Zimbabue en la vieja África. La vieja Sophy hizo el baile a la lú de la luna en la piedra cocodrilo antes que N'bangus la atrapara y la vendiera a hombres de gran barco. ¡No má Tanit! ¡No má Isis! ¡No má mujé hechicera pa cuidá e fuego en campo gran piedra! ¡Ya, yo! ¡*N'gagi n'bulu bwana n'lolo!* ¡*Iä!* ¡*Shub-Niggurath!* ¡Tá muerta! ¡Vieja Sophy sabe!

»Aquellas no fueron las últimas palabras que pronunció, pero sí las únicas a las que pude prestar atención. El gesto que vi en el rostro de mi hijo indicaba que se había acordado de algo espantoso, y la forma en la que aferraba el machete no presagiaba nada bueno. Sabía que estaba desesperado y salté para desarmarle antes de que pudiera cometer alguna locura.

«Demasiado tarde. Un anciano con las vértebras en mal estado no es el hombre más indicado para usar la fuerza. Se produjo un terrible forcejeo, pero tan solo duró unos pocos segundos. No estoy del todo seguro si también intentó matarme a mí. Sus últimas y jadeantes palabras versaron acerca de la necesidad de que todo lo que había estado conectado con Marceline, ya fuera por matrimonio o sangre, tenía que ser aniquilado.

V

»Aún me sorprende no haber enloquecido por completo en aquel preciso instante... o en las horas que siguieron. Frente a mí yacía el cuerpo de mi hijo —el único ser humano al que amaba— y un par de metros más allá, a los pies del tapado caballete, el de su mejor amigo con una repugnante trenza de pelo que lo envolvía. En la habitación de abajo estaba el cuerpo de la monstruosa mujer con el cuero cabelludo arrancado, de esa mujer sobre la cual estaba a punto de crearme cualquier cosa. Me encontraba demasiado trastornado para analizar cuánta verdad encerraba toda aquella historia del pelo, pero aunque no lo hubiera estado, el tétrico lamento que había surgido de la cabaña de Tía Sophy habría sido suficiente para silenciar cualquier duda.

»Si hubiera sido más listo, habría hecho lo que me aconsejó el pobre Denis: quemar el cuadro, el cuerpo y la cabellera que lo envolvía. Pero me hallaba demasiado aturdido para pensar con claridad. Supongo que lloré ante

el cuerpo de mi hijo... y luego me di cuenta de que la noche se hacía vieja y que los criados volverían temprano al amanecer. Se trataba de un asunto que no tenía explicación posible y supe que debía deshacerme de las pruebas e inventar una historia.

»Aquella trenza que se enroscaba alrededor del cuerpo de Marsh era algo horrible. Cuando la pinché con la punta de una espada que había alcanzado de la pared casi creí sentir que se aferraba con más fuerza al cadáver. No me atrevía a tocarla y cuanto más la miraba más espantosa me parecía. Hubo algo que me hizo dar un respingo. No pienso decir qué era, pero en parte explicaba el porqué Marceline siempre alimentaba su cabellera con extraños aceites.

»Finalmente decidí enterrar los tres cuerpos en el sótano y cubrirlos con la cal viva que guardábamos en el almacén. Fue una noche diabólica. Cavé tres fosas; la de mi hijo algo alejada de las otras dos, ya que no quería que su cuerpo yaciera cerca de la mujer o de su pelo. Sentí mucho no poder separar la trenza del cuerpo del pobre Marsh. Bajar todos aquellos cadáveres al sótano resultó una tarea espeluznante. Utilicé una sábana para envolver a la mujer y al pobre diablo con la trenza enrollada. Luego tuve que cargar con dos barriles de cal desde el almacén. Creo que Dios me dio fuerzas, ya que pude transportarlos y llenar las tres fosas sin dificultad.

»Gasté un poco de cal para hacer una lechada. Cogí una escalera plegable y extendí la lechada sobre el techo del vestíbulo, en la zona donde la sangre se había filtrado. Quemé casi todos los enseres de la habitación de Marceline y restregué las paredes, suelos y muebles restantes. Asimismo limpié el estudio del ático y el rastro de pisadas que iban hasta allí. Y durante todo ese tiempo oí a la vieja Sophy lamentándose en la distancia. Sus gemidos parecían los de una criatura poseída por el diablo. Pero siguió lanzando al aire extraños quejidos. Por eso los negros de la plantación no se asustaron ni fisgonearon durante toda la noche. Cerré la puerta del estudio y guardé la llave en mi cuarto. Luego quemé mi manchada vestimenta en el hogar. Al amanecer la casa parecía hallarse en un estado totalmente normal, si uno no se fijaba demasiado. No me atreví a tocar el caballete cubierto con el paño, aunque pensaba hacerlo más tarde.

»Bueno, los criados llegaron por la mañana y les dije que los jóvenes se habían ido a St. Louis. Ningún negro de la plantación parecía haber visto o

sentido nada, y los lamentos de la vieja Sophonisba habían cesado en cuanto apareció el sol. A partir de entonces fue como una estatua muda y jamás soltó una palabra acerca de lo que había albergado su taciturno cerebro de bruja la noche en la que todo ocurrió.

»Más adelante aseguré que Denis, Marsh y Marceline habían regresado a París, y me las ingenié para que una discreta agencia postal me enviara cartas procedentes de aquella ciudad, cartas falsificadas que yo mismo escribía. Tuve que inventar mentiras y engaños para convencer a algunos amigos, y sé que ciertas personas sospechaban que había algo más. Hice que las muertes de Denis y Marsh se reportaran como bajas de la Gran Guerra, y después alegué que Marceline se había recluido en un convento. Afortunadamente Marsh era huérfano y su personalidad excéntrica le había alejado de sus amistadas en Luisiana. Las cosas habrían salido razonablemente bien si hubiera quemado el cuadro y vendido la plantación, y si no hubiera seguido intentando manejar el asunto con la mente aturdida y trastornada. Observe a qué extremos me ha llevado mi necedad. Las cosechas arruinadas, los criados que partieron uno tras otro, la mansión cayéndose a trozos y yo mismo convertido en ermitaño y en blanco de múltiples rumores pueblerinos. Nadie se atreve a acercarse después de la puesta de sol... ni tampoco en ningún otro momento del día, si puede evitarlo. Por eso sé que usted no es de aquí.

»¿Por qué sigo aquí? Pues no sabría decirle. Seguramente por cosas que se hallan muy cerca de los límites entre la cordura y la simple enajenación mental. Aunque, quizás, nada de esto habría pasado si no hubiera mirado el cuadro. Tenía que haberle hecho caso al pobre Denis. Si le soy sincero, estaba decidido a quemarlo cuando subí al estudio clausurado una semana después de la terrible noche, pero antes lo miré... y eso lo cambió todo.

»No, no serviría de nada que le contara lo que vi. Usted mismo, en cierta manera, puede verlo si quiere, aunque el tiempo y la humedad han hecho bien su trabajo. No creo que le haga ningún mal echarle un vistazo, pero conmigo fue diferente. Sabía demasiado bien lo que todo aquello implicaba.

»Denis tenía razón, era la obra de arte más bella producida por manos humanas desde los tiempos de Rembrandt, a pesar de que estaba inacabada. Me di cuenta al instante, y supe que el pobre Marsh había conseguido justificar su decadente filosofía. Era a la pintura lo que Baudelaire a la poesía,

y Marceline fue la llave que desbloqueó su enorme genio interior.

»Aquel cuadro me conmocionó en cuanto retiré el paño de terciopelo, me conmocionó antes incluso de que supiera realmente de qué iba todo el asunto. Bueno, ya sabe que no era un simple retrato. Marsh había sido muy claro al afirmar que no solo estaba pintando a Marceline, sino lo que veía a través y más allá de ella.

»Por supuesto, allí estaba representada, y aunque en cierta forma era la clave de la obra, su figura tan solo ocupaba una parte de la vasta composición artística. Se hallaba desnuda, excepto por aquella espantosa mata de cabello que caía sobre su cuerpo, entre sentada y reclinada en una especie de canapé o diván de estilo totalmente desconocido. En una mano portaba un cáliz de monstruoso diseño del que rebosaba un fluido cuyo color he sido incapaz de catalogar o definir... No sé de dónde diablos pudo sacar Marsh esos pigmentos.

»La figura y el diván se encontraban a la izquierda de la escena más extraña que he visto en mi vida. Daba la sensación de que todo aquello emanaba del cerebro de la mujer, aunque también podía tratarse de todo lo contrario: que ella era un reflejo maligno o una simple alucinación evocada por la propia escena.

»No sabría decirle ahora cuál de aquellas dos sensaciones era más cierta: si aquellas criptas infernales y ciclópeas se veían desde el exterior o provenían de su interior, si eran simples cavernas de piedra o repugnantes arborescencias fungosas. La geometría interna de la pintura resultaba enloquecedora, había ángulos agudos y obtusos mezclados por todas partes.

»¡Dios bendito! ¡Las figuras infernales que flotaban bajo aquel crepúsculo demoníaco y perpetuo! ¡Las blasfemias que acechaban, que se arrastraban, que compartían un aquelarre con aquella mujer ejerciendo de sacerdotisa suprema! ¡Las peludas entidades negras que no eran exactamente cabras, las bestias con cabeza de cocodrilo, tres patas y una hilera dorsal repleta de tentáculos, los egipcios de chata nariz que ejecutaban una danza prohibida por los antiguos sacerdotes del país de las pirámides!

»Pero la escena no representaba exactamente a Egipto... era algo que estaba *más allá* de Egipto, más allá de la Atlántida, más allá de la legendaria Mu y de la mítica Lemuria. Era la representación definitiva del horror, y el

simbolismo que la impregnaba demostraba que Marceline era una pieza vital de todo aquel entramado. Creo que se trataba de la innombrable R'lyeh, ciudad edificada por una raza alienígena y objeto de las conversaciones a media voz que Marsh y Denis solían mantener entre las sombras. En el cuadro da la sensación de estar sumergida en las aguas abisales, aunque todos parecen respirar con normalidad.

»Bueno, apenas pude hacer otra cosa que mirar y estremecerme, y al final descubrí que Marceline me observaba con mirada astuta a través de los crueles y dilatados ojos pintados en el cuadro. No se trataba de una simple suposición, Marsh había conseguido plasmar en la pintura, en esa mezcla de líneas y colores, una porción de su horrible vitalidad, de manera que aún parecía estar cavilando, observando y odiando, como si la mayor parte de ella no estuviera enterrada en el sótano bajo un montón de cal viva. *Y lo peor de todo fue cuando una de esas trenzas de la estirpe de Hécate empezó a moverse y abandonó el lienzo, deslizándose a tientas por la habitación en pos de mí.*

«Entonces descubrí el horror verdadero y supe que sería guardián y prisionero de aquella cosa por siempre jamás. Marceline era la entidad de la que habían surgido las más antiguas leyendas acerca de Medusa y las Gorgonas; algo dentro de mí se había convertido finalmente en piedra. Nunca volvería a estar a salvo de aquella ondulante cabellera, de aquellas trenzas de serpiente representadas en el cuadro y de las otras que aguardaban enterradas en el sótano bajo la cal, cerca de los barriles de vino. Demasiado tarde recordé las leyendas que versaban sobre la inmortalidad de la cabellera de Medusa, aun después de la muerte y de varios siglos de sepultura.

»Desde entonces mi vida no ha sido otra cosa que una sucesión de horrores y esclavitud. Siempre aterrorizado por lo que yace en el sótano. En menos de un mes, los negros de la plantación empezaron a murmurar acerca de una gran serpiente negra que reptaba entre los barriles de vino después de anochecer, y del rastro que siempre se dirigía a un lugar situado unos metros más allá. A la larga me vi obligado a trasladar todos los restos a otra parte del sótano, ya que ningún negro se atrevía a acercarse al lugar en el que se había visto a la serpiente.

»Luego los trabajadores de la plantación empezaron a hablar del negro

reptil que visitaba la cabaña de la vieja Sophonisba todas las noches después de las doce. Uno de ellos me enseñó su rastro, y poco después descubrí que Tía Sophy se había acostumbrado a hacer extrañas excursiones al sótano de la mansión, donde se quedaba durante horas murmurando justo sobre el lugar al que ningún otro negro quería acercarse. ¡Dios bendito! ¡Qué feliz fui cuando murió esa vieja bruja! Estoy seguro de que había sido la sacerdotisa de alguna antigua y terrible religión africana. Sospecho que al menos había alcanzado los ciento cincuenta años de edad.

»A veces creo oír el sonido de algo que reptaba por la casa durante la noche. Distingo ruidos extraños en las escaleras, sobre las tablas sueltas, y el pestillo de mi puerta rechina, como si alguien quisiera entrar. Por supuesto, siempre cierro con llave. Ciertas mañanas creo detectar una especie de olor rancio, enfermizo, flotando en los pasillos, y distingo un rastro viscoso y débil que se abre paso entre el polvo del suelo. Sé que debo proteger la cabellera del cuadro, pues si le sucediese algo hay entidades en la casa que sin duda se tomarían cumplida venganza. Ni tan siquiera me atrevo a morir; vida y muerte son lo mismo para las hordas que emergen de R'lyeh. Alguien o algo vendrá para castigar mi negligencia. La cabellera de Medusa me ha capturado, y así será por siempre jamás. Nunca juegue con arcanos y horrores ocultos, hijo, si estima en algo su alma inmortal.

Cuando el anciano finalizó su relato descubrí que el combustible de la diminuta lámpara se había terminado hacía mucho, y que el de la más grande estaba a punto de consumirse. Tenía que estar a punto de amanecer, y mis oídos me notificaron que la tormenta había pasado. La historia me había impresionado mucho y casi temía mirar a la puerta y descubrir que algo innombrable presionaba sobre ella. Resultaba difícil expresar lo que sentía en aquellos momentos: horror absoluto, recelo o tal vez una especie de curiosidad malsana. Era incapaz de hablar y tuve que esperar a que mi extraño anfitrión rompiera el hechizo.

—¿Quiere ver... esa cosa?

Su voz sonó baja y dubitativa, y observé que estaba tremendamente nervioso. La curiosidad prevaleció sobre todas mis demás emociones y asentí en silencio. Se levantó, prendió una vela que había en la mesa y la sujetó en lo alto mientras abría la puerta.

—Acompáñeme al piso de arriba.

Me asustaba internarme otra vez por aquellos pasillos tétricos, pero la curiosidad se impuso a mis temores. Las tablas del piso rechinaban bajo mis pies y me puse a temblar en cuanto creí distinguir sobre el polvo un rastro irregular y difuso al lado de las escaleras.

Los escalones que conducían a la buhardilla eran ruidosos e inseguros, y en algunos tramos no había peldaños. Casi me alegraba de tener que mirar con atención dónde pisaba, pues de esa manera no podía echar un vistazo a lo que me rodeaba. El pasillo del ático estaba tan negro como el carbón, repleto de telarañas y cubierto por una capa de polvo de varios dedos de espesor en donde resaltaba un rastro irregular que se dirigía a una puerta cerrada al fondo del pasillo. Me fijé en los deshilachados restos de una tupida alfombra y pensé en los inquilinos que la habían pisado durante décadas... pensé en ellos y en esa otra cosa que no tenía pies.

El anciano me llevó directamente a la puerta que se abría al final de la gastada alfombra y trasteó un rato con la oxidada cerradura. Me sentía profundamente inquieto al saber que estaba tan cerca del cuadro, sin embargo decidí seguir adelante. Al momento mi anfitrión se hizo a un lado para dejarme pasar al estudio desierto.

La luz de la vela era muy tenue aunque suficiente para iluminar la mayor parte de la habitación. Me fijé en los techos bajos e inclinados, la larga y profunda ventana abuhardillada, los trofeos y curiosidades que colgaban de las paredes, y, sobre todo, el enorme caballete amortajado que descansaba en el centro de la habitación. Hacia allí se dirigió el último de los De Russey, echó a un lado la polvorienta tela de terciopelo que ocultaba el cuadro y, en silencio, me hizo señas para que me acercara. Necesité recurrir a toda mi valentía para obedecerle, especialmente cuando observé cómo se dilataban sus ojos a la luz cadavérica de la vela mientras contemplaba la pintura. Pero de nuevo la curiosidad se impuso a todo lo demás y me acerqué hasta el lugar donde el último de los De Russey permanecía estático. Entonces vi esa cosa maldita.

No me desmayé, aunque seguramente ningún lector puede hacerse una remota idea de cuánto me costó no hacerlo. Me puse a gritar, pero en cuanto vi la mirada de espanto que se dibujó en el rostro del anciano callé al instante.

Tal y como me había esperado, la tela estaba abarquillada, enmohecida y agrietada por la humedad y la falta de cuidados, pero aun así pude detectar el aire de maldad cósmica y monstruosa alienación que anidaba en aquella repugnante escena indescriptible de perversa geometría.

Era tal y como el anciano lo había descrito: un infierno abovedado de múltiples columnas repleto de negras muchedumbres y aquelarres pintados con una maestría tan sublime que yo apenas podía concebir. El deterioro que había soportado incrementaba aún más la monstruosidad de aquellos trazos simbolistas, malvados y enfermizos, ya que las partes más afectadas por el tiempo eran justamente aquellas en las que la naturaleza —o el engendro que en esa región cósmica se tenía como naturaleza— era propensa a la decadencia o la desintegración.

Lo más espantoso de todo era, sin lugar a dudas, Marceline... y mientras contemplaba su piel hinchada y descolorida me dio por pensar que quizás la figura del cuadro tenía una tétrica y oculta conexión con la cosa que yacía enterrada en el suelo del sótano bajo un montón de cal viva. Quizás la cal había conservado el cuerpo en lugar de destruirlo, pero ¿podría ser que esos ojos malignos y negros que me observaban y se mofaban desde aquel cuadro infernal conservaran aún su viveza?

Y había algo más sobre la criatura que no podía pasar por alto, algo que De Russy no había sabido expresar en palabras pero que quizás tenía que ver con el deseo de Denis de matar a todos los de su sangre que habían convivido bajo el mismo techo que ella. Nadie sabrá jamás si Marsh lo sabía o si el genio que anidaba en él se encargó de representarlo inconscientemente. Pero lo cierto es que tanto Denis como su padre jamás se habrían dado cuenta de no ver la pintura.

Por encima de todos los horrores resaltaba aquel torbellino de pelo negro que cubría su deslucido y estropeado cuerpo, *pero que no mostraba ni el más mínimo síntoma de deterioro*. Todo lo que había oído sobre su cabellera no parecía en absoluto exagerado. Esa negra mata nudosa, retorcida, satinada, crespa y serpentina no era de este mundo. La maldad y una vida autónoma, independiente, sobrenatural, vibraba en cada rizo, en cada mechón, y la sensación de que las puntas estaban rematadas por *cabezas de reptil* resultaba demasiado fuerte para considerarla ilusoria o accidental.

Aquella cosa blasfema me atrajo como un imán. Estaba desvalido y creí al instante en el mito de la mirada de la gorgona, que convertía en piedra a todo aquel que la contemplara. Entonces me dio la sensación de que algo había cambiado. Sus ojos lascivos se movieron perceptiblemente, la mandíbula descendió un tanto, permitiendo que entre sus labios gruesos y bestiales asomara una hilera de afilados dientes amarillos. Las pupilas de esos ojos infernales se dilataron y parecían querer salirse de las órbitas. Y el pelo, ese maldito cabello, *empezó a crepitar y ondular visiblemente, las cabezas de reptil se volvieron hacia De Russy y culebrearon con la intención de golpearle.*

Perdí la razón y, antes de darme cuenta de lo que hacía, empuñé mi automática y disparé una lluvia de balas, las doce que contenía la recámara, sobre aquel cuadro espantoso. El lienzo y el marco que lo adornaba se hicieron añicos, y los trozos cayeron por el suelo cubierto de polvo. Pero cuando este horror quedó despedazado, otro aún peor se presentó delante de mí en la persona de De Russy, cuyos gritos al ver cómo el cuadro desaparecía resultaban tan espantosos como la propia pintura.

Lanzando un grito apenas comprensible —«¡Dios mío, lo ha hecho!»—, el consternado anciano me agarró con violencia del brazo y empezó a arrastrarme fuera de la habitación, haciéndome bajar las desvencijadas escaleras. Aterrorizado, había dejado caer la vela, pero estaba a punto de amanecer y una tenue luz grisácea se filtraba por las ventanas tiznadas de polvo. Tropecé y me tambaleé en repetidas ocasiones pero mi guía no redujo el paso en ningún momento.

—¡Corra! —gritó—. ¡Corra si quiere seguir viviendo! ¡No sabe lo que ha hecho! ¡No le he contado toda la verdad! Hay ciertas cosas que tenía que haber hecho antes... *el cuadro me lo dijo.* Tenía que vigilarlo y protegerlo... ¡ahora viene lo peor! Ella y esa mata de pelo suya saldrán de sus respectivas tumbas, ¡y solo Dios sabe con qué propósitos!

»¡Rápido! Por Dios Santo, tenemos que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde. Lléveme en su coche a Cabo Girardeau. Al final me atrapará, pero no pienso ponérselo fácil. ¡Vámonos! ¡Rápido!

Cuando llegamos al piso de abajo noté un extraño, sordo golpeteo que provenía de la parte trasera de la casa, seguido por el sonido de una puerta al

cerrarse. De Russy no había oído los golpes, pero sí escuchó el otro sonido y lanzó el grito más terrorífico que haya salido jamás de una garganta humana.

—Dios... Dios mío... era la puerta del sótano... se acerca...

En ese momento yo forcejeaba desesperadamente con la oxidada cerradura y las deterioradas bisagras de la gran puerta delantera, y me dominaba un nerviosismo tan grande como el de mi anfitrión, pues ahora se podían oír claramente las recias pisadas que resonaban en las olvidadas habitaciones traseras de la mansión infernal. La lluvia nocturna había deformado las tablas de roble, la pesada puerta estaba atascada y se resistía a abrirse con mayor cabezonería que cuando la había forzado la tarde anterior.

Una tabla crujió en algún lugar de la casa, cediendo al peso de esa cosa que se acercaba, y el sonido consiguió romper el último pedazo de cordura que quedaba en la mente del pobre anciano. Bramando como un toro enloquecido dejó de sujetarme y se lanzó hacia la derecha, a través de la puerta abierta de una habitación que debía servir de vestíbulo. Un segundo después, justo cuando pude abrir la puerta delantera y me disponía a escapar, oí el tintineo de un objeto de cristal al hacerse añicos y supe que se había tirado por la ventana. Cuando salí a la decrepita galería y estaba a punto de echarme a correr enloquecido por el largo camino repleto de malas hierbas, creí oír los golpes sordos de unas pisadas mortales y obstinadas que no iban tras de mí, sino que se dirigían directamente a la puerta que daba a aquel vetusto vestíbulo repleto de telarañas.

Solo me atreví a mirar a mi espalda en un par de ocasiones mientras corría ciegamente entre los brezos y zarzas de aquel sendero abandonado, y pronto dejé atrás los moribundos tilos y los nudoso robles apenas iluminados por el encapotado amanecer otoñal. Entonces un hedor acre lo invadió todo y me acordé de la vela que De Russy había dejado caer en el ático. En esos momentos me hallaba confortablemente cerca de la carretera, en una zona elevada desde la que se veían con claridad los tejados de la lejana mansión sobresaliendo por encima de los árboles que la rodeaban, y, tal y como me esperaba, de las ventanas abuhardilladas del ático manaban unas espesas nubes de humo que ascendían crespas hasta perderse en los plomizos cielos. Di gracias a todas las fuerzas de la naturaleza por que una maldición de tiempos inmemoriales estaba a punto de ser depurada por el fuego y borrada

al fin de la faz de la tierra.

Y entonces volví a mirar hacia atrás y observé dos cosas más, dos imágenes que al instante borraron el alivio que sentía y me conmovieron de tal manera que ya nunca más he vuelto a ser el mismo. Ya he dicho antes que me encontraba en una zona elevada del sendero desde la que divisaba la mayor parte de la plantación. La perspectiva no solo incluía la casa y los árboles, sino también una parte del terreno abandonado, bajo y parcialmente inundado que se hallaba junto al río, y varias vueltas y revueltas del descuidado sendero por el que me había abierto paso a la carrera. En ambas zonas vi rastros —o supuestas huellas— de algo que me hubiera gustado desmentir fervientemente.

Fue un grito distante y débil lo que me hizo mirar atrás, y mientras me daba la vuelta detecté un atisbo de movimiento en el llano grisáceo y pantanoso que había detrás de la casa. A aquella distancia las figuras humanas se veían muy pequeñas, sin embargo me dio la sensación de que se trataba de dos seres vivos: perseguidor y perseguido. Incluso creí observar que la figura de negras vestiduras que iba en cabeza era alcanzada y apresada por la desnuda y lampiña entidad que se deslizaba a su espalda... alcanzada, agarrada y arrastrada violentamente en dirección a la casa que ahora estaba en llamas.

No pude ver lo que sucedió a continuación, ya que, mucho más cerca, detecté algo que me distrajo por completo... una especie de movimiento entre los arbustos del desierto sendero a cierta distancia de donde me encontraba. *No había duda, los hierbajos, las zarzas y los brezos se movían de un lado para otro a pesar de que no hacía viento, como si un reptil enorme y veloz se deslizara por la tierra en pos de mí.*

No pude aguantar más. Me precipité en busca de la cancela, sin prestar atención a mis ropas llenas de desgarrones y a las magulladuras ensangrentadas, y salté dentro del descapotable aparcado bajo el majestuoso árbol de hoja perenne. Estaba empapado por la lluvia caída, pero el motor funcionaba y no me costó nada ponerlo en marcha. Sin pensarlo, conduje en la misma dirección en la que lo había dejado aparcado, con la única intención de alejarme lo máximo posible de aquel lugar espantoso repleto de pesadillas y espíritus malignos... alejarme tanto como pudiera hasta que se terminara la

gasolina.

Un granjero me hizo señas para que me detuviera cuando había recorrido unos cinco kilómetros; se trataba de un sujeto amable, de hablar arrastrado, mediana edad y considerable inteligencia natural. Me sentí feliz de parar y tener a alguien a quien preguntar, aunque era consciente de que mi aspecto no debía resultar demasiado respetable. El hombre me informó amablemente del camino a Cabo Girardeau y se interesó por el lugar de donde venía y por mi extraño aspecto a horas tan tempranas. Decidí que lo mejor era no hablar demasiado, y solo le dije que me había sorprendido la lluvia nocturna, por lo que me vi obligado a refugiarme en una granja cercana, y que luego me perdí entre los arbustos espinosos mientras buscaba mi coche.

—¿En una granja? Vaya, me pregunto cuál puede ser. No hay ni un solo edificio en pie desde aquí hasta la casa de Jim Ferris, más allá de Barker Crick, y eso está a más de treinta kilómetros carretera adelante.

Di un respingo y me pregunté qué nuevo misterio ocultaban aquellas palabras. Entonces le pregunté si no se habría pasado por alto la gran mansión arruinada de la plantación a la que se accedía a través de una cancela al lado de la carretera.

—¡Vaya, es curioso que diga eso, forastero! Hace algún tiempo había una justo en ese lugar. Pero la casa ya no está. Ardió desde los cimientos cinco o seis años atrás... y la gente murmura cosas inconcebibles sobre aquel suceso.

Me estremecí.

—Sin duda se refiere a Riverside, la mansión del viejo De Russy. Hace quince o veinte años ocurrió algo extraño. El chico del viejo se casó con una hembra extranjera y algunas personas afirmaban que ella era un tanto peculiar. No les gustaba su aspecto. Luego desaparecieron los dos de repente, y el anciano dijo que habían matado a su hijo en la guerra. Pero algunos negros de la plantación murmuraban cosas extrañas. Se rumoreaba que el viejo se había enamorado de la muchacha y que los había matado a ambos. En cualquier caso, y signifique lo que signifique, el lugar está embrujado por una serpiente negra.

»Luego, cinco o seis años después, el viejo desapareció y la casa ardió por completo. Algunos dicen que él también murió carbonizado. Fue una mañana, tras una noche lluviosa como la que hemos tenido hoy, cuando un

montón de gente oyó un terrible aullido que atravesaba los campos y que sin duda procedía de la boca del viejo De Russy. Pronto se dieron cuenta de que la casa ardía por los cuatro costados con increíble rapidez... En cualquier caso, con lluvia o sin lluvia, aquel lugar era como la yesca. Nadie volvió a ver al viejo, pero enseguida empezaron a correr leyendas sobre el fantasma de una enorme serpiente negra que pululaba por los alrededores.

»¿Qué piensa usted? Parece conocer el lugar. ¿Ha oído hablar en alguna ocasión de los De Russy? ¿Qué cree que le ocurrió a esa joven hembra con la que se casó Denis? Hacía que todos se estremecieran y la odiaran, aunque no sabían decir por qué.

Intenté pensar algo coherente, pero por mucho que me esforcé no pude. ¿Esa casa había ardido años atrás? Entonces, ¿dónde y bajo qué condiciones había pasado la noche? ¿Y por qué sabía lo que sabía? Incluso, recordé, había encontrado un pelo en la manga de mi chaqueta, un pelo corto y blanquecino, como el de un anciano.

Al final seguí mi camino sin contarle nada. Sugerí que los rumores eran falsos y perjudicaban al anciano dueño de la plantación que tanto había sufrido. También dejé claro —como si fuera un amigo lejano al que le habían llegado noticias contrastadas— que si alguien tenía la culpa de todo lo que había acontecido en Riverside era la mujer, Marceline. No se aclimató a las costumbres de Missouri y Denis jamás tenía que haberse casado con ella.

No profundicé más en el tema, ya que sentía que los De Russy, esa familia de espíritus sensibles, con todos sus recios valores sobre el honor y la caballerosidad, no habrían deseado que continuara hablando. Dios sabe que ya habían sufrido bastante, y no se merecían que los lugareños empezaran a hablar ahora de un demonio abismal, una gorgona blasfema, que venía a mancillar su antiguo e intachable linaje.

Tampoco era correcto que los campesinos supieran que existía otro horror, un horror que mi extraño anfitrión nocturno no pudo revelarme del todo, un horror que él tenía que haber descubierto, como yo lo hice, por los detalles que figuraban en la perdida obra maestra del pobre Frank Marsh.

Habría sido espantoso que ellos supieran que la otrora heredera de Riverside —esa maldita gorgona o lamia cuya odiosa cabellera de trenzas serpentinas debía seguir anidando y enroscándose como una sanguijuela entre

los huesos del artista, en una fosa cubierta de cal bajo los cimientos de una casa carbonizada— era en realidad el vástago, la heredera de los primeros siervos de Zimbabue, y así lo habían sacado a la luz los ojos del genio. No es de extrañar que se llevara tan bien con aquella vieja bruja, Sophonisba, pues, aunque en una proporción engañosamente pequeña, Marceline era negra.

EL HOMBRE DE PIEDRA

The Man of Stone (1932)

Hazel Heald & H.P. Lovecraft

Ben Hayden siempre había sido un sujeto obstinado y en cuanto oyó hablar de esas extrañas estatuas que se erguían en las Adirondacks superiores, nada pudo quitarle de la cabeza la idea de ir a verlas. Yo había sido su más íntimo camarada durante años y nuestra amistad era tan profunda que siempre íbamos juntos a todas partes. Por eso, cuando Ben se empeñó en ir... bueno, fui trotando tras él como un perrito faldero.

—Jack —dijo—, ¿conoces a Henry Jackson, el que pasó una temporada en una cabaña al otro lado de Lake Placid a causa de la mancha que tenía en los pulmones? Bueno, pues regresó el otro día casi curado y me contó un montón de cosas extrañas y diabólicas sobre aquella región. Lo hizo de manera precipitada y no estoy seguro aún de si se trata de algo más que de unas simples esculturas bizarras, pero su inquietud estimuló mi curiosidad.

»La cuestión es que un día que andaba de caza llegó a una cueva en cuya entrada había algo parecido a un perro. Esperaba que el perro se pusiera a ladrar, pero entonces miró mejor y descubrió que el animal no era un ser vivo. En realidad era un perro de piedra, pero la escultura estaba tan bien hecha, resultaba tan perfecta hasta en el más mínimo de los detalles que no supo discernir si se trataba de una estatua increíblemente tallada o de un animal petrificado. Incluso tenía miedo de tocarla, pero cuando lo hizo se dio

cuenta de que estaba hecha de piedra.

»Después de un rato se atrevió a aventurarse en el interior de la cueva... y se llevó un susto aún mayor. Unos pasos más allá había otra figura de piedra —o eso parecía—, aunque en esta ocasión se trataba de un hombre. Yacía de costado en el suelo, estaba vestido y lucía una extraña sonrisa en el rostro. Esta vez Henry no se detuvo para tocarla sino que se marchó directamente al pueblo, Mountain Top. Hizo todo tipo de indagaciones, aunque no le sirvieron de mucho. Descubrió que era un asunto delicado, ya que los lugareños se limitaban a sacudir la cabeza, cruzar los dedos y murmurar algo acerca de un tal “Loco Dan”, fuera quien fuese dicho sujeto.

«Aquello no le gustó a Jackson, de manera que regresó a casa unas semanas antes de lo planeado. Me lo contó porque sabe de mi interés por los fenómenos extraños, y fue una verdadera casualidad ya que conocía ciertas historias que encajaban a la perfección con lo que me había contado. ¿Te acuerdas de Arthur Wheeler, ese escultor tan realista que la gente tildaba de fotógrafo objetivo? Creo que lo conoces de vista. Bueno, pues como era de prever estuvo una temporada en aquella parte de las Adirondacks. Fue una temporada bastante larga y luego desapareció sin dejar rastro. Nunca se volvió a oír hablar de él. O sea, que si hay estatuas de piedra de hombres y perros que parecen vivas por aquella parte del mundo, me da la impresión de que tienen que ser obra suya, y no importa lo que digan —o dejen de decir— los lugareños. Reconozco que una persona con el temperamento de Jackson puede dejarse impresionar fácilmente por estas cosas, pero yo hubiera hecho un montón de indagaciones antes de salir corriendo.

»Así que, Jack, me voy a cercar allí para investigar el asunto sobre el terreno... y tú vas a venir conmigo. Es posible que tardemos bastante en encontrar a Wheeler o alguna de sus esculturas... Sea como sea, el aire puro de la montaña nos vendrá bien a ambos.

Así pues, en menos de una semana, tras un largo viaje en tren y un accidentado trayecto en autobús entre paisajes de exquisita belleza, llegamos a Mountain Top bajo el dorado atardecer de un día de junio. El pueblo tan solo se componía de unas cuantas casitas, el hotel y la tienda del pueblo, ante cuya fachada paró nuestro autobús, pero pensábamos que esta última podría ser una buena fuente de información. Como era de prever, las escaleras del

local estaban ocupadas por el típico grupo de ociosos, y cuando nos presentamos les dijimos que veníamos en busca de aire puro y saludable, y que necesitábamos un sitio para alojarnos, a lo cual respondieron animadamente y sugiriéndonos variadas recomendaciones.

Aunque no teníamos planeado empezar nuestras investigaciones hasta el día siguiente, Ben no pudo resistir la tentación de hacer algunas preguntas vagas y cautelosas cuando se percató de la senil locuacidad de uno de los mal vestidos holgazanes. Sabía, gracias a lo que le había contado Jackson, que resultaría contraproducente empezar hablando de las extrañas estatuas, pero decidió mencionar a Wheeler, asegurando que lo conocía y que estaba preocupado por su suerte.

Una extraña desazón se apoderó del grupo cuando Sam dejó de tallar un palo de madera y empezó a hablar, aunque en realidad no tenían motivos para alarmarse. Incluso aquel montañés descalzo e ignorante se puso en guardia cuando oyó el nombre de Wheeler, y a Ben le costó muchísimo sacar alguna información coherente de lo que dijo.

—¿Wheeler? —masculló al fin—. Ah, claro, ese tío que se pasaba todo el tiempo volando piedras y convirtiéndolas en estatuas. Así que le conoce, ¿eh? Pues no hay mucho que contar, y a lo mejor es más de lo adecuado. Se fue a la cabaña del Loco Dan, en las colinas... pero no por mucho tiempo. Recibió lo suyo, y más... de parte de Dan, digo. Menuda labia tenía, y rondaba a la mujer de Dan hasta que el viejo diablo se dio cuenta. Le tiraba los tejos, supongo. Pero cogió carretera y manta de repente y nadie le ha vuelto a ver el pelo desde entonces. Dan le diría un par de cosillas... ¡Menudo tío, el Dan! ¡Como para tenerle de enemigo! Cuanto más lejos de él mejor, chicos; no hay nada bueno en esa parte de las montañas. Dan cada vez está de peor humor y nadie le ha visto desde hace tiempo. Y tampoco a su mujer. ¡Me da que la tiene encerrada para que nadie le eche el ojo!

Cuando Sam, después de alguna que otra observación, siguió tallando su palo, Ben y yo intercambiamos una mirada. Aquí había algo interesante que requeriría futuras e intensas pesquisas. Resolvimos alojarnos en el hotel y nos instalamos lo antes posible, pensando en explorar la agreste región montañosa al día siguiente.

Nos pusimos en camino al amanecer, provistos de sendas mochilas

repletas de las provisiones y herramientas que considerábamos necesarias. La mañana amaneció con una atmósfera estimulante que casi nos invitaba a salir y apenas sentíamos una pequeña desazón por la aventura que íbamos a emprender. El camino de montaña que tomamos enseguida empezó a empinarse y serpentear, de manera que pronto tuvimos los pies doloridos.

Abandonamos el camino a unos tres kilómetros, después de cruzar un muro de piedra que se erguía a nuestra derecha junto a un enorme olmo, y avanzamos en diagonal hacia una ladera escarpada tal y como indicaba el plano que nos había garabateado Jackson. Fue una travesía difícil y repleta de zarzas, pero sabíamos que la cueva no podían andar muy lejos. Al final nos topamos con la entrada casi sin darnos cuenta; se trataba de un hueco oscuro cubierto de matorrales en donde el terreno subía abruptamente, y al lado, junto a un pequeño estanque de piedra, se erguía rígida una pequeña y silenciosa figura que parecía rivalizar con la quietud sobrenatural del entorno.

Se trataba de un perro —o de la estatua de un perro— de color gris, y cuando la exclamación que ambos lanzamos al unísono se perdió en el aire, no supimos a qué atenernos. Jackson no había exagerado lo más mínimo, no podíamos creernos que aquella obra de arte perfecta pudiera haber sido hecha por manos humanas. Todos los pelos de la magnífica piel del animal parecían distintos e independientes, y los de las espaldas estaban de punta, como si algo desconocido lo hubiese asustado. Ben, después de pasar con delicadeza una mano por encima del pelaje de piedra, dio rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Dios mío, Jack, esto no puede ser una estatua! ¡Mira todos esos pequeños detalles y la forma del pelo! ¡No es el estilo de Wheeler! Se trata de un perro de verdad, aunque solo Dios sabe cómo se ha convertido en esto. Es como la piedra. Míralo tú mismo. ¿Crees que en ocasiones podría manar de la cueva algún gas misterioso que produjera semejante efecto en cualquier ser animal? Teníamos que haber profundizado más en las leyendas locales. Y si es —o era— un perro de verdad, entonces el hombre que hay dentro también tenía que haber sido un ser vivo.

Por fin nos decidimos a entrar en la cueva, y lo hicimos con aire solemne y temeroso, a pesar de avanzar a cuatro patas; Ben iba en cabeza. La parte

más estrecha apenas tenía un metro de ancho, pero pronto las paredes se abrieron a los lados, formando un receptáculo húmedo y pobremente iluminado repleto de escombros y detritos. Al principio casi no podíamos ver nada, pero cuando nos pusimos en pie y nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad empezamos a distinguir poco a poco una figura recostada entre las tinieblas del interior. Ben dudó unos momentos, pero al fin apuntó la luz de su linterna sobre la postrada figura. Apenas tuvimos dudas de que aquella cosa de piedra había sido antaño un ser humano, y la idea nos inquietó bastante.

Cuando Ben dirigió el haz de luz eléctrica sobre la estatua vimos que yacía recostada y de espaldas a nosotros. Estaba hecha del mismo material que el perro del exterior, aunque esta vestía unas groseras ropas deportivas que se hallaban petrificadas y cubiertas de moho. Animados por aquel impactante descubrimiento, nos acercamos lentamente para examinar el objeto; Ben se encaminó al otro lado para visualizar la cara escondida. Ninguno de los dos estábamos preparados para lo que Ben descubrió cuando iluminó con la linterna el rostro de piedra. El grito que lanzó fue absolutamente comprensible, como también lo fue el que yo emití cuando me puse a su lado y compartí lo que él veía. Y sin embargo, no se trataba de nada espantoso o esencialmente terrorífico. Era una simple cuestión de reconocimiento, ya que, sin ningún género de dudas, la espeluznante figura de piedra con una expresión entre horrorizada y caústica había sido en un tiempo nuestro viejo conocido Arthur Wheeler.

El instinto nos hizo salir de la cueva precipitadamente, casi arrastrándonos, y correr luego ladera abajo, entre los arbustos, hasta una zona donde no se divisaba el infausto perro de piedra. No sabíamos qué pensar de todo aquello, ya que nuestras mentes bullían con una mezcla de espanto y asombro. Ben, que había conocido a Wheeler bastante bien, se hallaba especialmente afectado, y daba la sensación de estar encajando ciertas piezas del rompecabezas que yo había pasado por alto.

—¡Pobre Arthur, pobre Arthur! —repetía una y otra vez cuando nos detuvimos en medio de la verde ladera, pero hasta que no musitó el nombre de «Loco Dan» no recordé el embrollo en el que, según el viejo Sam Poole, se había metido Wheeler justo antes de su desaparición. El Loco Dan, insinuó

Ben, sin duda estaría contento de conocer lo que había pasado. Por un momento se nos ocurrió a ambos que el celoso anfitrión podría ser el responsable de la presencia del escultor en aquella diabólica caverna, pero el pensamiento se desvaneció tan rápido como vino.

Lo que más nos desconcertaba era el fenómeno en sí mismo. Nos sentíamos incapaces de entender qué clase de emanación gaseosa o mineral podía producir semejante cambio en un periodo tan corto de tiempo. Sabíamos que la fosilización es un proceso químico que requiere una enorme cantidad de tiempo para completarse; sin embargo, aquí teníamos dos figuras de piedra que habían sido entes vivos —al menos Wheeler sí lo había sido— unas pocas semanas antes. No había lugar para las conjeturas. Lo único que podíamos hacer era dar parte a las autoridades y dejar que ellas se ocuparan del asunto, pero Ben seguía pensando en el posible papel que el Loco Dan había desempeñado en todo aquello. De cualquier manera, emprendimos el camino de regreso a la carretera, aunque Ben no se dirigió hacia el pueblo, sino que se desvió ladera arriba, hacia el lugar en el que el viejo Sam nos había dicho que se encontraba la cabaña de Dan. Según el anciano lugareño se trataba de la segunda casa que había más allá del pueblo y estaba oculta entre un espeso bosquecillo de achaparrados robles, a la izquierda de la carretera. Antes de que me diera cuenta, Ben me condujo ladera arriba por el arenoso camino y, después de dejar atrás una sórdida alquería, nos internamos en una región cada vez más agreste.

No se me ocurrió llevarle la contraria, pero pronto me invadió una creciente sensación de amenaza cuando fuimos dejando atrás los últimos vestigios de civilización. Por fin apareció a nuestra izquierda el inicio de una senda estrecha y descuidada, y pudimos divisar el picudo tejadillo de un edificio escuálido y sin pintar que sobresalía por encima de un enfermizo bosquecillo de árboles moribundos. Tenía que ser la cabaña del Loco Dan, y no pude sino preguntarme por qué Wheeler había escogido aquel lugar tan poco atractivo para alojarse. Me repugnaba caminar por aquella senda siniestra cubierta de maleza, pero tampoco deseaba rezagarme cuando Ben la recorrió a grandes zancadas y, con gran decisión, golpeó la desvencijada y mohosa puerta.

No hubo respuesta a la llamada y los ecos de los golpes me llenaron de

escalofríos. Sin embargo, Ben permaneció impertérrito y empezó a rodear la casa en busca de alguna ventana abierta. A la tercera intentona —un ventanuco que había en la parte trasera de la vetusta cabaña— tuvo éxito, y, tras un salto vigoroso, aterrizó sin daño en el interior y luego me ayudó a subir.

La habitación en la que aterrizamos estaba llena de piedras calizas y bloques de granito, cinceles y modelos de arcilla, y supimos que se trataba del antiguo estudio de Wheeler. No nos habíamos topado con ningún signo de vida, pero un ominoso y execrable olor a polvo lo invadía todo. A nuestra izquierda había una puerta abierta que, evidentemente, daba a una cocina situada en la parte de la casa en la que se levantaba la chimenea; Ben la atravesó, intentando descubrir cualquier vestigio de su amigo en el que fue su último alojamiento. Se encontraba muy por delante de mí cuando atravesó el umbral, de manera que, al principio, no pude saber por qué de su boca salió un grito breve y entrecortado.

Pero enseguida vi qué lo había producido y tampoco pude reprimir imitarlo, tal y como me había pasado en la cueva. Pues aquí, en esta cabaña, muy lejos de cualquier caverna subterránea en la que podrían producirse extraños gases y terribles mutaciones, había dos figuras más de piedra que con total seguridad no se debían al cincel de Arthur Wheeler. En un recio sillón frente a la chimenea, atado al mismo por un látigo de cuero, se hallaba la figura de un hombre desgredado, viejo y con una expresión de horror abismal en su rostro petrificado y maligno.

A su lado en el suelo yacía el cuerpo de una mujer agraciada, de facciones considerablemente bellas y jóvenes. La expresión de su rostro parecía mostrar una sardónica satisfacción, y cerca de su extendida mano derecha había un cubo de estaño con restos en su interior de una especie de sedimento oscuro.

No nos acercamos a aquellos inexplicables cuerpos petrificados y apenas intercambiamos simples conjeturas sobre lo sucedido. No albergábamos ninguna duda con respecto a la pareja de piedra: se trataba del Loco Dan y de su esposa; tema aparte era la explicación del porqué se hallaban en semejante condición. Mientras mirábamos aterrorizados a nuestro alrededor nos percatamos de la inusitada rapidez con la que debió producirse el cambio, ya que, a pesar de la espesa capa de polvo que lo envolvía todo, daba la

sensación de que la pareja había sido sorprendida en medio de las habituales tareas domésticas.

Lo único que no cuadraba con esta aparente normalidad era la mesa de la cocina, en cuyo centro, como para llamar la atención, había un delgado y deslucido bloc de notas sujeto por un embudo de estaño. Ben se acercó para echarle un vistazo y descubrió que era una especie de diario o agenda redactado por alguien poco acostumbrado al arte de la escritura. Ya las primeras palabras captaron mi atención, y en menos de diez segundos Ben devoraba sin aliento el impactante contenido mientras yo lo seguía ávidamente por encima de su hombro. Mientras leíamos —trasladándonos a la habitación contigua, donde la atmósfera resultaba menos abominable—, salieron a la luz un montón de oscuros misterios y ambos nos estremecimos con una mezcla de confusas emociones.

Esto es lo que leímos y lo que más tarde leyó el médico forense. El público general ha tenido una versión falsa y muy distorsionada de los hechos en la prensa sensacionalista, pero aun así no muestra más que una pequeña porción del horror genuino que el manuscrito original provocó en nosotros mientras lo descifrábamos en la soledad de aquella cabaña mohosa perdida entre colinas agrestes, una cabaña que albergaba dos anormalidades monstruosas de piedra maciza que acechaban en el cuarto de al lado rodeadas de un silencio mortal. Cuando terminamos la lectura, Ben guardó el bloc en su bolsillo con una mueca de repugnancia y lo primero que dijo fue:

—Salgamos de aquí.

Nerviosos y en silencio fuimos dando tumbos hacia la parte delantera de la cabaña, abrimos la puerta y emprendimos el largo camino de regreso al pueblo. En los días que siguieron hubo numerosos preguntas que responder y testimonios que contrastar, y no creo que ni Ben ni yo mismo podamos olvidar fácilmente aquella melodramática experiencia. Lo mismo pasa con algunas autoridades locales y periodistas venidos de la ciudad que se vieron involucrados en el asunto, a pesar de que se quemó cierto libro y un montón de papeles guardados en cajas amontonadas en la buhardilla, y se destruyó un enorme aparato encontrado en lo más profundo de aquella cueva siniestra excavada en la falda de la colina. Pero aquí está el texto que desciframos:

«5 Nov.: Mi nombre es Daniel Morris. Por aquí me llaman “Loco Dan”

porque creo en poderes en los que nadie más cree. Cuando subo a la Colina del Trueno para los rituales de la Fiesta del Zorro piensan que estoy loco... todos excepto los paletos que me tienen miedo. Intentan que no sacrifique al carnero negro en la víspera de la Noche de Todos los Santos y siempre se ponen en contra cuando practico el Gran Ritual que abre la puerta. Deberían ser más listos, deberían saber que soy un Van Kauran por parte de madre, y nadie a este lado del Hudson puede decir que los Van Kauran no cumplen con su legado. Descendemos de Nicholas Van Kauran, el mago, que fue ahorcado en Wijnagaart en 1587, y todo el mundo sabe que hizo un pacto con el Hombre Negro.

»Los guardias no destruyeron su *Libro de Eibon* cuando quemaron la casa, y su nieto, William Van Kauran, se lo llevó consigo cuando fue a Rensselaerwyck y luego cruzó el charco hasta Esopo^[15]. Pueden preguntar a cualquiera de Kingston o Hurley lo que el linaje de William Van Kauran puede hacer a quien se cruce en su camino. Pregunten también si mi tío Hendrik no se las apañó más que bien para salvar el *Libro de Eibon* cuando le echaron de la ciudad y huyó río arriba hasta establecerse en este lugar con su familia.

»Escribo esto —y pienso seguir haciéndolo— para que la gente sepa la verdad cuando yo ya no esté. Además, tengo miedo de volverme realmente loco si no dejo las cosas bien claras. Todo está en mi contra, y si no cambia nada me veré en la necesidad de recurrir a los secretos del *Libro* e invocar a ciertos Poderes. Hace tres meses el escultor Arthur Wheeler llegó a Mountain Top y le dijeron que fuera a verme porque soy el único aquí que sabe algo aparte de labrar los campos, cazar y esquilar a los veraneantes. El tipo parecía interesado en lo que yo le contaba y acordamos que le daría alojamiento por 13 dólares a la semana, comidas incluidas. Le di la habitación trasera, la que está al lado de la cocina, para que almacenase sus lajas de piedra y sus cinceles, y acordé con Nate Williams el suministro de rocas previamente dinamitadas y el transporte de las grandes losas por medio de una carreta tirada por una yunta de bueyes.

»Eso fue hace tres meses. Ahora sé por qué ese maldito hijo del diablo se trasladó tan pronto a la cabaña. No fue por lo que yo tuviera que contarle sino por las miradas de mi mujer Rose, la hija mayor de Osborne Chandler. Tiene

dieciséis años menos que yo y siempre anda poniendo ojos de cordero a los paletos del pueblo. Pero nos habíamos arreglado bastante bien hasta que se presentó esa sucia rata de cloaca, aunque ella se negaba a ayudarme en los Ritos de la Cruz y de Todos los Santos. Ahora puedo darme cuenta de cómo Wheeler se la está trabajando, de lo cariñosa que ella se muestra con él, hasta el punto de que ya ni me mira, y supongo que tarde o temprano intentarán darse a la fuga.

»Pero se lo monta con parsimonia, como cualquier perro ladino y astuto, y tengo un montón de tiempo para pensar en lo que debo hacer. Ninguno de los dos está al tanto de mis sospechas, pero pronto se darán cuenta de que hay que pagar un precio muy alto por destruir el hogar de un Van Kauran. Les auguro un montón de sorpresas cuando haga lo que tengo que hacer.

»25 Nov.: ¡Día de Acción de Gracias! ¡Vaya una broma! Pero al final tendré algo por lo que dar gracias cuando termine lo que he empezado. No hay duda de que Wheeler está intentando robarme la mujer. Por ahora dejaré que siga siendo nuestro huésped de honor. La semana pasada cogí el *Libro del Eibon* del vetusto baúl del tío Hendrik en la buhardilla, y ando a la caza de algo bueno que no requiera sacrificios difíciles de realizar por aquí. Busco algo que acabe con esas dos serpientes traicioneras y que, al mismo tiempo, no me cause problemas. Y si revierte cierto dramatismo, muchísimo mejor. He considerado invocar el efluvio de Yoth, pero eso requiere la sangre de un niño y debo ser cuidadoso con los lugareños. La Corrosión Verde es tentadora, pero resultaría un poco desagradable, tanto para mí como para ellos. No me gustan ciertas visiones y olores.

»10 Dic.: ¡Eureka! ¡Por fin lo he conseguido! ¡Qué dulce es la venganza! ¡Y le va que ni pintado a ese escultor de tres al cuarto! ¡Qué adecuado! ¡El condenado traidor va a producir una estatua que podrá vender muchísimo más rápido que cualquiera de esas cosas que ha estado tallando durante las últimas semanas! Una tremendamente realista. Sí. Vaya, que a la nueva estatua no le faltará ningún detalle. Encontré la fórmula en una hoja manuscrita detrás de la página 679 del *Libro*. Por la caligrafía creo que fue añadida por mi bisabuelo Bareut Pictorse Van Kauran, el que desapareció de New Paltz en 1839. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath, la Cabra de los Mil Hijos!

»En resumen, que he encontrado una forma de convertir a esas dos ratas

inmundas en estatuas de piedra. Resulta absurdamente simple y en realidad depende mucho más de la química pura que de las Fuerzas Exteriores. Si soy capaz de conseguir los componentes adecuados podré obtener un brebaje con el aspecto del vino casero; un simple trago será suficiente para acabar con cualquier ser vivo cuyo tamaño no sea mayor que el de un elefante. Una vez ingerido se produce una especie de petrificación increíblemente rápida. El organismo se llena de sales de calcio y bario, y sustituye las células vivas con sustancias minerales de una manera tan rápida que nada puede detener el proceso. Debía tratarse de algo aprendido por mi bisabuelo en el Gran Sabbat de Sugar-Loaf, en las Catskills^[16]. Allí pasaban cosas muy raras. Creo recordar que oí ciertos cuentos acerca de un hombre de New Paltz —el hacendado Hasbrouck— que se transformó en piedra, o en algo parecido, allá por el año 1834. Era enemigo de los Van Kauran. Lo primero que tengo que hacer es encargarme en Albany y Montreal los cinco componentes químicos que necesito. Hay tiempo de sobra para experimentar. Cuando todo haya acabado reuniré las estatuas y las venderé, como si hubieran sido el pago de Wheeler por su estancia en mi hogar. Siempre fue un egocéntrico y un escultor realista; lo más lógico es que hiciera una estatua de sí mismo y usara a mi mujer de modelo para otra, como en realidad ha venido haciendo las últimas dos semanas. ¡Seguro que los zopencos del pueblo no se preguntarán de *qué cantera* proceden esas rocas tan raras!

»25 Dic.: Navidad. ¡Paz en la tierra y tal y tal y tal! Esos dos puercos se intercambian miraditas como si yo no existiera. ¡Deben creer que estoy sordo, mudo y ciego! Pues vale, el sulfato de bario y el cloruro de calcio han llegado de Albany el jueves pasado, y los ácidos, catalizadores y utensilios llegarán de Montreal en cualquier momento. ¡El molinillo de los dioses y tal! Trabajaré en la Caverna Alien, al lado del bosque de la hondonada, y, al mismo tiempo, haré vino casero en la bodega, a la vista de todos. Tendré que buscarme alguna excusa por preparar la bebida, aunque no creo que haya que ser demasiado precavido para engañar a esos dos estúpidos bobalicones. El problema será que Rose acepte probar el vino, ya que asegura no gustarle. Cualquier experimento que realice con animales lo llevaré a cabo ladra abajo, en la cueva, pues a nadie se le ocurre visitarla en pleno invierno. Cortaré algo de leña para justificar mis frecuentes salidas. Uno o dos

cargamentos serán suficientes para que no sospechen nada.

»20 Ene.: El trabajo es más duro de lo que pensaba. Casi todo depende de mezclar las sustancias en la proporción exacta. Los utensilios llegaron de Montreal, pero tuve que encargar balanzas más precisas y una lámpara de acetileno. En el pueblo empiezan a sentir curiosidad. Ojalá que la oficina de correos no estuviera en el almacén de Steenwyck. Estoy probando varias mezclas con los gorrones que van a beber y bañarse en la charca que hay enfrente de la cueva. A veces el brebaje los mata, pero en otras ocasiones salen volando tan panchos. Evidentemente estoy haciendo algo mal. Supongo que Rose y el otro desgraciado están aprovechando bien mis ausencias, pero puedo soportarlo. No tengo ninguna duda de que al final conseguiré mis propósitos.

»11 Feb.: ¡Lo conseguí! Puse una mezcla nueva en el pequeño estanque —hoy estaba bien disuelta— y el primer gorrión que se acercó a beber cayó desplomado como si lo hubiera alcanzado un tiro. Lo cogí un segundo después y era una estatuilla perfecta de piedra, desde las patitas hasta las plumas. En cuanto bebió, todos sus músculos quedaron petrificados, así que debió morir en el preciso instante en el que el líquido llegó al estómago. No creía que la solidificación se fuera a producir con semejante rapidez. Pero la prueba con el gorrión no es la mejor manera de saber cómo va a actuar el brebaje en un animal más grande. Necesito experimentar con algo mayor para cerciorarme de la cantidad que debo suministrar a esos puercos. Supongo que Rex, el perro de Rose, servirá. Me lo llevaré la próxima vez y luego diré que lo ha matado un lobo gris. Ella lo adora, así que no me importa que sufra un poco antes del desenlace final. Debo ser muy cuidadoso al guardar el libro. En ocasiones Rose se pone a fisgonear por los lugares más insospechados.

»15 Feb.: ¡Esto marcha! Probé con Rex y funcionó a las mil maravillas aumentando la dosis al doble. Eché el preparado en el estanque rocoso y lo obligué a beber. Pareció darse cuenta de que había tomado algo extraño pues al instante se le erizó el pelo y empezó a gruñir, pero se convirtió en un trozo de piedra antes de que pudiera girar la cabeza. La dosis tenía que haber sido un poco más grande, y en un ser humano habría que aumentarla aún más. Creo que ya lo tengo controlado y casi estoy listo para ese miserable de Wheeler. El brebaje parece insípido, pero para asegurarme lo mezclaré con el

vino casero que estoy preparando. Me gustaría estar seguro de que es realmente insípido, así podría dárselo a Rose mezclado con agua y no tendría que convencerla para que bebiera vino. Los abordaré por separado, a Wheeler en el exterior y a Rose dentro de casa. Acabo de preparar una solución más fuerte y he guardado todos los extraños utensilios que había a la entrada de la cueva. Rose gimoteó como un cachorrillo cuando le dije que un lobo había matado a Rex y Wheeler se derritió intentando consolarla.

»1 Marzo: ¡*Iä, R'lyeh!* ¡Alabado sea el Gran Tsathoggua! ¡Por fin he acabado con ese hijo del diablo! Le dije que, ladera abajo, había encontrado un saliente rocoso de piedra caliza y me siguió trotando como un perro vagabundo. En una botella que guardaba en mi zurrón llevaba el preparado mezclado con vino y estuvo encantado de echar un buen trago en cuanto llegamos. Se lo bebió sin pestañear... y cayó al suelo antes de que pudiera contar hasta tres. Pero se dio cuenta de que era cosa mía, ya que le hice una mueca que no pudo pasar por alto. Vi cómo en sus ojos se dibujaba una mirada de entendimiento mientras perdía la vida.

»Lo arrastré al interior de la cueva y de nuevo coloqué a Rex en la entrada. La estatua del perro con la crin erizada alejará a los curiosos. Se acerca la temporada primaveral de caza y además hay un maldito tuberculoso llamado Jackson viviendo en la cabaña de la colina que no para de husmear entre la nieve. ¡No me gustaría que encontraran el laboratorio y todos mis bártulos en este preciso momento! Cuando vuelva a casa le diré a Rose que Wheeler ha recogido un telegrama en el pueblo en el que se le urgía a regresar precipitadamente. No sé si me creerá, pero poco me importa. Empaqueté las cosas de Wheeler, me las llevé colina abajo y le dije a Rose que iba a enviárselas a su dueño por correo. Las arrojé al pozo seco que hay en el paraje desolado de Rapelye. ¡Y ahora a por Rose!

»3 Marzo: No consigo que Rose acepte tomar vino. Espero que la solución sea lo suficientemente insípida como para que no la distinga mezclada con agua. Probé a disolverla en té y café, pero forma un precipitado y no puedo dársela de esa manera. Si finalmente la mezclo con agua reduciré la dosis, aunque su acción sea más gradual. El señor y la señora Hoog se dejaron caer por la cabaña al anochecer y tuve que esforzarme mucho para que la conversación no derivase en la partida de Wheeler. No habría resultado

conveniente que se supiera que lo habían llamado de Nueva York, cuando todos en el pueblo saben que no se ha recibido telegrama alguno y que tampoco ha tomado ningún autobús. Rose se está comportando de una manera terriblemente extraña con respecto al asunto. Voy a tener que provocar una buena bronca para poder encerrarla en la buhardilla. Intentaré obligarla a beber ese vino medicinal... y si al fin cede, mucho mejor.

»7 Marzo: La cosa está en marcha. Rose no quiso beber el vino, así que le di un par de latigazos y me la llevé a la buhardilla. No volverá a bajar con vida. Dos veces al día le paso una bandeja repleta de pan y carne salada y un cubo de agua con la solución muy diluida. La comida tan salada consigue que beba un montón y no puede pasar mucho tiempo antes de que comience a hacerle efecto. No me gusta nada la forma en que se lamenta por la pérdida de Wheeler cuando abro la puerta. El resto del tiempo permanece en el más absoluto silencio.

»9 Marzo: Resulta condenadamente extraño lo lento que actúa el brebaje en Rose. Tengo que aumentar la dosis... seguramente ni se entera, con toda la sal que le estoy dando. Bueno, si no lo consigo, hay un montón de maneras de solucionarlo. ¡Pero me gustaría llevar a buen puerto este maravilloso plan de las estatuas! Hoy por la mañana fui a la cueva y todo está en orden. A veces oigo los pasos de Rose en el ático y me da la sensación de que cada vez son más torpes. El brebaje funciona, pero va demasiado lento. La dosis no es suficiente. A partir de ahora la aumentaré rápidamente.

»11 Marzo: Qué raro. Sigue viva y moviéndose. El martes por la noche la oí forcejear con una ventana, de manera que subí y le di un par de azotes con el cinto. Parece más taciturna que asustada, y tiene la mirada perdida. Pero no puede bajar al camino de entrada desde esa altura y tampoco hay ningún sitio al que pueda subir. Anoche tuve sueños; sus pisadas torpes y lentas, que suenan en el entarimado justo encima de mi cabeza, me están destrozando los nervios. A veces creo que está jugueteando con el candado de la puerta.

»15 Marzo: Sigue viva, a pesar de que he aumentado la dosis. Hay algo muy raro en todo esto. Ahora va a cuatro patas y apenas anda. Pero el sonido que produce es espantoso. También le ha dado por golpear las ventanas y dar empujones a la puerta. Acabaré con ella a latigazos si la cosa no cambia. Cada vez tengo más sueño. Me pregunto si Rose permanece despierta. Pero

ella ha estado bebiendo el brebaje día tras día. Este sopor no es normal... Creo que la tensión nerviosa me está pasando factura. Me duermo...

(En este punto la apretada escritura se desvanece gradualmente hasta finalizar en un extraño garabato y da paso a una letra más firme, de evidente estilo femenino, que delata una espantosa tensión emocional).

»16 Marzo, 4 a.m.: Me llamo Rose C. Morris y estoy a punto de morir. Por favor, informen a mi padre, Osborne E. Chandler, Ruta 2, Mountain Top, N.Y. Acabo de leer lo que ha escrito esa bestia. Estaba segura de que había asesinado a Arthur Wheeler, pero no sabía cómo hasta que he leído este cuaderno. Ahora sé de lo que me he librado. Me di cuenta de que el agua sabía rara, así que no volví a beberla después del primer sorbo. Siempre la tiraba por la ventana. Ese primer sorbo casi me paralizó por completo, pero aún puedo moverme. La sed era espantosa, pero comía lo menos posible y conseguí un poco de agua colocando las cazuelas y platos viejos que había en la buhardilla debajo de las goteras del tejado.

»Hubo dos buenos chaparrones. Sabía que estaba intentando envenenarme, pero no de qué manera. Lo que ha escrito sobre él y sobre mí es mentira. Nunca fuimos felices juntos y creo que me casé con él por culpa de uno de esos hechizos que acostumbraba a lanzar sobre la gente. Supongo que nos hipnotizó a mi padre y a mí, ya que todo el mundo lo temía y lo odiaba, y se sospechaba que tenía tratos oscuros con el demonio. Mi padre le llamó una vez Hijo del Diablo, y estaba en lo cierto.

»Nadie sabrá nunca lo que he tenido que soportar siendo su esposa. No se trataba de una crueldad corriente y normal... aunque Dios sabe bien que era cruel y me daba latigazos con frecuencia. Era algo... algo que la mayoría de la gente de nuestro tiempo jamás entendería. Era una criatura monstruosa y practicaba toda clase de ceremonias infernales transmitidas por su familia materna. Intentó que tomara parte en estos ritos... y no quiero ni imaginar de qué tipo eran. Yo me negué y él me pegaba. Resultaría repugnante describir lo que intentó hacerme. Solo puedo decir que ya entonces era un asesino, pues sabía a quién había sacrificado una noche en la Colina del Trueno. En cuatro ocasiones intenté darme a la fuga, pero siempre me descubría y luego me azotaba. Además, tenía una especie de poder mental sobre mi voluntad, y también sobre la de mi padre.

»Con respecto a Arthur Wheeler, no tengo nada de qué avergonzarme. Estábamos enamorados, pero se trataba de un amor honesto. Fue el primero que me trató con delicadeza desde que abandoné la casa de mi padre y quería ayudarme a escapar de las garras de aquel demonio. Habló varias veces con mi padre e iba a ayudarme a huir al oeste. Una vez divorciada nos casaríamos.

»Desde que esa bestia me encerró en la buhardilla he estado planeando cómo salir y acabar con él. Por las noches guardaba el veneno por si podía escapar, sorprenderle dormido y administrarle un poco. Al principio se despertaba enseguida cuando me afanaba con el candado de la puerta o probaba las condiciones de la ventana, pero cada vez estaba más cansado y soñoliento. Gracias a sus ronquidos siempre sabía cuándo descansaba.

»Anoche estaba tan dormido que conseguí forzar el candado sin despertarlo. Fue realmente difícil bajar las escaleras debido a que mi cuerpo estaba medio paralizado, pero lo hice. Lo encontré aquí, con la lámpara encendida, dormido sobre la mesa en la que había estado garabateando su cuaderno. En un rincón se hallaba el gran látigo con el que solía azotarme. Lo usé para atarlo a la silla de tal forma que no podía mover ni un músculo. Le golpeé en la garganta para que abriera la boca y yo pudiera verter el veneno sin que ofreciera ningún tipo de resistencia.

»Se despertó cuando estaba acabando y creo que se dio cuenta de lo que sucedía. Se puso a gritar maldiciones e intentó recitar sus conjuros, pero yo cogí un trapo del fregadero y le tapé la boca. Entonces vi el cuaderno que estaba escribiendo y me puse a leerlo. Me quedé conmovida y estuve a punto de desmayarme cuatro o cinco veces. Mi mente no estaba preparada para aquello. Luego me desahugué con ese diablo durante las dos o tres horas seguidas que estuve hablando. Le solté todo lo que había ansiado decirle durante estos últimos años de esclavitud, y una multitud de cosas más acerca de lo que había leído en este espantoso cuaderno.

»Su rostro tenía un tono púrpura cuando terminé de hablar y creo que casi estaba delirando. Entonces cogí un embudo de la alacena, le quité la mordaza y se lo introduje en la boca. Sabía lo que iba a hacer, pero no pudo hacer nada. Había traído el cubo repleto de agua envenenada y, sin ningún tipo de remordimiento, vertí más de la mitad en el embudo.

»La dosis debía de estar muy concentrada, ya que al instante aquella bestia se quedó paralizada, convirtiéndose en un deslustrado pedazo de piedra gris. A los diez minutos estaba sólidamente petrificado. No me atreví a tocarle, pero el embudo de estaño *rechinó* de una manera horrible cuando se lo saqué de la boca. Me habría gustado darle a ese Hijo del Diablo una muerte más refinada y dolorosa, pero creo que la que recibió resulta más apropiada.

»No hay mucho más que decir. Estoy casi paralizada y, con Arthur asesinado, no tengo nada por lo que merezca la pena seguir viviendo. Pondré punto y final a la historia bebiéndome el resto del agua envenenada, no sin antes dejar este cuaderno a la vista, para que puedan encontrarlo. En menos de un cuarto de hora seré una estatua de piedra. Mi único deseo es ser enterrada junto a la estatua de Arthur... una vez sea encontrada en la cueva en donde la dejó aquel maldito demonio. Quiero que el pobre y leal Rex descansa a nuestros pies. Me da igual lo que se haga con el diablo de piedra que está atado a la silla...

EL HORROR EN EL MUSEO

The Horror in the Museum (1932)

Hazel Heald & H.P. Lovecraft

I

En un primer momento, Stephen Jones fue a visitar el Museo Rogers porque sentía una especie de curiosidad indolente. Alguien le había hablado del extraño inmueble subterráneo que había al otro lado del río, en Southwark Street, donde unas figuras de cera mucho más espantosas que las peores de Madame Tussaud se exponían al público, y un día de abril se dirigió hacia allí para comprobar en persona que no podía ser cierto. Curiosamente, no fue así. Después de todo, aquel museo tenía algo diferente y especial. Desde luego, en el inmueble estaban presentes todos los tópicos característicos del terror: Landru, el doctor Crippen, Madame Demers, Rizzio, Lady Jane Grey, las incontables víctimas mutiladas de la guerra y la revolución, y monstruos como Gilíes de Rais y el Marqués de Sade, pero había otras cosas que aceleraron su respiración y le obligaron a quedarse en el museo hasta que sonó el timbrazo que anunciaba su cierre. El hombre que había reunido todas aquellas piezas no podía ser un charlatán de feria cualquiera. Brillaba la imaginación —incluso una especie de genio retorcido— en una buena parte de aquel material.

Con el tiempo supo bastante más acerca de George Rogers. Había pertenecido al personal de la Tussaud, pero se produjo algún tipo de incidente y fue despedido. Se ponía en tela de juicio su cordura y corrían extrañas historias acerca de sus misteriosos métodos de trabajo; sin embargo, más adelante, el éxito que había obtenido con su propio museo mitigó ciertas críticas y agudizó los puntos más tendenciosos de otras. La teratología y la iconografía de las pesadillas eran sus principales aficiones; incluso había sido lo suficientemente juicioso como para exponer algunas de sus figuras más espantosas en una sala especial a la que solo podía acceder el público adulto. Esta fue la sala que tanto fascinó a Jones. Había desgarrados seres híbridos que solo podían ser producto de la imaginación, modelados con una maestría diabólica y coloreados de una manera terroríficamente realista.

Algunas figuras eran representaciones de mitos clásicos como las gorgonas, quimeras, dragones, cíclopes y demás parientes espeluznantes. Otras parecían proceder de ciclos sombríos y misteriosos y leyendas abismales de las que apenas se habla entre susurros: el informe y oscuro Tsathoggua; Cthulhu, el de los muchos tentáculos; el proboscídeo Chaugnar Faugn, y otras blasfemias apenas descritas en textos prohibidos como el *Necronomicon*, *El Libro de Eibon* o el *Unaussprechlichen Kulten* de von Junzt. Sin duda las peores eran unas piezas únicas y exclusivas del Museo Rogers, y reproducían a varias entidades que ningún relato de la antigüedad se ha atrevido siquiera a sugerir. Algunas eran simples parodias espantosas de ciertas formas de vida orgánica ya conocida, pero otras parecían sacadas de sueños enfermizos sobre planetas y galaxias desconocidos. Las pinturas más descabelladas de Clark Ashton Smith pueden servir en cierta manera de ejemplo, pero nada podía igualar el horror incisivo y execrable que producía su enorme tamaño, su meticulosa e infernal ejecución, y las diabólicamente ingeniosas condiciones de iluminación bajo las que estaban expuestas.

Stephen Jones, un experto y atento conocedor del arte estrafalario, había visitado a Rogers en la sórdida oficina y taller que se encontraba detrás de la sala abovedada del museo, una cripta de aspecto sombrío apenas iluminada por la luz que se filtraba a través de las polvorientas ventanas horizontales que se abrían en la pared de ladrillo, justo al nivel de los añosos adoquines de un patio interior. Allí se reparaban las figuras; también allí se habían hecho

algunas de ellas. Brazos, piernas, cabezas y torsos de cera reposaban en grotesco orden sobre varias mesas de trabajo, y en lo alto de un sinfín de estanterías, desparramados sin orden ni concierto, asomaban pelucas enmarañadas, colmillos de aspecto voraz y ojos cristalinos de penetrante mirada. Vestidos de todas clases pendían de ganchos y en un recinto aparte había un montón de cera apilada del color de la carne, y baldas repletas de latas de pintura y pinceles de todo tipo. En el centro de la habitación destacaba un horno bastante grande en el que se fundía y preparaba la cera para su posterior modelado. La caja del fogón estaba cubierta por un enorme recipiente de hierro con bisagras del que sobresalía un canalón que permitía el flujo de la cera derretida mediante el simple toque de un dedo.

Había otras cosas en aquella lúgubre cripta que resultaban bastante más indescritibles: partes aisladas de problemáticas entidades que, una vez ensambladas, se asemejaban a delirantes fantasmagorías. En un extremo había una puerta de recias planchas de madera sellada por un candado inusitadamente grande que mostraba un extrañísimo símbolo pintado sobre ella. Jones, que en una ocasión había tenido acceso al pavoroso *Necronomicon*, se estremeció sin quererlo en cuanto reconoció aquel símbolo. Este caballero, pensó, tiene que ser un sujeto de amplia y desconcertante erudición en ciertas materias de dudosa y siniestra notoriedad.

Pero tampoco le desagradó la charla que mantuvo con Rogers. Era un hombre alto, flaco y un tanto desgarrado, de grandes ojos negros como carbones ardientes en un rostro pálido y habitualmente mal afeitado. No le molestó que Jones le importunara, más bien al contrario, pareció alegrarse de tener la oportunidad de desahogarse con una persona que mostraba interés por su trabajo. Tenía una voz singularmente profunda y resonante, y se expresaba con una intensidad contenida que bordeaba lo febril. Jones no se asombró de que muchos le consideraran un loco.

Visita tras visita —y estas llegaron a convertirse en un hábito durante las siguientes semanas— Jones observó que Rogers se mostraba cada vez más comunicativo y abierto. Desde el principio había tenido constancia de ciertas prácticas y creencias extrañas por parte del caballero, pero con el tiempo tales indicios se ampliaron hasta convertirse en largos relatos —apoyados por unas cuantas fotografías fantásticas— cuya extravagancia rozaba lo cómico. En

junio pasado, una noche que Jones había llevado una botella de excelente whisky de la que su anfitrión hizo uso libremente, se produjo la primera conversación verdaderamente demencial. Con anterioridad habían hablado de cosas bastante extrañas —misteriosos viajes al Tíbet, al África profunda, al desierto arábigo, al valle del Amazonas, Alaska y ciertas islas casi desconocidas del sur del Pacífico, además de afirmaciones tales como haber leído varios libros monstruosos y míticos como los prehistóricos fragmentos Pnakóticos y los cánticos de Dhol, atribuidos al maligno e inhumano Leng—, pero nada de eso resultaba tan increíblemente enfermizo como lo que salió a la luz aquella noche de junio bajo el influjo del whisky.

Resumiendo, Rogers comenzó a jactarse de haber encontrado ciertas cosas en la naturaleza de las que nadie se había percatado antes, y aseguraba haber traído pruebas tangibles de tales descubrimientos. Según sus palabras empapadas en alcohol, había llegado más lejos que nadie a la hora de interpretar los libros siniestros y primordiales que había estudiado, los cuales le llevaron a ciertos lugares remotos donde se ocultan insólitas existencias, supervivientes de unas eras perdidas en el tiempo, cuando aún no existía la humanidad, y, en algunos casos, conectados con otros mundos y dimensiones, una conexión que era frecuente en tiempos prehistóricos. Jones se sintió tan fascinado por los misterios que conjuraban los juicios de Rogers como por su propia salud mental. ¿Acaso el tiempo que estuvo trabajando para Madame Tussaud, rodeado de cosas grotescas y morbosas, marcó el inicio de esas creencias tan fantasiosas? ¿Era una característica innata, de gustos personales, la que le había llevado a escoger aquel tipo de trabajo? En cualquier caso, sus ocupaciones estaban íntimamente relacionadas con sus creencias. Hasta entonces no se podía dudar de su tendencia a otorgar una siniestra verosimilitud a las monstruosidades de pesadilla que se ocultaban tras la sala «Solo para adultos». A despecho del ridículo, insistía en sugerir que no todas aquellas anormalidades diabólicas eran artificiales.

El franco escepticismo y sarcasmo de Jones ante tales extravagancias dio finalmente al traste con la creciente cordialidad. Estaba claro que Rogers se tomaba a sí mismo muy en serio, ya que a partir de entonces comenzó a mostrarse malhumorado y resentido, y el único motivo por el que seguía tolerando la compañía de Jones era para intentar resquebrajar su muralla de

urbanismo y complaciente incredulidad. Siguió hablando de cosas fantásticas, de ritos y sacrificios a vetustos dioses sin nombre; de tanto en tanto guiaba a su huésped al interior de la sala encortinada para mostrarle alguna de las blasfemias espantosas que allí se ocultaban, y luego señalaba ciertos rasgos de la figura que, según él, serían imposibles de reproducir por métodos puramente artesanales. Jones siguió con las visitas a causa de la fascinación que sentía, aunque se dio cuenta de que había perdido el afecto de su anfitrión. A veces intentaba complacer a Rogers mostrándose de acuerdo con algunos de sus juicios y afirmaciones, pero el huesudo personaje casi nunca se dejaba engañar por semejantes estratagemas.

La tensión acumulada entre ambos estalló en septiembre. Casi sin quererlo, Jones se había acercado al museo un día al atardecer y deambulaba por las oscuras galerías repletas de los horrores que ahora le resultaban tan familiares, cuando oyó un sonido extrañísimo que procedía del taller de Rogers. También lo escucharon otros, y se sobresaltaron inquietos mientras los ecos reverberaban en el gran sótano abovedado. Los tres empleados intercambiaron curiosas miradas, y uno de ellos, un sujeto taciturno, moreno y de aspecto extranjero, que siempre había trabajado de restaurador y proyectista para Rogers, sonrió de tal modo que pareció perturbar el ánimo de sus colegas al tiempo que hería gravemente ciertos aspectos de la sensibilidad de Jones. Se trataba de un perro ladrando o gimoteando, y sonaba como si procediese de un animal sometido a la más terrible agonía. Era sobrecogedor oír aquel lamento angustioso, y además el asunto resultaba doblemente grotesco y anormal. Jones sabía que no se admitían perros en el museo.

Estaba a punto de dirigirse a la puerta que conducía al taller cuando el cetrino encargado le detuvo con un *gesto* y algunas palabras. Según el hombre, que se expresaba en un tono bajo, medio de disculpa medio burlón, el señor Rogers estaba fuera y había ordenado que nadie accediera al taller durante su ausencia. En cuanto a los ladridos, sin duda procedían del patio que había detrás del museo. El vecindario estaba lleno de chuchos abandonados y cuando se peleaban armaban un follón de mil demonios. No había ningún perro en el museo. Pero si el señor Jones quería ver al señor Rogers haría todo lo posible por encontrarle después de cerrar el museo.

Tras esto, Jones ascendió los vetustos escalones de piedra que daban a la

calle y observó con curiosidad los míseros alrededores. Las casas decrepitas y ladeadas, que antaño fueron apartamentos y ahora simples negocios y almacenes, eran decididamente antiguas. Algunos bloques parecían de estilo Tudor y un hedor fétido impregnaba sutilmente toda la zona. Al lado del sórdido edificio cuyo sótano albergaba el museo había un pasaje abovedado por el que discurría una tenebrosa callejuela empedrada, y por ella se introdujo Jones con la vaga esperanza de encontrar el patio que daba al taller y tranquilizar su mente con respecto al incidente del perro. El patio estaba muy oscuro bajo la luz del atardecer, cercado por unas paredes laterales que resultaban aún más feas y amenazadoras que las decadentes fachadas de las malignas y vetustas casas que daban a la calle. No había ningún perro a la vista y Jones se preguntó cómo era posible que el responsable de semejante algarabía hubiera desaparecido tan pronto.

A pesar de lo que dijo el empleado acerca de que no había ningún perro en el museo, Jones dirigió la vista nervioso hacia los tres ventanucos que asomaban por la pared del taller, unos rectángulos horizontales pegados al pavimento lleno de hierba, cuyos mugrientos cristales recordaban los ojos inexpresivos y repugnantes de un pez muerto. A su izquierda descendía un tramo de gastados escalones que desembocaba en una puerta llena de candados. De pronto sintió el impulso de agacharse sobre los húmedos y resquebrajados adoquines y mirar a través de una de las ventanas, con la esperanza de que los tupidos cortinones verdes, tirados por largos cordeles que colgaban casi hasta el suelo, no estuviesen corridos. La cara exterior del cristal estaba llena de mugre, pero después de limpiarla con el pañuelo descubrió que ninguna cortina entorpecía su visión.

El sótano estaba tan sombrío que apenas pudo distinguir nada, pero poco a poco, mientras iba de una ventana a otra, fue vislumbrando, de forma un tanto espectral, las grotescas herramientas del oficio. En un primer momento creyó que no había nadie dentro, pero cuando miró por el ventanuco del extremo derecho —el que estaba más cerca de la entrada a la callejuela— distinguió un resplandor al fondo de la estancia que le obligó a detenerse desconcertado. No existía razón alguna que justificara aquella luz. Se encontraba en la parte más recóndita de la habitación y no podía recordar ninguna espita de gas o enchufe eléctrico cerca de aquel rincón. Al mirar de

nuevo descubrió que se trataba de un resplandor con forma de rectángulo alargado, y entonces se dio cuenta de algo. En esa dirección siempre había visto una puerta muy recia con un cerrojo anormalmente grande, una puerta que siempre permanecía cerrada y sobre la cual estaban garabateados aquellos espantosos símbolos crípticos, palabras fragmentarias de una magia antigua y prohibida. Seguro que ahora estaba abierta y la luz se desparramaba desde el interior. Todas sus especulaciones anteriores sobre adonde daba aquella puerta, y lo que se ocultaba tras ella, volvieron a inquietarle con renovada fuerza.

Jones vagabundó sin rumbo fijo por los alrededores de aquel barrio sombrío hasta casi las seis, momento en el que volvió al museo para llamar a Rogers. No tenía muy claro por qué deseaba tanto ver al hombre en esos momentos, pero seguramente algo tenían que ver los terribles e ilocalizables ladridos perrunos que había oído al atardecer, así como el extraño resplandor que procedía de aquella puerta inquietante, siempre cerrada a cal y canto por un enorme cerrojo. Los empleados estaban abandonando el recinto cuando llegó Jones, y sintió que Orabona —el asistente moreno de aspecto extranjero— le observaba con cierta malicia y disimulada burla. No le gustó nada esa mirada, a pesar de que la había visto en otras ocasiones, mientras se la mostraba a sus propios empleados.

La sala abovedada donde se exhibían las figuras resultaba un tanto macabra en aquella soledad, pero la atravesó a grandes zancadas y golpeó la puerta del taller. La respuesta se hizo esperar, aunque oyó pasos en el interior. Por fin, tras llamar por segunda vez, el cerrojo chirrió y la vetusta puerta revestida de paneles se abrió entre crujidos, dejando a la vista la figura desgarbada y de ojos febriles de George Rogers. Desde el principio se hizo patente que el estado de ánimo del empresario no era del todo normal. En su saludo se notaba una mezcla extraña de renuencia y maliciosa satisfacción, y su cháchara versó sobre las extravagancias más delirantes e increíbles.

Antiguos dioses supervivientes, sacrificios sin nombre, la pretendida veracidad de alguno de los horrores expuestos en la sala... tanta ostentación, tanto alarde... pero el tono de la charla cada vez era más misterioso y confidencial. Evidentemente, se dijo Jones, aquel pobre hombrecillo se estaba volviendo loco. A veces Rogers miraba furtivamente a la recia y atrancada

puerta interior que había al fondo de la habitación, o a un pedazo de tosca arpillera que descansaba en el suelo no muy lejos de donde se encontraba, la cual parecía ocultar un pequeño objeto. Jones cada vez se sentía más nervioso y empezó a tener tan pocas ganas de comentarle el asunto del perro como antes las había tenido de todo lo contrario.

La voz sepulcral y profunda de Rogers casi parecía resquebrajarse por la excitación de sus febriles divagaciones.

—¿Recuerda lo que le dije —preguntó a gritos— acerca de aquella ciudad devastada de Indochina donde vivían los Tchós-Tchós? Tuvo que admitir que había estado allí cuando contempló las fotografías, a pesar de que creía que yo había modelado en cera a ese nadador alargado en base a mi imaginación. Si lo hubiera visto retorcerse en las lagunas subterráneas como yo lo hice...

»Pues esto es aún mejor. Jamás le he hablado de ello porque quería darle los últimos toques antes de hacerlo público. Cuando vea las instantáneas sabrá que la geografía no debe tomarse a la ligera, y me imagino que dispondré de otra manera de probar que *Eso* no es ninguna de mis invenciones modeladas en cera. Jamás lo ha visto porque los ensayos no me permitían exhibirlo.

El empresario lanzó una curiosa mirada a la puerta atrancada.

—Todo procede de ese largo ritual del octavo fragmento Pnakótico. Cuando conseguí descifrarlo me di cuenta de que solo podía tener un significado. Había cosas en el norte antes de que la tierra de Lomar y la propia humanidad existiesen... y esta era una de ellas. Todos nos encaminamos hacia Alaska y más allá, a Noatak, al norte de Fort Morton, y allí estaba aquella cosa, tal y como nos imaginábamos. Colosales ruinas ciclópeas, centenares de ellas. Eran menos de las que habíamos previsto, pero después de tres millones de años ¿qué se puede esperar? ¿Acaso las leyendas esquimales no iban bien encaminadas? No conseguimos que nos acompañara ningún rastreador nativo y tuvimos que esquiar durante todo el camino de vuelta a Nome sin guía. A Orabona no le sentaba bien aquel clima, siempre andaba malhumorado y taciturno.

»Luego le contaré cómo lo encontramos. Cuando conseguimos despejar de hielo las columnas del edificio central la escalinata se encontraba justo en

el lugar que nos esperábamos. Aún se distinguían ciertos bajorrelieves y no resultó difícil que nos siguieran todos los americanos. Orabona temblaba como una ramita al viento; entonces no se imaginaría que pudiera pavonearse de manera tan insolente como lo hace por aquí. Sabía lo suficiente de la Antigua Sabiduría como para sentirse debidamente aterrado. Algunos de aquellos huesos pertenecían a cosas que usted jamás podría imaginar. En el tercer nivel subterráneo encontramos el trono de marfil del que tanto hablan los fragmentos... y debo decirle también que no estaba vacío.

»La cosa que ocupaba aquel trono no se movía, y entonces supimos que necesitaba el alimento de algún sacrificio. Pero en esos momentos no queríamos que despertara. Sería mejor llevarla antes a Londres. Orabona y yo subimos a la superficie en busca del cajón grande, pero cuando lo empaquetamos nos resultó imposible subir los tres tramos de escalinata con aquella cosa dentro. Los peldaños no habían sido diseñados para el pie humano y su tamaño nos perturbaba. Además, el bulto pesaba como mil diablos. Convencimos a los americanos de que bajaran a ayudarnos. No parecían muy ansiosos de ir hasta el final, pero bueno, lo más aterrador ya estaba a buen recaudo dentro de la caja. Les dijimos que eran una serie de objetos tallados en marfil —reliquias arqueológicas— y, tras ver el trono repleto de bajorrelieves, probablemente nos creyeron. Fue sorprendente que no pensarán en un tesoro oculto y reclamasen una parte. Seguro que a partir de entonces contaron alguna que otra historia extraña en Nome, aunque dudo mucho que se atrevieran a regresar a las ruinas, a pesar del trono de marfil.

Rogers hizo una pausa, rebuscó en su escritorio y sacó un paquete repleto de instantáneas de buen tamaño. Sacó una, la dejó boca abajo sobre la mesa y le tendió el resto a Jones. El conjunto era ciertamente estremecedor: montañas cubiertas de hielo, trineos tirados por perros, hombres embutidos en pieles y unas ruinas devastadas que se erguían en un paisaje helado, unas ruinas de extravagantes contornos y enormes bloques de piedra que resultaban indescriptibles. Una de las fotografías mostraba una increíble cámara interior repleta de alucinantes grabados, con un curioso trono cuyas proporciones no estaban diseñadas para un inquilino humano. Los grabados de la ciclópea mampostería —altas paredes rematadas en una extraña bóveda— eran básicamente simbólicos, y mostraban diseños totalmente

desconocidos junto a ciertos jeroglíficos que se citaban entre susurros en obscenas leyendas. Encima del trono figuraba el mismo símbolo terrible que estaba pintado en la pared del taller, encima de la puerta atrancada. Jones dirigió una mirada nerviosa al portón cerrado. Era indudable que Rogers había estado en lugares extraños y visto cosas asombrosas. Sin embargo, aquella enloquecedora fotografía podía ser un simple fraude, una toma falsa hecha en un escenario cuidadosamente preparado. No hay que ser demasiado crédulo. Pero Rogers siguió hablando.

—Bueno, pues embarcamos el cajón en Nome y regresamos a Londres sin complicaciones. Esa fue la primera vez que nos trajimos algo que podía ser devuelto a la vida. No lo exhibimos. Había cosas más importantes destinadas a Eso. Necesitaba el alimento de un sacrificio pues Eso era un dios. Por desgracia no podía proporcionar a Eso el tipo de sacrificio al que estaba acostumbrado en Sus días, pues tales cosas ya no existen. Pero se podía actuar de otro modo. La sangre es vida, como usted sabe. Incluso los lémures y los elementales, que son más viejos que la tierra, pueden regresar cuando se ofrece la sangre de hombres o bestias de la manera adecuada.

El rostro del narrador fue adoptando una expresión cada vez más alarmante y repulsiva y Jones se revolvió inquieto en su silla. Rogers pareció darse cuenta de la inquietud que embargaba a su huésped y siguió hablando con una mal disimulada sonrisa de malicia.

—El año pasado me apoderé de Eso, y desde entonces he intentado todo tipo de ceremoniales y sacrificios. Orabona no me ha servido de mucho, ya que siempre se opuso a la idea de despertarlo. Lo odia... seguramente porque le aterra en lo que pueda convertirse. Siempre lleva un revólver consigo como medida de precaución. ¡Idiota! ¡Como si existiera algún objeto humano capaz de protegerlo de Eso! Si alguna vez lo veo blandir esa pistola, lo estrangularé. Quiere que lo mate y haga una figura. Pero tengo mis propios planes y pienso llegar hasta el final, a pesar de todos esos cobardes como Orabona o de los malditos hipócritas y escépticos como usted mismo, Jones. Ya he recitado los salmos y realizado ciertos sacrificios, y *la semana pasada empezó la transformación*. ¡El sacrificio fue... recibido y aceptado!

Rogers se humedeció los labios mientras Jones permanecía rígido y con aspecto preocupado. El empresario dejó de hablar y se levantó, cruzó el

recinto y se dirigió hacia la pieza de arpillera que con tanta frecuencia había estado observando. Se inclinó, agarró una de las esquinas de la tela y empezó a hablar de nuevo.

—Ya se ha reído lo suficiente de mi obra... es hora de que conozca ciertos hechos. Orabona me ha dicho que usted oyó los ladridos de un perro por la tarde. *¿Sabe qué quiere decir eso?*

Jones hizo ademán de levantarse. A pesar de toda su anterior curiosidad, ahora se habría sentido feliz de poder irse sin saber absolutamente nada más del asunto que tanto le había desconcertado. Pero Rogers se mostró inflexible y empezó a tirar de la pieza de arpillera. Debajo de la tela había una masa informe y aplastada que Jones tardó en clasificar. ¿Se trataba de una cosa antaño viva que, de alguna manera, había sido aplanada, vaciada de sangre, perforada en miles de lugares y retorcida hasta dejarla convertida en un conglomerado fofo, deshuesado y grotesco? Al rato Jones se dio cuenta de lo que podía haber sido. Se trataba de los despojos de un perro... posiblemente de un perro de tamaño considerable y color blanquecino. Era imposible saber a qué raza pertenecía, ya que sus deformaciones eran espantosas e indescritibles. La mayoría del pelo estaba quemado, como si hubiera sido expuesto a alguna clase de ácido cáustico, y la piel desprotegida y sin una pizca de sangre aparecía acribillada por innumerables heridas o incisiones de forma circular. Resultaba inconcebible imaginar el tipo de tortura necesaria para causar semejantes resultados.

Jones gritó y se incorporó de un salto, dominado por un terror descarnado que descolló por encima de su creciente disgusto.

—¡Maldito sádico loco! ¡Cómo se atreve a hablarme después de haber cometido semejante blasfemia!

Rogers dejó caer la arpillera con una maligna sonrisa de desprecio en los labios y miró a su anfitrión. Sus palabras sonaron con una calma antinatural.

—Usted es un necio. ¿Acaso cree que he sido yo el responsable de esto? Admitamos que los resultados son antiestéticos, al menos desde nuestro limitado punto de vista humano. ¿Qué más da? Eso no es humano ni tiene intención de serlo. Un sacrificio es una simple ofrenda. Yo le di el perro a *Eso*. Lo que sucediera después es cosa Suya, no mía. Necesitaba alimentarse por medio de la oblación, y la aceptó a Su manera. Pero deje que le muestre

qué aspecto tiene.

Mientras Jones permanecía quieto, sin saber qué hacer, su interlocutor volvió a la mesa y tomó la fotografía que estaba boca abajo. Se la tendió con una extraña mirada. Jones la cogió y se puso a mirarla casi de forma involuntaria. Al cabo de un rato los ojos del visitante se entrecerraron y parecían absortos, como si el objeto poseyera una satánica fuerza interior que lo hipnotizaba. Y es que, efectivamente, Rogers se había superado a sí mismo al modelar la siniestra pesadilla que había captado la cámara. Aquella cosa era un trabajo depurado, la obra de un genio infernal, y Jones se preguntó cómo reaccionaría el público cuando al fin fuera expuesta. Algo tan espantoso no debería existir nunca... seguramente, su mera contemplación, una vez acabada, había conseguido desquiciar por completo la mente de su artífice, llevándole a realizar brutales sacrificios. Solo una mente sana y bien preparada podía resistir la sugerencia de que aquella blasfemia era —o había sido en su momento— la expresión mórbida y exótica de una forma de vida.

El ser del retrato estaba en cuclillas o agazapado sobre una ingeniosa reproducción del trono bestialmente tallado que aparecía en algunas de aquellas curiosas fotografías. Resultaría imposible hacer una adecuada descripción de la cosa ciñéndose al vocabulario normal pues nada, ni remotamente parecido, es capaz de ser imaginado por una mente en su sano juicio. Quizás tuviera ciertas características lejanamente emparentadas con los vertebrados del planeta, aunque tampoco se puede afirmar con seguridad. Tenía un volumen descomunal pues, a pesar de estar agachado, su altura era dos veces la de Orabona, que posaba a su lado. Tras un detenido examen se podían establecer ciertas similitudes corporales con los vertebrados superiores.

El torso era esférico, con seis extremidades largas y sinuosas que terminaban en unas garras o pinzas parecidas a las de los cangrejos. Del borde superior sobresalía una protuberancia globosa en la que se adivinaban tres ojos fríos y malévolos que formaban un triángulo, una nariz sin duda flexible de casi medio metro de larga y unas hendiduras dilatadas en los laterales parecidas a las agallas; todo ello sugería que aquel bulto tenía que ser la cabeza. La mayor parte del cuerpo estaba recubierta de lo que, a primera vista, parecía piel, pero, tras un examen más detallado, se podía

comprobar que en realidad se trataba de un espeso amasijo de oscuros, delgados tentáculos, o filamentos de succión, cuyos extremos estaban rematados por una boca, como si fueran cabezas de áspides. En la cabeza, debajo de la nariz, los apéndices tendían a ser más largos y compactos, y mostraban unas rayas en espiral similares a las que se atribuía tradicionalmente a los cabellos serpentinos de Medusa. Afirmar que aquella cosa tenía algún tipo de *expresión* resultaría incongruente; sin embargo, Jones sentía que el triángulo que formaban aquellos ojos saltones de pez y la nariz o trompa que sobresalía debajo desprendían una mezcla de odio, hambre y ciega crueldad totalmente incomprensibles para la raza humana, pues aquel amasijo de emociones no se había visto jamás en este mundo ni en ningún otro del sistema solar. En esta inaudita bestialidad, pensó, Rogers había vertido toda su locura maligna y todo su misterioso genio escultórico. El ser era inconcebible... aunque la fotografía demostraba su existencia real.

Rogers pareció volver en sí, dejando atrás sus ensoñaciones.

—Bien, ¿qué opina de Eso? ¿Sigue preguntándose qué aplastó al perro y absorbió toda su sangre con un millón de bocas? Necesitaba alimento... pronto necesitará más. Se trata de un dios, y yo soy el primer sacerdote de Su nuevo reinado. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra de los Mil Retoños!

Jones apartó la foto con disgusto y piedad.

—Verá, Jones, esto no puede ser. Existen ciertos límites, ¿no cree? Se trata de una magnífica pieza de arte, sin duda, pero todo esto no es nada bueno para usted. Lo mejor sería que nadie lo viera, dejar que Orabona lo destruyera y olvidarse del asunto. Permita que me deshaga también de esta espantosa fotografía.

Rogers lanzó un gruñido, cogió la foto y volvió a depositarla sobre la mesa.

—¡Estúpido! ¡Aún piensa que se trata de un fraude! ¡Cree que me lo he inventado, que mis figuras no son más que un montón de cera sin vida! ¡Maldito sea! ¡Usted es aún más necio que una estatua de cera de sí mismo! ¡Pero en esta ocasión tengo pruebas y usted va a conocerlas! No en estos momentos, ya que Eso está descansando después del sacrificio, sino un poco más tarde. Claro que sí... y entonces no albergará dudas sobre el poder de Eso.

Mientras Rogers miraba la puerta atrancada, Jones recogió el sombrero y el bastón de una banqueta cercana.

—De acuerdo, Rogers, lo dejaremos para más tarde. Ahora tengo que irme, pero volveré mañana por la tarde. Piense en lo que le he dicho y admita que es un sabio consejo. Pregúntele también a Orabona lo que piensa de todo esto.

Rogers dejó al descubierto su dentadura en una mueca de salvaje bestialidad.

—Y ahora se va, ¿no es así? ¡Tiene miedo! ¡Está aterrorizado por toda esa cháchara tan temeraria! Afirma que las figuras son solo cera y sin embargo sale corriendo cuando le digo que tengo pruebas de que no es así. Usted es como todos esos tipejos que aceptan mis apuestas para pasar una noche en el interior del museo... tan valientes al principio... pero después de una hora empiezan a gritar y dar golpes desesperados por salir. ¿Quiere que le pregunte a Orabona? Ustedes dos... ¡siempre en mi contra! ¡Quieren desbaratar el nuevo dominio terrenal de Eso!

Jones mantuvo la calma.

—No, Rogers, nadie está en su contra. Tampoco tengo miedo de sus figuras; al contrario, admiro su arte. Ambos estamos un poco nerviosos esta noche, creo que nos vendrá bien algo de descanso.

Rogers volvió a retrasar la partida de su huésped.

—Dice que no tiene miedo, ¿eh? Entonces, ¿por qué quiere irse con tanta rapidez? Veamos, ¿se atrevería a quedarse aquí solo, en medio de la oscuridad? ¿Por qué tanta prisa si en realidad usted no cree en Eso?

Rogers parecía estar rumiando algo que se le acababa de ocurrir y Jones le observó con atención.

—Bueno, la verdad es que no tengo ninguna prisa en especial, pero ¿qué ganaría yo quedándome aquí solo? ¿Qué probaría eso? Mi única pega es que no se trata de un sitio demasiado cómodo para dormir. ¿Qué bien nos haría a ambos?

Esta vez fue a Jones a quien se le ocurrió una idea. Siguió hablando en tono mesurado.

—Verá, Rogers, le he preguntado qué conseguiría demostrar quedándome yo solo, y en realidad creo que ambos lo sabemos. Lo único que probaría es

que sus figuras son simplemente eso, figuras, y que no debería permitir que su imaginación se desbocara de esta manera. Suponga que me *quedo*. Si resisto hasta la mañana, ¿estaría dispuesto a ver las cosas de distinta manera, a tomarse unas semanas de vacaciones y permitir que Orabona destruya ese nuevo juguete suyo? Vamos... ¿no le parece justo?

La expresión que se dibujó en el rostro del empresario era difícil de catalogar. Se hacía evidente que estaba meditando con rapidez y que, de todas las emociones conflictivas que tenían lugar en su interior, una malignidad triunfal sobresalía de entre todas las demás. Su voz sonó sofocada cuando contestó.

—¡De acuerdo! *Si aguanta* seguiré sus consejos. Pero tiene que aguantar. Cenamos y luego volvemos. Le encierro en la sala de exposiciones y me voy a mi casa. Regreso por la mañana antes de que llegue Orabona —siempre viene media hora antes que los demás— y veo cómo está usted. Pero no lo haga si no está realmente seguro de que todo es un cuento. Otros no han podido soportarlo... usted tiene la posibilidad de retirarse. Aunque supongo que si golpea la puerta frontal atraerá la atención de algún policía. Cuando lleve aquí un rato no va a sentirse tan bien... se encontrará en el mismo edificio que Eso, aunque en distinta habitación.

Cuando traspasaron la puerta trasera y salieron al sucio patio interior, Rogers llevaba consigo la pieza de arpillera con la repugnante carga envuelta en ella. En el centro del patio había una alcantarilla cuya tapa el empresario retiró tranquilamente, dando la sensación de que había llevado a cabo aquella misma tarea en numerosas ocasiones. El fardo, arpillera incluida, cayó al olvido de un laberinto de interminables cloacas. Jones se estremeció y pareció encogerse ante la figura descarnada que caminaba a su lado cuando salieron a la calle.

De mutuo e inexpresado acuerdo decidieron no cenar juntos, pero quedaron a las once en la entrada del museo.

Jones tomó un taxi y respiró aliviado cuando cruzó el puente de Waterloo y se acercó a las brillantes luces del Strand. Cenó en un tranquilo café y después fue a su casa de Portland Place para darse un baño y coger algunas cosas. A veces se preguntaba qué estaría haciendo Rogers. Había oído decir que el hombre poseía una enorme y sombría mansión en Walworth Road

repleta de libros prohibidos, objetos mágicos y figuras de cera que no había querido exponer en el museo. Suponía que Orabona vivía en el mismo edificio, aunque en distintos aposentos.

A las once en punto Jones se encontró con Rogers, que ya le estaba esperando junto a la puerta del sótano, en Southwark Street. Apenas intercambiaron palabras, aunque todas rezumaban una amenazadora tensión. Acordaron que el lugar de la vigilia sería la sala abovedada donde se exponían las figuras, y Rogers no insistió en que el observador se quedara en la alcoba especial, reservada a los adultos, donde estaban los horrores supremos. El empresario, después de apagar las luces desde el cuadro de mandos del taller, cerró la puerta de la cripta con una de las llaves de su atestado llavero. Salió a la calle sin estrechar la mano de Jones, cerró la puerta principal y subió los gastados escalones que daban a la acera. Cuando sus pasos se perdieron en la distancia, Jones comprendió que la larga, tediosa vigilia había comenzado.

II

Más tarde, en la profunda oscuridad del gigantesco sótano abovedado, Jones maldijo la inocencia pueril que le había conducido a aquella situación. Durante la primera media hora se dedicó a encender de tanto en tanto la linterna de bolsillo que se había traído, pero con el discurrir del tiempo, el simple hecho de estar sentado en uno de los bancos del público se convirtió en algo que le crispaba los nervios. El haz de luz siempre se detenía en algún objeto siniestro y morboso: una guillotina, un monstruo híbrido e innombrable, un rostro de barba tupida repleto de maldad, un cuerpo por el que chorreaba la sangre desde la cercenada garganta. Jones sabía que todas aquellas cosas no eran reales, pero después de aquella primera media hora prefería no mirarlas.

Ahora no entendía por qué se había dejado llevar por aquel demente. Habría resultado mucho más sencillo dejarle a su aire o llamar a un especialista en enfermedades mentales. A lo mejor, pensó, se trataba del sentimiento de camaradería que siempre está presente entre los artistas. El

genio de Rogers era tan destacado que se merecía toda la ayuda posible para intentar liberarle de su creciente locura. Cualquier hombre que fuera capaz de imaginar y crear unos seres tan increíbles y vitales, tal y como él lo había hecho, seguramente se encontraba muy cerca de la grandiosidad artística. Poseía la imaginación de un Sime o un Doré, y la minuciosa habilidad científica de un Blatschkas. Y es que Rogers había conseguido, en el campo de lo siniestro, lo mismo que Blatschkas, con sus maravillosos y detallados modelos de plantas en cristal, tan finamente ilustrados y coloreados, en el mundo de la botánica.

A medianoche las campanadas de un lejano reloj sonaron en la oscuridad y Jones se sintió reconfortado por el mensaje de un mundo exterior que aún permanecía vivo. La sala abovedada del museo era como un sepulcro, un recinto siniestro y solitario. Hasta un ratoncillo hubiera sido una compañía agradable, aunque Rogers le había dicho en cierta ocasión que, «por algún motivo», jamás había habido en aquel lugar ni ratones ni insectos. Resultaba bastante curioso pero sin duda era cierto. El silencio y la ausencia de vida reinaban a sus anchas. ¡Ojalá pudiera oír algún ruido! Rozó sus pies contra el suelo y el eco le devolvió un sonido espectral en medio de la más absoluta quietud. Tosió, pero la única respuesta que obtuvo fue una reverberación burlesca. Se dijo que podía empezar a hablar consigo mismo. Eso significaría la desintegración nerviosa. El tiempo parecía discurrir de una manera anormal y desconcertantemente lenta. Hubiera jurado que habían pasado un montón de horas desde la última vez que enfocara la luz de la linterna sobre su reloj, y sin embargo tan solo eran las doce de la noche.

Deseó que sus sentidos no fueran tan sobrenaturalmente agudos. Había algo en la oscuridad y en la quietud que parecía haberlos agudizado, de manera que respondían a cualquier estímulo con la suficiente fuerza como para creer que en realidad sí estaba pasando algo. Sus oídos parecían captar de vez en cuando unos susurros vagos y elusivos que no podía identificar *del todo* a causa del zumbido nocturno que venía de las calles medio desiertas, y le dio por pensar en ciertas cosas irrelevantes y ambiguas como la música de las esferas y la vida desconocida e inaccesible de las dimensiones alienígenas que presionaban sobre la nuestra. Rogers a veces divagaba sobre esos asuntos.

Las motas de luz que flotaban ante sus ojos sumidos en la oscuridad parecían danzar y dibujar extrañas figuras y simetrías. En muchas ocasiones se había preguntado por el origen de esos extraños rayos del abismo insondable que centellean a nuestro alrededor cuando no existe ninguna clase de luz terrestre, pero jamás había oído hablar de ninguno que se comportara de semejante manera. Carecían de esa cualidad confusa e incansable de las motas de luz ordinarias, parecían poseer voluntad propia, algún designio totalmente ajeno a los conceptos terrenales.

También daba la sensación de que el aire se agitaba de forma extraña. No había nada abierto, y sin embargo, a pesar de la ausencia de corrientes, Jones sentía que el aire no permanecía del todo inmóvil. Notaba ciertas variaciones apenas perceptibles en la presión atmosférica, aunque no lo suficientemente intensas como para sugerir la presencia de los invisibles y espantosos elementales. Además, el frío era anormal. Nada de esto le gustaba. El aire sabía a sal, como si estuviera empapado del salitre de oscuras aguas subterráneas, y en la atmósfera flotaba un vago hedor a moho. Jamás había notado que durante el día las figuras de cera produjeran olor alguno. Incluso ahora, el hedor no parecía proceder de la cera, ya que esta no debía oler de semejante manera. Evocaba el aroma impreciso que destilan los especímenes de cualquier museo de historia natural. Curioso, teniendo en cuenta las afirmaciones de Rogers asegurando que sus figuras no eran del todo artificiales... Por supuesto, entraba dentro de lo posible que aquellos testimonios hubiesen influido en la imaginación de Jones, conjurando tales aromas en su cerebro. Había que mantener a raya los excesos de la imaginación... ¿acaso Rogers no estaba medio loco al dejarse llevar por tales excesos?

Pero la espeluznante soledad del recinto resultaba aterradora. Incluso el lejano eco de las campanadas parecía provenir de más allá de los abismos cósmicos. Todo esto hizo que Jones pensara en la foto demencial que Rogers le había mostrado... aquel recinto repleto de increíbles grabados y aquel trono enigmático que, según él, pertenecía a una civilización desaparecida hace tres millones de años en las inmensas y prohibidas soledades árticas. Quizás Rogers había estado en Alaska, pero aquella fotografía no era más que una escena trucada. No podía ser de otra manera, con todos esos grabados y

símbolos espantosos. Y ese cuerpo monstruoso que se suponía reposaba sobre el trono... ¡una burda fantasía ideada por un demente! Jones se preguntó a qué distancia se encontraba de la desquiciada obra de arte tallada en cera. Seguramente estaba oculta tras la pesada puerta atrancada que se erguía en una de las paredes del taller. Pero no podía dejarse llevar por una simple figura de cera. ¿Acaso la habitación en la que se encontraba no estaba repleta de cosas parecidas, algunas casi tan horribles como «ESO»? Y al otro lado de una delgada cortina de tela, a la izquierda de la sala, se hallaba el recinto «Solo para adultos», con sus fantasías innombrables y enloquecedoras.

La proximidad de las incontables figuras de cera empezó a alterar los nervios de Jones según iban discurriendo los minutos. Conocía tan bien el museo que no podía librarse de las imágenes que le venían a la cabeza, incluso en aquella oscuridad absoluta. Además, la oscuridad añadía a sus recuerdos ciertas cualidades realmente perturbadoras y fantásticas. La guillotina parecía rechinar y el rostro barbudo de Landru —el asesino de cincuenta esposas— adoptaba una expresión de monstruosa amenaza. De la garganta cercenada de Madame Demers parecía surgir un espantoso sonido burbujeante, y la víctima sin miembros ni cabeza de un asesino en serie intentaba acercarse lentamente arrastrándose sobre sus muñones. Jones optó por cerrar los ojos, con la esperanza de alejar aquellas imágenes, pero todo fue en vano. Además, cuando cerraba los párpados, los diseños repletos de significado que dibujaban las motas de luz resultaban aún más inquietantes.

Acto seguido, repentinamente, intentó centrarse en las terribles imágenes que antes quería alejar de su mente. Quiso distinguirlas y retenerlas porque estaban dando paso a otras aún más espantosas. A pesar de sí mismo su imaginación comenzó a reconstruir las blasfemias antinaturales que acechaban en los rincones más tenebrosos, y todas aquellas entidades híbridas y aletargadas giraban a su alrededor como asediándole. El negro Tsathoggua fue cambiando de forma, un batracio con aspecto de gárgola que poco a poco se convirtió en un ente alargado y sinuoso con cientos de rudimentarias patitas, y un espectro descarnado de la noche, flaco y elástico, desplegó sus alas como si quisiera lanzarse sobre él y asfixiarle. Jones hizo verdaderos esfuerzos para no gritar. Sabía que se estaba dejando llevar por los típicos horrores de la infancia y decidió aferrarse a su mente adulta para mantener a

raya a los fantasmas. Descubrió que encender la linterna de vez en cuando también le ayudaba un poco. Aunque las imágenes que veía seguían siendo espantosas, no lo eran tanto como las que evocaba su imaginación cuando se hallaba en la más completa oscuridad.

Pero existía un inconveniente. Incluso a la luz de la linterna no podía evitar seguir sintiendo un suave y furtivo estremecimiento más allá del cortinaje que daba a la terrorífica sala de «Solo para adultos». Sabía lo que se exponía tras aquella tela, y se puso a temblar. La imaginación trajo a su mente la estremecedora figura del fabuloso Yog-Sothoth: una simple masa informe de burbujas iridiscentes que sugerían la maldad más absoluta. ¿Qué era esa masa diabólica que flotaba lentamente en su dirección y tropezaba con el cristal que se interponía entre ellos? Un leve abultamiento en la tela que se encontraba un poco más allá, a la derecha, delataba el punzante cuerno de Gnoph-keh, la mítica criatura peluda de las inmensidades heladas de Groenlandia, que a veces caminaba a dos patas, otras a cuatro y muchas a seis. Para intentar sacarse de la cabeza todas aquellas visiones, Jones se armó de valor y echó a andar con la linterna encendida hacia la diabólica sala. Por supuesto, ninguno de sus miedos era real. Y sin embargo, ¿acaso no estaban empezando a moverse lenta y pérfidamente los larguísimos tentáculos faciales del gran Cthulhu? Sabía que eran flexibles, pero no se había parado a pensar que la corriente de aire generada por su avance pudiera ser suficiente para ponerlos en movimiento.

Volvió al sitio en el que había estado sentado desde el principio, al otro lado de la sala, cerró los ojos y se olvidó de las siniestras motas de luz. En el distante reloj tañó una sola campanada. ¿Solo una? Iluminó su reloj de pulsera con la luz de la linterna y descubrió que así era. Iba a ser muy complicado aguantar hasta la mañana. Rogers llegaría a las ocho en punto, un poco antes que Orabona. La fachada exterior del sótano ya estaría bañada por los rayos del sol mucho antes, pero ninguno llegaría al interior. Todas las ventanas del sótano, excepto las tres pequeñas que daban al patio, habían sido tapiadas con ladrillos. Sin duda le esperaba una infame vigilia.

Sus oídos captaban ahora la mayor parte de las alucinaciones... juraría haber escuchado unas pisadas lentas y contenidas que procedían del taller que había al otro lado de la puerta acerrojada. De nada le servía pensar en el

horror oculto que Rogers llamaba «Eso». Aquella cosa era algo enfermizo, había vuelto loco a su creador y ahora su imagen regresaba para llenar su mente de horrores infernales. No podía haber nada detrás de aquella puerta cerrada, seguro que el ruido procedía de algún lugar bastante más lejano. Sin duda aquellos pasos eran simple y pura imaginación.

Entonces creyó oír el ruido de una llave al ser girada en la puerta del taller. Encendió la linterna, pero lo único que vio fue la antigua puerta de seis paneles anclada en su posición original. De nuevo cerró los ojos, intentando refugiarse en la oscuridad, pero empezó a oír una especie de chirrido agudo... y esta vez no procedía de la guillotina, sino de la puerta del taller, que parecía estar abriéndose lenta y furtivamente. Ni se le ocurrió gritar. De hacerlo habría estado perdido. Oyó el sonido de unos pies que se arrastraban y avanzaban lentamente hacia él. Tenía que conservar el dominio de sí mismo. ¿Acaso no lo había conseguido cuando aquellas sombras innominadas se le acercaban? El ruido fue aproximándose y por fin perdió el control. No gritó, simplemente lanzó un desafío.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién es? ¿Qué quiere?

No hubo respuesta y el sonido continuó. Jones no sabía qué le aterrorizaba más, si encender la linterna o permanecer en la oscuridad mientras la cosa se aproximaba. Aquel horror, lo sentía en sus entrañas, era diferente al resto de los que habían tenido lugar durante la noche. Sus dedos, su garganta, se estremecían compulsivamente. El silencio y la espantosa oscuridad que lo invadía todo se hicieron insoportables. De nuevo exclamó histérico, mientras dirigía el haz de su linterna de un lado a otro:

—¡Alto!, ¿quién anda ahí?

Acto seguido, paralizado por lo que había visto, dejó caer la linterna y se puso a gritar... no una sino un montón de veces.

Una figura gigantesca y blasfema, la cosa negra cuya naturaleza era mitad simiesca mitad insectil, se arrastraba hacia él, acercándose en medio de la oscuridad. La piel le colgaba a tiras del cuerpo y su rudimentaria y áspera cabeza, en la que destacaban unos ojos muertos, se balanceaba ciegamente de un lado a otro. Tenía las patas delanteras extendidas, con las garras abiertas, y su figura estaba envuelta en un aura de homicida maldad, a pesar de la ausencia de toda expresión facial. Después de gritar, y antes de que cayera en

la oscuridad, aquella cosa pegó un salto y en un instante tenía a Jones aplastado contra el suelo. No se produjo ningún forcejeo ya que el espectador se había desmayado.

El desvanecimiento de Jones apenas duró unos segundos ya que, cuando estaba empezando a recuperar la consciencia, descubrió que la cosa sin nombre le arrastraba, encorvada como un simio, a través de la oscuridad. Los sonidos que producía aquel ente le despertaron por completo, o, para ser más exactos, la voz con la que se expresaba. Aquella voz era humana, y también familiar. Solo un ser vivo podía tener ese acento ronco y enfebrecido con el que invocaba a un horror desconocido.

—¡Iä! ¡Iä! —aullaba—. Ya voy, oh, Rhan-Tegoth, voy con tu alimento. Has aguardado largo tiempo, te has alimentado pobremente, pero ahora tendrás lo prometido. Eso y mucho más, pues en lugar de Orabona te traigo a uno de mayor categoría que, además, ha dudado de ti. Podrás aplastarle, podrás exprimirle, con todas sus vacilaciones, y así hacerte más poderoso. Y luego será presentado a los demás hombres como un monumento a tu gloria. Infinito e invencible Rhan-Tegoth, soy tu esclavo, tu sacerdote supremo. Estás hambriento y yo te proveo. He leído la señal y acudo a tus demandas. Yo te alimentaré con sangre y tú me nutrirás con poder. ¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra de los Mil Retoños!

Al instante todos los terrores de la noche abandonaron a Jones como una cortina que cae de repente. De nuevo se sentía dueño de sí mismo pues conocía el peligro completamente real y tangible al que se enfrentaba. No era un monstruo de fábula, sino de un loco peligroso. Se trataba de Rogers, vestido con un disfraz de pesadilla creado por su demencia, y estaba a punto de ofrecerlo como sacrificio a un espantoso dios diablo que había modelado en cera. Evidentemente, tenía que haber accedido al taller desde el patio trasero y, después de ataviarse de aquella guisa, se había acercado a su víctima desprevenida y aterrorizada para hacerse con ella. Su fuerza era prodigiosa y si quería tener alguna posibilidad debía actuar rápido. Como aquel lunático aún pensaba que seguía inconsciente, decidió dejarle hacer mientras su presa fuera relativamente floja. Sintió que atravesaban el umbral de una puerta, lo cual le indicó que estaban entrando en el taller, oscuro como un pozo sin fondo.

Fortalecido por el miedo, Jones hizo un movimiento brusco tratando de liberarse, a pesar de la postura medio recostada en la que estaba siendo arrastrado. Al instante consiguió zafarse de las manos del atónito demente y, acto seguido, ayudado por la suerte y la oscuridad, pudo abalanzarse sobre el cuello grotescamente disfrazado de su captor. Rogers volvió a agarrarle y ambos se enzarzaron en un combate desesperado a vida o muerte. El cuerpo bien entrenado de Jones fue vital para su salvación, ya que el enloquecido oponente no hizo ninguna concesión al juego limpio, la dignidad o, incluso, la propia supervivencia; se había convertido en una máquina destructiva y salvaje tan formidable como un lobo o una pantera.

Aullidos guturales salpicaban a ratos la lucha terrible que se desarrollaba en la oscuridad. Fluyó la sangre, las ropas se desgarraron y al fin Jones sintió la garganta desnuda del lunático, libre ya de su espantoso disfraz. No dijo ni una palabra mientras empeñaba cada onza de energía en defensa de su vida. Rogers pataleó, se revolvió, dio cabezazos, mordió, arañó y escupió... y aun así encontró la fuerza suficiente para aullar a ratos ciertas frases entrecortadas. La mayoría eran una especie de jerga ritual repleta de referencias a «Eso» o a «Rhan-Tegoth», y para el alteradísimo Jones aquellos aullidos parecían proceder de una lejanía infinita repleta de bufidos y gruñidos demoníacos. Por fin acabaron rodando por el suelo, volcando sillas y golpeándose contra las paredes y estructuras de ladrillo del horno de fundición que había en el centro del recinto. Ya casi al final Jones aún no estaba seguro de haber conseguido salvarse, pero finalmente la suerte intervino a su favor. Un oportuno rodillazo en el pecho de Rogers hizo que la presa se quedara completamente inmóvil y un poco después supo que había ganado.

Aunque apenas pudo ponerse en pie, Jones consiguió levantarse y, sujetándose en las paredes, buscó el interruptor de la luz, ya que había perdido su linterna así como la mayor parte de su ropa. Mientras andaba a tientas, tiraba de su desmadejado oponente, temiendo en todo momento que aquel lunático le volviera a atacar si recuperaba el sentido. Cuando encontró el cuadro de mandos palpó en la oscuridad hasta dar con la clavija adecuada. Luego, mientras el taller, caóticamente desordenado, se inundaba de una luz repentina, empezó a atar a Rogers con todas las cuerdas y cinchos que pudo

encontrar. El disfraz del lunático —o lo que quedaba de él— parecía estar hecho con una especie de piel extrañísima. Por alguna desconocida razón provocó escalofríos en Jones nada más tocarla y además emitía un olor mohoso y alienígena. El llavero de Rogers estaba en las ropas de calle que llevaba debajo del disfraz y la exhausta víctima se las arrebató sabiendo que eran su pasaporte final hacia la libertad. Las persianas de los ventanucos estaban firmemente aseguradas y Jones no las tocó.

Se limpió la sangre de la batalla en un fregadero del taller y se puso las vestimentas más sencillas y menos extravagantes que pudo encontrar en los percheros del personal. Probó la puerta del patio y vio que estaba atrancada con una cerradura de resorte que no necesitaba llave desde el interior. Sin embargo, se guardó el llavero para poder acceder al museo cuando regresara con ayuda, ya que resultaba evidente que había que llamar a un psiquiatra. En el museo no había teléfono, pero no tardaría mucho en dar con algún bar o farmacia de horario nocturno que dispusiera de uno. Casi había abierto la puerta para irse cuando un torrente de blasfemias lanzadas desde el otro lado de la habitación le hizo saber que Rogers —cuyas heridas visibles se reducían a un largo y profundo arañazo en la mejilla izquierda— había recuperado el sentido.

—¡Idiota! ¡Engendro de Noth-Yidik! ¡Efluvio de K'thun! ¡Bastardo de las perras que aúllan en el torbellino de Azathoth! ¡Podrías haber sido alguien sagrado e inmortal y ahora le traicionas a Él y a Su sacerdote! ¡Cuidado, pues Eso está hambriento! Tenía que haber sido Orabona, ese maldito perro traicionero que se puso en mi contra y de Eso, pero yo le concedí el honor de ocupar su lugar. Ya pueden andar los dos con cuidado, pues Eso no es compasivo sin su sacerdote.

»¡Iä! ¡Iä! ¡La venganza se acerca! ¿Sabe que podría haber sido inmortal? ¡Mire el horno! El fuego está listo para ser encendido y el caldero rebosa cera. Hubiera hecho con usted lo mismo que antes hice con otras muchas formas vivientes. ¡Eh! ¡Usted, que jura que todas mis estatuas son de cera, habría terminado siendo una más de la colección! ¡El horno estaba listo! Cuando Eso se hubiera saciado, y usted fuera como el chucho que le enseñé, ¡yo habría inmortalizado sus restos aplastados y lacerados! ¡En la cera! ¿No decía usted que yo era un gran artista? La cera... la cera en todos y cada uno

de sus poros... la cera en cada milímetro de su piel... ¡Iä! ¡Iä! Y a partir de entonces el mundo podría contemplar su cuerpo desfigurado, ¡y todos se preguntarían cómo podía haber imaginado yo un engendro semejante! ¡Eh! Y Orabona habría sido el siguiente, y habría más después de él... ¡y mi familia de cera crecería y crecería!

»¡Perro! ¿Aún piensa que yo *modelo* todas mis figuras? ¿No sería más adecuado decir que las *preservo*? Usted sabe los extraños lugares a los que he viajado, y las cosas extrañas que he traído conmigo. ¡Cobarde! Jamás será capaz de hacer frente al devorador cósmico cuyo disfraz usé para asustarle... su mera contemplación, incluso el simple hecho de imaginarlo, ¡le hubiera matado de miedo al instante! ¡Iä! ¡Iä! ¡Eso aguarda inquieto y hambriento la sangre que es vida!

Rogers, apoyado contra la pared, se balanceó de un lado a otro a pesar de sus ataduras.

—Veamos, Jones, si le dejo marchar, ¿usted me liberará? Conviene portarse bien con el sumo sacerdote de Eso. Le bastará con Orabona para alimentarse... y cuando apenas quede nada de él, yo immortalizaré sus despojos en cera para que el mundo pueda contemplarlos. Tenía que haber sido usted, aunque me temo que ha rehusado tan sublime honor. No volveré a fastidiarle. Déjeme ir y compartiré con usted el poder que Eso me otorgará. ¡Iä! ¡Iä! ¡Rhan-Tegoth es grande! ¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir! Al otro lado de la puerta Eso está hambriento y si muere los Primordiales jamás podrán regresar. ¡Vamos! ¡Déjeme marchar!

Jones se limitó a sacudir la cabeza, aunque los espantosos delirios del empresario le revolvían las tripas. Rogers, que ahora miraba enloquecido a la pesada puerta acerrojada, se daba de cabezazos sin parar contra la pared de ladrillo al tiempo que la pateaba con sus tobillos atados. Jones temía que se hiciera daño y se acercó para atarlo con más fuerza a algún objeto fijo. Rogers se retorció, apartándose de él, y lanzó una serie de frenéticos aullidos tan sobrenaturales, profundos y monstruosos, y de un volumen tan estridente, que resultaban sobrecogedores e inhumanos. Parecía imposible que una garganta humana pudiera producir un sonido tan alto y penetrante, y Jones pensó que, si aquello continuaba, no sería necesario telefonar pidiendo ayuda. No pasaría mucho tiempo antes de que un agente se acercara a

investigar, incluso admitiendo que no hubiera vecinos capaces de escuchar los gritos en aquel distrito de almacenes abandonados.

—¡Wza-y'ei! ¡Wza-y'el! —aulló el demente—, ¡Y'kaa haa bho... ii, Rhan-Tegoth... Cthulhu fhtagn... El! ¡El! ¡El! ¡El! ¡Rhan-Tegoth, Rhan-Tegoth, Rhan-Tegoth!

Aquella criatura, fuertemente atada, empezó a reptar por el mugriento suelo hasta llegar a la recia puerta acerrojada y se puso a golpear estruendosamente las planchas de madera con la cabeza. A Jones le aterrorizaba acercarse a él para atarlo con más firmeza y deseó no sentirse tan agotado por la lucha previa. Toda aquella violencia estaba alterando terriblemente sus nervios y empezó a sentir los mismos miedos que habían hecho presa en él cuando se hallaba en la más absoluta oscuridad. ¡Todo lo que rodeaba a Rogers y a su museo era infernalmente morboso y conseguía sugerir sombríos panoramas del más allá! Le resultaba espantoso pensar en la obra maestra tallada en cera que, en esos mismos instantes, podría estar al acecho muy cerca, justo detrás del recio y atrancado portón.

Y entonces ocurrió algo que causó un nuevo escalofrío en la espina dorsal de Jones e hizo que todo su pelo —incluso el vello que crecía en sus manos— se erizara por culpa de un miedo indeterminado. De repente, Rogers dejó de gritar y de golpear la recia plancha de madera con su cabeza, y se incorporó hasta quedar sentado, con la cabeza recostada sobre la puerta, como si estuviera escuchando con atención. Una sonrisa de diabólico triunfo se dibujó en su rostro y de nuevo empezó a hablar de una forma incoherente... en esta ocasión en un tono susurrante y áspero que contrastaba insólitamente con sus anteriores chillidos altisonantes.

—¡Escuche, estúpido! ¡Escuche con atención! *Eso* me ha oído y viene. ¿No oye cómo chapotea mientras sale del fondo del tanque de agua? Tuve que hacerlo bien profundo pues nada es suficientemente adecuado para *Eso*. Es una criatura anfibia, ¿sabe? Usted mismo vio las agallas en la fotografía. Llegó a la tierra desde la plumiza Yuggoth, donde las ciudades se yerguen bajo las aguas cálidas de un mar profundo. Aquí no puede permanecer en pie pues es demasiado alto y tiene que estar siempre agachado o sentado. Deme las llaves... le liberaremos y nos arrodillaremos ante él. Luego saldremos fuera y le procuraremos un perro o un gato —o quizás algún borracho— para

que se alimente de acuerdo a sus necesidades.

Lo que verdaderamente aterrizó a Jones no fueron las palabras de aquel demente sino cómo las dijo. La tremenda, insana y sincera certidumbre que subyacía en aquel enloquecido balbuceo resultaba condenadamente contagiosa. La imaginación, sobreestimulada por el entorno, podía llegar a creer que aquella diabólica figura de cera que chapoteaba invisible tras el recio portón era en verdad una amenaza real. Jones observó la puerta fascinado y se dio cuenta de que tenía varias grietas, aunque no había señales de que la hubiesen intentado forzar de manera violenta. Se preguntó cuán larga era la habitación o almacén que había al otro lado y cómo estaría dispuesta la figura de cera. El tanque de agua del que hablaba aquel loco parecía tan real como cualquiera de sus demás fantasías.

Y entonces, en un espantoso momento, Jones perdió por completo la capacidad de respirar. El cinturón de cuero que había tomado para atar a Rogers resbaló de sus manos y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, desde la cabeza a los pies. Tenía que haberse dado cuenta de que aquel sitio le trastornaría tanto como al propio Rogers; ahora, también él se había vuelto loco. En efecto, estaba loco, pues tenía alucinaciones mucho peores que cualquiera de las que había padecido aquella misma noche. El chiflado le había asegurado que, más allá de la puerta, se oían los salvajes chapoteos de un monstruo mítico, y ahora, que Dios le ayude, *¡él también los oía!*

Rogers percibió la expresión de espanto que se adueñó del rostro de Jones, transformándolo en una máscara de ojos dilatados llenos de horror. Empezó a cacarear.

—¡Estúpido, por fin se ha dado cuenta! ¡Al fin sabe! ¡Lo ha oído y Eso se acerca! ¡Déme las llaves, tenemos que rendirle pleitesía y postrarnos ante Él!

Pero Jones era incapaz de prestar atención a cualquier palabra pronunciada por un humano, estuviera cuerdo o chiflado. Se encontraba completamente paralizado y apenas consciente, mientras unas imágenes espantosas se desplazaban fantasmagóricamente en el interior de su desvalido cerebro. Se *oía* un chapoteo. Se *oían* unos pasos acuosos que se arrastraban, como de grandes garras mojadas sobre una superficie sólida. Algo *se estaba* acercando. Por entre las rendijas de aquella endemoniada puerta de madera se filtró un repugnante hedor animal semejante, aunque no exactamente igual, al

que impregna las jaulas de los mamíferos en el jardín zoológico de Regent Park.

Ya no se daba cuenta de si Rogers seguía o no hablando. Todas las cosas mundanas habían desaparecido, tan solo era una estatua obsesionada con sueños y alucinaciones tan irreales que le parecían algo fantástico y lejano. Creyó oír una especie de olfateo o bufido que procedía del abismo ignoto que se abría tras la puerta, y cuando un lamento hueco y repentino asaltó sus oídos no se sintió capaz de discernir si el sonido venía del maniaco, fuertemente atado, cuya imagen aparecía y desaparecía en sus enloquecidos ojos. La fotografía de aquella cosa maldita, invisible y cerosa no dejaba de aparecer en su subconsciente. Algo así no tenía derecho a la vida. ¿Acaso se había vuelto loco?

Pero mientras pensaba en todo esto, una nueva y enloquecedora evidencia se hizo presente. Era como si algo estuviera manipulando el cerrojo de la pesada puerta. Golpeaba, arañaba, empujaba las planchas de madera. Se oyó un golpe seco sobre la recia madera, y otro y otro, cada vez más fuertes. El hedor resultaba insoportable. Detrás de la puerta los empujones cada vez eran más siniestros y resueltos, como los golpes de un ariete. Hubo un crujido espantoso, astillas que saltaban, una vaharada fétida, la plancha de madera que caía... *una extremidad negra rematada en una especie de enorme pinza de cangrejo...*

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que Dios me ayude!... ¡Aaaaaah...!

Todavía hoy, con mucho esfuerzo, Jones es capaz de recordar cómo salió repentinamente de su parálisis provocada por el espanto y huyó corriendo enloquecido. Evidentemente, aquella huida delirante y frenética era un intento por escapar de sus pesadillas más espeluznantes; sintió que atravesaba la cripta de un solo salto, que tiraba violentamente de la puerta hasta abrirla por completo, cerrándose luego por sí misma con un siniestro portazo, y que se precipitaba sobre los gastados adoquines, todo a un mismo tiempo, y que luego corría desesperado y sin rumbo entre los patios chorreantes de humedad y las mugrientas callejuelas de Southwark.

A partir de entonces ya no recuerda nada. No sabe cómo llegó a casa y tampoco hay evidencia de que tomara un taxi. Seguramente hizo todo el trayecto corriendo, guiado por el instinto: cruzó el puente de Waterloo,

atravesó el Strand y Charing Cross y subió por Haymarket y Regent Street hasta su residencia. Aún vestía el batiburrillo de ropas del museo cuando recuperó la consciencia y se sintió capaz de llamar al médico.

Una semana después el especialista en enfermedades nerviosas le permitió abandonar su cama y dar un paseo al aire libre.

Pero no le había contado demasiadas cosas al médico. Un manto de locura y pesadilla parecía cernirse sobre aquella aventura y sentía que el silencio era como una maldición. Cuando se recuperó empezó a estudiar detenidamente todos los periódicos que se habían publicado desde aquella fatídica noche, pero no encontró ninguna noticia extraña acerca del museo. ¿Cuánto de lo sucedido había sido cierto? ¿En qué punto acaba la realidad y empieza la pesadilla? ¿Se había quebrado su mente mientras se hallaba en aquella sala de exposiciones totalmente a oscuras? ¿La lucha terrible que había mantenido con Rogers podría ser una simple fantasía provocada por la fiebre? Le reconfortaría mucho comprobar ciertos hechos que arrojaran luz a aquel tenebroso asunto. *Tenía* que haber visto aquella endemoniada fotografía de la imagen de cera llamada «Eso», ya que ninguna mente, excepto la de Rogers, sería capaz de concebir semejante blasfemia.

Pasaron dos semanas antes de que se atreviera a regresar a Southwark Street. Fue a media mañana, cuando la zona bullía de gente sana que se arremolinaba entre las antiguas y decrépitas tiendecitas y almacenes. El cartel que anunciaba el museo aún seguía en su lugar y, al acercarse, descubrió que el local estaba abierto. El portero le hizo un gesto amable de reconocimiento mientras Jones reunía el valor suficiente para entrar, y en la sala abovedada de abajo uno de los encargados se llevó la mano alegremente hasta su gorra. Quizás todo había sido un simple sueño. ¿Se atrevería a llamar a la puerta de la sala de trabajo de Rogers y preguntar por él?

En ese momento Orabona se acercó a saludarle. Su rostro oscuro y lustroso tenía una expresión sardónica, pero Jones sintió que no era hostil. Habló con algo de acento.

—Buenos días, señor Jones. Hace tiempo que no le vemos por aquí. ¿Quiere ver a Rogers? Pues lo siento pero se ha ido. Le ofrecieron un trabajo en América y decidió irse. Sí, todo fue muy repentino. Ahora yo estoy al cargo... del museo y de la casa. Intento mantener los altos niveles de

Rogers... hasta que él vuelva.

El extranjero sonrió... quizás por simple condescendencia. Jones apenas sabía qué responder, pero se las arregló para musitar unas vagas preguntas sobre el día que siguió a su última visita. Orabona pareció profundamente asombrado por tales cuestiones y le respondió con sumo cuidado.

—Ah, sí, señor Jones, el veintiocho del mes pasado. Lo recuerdo por varias razones. Por la mañana —antes de que llegara el señor Rogers, claro— encontré el taller en un estado lamentable. Se necesitaba una gran cantidad de tiempo para... limpiar todo aquel desastre. Durante la noche había habido bastante... trabajo, usted me entiende. Un espécimen nuevo y muy importante recibió un doble proceso de cocción. Me hice cargo de todo en cuanto llegué.

»Se trataba de un espécimen cuya preparación requería bastante trabajo, pero el señor Rogers se había encargado de instruirme adecuadamente. Como usted sabe, es un verdadero artista. Cuando llegué me ayudó a completar la preparación del espécimen, y le puedo asegurar que su ayuda fue muy directa, pero tuvo que irse pronto, antes incluso de que llegaran los empleados. Como ya le he dicho, le llamaron de repente. Se llevaron a cabo una serie de importantes reacciones químicas. El ruido que produjeron fue bastante fuerte... Tanto es así que varios cocheros que estaban aparcados en la plaza imaginaron oír el estampido de unos disparos. ¡Qué idea más tonta!

»En cuanto al nuevo espécimen, se trata de un asunto muy desgraciado. Es una verdadera obra de arte, diseñada y creada, como usted debe saber, por el propio señor Rogers. La verá cuando regrese.

Orabona volvió a sonreír.

—La policía, ya sabe. La expusimos la semana pasada y hubo dos o tres personas que se desmayaron. A un pobre desgraciado le sobrevino un ataque epiléptico mientras la miraba. Bueno, ya sabe, es un poco más... fuerte que las demás. También un poco más grande. Desde luego, se hallaba expuesta en la sala de adultos. El día siguiente una pareja de agentes de Scotland Yard estuvo observándola y dijeron que resultaba demasiado espeluznante para ser exhibida. Nos ordenaron que la desmontáramos. Fue una verdadera lástima... semejante obra de arte... pero no quise recurrir a las autoridades en ausencia del señor Rogers. El no hubiese querido problemas con la policía en estos

momentos... Tal vez cuando regrese... Tal vez...

Por alguna extraña razón Jones sintió una creciente oleada de malestar y repugnancia. Pero Orabona siguió hablando.

—Usted es todo un experto, señor Jones. Estoy seguro de que no estaré violando ninguna ley si le muestro la figura en privado. Creo que el señor Rogers acabará deseando que la... obra sea destruida un día de estos, aunque sería un verdadero crimen.

Jones se sintió fuertemente impulsado a rechazar la oferta y salir corriendo, pero Orabona le tomó del brazo y le hizo avanzar alegremente con el entusiasmo del artista. La sala de adultos, repleta de horrores innombrables, se hallaba vacía. En la esquina más lejana había un gran nicho cerrado con cortinas, y el sonriente encargado se dirigía justo en esa dirección.

—Debe saber, señor Jones, que el título de esta obra es «El sacrificio a Rhan-Tegoth».

Jones se estremeció con violencia, pero Orabona no pareció darse cuenta.

—Este dios colosal y sin forma aparece en ciertas leyendas oscuras que han sido objeto de las investigaciones del señor Rogers. Leyendas absurdas, desde luego, como en tantas ocasiones usted mismo le ha comentado al propio señor Rogers. Se supone que el ser vino del espacio exterior y que moró en el Ártico hace tres millones de años. Los sacrificios que se le ofrecían eran un tanto peculiares y espeluznantes, como verá en un momento. El señor Rogers ha conseguido un realismo diabólico... incluso en el rostro de la víctima.

Jones, que ahora temblaba violentamente, se agarró al pasamanos de latón que había delante del nicho. Estuvo a punto de echarse encima de Orabona para detenerle cuando vio que la cortina empezaba a abrirse, pero algo en su interior le hizo contenerse. El extranjero sonrió triunfalmente.

—¡Observe!

Jones se tambaleó, a pesar de estar agarrado al pasamanos.

—¡Dios! ¡Dios bendito!

Con sus buenos dos metros y medio de altura, y a pesar de su actitud acechante y agazapada que mostraba toda la malevolencia del cosmos infinito, aquella monstruosidad de indecible horror se destacaba sobre un

ciclópeo trono de marfil repleto de repugnantes grabados. Las dos extremidades centrales, de las seis que poseía, tenían agarrada una cosa arrugada, aplastada, reseca y sin sangre que había sido acribillada por un millón de punciones y, en determinadas zonas, quemada por una especie de ácido muy corrosivo. Solo la magullada cabeza de la víctima, que miraba hacia arriba en una posición un tanto ladeada, mostraba claros indicios de haber pertenecido a un ser humano.

Aquel monstruo no necesitaba que se lo describieran a un hombre que había contemplado cierta fotografía escalofriante. El endemoniado retrato ya era por sí mismo suficientemente realista, aunque no era capaz de mostrar todo el horror que subyacía en la gigantesca figura frente a la que se encontraba. El torso esférico, la protuberancia globosa que sugería una cabeza, los tres ojos de pez, la larga trompa, las turgentes agallas, el pellejo monstruoso cubierto de ventosas con forma de áspide, los seis tentáculos retorcidos con sus negras extremidades y pinzas de cangrejo. ¡Dios! ¡Qué familiar le resultaba aquella negra extremidad rematada por una pinza de cangrejo!...

La sonrisa de Orabona se le antojó execrable. Jones tragó saliva y siguió contemplando la espantosa figura con una especie de fascinación que le sorprendía y enfermaba. ¿Qué horror sin nombre le retenía y le impulsaba a mirar aquella cosa en busca de nuevos detalles? Eso es lo que había vuelto loco a Rogers... A Rogers, el artista supremo, el cual afirmaba que no se trataba de algo artificial...

Por fin descubrió qué era lo que tanto le perturbaba. Se trataba de aquella aplastada cabeza de cera, y de todo lo que significaba. Esa cabeza no estaba completamente destrozada y su rostro le resultaba familiar. Era como el semblante enloquecido del pobre Rogers. Jones lo observó más de cerca, desconociendo el porqué de sus actos. ¿Acaso era tan inusual que un loco narcisista modelase sus propios rasgos en una de sus obras maestras? ¿Existía algo más en aquella escultura que el subconsciente había eliminado a causa del simple y puro terror?

La cera de aquel rostro mutilado había sido trabajada con inimitable maestría. Sus heridas reproducían a la perfección las incontables laceraciones que presentaba aquel desgraciado chucho. En la mejilla derecha podía

distinguirse una marca irregular que no cuadraba con el resto de la figura, como si el escultor hubiera intentado ocultar un defecto de su primer modelado. Cuanto más lo miraba más aterrorizado se sentía... y entonces, inesperadamente, recordó algo que lo llenó de espanto. Aquella noche terrible... el forcejeo... el loco maniatado... *y el largo y profundo corte en la mejilla derecha del verdadero Rogers, cuando aún estaba vivo...*

Jones se soltó del pasamanos al que se asía con fuerza y cayó desvanecido.

Orabona seguía sonriendo.

MUERTE ALADA

Winged Death (1933)

Hazel Heald & H.P. Lovecraft

I

El Hotel Orange se encuentra en High Street, cerca de la estación de ferrocarril de Bloemfontein, en Sudáfrica. El domingo 24 de enero de 1932 cuatro hombres se ocultaban, temblando aterrorizados, en una de las habitaciones de la tercera planta. Uno de ellos era George C. Titteridge, dueño del hotel; otro era el agente de policía Ian De Witt, de la comisaría central; el tercero era Johannes Bogaert, un juez local; el cuarto, y en apariencia menos alterado del grupo, era el doctor Cornelius Van Keulen, médico forense.

Sobre el piso, desagradablemente expuesto bajo el sofocante calor veraniego, yacía un cadáver. Pero no era eso lo que más aterraba al cuarteto. Las miradas de sus componentes iban de la mesa, encima de la cual descansaba una curiosa variedad de objetos, al techo de la habitación, cuya superficie pintada de blanco estaba cubierta de una serie de enormes y entrecortados caracteres alfabéticos que alguien, de alguna manera, había garabateado con tinta negra; por otra parte, el doctor Van Keulen miraba con frecuencia y a hurtadillas un gastado cuaderno de notas, encuadernado en

cuero, que sostenía en su mano izquierda. El terror de los cuatro hombres parecía repartirse por igual entre el libro de notas, las palabras pintarrajeadas en el techo y una mosca muerta de extraño aspecto que flotaba dentro de un frasco repleto de amoníaco situado en la mesa. También había allí un tintero abierto, una pluma y un bloc, un maletín médico, un frasco de ácido clorhídrico y un vaso relleno en una cuarta parte de negro óxido de manganeso.

El gastado libro de tapas de cuero era el diario del hombre que yacía muerto en el suelo, y enseguida se hizo evidente que el nombre con el que había firmado en el registro del hotel, «Frederick N. Masón, Prospecciones Mineras, Toronto, Canadá», era completamente falso. Había otros asuntos —unos asuntos espantosos— que también quedaron claros; pero había otros muchos, incomparablemente más terroríficos, que comenzaron a insinuarse y que no parecían tener una explicación positiva o mínimamente creíble. Fueron las dudas de los cuatro hombres, nutridas por sus experiencias de toda una vida en el misterioso y negro corazón del África profunda, lo que les hizo estremecerse de espanto a pesar de encontrarse bajo el calor infernal del mes de enero.

El libro de notas no era demasiado grueso y las anotaciones estaban escritas con buena caligrafía, aunque se notaba cierta falta de cuidado y nerviosismo en las últimas entradas. Estaba compuesto por una serie de comentarios que al principio aparecían bastante espaciados pero que luego tenían una periodicidad diaria. No sería del todo correcto llamarlo diario, ya que tan solo hacía referencia a una parte de las actividades de su autor. El doctor Van Keulen reconoció el nombre del fallecido en cuanto abrió sus tapas, ya que pertenecía a un eminente miembro de su misma profesión que llevaba mucho tiempo trabajando en asuntos vinculados con el continente africano. Más adelante se sintió horrorizado al descubrir que aquel nombre estaba relacionado con un despreciable crimen, aún sin resolver, que había ocupado los periódicos unos cuatro meses atrás. Y cuanto más leía, más aumentaba su espanto y horror, y poco a poco se iba apoderando de él una sensación de pánico y repugnancia.

He aquí, en esencia, el texto que el doctor leyó en alto en aquella habitación siniestra y cada vez más hedionda mientras los tres hombres que

se agrupaban a su alrededor respiraban con dificultad, se movían nerviosos en sus sillas y miraban aterrorizados al techo, la mesa, el cuerpo que había en el suelo y algo más:

DIARIO DE
THOMAS SLAUENWITE; D. en M.

En relación al castigo de Henry Sargent Moore, doctor en Filosofía, Brooklyn, Nueva York, profesor de Biología de Animales Invertebrados en la Universidad de Columbia, Nueva York, N Y. Redactado para ser leído a mi muerte, por simple satisfacción de hacer pública la consumación de mi venganza, que de otra manera jamás se me habría imputado, aun en el caso de haberla llevado a cabo con éxito.

5 de enero de 1929.— Estoy completamente resuelto a matar al doctor Henry Moore y un suceso reciente me ha mostrado cómo hacerlo. A partir de ahora seguiré una línea de acción uniforme, por eso he decidido empezar este diario.

Apenas es necesario repetir las circunstancias que me han obligado a tomar semejante decisión, ya que las personas bien informadas están familiarizadas con los hechos más relevantes. Nací en Trenton, Nueva Jersey, el 12 de abril de 1885, hijo del doctor Paul Slauenwite, nativo de Pretoria, Transvaal, Sudáfrica. Estudié medicina como mandaba la tradición familiar y, siguiendo los consejos de mi padre (que murió en 1916 cuando yo servía en un regimiento sudafricano que combatía en el frente francés), me especialicé en enfermedades africanas; después de graduarme en Columbia me dediqué durante bastante tiempo a todo tipo de investigaciones que me llevaron desde Durban, en Natal, hasta el mismísimo ecuador.

En Mombasa desarrollé mi nueva teoría acerca de la transmisión y el desarrollo de la fiebre intermitente, ayudado mínimamente por la documentación del último médico gubernamental, sir Norman Sloane, que encontré en la residencia en la que me albergaba. Cuando publiqué mis teorías me convertí al instante en una famosísima autoridad en la materia. Me hablaron de la posibilidad de acceder a un cargo privilegiado en el Ministerio

de Salud sudafricano, y quizás a un título nobiliario, si adquiría la nacionalidad, así que decidí acometer los requisitos necesarios para lograrlo.

Entonces tuvo lugar el incidente por el que voy a matar a Henry Moore. Este individuo, compañero y amigo desde hacía muchos años tanto en África como en América, se dedicó a poner en duda deliberadamente la autoría de mis tesis, alegando que sir Norman Sloane se me había adelantado en todo lo esencial y sugiriendo que había usado bastante más documentación suya de lo que en un principio había admitido. Para respaldar esta absurda acusación proporcionó varias cartas personales de sir Norman que demostraban sin ningún género de dudas que el anciano doctor se hallaba bajo la pista y podría haber hecho público los resultados en breve, acontecimiento que no se produjo debido a su repentina muerte. Esto último puedo llegar a admitirlo con bastante pesar. Lo que no tolero es la acusación teñida de envidia asegurando que había robado mi teoría de los documentos del difunto sir Norman. El gobierno británico, de manera muy acertada, ignoró semejantes calumnias, pero descartó mi prometido nombramiento y el título nobiliario alegando que mi teoría, aunque original, no era del todo nueva.

Enseguida me di cuenta de que mi carrera en África estaba seriamente dañada, a pesar de que había puesto todas mis esperanzas en ella, incluso hasta el punto de renunciar a mi ciudadanía americana. Me sentí bastante dolido con el gobierno de Mombasa, sobre todo con aquellos que en el pasado habían conocido a sir Norman. Creo que fue por entonces cuando decidí ajustar cuentas con Moore, aunque no sabía cómo. Siempre se había sentido celoso de verme alcanzar tan pronto el éxito y se había valido de su antigua correspondencia con sir Norman para arruinarme. Y eso que se trataba del amigo a quien yo mismo había hecho interesarse por África, el amigo a quien había orientado e inspirado hasta que fue capaz de adquirir cierta fama como experto en entomología africana. A pesar de todo, tampoco negaré ahora que sus logros fueron bastante significativos. Yo le encumbré y, en pago, él me arruinó. Por eso, un día de estos, lo destruiré.

Cuando vi que mi carrera en Mombasa no tenía futuro, seguí trabajando en mis investigaciones en M'gongo, en el interior del país, a veinticinco kilómetros de la frontera con Uganda. Se trata de un puesto comercial de algodón y marfil en el que solo viven ocho blancos, aparte de mí. Un agujero

inmundo, casi en el ecuador, infectado de toda clase de fiebres conocidas por el hombre. Los insectos y las serpientes venenosas campan a sus anchas, y está repleto de negros con enfermedades de las que nadie, excepto los expertos del colegio médico, ha oído hablar nunca. Pero mi trabajo no es duro y siempre dispongo de un montón de tiempo para planear todo lo que pienso hacerle a Henry Moore. Me divierte colocar su *Dípteros del África Central y del Sur* en un lugar destacado de la biblioteca. Supongo que en la actualidad es un manual de referencia —lo utilizan en Columbia, Harvard y la Universidad de Wisconsin—, pero hay que aclarar que yo le sugerí a Norman la mitad de sus puntos más destacados.

La semana pasada me tropecé con algo que me enseñó cómo matar a Moore. Una partida de Uganda trajo a un negro que tenía una extraña enfermedad que aún soy incapaz de diagnosticar. Se hallaba en un estado catatónico, su temperatura era muy baja y arrastraba los pies de una manera muy peculiar. La mayoría de sus compañeros tenían miedo de él y aseguraban que estaba bajo los efectos de una especie de conjuro lanzado por un curandero o brujo, pero Gobo, el intérprete, dijo que le había picado un insecto. Fuera lo que fuera, yo no podía saberlo, ya que tan solo descubrí un pequeño mordisco en su brazo. La herida es de un rojo brillante y está rodeada por un anillo púrpura. Tiene un aspecto sobrecogedor, no me extraña que sus compañeros pensarán que se trataba de magia negra. Da la sensación de que ya han visto otros casos similares y dicen que no se puede hacer nada por la víctima.

El viejo N'kuru, uno de los gallas del puesto, apunta que seguramente se trata de una mordedura de la mosca-diablo, la cual hace que su presa vaya decayendo lentamente hasta que se produce la muerte, y luego toma su alma y su personalidad como si aún viviera, y vuela por todas partes con sus gustos e insatisfacciones, y con su antigua conciencia. Es una leyenda extraña, aunque no sé de ningún insecto cuya picadura pueda producir semejantes síntomas. Suministré al negro enfermo —su nombre es Mevana— una buena dosis de quinina y le extraje una muestra de sangre para analizarla, pero no he hecho grandes progresos.

En realidad he encontrado un germen extraño, pero soy totalmente incapaz de identificarlo. Lo más parecido que he visto es el bacilo que se

encuentra en los bueyes, caballos y perros que han sido picados por la mosca tse-tsé, aunque tales moscas no infectan a los seres humanos y, en cualquier caso, esta zona se halla demasiado al norte de su hábitat.

Pero lo más importante de todo es que ya sé cómo matar a Moore. Si en esta región interior hay insectos tan venenosos como dicen los nativos, me las arreglaré de algún modo para que reciba un cargamento repleto de ellos, y, aunque no sabrá la fuente, me aseguraré de que crea que son totalmente inofensivos. Estoy seguro de que se olvidará de tomar cualquier tipo de precaución en cuanto sepa que está ante una especie desconocida, ¡y entonces comprobaremos los designios de la Naturaleza! No creo que sea muy difícil encontrar el insecto que tanto asusta a los indígenas. Primero tengo que ver cómo evoluciona el pobre Mevana, y luego a buscar a mi embajador de la muerte.

7 de enero.— Mevana no mejora, a pesar de haberle inyectado todas las antitoxinas que conozco. Sufre espasmos durante los cuales musita aterrorizado que su alma pasará al insecto que le ha mordido en cuanto él muera, pero el resto del tiempo permanece en un estado de modorra. El corazón aún late con fuerza, así que espero salvarlo. Debo intentarlo con todas mis fuerzas, ya que seguramente podrá guiarme mejor que cualquier otro hasta la región en la que sufrió la picadura.

Mientras tanto voy a escribir al doctor Lincoln, mi antecesor en el puesto, ya que Alien, el director de la estación comercial, asegura que posee profundos conocimientos de las enfermedades locales. Ahora se encuentra en Nairobi, y un mensajero negro traerá su respuesta en una semana... si utiliza el ferrocarril la mitad del trayecto.

10 de enero.— Sin cambios en el paciente, ¡pero he descubierto lo que quería! Se hallaba en un viejo volumen de registros sanitarios locales que he estado estudiando detenidamente mientras esperaba noticias de Lincoln. Hace treinta años estalló una epidemia que acabó con miles de nativos en Uganda, la cual se atribuyó sin ningún género de dudas a una extraña mosca llamada *Glossina palpalis*, una especie de prima de la *Glossina morsitans* o mosca tse-tsé. Vive entre la maleza que cubre las riberas de lagos y ríos, y se alimenta de la sangre de los cocodrilos, antílopes y grandes mamíferos. Cuando la víctima adquiere el germen de la tripanosomiasis, o la enfermedad

del sueño, este se desarrolla rápidamente y, tras un periodo de incubación de treinta y un días, ocasiona una infección aguda. Luego, al cabo de setenta y cinco días, la víctima fallece.

Sin duda esta es la mosca-diablo de la que hablan los negros. Ahora ya sé lo que tengo que buscar. Espero que Mevana se recupere. Debería tener noticias de Lincoln en cuatro o cinco días... posee una gran reputación en este tipo de asuntos. El principal problema consistirá en enviar las moscas a Moore sin que las reconozca. Es un individuo condenadamente ilustrado y laborioso, y a lo mejor sabe todo lo que hay que saber sobre ellas, ya que existen registros que las describen.

De enero.— Acabo de recibir noticias de Lincoln que me confirman todo lo que dice el registro sobre la *Glossina palpalis*. Tiene un remedio para la enfermedad del sueño que ha obtenido resultados positivos en muchos casos si se administra en el momento adecuado. Inyecciones intramusculares de triparsamida. Mevana fue infectado hace dos meses, así que no sé si funcionará, pero Lincoln dice que se tiene constancia de casos que han durado hasta dieciocho meses, luego es probable que aún pueda hacer algo. Lincoln me ha enviado varias vacunas y le acabo de inyectar a Mevana una buena dosis. Sigue amodorrado. Han traído a la aldea a su esposa principal, pero es incapaz de reconocerla. Si se recupera podrá mostrarme el lugar en el que habitan las moscas. Según lo que dicen es un gran cazador de cocodrilos y conoce Uganda como la palma de su mano.

De enero.— Mevana parece encontrarse un poco mejor, aunque su ritmo cardiaco ha disminuido un tanto. Seguiré con las inyecciones y procuraré no pasarme en las dosis.

De enero.— Hoy se ha producido una notable mejoría. Mevana abrió los ojos y mostró leves síntomas de recuperar la consciencia tras inyectarle la dosis diaria. Espero que Moore no sepa nada de la triparsamida. Existen muchas probabilidades de que así sea, pues el interés por la medicina nunca ha sido su fuerte. La lengua de Mevana está como paralizada, pero me imagino que irá a mejor si consigo espabilarlo. No me importaría echarme una buena siesta, ¡pero no de esta clase!

25 de enero.— ¡Mevana casi está curado! Una semana más y creo que me podrá guiar por la selva. Estaba aterrorizado al despertar —creía que lo

mosca tomaría su personalidad al morir—, pero enseguida, en cuanto le dije que iba a ponerse bien, recuperó la compostura. Su esposa, Ugowe, se ha hecho cargo de él y por fin puedo descansar un poco. Y luego, ¡a por los heraldos de la muerte!

3 de febrero.— Mevana ya está recuperado y he hablado con él acerca de la caza de moscas. Le aterroriza volver al lugar en el que fue picado, pero yo apelo a su gratitud. Además, al haberlo curado, se le ha metido en la cabeza la idea de que puedo protegerlo de la enfermedad. Se avergonzaría de mostrarse cobarde ante un hombre blanco... no hay duda de que irá. Ahora solo tengo que hablar con el director del puesto y convencerle de que la expedición es en beneficio de la sanidad local.

12 de marzo.— ¡Por fin en Uganda! Además de Mevana, dispongo de cinco porteadores más, aunque todos son gallas. Fue imposible convencer a los indígenas locales para que se acercaran a aquella región después de que se enteraran de lo que le había ocurrido a Mevana. Esta jungla es un lugar pestilente cubierta de vapores mefíticos. El agua de los lagos está siempre estancada. En cierto lugar nos topamos con unas ruinas ciclópeas que incluso los gallas rodearon a la mayor distancia posible. Dicen que estos megalitos son más antiguos que la humanidad y que «los Pescadores del Más Allá» — sean quienes sean— los utilizan como puestos avanzados y terrenos de caza, y que lo mismo hacen los diabólicos dioses Tsadogwa y Clulu. Aún hoy en día siguen pensando que poseen una atmósfera maligna y que están conectados de alguna manera con las moscas-diablo.

15 de marzo.— Alcanzamos el lago Mlolo por la mañana, lugar en el que picaron a Mevana. Es un pantano diabólico, de aguas verdes y espumeantes, infectado de cocodrilos. Mevana ha preparado una trampa para las moscas elaborada con fino alambre y cebada con carne de cocodrilo. Tiene una pequeña entrada y cuando la presa entra ya no sabe cómo salir. Esas moscas son tan estúpidas como mortíferas, y están ávidas de carne fresca o un buen sorbo de sangre. Espero que capturemos un montón. He decidido experimentar con ellas y descubrir alguna manera de cambiar su aspecto para que Moore no pueda reconocerlas. Es posible que pueda cruzarlas con otras especies y producir un híbrido extraño cuya capacidad de infección no quede mermada. Veremos. Tengo que ser paciente, no me convienen las prisas.

Cuando todo esté dispuesto haré que Mevana me consiga carne infectada para alimentar a mis heraldos de la muerte... y luego a la oficina de correos. No creo que haya problemas para encontrar una fuente de infecciones. Este país es un auténtico pozo repleto de pestilencias.

16 de marzo.— Qué buena suerte. Dos jaulas llenas. Cinco especímenes vigorosos con alas que relucen como diamantes. Mevana está trasladándolas a un gran recipiente con una tapa de malla bien tensa. Creo que las hemos atrapado justo a tiempo. Podemos transportarlas a M'gonga sin dificultad. Reunimos gran cantidad de carne de cocodrilo para su alimentación. Sin duda toda, o la mayor parte, está infectada.

20 de abril.— De vuelta en M'gonga y muy atareado en el laboratorio. He pedido al doctor Joost de Pretoria algunas moscas tse-tsé para comenzar con los experimentos de hibridación. Si logro que el cruce se lleve a cabo adecuadamente, conseguiré un espécimen casi imposible de reconocer y, al mismo tiempo, tan mortífero como la *palpalis*. Si la cosa no funciona, lo intentaré con otro díptero del interior y le he pedido al doctor Vandervelde de Nyangwe que me consiga algunas muestras del Congo. No necesito que Mevana me consiga más carne infectada, ya que he descubierto que puedo guardar cultivos del parásito *Tripanosoma gambiense*, extraído de la carne que obtuvimos el mes pasado, en tubos de ensayo por un tiempo indefinido. En su momento infectaré un trozo de carne fresca y alimentaré con ella a mis alados heraldos de la muerte... y luego, ¡bon voyage!

18 de junio.— Hoy han llegado las moscas tse-tsé del doctor Joost. Tengo listas las jaulas para su reproducción desde hace tiempo y ahora estoy haciendo una selección. Quiero usar rayos ultravioleta para acelerar el proceso de crecimiento. Afortunadamente dispongo del aparato necesario en mi equipamiento. Por supuesto no he hablado con nadie de mis actividades. La ignorancia de los pocos hombres que habitan el puesto ayuda a ocultar mis intenciones y me permite aparentar que tan solo llevo a cabo una investigación de las especies de la zona por razones estrictamente sanitarias.

29 de junio.— ¡El cruce funciona! Excelentes depósitos de huevos el miércoles pasado y ahora dispongo de varias larvas en buen estado. Si los insectos desarrollados presentan el mismo aspecto extraño de las larvas no necesitaré hacer más. Estoy preparando distintas jaulas numeradas para los

diferentes especímenes.

7 de julio.— ¡Hay nuevos híbridos! Su forma representa un excelente disfraz, aunque el brillo de las alas aún recuerda a la *palpalis*. El tórax listado aún muestra vagas similitudes con las franjas de la tse-tsé. Existen ligeras variaciones entre un ejemplar y otro. Estoy alimentándolos con carne de cocodrilo contaminada y cuando la infección progrese experimentaré con alguno de los negros de la estación... simulando, por supuesto, que ha sido por accidente. Hay tantas moscas ligeramente venenosas por estos lares que resultará muy fácil llevar a cabo mis planes sin despertar sospechas. Liberaré a uno de los ejemplares en el comedor, que está herméticamente cerrado, cuando Batta, mi criado, traiga el desayuno, y yo me cuidaré de estar bien protegido. Cuando el insecto haga su trabajo volveré a capturarlo o lo aplastaré de un manotazo —cosa bastante fácil debido a su estupidez—, y si no lo consigo rociaré la estancia con gas de cloro para asfixiarlo. Si nada de esto da resultado seguiré intentándolo hasta que lo mate. Desde luego, tendré la inyección de triparsamida a mano por si el insecto acaba picándome, pero tengo que tener mucho cuidado de que no lo haga, ya que ahora mismo no existe un antídoto seguro.

10 de agosto.— La infección sigue madurando y me las he apañado para que Batta sea picado de forma adecuada. Solté la mosca y luego la pude devolver a su jaula. Alivié su dolor con tintura de yodo y el pobre diablo me está muy agradecido. Mañana probaré un espécimen distinto en Gamba, el correo del puesto. En principio no creo que me atreva a hacer más experimentos en la zona, pero si no quedo satisfecho me llevaré algunos ejemplares a Ukala para obtener datos adicionales.

11 de agosto.— No conseguí infectar a Gamba, aunque pude recuperar la mosca. Batta parece estar tan saludable como siempre y tampoco le duele la espalda, lugar en el que fue picado. Esperaré antes de volverlo a intentar con Gamba.

14 de agosto.— Por fin han llegado los ejemplares de Vandervelde. Siete especies totalmente distintas, desde las muy venenosas hasta las prácticamente inocuas. Las mantengo bien alimentadas por si acaso los híbridos de las tse-tsé no son concluyentes. Algunos ejemplares no se parecen en casi nada a la *palpalis*, aunque el verdadero problema es que no creo que

puedan tener cruces fértiles.

17 de agosto.— Conseguí que Gamba fuera picado, pero tuve que matar a la mosca. Le mordió en el hombro izquierdo. Vendé la picadura y Gamba se mostró tan agradecido como Batta. Sin cambios en Batta.

20 de agosto.— Sin cambios en Gamba... ni en Batta. Estoy probando una especie de camuflaje para perfeccionar la hibridación. Se trata de una tintura que disimula el brillo delator de las alas de la *palpalis*. Lo más adecuado sería un tinte azul, algo que pueda pulverizar sobre el lote completo de insectos. Empezaré con el azul prusia y el Turnbull, con sales de hierro y cianuro.

25 de agosto.— Batta se ha quejado de dolor en la espalda... Es posible que el asunto esté empezando a manifestarse.

3 de septiembre.— Excelentes progresos. Batta muestra síntomas de aletargamiento y dice que le duele la espalda todo el tiempo. Gamba está empezando a sentir molestias en el hombro.

24 de septiembre.— Batta cada vez está peor y comienza a asustarse por la picadura. Sostiene que se la hizo una mosca-diablo y me rogó que la matara —me vio meterla en la jaula— hasta que le hice creer que el insecto ya había muerto. Me dijo que no quería que atrapara su alma cuando muriese. Le inyecté varias dosis de agua destilada para mantener alta su moral. Verdaderamente, la mosca conserva todas las propiedades de la *palpalis*. Gamba también ha enfermado y presenta los mismos síntomas que Batta. A lo mejor acabo tratándole con triparsamida para que tenga una oportunidad de vivir; los efectos de la picadura de la mosca parecen sobradamente probados. Sin embargo, dejaré que la infección siga su curso en Batta. Quiero tener una idea aproximada de cuánto dura el proceso hasta el fin.

Las pruebas de tintura avanzan adecuadamente. Una forma isomérica de ferrocianuro férrico, junto con una mezcla de sales potásicas, puede disolverse en alcohol y pulverizarse sobre los insectos con excelentes resultados. Tiñe de azul la alas sin afectar demasiado al tórax oscuro y no se decolora cuando las rocío con agua. Así camuflados, creo que puedo utilizar los híbridos disponibles de tse-tsé y ahorrarme la molestia de acometer nuevos experimentos. Moore, a pesar de todas sus dotes de observación, no podrá reconocer una mosca que tiene las alas azules y el tórax de la tse-tsé.

Por supuesto, llevo este asunto del tinte en el más estricto secreto. Nada ni nadie debe relacionarme con las moscas azules.

9 de octubre.— Batta sigue aletargado y debe guardar cama. He estado inyectando triparsamida a Gamba durante las últimas dos semanas y supongo que se recuperará.

25 de octubre.— Batta empeora y Gamba está casi recuperado.

18 de noviembre.— Batta murió ayer y pasó algo extraño que me provocó un terrible escalofrío al pensar en las leyendas nativas y los temores del propio Batta. Cuando regresé al laboratorio, tras comprobar su fallecimiento, oí un zumbido y ajeteo de lo más chocante en la jaula número 12, la cual contenía la mosca que picó a Batta. El insecto parecía frenético, pero todos sus movimientos cesaron en cuanto aparecí... Se aferró al alambre de la jaula y se puso a observarme de una manera extrañísima. Entresacaba las patas por la mosquitera como si estuviera desorientada. Cuando volví de la cena con Alien estaba muerta. Seguramente había enloquecido y estuvo golpeándose contra las paredes de la jaula hasta perder la vida.

Resulta muy extraño que todo esto sucediera justo después de la muerte de Batta. Si algún negro hubiera sido testigo de los acontecimientos habría creído sin duda en la absorción del alma del pobre desgraciado. En breve enviaré a mis azules heraldos para que cumplan su cometido. La rapidez con la que matan estos híbridos parece un poco mayor que la de la *palpalis* original. Batta murió a los tres meses y ocho días de ser infectado, aunque, desde luego, siempre existe un amplio margen de incertidumbre. Casi me arrepiento de no haber dejado que Gamba también sucumbiera a la infección.

5 de diciembre.— Estoy muy ocupado concibiendo la manera de enviar mi presente a Moore. Debo conseguir que parezca el obsequio de un entomólogo desinteresado que ha leído su *Dípteros del África Central y del Sur* y piensa que puede estar interesado en el estudio de «una especie nueva aún sin catalogar». También tengo que dejar bien claro que la mosca de alas azules es totalmente inofensiva, como así lo demuestra la larga experiencia de los nativos de la zona. Moore debe sentirse confiado. Una de las moscas le picará tarde o temprano... aunque nunca se sabe cuándo.

Confiaré en las cartas de los amigos de Nueva York —aún me cuentan cosas sobre Moore de vez en cuando— para mantenerme informado de los

últimos acontecimientos, aunque apostaría cualquier cosa a que los periódicos se harán eco de su muerte. Por encima de todo, no debo mostrar el más mínimo interés en el caso. Enviaré la mercancía mientras esté de viaje, pero no debo ser reconocido al hacerlo. Lo más adecuado será irme de vacaciones al interior del país, dejarme crecer la barba, remitir el paquete en Ukala, haciéndome pasar por un entomólogo de paso, y regresar aquí después de afeitarme la barba.

12 de abril de 1930.— De vuelta en M'gonga una vez acabado mi largo periplo. Todo ha ido estupendamente, con precisión milimétrica. Envié las moscas a Moore sin dejar ningún rastro. El 15 de diciembre me fui de vacaciones de Navidad con todo el material necesario. Preparé un recipiente idóneo para ser enviado por correo, con un compartimiento repleto de carne podrida de cocodrilo para que las moscas pudieran alimentarse. A finales de febrero me había crecido la barba lo suficiente como para pasar por un Vandyke cualquiera.

Me dejé caer por Ukala el 9 de marzo y redacté una carta a Moore en la máquina de escribir del puesto comercial. Firmé como Nevil Wayland-Hall, un supuesto entomólogo londinense. Creo que le di el tono adecuado: intereses mutuos, un colega científico y demás formalidades. Fui especialmente hábil a la hora de hacer énfasis en la «total y absoluta inocuidad» de los especímenes. Nadie sospechó nada. Me afeité la barba en cuanto volví a campo abierto, de forma que no se me notara un bronceado irregular cuando regresara a la estación comercial. Prescindí de porteadores nativos excepto durante un corto itinerario a través de una zona pantanosa; puedo hacer maravillas con una simple mochila y mi sentido de la orientación es excelente. Es una suerte estar habituado a este tipo de viajes. Achaqué mi prolongada ausencia a un conato de fiebre y al haber equivocado el camino en varias ocasiones mientras cruzaba la sabana.

Pero ahora viene lo más duro, psicológicamente hablando: aguardar pacientemente noticias acerca de Moore sin demostrar ninguna clase de emoción. Es posible que no sea picado antes de que el veneno pierda su efectividad, pero se trata de una persona impulsiva y apostaría cien contra uno a que acaba infectado. No me arrepiento; después de lo que me ha hecho, se merece eso y mucho más.

30 de junio de 1930.— ¡Bien! ¡Conseguida la primera parte! Acabo de saber por medio de Dyson, de Columbia, que Moore ha recibido una entrega de ciertas moscas azules, completamente desconocidas, procedente de África, ¡y que está completamente entregado a su estudio! No dice nada de ninguna picadura, pero si conozco lo suficiente al descuido de Moore creo poder afirmar que en breve oiré algo sobre el tema.

27 de agosto de 1930.— Carta de Morton, de Cambridge. Afirma que Moore le ha dicho que se encuentra muy decaído, y que comenta algo acerca de un insecto que le ha picado en la parte posterior del cuello, un insecto que formaba parte de unos curiosos especímenes sin catalogar que había recibido por correo a mediados de junio. ¿Lo he conseguido? Parece que Moore no relaciona su debilidad con la picadura del insecto. Si en verdad ha habido suerte, la picadura se ha producido dentro del periodo de transmisión infecciosa.

12 de septiembre de 1930.— ¡Victoria! En otra misiva, Dyson cuenta que Moore se halla en un estado alarmante. Por fin achaca su infección a la picadura, la cual se produjo alrededor del 19 de junio, y está totalmente desconcertado acerca de la identidad del insecto. Ha intentado ponerse en contacto con el tal Nevil Wayland-Hall, el sujeto que le hizo el envío. Del centenar de moscas que le mandé, alrededor de veinticinco llegaron vivas. Algunas se escaparon cuando se produjo la picadura, pero aparecieron varias larvas procedentes de unos huevos que se incubaron durante el tiempo que el paquete estuvo en tránsito. Dyson manifiesta que Moore está cuidando con sumo esmero dichas larvas. Cuando maduren supongo que conseguirá identificar la hibridación entre la *palpalis* y la tse-tsé, aunque no creo que por entonces le sirva de mucho. Eso sí, ¡se preguntará por qué el color azul de las alas no se transmite a los nuevos ejemplares!

8 de noviembre de 1930.— Las cartas de media docena de amigos me informan de la grave enfermedad de Moore. Hoy me ha llegado una de Dyson. Dice que Moore está totalmente desconcertado con los híbridos procedentes de las larvas incubadas y que empieza a plantearse que el color azul de las alas de sus progenitores es artificial. Se ve obligado a permanecer en la cama la mayor parte del tiempo. No hay ninguna mención al uso de triparsamida.

13 de febrero de 1931.— ¡Las cosas se tuercen! Moore está cada vez peor y no parece conocer ningún remedio, pero creo que sospecha de mí. Recibí una carta muy fría de Morton el mes pasado, en la cual no se mentaba a Moore, y Dyson acaba de escribirme —también en términos bastante serios— para decirme que Moore está formulando diversas teorías sobre el asunto. Ha enviado telegramas preguntando por el tal Wayland-Hall a Londres, Ukala, Nairobi, Mombasa y otros lugares; pero, claro, no ha descubierto nada. Supongo que le habrá contado a Dyson de quién sospecha, aunque este aún no se lo puede creer. Me temo que Morton sí.

Creo que debería empezar a pensar en cómo salir de aquí y ocultar mi verdadera identidad. ¡Qué final más miserable a una carrera que comenzó llena de éxitos! Otra vez por culpa de Moore... ¡pero en esta ocasión recibirá su merecido! Creo que volveré a Sudáfrica... y mientras tanto ingresaré dinero allí, en una cuenta a nombre de Frederick Nasmyth Masón, de Toronto, Canadá, agente comercial de propiedades mineras, para avalar mi nueva identidad. Cambiaré de firma. Si al final no tengo que dar el paso, podré transferir fácilmente todo el dinero a mi verdadera identidad.

15 de agosto de 1931.— Ha pasado medio año y todo sigue aún en el aire. Dyson y Morton —y algunos amigos más— parecen haber dejado de escribirme. El doctor James, de San Francisco, a veces se entera de cosas por medio de los amigos de Moore, y me cuenta que este se halla en un coma prácticamente ininterrumpido. Es incapaz de caminar desde mayo. Lo único que hacía era quejarse del frío. Ahora ya no puede hablar, aunque parece que, de cuando en cuando, recupera la consciencia. Su respiración es impetuosa y entrecortada, y puede oírse desde bastante lejos. No hay duda de que la *Tripanosoma gambiense* le está consumiendo, pero aguanta mucho mejor que los negros de por aquí. Batta duró tres meses y ocho días, y sin embargo Moore sigue vivo casi un año después de ser infectado. El mes pasado oí rumores sobre una búsqueda intensiva que se estaba realizando en la región de Ukala en pos de un tal Wayland-Hall. No creo que deba preocuparme aún, ya que no existe absolutamente ninguna evidencia que pueda relacionarme con este asunto.

7 de octubre de 1931.— ¡Se acabó! Noticias de la *Gaceta de Mombasa*. Moore murió el 20 de septiembre tras una serie de convulsiones y con la

temperatura del cuerpo muy por debajo de lo normal. ¡Por fin! ¡Juré acabar con él y lo hice! El periódico publicaba un artículo a tres columnas en el que se hablaba de su larga enfermedad y fallecimiento, así como de la infructuosa búsqueda del tal Wayland-Hall. A todas luces, Moore era una persona bastante más respetada en África de lo que yo suponía. Habían conseguido identificar plenamente al insecto que le había picado gracias a los especímenes supervivientes y a las larvas ya desarrolladas; también se descubrió la tintura de las alas. Se sabe sin ningún género de dudas que las moscas se prepararon, empaquetaron y enviaron con la intención de matar. Parece ser que Moore hizo partícipe a Dyson de sus sospechas, pero este —y la policía— guardan silencio absoluto debido a la ausencia de pruebas. Todos los enemigos de Moore están siendo investigados y la Associated Press insinúa que «se va a llevar a cabo una investigación en la que posiblemente esté implicado un eminente científico que ahora se encuentra en el extranjero».

Algo que figuraba al final del artículo —sin duda las divagaciones de un reportero de la prensa amarilla— me provocó un extraño escalofrío al relacionarlo con las leyendas de los negros y recordar la locura que se apoderó de la mosca en cuanto Batta murió. Parece ser que ocurrió un extraño incidente la misma noche en la que murió Moore: Dyson se había despertado a causa del zumbido de una mosca de alas azules —que enseguida se fue por la ventada— justo un poco antes de que la enfermera le telefonara para comunicarle la muerte de Moore en su casa de África, a miles de kilómetros de Brooklyn.

Pero a mí lo que más me preocupa es el desenlace de todo el asunto en África. La gente de Ukala aún se acuerda del forastero barbudo que mecanografió la carta y envió el paquete, y la policía local está peinando la región en busca de cualquier negro que haya trabajado de porteador para él. No contraté a muchos, pero si los agentes encuentran a los ubandes que me guiaron a través del cinturón selvático de N’Kini me veré obligado a dar más explicaciones de las que me gustaría. Parece que ha llegado el momento de largarse; creo que mañana entregaré mi dimisión y me prepararé para partir a cualquier lugar desconocido.

9 de noviembre de 1931.— Me ha costado muchísimo que aceptaran mi

renuncia, pero por fin estoy libre. No quiero levantar más sospechas precipitándome en la huida. La semana pasada me llegaron noticias de James sobre la muerte de Moore, aunque no había nada que no hubiera sido publicado antes por los periódicos. Los colegas de Nueva York parecían bastante reacios a hablar de los detalles, pero todos coincidían en que había una investigación en marcha. Ni una palabra de mis amigos de la Costa Este. Seguramente Moore había extendido ciertos rumores en mi contra antes de perder la consciencia, aunque no disponía ni de la más mínima prueba para relacionarme con el asunto.

Aun así, no quiero correr ningún riesgo. El jueves saldré para Mombasa, y una vez allí tomaré un vapor costero hacia Durban. Acto seguido me esfumaré... pero poco después el agente comercial de propiedades mineras Frederick Nasmyth Masón, de Toronto, hará su aparición en Johannesburgo.

Doy por terminado mi diario. Si al final no sospechan de mí, servirá para el propósito por el que fue escrito y revelará, después de mi muerte, lo que de otra manera jamás sería conocido. Si, por el contrario, esas sospechas se confirman y persisten ayudará a ratificar y clarificar los cargos más imprecisos, y llenará muchas lagunas significativas y desconcertantes. Por supuesto, si me veo en peligro lo destruiré.

Bueno, el doctor Moore está muerto... y bien que se lo merecía. Ahora el doctor Thomas Slauenwite también está muerto. Y cuando el cuerpo que antes pertenecía a Thomas Slauenwite deje de palpar, la gente tendrá acceso a este diario.

II

15 de enero de 1932.— Otro año más... y, aun a mi pesar, tengo que reabrir el diario. En esta ocasión escribo únicamente para desahogarme, ya que resultaría absurdo afirmar que el caso no está definitivamente cerrado. Estoy alojado en el Hotel Vaal de Johannesburgo bajo mi nueva identidad, la cual nadie parece poner en duda. Tengo en perspectiva varias transacciones aún sin cerrar para guardar las apariencias como agente comercial y creo que podría defenderme bastante bien en el negocio. Más adelante iré a Toronto

para dejar ciertas evidencias de mi pasado ficticio.

Pero lo que me está sacando de quicio es un insecto que se coló en mi habitación hoy al mediodía. Además, últimamente he sufrido toda clase de pesadillas sobre moscas azules, aunque esto no es nada extraño en vista de mi actual tensión nerviosa. Pero ese bicho es real y estoy profundamente desconcertado. Estuvo zumbando alrededor de la librería durante más de un cuarto de hora y eludió todos mis intentos de atraparla o matarla. Lo más extraordinario era su aspecto y color, pues tenía alas azules y parecía un duplicado de mi híbrido heraldo de muerte. No tengo ni idea de cómo ha podido llegar hasta aquí. Me desembaracé de todos los híbridos —teñidos o no teñidos— que no envié a Moore y no recuerdo que escapase ninguno.

¿Se tratará de una simple alucinación? ¿Será posible que alguno de los especímenes que se escaparon en Brooklyn cuando Moore fue picado haya encontrado el camino de regreso a África? Recuerdo aquella historia absurda sobre la mosca azul que despertó a Dyson cuando murió Moore... pero, en realidad, tampoco es imposible que uno de los insectos sobreviva y pueda regresar. También es perfectamente posible que el tinte azul de las alas persista, pues el pigmento que elaboré era casi tan bueno como para poseer la resistencia de un tatuaje. Por eliminación, creo que esta es la única explicación racional, aunque resulta extraordinario que el insecto haya llegado tan al sur. Seguramente se trata de algún instinto primario de orientación propio de las tse-tsé. No en vano esos genes proceden de Sudáfrica.

Tengo que andarme con mucho ojo para no ser picado. Desde luego, la toxina original —si la mosca es en realidad una de las que escaparon de Moore— tiene que haberse desactivado hace muchísimo tiempo, pero el insecto se habrá alimentado en su viaje desde América y podría haber pasado por el África Central y reinfectarse de nuevo. En realidad, es lo más probable, ya que la mitad de sus genes, los de la *palpalis*, la llevarían de vuelta a Uganda y a todos los gérmenes de la tripanosomiasis. Aún conservo algunas dosis de triparsamida —fui incapaz de destruir mi maletín médico, a pesar de que podría delatarme— pero, después de estudiar el asunto en retrospectiva, ya no estoy tan seguro como antes de la eficacia de la vacuna. Puede que te dé una posibilidad de luchar —a Gamba le salvó la vida—, pero también es

muy probable que falle.

Resulta diabólicamente extraño que esta mosca haya atinado precisamente con mi habitación; ¡con la cantidad de lugares que hay en la inmensidad africana! Parece una coincidencia casi inverosímil. Supongo que si regresa conseguiré matarla. Me sorprende que se me haya escapado hoy, con lo estúpidos y atolondrados que suelen ser estos bichos. ¿Será de verdad una simple alucinación? Y es que el calor me agota últimamente... incluso más que en Uganda.

De enero.— ¿Me estoy volviendo loco? La mosca volvió al mediodía y se comportó de una manera tan rara que no supe a qué atenerme. Solo mi fantasía puede explicar lo que hizo aquel apestoso bicho zumbador. Se materializó de la nada, fue directo hasta la librería y se puso a dar vueltas y más vueltas al lado de un ejemplar del *Dípteros del África Central y del Sur* de Moore. De vez en cuando se posaba en las tapas o el lomo del libro, y en ocasiones zumbaba directo hacia mí, para, enseguida, antes de que pudiera atizarla con un periódico enrollado, retroceder a su posición original. Semejantes argucias son totalmente ajenas a los dípteros africanos, cuya estupidez es notoria. Intenté aplastar al maldito bicho durante casi media hora, pero al final se escabulló por la ventana a través de un agujero en la mosquitera que me había pasado inadvertido. A veces me daba la sensación de que el insecto se estaba mofando deliberadamente de mí, poniéndose primero al alcance de mi arma y esquivándola luego con destreza antes de que pudiera aplastarlo con ella. Tengo que estar muy atento a las jugarretas que me pueda ocasionar mi imaginación.

De enero.— Una de dos: o estoy loco o el mundo se encuentra sumido en una súbita suspensión de las leyes de la probabilidad, tal y como las conocemos. La maldita mosca volvió a aparecer de la nada un poco antes del mediodía y se puso a zumbar una vez más alrededor del *Dípteros* de Moore. De nuevo intenté matarla y de nuevo volvió a repetirse el jueguecito de ayer. Por fin el bicho se dirigió hacia un tintero abierto que reposaba en la mesa y sumergió las patas y el tórax —que no las alas— en su interior. Luego fue hasta el techo y se puso a andar describiendo un rumbo sinuoso y dejando un rastro de tinta. Al cabo de un tiempo dio un pequeño salto y proyectó una simple mancha de tinta desconectada del resto... de repente se dejó caer hasta

quedar justo enfrente de mi cara y salió zumbando de mi vista antes de que pudiera aplastarla.

Hay algo monstruoso, siniestro y demencial en todo este asunto, mucho más de lo que soy capaz de explicar con palabras. Al observar desde diferentes ángulos el rastro de tinta que había en el techo, empezó a parecerme más y más familiar, de manera que, al final, caí en la cuenta de que el rastro mostraba un signo de interrogación perfectamente dibujado. ¿Qué otro símbolo puede ser más diabólicamente adecuado? No entiendo cómo conseguí no desmayarme. Por supuesto, los empleados del hotel no saben nada. No han visto ninguna mosca ni por la tarde ni al anochecer, pero yo he dejado el tintero bien cerrado. Creo que el asesinato de Moore me está pasando factura y por eso tengo alucinaciones. Después de todo, quizás la mosca no exista.

18 de enero.— ¿En qué clase de extraño infierno repleto de pesadillas me he sumergido? Lo que hoy ha sucedido no puede tener cabida en la realidad cotidiana, *y sin embargo uno de los empleados del hotel ha visto las marcas del techo y da fe de su existencia*. Esta mañana hacia las once, mientras estaba escribiendo, algo se abalanzó sobre el tintero y salió volando al instante, antes de que pudiera distinguir lo que era. Al mirar hacia arriba pude ver en el techo a la diabólica mosca mientras se desplazaba de un lado a otro y dejaba un nuevo rastro sinuoso, tal y como hizo el día anterior. No podía hacer nada al respecto, pero enrollé un periódico para intentar aplastar al bicho si se ponía a tiro. Después de garabatear varias líneas en el techo se fue volando hasta un rincón oscuro y desapareció. Estudié la hilera doble de marcas que había en el yeso, ¡y descubrí que la nueva mancha de tinta era un enorme e inconfundible 5!

Durante unos instantes estuve a punto de perder la consciencia al ser invadido por una oleada de indescriptible amenaza, una amenaza que no podía definir del todo. Pero enseguida recobré el dominio de mis actos y decidí tomar cartas en el asunto. Me acerqué a la farmacia más cercana y adquirí goma arábica y otras sustancias necesarias para fabricar una trampa pegajosa, y también un tintero nuevo. Volví a mi cuarto, llené el tintero recién adquirido con la mezcla adhesiva, lo puse donde había estado el antiguo y lo dejé abierto. Acto seguido intenté concentrarme en la lectura de

un libro. Hacia las tres volví a escuchar el zumbido del condenado insecto y lo vi revolotear alrededor del tintero nuevo. Se acercó a la superficie pegajosa pero no la tocó; luego voló directamente hacia mí, aunque retrocedió justo antes de que pudiera atizarla. Acto seguido fue hasta la librería y se puso a revolotear de nuevo alrededor del libro de Moore. Hay algo siniestro y diabólico en esa costumbre del bicho de rondar el volumen.

Lo peor ocurrió al final. Después de apartarse del libro de Moore, el insecto voló hasta la ventana abierta y empezó a golpear rítmicamente la cubierta metálica de la mosquitera. Sus embestidas provocaban una serie de golpes que se repetían de intervalo en intervalo y estaban separados por una pausa. Algo en la cadencia de aquellas acometidas estuvo a punto de paralizarme, pero enseguida me acerqué a la ventana con la intención de aplastar a aquel bicho infecto. Como siempre, no pude. La mosca se limitó a revolotear por la habitación hasta situarse frente a la lámpara y empezó a embestir la rígida pantalla de cartón con la misma cadencia. Sentí que me invadía la desesperación y me puse a cerrar todas las puertas, así como la ventana cuya mosquitera tenía un agujero imperceptible. Debía matar a aquel bicho infecto que estaba desestabilizando mi mente con suma rapidez. Entonces, de una manera casi inconsciente, descubrí que cada serie de embestidas sumaba exactamente *cinco* golpes.

Cinco, ¡el mismo número que había garabateado el insecto en el techo por la mañana! ¿Acaso existía algún tipo de conexión posible? La idea resultaba disparatada, ya que implicaba que el híbrido poseía una inteligencia humana y la capacidad para garabatear signos escritos. Una mente humana... ¿acaso no se relacionaba eso con las leyendas más primitivas de los negros de Uganda? Y por si eso fuera poco, también poseía una astucia infernal gracias a la cual siempre conseguía eludirme, a pesar de la estupidez propia de los insectos de su especie. Tiré el periódico enrollado, me senté invadido por un terror creciente y entonces la mosca se fue volando hacia arriba y desapareció por un agujero que había en el techo, justo donde la tubería del radiador se introducía en la habitación del piso superior.

Su marcha no me calmó, ya que mi mente se había sumergido en una vorágine de pensamientos terribles y malsanos. Si aquel bicho poseía en verdad una inteligencia humana, ¿de quién la había heredado? ¿Eran

medianamente ciertas las leyendas nativas acerca de las moscas que adquirirían la personalidad de sus víctimas recién fallecidas? Si así fuera, ¿de quién era la personalidad de mi insecto? Estaba casi seguro de que se trataba de una de las moscas que había escapado en el momento en que Moore fue picado. *¿Era el mismo heraldo de muerte que había infectado al propio Moore? Si esto es verdad, ¿qué quiere de mí?* Empapado en un frío sudor, recordé las acciones de la mosca que había picado a Batta después de que el negro muriera. ¿Acaso la personalidad de la víctima había ocupado el sitio de la del insecto? Y también estaba esa noticia sensacionalista acerca de la mosca que había despertado a Dyson cuando murió Moore. Respecto al bicho que me rondaba, ¿podría ser que estuviera dominado por la voluntad de un alma humana que deseara venganza? ¡Siempre revoloteando alrededor del libro de Moore! Me negué a que mis pensamientos siguieran derivando en aquella dirección. De pronto estuve casi seguro de que la mosca estaba infectada, y que los virus que portaba eran mortales de necesidad. Su deliberada malicia se ponía de manifiesto en todos y cada uno de sus actos; seguro que se había infectado a propósito con los gérmenes más mortíferos de toda África. Mi cerebro, profundamente afectado, estaba llegando a la conclusión de que la cosa poseía una voluntad humana.

Telefoneé al encargado y le pedí que me enviara a algún operario para que taponara el agujero que había junto a la tubería y cualquier otro boquete que encontrara en mi cuarto. Le dije que las moscas me estaban fastidiando y él pareció bastante comprensivo. Cuando llegó el operario, le mostré las marcas de tinta en el techo, las cuales reconoció sin ninguna dificultad. ¡Así que eran reales! Su parecido con una interrogación y el número 5 le dejaron atónito y fascinado. Luego se dedicó a rellenar todos los agujeros que fue capaz de encontrar y reparó también el boquete de la mosquitera, de forma que ahora ya puedo dejar ambas ventanas abiertas. Desde luego pensó que yo era un cliente bastante excéntrico, sobre todo porque no había ningún insecto a la vista mientras estuvo en la habitación. Pero eso a mí me da igual. Lo importante es que la mosca no se ha presentado esta tarde. ¡Solo Dios sabe qué es, qué quiere o lo que será de mí!

19 de enero.— Estoy completamente aterrorizado. *El bicho me ha tocado.* Una fuerza diabólica y monstruosa se cierne sobre mí, y yo soy su víctima

indefensa. Por la mañana, cuando volví después de desayunar, ese demonio alado salido del infierno entró zumbando por encima de mi cabeza y se puso a embestir la mosquitera como en el día de ayer. Sin embargo, en esta ocasión, cada serie de acometidas tan solo constaba de *cuatro* golpes. Me lancé hacia la ventana e intenté atraparla, pero escapó como siempre y se puso a revolotear alrededor del libro de Moore, zumbando de una manera un tanto burlona. Su aparato fonador es limitado, sin embargo me di cuenta de que emitía zumbidos en grupos de cuatro.

Reconozco que en esos momentos había enloquecido, ya que me puse a hablar en voz alta:

—Moore, Moore, por todos los Cielos, ¿qué es lo que quieres?

Justo después de hablar la criatura dejó de revolotear en círculos, se dirigió hacia mí y dibujó grácilmente en el aire una especie de arco. Después voló de regreso al libro de Moore. Esto es al menos lo que me pareció, aunque ya no confío en mis sentidos.

Y entonces vino lo peor. Había dejado la puerta abierta con la esperanza de que el monstruo se fuera, ya que no podía atraparlo, pero la cerré sobre las 11:30 pensando que se había ido. Me senté para leer un rato. Al mediodía sentí un cosquilleo en la espalda, pero no había nada cuando me rasqué el lugar con la mano. Enseguida volví a notar el cosquilleo, pero antes de hacer ningún movimiento aquel indescriptible engendro del diablo salió volando y se puso a mi vista, ejecutó uno de sus burlones y gráciles picados en el aire y salió huyendo por el ojo de la cerradura de la puerta, el cual jamás habría imaginado que fuera lo suficientemente amplio para permitir su paso.

El insecto me había tocado, no me cabía ninguna duda. Me había tocado, aunque había evitado hacerme ningún daño... y entonces me acordé, aterrorizado, de que a Moore le habían picado *en la parte trasera del cuello justo al mediodía*. No volvió a aparecer, aunque he taponado todas las cerraduras con papel y tengo a mano un periódico enrollado listo para ser usado cada vez que abra la puerta para entrar o salir.

20 de enero.— Todavía soy reacio a creer en lo sobrenatural, aunque me temo que estoy condenado. Todo este asunto me supera. Hoy, un poco antes del mediodía, el bicho infernal apareció *al otro lado* de la ventana y repitió una vez más sus embestidas, pero en esta ocasión las series constaban de *tres*

golpes. Cuando me aproximé a la ventana desapareció de mi vista. Aún me quedan ánimos para intentar una última estrategia defensiva. Desmonté las dos mosquiteras de sus respectivos marcos, las unté por ambos lados con el mejunje pegajoso —el mismo que usé en el tintero— y las volví a colocar en su sitio. ¡Si ese bicho reanuda las embestidas será su fin!

El resto del día transcurrió en calma. ¿Podré superar esta experiencia sin volverme loco?

21 de enero.—A bordo del expreso de Bloemfontein.

Estoy derrotado. El bicho ha ganado. Su diabólica inteligencia está por encima de todas mis confabulaciones. Esta mañana apareció al otro lado de la ventana, *pero no tocó la pegajosa mosquitera*. En lugar de eso se mantuvo fuera y empezó a revolotear en círculos y más círculos intercalados por una pausa: *dos círculos por cada pausa*. Tras ejecutar varias series se esfumó entre los tejados de la ciudad. Tengo los nervios a punto de estallar, ya que estas *series de números* se prestan a las más terribles interpretaciones. El lunes la cosa garabateó el número *cinco*, el martes fue el *cuatro*, el miércoles el *tres* y hoy el *dos*. *Cinco, cuatro, tres, dos...* ¿De qué otra cosa puede tratarse sino de alguna especie de inconcebible y monstruosa *cuenta atrás*? Solo los poderes malignos del Universo pueden saber su propósito. Me pasé toda la tarde haciendo las maletas y ahora estoy en el expreso nocturno de camino a Bloemfontein. Es posible que la huida no sea la solución, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

22 de enero.— Me he instalado en el Hotel Orange de Bloemfontein —un lugar excelente y sumamente cómodo—, pero el horror me ha seguido. He cerrado todas las puertas y ventanas, taponado todas las cerraduras, buscado cualquier agujerito invisible y bajado todas las persianas venecianas, pero justo antes del mediodía oí un golpeteo débil en una de las mosquiteras. Esperé... y al cabo de un rato bastante largo oí otro golpe. De nuevo una pausa, y de nuevo un simple golpe. Subí la persiana y vi a la mosca maldita, tal y como había temido. Voló lentamente en el aire, dibujando un círculo amplio y luego desapareció de mi vista. Me quedé hecho un pingajo y tuve que tumbarme en el sofá. ¡Uno! Ese era sin duda el crudo mensaje del monstruo. Un golpe, *un círculo*. ¿Significa que solo falta un día para que caiga sobre mí una maldición inconcebible? ¿Debería emprender una nueva

huida o sería mejor atrincherarme en la sellada habitación?

Después de descansar una hora me sentí lo suficientemente recuperado como para volver a actuar y ordené que me trajeran un montón de víveres, compuestos en su mayor parte de carne enlatada y alimentos empaquetados, y también toallas y ropa limpia de repuesto. Mañana no abriré bajo ninguna circunstancia ni la más leve rendija en puertas y ventanas. Cuando llegaron los alimentos y la ropa, el negro que los traía me miró de una manera extraña, pero ya no me importa si parezco un excéntrico... o un loco. Estoy asediado por poderes mucho más malignos que cualquiera de los que afectan al mundo material. Tras recibir las provisiones me dediqué a escudriñar cada milímetro de las paredes, taponando todas y cada una de las rendijas, por muy microscópicas que fueran, que pude descubrir. Por fin me siento lo suficientemente seguro como para dormir a pierna suelta.

[En este punto del diario, la caligrafía se torna irregular, voluble y muy difícil de descifrar.]

23 de enero.— Casi es mediodía y siento que algo espantoso está a punto de acontecer. He dormido menos de lo esperado, y eso que anoche no logré conciliar el sueño en el tren. Me levanté temprano y tengo problemas para concentrarme en cualquier cosa, ya sea la lectura o la escritura. Esa lenta y deliberada cuanta atrás me está matando. No sé qué anda peor, si la madre Naturaleza o mi propio cerebro. Apenas hice nada hasta las once de la mañana, solo andar de un lado a otro por la habitación.

Entonces oí un zumbido entre los paquetes que me trajeron ayer y ese bicho infernal salió caminando ante mis ojos. Agarré un objeto plano e intenté aplastarlo, a pesar de que estaba completamente aterrorizado, pero, como siempre, todo fue en vano. Mientras me acercaba, el inmundo bicho de alas azules retrocedió hasta la mesa donde había apilado mis libros y se demoró durante un segundo en el *Dípteros del África Central y del Sur* de Moore. Luego, cuando iba tras él, voló alrededor del reloj que había sobre la repisa de la chimenea y se posó en la zona de la esfera que apuntaba al número 12. Antes de que pudiera decidir el siguiente movimiento, el bicho empezó a caminar lenta y deliberadamente por la esfera en el sentido de las agujas del reloj. Adelantó a la manecilla que marcaba los segundos, se agitó arriba y abajo; pasó la aguja de las horas y, por fin, se paró justo en el número

12. Una vez allí, extendió las alas y empezó a emitir un sonido zumbador.

¿Qué clase de portento es este? Me estoy volviendo tan supersticioso como los negros. Acaban de dar las once. ¿Es el fin a las doce? Solo me queda una posibilidad, algo que ha brotado de mi mente acuciada por la desesperación. Ojalá se me hubiera ocurrido antes. Recordé que en mi maletín médico disponía de las sustancias necesarias para producir gas de cloro, por lo que he decidido inundar la habitación de dicho vapor letal y asfixiar al insecto; yo, mientras tanto, me pondré en la boca un pañuelo impregnado en amoníaco para protegerme. Seguramente esta sencilla protección bastará para neutralizar los efectos del gas de cloro hasta que muera la mosca... o quede lo suficientemente atontada como para aplastarla. Pero tengo que darme prisa. No puedo estar completamente seguro de que el bicho no se lance directo hacia mí antes de que tenga listo el preparado. Debo dejar a un lado este diario.

Más tarde.— Los dos compuestos químicos —ácido hidroclorehídrico y dióxido de manganeso— están en la mesa listos para la mezcla. Me he atado un pañuelo sobre la nariz y la boca y tengo a mano el frasco del amoníaco para empaparlo hasta que desaparezcan los efectos del cloro. He sellado las dos ventanas. Pero no me gustan nada las maniobras de este diabólico híbrido. Sigue posado en el reloj, pero se mueve muy despacio, siguiendo la manecilla del minuterio, en dirección a las doce.

¿Será esta mi última anotación en el diario? No sirve de nada negar lo que estoy empezando a sospechar. Con demasiada frecuencia una pizca de verdad, por muy increíble que sea, anida en las leyendas más desbocadas y fantásticas. ¿Acaso el propio Moore está intentando acabar conmigo valiéndose de este diablo de alas azules? ¿Se tratará de la misma mosca que le picó y absorbió su alma al morir? Supongamos que es así y que acaba infectándome, ¿desplazará mi propia alma a la de Moore?, ¿penetrará en ese organismo zumbador cuando fallezca a causa de la infección? Quizás no muera, aun siendo picado. Siempre puedo recurrir a la triparisamida. No me arrepiento de nada. Moore debía morir, pasara lo que pasara.

Un poco después.

La mosca se ha detenido en la esfera del reloj junto a la marca de los 45 minutos. Ahora son las 11:30. Estoy empapando de amoníaco el pañuelo con

el que me cubro el rostro y luego dejaré el frasco a mano por si vuelvo a necesitarlo. Esta será la última anotación en el diario antes de mezclar el ácido y el manganeso y liberar el gas de cloro. No debería perder el tiempo, pero algo me impulsa a seguir escribiendo. En cuanto a lo registrado, creo haber perdido la razón hace ya bastante tiempo. La mosca cada vez parece más inquieta mientras el minuterero se va acercando. Tengo que producir el gas de cloro...

[Fin del diario]

El domingo, 24 de enero de 1932, tras repetidos intentos frustrados de obtener alguna respuesta por parte del excéntrico huésped instalado en la habitación 303 del Hotel Orange, un ordenanza negro usó una llave maestra para entrar y salió precipitadamente escaleras abajo lanzando gritos en pos del recepcionista. Este, después de ser informado y avisar a la policía, hizo llamar al director, quien, más tarde y en compañía del inspector De Witt, el juez Bogaert y el doctor Van Keulen, accedió a la fatídica habitación.

El huésped estaba muerto sobre el suelo, yacía boca arriba y tenía un pañuelo cubriéndole el rostro que apestaba a amoníaco. Bajo la tela, sus facciones mostraban una expresión de apocalíptico horror que se transmitió al instante a los recién llegados. El doctor Van Keulen descubrió en la parte posterior del cuello de la víctima una virulenta picadura de insecto —de un color rojo oscuro y rodeada por un anillo púrpura— que se parecía a las que producen las moscas tse-tsé o similares. El primer examen reveló que la muerte se había producido, casi con toda seguridad, de un ataque al corazón provocado por el miedo, y no por la picadura en sí misma... aunque la posterior autopsia demostró que el germen de la tripanosomiasis se había introducido en el organismo.

Había varios objetos en la mesa: un desgastado cuaderno con tapas de cuero que contenía el diario arriba transcrito, una pluma, un bloc de notas, un tintero abierto, un maletín médico con las iniciales «T. S.» grabadas en oro, varios frascos de amoníaco y ácido hidrociorhídrico, y un vaso lleno en su cuarta parte de dióxido de manganeso negro. El frasco de amoníaco demandó

un segundo vistazo, ya que el fluido parecía contener algo más. Al mirar más de cerca, el juez Bogaert descubrió que su extraño ocupante era una mosca.

Era como una especie de híbrido emparentado vagamente con las tse-tsé, pero sus alas, de un intenso color azul a pesar de hallarse sumergidas en el corrosivo amoníaco, eran un misterio absoluto. Esto hizo que el doctor Van Keulen recordara ciertos detalles publicados en los periódicos, detalles que pronto se confirmaron durante la lectura del diario. Tenía las extremidades inferiores manchadas de tinta, estaban tan impregnadas que incluso el amoníaco no había conseguido limpiarlas del todo. Quizás, en algún momento, había caído dentro del tintero, aunque sus alas estaban intactas. Pero ¿cómo se las había apañado para precipitarse a través del angosto cuello del frasco que contenía el amoníaco? ¡Era como si el insecto hubiera decidido meterse deliberadamente en el frasco para suicidarse!

Pero lo más insólito fue lo que descubrió el inspector De Witt en el techo liso y blanco que había sobre sus cabezas cuando se le ocurrió mirar hacia arriba. Lanzó un grito y todos siguieron su mirada; también el doctor Van Keulen, que llevaba un rato hojeando el desgastado cuaderno de tapas de cuero con una mezcla de horror, fascinación e incredulidad. Lo que había en el techo era una serie de inseguros trazos a tinta que podían haber sido garabateados por alguna especie de insecto impregnado de tinta. Todos pensaron al mismo tiempo en las manchas de la mosca que, de una manera tan extraña, habían encontrado sumergida en el frasco de amoníaco.

Pero las marcas del techo no eran simples trazos de tinta. Ya al primer vistazo revelaban algo endiabladamente familiar, y un examen más detallado hizo que todos los presentes lanzaran exclamaciones de asombro y terror. El juez Bogaert recorrió instintivamente con la mirada el resto de la habitación para comprobar si había algún utensilio o muebles apilados que hicieran posible el acceso a esa parte del techo y demostraran que las marcas habían sido dibujadas por una mano humana. Tras confirmar que no había nada por el estilo, volvió a dirigir su sorprendida y aterrorizada mirada al techo.

No había duda posible, aquellos trazos de tinta formaban letras del alfabeto perfectamente definidas, letras que se combinaban para crear palabras inglesas con pleno sentido. El doctor fue el primero en leerlas en voz alta, y los demás permanecieron con la respiración contenida mientras

recitaba aquel mensaje enloquecedor que había sido increíblemente garabateado en un lugar al que ningún ser humano podía acceder:

«VER MI DIARIO... ME ATRAPÓ ANTES... FALLECÍ... LUEGO DESCUBRÍ QUE ESTABA *DENTRO DE ELLA*... LOS NEGROS TIENEN RAZÓN... EXISTEN PODERES EXTRAÑOS EN LA NATURALEZA... VOY A AHOGAR LO QUE HA QUEDADO...»

Acto seguido, en medio del silencio asombrado que se apoderó de los presentes, el doctor Van Keulen procedió a leer en alto el desgastado diario de tapas de cuero.

MÁS ALLÁ DE LOS EONES

Out of the Aeons (1933)

Hazel Heald & H.P. Lovecraft

(Manuscrito hallado entre los efectos personales del difunto Richard H. Johnson, doctor en filosofía y conservador del Museo Arqueológico Cabot de Boston, Massachussets.)

I

Seguramente no hay nadie en Boston —ni entre los lectores interesados de cualquier otra parte— que pueda olvidar nunca el extraño caso del Museo Cabot. Las cacareadas noticias de los periódicos acerca de aquella momia infernal, las terribles y antiguas leyendas conectadas con el asunto, la morbosa ola de interés y la proliferación de sectas durante el año 1932, y el espantoso destino de los dos intrusos aquel fatídico primero de diciembre del mismo año; todo ello, combinado, consiguió engendrar uno de esos misterios clásicos que perdura durante generaciones y se convierte en el núcleo de nuevas especulaciones a cada cual más espantosa.

Además, todos parecen coincidir en que algo de importancia capital y profundamente terrorífico fue suprimido a propósito de los informes

definitivos acerca del espeluznante incidente. Aquellos primeros y turbadores apuntes sobre *las condiciones* de uno de los cadáveres fueron rechazados y ocultos con demasiada precipitación, y tampoco se dio la adecuada y natural importancia a las singulares *modificaciones* que se llevaron a cabo en la momia. De la misma manera, la opinión pública quedó bastante desconcertada ante el hecho de que la momia no volviera a ser depositada en su urna. En estos días en los que la taxidermia ha alcanzado un alto grado de profesionalidad, no parece probable ni válida la afirmación de que su lamentable estado de conservación hacía imposible su muestra.

Como conservador del museo me hallo en disposición de revelar todos los hechos censurados, aunque jamás haré algo así durante los días que me queden de vida. Hay cosas en el mundo y el Universo que la mayoría de las personas no deberían saber nunca, y no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que todos nosotros —personal del museo, médicos, periodistas y policías— participamos de alguna manera en el horror que se desató durante aquel periodo. Sin embargo, también parece adecuado que un asunto de semejante importancia científica e histórica no deba quedar del todo olvidado; de ahí este relato que he escrito pensando en el interés de los investigadores serios. Lo archivaré entre los papeles que se examinarán tras mi muerte y confiaré su destino al criterio de mis fiduciarios. Ciertas amenazas y acontecimientos inusitados que se han venido produciendo a lo largo de las últimas semanas me han llevado a creer que mi vida —así como la de otros directivos del museo— está amenazada por la animadversión que demuestran varias sectas secretas de amplia difusión entre asiáticos, polinesios y un heterogéneo grupo de místicos adeptos; así que es bastante probable que mis albaceas tenga trabajo pronto. [Nota del albacea: El doctor Johnson murió de forma repentina y misteriosa, oficialmente de un ataque al corazón, el 22 de abril de 1933. Wentworth Moore, taxidermista del museo, desapareció a mediados del mes anterior. El 18 de febrero del mismo año, el doctor William Minot, que supervisaba una autopsia relacionada con el caso, fue apuñalado por la espalda y falleció al día siguiente.]

Supongo que el verdadero inicio de todo el horror habría que situarlo en 1879, mucho antes de que asumiera el cargo de conservador, cuando el museo adquirió esa momia cadavérica e insólita a la Compañía Naviera de

Oriente. Su simple descubrimiento ya había resultado monstruoso y amenazador, pues procedía de una cripta de origen desconocido y fabulosa antigüedad situada en un pedazo de tierra que había emergido repentinamente sobre las aguas del Pacífico.

El 11 de mayo de 1878, el capitán Charles Wearherbee, del carguero *Eridanus*, que había zarpado de Wellington, Nueva Zelanda, con destino a Valparaíso, Chile, avistó una isla, de evidente origen volcánico, que no figuraba en las cartas de navegación. Se erguía descaradamente por encima del mar y presentaba la forma de un cono truncado. Un grupo de exploración, al mando del capitán Wearherbee, encontró evidencias de una prolongada inmersión en las escarpadas laderas que escalaron, y al llegar a la cima descubrieron rastros de un cataclismo reciente, como si se hubiera producido un terremoto. Entre las rocas esparcidas destacaban unas piedras enormes de claro origen artificial y, tras un breve examen, se hizo evidente la presencia de esa arquitectura ciclópea y prehistórica tan característica de ciertas islas del Pacífico y que resulta un verdadero rompecabezas para los arqueólogos.

Por fin los marinos se internaron en una inmensa cripta de piedra —que parecía haber sido parte de una edificación mucho más amplia originalmente excavada bajo la tierra— y en un rincón se toparon con la espantosa y arrugada momia. Tras un breve acceso de pánico, causado en cierta medida por algunos grabados que había en las paredes, los hombres decidieron trasladar la momia hasta el barco, a pesar de todo el miedo y la repugnancia que les producía su contacto. Al lado del cuerpo, como si antes hubiera estado dentro de sus vestiduras, había un cilindro de un metal desconocido que contenía un rollo de fina piel azulada, cuya naturaleza era igualmente incierta, y que estaba repleto de extraños caracteres impresos en un pigmento grisáceo y ambiguo. En el centro del vasto suelo de piedra había unas marcas que sugerían la presencia de una trampilla, pero el grupo de exploración carecía de los medios necesarios para abrirla.

El Museo Cabot, entonces recién inaugurado, tuvo acceso al somero informe en el que se daba cuenta del descubrimiento y dio los pasos oportunos para adquirir la momia y el cilindro. El conservador Pickman realizó un viaje personal a Valparaíso y equipó una goleta para buscar la cripta donde se habían encontrado los restos, aunque jamás logró dar con ella.

Cuando llegaron a la posición exacta en la que habían registrado la isla, lo único que pudieron ver fue el mar, que se extendía infinito y sin mácula hasta donde alcanzaba la vista, de manera que los exploradores dedujeron que las mismas fuerzas sísmicas que la habían hecho surgir tan repentinamente del fondo, la habían sumergido de nuevo en ese oscuro y acuático abismo donde permanecería inmutable y meditando durante incontables centurias. El secreto que guardaba aquella trampa inamovible jamás sería desvelado. Sin embargo, la momia y el cilindro se habían salvado; la primera fue expuesta a principios de noviembre de 1879 en la sala del museo reservada a las momias.

El Museo Arqueológico Cabot, que está especializado en los restos de antiguas y desconocidas civilizaciones, siempre y cuando no caigan dentro de la esfera del arte, es una institución pequeña y apenas conocida, aunque goza de amplia estima entre los círculos científicos. Está situado en el corazón del distinguido barrio de Beacon Hill, en Boston —en la calle Mt. Vernon, cerca de Joy—, ocupa toda una antigua mansión particular a la que se ha añadido un ala nueva en la parte posterior y era una fuente de orgullo para sus rigurosos vecinos hasta que los recientes y terribles acontecimientos aportaron a la institución una notoriedad nada deseable.

La sala de las momias, situada en el segundo piso, en la parte occidental de la primitiva mansión (diseñada por Bulfinch y levantada en 1819), es justamente admirada por historiadores y antropólogos, ya que atesora la mayor colección de ese tipo de objetos que existe en América. Allí se pueden encontrar los típicos ejemplos de las técnicas egipcias de embalsamamiento, desde los más antiguos especímenes de Saqqara hasta los últimos ensayos coptos del siglo VIII; momias de diferentes culturas, incluyendo los prehistóricos ejemplares indios descubiertos en las Islas Aleutianas; figuras agónicas procedentes de Pompeya que quedaron moldeadas en la piedra debajo de las ardientes cenizas; cuerpos momificados extraídos de cuevas y excavaciones repartidas por todos los rincones del mundo, figuras sorprendidas en grotescas posturas a causa de una muerte repentina, y, en definitiva, todo lo que cabría esperar en una excelente colección de semejante temática. Por supuesto, en 1879 el muestrario resultaba bastante más reducido de lo que es hoy en día; no obstante, aun entonces, se trataba de una

colección más que notable. Pero esa cosa espeluznante extraída de una primigenia cripta ciclópea abierta en una isla que emergió fugazmente de las aguas siempre fue su atracción principal y el más impenetrable de sus misterios.

La momia pertenecía a un hombre de estatura media y procedencia desconocida que había sido embalsamado en una curiosa postura encogida. El rostro, casi oculto tras unas manos con forma de garras, tenía la mandíbula inferior exageradamente proyectada hacia delante y las arrugadas facciones delataban una expresión de miedo tan abominable que pocos eran los que podían observar la figura sin estremecerse. Tenía los ojos cerrados y sus párpados parecían enclaustrar unos globos oculares abultados y prominentes. Aún quedaban restos de pelo y barba, y en conjunto su color era de una tonalidad grisácea y apagada. La textura del ser era una mezcla entre el cuero acartonado y la piedra, y fue un misterio indescifrable para los expertos que intentaron averiguar cómo había sido embalsamado. Ciertas zonas del cuerpo estaban carcomidas por el tiempo y la putrefacción. Todavía quedaban jirones de un tejido extraño, con desconocidos diseños bordados, que pendían del objeto.

Resultaba muy difícil determinar qué era en realidad lo que la hacía tan infinitamente horrible y repugnante. Por una parte estaba esa vaga e indefinible sensación de increíble antigüedad y absoluta alienación que al visitante le comunicaba imágenes terribles, como si estuviera al borde de un abismo monstruoso repleto de insondable negrura; pero, sin duda, lo peor era la expresión de aquel rostro semioculto, marchito, prognato y enloquecido por el horror. Semejante muestra de espanto infinito, inhumano y cósmico no ayudaba al visitante a definir sus sentimientos en una atmósfera de inquietante misterio y vanas conjeturas.

Para los pocos escogidos que frecuentaban el Museo Cabot, esta reliquia de un mundo antiguo y olvidado adquirió pronto una perversa notoriedad, aunque el aislamiento y la mesura de la institución para con estos temas evitó que lo exhibido se convirtiera en otro popular monstruo de feria. En el siglo anterior, el sensacionalismo grosero aún no había invadido las fronteras de la erudición, o al menos no lo había hecho tanto como en el presente. Lógicamente, muchos especialistas en diversas ramas de la ciencia intentaron

clasificar aquel objeto de todas las maneras posibles, aunque siempre sin éxito. Entre los investigadores circularon libremente varias teorías acerca de una civilización perdida en el Océano Pacífico, cuyos vestigios quedaron plasmados en las estatuas de la Isla de Pascua y en la arquitectura megalítica de Ponapé y Nan-Matol, y las revistas especializadas publicaron una multitud de artículos en los que se especulaba con la antigua existencia de un continente cuyos picos más altos constituyen ahora las innumerables islas de Melanesia y Polinesia. Era terrible, y divertido, observar la discrepancia de fechas con las que se intentaba datar aquella hipotética y desaparecida civilización —o continente—, aunque se descubrieron algunas alusiones que coincidían sorprendentemente con lo investigado en ciertas leyendas míticas de Tahití y otras islas.

Mientras tanto, el curioso cilindro con su desconcertante rollo repleto de jeroglíficos desconocidos, cuidadosamente guardado en la biblioteca del museo, también recibió su justa dosis de atención. Sin duda ambos objetos, el cilindro y la momia, estaban íntimamente relacionados, y todos creían que si se desvelaba el misterio del rollo también se desvelarían los secretos de aquel horror momificado. El cilindro, de unos diez centímetros de longitud por dos de diámetro, estaba hecho de un extraño metal iridiscente que desafiaba todos los análisis químicos a los que fue sometido y se mostró inalterable a cualquier agente reactivo. Tenía una tapa del mismo metal que se ajustaba a la perfección y estaba adornado con figuras grabadas de evidente finalidad decorativa y, seguramente, naturaleza simbólica: diseños convencionales que parecían seguir unas pautas geométricas perfectamente definidas, un tanto contradictorias y de origen alienígena.

No menos misterioso era el manuscrito que contenía: un fino pellejo enrollado de tonalidad azulada, inmune a todos los análisis que se le practicaron, plegado alrededor de una esbelta varilla del mismo metal y que, una vez extendido, medía cerca de cinco centímetros. Los jeroglíficos, de elegante y atrevida tipografía, se extendían a lo largo de una delgada columna por el centro del rollo y estaban escritos, o dibujados, con un pigmento gris que desafiaba el análisis; ningún lingüista o paleógrafo pudo descifrar aquellos símbolos, a pesar de que se enviaron copias fotográficas a todos los expertos en la materia.

Bien es cierto que algunos eruditos, curiosamente los que estaban más versados en la literatura ocultista y las artes mágicas, descubrieron vagas similitudes entre algunos de los jeroglíficos y ciertos símbolos primigenios descritos o citados en dos o tres volúmenes esotéricos, tenebrosos y muy antiguos, como el *Libro de Eibon*, del que se sospechaba procedía de la olvidada Hiperbórea; los fragmentos *pnakóticos*, supuestamente de origen prehumano; y el monstruoso y prohibido *Necronomicon*, del árabe loco Abdul Alhazred. Sin embargo, nada de aquello estaba lo suficientemente claro, y debido a la poca estima que la comunidad científica tenía por los métodos ocultistas, no se hizo ningún esfuerzo para que las copias de los jeroglíficos llegaran a manos de los especialistas en temas místicos. Si esto se hubiera llevado a cabo en aquellos momentos, seguramente lo que sucedió después habría sido completamente diferente; un simple mirada a los jeroglíficos por parte de cualquier lector habituado al terrorífico *Nameless Cults* de von Junzt habría bastado para establecer una relación inequívoca y muy significativa. Sin embargo, por entonces, los lectores de aquella blasfemia monstruosa eran sumamente pocos y apenas podían encontrarse copias del texto en el intervalo de tiempo que va desde la censura de la edición original (Düsseldorf, 1839) y la traducción de Bridewell (1845), hasta la censurada reedición de la Golden Goblin Press (1909). Hablando en plata, ningún ocultista, ningún experto en las antiguas ciencias esotéricas pudo tener acceso al extraño pergamino hasta que los periódicos sensacionalistas empezaron a propagar las noticias y se precipitó el terrorífico desenlace.

II

Así que las cosas transcurrieron con normalidad durante el medio siglo que pasó desde que el museo pusiera en exhibición aquella momia aterradora. El macabro objeto gozó de cierta celebridad entre las clases cultas de Boston, y poco más; mientras tanto, la existencia del cilindro y el rollo —tras una década de fútiles pesquisas— quedó prácticamente olvidada. El Museo Cabot era tan conservador y poco dado al escándalo que a ningún gacetillero o escritor oportunista se le ocurrió invadir su recinto en busca de material

sensacionalista.

El torbellino de habladurías comenzó en la primavera de 1931, cuando una adquisición de espectacular naturaleza —la de ciertos objetos extraños y cuerpos en unas condiciones de conservación inexplicables que habían sido hallados en las criptas de las famosas, malignas y casi desaparecidas ruinas del Château Faussesflammes, en Averoigne, Francia— hizo que el museo apareciera en las primeras páginas de los periódicos. Fiel a su política «alborotadora», el *Boston Pillar* envió a un gacetillero del dominical para cubrir el incidente y engordar en lo posible la noticia con informaciones acerca de la propia institución; y este jovenzuelo —llamado Stuart Reynolds— se topó con la momia sin nombre y decidió que sobrepasaba con mucho en sensacionalismo a todas las recientes adquisiciones de las que, en un principio, había venido a informar. Como poseía ciertos conocimientos rudimentarios de teosofía y era bastante aficionado a las teorías sobre continentes perdidos y prehistóricas civilizaciones olvidadas de escritores como el coronel Churchward y Lewis Spencer, Reynolds se sintió especialmente atraído por una reliquia antediluviana, como aquella momia desconocida.

Ya en el museo, el articulista se convirtió en un verdadero engorro y no dejó de hacer preguntas, a veces muy poco adecuadas, y exigir que movieran ciertos objetos y figuras para poder fotografiarlos desde diferentes ángulos. En la biblioteca de la planta baja se dedicó a escudriñar una y otra vez el extraño cilindro de metal y el rollo de piel, fotografiándolos desde todos los ángulos posibles y tomando instantáneas de todos y cada uno de los insólitos jeroglíficos que figuraban en el texto. Pidió también que le dejaran ver todos los libros que hicieran cualquier referencia a civilizaciones primigenias y continentes sumergidos; se pasó tres horas tomando notas y luego se fue a toda prisa con la única intención de echarle un vistazo (si se lo permitían) al prohibido y aborrecible *Necronomicon*, que obraba en poder de la Biblioteca Widener.

El artículo apareció el 5 de abril en el dominical del *Pillar*, repleto de fotografías de la momia, el cilindro, el rollo y los jeroglíficos, y mostraba ese estilo peculiar, afectado e infantil, tan característico del *Pillar* y de sus mentalmente inmaduros consumidores. Lleno de inexactitudes, exageraciones

y sensacionalismo, era precisamente el tipo de historia que estimula a los idiotas y despierta el interés de los borregos; y así fue que el museo, en otro tiempo un lugar apacible, se vio invadido por una turba de cantamañanas y fisgones descerebrados que aquellas salas majestuosas jamás habían tenido que soportar antes.

También hubo visitantes con inteligencia y cultura, pese a la frivolidad del artículo —las fotografías hablaban por sí solas—, y otros personajes juiciosos y maduros que a veces leían el *Pillar* por simple curiosidad. Recuerdo a un extraño individuo que apareció en el mes de noviembre, un sujeto moreno, con turbante y una barba muy espesa, que tenía una voz antinatural y un tanto forzada, un rostro inexpresivo, unas manos torpes enguantadas en unos absurdos mitones blancos y dijo residir en un mugriento callejón del West End y llamarse «Swami Chandraputra». Los conocimientos de este individuo sobre las ciencias ocultas eran absolutamente increíbles, y parecía profunda y seriamente afectado por las similitudes que presentaban los jeroglíficos del rollo con ciertos caracteres y símbolos procedentes de un antiguo mundo olvidado que él conocía ampliamente de una manera intuitiva.

Por junio, la fama de la momia y el cilindro había traspasado los límites de Boston, y el museo recibía continuas peticiones por parte de ocultistas y estudiantes de lo arcano, de todos los rincones del mundo, solicitando fotografías. Esta situación no resultaba de nuestro agrado pues éramos una institución científica que tenía pocas simpatías por los soñadores fantásticos; sin embargo, atendimos todas las peticiones con cortesía. Uno de los frutos de estas pesquisas fue la aparición de un artículo bastante académico en *The Occult Review*, firmado por el famoso místico de Nueva Orleans Etienne-Laurent de Marigny, en el que se informaba de las similitudes entre algunos de los extraños diseños geométricos del cilindro iridiscente y ciertos jeroglíficos del rollo de piel, y distintos símbolos de significado terrible (extraídos de monolitos prehistóricos y rituales secretos practicados por sectas ocultas de estudiosos y devotos esotéricos) reproducidos en el infernal y censurado *Libro Negro* o *Nameless Cults* de von Junzt.

De Marigny recordaba la espantosa muerte de von Junzt en 1840, un año después de la publicación de su terrorífico libro en Düsseldorf, y hacía referencia a las horripilantes y un tanto sospechosas fuentes de información

en las que se basó para escribir su obra. Hacía especial hincapié en la tremenda importancia que revestían las historias de las que se sirvió von Junzt para reproducir la mayoría de los monstruosos símbolos. Aseguraba que esas leyendas, en las que se hablaba expresamente de un rollo y un cilindro, parecían estar claramente relacionadas con los objetos del museo, aunque eran tan sobrecogedoramente extravagantes —abarcaban periodos de tiempo increíblemente antiguos y describían fantásticas anormalidades propias de un mundo arcaico— que resultaba más factible admirarlas como obra de imaginación que creerlas.

Y en verdad el público se deleitó con ellas, ya que aparecieron en los periódicos de todo el mundo. Se produjo un aluvión de artículos ilustrados en los que se daba cuenta de las leyendas contenidas en el *Libro Negro*, se las relacionaba con el horror de la momia, se comparaba los diseños del cilindro y los jeroglíficos del rollo con las figuras reproducidas en el libro de von Junzt, y se lanzaban las teorías más extravagantes, sensacionalistas e irracionales. El número de visitantes al museo se multiplicó por tres, y el interés creciente que suscitaba el tema era fácilmente perceptible en la enorme cantidad de correspondencia —la mayor parte superflua y absurda— que inundó el museo. Al parecer, las noticias sobre la momia y sus orígenes rivalizaban con las informaciones acerca de la gran depresión de los años 1931 y 1932, al menos entre los lectores de imaginación desbocada. En cuanto a mí, la principal consecuencia de tanto jaleo fue que tuve que leerme el monstruoso volumen de von Junzt en la edición de la Golden Globin, lectura que me dejó anonadado y bastante asqueado, y eso que no había tenido acceso a las infamias más repugnantes del texto íntegro.

III

Las arcaicas leyendas que se mencionaban en el *Libro Negro*, relacionadas con el aparente significado de los diseños y símbolos del misterioso cilindro y su rollo, eran tan asombrosas que no solo resultaban sobrecogedoras, sino también fascinantes. Databan de un tiempo increíblemente arcaico —mucho más lejano que el de cualquier civilización,

raza o tierra conocida— y giraban en torno a un pueblo y un continente olvidado que fue engullido en la aurora del mundo... un continente al que las leyendas otorgan el nombre de Mu y del cual las antiguas tablillas Naacal, escritas en una lengua primigenia, afirman que alcanzó su esplendor hace 200.000 años, cuando Europa tan solo estaba habitada por extraños seres híbridos y la perdida Hiperbórea rendía un culto sin nombre al negro y amorfo Tsathoggua.

También se hablaba de un reino o provincia llamado K'naa que estaba situado en una tierra antiquísima donde los primeros seres humanos habían encontrado fabulosas ruinas abandonadas por los que antes las habitaron: unas oleadas inciertas de entidades equívocas que habían descendido de las estrellas y subsistido durante eones en un mundo olvidado y embrionario. K'naa era un lugar sagrado, pues justo en su centro se erguían los yermos acantilados basálticos del Monte Yaddith-Gho, que se perdía en el cielo rematado por una gigantesca fortaleza de piedras ciclópeas infinitamente más vieja que la humanidad, y que había sido levantada por las huestes alienígenas procedentes de Yuggoth, el planeta oscuro, que habían colonizado la tierra antes del origen de cualquier vida terrestre.

Las camadas de Yuggoth se habían extinguido hace incontables eones, pero dejaron tras de sí una terrible y monstruosa entidad que nunca podía morir, un dios o demonio infernal llamado Ghatanothoa que había descendido invisible con ellos y habitaba las criptas de aquella fortaleza del Monte Yaddith-Gho. Ningún ser humano ha escalado jamás el Yaddith-Gho ni visto la sacrílega fortaleza que lo corona, excepto desde la distancia, como una silueta de raras líneas geométricas que se recortan sobre el cielo, pero la mayoría opina que Ghatanothoa aún sigue allí, que aún continua revolcándose, excavando y excavando bajo las entrañas de aquellas murallas megalíticas. Siempre hubo hombres que pensaban que había que seguir ofreciendo sacrificios a Ghatanothoa, pues temían que saliera reptando de los abismos insondables en los que moraba y vagabundeara por el mundo de los hombres sembrando el terror, tal y como ya lo había hecho en el mundo primigenio habitado por las huestes de Yuggoth.

Estos hombres afirmaban que si Ghatanothoa no recibía sacrificios, saldría a la luz del día y se deslizaría ladera abajo por los acantilados

basálticos de Yaddith-Gho, destruyendo todo lo que se encontrara a su paso. Pues ningún ser viviente podría soportar la visión de Ghatanothoa, ni tan siquiera una representación fiel de su aspecto, por muy pequeña que fuera, sin sufrir una transformación más espantosa que la muerte. La contemplación del dios, o de su imagen, tal y como aseguraban todas las leyendas sobre las huestes de Yuggoth, conllevaba una extraña forma de parálisis o petrificación instantánea en la que el cuerpo de la víctima quedaba convertido en piedra y cuero, mientras que el cerebro permanecía vivo por siempre, encerrado sin posibilidad de escapar durante incontables eones, enloquecedoramente consciente del devenir de eras interminables, incapaz de hacer absolutamente nada hasta que el propio tiempo corrompiera el pétreo caparazón y su interior quedara expuesto a la muerte. Por supuesto, la mayoría de los cerebros enloquecían mucho antes de que se produjera esta liberación. Se dice que ningún ser humano ha visto a Ghatanothoa, aunque el peligro sigue siendo tan grande ahora como lo fue durante el dominio de las huestes de Yuggoth.

Así pues, había una religión en K'naa que adoraba a Ghatanothoa, y cada año se sacrificaban doce guerreros jóvenes y doce doncellas vírgenes. Estas víctimas le eran ofrecidas en los flamígeros altares que se erguían en el templo de mármol situado cerca de la base de la montaña, ya que nadie osaba escalar los acantilados basálticos de Yaddith-Gho ni acercarse a la ciclópea fortaleza prehumana que se levantaba en su cresta. Inmenso era el poder de los sacerdotes de Ghatanothoa, pues sobre ellos recaía la preservación de K'naa y de todas las tierras de Mu, y solo ellos podían evitar que Ghatanothoa emergiera de sus ignotos aposentos.

En aquellas tierras había cien sacerdotes del Dios Oscuro, todos sometidos al poder Imash-Mo, el Sumo Sacerdote, que siempre iba delante del rey Thabon durante las fiestas de Nath y permanecía orgullosamente erguido mientras el rey se hincaba de rodillas frente al santuario de Dhoric. Cada sacerdote poseía una casa de mármol, un cofre repleto de oro, doscientos esclavos y cien concubinas, total inmunidad ante las leyes civiles y el poder de decidir entre la vida y la muerte de todos los habitantes de K'naa que no fueran sacerdotes del rey. Sin embargo, a pesar de su protección, las gentes vivían atemorizadas pues siempre existía la posibilidad de que Ghatanothoa surgiera de las profundidades y se deslizara montaña

abajo repartiendo muerte y petrificación. En los últimos tiempos del imperio, los sacerdotes llegaron a prohibir el simple hecho de pensar o imaginar el aspecto terrible que pudiera tener.

No fue hasta el Año de la Luna Roja (según von Junzt un periodo comprendido entre los años 173 y 148 a. C.) cuando un humano se atrevió a desafiar por primera vez a Ghatanothoa. El temerario hereje se llamaba T'yog, Sumo Sacerdote de Shub-Niggurath y guardián del templo de cobre de la Cabra de las Mil Crías. T'yog había meditado ampliamente acerca de los poderes de diferentes dioses y había tenido sueños extraños y revelaciones sobre la supervivencia de su mundo y de otros aún más antiguos. Al final se convenció de que los dioses amigos del hombre harían frente a los hostiles, y juzgó que Shub-Niggurath, Nug y Yeb, así como Yig, el Dios Serpiente, se pondrían del lado del hombre y en contra de la tiranía y arrogancia de Ghatanothoa.

Inspirado por la Diosa Madre, T'yog dejó por escrito una extraña fórmula en el hierático lenguaje *naacal* propio de su orden que, según creía, libraría del poder de petrificación del Dios Oscuro a quien la poseyera. Con semejante ayuda, reflexionó, cualquier hombre valiente sería capaz de escalar los terribles acantilados basálticos y convertirse en el primer ser humano que accediera a la ciclópea fortaleza bajo la cual se arrastraba Ghatanothoa. Una vez cara a cara frente al dios, y contando con el apoyo de Shub-Niggurath y su camada, T'yog creía que podría llegar a un acuerdo con el dios y conseguir al fin la liberación de toda la humanidad. Una vez conseguida la salvación gracias a sus esfuerzos, no existirían límites en los honores que podría exigir. Por fuerza gozaría de todos los privilegios de los sacerdotes de Ghatanothoa, incluso la realeza y la divinidad estarían al alcance de su mano.

Así que T'yog escribió la fórmula protectora en un rollo de piel *pthagon* (según von Junzt, la cara interna de la epidermis del extinto lagarto *yakith*) y lo introdujo en un cilindro tallado de *lagh*, el metal traído por los Antiguos desde Yuggoth, imposible de encontrar en ninguna mina terrestre. Aquel talismán, envuelto bajo su túnica, le protegería de los poderes de Ghatanothoa; incluso reanimaría a las víctimas petrificadas del Dios Oscuro si esta entidad monstruosa saliera de nuevo al mundo exterior para aniquilarlo. Así pues, se propuso ascender la esquivada y jamás hollada

montaña, invadir la ciudadela de extrañas geometrías y piedras ciclópeas, y enfrentarse al terrorífico diablo que moraba en su interior. No podía imaginar lo que iba a suceder cuando estuvieran frente a frente, pero la esperanza de convertirse en el salvador de la humanidad le dio ánimos para encarar la hazaña.

Sin embargo, no había contado con la envidia y los intereses personales de los insolentes sacerdotes de Ghatanothoa. En cuanto se enteraron de sus planes —temerosos de perder prestigio y privilegios si el Dios Demonio conseguía ser destronado—, empezaron a clamar en contra de lo que ellos consideraban un sacrilegio, advirtiéndolo a voz en grito que ningún hombre podía estar por encima de Ghatanothoa, y que cualquier intento de encontrarlo tan solo provocaría su furia y desencadenaría la destrucción de toda la humanidad, destrucción que no podría evitar ningún hechizo ni poder sacerdotal. Con estas proclamas esperaban poner al pueblo en contra de T'yog; sin embargo, eran tantas las ansias de liberación del yugo de Ghatanothoa, y tanta la confianza en los poderes y el valor de T'yog, que todas las advertencias fueron vanas. Incluso el rey, una marioneta en manos de los sacerdotes, se negó a prohibir el arriesgado peregrinaje de T'yog.

Fue entonces cuando los sacerdotes de Ghatanothoa llevaron a cabo en secreto lo que no habían logrado hacer abiertamente. Una noche, Imash-Mo, el Sumo Sacerdote, entró en la habitación del templo en la que dormía T'yog y tomó en sus manos el cilindro metálico, sacó el rollo que contenía el hechizo y dejó en su lugar otro muy parecido, aunque lo suficientemente distinto como para que no tuviera ningún poder contra cualquier dios o demonio. Imash-Mo estaba encantado cuando volvió a depositar el cilindro sobre la túnica del durmiente, ya que sabía que T'yog no volvería a examinar el contenido del cilindro. Pensando que el verdadero rollo ahora le protegía, el hereje subiría a la montaña prohibida para presentarse ante la Maligna Entidad... y Ghatanothoa, libre ya de cualquier hechizo, se encargaría del resto.

Ya no sería necesario que los sacerdotes de Ghatanothoa continuaran oponiéndose al duelo. Que T'yog siguiera su camino y encontrara su propia perdición. Los sacerdotes siempre atesorarían el rollo sustraído, el rollo verdadero con su potente hechizo, que pasaría de un Sumo Sacerdote a otro

para ser utilizado en un posible futuro, cuando llegara el momento de contravenir los mandatos del Dios Demonio. Así pues, Imash-Mo durmió plácidamente el resto de la noche, con el rollo guardado en un cilindro nuevo que había sido fabricado para tal menester.

Al amanecer del Día de los Cielos Llameantes (fecha que no define von Junzt), T'yog, entre cantos y oraciones del pueblo, y con las bendiciones del mismísimo rey Thabon, emprendió la marcha en pos de la espantosa montaña ayudándose de un bastón de madera de *tlath* que empuñaba en la mano diestra. Llevaba el cilindro dentro de la túnica, seguro de que contenía el hechizo verdadero, pues en verdad no había reparado en el cambio. Tampoco detectó ninguna ironía en las oraciones que Imash-Mo y el resto de los sacerdotes de Ghatanothoa entonaron en su honor.

Durante toda la mañana la gente se quedó observando la menguante figura de T'yog mientras ascendía trabajosamente por las solitarias laderas basálticas que nunca hasta ahora habían sido holladas por el pie humano, y muchas personas siguieron mirando después de que desapareciera tras una afilada arista que daba a la cara oculta de la montaña. Aquella misma noche, unos cuantos soñadores sensibles creyeron sentir un débil temblor que convulsionaba la aborrecida cresta, aunque muchos se burlaron de semejante afirmación. Al día siguiente, las multitudes continuaron observando la montaña, y no dejaban de rezar y preguntarse cuándo volvería T'yog. De igual manera transcurrió el siguiente día, y también el otro. Durante muchas semanas conservaron la ilusión y siguieron esperando, y luego empezaron a lamentarse. Nadie volvió a ver a T'yog, el que había intentado salvar a la humanidad de sus terrores.

Desde entonces los hombres se estremecían cada vez que rememoraban la osadía de T'yog, y se negaban a pensar en el castigo que habría recibido por su insolencia. Y los sacerdotes de Ghatanothoa sonreían a todos aquellos que ponían en duda la voluntad del dios o dudaban de sus derechos al sacrificio. Con el paso del tiempo al fin se descubrió la artimaña de Imash-Mo; sin embargo, aquello no cambió el sentimiento general del pueblo: que era mucho mejor dejar en paz a Ghatanothoa. Nadie quiso volver a desafiarle. Y así pasaron las épocas, y un monarca sucedió a otro, y un Sumo Sacerdote a otro Sumo Sacerdote, y el reino prosperó y se marchitó, y nuevas tierras

brotaron del mar y volvieron a sumergirse en su seno. Y con el paso de los siglos K'naa entró en decadencia; hasta que al fin, en medio de una terrible tempestad de truenos y relámpagos, mientras el mundo se estremecía y el mar vomitaba olas gigantescas, la tierra de Mu se hundió para siempre en las aguas.

Sin embargo, durante los últimos eones, fueron apareciendo vagas leyendas de aquellos antiguos secretos. En los lugares más remotos se congregaron vagabundos de hosca mirada que habían sobrevivido a la furia diabólica del mar, y unos cielos extraños inhalaron el humo de los altares erigidos en honor a ciertos dioses y demonios olvidados. Aunque nadie sabía en qué sima sin fondo estaba sumergido el pico sagrado y la ciclópea fortaleza del temible Ghatanothoa, aún había personas que susurraban su nombre y le ofrecían sacrificios innombrables con la esperanza de que no emergiera de las profundidades abisales y se arrastrara entre los hombres repartiendo muerte y petrificación.

En torno a los escasos sacerdotes surgió un culto embrionario, oscuro y secreto —secreto porque los habitantes de las nuevas tierras adoraban a diferentes dioses y demonios, y solo concebían el mal en otros foráneos y más antiguos—, bajo cuyas normas se cometieron muchos actos espantosos y se atesoraron objetos sumamente insólitos. Se murmuraba que cierto linaje de sacerdotes aún conservaba el verdadero conjuro contra Ghatanothoa, el mismo que Imash-Mo había robado al dormido T'yog, aunque no quedaba nadie que pudiera leer o descifrar los crípticos jeroglíficos, ni nadie que supiera exactamente en qué parte del mundo se había erguido la perdida K'naa, el terrible pico Yaddith-Go y la titánica fortaleza del Dios Demonio.

Aunque el culto había florecido en las regiones del Pacífico más cercanas al otrora continente de Mu, también existían rumores en la desventurada Atlantis que hablaban de una religión detestable y misteriosa en honor a Ghatanothoa; lo mismo sucedía en la abominable meseta de Leng. Von Junzt da por sentada su presencia en el fabuloso reino subterráneo de K'n-yan, y suministra toda clase de pruebas acerca de su penetración en Egipto, Caldea, Persia, China, los olvidados imperios semitas de África, y, en el Nuevo Mundo, México y Perú. También da por seguras sus conexiones con la brujería en Europa, contra la cual se formularon vanamente toda clase de

bulas papales. Sin embargo, el oeste del mundo nunca fue proclive a este culto, y la indignación pública —avivada por los rumores de ciertos ritos infernales y sacrificios sin nombre— consiguió exterminar muchas de sus ramificaciones. Por fin se convirtió en una religión clandestina y perseguida, aunque nunca se pudo eliminar del todo. Siempre consiguió sobrevivir de alguna manera, básicamente en el Lejano Oriente y en las Islas del Pacífico, donde sus preceptos se fundían con el saber esotérico de los *areoi* polinesios.

Von Junzt daba ciertas pistas vagas y alarmantes acerca de su relación con el culto, así que, mientras leía el volumen, no dejaba de estremecerme al recordar los rumores que corrían sobre las extrañas circunstancias de su muerte. Hablaba de la expansión de ciertas ideas relacionadas con la aparición del Dios Demonio —una criatura que ningún ser humano (salvo el osado T'yog, que jamás había vuelto) había visto nunca—, y comparaba esta inclinación a especular sobre su aspecto con la prohibición, que estaba vigente en Mu, de imaginar cómo era aquel ser espantoso. Se podía palpar el miedo en todos esos rumores terribles y fascinantes que circulaban entre los acólitos, miedo que se veía incrementado por la curiosidad que suscitaban las especulaciones acerca de lo que realmente vio T'yog tras irrumpir en aquella terrible construcción prehumana que se erguía sobre las espeluznantes y ahora sumergidas montañas, y antes de que el final (si en verdad hubo un final) cayera sobre él. Yo, mientras tanto, me sentía curiosamente alarmado por las malignas y equívocas referencias al asunto formuladas por el sabio alemán.

Poco menos inquietantes eran las conjeturas de von Junzt acerca del paradero del cilindro robado y de su mágico conjuro, así como del uso futuro que podría darse al mismo. Aun a sabiendas de que todo aquel asunto era una simple leyenda, no podía dejar de estremecerme al fantasear con un posible advenimiento de aquel dios monstruoso, o al imaginar a toda la humanidad convertida en una raza de extrañas estatuas petrificadas que albergaban un cerebro vivo condenado a la inmovilidad y la consciencia por siempre jamás. El viejo erudito de Düsseldorf tenía una insidiosa habilidad para sugerir mucho más de lo que mostraba, y enseguida entendí por qué ese libro maldito había sido censurado en tantos países por blasfemo, repugnante y peligroso.

Era nauseabundo; sin embargo, ejercía sobre mí una impía fascinación y

no pude dejarlo hasta la última página. Las reproducciones de los dibujos y símbolos de Mu eran maravillosas y se parecían muchísimo a los grabados del insólito cilindro y a los jeroglíficos del rollo; todo el texto contenía detalles que hacían referencia de una manera vaga y alarmante a ciertos pormenores relacionados con la execrable momia. El cilindro y el rollo, su hallazgo en el Pacífico, la seguridad del viejo capitán Weatherbee al afirmar que la cripta ciclópea en la que habían encontrado a la momia antaño había estado situada bajo un inmenso edificio... Por algún motivo, me sentía vagamente contento de que la isla volcánica se hubiera sumergido de nuevo antes de que aquella trampilla, en apariencia enorme, pudiera ser abierta.

IV

Todo lo que había leído en el *Libro Negro* me preparó para lo que vino después, para los acontecimientos en los que me vi involucrado y que se sucedieron en cascada durante la primavera de 1932. Apenas puedo recordar cuándo empecé a alarmarme por las noticias que me llegaban acerca de las cada vez más frecuentes redadas que la policía se veía obligada a efectuar sobre todo tipo de sectas y fantásticos cultos religiosos que habían surgido en Oriente y en otras partes del mundo, pero hacia mayo o junio me di cuenta de que el mundo estaba sufriendo una sorprendente oleada de actividad por parte de ciertas organizaciones místicas, extravagantes, clandestinas y esotéricas que, de ordinario, siempre se habían mantenido tranquilas.

Seguramente jamás habría relacionado estos sucesos con las predicciones de von Junzt, o con el furor popular que había despertado la momia y el cilindro del museo, de no ser por ciertos símbolos reveladores y algunas coincidencias ineludibles —abordadas por la prensa de la manera más sensacionalista— observadas en las ceremonias y cánticos de varios acólitos desconocidos que fueron sacadas a la luz. El caso es que mi inquietud fue en aumento al oír en repetidas ocasiones un nombre —pronunciado de varias formas incorrectas— sobre el cual parecía girar el meollo de dichas celebraciones, un nombre que era evocado con una curiosa mezcla de miedo y veneración. G'tanta, Tanotah, Than-Tha, Gatan, Ktan-Tah; así se le

nombraba con frecuencia, y su sonoridad no hacía necesaria ninguna aclaración por parte de mis ahora numerosos corresponsales ocultistas en cuanto al malsano origen de todos aquellos seudónimos: el ser monstruoso al que von Junzt llamaba Ghatanothoa.

También se produjeron otros hechos inquietantes. Una y otra vez se hacía referencia a un «rollo auténtico», un objeto que parecía tener muchísima importancia y que, según se decía, estaba en manos de un tal «Nagob», fuera quien fuese el mentado sujeto. De igual manera, había un nombre que se repetía hasta la saciedad, algo así como Tog, Tiok, Yog, Zob o Yob, y que mi imaginación, cada vez más desbocada, relacionó instintivamente con el nombre del desgraciado apóstata llamado T'yog en el *Libro Negro*. Esta designación solía aparecer al lado de ciertas frases crípticas tales como: «Solo puede ser él», «Había contemplado su rostro», «Lo sabe todo, aunque no pueda ver ni sentir», «Su mente sobrevive después de tantos evos», «El rollo auténtico lo liberará», «Nagob tiene el rollo genuino», «Nos dirá dónde encontrarlo».

Desde luego, había algo muy raro en el aire y no me sorprendió que los ocultistas con los que me carteaba, así como los periódicos dominicales más sensacionalistas, acabaran relacionando los últimos altercados con las leyendas de Mu por un lado y con la reciente popularidad de la momia por el otro. Los artículos que se publicaron durante la primera oleada de interés, de muy amplia difusión, con sus referencias cruzadas entre la momia, el cilindro y el rollo, y las historias narradas en el *Libro Negro*, con sus fantasiosas teorías acerca de todo el asunto, podían haber alentado ese fanatismo latente que palpita en los centenares de exóticas sectas secretas que tanto abundan en nuestro complejo mundo. Los periódicos siguieron echando leña al fuego y las noticias acerca de los singulares cultos ceremoniales cada vez eran más extravagantes.

Cuando el verano estaba a punto de finalizar, los encargados advirtieron un nuevo matiz en las multitudes que —tras el breve periodo de calma que siguió a las primeras noticias sensacionalistas— se agolpaban de nuevo ante el museo atraídas por la segunda oleada de artículos. Cada vez había más visitantes de aspecto raro y exótico —asiáticos de piel oscura, sujetos ambiguos de largos cabellos, hombres aceitunados y barbudos que no

parecían habituados a la indumentaria occidental—, forasteros que siempre preguntaban por la sala de las momias y a los que, inevitablemente, se sorprendía observando al repugnante espécimen del Pacífico con éxtasis y fascinación. El trasfondo calmo y siniestro que manaba de toda esta marea de excéntricos forasteros parecía inquietar a los guardias del museo, incluso yo mismo estaba lejos de sentirme tranquilo. No podía dejar de pensar que los tumultos religiosos se habían producido esencialmente entre individuos de semejante aspecto, y que las revueltas estaban conectadas de alguna manera con la espeluznante momia y el rollo del cilindro.

A veces me tentaba la idea de retirar la momia de la sala de exhibición, sobre todo cuando un guardia me dijo que, en varias ocasiones, durante las horas en las que decrecía la marea de visitantes, había observado a algún que otro forastero postrado ante ella mientras musitaba cánticos rituales que parecían entonados en su honor. Uno de los guardias tuvo una extraña alucinación relacionada con el horror petrificado dentro de la solitaria vitrina acristalada, y afirmaba que podía observar ciertos cambios vagos, sutiles e infinitamente lentos, que se producían de un día para otro, en la rabiosa flexión de las huesudas garras y en la facciones aterrorizadas del rostro acartonado. No podía dejar de pensar que aquellos ojos terribles y saltones iban a abrirse repentinamente de un momento a otro.

A principios de septiembre, cuando la marea de curiosos disminuyó y la sala de exposiciones estaba en ocasiones vacía, hubo un intento de robar la momia cortando el cristal de la vitrina. El ladrón, un polinesio de tez morena, fue descubierto y detenido por un guardia antes de que pudiera causar algún desperfecto a la pieza. Las investigaciones posteriores revelaron que el individuo era un hawaiano muy conocido por sus actividades en ciertos cultos religiosos y clandestinos; la policía poseía una nutrida ficha que lo relacionaba con rituales y sacrificios inhumanos y atípicos. En su habitación se hallaron varios documentos extremadamente asombrosos y perturbadores, incluyendo un montón de hojas repletas de unos jeroglíficos que se parecían muchísimo a los que contenía el rollo del museo y el *Libro Negro* de von Junzt; sin embargo, y a pesar de todas estas pruebas, se negó a hablar del asunto.

Apenas una semana después del suceso, hubo otro intento de apoderarse

de la momia —forzando la cerradura de la vitrina— que finalizó con un segundo arresto. El delincuente, un cingalés, poseía un historial tan largo y desagradable en temas relacionados con sectas abominables como el hawaiano, y, al igual que este, se negó a formular ningún tipo de declaración a la policía. Lo que hizo de este segundo caso un asunto especialmente siniestro fue que el guardia ya había reparado en el citado individuo en varias ocasiones, y le había oído entonar un cántico singular, dirigido a la momia, en el que se repetía de manera clara la palabra «T'yog». Todo esto me llevó a redoblar la guardia en la sala de las momias, y ordené a los vigilantes que no perdieran nunca de vista al ahora codiciado espécimen.

Como era de esperar, la prensa se hizo eco de ambos sucesos y los articulistas aprovecharon la ocasión para volver a hablar de la primigenia y fabulosa Mu, apuntando que la repugnante momia era en realidad T'yog, el audaz hereje que había quedado petrificado durante 175.000 años de turbulenta historia terrestre después de contemplar algo en el interior de la ciudadela prehistórica que había osado invadir. Se enfatizó y repitió hasta la saciedad la teoría que afirmaba que los creyentes extranjeros eran en realidad descendientes de los exiliados de Mu, que habían venido a adorar a la momia o, incluso, a revivirla por medio de hechizos y fórmulas mágicas.

Los periodistas expresaron las viejas leyendas acerca del estado de consciencia y preservación en el que permanecía el *cerebro* de las víctimas petrificadas de Ghatanothoa, hecho que sirvió de base para formular las teorías más quiméricas y alucinantes. También fueron abundantes las referencias a cierto «rollo verdadero», ya que la mayoría de los lectores pensaban que el hechizo robado a T'yog aún se encontraba en alguna parte, y que los fieles de su secta estaban intentando hacérselo saber de alguna manera y por motivos que solo ellos conocían. Como resultado de todo este sensacionalismo se produjo una tercera oleada de embobados visitantes que invadieron el museo y se quedaron observando boquiabiertos la pieza infernal y foco de todo aquel extraño y perturbador asunto.

Fue durante esta última oleada de visitantes —muchos de los cuales se dejaron caer por el museo en varias ocasiones— cuando se empezaron a extender las habladurías acerca de los sutiles cambios en el aspecto de la momia. Supongo —dejando a un lado el inquietante relato que el

impresionable guardia me había contado unos meses antes— que el personal del museo estaba demasiado acostumbrado a la presencia de toda clase de objetos extravagantes como para prestar atención a los detalles menores; en cualquier caso, por culpa de todas aquellas murmuraciones al final los guardias empezaron a fijarse en las sutiles transformaciones que, al parecer, se estaban produciendo. El asunto llegó a oídos de la prensa casi al mismo tiempo... con los evidentes resultados que pueden suponerse.

Desde luego, presté al asunto la debida atención y a mediados de octubre pude comprobar que la momia, efectivamente, estaba desintegrándose. Algún componente químico o físico del aire actuaba sobre los restos, haciendo que las fibras, mitad cuero mitad piedra, se estuvieran descomponiendo, al tiempo que los miembros y ciertos detalles en la expresión aterrorizada del rostro cambiaban sutilmente de aspecto. Después de aguantar medio siglo en un perfecto estado de conservación, el asunto resultaba muy desconcertante, de manera que el taxidermista del museo, el doctor Moore, y yo mismo examinamos la tétrica pieza en varias ocasiones. El doctor dictaminó una blandura y flacidez generalizada, y le administró dos o tres vaporizaciones de polvo astringente, pero no se atrevió a tomar medidas drásticas hasta que no se produjera una descomposición más súbita y acelerada.

El efecto que estas medidas produjeron entre la multitud de visitantes boquiabiertos fue asombroso. Hasta entonces, cada vez que la prensa sensacionalista publicaba algo nuevo sobre el asunto atraía a una muchedumbre de mirones chismosos, pero ahora —a pesar de que los periódicos no dejaban de informar sobre los cambios que se estaban produciendo en la momia— el público parecía haberse contagiado de una especie de miedo que se imponía a la curiosidad más morbosa. Era como si la gente notara un aura siniestra que rodeaba el museo; y la concurrencia, que antes había alcanzado las cotas más altas, cayó a unos niveles por debajo de los normales. Esta reducción de público puso de manifiesto que la riada de extravagantes forasteros seguía inundando el lugar y que su número no disminuía bajo ningún concepto.

El 18 de noviembre, un peruano de sangre india sufrió un extraño ataque de histeria o epiléptico mientras se hallaba frente a la momia, y luego, cuando despertó en el hospital, se puso a gritar: «¡Intentaba abrir los ojos! ¡T'yo

intentó abrir los ojos y mirarme!» Entonces estuve a punto de retirar la pieza, pero dejé que me convencieran de lo contrario en una reunión con los directores más conservadores de la institución. Podía notar cómo el museo iba adquiriendo una reputación nefasta en el austero y circunspecto vecindario. Después del último incidente ordené que no se permitiera a nadie detenerse ante la reliquia del Pacífico más que unos pocos minutos.

Pasadas las cinco de la tarde del 24 de noviembre, recién cerrado el museo, uno de los guardias observó que los ojos de la momia estaban un poco abiertos. El fenómeno apenas era perceptible —se veía un diminuto fragmento de córnea en cada ojo—, pero aun así revestía un interés enorme. El doctor Moore acudió de inmediato y estaba a punto de examinar las dos medias lunas visibles con una lupa cuando, nada más tocar la momia, los acartonados párpados volvieron a cerrarse. El taxidermista no pudo abrirlos de nuevo, a pesar de todos sus delicados esfuerzos, y tampoco se atrevió a adoptar acciones más drásticas. Cuando me contó lo sucedido por teléfono, sentí un temor creciente que no parecía corresponderse con el lance, en apariencia inocuo, que acababa de acontecer. Por un instante compartí el sentimiento popular de que algo maligno y sin forma, surgido de los abismos más insondables del tiempo y el espacio, acechaba el museo con intenciones sombrías y aviesas.

Dos noches después, un filipino de aspecto taciturno fue sorprendido cuando intentaba esconderse en el interior del museo después de la hora de cierre. Tras el arresto y posterior traslado a comisaría, se negó a dar su nombre y fue detenido con cargos. Mientras tanto, a causa de la estrecha vigilancia a la que era sometida la momia, las hordas de exóticos forasteros ya no tenían un acceso tan sencillo a ella. Por fin el número de visitantes foráneos disminuyó sensiblemente en cuanto se dio la orden de «Circulen, por favor».

El 1 de diciembre, jueves, a primeras horas de la madrugada, sucedió algo terrible. Hacia la una se oyeron unos gritos espantosos y agónicos que procedían del museo; alertados por las repetidas llamadas telefónicas de los vecinos, nos presentamos al instante en el museo un grupo de empleados, entre los que me encontraba yo, y una patrulla de la policía. Varios policías rodearon el edificio y nosotros, y el resto de agentes, entramos con

precaución. En el pasillo de acceso tropezamos con el guardia nocturno, que había sido estrangulado —se podía ver un pedazo de cuerda de cáñamo hindú anudado en torno a su cuello—, y advertimos que, a pesar de todas las precauciones, uno o varios maleantes habían conseguido colarse en al edificio. Sin embargo, ahora el lugar estaba tan silencioso como una tumba y casi teníamos miedo de subir las escaleras que conducían a la insidiosa sala en la que, todos estábamos seguros, se encontraba el origen del altercado. Nos tranquilizamos un poco cuando encendimos las luces del pasillo; acto seguido, subimos la escalera circular y atravesamos el pasaje abovedado que conducía a la sala de las momias.

V

A partir de este momento los informes que hacen referencia al caso han sido censurados, pues todos estuvimos de acuerdo en que no sería adecuado para el bien común que se hicieran públicas las implicaciones terrenales de los hechos que luego tuvieron lugar. Con anterioridad he dicho que encendimos las luces del edificio antes de empezar a subir por la escalera. Así, bajo los rayos que refulgían sobre el cristal de las vitrinas e iluminaban su macabro contenido, vimos un horror mudo que se extendía por todas partes, un horror desconcertante que sugería acontecimientos totalmente ajenos a nuestra comprensión. Había dos intrusos —que, como luego descubrimos, se habían escondido en el edificio antes de la hora de cierre—, aunque ya no sería necesario condenarlos por la muerte del vigilante. Ya habían pagado por su crimen.

Uno era birmano y el otro un nativo de las islas Fidji, y los dos eran sobradamente conocidos por la policía debido a sus repugnantes y espantosas actividades religiosas. Ambos estaban muertos y cuanto más examinábamos sus cuerpos más monstruosa e incompresible nos parecía la causa de la muerte. Sus rostros mostraban una expresión de horror tan inhumano y desesperado como ningún policía, ni tan siquiera los más antiguos, había visto antes; sin embargo, existían grandes diferencias en el estado de ambos cuerpos.

El birmano yacía al lado de la vitrina que contenía la momia innombrable, vitrina que mostraba un cuadrado de cristal limpiamente cortado. En la mano derecha llevaba un rollo de pergamino azul que estaba repleto de grisáceos jeroglíficos y parecía una copia del rollo guardado en el extraño cilindro que se almacenaba en la biblioteca del sótano, aunque un examen más detallado demostró que existían ciertas diferencias. No había signos de violencia en el cuerpo y, debido a la mirada de desesperación y agonía que se observaba en su rostro desencajado, resolvimos que el hombre había muerto de simple y puro terror.

En realidad fue el nativo de las islas Fidji, cuyo cuerpo estaba al lado, el que nos impresionó profundamente. El primero en acercarse al cadáver fue un policía, y el grito de horror que lanzó incrementó aún más el desasosiego de aquella noche de espanto. Tras observar aquel rostro ceniciento —antaño oscuro—, de facciones retorcidas, y las manos huesudas —en una de las cuales aún sostenía una linterna eléctrica— debimos intuir que algo andaba terriblemente mal; sin embargo, ninguno estábamos preparados para lo que descubrió aquel aturdido policía. Incluso ahora, al pensar en ello, siento una oleada de espanto y repugnancia. En resumen, el desdichado intruso, que tan solo una hora antes había sido un robusto melanesio con desconocidas inclinaciones delictivas, era ahora una figura de piedra, rígida, de un gris ceniciento, acartonada, idéntica en todos los detalles a la vetusta y encogida blasfemia que había dentro de la forzada vitrina de cristal.

Y sin embargo, aquello no fue lo peor. El sùmmum del horror, lo que realmente llamó nuestra atención antes de reparar en los cuerpos que yacían en el suelo, fue el estado de la espeluznante momia. Ya nadie podría decir que sus cambios eran sutiles y ambiguos, pues su aspecto se había alterado de una manera radical. Estaba doblada y encogida, y parecía haber perdido toda su rigidez; sus manos huesudas habían caído y ya no cubrían aquel rostro acartonado y sobrecoigido, y además —¡que Dios nos asista!— *los infernales ojos saltones estaban abiertos de par en par y parecían mirar directamente a los dos intrusos que habían muerto de miedo o algo peor.*

Aquella mirada fría, como de pez muerto, resultaba terriblemente hipnotizadora y estuvo acechándonos sin tregua mientras examinábamos los cadáveres de los intrusos. El efecto de aquella mirada en nuestra voluntad fue

endiabladamente extraño, pues de alguna manera sentimos una especie de rigidez progresiva que se iba apoderando de nuestros movimientos, incluso de los más comedidos, una rigidez que luego, cuando nos dedicamos a examinar el rollo repleto de jeroglíficos, se fue desvaneciendo de muy curiosa forma. Con frecuencia me sentía atraído por aquellos ojos saltones que me miraban tras la vitrina acristalada, y cuando me acerqué para estudiarlos después de examinar los cuerpos creí detectar algo realmente singular en la vítrea superficie de aquellas pupilas oscuras tan maravillosamente conservadas. Cuanto más las miraba más fascinado me sentía, y al final opté por bajar a la oficina —a pesar de la extraña rigidez de mis miembros— y coger un surtido de poderosas lentes de aumento. Así equipado me puse a examinar cuidadosamente las vítreas pupilas de pez mientras los demás se agrupaban expectantes a mi espalda.

Siempre he sido bastante escéptico con respecto a las teorías que pregonan que las imágenes y objetos que vemos justo antes de morir o entrar en coma quedan impresos para siempre en la retina; sin embargo, nada más mirar a través de la lente me di cuenta de que había una especie de imagen grabada en el abultado y vítreo globo ocular de aquella criatura sin nombre venida de más allá de los eones, y era una imagen muy distinta a la de la habitación que se reflejaba en el espejado globo. Efectivamente, había una escena difusa impresa en la superficie de aquella retina prehistórica y estaba seguro de que representaba lo último que aquellos ojos habían visto en vida, hace incontables milenios. Parecía estar desvaneciéndose poco a poco, así que rebusqué entre el juego de lentes y seleccioné otra más grande. La imagen tenía que haber sido muy clara y precisa, a pesar de su reducido tamaño, ya que al enfrentarse con los intrusos —mediante algún hechizo infernal o acto relacionado con el motivo de su visita— ambos cayeron muertos de miedo. Gracias a la nueva lente pude distinguir muchos detalles que antes eran invisibles, mientras el sobrecogido grupo de personas que me rodeaba no se perdía un detalle del torrente de palabras con el que intentaba explicar lo que veía.

Estábamos en 1932 y el caso era que un ciudadano normal y corriente de Boston estaba contemplando algo que pertenecía a un mundo desconocido y totalmente alienígena, un mundo que había desaparecido de la memoria miles

de eones atrás. Era un recinto inmenso —una estancia construida con bloques de piedra ciclópeos— y yo parecía estar observándola desde una de sus esquinas. Las paredes estaban repletas de bajorrelieves espantosos, con imágenes blasfemas y bestiales que, a pesar de todas sus imperfecciones, me ponían enfermo. Me negaba a creer que los autores de semejantes grabados fueran humanos, o que tuvieran conocimiento de cualquier cosa humana mientras tallaban los espeluznantes relieves que aterrorizarían a cualquier espectador. En el centro de la estancia había una colosal trampilla de piedra que estaba levantada para permitir el acceso de algo que moraba en el interior. Esa cosa tenía que haber sido perfectamente visible —con toda probabilidad debió serlo cuando los ojos se abrieron por primera vez ante los aterrorizados intrusos—, pero a través de mi lente no era más que un borrón monstruoso.

Tan solo había examinado el ojo derecho cuando decidí probar con una lente de mayor potencia. Poco tiempo después deseé desesperadamente haber dado por concluidas mis investigaciones justo en ese momento. Sin embargo, la curiosidad y el fervor científico se habían apoderado de mí y acerqué la lente al ojo izquierdo de la momia con la esperanza de que la imagen no estuviera tan borrosa. Mis manos, que temblaban de excitación y se encontraban en un extraño estado de rigidez debido a alguna influencia siniestra, se mostraron muy torpes al enfocar la lente, pero al rato descubrí que la imagen era algo menos borrosa que en el otro ojo. Vi aquella cosa imposible, la vi como en un fogonazo confuso y siniestro, emergía a través de la prodigiosa trampilla de aquella cripta ciclópea y arcaica que se escondía en un mundo perdido... Entonces me desmayé con un grito inarticulado del que no me avergonzaré nunca.

Cuando recuperé la consciencia no quedaba ninguna imagen reconocible en los ojos de la momia. El sargento de policía Keefe miró a través de la lente, pues yo me sentía incapaz de volver a enfrentarme a esa cosa imposible. También di las gracias a todas las fuerzas del cosmos por no haber mirado antes. Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad, y fue necesario que me lo preguntaran en repetidas ocasiones, para relatar lo que había atisbado durante ese breve instante de revelación. Y es que me sentía incapaz de decir nada hasta que todos estuvimos instalados en la oficina de la planta

baja, lejos del campo de visión de aquella cosa demoniaca que no debería existir. Me venían a la cabeza las teorías más terribles y fantásticas sobre la momia y sus vítreos ojos saltones, sospechaba que poseía una especie de consciencia infernal, que veía todo lo que sucedía frente a ella y que intentaba en vano transmitir algún mensaje aterrador de más allá de los abismos del tiempo. Aquello era una locura, pero pensé que era preferible contarlo todo y no callarme nada.

A fin de cuentas, no había mucho que decir. Había vislumbrado una monstruosidad tan increíble y colosal, una monstruosidad que brotaba de la bostezante trampilla que se abría en la ciclópea cripta, que ya no podía poner en duda el poder del ente original para matar con una simple mirada. Incluso ahora me siento incapaz de expresar en palabras lo que sentí en aquellos momentos. Podría describirlo como algo gigantesco, tentacular, proboscidio, con ojos de cefalópodo, amorfo, flexible, medio escamoso medio arrugado... ¡Puag! Pero nada de lo que diga puede siquiera acercarse al terrible, impío, inhumano, galáctico horror, repugnancia y maldad inefable de aquella criatura prohibida surgida del caos negro y la noche infinita. Mientras escribo estas notas mi cerebro se llena de imágenes que me hacen sentir náuseas y una debilidad extrema. Al describir lo que había visto a los hombres que me acompañaban, me veía obligado a luchar por no perder la consciencia recién recuperada.

No menos impresionados estaban mis oyentes. Ningún hombre habló, sino en susurros, durante más de un cuarto de hora, y algunos hicieron furtivos comentarios acerca de las impías enseñanzas vertidas en el *Libro Negro*, las últimas noticias aparecidas en los periódicos sobre varias sectas secretas y los siniestros acontecimientos que habían tenido lugar en el museo. Ghatanothoa... Incluso la más diminuta imagen suya podía petrificar... T'yog... el rollo falso... nunca regresó... el verdadero pergamino, que podía evitar la petrificación total o parcialmente... ¿sobrevivió?... las sectas infernales... las murmuraciones... «Solo puede ser él»... «Contempló su rostro»... «Lo sabe todo, aunque no puede ver ni sentir»... «Sigue consciente desde hace eones»... «El rollo verdadero puede liberarle»... «Nagob posee el rollo verdadero»... «Nos dirá dónde encontrarlo». Solo la saludable luz grisácea de la aurora pudo traernos de vuelta a la cordura, una cordura que

zanjó toda discusión acerca de lo que había visto... algo en lo que no se debía pensar ni tratar de explicar de nuevo.

A la prensa solo le dimos un informe parcial de lo acontecido y luego nos pusimos de acuerdo con ella para censurar ciertos hechos. Por ejemplo, cuando la autopsia practicada al nativo de las islas Fidji demostró que su cerebro y otros órganos internos no estaban petrificados como el resto del cuerpo, aunque sí preservados por la costra fosilizada que los rodeaba — anomalía que aún es motivo de intenso debate médico—, nos guardamos nuestras opiniones para no desatar el pánico. Sabíamos de sobra que la prensa amarilla, que volvería a hacer referencia a todo lo que se había dicho sobre el estado de consciencia de las víctimas petrificadas de Ghatanothoa, se aprovecharía para lanzar todo tipo de especulaciones sensacionalistas.

Al final dijeron que el intruso que llevaba el rollo repleto de jeroglíficos —el cual, evidentemente, lo había introducido en la vitrina por la abertura practicada— no estaba petrificado mientras que el otro, que no llevaba nada, sí. Cuando nos exigieron que hiciéramos ciertos experimentos —como mostrar el rollo al cuerpo petrificado del nativo de las islas Fidji y a la mismísima momia—, rechazamos indignados la propuesta, negándonos a secundar semejantes ideas supersticiosas. Al final, retiramos la momia de la exhibición pública y la trasladamos al laboratorio del museo, con la intención de que fuera examinada detenidamente por los científicos profesionales. Escarmentados por todo lo sucedido la sometimos a una intensa vigilancia; pero a pesar de todo, el 5 de diciembre, a las 2:25 de la madrugada, se produjo otra tentativa de acceder al museo. El correcto funcionamiento del sistema de alarma frustró el intento, aunque desgraciadamente el criminal —o los criminales— escapó.

Estoy profundamente satisfecho de que no haya llegado al público ninguna otra información adicional. Me encantaría que el asunto terminara aquí mismo. Seguramente aparecerán cabos sueltos, y si me pasa algo no sé lo que harán mis albaceas con este manuscrito, pero me consuela que, cuando todo salga a la luz, los acontecimientos ya no estarán dolorosamente frescos en la memoria colectiva del público. Cuando la prensa amarilla se dedica a lanzar especulaciones sensacionalistas, la gente siempre está dispuesta a creérselas, pero cuando se da cuenta de un descubrimiento maravilloso o

insólito, todo el mundo se burla y piensa que es falso. Aunque para nuestra salud mental probablemente sea mejor así.

Ya he dicho antes que teníamos planeado practicar un verdadero examen científico de la horripilante momia. Por fin se realizó el 8 de diciembre, justo una semana después de que se produjeran los terribles sucesos, y fue supervisado por el eminente doctor William Minot, quien contó con la colaboración de Wentworth Moore, doctor en ciencias y taxidermista del museo. El doctor Minot había presenciado la autopsia practicada al extraño nativo de las islas Fidji una semana antes. También estaban presentes los señores Lawrence Cabot y Dudley Saltonstall, administradores de la institución; los doctores Masón, Wells y Carver, de la plantilla del museo; dos representantes de la prensa y el que suscribe. El estado del terrible espécimen no había cambiado perceptiblemente durante la última semana, aunque cierta relajación en sus músculos conseguía que el aspecto de sus vítreos ojos abiertos cambiara levemente de tanto en tanto. A todos los presentes nos daba miedo mirar a la momia, apenas podíamos aguantar esa mirada silenciosa que parecía pertenecer a un ser vivo, así que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no perderme detalle del examen al que la estábamos sometiendo.

El doctor Minot llegó un poco después de la 1 de la tarde y enseguida dio comienzo la exploración de la momia. Las partes que entraban en contacto con sus manos se desintegraban fácilmente, en vista de lo cual —y de las advertencias que le hicimos con respecto al gradual estado de flexibilidad que se había adueñado de la pieza desde octubre— decidió acometer una disección completa antes de que el estado del cuerpo se deteriorara aún más. El laboratorio disponía de todos los instrumentos necesarios para la tarea, así que empezó de inmediato, asombrándose en voz alta de la extraña naturaleza fibrosa de la materia gris y momificada.

Pero sus exclamaciones fueron aún más sonadas cuando practicó la primera incisión verdaderamente profunda, pues de aquel corte empezó a manar lentamente un fluido rojo y espeso cuya naturaleza —a pesar del tiempo casi infinito que separaba a esta momia infernal del presente— era inconfundible. Unas cuantas incisiones más dejaron al descubierto varios órganos que se encontraban en un sorprendente estado de conservación; todos

estaban intactos y sin petrificar, excepto en las zonas más externas, donde la cercanía con la pétrea capa exterior los había deformado o destruido. La similitud entre lo que veíamos y el estado del nativo de las islas Fidji que había muerto de miedo era tan grande que el eminente cirujano se quedó boquiabierto de asombro. La perfección de esos ojos saltones y fantasmagóricos parecía sobrenatural y, comparándolos con la petrificada coraza exterior, resultaba imposible explicar su maravilloso estado de conservación.

A las 3:30 de la tarde se procedió a abrir la cavidad craneal. Diez minutos después todos los presentes, aturdidos, juramos mantener en secreto todo lo que habíamos visto, un secreto que solo documentos como este manuscrito podrían romper. Incluso ambos periodistas estuvieron encantados de jurar su silencio. Pues la hendidura había dejado al descubierto un cerebro vivo y palpitante.

EL HORROR DEL CEMENTERIO

The Horror in the Burying-Ground (1933-1935)

Hazel Heald & H.P. Lovecraft

Cuando la carretera estatal que va a Rutland está cerrada, los viajeros se ven forzados a tomar la comarcal de Stillwater, cuya desviación se toma un poco más allá de Swamp Hollow. Los paisajes son espléndidos en muchos lugares pero, por algún motivo, la ruta no suele estar muy transitada desde hace bastantes años. Hay algo deprimente en todo el trayecto, sobre todo cerca de Stillwater. A los automovilistas les invade la inquietud cuando se aproximan a la granja cerrada a cal y canto que se alza en lo alto de una colina al norte del pueblo, y también cuando se tropiezan con el perturbado de barba canosa que vagabundea por el viejo cementerio del sur hablando con los moradores de ciertas tumbas.

Apenas queda algo de Stillwater hoy en día. La tierra parece agostada y la mayoría de la gente ha emigrado a las ciudades que hay a lo largo del río o a la urbe que se levanta al otro lado de las distantes colinas. El blanco campanario de la vetusta iglesia se ha derrumbado y la mitad de la diseminada veintena de casas se encuentran vacías y en diferentes estados de decadencia. Solo queda algo de vida en los alrededores del almacén de Peck y la estación de servicio, y es precisamente en estos lugares donde suelen parar los curiosos para preguntar por la casa condenada y el idiota que habla con los muertos.

La mayoría de los fisgones siguen su camino con una sensación de inquietud y desasosiego. Esos andrajosos holgazanes les parecen un tanto desagradables y sus relatos sobre ciertos sucesos acontecidos mucho tiempo atrás siempre están llenos de extrañas sugerencias. El tono que emplean para describir los hechos más simples —esa tendencia a mostrar un aire furtivo, sugerente, confidencial, y a hablar en susurros en determinados momentos— tiene un aire ominoso, amenazador, que incomoda de una manera insidiosa al oyente. Los verdaderos yanquis con frecuencia hablan así; pero en este caso, el aspecto melancólico de la decadente aldea y la naturaleza sombría de lo narrado añaden un plus de secretismo y sordidez a sus modales. Cualquiera puede llegar a sentir el profundo horror y los extraños complejos que anidan en el interior de aquellos puritanos aislados... sentirlos y salir huyendo precipitadamente en busca de aire fresco.

Los haraganes suelen decir entre susurros que la casa sellada pertenece a la vieja señorita Sprague, Sophie Sprague, cuyo hermano Tom fue enterrado el diecisiete de junio de 1886. Sophie nunca fue la misma después del funeral —y de lo que sucedió un poco más tarde— y al final decidió quedarse dentro de la casa para siempre. Nunca se la ve, pero deja notas debajo del felpudo de la puerta trasera y el mozo del almacén de Ned Peck le lleva todo lo que necesita. Tiene miedo, sobre todo del vetusto cementerio de Swamp Hollow. Jamás volvió a acercarse allí desde que su hermano —y el otro— fueron enterrados. Tampoco resultaba demasiado extraño, teniendo en cuenta los gritos del loco Johnny Dow. Siempre anda vagabundeando por el cementerio, incluso de noche, y asegura que habla con Tom... y con el otro. Luego se acerca a la casa de Sophie y se pone a gritarle improperios; por eso ella empezó a cerrar todas las puertas y ventanas. El loco dice que unas cosas vendrán de algún sitio y se la llevarán en cualquier momento. Deberían hacer algo, pero no se puede ser demasiado duro con el pobre Johnny. Además, Steve Barbour siempre ha tenido sus propias ideas.

Johnny habla con dos de las tumbas. Una es la de Tom Sprague. La otra, que se encuentra en el lado opuesto del cementerio, pertenece a Henry Thorndike, que fue enterrado el mismo día que Tom. Henry era el sepulturero del pueblo —el único que había en muchos kilómetros a la redonda— y nunca cayó bien en Stillwater. Oriundo de Rutland, buen estudiante y ávido

lector. Acostumbraba a leer textos extrañísimos que nadie conocía y mezclaba sustancia químicas con intenciones poco recomendables. Siempre estaba intentando inventar algo nuevo: un innovador fluido de embalsamar o algún tipo de estúpida medicina. Muchos lugareños decían que había intentado ser médico, que fracasó en sus estudios y que por eso se decantó por el oficio más parecido. Claro que, en un lugar como Stillwater, tampoco es que hubiera muchos entierros, pero Henry se dedicó a cultivar la tierra para compensarlo.

Era una persona mezquina, de carácter morbosos, y un borrachín anónimo a juzgar por la cantidad de botellas vacías que aparecían en su basura. No resultaba extraño que Tom lo odiase y vetara su ingreso en la logia masónica, y tampoco que lo conminara a mantenerse apartado de Sophie cuando intentó acercarse a ella. Sus experimentos con animales iban en contra de las leyes de la Naturaleza y de las Escrituras. ¿Quién podría olvidar el estado en el que fue encontrado aquel perro pastor escocés o lo que le sucedió al gato de la anciana señora Akeley? Luego está lo de la ternera del diácono Leavitt, cuando Tom encabezó una partida de mozos del pueblo para pedir explicaciones. Lo curioso de aquel asunto fue que la ternera apareció viva, a pesar de que Tom la había visto antes más tiesa que un espetón. Algunos dijeron que Thorndike le había gastado una broma a Tom, pero probablemente el primero pensó de distinta manera cuando, antes de que se descubriera el error, cayó desplomado al suelo tras el impacto del puño de su enemigo.

Tom, claro está, andaba medio borracho en esos momentos. Era un verdadero animal, un perverso, y eso estando de buen humor, y tenía medio acobardada a su pobre hermana a base de amenazas. De ahí que ahora sea una criatura atormentada por el miedo. Ambos vivían solos y Tom jamás la dejaría marchar pues eso le obligaría a repartir la hacienda. La mayoría de los aldeanos le tenían tanto miedo que no se atrevían a rondar a Sophie —el mozalbete medía 1,83 metros, incluyendo los calcetines—, pero Henry Thorndike era un tipo escurridizo que siempre se las apañaba para realizar sus deseos a espaldas de los demás. No es que fuera gran cosa, pero Sophie nunca lo desanimó. Aunque era feo y de mediana estatura, la chica habría estado encantada con cualquiera que pudiera alejarla de su hermano.

Seguramente ni tan siquiera llegó a preguntarse cómo se libraría de Henry cuando este la librara de Tom.

Vale, pues así estaban las cosas por junio del 86. Hasta este punto, los chismes que cuentan los haraganes del almacén de Peck no resultan demasiado inquietantes ni portentosos, pero a partir de entonces aumenta considerablemente el nivel de secretismo y malignidad de sus comadreos. Parece ser que Tom Sprague solía irse de juerga a Rutland con cierta asiduidad y estas ausencias le dejaban el camino libre a Henry Thorndike. Tom siempre volvía hecho polvo a casa y el viejo doctor Pratt, que estaba sordo y medio ciego, solía decirle que tuviera cuidado con el corazón y con la posibilidad de que le sobreviniera un ataque de delirium tremens. Los vecinos siempre sabían cuándo había regresado al hogar a causa de los gritos y maldiciones que se oían dentro.

El miércoles nueve de junio, un día después de que Joshua Goodenough acabara de levantar su nuevo granero, Tom dio por iniciada su última y más larga juerga. No regresó hasta la mañana del martes siguiente y los parroquianos que se reunían en el almacén lo sorprendieron fustigando a su semental bayo, algo que siempre hacía cuando estaba bajo los efectos del alcohol. Luego oyeron una serie de gritos, improperios y maldiciones que procedían de la casa de Sprague, y lo primero en lo que todos repararon fue en Sophie, que corría a toda prisa en busca del viejo doctor Pratt.

En cuanto llegó a la casa de Sprague, el doctor descubrió que Thorndike ya estaba allí, y que yacía en la cama del dormitorio con la mirada perdida y rezumando espuma por la boca. El viejo Pratt fue de un lado para otro e hizo los exámenes de rigor, acto seguido sacudió la cabeza y le dijo a Sophie que sentía mucho su pérdida, que su pariente más próximo y amado había atravesado las puertas de nácar en pos de un mundo mejor, y que todos sabían que iba a suceder si, como era el caso, no conseguía dejar la bebida.

Sophie, según los parroquianos, sollozó un poquito, pero tampoco pareció demasiado afectada. Thorndike se limitó a sonreír, sabiendo, quizás, que él, precisamente él —su más encarnizado enemigo—, era ahora la única persona que podría ayudar al difunto Thomas Sprague. Gritó al oído medio sano del viejo doctor Pratt que sería conveniente darse prisa con el entierro de Tom, en vista del estado en el que se encontraba. Los cuerpos de borrachos

empedernidos, tal y como era el caso, siempre estaban sujetos a dudosas alteraciones y cualquier retraso —teniendo en cuenta las pobres infraestructuras locales— podría acarrear funestas consecuencias, tanto visuales como de otra índole, a los afligidos parientes del difunto. El doctor farfulló que el embalsamamiento tendría que haberse hecho antes debido al estado de alcoholización de Tom, pero Thorndike afirmó todo lo contrario, al tiempo que alardeaba de sus habilidades y de los excelentes métodos que había desarrollado durante sus investigaciones.

Es precisamente en este punto donde los chismes de los parroquianos se vuelven extremadamente inquietantes. Hasta aquí suele ser Ezra Davenport el encargado de contar la historia, o Luther Fry, si Ezra está con sabañones, cosa bastante habitual en invierno, pero a partir de entonces el viejo Calvin Wheeler toma el relevo y su voz tiene una terrible e insidiosa facilidad para sugerir todo tipo de horrores ocultos. Si en esos momentos aparece Johnny Dow, todo el mundo se queda callado, pues a nadie en Stillwater le gusta que Johnny se vaya de la lengua con algún forastero.

Calvin se acerca al viajero y a veces lo agarra por la solapa de la chaqueta con una mano huesuda y pecosa mientras entorna sus acuosos ojos azules.

—Verá, señor —masculla—, Henry se fue pa su casa y cogió los bártulos de embalsamar. El chalao de Johnny Dow cargó con la mayoría, pues siempre le estaba haciendo favores, y, como apuntó el matasanos, solo un tarao como Johnny se ofrecería voluntario para preparar el cadáver. El médico siempre decía que Henry hablaba demasiado —que era un bocazas, vamos—, aunque buen trabajador, y también decía que era una suerte que en Stillwater dispusiéramos de un entendido en pompas fúnebres, no como en los demás pueblos hasta Whitby, que tenían que enterrar a las personas tal y como la diñaban.

»—Suponed —decía el de las pompas— que a alguno de vosotros le da uno de esos ataques de parálisis que te quedas como muerto. ¿Qué sentiría el tipo mientras ve cómo lo bajan y empiezan a echarle tierra encima? ¿Cómo se desesperaría al darse cuenta de que está ahí enterrado, bajo una flamante lápida nueva, arañando y escarbando —si aún le quedan fuerzas—, pero sabiendo en todo momento que está condenado? No, señores, no, les aseguro que es una bendición que en Stillwater dispongamos de un médico tan listo,

que sabe cuándo un hombre está muerto y cuándo no, y también de enterrador tan diestro, que puede emperifollar cualquier cuerpo y dejarlo en perfectas condiciones en un santiamén.

»Todo esto nos contaba el Henry, aunque más bien parecía estar dirigiéndose a los restos del pobre Tom... y al viejo doctor Pratt no parecía gustarle mucho lo que estaba captando, a pesar de que Henry le había calificado de matasanos muy listo. El chalao de Johnny se quedó velando el cuerpo, y no resultaba muy agradable oírle decir cosas tales como: “No está frío, doctor”, o “Le he visto mover los párpados”, o “Tiene un pinchazo en el brazo, igualito que el que a mí se me queda cuando Henry me inyecta esa jeringa atiborrada de lo que me hace sentir tan bien”. Thorndike siempre le hacía callar cuando empezaba con esas cosas, aunque todos sabíamos que llevaba tiempo drogando al pobre Johnny. Es un milagro que el desgraciado haya logrado quitarse el hábito.

»Pero lo peor de todo, según palabras del médico, fue la forma en la que el cadáver se puso tieso cuando Henry empezó a inyectarle el fluido de embalsamar. Estaba presumiendo de la maravillosa fórmula que había descubierto experimentando con perros y gatos, cuando de golpe el cuerpo de Tom empezó a sacudirse arriba y abajo como si estuviera vivo y quisiera salir pitando. ¡Que Dios nos asista! El médico nos dijo que se llevó un susto de muerte, y eso que sabía cómo reacciona un cadáver cuando sus músculos empiezan a relajarse. Verá, señor, el caso es que el difunto logró incorporarse y dar un palmetazo a la jeringa de Thorndike, de manera que esta fue a clavarse en el cuerpo del propio Henry, suministrándole una buena dosis de su fluido embalsamador. Henry se asustó mucho, pero pudo extraerse la jeringa y se las arregló para tumbar el cadáver de Tom y pincharle otra dosis del fluido. Para asegurarse le endiñó varias tomas y mientras no dejaba de decirse a sí mismo que su cuerpo había recibido una dosis muy pequeña, pero el chalao de Johnny se puso a gritar “Eso mismo le pinchaste al perro de Lige Hopkins cuando la diñó y estaba to tieso, pero luego se despertó otra vez. ¡Y ahora tú también la vas a diñar, como Tom Sprague! Ya sabes que no hace efecto al instante, a no ser que te hayas pinchado una buena dosis”.

»Sophie estaba en el piso de abajo con varios vecinos: Matilde, mi mujer, que murió hace treinta años, era uno de ellos. Estaban intentando averiguar

qué hacía Thorndike cuando el pobre Tom volvió a casa, y si este había perdido la cabeza al encontrarlo allí. También quiero decir que a muchos de los allí reunidos les pareció bastante curioso que Sophie no se mostrara más abatida ni le importara la forma en la que Thorndike había sonreído. Como tampoco parecieron importarle las habladurías de algunos afirmando que Henry había ayudado a Tom a estirar la pata con sus jeringas y extraños fluidos, o que Sophie también lo pensaba pero hacía lo posible por disimularlo; pero ya se sabe que a todo el mundo le encanta chismorrear a espaldas de los demás. Estábamos al tanto del odio que Thorndike sentía por Tom —y no sin motivos, todo hay que decirlo— y Emily Barbour le dijo a mi Matilde que Henry tenía mucha suerte de que el viejo doctor Pratt estuviera allí presente con el certificado de defunción en regla para que no quedasen dudas.

Llegado a este punto, el viejo Calvin suele empezar a murmurar cosas inentendibles que apenas traspasan sus barbas blancas, greñudas y sucias. La mayoría de los presentes intentan sacarlo de su abstracción, pero él nunca parece darse cuenta. Generalmente es Fred Pack, que por aquel entonces era un simple crío, quien continúa con el relato.

El funeral de Thomas Sprague se celebró el jueves 17 de junio, tan solo dos días después de su muerte. Semejante precipitación resultaba casi indecente en la remota e inaccesible Stillwater, donde la gente tenía que recorrer largas distancias para llegar a cualquier evento, pero Thorndike insistió que era lo adecuado en vista del singular estado de conservación del cuerpo. El sepulturero andaba un tanto nervioso desde que había terminado de preparar el cadáver y con frecuencia era sorprendido mientras estaba tomándose el pulso. El viejo doctor Pratt pensaba que debía estar preocupado por la dosis accidental del fluido embalsamador. Naturalmente, ya habían corrido todo tipo de rumores sobre la «reanimación momentánea», de manera que los parroquianos tenían dos motivos para acudir en masa al evento: la curiosidad y una especie de morboso interés.

Thorndike, a pesar de que se le notaba muy alterado, hacía lo posible por mantener una actitud de lo más profesional. Sophie y todos los que vieron el cuerpo se mostraron muy sorprendidos por su aspecto tan vivo; y mientras tanto, el virtuoso de las jeringas se aseguraba de su trabajo inyectando al

difunto, a intervalos regulares, varias dosis más. Los visitantes y aldeanos casi parecían admirarlo, aunque al final lo estropeó todo por culpa de su petulancia y cháchara insulsa. Siempre que le administraba una nueva dosis al cuerpo repetía sin descanso la misma cantinela sobre lo afortunados que eran al disponer de un sepulturero de primera. ¿Qué habría sido del pobre Tom —diría una y otra vez mirando al cadáver— si le hubiera tocado uno de esos tipos descuidados que entierran vivos a sus clientes? Esa fijación a la hora de hablar de un posible entierro prematuro resultaba cruel y enfermiza.

El funeral se celebró en el atestado saloncito, que no se había abierto desde la muerte de la señora Sprague. El desafinado organillo del locutorio refunfuñaba tristemente y el ataúd, que descansaba sobre unos caballetes junto a la puerta del salón, estaba cubierto de flores pestilentes. Era evidente que la multitud allí reunida batía todos los registros anteriores y Sophie hizo todo lo posible por mostrar un aspecto convenientemente apenado. En ciertos momentos de relajación parecía un tanto inquieta y confundida, y su mirada se repartía a partes iguales entre el enfebrecido sepulturero y el cuerpo de su hermano, que daba la impresión de seguir vivo. En su interior parecía crecer una especie de repulsión hacia Thorndike y los parroquianos murmuraban abiertamente que pronto, ahora que se había librado de Tom, lo mandaría con la música a otra parte... suponiendo, claro, que fuera capaz de hacerlo, pues los tipos tan escurridizos como Thorndike suelen ser difíciles de manejar. Pero con su dinero y el atractivo que aún le quedaba enseguida encontraría un nuevo enamorado que, probablemente, también se encargaría de espantar a Henry.

Mientras en el organillo resoplaban las notas de *Beautiful Isle of Somewhere*, el coro de la iglesia metodista añadió sus lúgubres voces a la atroz algarabía y todo el mundo miró al reverendo Leavitt con devoción... todos menos el tarado de Johnny Dow, que parecía tener los ojos clavados en el cuerpo silente que yacía bajo el cristal del féretro. Y mientras murmuraba algo en voz baja.

Stephen Barbour, que vivía en la granja de al lado, fue el único que se fijó en Johnny. Se sobrecogió mucho al advertir que aquel tarado le estaba hablando al cadáver, que con sus dedos le hacía estúpidas señales, como intentando mofarse del que yacía bajo la lámina de vidrio. Entonces recordó

que Tom había pateado al pobre Johnny en repetidas ocasiones, aunque seguramente no sin previa provocación. Había algo en todo aquello que ponía los nervios de punta a Stephen. En el aire flotaba una especie de tensión contenida, una angustia creciente que no podía definir. No debería haberse permitido la presencia de Johnny en la sala, y resultaba realmente extraña la actitud de Thorndike, que hacía ímprobos esfuerzos por no mirar al cadáver. El sepulturero se tomaba el pulso con mucha frecuencia y un aire de preocupación.

El reverendo Silas Atwood seguía canturreando con monotonía las virtudes del difunto, hablaba de la espada mortal que había caído sobre la pequeña familia, cortando para siempre el lazo terrenal que unía a los queridos hermanos. Algunos parroquianos se miraron entre sí con la mirada gacha mientras Sophie sollozaba inquieta. Thorndike se acercó a ella e intentó consolarla, pero Sophie pareció evitarle de curiosa manera. Henry se mostraba inquieto, como si la extrema tensión que flotaba en el aire le afectara profundamente. Por último, consciente de sus responsabilidades como maestro de ceremonias, se adelantó y anunció con voz sepulcral que se podía contemplar el cuerpo por última vez.

Los amigos y vecinos del difunto fueron desfilando poco a poco ante el féretro después de que Thorndike apartara con brusquedad al chalado de Johnny. Tom parecía reposar en paz. Aquel diablo de hombre había sido apuesto en su día. Se oyeron algunos llantos sinceros y muchos que no lo eran, aunque la mayoría de los parroquianos se conformaron con observar el cuerpo para murmurar luego toda clase de comentarios. Steve Barbour se quedó un rato mirando atentamente aquel rostro silencioso y luego se apartó meneando la cabeza. Su esposa Emilia iba detrás y le dijo al oído que Henry Thorndike había alardeado sin motivo de su trabajo, ya que los ojos de Tom se habían abierto. Cuando empezó el funeral se había acercado para echar un vistazo y estaban cerrados. Pero lo cierto era que tenían un aspecto muy natural, no el que se espera de alguien que lleva dos días muerto.

Cuando Fred Peck llega a este punto suele hacer una pausa, como si no quisiera seguir con la historia. Asimismo, el oyente percibe que algo desagradable está a punto de suceder. Mas Peck tranquiliza a la audiencia asegurando que lo acontecido no fue tan horrible como la gente quiere dar a

entender. Incluso el propio Steve jamás tradujo a palabras lo que pensó en esos momentos, y desde luego el tarado de Johnny no cuenta para nada.

Fue Luella Morse —la inquieta y anciana solterona del coro— la que desencadenó los acontecimientos. Estaba en la fila con los demás, pero cuando llegó al féretro se acercó mucho al cadáver, tanto como solo los Barbour habían hecho con anterioridad. Y entonces, sin previo aviso, lanzó un agudo chillido y cayó desmayada al suelo.

La sala se convirtió al instante en un verdadero caos de confusión. El viejo doctor Pratt se abrió camino hasta Luella y pidió que le trajeran un poco de agua para echársela en el rostro mientras el resto de los parroquianos, sin perder de vista el cadáver, se inclinaban para mirarla. Entonces Johnny Dow se puso a canturrear:

—Lo sabe, lo sabe, oye todo lo que decimos y ve todo lo que hacemos, y van a enterrarlo así —nadie se decidió a detener su cháchara hasta que intervino Steve Barbour.

Luella enseguida recuperó la consciencia, aunque se sentía incapaz de explicar con exactitud el motivo de su desmayo. Lo único que musitaba era algo así como: «Vaya mirada, vaya mirada...» Pero para el resto de los presentes el cadáver seguía pareciendo el mismo. Aunque era un espectáculo bastante grotesco, con esos ojos tan abiertos y ese porte tan saludable.

Y entonces la desconcertada multitud se dio cuenta de algo que borró de sus mentes el cadáver y la anciana solterona. Se trataba de Thorndike, que parecía extrañamente afectado por la repentina excitación de los presentes. En medio del barullo general había caído al suelo y ahora estaba intentando incorporarse. La expresión de su rostro era de un horror extremo y sus ojos estaban adoptando un aspecto vidrioso, como de pez. Apenas podía hablar en voz alta, pero los ronc jadeos que salían de su garganta mostraban una desesperación inenarrable que no pasó desapercibida.

—Rápido, llevadme a casa y dejadme solo. Ese fluido que me inyecté por error en el brazo... el corazón... este jaleo infernal... demasiado para mí... esperad... esperad... no creáis que estoy muerto si parece que... es el fluido... tan solo llevadme a casa y esperad... pronto estaré mejor, aunque no sé cuándo... estaré consciente en todo momento y sabré lo que está pasando... no os equivoquéis...

El viejo doctor Pratt le tomó el pulso mientras sus palabras se desvanecían en la nada. Estuvo examinándole un buen rato y luego meneó la cabeza.

—No hay nada que hacer. Está muerto. Ha sido un fallo cardíaco, y además el fluido que se inyectó en el brazo tiene que haberle afectado negativamente. No sé lo que era.

El desconcierto se apoderó de todos los presentes. ¡Un cadáver más en la sala de la muerte! Solo Steve Barbour pareció reparar en las últimas palabras entrecortadas balbucidas por Thorndike. ¿De verdad estaba muerto, teniendo en cuenta lo que había dicho antes acerca de que simplemente podría parecerlo? ¿No sería mejor esperar un rato y ver lo que pasaba? Y abundando en el asunto, ¿no sería también lo más adecuado que el doctor Pratt le echara otro vistazo al cuerpo de Tom Sprague antes de su entierro definitivo?

El chalado de Johnny empezó a gemir y se arrojó sobre el cadáver de Thorndike como un perro fiel.

—¡No lo enterréis aún, no lo enterréis! No está más muerto que el perro de Lige Hopkins o la ternera del reverendo Deacon después de que les inyectara una dosis completa. ¡Tan solo está bajo los efectos de esa sustancia que te pone cuando quiere que alguien parezca como muerto! Parece un fiambre pero en realidad se da cuenta de todo lo que pasa; mañana estará tan fresco como una lechuga. No lo enterréis aún... ¡Se despertará cubierto de un montón de tierra y no podrá salir! Es un buen hombre, no como ese Tom Sprague. Quiera Dios que Tom sea capaz de escarbar durante horas y horas sin llegar a asfixiarse...

Pero nadie salvo Barbour prestaba atención al pobre Johnny. Además, aunque Steve hubiera dicho algo al respecto tampoco le habrían escuchado. El desconcierto se había adueñado de los presentes. El viejo doctor Pratt estaba acabando de realizar las últimas pruebas y ya murmuraba algo acerca de los certificados de defunción, y el melindroso de Eider Atwood sugirió que no sería mala idea hacer un entierro doble. Muerto Thorndike ya no había sepulturero en esta zona de Rutland y sería un gasto tremebundo traer uno de fuera, y además, aunque Thorndike no estuviera embalsamado, a pesar del calor de junio, nadie se iba a dar cuenta. Tampoco tenía parientes ni amigos que pudieran quejarse, a no ser que Sophie decidiera hacerlo; pero Sophie se

hallaba en el otro extremo de la habitación, mirando fijamente y en silencio, casi de manera morbosa, el ataúd en el que yacía su hermano.

El reverendo Leavitt intentó recuperar el control de la situación y ordenó que trasladaran al pobre Thorndike a la sala de estar mientras enviaba a Zenas Wells y Walter Perkins a la casa del sepulturero en busca de un ataúd del tamaño adecuado. La llave se encontraba en el bolsillo de los pantalones de Henry. Johnny siguió lloriqueando asido al cadáver y Eider Atwood se ocupó de preguntar por el credo de Thorndike, ya que Henry no asistía a los oficios locales. Cuando se descubrió que sus parientes de Rutland —ya muertos todos— habían sido baptistas, el reverendo Silas decidió que el diácono Leavitt se encargara de officiar el responso.

Fue un día de gala para los aficionados a los entierros en Stillwater y alrededores. Incluso la misma Luella se recuperó lo suficiente para asistir al sepelio. Los chismes, habladurías y comadreos corrieron a sus anchas entre el público mientras se intentaba adecentar el cadáver, ya rígido y frío, de Thorndike. Habían echado a Johnny fuera de la casa, acción que fue aprobada por todos los presentes, pero sus gemidos lejanos y espeluznantes se dejaban oír de cuando en cuando en el interior.

Después de meter el cuerpo en la caja y dejar esta al lado de la de Thomas Sprague, los ojos silenciosos, casi aterrorizados, de Sophie la escrutaron con la misma intensidad con la que antes habían mirado a la de su hermano. No había pronunciado ni una sola palabra durante un intervalo de tiempo peligrosamente largo y la expresión de su rostro, en el que se adivinaba una mezcla de sentimientos, resultaba imposible de describir o interpretar. Cuando los parroquianos se retiraban para dejarla a solas con los difuntos se las arregló al fin para decir algo de una manera casi mecánica, aunque nadie pudo entender sus palabras y daba la sensación de que se dirigía alternativamente a uno y otro cadáver.

Y así la farsa funeraria, lo que a ojos de un extraño parecería el clímax de una comedia grotesca y absurda, siguió desgranándose lánguidamente a lo largo de aquella tarde mustia. De nuevo volvió a zumbear el órgano, de nuevo se hicieron oír los cánticos desafinados, de nuevo el aire se llenó de una atmósfera hechizada y de nuevo los parroquianos, curiosos y mórbidos, desfilaron ante los macabros objetos que, en esta ocasión, eran dos cuerpos

inertes. Los más sensibles se estremecían al repetir las mismas acciones, y de nuevo fue Stephen Barbour el único que sintió una nota esquiva de fantasmagórico horror y demoníaca anomalía. Señor, qué aspecto tan vital mostraban ambos cadáveres... y con cuánta ansiedad había insistido el pobre Thorndike en que no lo consideraran muerto... y ese odio intenso que profesaba a Tom Sprague... pero no se podía hacer nada que fuera en contra del sentido común: un muerto siempre es un muerto, y ahí estaba el viejo doctor Pratt, con todos sus años de experiencia... si nadie se molestaba, ¿por qué molestarse uno mismo?... Sin duda, Tom se lo merecía... y si Henry le había hecho algo, ahora ya estaban en paz... bueno, al menos Sophie al fin era libre...

Cuando los parroquianos desfilaron hacia la sala que daba a la puerta exterior, Sophie volvió a quedarse sola frente a los cadáveres. Eider Atwood estaba en el camino hablando con el conductor del coche fúnebre traído de los establos de Lee y el reverendo Leavitt organizaba una doble partida de costaleros para acarrear los ataúdes. Afortunadamente, en el coche fúnebre cabían dos cajas. Todo se desarrollaba con lentitud, y Ed Plummer y Ethan Stone se habían adelantado con un par de palas a cuestas para cavar una segunda fosa. Habría tres o cuatro jamelgos de alquiler y varias carretas en la comitiva; era absurdo pretender que los parroquianos permanecieran alejados de las tumbas.

Entonces se oyó un grito desesperado procedente de la salita en la que Sophie velaba a los difuntos. La multitud se quedó paralizada y todos revivieron la sensación que les había invadido cuando Luella se puso a gritar y luego cayó desmayada. Steve Barbour y el reverendo Leavitt se volvieron para entrar, pero antes de que llegaran a la casa, Sophie se precipitó fuera jadeando y lloriqueando algo así como:

—¡El rostro de la ventana!... ¡El rostro de la ventana!...

En ese mismo instante, una figura de ojos enloquecidos dobló la esquina del edificio, desvelando el porqué del grito desesperado que había lanzado Sophie. El propietario de aquel rostro era sin duda el pobre Johnny, que se había puesto a dar saltos mientras señalaba a Sophie y gritaba sin parar:

—¡Lo sabe! ¡Lo sabe! ¡Lo he visto en su expresión mientras los miraba y hablaba con ellos! Lo sabe y aun así va a dejar que los entierren para que

arañen y escarben la tierra en busca de aire... Pero le hablarán porque ella puede oírles... le hablarán y se materializarán ante ella... ¡y algún día regresarán de la tumba y se la llevarán con ellos!

Zenas Wells se llevó a rastras al tarado hasta un cobertizo de madera que había detrás de la casa y lo ató lo mejor que pudo. Se podían oír sus gritos y forcejeos desde una larga distancia, pero nadie volvió a prestarle atención. La procesión se puso en marcha y lentamente, con Sophie a la cabeza, cubrió la corta distancia que separaba la aldea del camposanto de Swamp Hollow.

Eider Atwood se encargó del sermón mientras bajaban a Thomas Sprague a su última morada, y para cuando la ceremonia hubo terminado, Ed y Ethan ya tenían lista la tumba de Thorndike al otro lado del cementerio, lugar hacia el que se encaminaron todos los presentes. El reverendo Leavitt ofició un sermón más florido y volvió a repetirse el proceso de bajar al cadáver. La gente empezó a marcharse en grupos y por todas partes se oía el bullicio de personas y carros en movimiento mientras las palas volvían a amontonar la tierra. Caía con un golpe sordo sobre las cajas, primero sobre la de Thorndike, y Steve Barbour se dio cuenta de la extraña expresión que se dibujaba en el rostro de Sophie Sprague. Se sentía incapaz de adivinar su significado, pero por debajo de aquella expresión de aparente serenidad creyó advertir una especie de repugnante, perversa, furtiva mirada de triunfo. Meneó la cabeza.

Zenas había sacado del cobertizo al tarado de Johnny antes de que Sophie volviera a su casa, y el pobre idiota salió corriendo en dirección al camposanto. Llegó antes de que los enterradores terminaran la tarea, cuando aún quedaban bastantes curiosos por los alrededores. Los que oyeron lo que gritó ante la fosa medio llena de Tom Sprague, y los que vieron cómo se puso a escarbar entre la tierra suelta que formaba un montículo en la de Thorndike, al otro lado del cementerio, aún se estremecen al recordarlo. Jotham Blake, el alguacil, tuvo que llevárselo al pueblo a la fuerza y sus gritos no dejaron de oírse durante todo el trayecto.

En este punto Fred Peck suele dar por finalizada la historia. ¿Qué más, pregunta, podría decirse? Fue un suceso fantasmagórico y nadie puede sorprenderse mucho de que Sophie se convirtiera en una persona un poco rara. Y esto es todo lo que el curioso escucha si es demasiado tarde y el viejo

Calvin Wheeler ya se ha ido cojeando a su casa, pero si aún está allí vuelve a tomar la palabra con esa voz condenada, insidiosa y susurrante. A veces los que le escuchan luego temen pasar por delante de la casa cerrada o del camposanto, sobre todo si ya es de noche.

—¡Ejem! Hmmm... ¡Fred solo era un mocoso imberbe por aquel entonces y no recuerda ni la mitá de las cosas! Usted quiere saber por qué Sophie mantiene cerrá su casa a cal y canto, y por qué el tarao de Johnny aún sigue hablando con los muertos y gritando cosas a las ventanas de Sophie. Pues verá, señó, ignoro si sé todo lo que tiene que saberse, pero le aseguro que he oído todo lo que he oído.

Aquí el viejo escupe el tabaco de mascar y se aproxima al oyente, como si estuviera profundamente interesado en el ojal de su chaqueta.

—Ocurrió aquella misma madrugada, hacia la aurora, creo yo, justo ocho horas después de los entierros... Entonces escuchamos el primer grito que venía de la casa de Sophie. Nos despertó a tos... Emilia y Steve Barbour, Matilde y yo mismo, tos fuimos corriendo en pijama hasta que nos encontramos a Sophie, vestía de arriba abajo y tan tiesa como un fiambre, desmayá en el suelo del vestíbulo. Por suerte no habíao cerrao la puerta. Cuando conseguimos reanimarla temblaba como una hoja y no quiso endecirnos ni una palabra de lo que había sucedió. Matilde y Emilia hicieron too lo que pudieron por tranquilizarla, pero Steve me susurró unas cuantas cosas que me dejaron bastante desconcertao. Al cabo de una hora, cuando ya nos íbamos pa casa, Sophie empezó a inclinar la cabeza hacia un lao, como si estuviera escuchando algo. Entonces, en de repente, se puso a gritar de nuevo y volvió a caer desmayá.

»Bueno, señó, le digo lo que le digo, y no me imagino las cosas como habría hecho Steve Barbour si se hubiera atrevió. Siempre era el primero en sospechar cosas raras... Se murió de neosmomía hace diez años...

»Lo que se oía muy bajito era la cháchara del pobre tarao de Johnny, claro está. Apenas hay un kilómetro y medio hasta el cementerio y seguro que se había escapao por una de las ventanas de la granja donde lo habían encerrao, aunque el alguacil Blake se empeñe en decir que no había salió aquella noche. Desde entonces siempre anda merodeando por las tumbas y no para de hablar con ambas dos; se dedica a maldecir y patear la de Tom, y a

poner florecillas y cosas en la de Henry. Y cuando no está por allí se va pa la casa de Sophie, se acerca a las ventanas cerrás y se pone a gritar como un descosío que pronto van a venir a por ella.

»Ella nunca se acerca al camposanto y ahora ya no sale de la casa ni ve a naide. Dice que hay una maldición sobre Stillwater, y que me aspen si no tiene algo de razón en vista de cómo andan las cosas hoy en día. Hay algo muy raro en la Sophie. En cierta ocasión en que Sally Hopkins estaba de visita —creo que fue allá por el 97 ó 98— las enredaderas del muro empezaron a sacudirse de mala manera, y eso que por entonces Johnny estaba bien encerrao, como no se cansa de jurar el alguacil Dodge. Pero yo no le hago mucho caso a toas esas historias de ruidos que siempre se oyen el diecisiete de junio, ni a las que hablan de figuras agazapás frente a la puerta de Sophie o trepando por las enredaderas en las noches oscuras hacia las dos de la madrugada.

»Ya ve usté, también fue a las dos de la madrugada cuando Sophie oyó por vez primera, la mesmésima noche de los entierros, aquellos ruidos raros que la provocaron dos desmayos seguidos. Matilde, Emilia, Steve y yo mismo también los escuchamos la segunda vez, tal y como ya le he contaó, aunque sonaban muy apagaos. Y le vuelvo a repetir que yo creo que fue el tarao de Johnny desde el camposanto, diga lo que diga Jotham Blake. Es imposible distinguir a qué hombre pertenece una voz desde tan lejos, y estábamos tan atontaos que no nos pareció extraño creer escuchar dos voces distintas, dos voces que jamás deberían haber sonao.

»Steve afirmó haber escuchao más cosas que yo mismo. Pa mí que estaba muy impresionao por las historias de fantasmas. Matilde y Emilia estaban tan asustás que no se acuerdan de na. Y es curioso que naide más en el pueblo — si es que había alguien levantaó a esas horas— dijo nunca nada acerca de esas voces tan raras.

»Fuera lo que fuese sonaban tan apagás que bien podrían haber sido cosa del viento... pero, claro, también estaban esas palabras. Conseguí distinguir algunas, aunque no voy a decir que confirmo todo lo que Steve aseguró haber escuchao...

»“Arpía”... “por siempre”... “Henry”... y “vivo” se oyeron con claridad... y también “lo sabes”... “dijiste que me ayudarías”... “que te

desharías de él” y “me enterraste”... Todo esto con una voz extrañamente cambiá... Y aluego vino ese espeluznante “¡volveré algún día!”, como un graznido infernal... Pero naide puede convencerme de que no fue Johnny el autor de aquellos sonidos...

»¡Oiga! ¡Usté! ¿Por qué sale pitando? Seguro que puedo contarle más cosas, si logro acordarme...

EL DIARIO DE ALONZO TYPER

The Diary of Alonzo Typer (1935)

William Lumley & H.P. Lovecraft

NOTA DEL EDITOR: Alonzo Hasbrouck Typer, de Nueva York, fue visto por última vez el 17 de abril de 1908, alrededor del mediodía, en el Hotel Richmond de Batavia. Era el último descendiente de una antigua familia del condado del Ulster y tenía cincuenta y tres años en el momento de su desaparición.

El señor Typer recibió una educación privada y luego asistió a las universidades de Columbia y Heidelberg. Fue un estudiante durante toda su vida y el campo de sus investigaciones a menudo se internaba en esa frontera difusa, muchas veces temible, que linda con el simple conocimiento humano. Sus escritos sobre vampirismo, *gules* y fenómenos *poltergeist* fueron impresos de forma privada cuando los editores se negaron a publicarlos. En 1902 abandonó la Sociedad de Investigaciones Psíquicas tras una serie de debates especialmente ácidos.

El señor Typer solía viajar a lugares lejanos en determinadas ocasiones y a veces se le perdía de vista durante largos periodos de tiempo. Se sabe que había visitado ciertos parajes oscuros del Nepal, la India, el Tíbet e Indochina, y que pasó la mayor parte de 1899 en la misteriosa Isla de Pascua. La búsqueda intensiva que se llevó a cabo tras su desaparición no dio ningún resultado positivo, y sus posesiones fueron finalmente repartidas entre varios

primos lejanos que residían en la ciudad de Nueva York.

El diario que aquí presentamos fue supuestamente encontrado entre las ruinas de una mansión rural cerca de Attica, Nueva York, una mansión que se había ganado una extraña y siniestra reputación mucho antes de caer derrumbada. El edificio era muy antiguo, ya que había sido construido antes de que la región fuera colonizada totalmente por el hombre blanco, y fue el hogar de una extraña y misteriosa familia, los van der Heyl, que se había desplazado desde Albany en 1746 perseguida por un sospechoso halo de brujería. Con toda probabilidad, los cimientos de la casa databan de 1760.

Poco se sabe de la familia van der Heyl. Sus miembros no solían relacionarse con el vecindario, tenían unos sirvientes negros que habían traído directamente de África y apenas hablaban inglés, y educaban a sus hijos de forma privada y en ciertos colegios de Europa. A los que emigraban a otros lugares del mundo muy pronto se les perdía de vista, pero nunca sin haberse ganado antes una malsana reputación como simpatizantes de las Misas Negras y de ciertos cultos cuya naturaleza era aún más tenebrosa.

En los alrededores de aquella terrible mansión pronto se levantó un poblado habitado por indios y, más adelante, por fugitivos de todas las partes del condado; esta aldea tenía el dudoso nombre de Chorazin. Los etnólogos han escrito varias monografías sobre la variedad de rasgos hereditarios que aparecieron entre los habitantes de la mestiza Chorazin. Justo detrás del pueblo, a la vista de la mansión de los van der Heyl, hay una colina en cuya cresta se yergue un extraño círculo de viejas piedras enhiestas que los indios iroqueses siempre observaron con miedo y repulsión. El origen y la naturaleza de aquellas piedras, cuya antigüedad según las evidencias arqueológicas y climáticas podría ser fabulosa, aún no se ha determinado.

A partir de 1795, las leyendas de los nuevos colonizadores y de los residentes que se establecieron después aluden con frecuencia a ciertos gritos y cánticos extraños que se oyen en determinadas estaciones del año en Chorazin, la enorme mansión y la colina erizada de piedras; aunque hay razones para creer que los ruidos cesaron alrededor de 1872, cuando todos los van der Heyl —los criados incluidos— desaparecieron de forma súbita y simultánea.

Desde entonces la mansión estuvo un tiempo desierta, ya que se

produjeron varios incidentes funestos —tres muertes misteriosas, cinco desapariciones y cuatro casos de locura repentina— entre los propietarios y visitantes que intentaron habitarla luego. La casa, el pueblo y las amplias zonas rurales que se extendían por los alrededores revirtieron en el Estado y finalmente fueron puestas a subasta tras no poder localizarse a ningún heredero de la familia van der Heyl. En 1890, los últimos propietarios (los difuntos Charles A. Shields y su hijo Oscar S. Shields, originarios de Buffalo) dejaron la propiedad en un estado de abandono absoluto, aconsejando a cualquier que se interesaba por la hacienda que no se acercara nunca por la región.

Se sabe de algunas personas que visitaron la casa a lo largo de los últimos cuarenta años. La mayoría eran investigadores ocultistas, agentes de policía, periodistas y otros sujetos peculiares de origen indeterminado. De entre estos últimos cabe destacar un misterioso euroasiático, probablemente de la Conchinchina, que apareció en un estado de locura extrema y con el cuerpo repleto de repugnantes mutilaciones; el suceso ocupó los titulares de prensa durante buena parte de 1903.

El diario del señor Typer —un cuaderno de unos 16 por 9 centímetros, recio papel y tapas compuestas por unas delgadas láminas de metal insólitamente duradero— estaba en poder de uno de los degenerados habitantes de Chorazin, y fue descubierto el 16 de noviembre de 1935 por un policía estatal que había sido enviado a investigar las causas del súbito hundimiento de la mansión de los van der Heyl. Ciertamente, la casa se había derrumbado y todo hacía pensar que el porqué de tal hecho tenía mucho que ver con la antigüedad y decrepitud del edificio, y con la terrible tormenta que se desató el 12 de noviembre. La mansión quedó en un curioso estado de ruina total y no se pudo llevar a cabo una inspección minuciosa de los restos durante varias semanas. John Eagle, el individuo atezado de aspecto simiesco y rasgos indios en cuyo poder estaba el diario, declaró haberlo encontrado entre los escombros caídos del piso de arriba, que seguramente pertenecían a una habitación delantera.

Apenas se podía distinguir nada del contenido originario de la mansión, aunque aún permanecía intacta una vasta e increíblemente sólida cripta de ladrillo (cuya antiquísima puerta de hierro tuvo que ser volada pues su

cerradura, cubierta de extrañas figuras, fue imposible forzar) que guardaba extrañas sorpresas. Por algún oculto motivo, las paredes estaban recubiertas de jeroglíficos desconocidos burdamente tallados en la mampostería. Otro descubrimiento insólito fue el de una formidable abertura circular que se abría en la parte posterior de la cripta y que estaba bloqueada por los escombros caídos al desplomarse la mansión.

Pero lo más extraño de todo fue el descubrimiento de una sustancia fétida, legamosa, tan negra como la tinta, que parecía haberse depositado muy *recientemente* y fluía por entre los adoquines del suelo dibujando una línea ondulante de casi un metro de extensión cuyo origen se encontraba en uno de los extremos de la bloqueada abertura circular. Los primeros que accedieron a la cripta declararon que el lugar olía igual que los habitáculos de los reptiles de un zoo.

El diario, cuyo objetivo inicial sin duda era informar de las investigaciones llevadas a cabo por el desaparecido señor Typer sobre la aterradora mansión van der Heyl, es auténtico, tal y como lo ha confirmado un grupo de expertos calígrafos. La escritura muestra síntomas de un estado de nerviosismo cada vez más intenso y al final del mismo hay partes que resultan casi ilegibles. Los habitantes de Chorazin —cuya reserva y estupidez desconcertó a los investigadores que se ocuparon de la región y sus secretos — juran no reconocer al señor Typer de entre todos los demás visitantes que se acercaron a la aterradora mansión.

Hemos reproducido el contenido del diario al pie de la letra, sin incluir ninguna clase de comentario. El lector deberá decidir por sí mismo cómo interpretarlo y cuánta credibilidad dar a la supuesta locura de su autor. Solo el futuro dirá en qué medida puede solucionar un misterio que se ha venido arrastrando durante toda una generación. Hay que dejar bien claro que los genealogistas han confirmado los tardíos comentarios del señor Typer acerca de *Adriaen Sleght*.

EL DIARIO

17 de abril de 1908

Llegué a las seis de la tarde. Tuve que venir andando desde Attica, perseguido por una tormenta inminente, ya que nadie quiso alquilarme ninguna carreta ni caballo y no sé conducir automóviles. El sitio es bastante peor de lo que había imaginado y me da miedo lo que pueda suceder, a pesar de que, al mismo tiempo, voy a descubrir un secreto. Queda poco para esa noche tan señalada —el horror de la Fiesta de Walpurgis— y tras aquella estancia en Gales sé muy bien lo que tengo que buscar. Pase lo que pase, no desfalleceré. Espoleado por un ansia inexplicable, he consagrado toda mi vida a la búsqueda de misterios profanos. Por eso he llegado hasta aquí y no pienso cambiar mi destino.

Estaba muy oscuro cuando llegué, aunque el sol todavía no se había puesto. Las nubes de tormenta eran las más espesas que había visto en mi vida y, de no ser por los relámpagos, jamás habría encontrado el camino. La aldea parece una pequeña cloaca hedionda y sus escasos habitantes apenas merecen otro calificativo que el de idiotas. Uno de ellos me saludó de una forma insólita, como si ya me conociera. Apenas pude ver el paisaje: un diminuto valle pantanoso tapizado de extraños juncos marrones, hongos putrefactos y arbolillos malsanos, retorcidos y de ramas desnudas. Detrás del pueblo se yergue una colina melancólica cuya cima está coronada por un círculo de enormes piedras en cuyo centro destaca otro bloque rocoso. Sin duda se trata del maligno objeto primordial del que V... me habló refiriéndose al N...

La gran mansión se alza en mitad de una pradera repleta de extrañas zarzas. Apenas pude abrimme paso entre ellas y cuando al fin conseguí hacerlo la decadencia y enorme antigüedad del edificio hizo que casi no me atreviera a penetrar en su interior. Parecía un lugar inmundo y enfermizo, y fantaseé calculando cuántos leprosos habrían cabido entre sus muros. Se trata de una casa de madera, y aunque su estructura original está oculta por un laberinto de nuevas secciones y alas añadidas a lo largo del tiempo, creo que originalmente fue construida en base al característico estilo colonial de Nueva Inglaterra. Seguramente su construcción fue más sencilla que la de una típica casa holandesa de piedra; dicho lo cual, ahora recuerdo que la esposa de Dirck van der Heyl procedía de Salem y era la hija del innombrable Abaddon Corey. Había una pequeña galería con columnas y pude refugiarme dentro

justo antes de que estallara la tormenta. Fue una tempestad terrible, los cielos estaban tan negros como la noche, la lluvia caía a raudales, los truenos y los relámpagos estallaban como si fuera el día del juicio final mientras el viento huracanado azotaba mi cuerpo. La puerta estaba entreabierta, así que encendí la linterna eléctrica y me adentré en el interior de la casa. Una gruesa capa de polvo cubría el piso y los muebles, y el lugar apestaba como un sepulcro centenario. Me hallaba en un amplio vestíbulo de cuyo flanco derecho partía una escalera de caracol. Subí cuidadosamente por ella y me instalé en un dormitorio de la parte delantera. La estancia está completamente amueblada, aunque la mayoría del mobiliario se encuentra en un estado lamentable. Escribo todo esto a las ocho en punto de la tarde, después de comer algunas viandas frías que portaba en mi maletín de viaje. Los habitantes del pueblo se encargarán de aprovisionarme a partir de ahora, aunque se niegan a traspasar las ruinas del portón del jardín si es demasiado tarde. Desearía quitarme de encima la desagradable sensación de familiaridad que este lugar me produce.

Más tarde

Siento la presencia de varias entidades que vagabundean por la casa. Una de ellas en concreto se muestra decididamente hostil hacia mi persona, una voluntad malévola que quiere doblegar mi espíritu y acabar conmigo. No puedo bajar la guardia ni un solo instante. Tengo que resistir como sea. Es increíblemente perversa y, sin duda, sobrenatural. Supongo que está aliada con poderes ajenos a la tierra, poderes que pululan más allá del espacio, más allá del Universo. Sobresale como un ente colosal, confirmando lo apuntado en los escritos *Aklo*. Su tamaño es de tal vastedad que, aun siendo invisible, a veces me pregunto cómo estas habitaciones pueden contener su volumen. Su edad tiene que ser sorprendente, inconcebible y extraordinariamente inmensa.

18 de abril

Anoche dormí poco. Hacia las 3 de la madrugada empezó a soplar un viento extraño y susurrante que fue ganando intensidad hasta sacudir la casa con la fuerza de un huracán. Mientras bajaba por las escaleras para atrancar la

puerta principal, que se sacudía agitada por el viento, me pareció distinguir en medio de la oscuridad un montón de formas translúcidas. Casi había llegado al descansillo cuando fui empujado violentamente por la espalda; supongo que fue cosa del viento, aunque podría jurar que, al volverme rápidamente hacia atrás, vi la silueta de una gigantesca zarpa negra que se disolvía en las tinieblas. Conseguí mantener el equilibrio, bajar al vestíbulo y correr el pesado candado de aquella peligrosa puerta batiente.

No quería emprender la exploración de la casa hasta la mañana siguiente; sin embargo, incapaz de conciliar el sueño y estimulado por una mezcla de terror y curiosidad, no pude contener los deseos de iniciar la tarea en ese mismo instante. Gracias a la potente luz de la linterna, me abrí paso entre el polvo hasta llegar al gran salón del ala sur, lugar en el que se hallaban los retratos. Y allí estaban, tal y como me había asegurado V..., y tal y como yo también lo sabía en virtud de una especie de tenebrosa fuente instintiva. Algunos estaban tan mohosos, empañados y descoloridos que apenas pude distinguir sus facciones, pero en otros sí pude reconocer los típicos rasgos del aborrecible linaje de los van der Heyl. Algunas de las pinturas mostraban unos personajes que me parecía conocer de antes, pero soy incapaz de recordar *quiénes* eran.

La pintura que mejor se veía era la del espeluznante Joris, el mestizo engendrado en 1773 por la hija más joven del viejo Dirck; incluso distinguía el color verde de los ojos y los rasgos de reptil de su rostro. Cada vez que apagaba la linterna surgía ante mí aquel rostro, como brillando en medio de la oscuridad, hasta que al fin me convencí de que resplandecía con una verdosa y suave luz propia. Cuanto más lo miraba, más perverso me parecía, así que me retiré para escapar de aquellas alucinaciones tan inconstantes.

Pero lo que encontré al darme la vuelta fue mucho peor. Un rostro severo, alargado, unos ojos pequeños y entornados, unos rasgos porcinos que reconocí al instante, a pesar de que el retratista había hecho todo lo posible por humanizar aquel hocico de cerdo. Era tal y como me lo había descrito V... Mientras lo observaba horrorizado, me dio la sensación de que los ojos adquirían un brillo rojizo, y por un instante el paisaje se vio reemplazado por una escena extraterrestre y en apariencia anodina: una ciénaga desolada y sombría bajo un sucio cielo pardusco en la que crecían unas zarzas de aspecto

enfermizo. Temiendo por mi salud mental, huí de aquella sala diabólica y me retiré a la habitación libre de polvo en la que había instalado mi «campamento».

Más tarde

Decidí explorar algunas de las laberínticas alas de la mansión bajo la luz del día. No puedo perderme ya que mis pisadas se distinguen perfectamente en la capa de polvo que cubre el suelo y puedo recurrir a otras señales si lo considero necesario. Resulta curioso con cuánta facilidad asimilo las intrincadas vueltas y revueltas de los corredores. Me interné por uno que marchaba hacia el norte hasta quedar bloqueado por una puerta cerrada que acabé forzando. Al otro lado había una habitación diminuta repleta de muebles con los paneles de madera de la pared carcomidos por los gusanos. Al fondo, entre las desgastadas maderas, distinguí un boquete negro que daba a un pasaje secreto, un pasaje que descendía a unas profundidades tenebrosas y desconocidas. Era como una especie de rampa o túnel muy inclinado, sin escalones ni agarraderas donde sujetarse, y me cuestioné qué uso se le podría haber dado.

Encima del hogar había una pintura mohosa que, tras examinar atentamente, decidí representaba a una joven vestida a la moda de finales del siglo XVIII. Su rostro poseía una belleza clásica, a pesar de que mostraba la expresión más diabólica que nunca he visto en un ser humano. Aquellas facciones tan delicadamente pintadas no solo eran crueles, voraces y maliciosas, sino que también poseían una cualidad espeluznante que estaba más allá de la comprensión humana. Mientras examinaba el cuadro me dio la impresión de que el artista —o el lento proceso de decadencia y enmohecimiento— había dotado a aquella figura desvaída de una luminosidad verdosa y de una textura escamosa que apenas resultaba perceptible. Más tarde subí a la buhardilla y encontré varios baúles repletos de extraños libros; la mayoría de los volúmenes mostraban una encuademación y un tipo de letra completamente desconocida. Uno de ellos contenía ciertas variantes de la fórmula *Aklo* de cuya existencia jamás había sospechado. Aún no he examinado los libros que descansan en las estanterías

de la planta baja.

19 de abril

No tengo duda de que hay presencias invisibles rondándome, aunque las únicas pisadas que quedan impresas en el polvo son las mías. Ayer abrí una senda entre los juncos hasta la entrada del jardín, donde dejan mis provisiones, pero esta mañana la he encontrado cerrada. Resulta bastante extraño, pues la savia primaveral apenas fluye por la maleza. De nuevo me embargó esa sensación de estar acompañado por algo tan colosal que las habitaciones apenas pueden contenerlo. En esta ocasión sentí que había más de una presencia de tamaño formidable, y ahora sé que el tercer ritual *Aklo* — uno de los que ayer descubrí en el libro de la buhardilla— podría hacer que se materializaran. No sé si me atreveré a recitar la fórmula. Los riesgos son grandes.

Anoche empecé a vislumbrar sombras de rostros y cuerpos evanescentes que vagabundeaban por los pasillos y los rincones más oscuros de las alcobas, rostros y cuerpos tan espantosos, tan terroríficos, que no me atrevo a describir. Parecen estar ligados a la misma sustancia y voluntad de aquella garra titánica que me empujó escaleras abajo hace dos noches; aunque también puede ser que se trate de simples fantasmas esbozados por mi desbocada imaginación. Lo que realmente busco no tiene por qué parecerse a estas cosas. Otra vez he visto la garra, a veces se muestra sola, a veces acompañada, pero he decidido hacer caso omiso de tales fenómenos.

Durante la tarde exploré el sótano por primera vez. Bajé por una escalera de mano que encontré en la despensa, ya que los peldaños de madera de la principal estaban carcomidos. El lugar es un cuchitril repleto de incrustaciones nitrosas y amorfos montones que delatan la antigua situación de diversos objetos desintegrados. Al fondo se abre un estrecho pasillo que parece ir en la misma dirección norte que el corredor donde descubrí la habitación sellada, y detrás del mismo hay un grueso muro de ladrillo con una puerta de hierro acerrojada. En apariencia se trata de una especie de cripta, cuyas puertas y muros tienen ciertas características del estilo arquitectónico del siglo XVIII; seguramente fue construida al mismo tiempo

que las últimas edificaciones añadidas a la vivienda, las cuales poseen atributos claramente pre-revolucionarios. El cerrojo —bastante más antiguo que el resto de los herrajes— está repleto de signos tallados que no consigo descifrar.

V... no me dijo nada de esta cripta. Me trastorna mucho más que cualquiera de las otras cosas que he visto, pues siempre que me aproximo a ella siento un impulso casi irresistible de quedarme a *escuchar* algo. Sin embargo, hasta ahora no he percibido ningún *sonido* adverso ni especialmente inquietante en este lugar maléfico. Mientras abandonaba el sótano deseé con todas mis fuerzas que los escalones hubieran estado en mejores condiciones, ya que mi ascenso por la escalerilla de mano se me hizo enloquecedoramente lento. No quiero bajar de nuevo, sin embargo una vena perversa me impulsa a intentarlo *de noche*... si realmente aspiro a saber lo que hay que saber.

20 de abril

He sondeado los abismos del horror, y ahora descubro otros aún más profundos. Anoche no pude resistir la tentación y en las horas más oscuras de la madrugada volví a bajar, alumbrado por la luz de mi linterna, a aquel sótano mohoso e infernal, y me acerqué, andando de puntillas entre los irregulares amontonamientos, a la terrorífica pared de ladrillo y a la puerta sellada. Me mantuve en silencio y no se me ocurrió recitar ninguno de los conjuros que conocía, pero sí estuve escuchando, escuchando con una intensidad enloquecedora.

Por fin oí los ruidos que se producían al otro lado de aquellas planchas de hierro fundido, el roce de unas pisadas mórbidas, los susurros contenidos, como de cosas nocturnas y gigantescas que se desplazaban de un lado a otro. Y luego, además, escuché una especie de sonido deslizante, como si una serpiente enorme o una bestia marina arrastrara su monstruosa y arrugada sustancia sobre el piso enlosado. Casi paralizado por el terror, observé el enorme y oxidado cerrojo, y los extraños, enigmáticos jeroglíficos que sobre él estaban grabados. Se trataba de unos signos que no podía descifrar, y tenían un aire mongoloide que hablaba de una antigüedad blasfema e

inabarcable. A veces me daba la sensación de que brillaban con luz verdosa en medio de la oscuridad.

Me di la vuelta para emprender la huida, pero me topé con unas garras titánicas que parecían cada vez más grandes y reales. Se extendían por las tinieblas infernales y, tras ellas, casi podían distinguirse unas muñecas escamosas que las guiaban con una voluntad maligna y constante. Entonces, a mi espalda, en el interior de aquella cripta abominable, escuché una explosión de ruidos que parecían ecos de truenos lejanos en un mundo remoto. Acuciado por el espanto, me abrí paso con la linterna en alto hacia las tenebrosas garras y vi cómo desaparecían ante los rayos de la luz eléctrica. Subí a toda prisa por la escalera de mano, sujetando la linterna entre los dientes, y no paré hasta llegar al «campamento» del segundo piso.

No quiero ni imaginar lo que puede suceder a partir de ahora. Vine aquí para investigar y ahora sé que algo me está buscando. Tampoco puedo huir. Esta mañana intenté llegar a la puerta del jardín para recoger las provisiones, pero las zarzas habían invadido la senda. Lo mismo sucedía por todas partes; también detrás y a ambos lados de la mansión. En ciertos lugares, aquellas enredaderas repletas de espinas habían alcanzado una altura espectacular, creando una especie de cerco, tan sólido como una alambrada de hierro, que me impedía el paso. Seguro que los habitantes del pueblo tienen mucho que ver con todo esto. Al regresar encontré las provisiones en el vestíbulo, aunque no tenía ni idea de cómo habían llegado hasta allí. Ahora me arrepiento de haber quitado el polvo del suelo. Esparciré lo que pueda y así podré volver a distinguir las huellas.

Por la tarde leí algunos libros en la inmensa y tenebrosa biblioteca que hay en el extremo posterior de la planta baja y he llegado a ciertas conclusiones que no me atrevo a mencionar. Nunca antes había leído los *Manuscritos Pnakóticos* ni los *Fragmentos de Eltdown*, y tampoco lo habría hecho ahora de saber lo que contenían. Creo que ya es demasiado tarde, pues solo faltan diez días para la abominable Noche de Walpurgis. Me están reservando para esa noche de horror.

21 de abril

He vuelto a estudiar los retratos. En algunos figura su nombre y he descubierto uno —el de una mujer de rasgos malévolos pintado dos siglos atrás— que me ha desconcertado. Se trataba de una tal Trintje van der Heyl Sleght, y me ha dado la sensación de que ya me había topado antes con el apellido Sleght. En aquella ocasión no tenía connotaciones horribles, aunque ahora sí. Tengo que devanarme los sesos hasta dar con la explicación.

Me obsesionan los *ojos* de ese retrato. ¿Cómo es posible que algunos parezcan más vivos y definidos, que descuellen entre esa capa de polvo, moho y decadencia? Hechiceros con rasgos de serpiente o rostros porcinos me vigilan de forma aterradora desde el interior de aquellos marcos descoloridos, un sinfín de caras mestizas empiezan a espiarme sobre unos fondos sombríos. En todos ellos se advierten terroríficos rasgos familiares, y lo que tienen de humano resulta más espeluznante que lo que no lo es. Desearía que me recordasen tanto a otras caras, caras que he conocido en el pasado. Pertenecían a una rama familiar maldita y Cornelis de Leyden era su peor exponente. Fue *él* quien rompió la barrera después de que su padre encontrara la otra llave. Estoy seguro de que V... tan solo conoce una parte de la horrible verdad, así que me siento indefenso y mal preparado. ¿Qué fue de la rama familiar que precedió al viejo Claes? Lo que hizo en 1591 jamás habría acontecido de no ser por una sucesión de generaciones y generaciones de malignos descendientes. ¿Y qué fue de las ramas hereditarias surgidas de aquella estirpe bestial? ¿Acaso están diseminadas por el mundo, esperando que salga a la luz su herencia de horror? Tengo que recordar el sitio en el que, de forma tan distintiva, escuché el apellido Sleght.

Quisiera estar seguro de que esas pinturas permanecen siempre encerradas en el interior de sus marcos. Desde hace varias horas estoy presenciando todo tipo de apariciones que vienen y van, igual que las garras, las formas y rostros sombríos que vi al principio, aunque en esta ocasión parecen salidas directamente de algunos de los vetustos retratos. Por algún motivo, jamás puedo vislumbrar al mismo tiempo la aparición y el retrato en el que esta está representada; o bien las luces no son las adecuadas o bien ambas, la aparición y la pintura, se encuentran en distintas habitaciones.

Quizá, o eso espero al menos, las presencias no son más que simples creaciones de mi imaginación; pero no puedo estar seguro. Algunas son

hembras, y todas poseen la misma belleza infernal que irradiaba el retrato de la mujer que descubrí en el pequeño cuarto sellado. Algunas no aparecen en ninguna de las pinturas que he visto y, sin embargo, no tengo dudas de que sus rasgos han sido pintados, de que acechan bajo una capa de polvo y moho que no puedo penetrar con mis ojos. Me siento aterrorizado al descubrir que algunas de esas presencias han alcanzado un estado muy próximo a la materialización, y también me aterra la sensación de inexplicable familiaridad que me producen.

Una de esas mujeres supera en belleza a todas las demás. Sus venenosos encantos son como los de una flor melosa que creciera en el mismísimo borde del infierno. Cuando la observo con fijeza desaparece, pero siempre vuelve más tarde. Su rostro brilla con un fulgor verdoso y a veces creo distinguir una especie de textura escamosa recubriendo su tersa piel. ¿Quién es? ¿Será la misma hembra que habitó aquella diminuta habitación cerrada uno o dos siglos atrás?

De nuevo alguien me ha dejado las provisiones en el vestíbulo; parece que así será a partir de ahora. Había esparcido algo de polvo para que las huellas quedaran impresas, pero algún agente desconocido se ha encargado de dejarlo todo bien limpio.

22 de abril

Esta ha sido una jornada de terribles descubrimientos. Volví a explorar la polvorienta buhardilla y encontré un ruinoso baúl repujado —sin duda de origen holandés— repleto de papeles y libros blasfemos, cuya antigüedad era mucho mayor que la de cualquier otro objeto hallado hasta entonces. Contenía una versión griega del *Necronomicon*, otra franco-normanda del *Libro de Eibon* y la primera edición del viejo *De Vermis Mysteriis*, de Ludvig Prinn. Pero lo peor de todo fue el vetusto manuscrito encuadernado. Estaba escrito en latín vulgar con la retorcida y extraña caligrafía de Claes van der Heyl, y se trataba con toda seguridad de un diario o libro de notas que había llevado entre 1560 y 1580. Cuando desabroché el cierre de plata renegrida y hojeé las páginas amarillentas, ante mis ojos apareció una cuartilla con un dibujo coloreado: una especie de criatura monstruosa con rasgos de

cefalópodo, tentáculos y hocico, grandes ojos amarillos y una abominable silueta que, en ciertos aspectos, se parecía mucho a la de cualquier ser humano.

Nunca había visto algo tan espeluznante y aterrador. De las extremidades inferiores y superiores y de los tentáculos sobresalían unas curiosas garras que me recordaban a las sombras bestiales que me acechaban por los pasillos. La criatura descansaba sobre un trono elevado cuyo pedestal estaba repleto de extraños jeroglíficos que tenían cierta semejanza con la grafía china. Tanto la figura como los grabados estaban envueltos en un aire tan siniestro de maldad que me sentí incapaz de relacionarlos con este mundo o con una fecha determinada. Esa forma monstruosa más bien parecía el *súmmum* de toda la malicia reconcentrada del espacio infinito, y de todos los eones perdidos en el tiempo y de todos los que aún están por venir... y esos símbolos infernales eran viles iconos poseedores de una repugnante vida propia, dispuestos a escapar de la cuartilla para aniquilar al lector desprevenido. No sé cuál podría ser el significado del monstruo y sus jeroglíficos, pero estoy seguro de que ambos habían sido dibujados con una precisión infernal y por un motivo incalificable. Mientras examinaba aquellos caracteres libidinosos, cada vez era más consciente de su similitud con los signos que había encontrado en el abominable candado de la bodega. Dejé la cuartilla en el ático, pues nunca sería capaz de conciliar el sueño si esa cosa andaba cerca.

Me pasé toda la mañana y toda la tarde leyendo el manuscrito del viejo Claes van der Heyl, y lo que vi nublará por siempre mis sentidos y envolverá mi vida futura en un manto de horror. Ante mis ojos atónitos quedó al descubierto el origen de este mundo y el de todos los mundos que antes existieron. Supe de la ciudad de Shamballah, levantada por los lemuriros hace cincuenta millones de años, que aún sigue intacta tras sus muros de fuerza psíquica en el desierto oriental. Conocí el *Libro de Dzyan*, cuyos primeros seis capítulos fueron escritos antes de la formación de la Tierra y que ya era viejo cuando los señores de Venus llegaron del espacio en sus naves para colonizar nuestro planeta. Y por primera vez vi en papel escrito ese nombre del que otros me han hablado en susurros y que yo descubrí de una manera más personal y terrible: el esquivo, terrorífico *Yian-Ho*.

No pude descifrar varios pasajes pues se necesitaba una clave. Poco a

poco fui dándome cuenta de que el viejo Claes no se había atrevido a volcar todos sus conocimientos en un solo libro y que se había guardado ciertos puntos para un futuro texto. Ninguno de los dos volúmenes sería totalmente comprensible por sí solo; así que me he propuesto encontrar el segundo, suponiendo que se halle en esta maldita mansión. Aunque sin duda estoy aquí prisionero, no he perdido el entusiasmo de toda mi vida por lo desconocido, y me siento dispuesto a sondear los secretos del cosmos con toda la determinación de mi alma antes de que la maldición caiga sobre mí.

23 de abril

Me pasé toda la mañana buscando el segundo diario y por fin, a eso del mediodía, lo encontré en una mesa de la pequeña habitación cancelada. Como el otro, también está escrito en el latín vulgar de Claes van der Heyl, y contiene una serie de notas desordenadas que hacen referencia a varias secciones del primer volumen. Mientras hojeaba las cuartillas volví a tropezarme con el abominable nombre de Yian-Ho... Yian-Ho, esa ciudad perdida y oculta repleta de antiquísimos secretos, de la cual todos los hombres aún conservan retazos, memorias desvaídas de origen ancestral. El nombre se repetía en muchas partes y los grotescos jeroglíficos que figuraban a su lado eran exactamente iguales a los del pedestal de aquel dibujo terrorífico. Sin duda, aquí se hallaba la clave acerca de la monstruosa criatura tentacular y el significado de su prohibido mensaje. Con esta seguridad subí los rechinantes peldaños que me conducían a esa buhardilla envuelta en horror y telarañas.

En esta ocasión me costó muchísimo abrir la puerta de la buhardilla. Lo intenté varias veces al principio, pero siempre con resultados negativos, y cuando al fin la puerta cedió, sentí como si una fuerza invisible y colosal la hubiera soltado de repente, una fuerza que parecía haber salido volando impulsada por unas alas inmateriales pero perfectamente audibles. Me dio la sensación de que la espantosa pintura no era exactamente la misma que había visto antes. Después de usar las claves en el primer libro, pronto me di cuenta de que el último manuscrito no era una guía automática para la resolución del misterio. Simplemente daba pistas, pistas para desvelar un secreto demasiado

sinistro como para dejarlo al alcance de cualquiera. Tardaré horas, quizá días, en descifrar el pavoroso mensaje.

¿Viviré lo suficiente para conocer el secreto? Esas extremidades y garras tenebrosas cada vez se me aparecen con mayor frecuencia, incluso resultan aún más colosales que al principio. Tampoco me libro de esas presencias indefinidas y sobrenaturales, cuyo incierto tamaño parece demasiado vasto para ser contenido por estas habitaciones. En todo momento las caras y formas grotescas, evanescentes, y los burlones retratos desvaídos, se apiñan frente a mí como una barahúnda enloquecedora.

En verdad, existen arcanos ancestrales y terroríficos que convendría dejar en paz para siempre, secretos infernales que nada tienen que ver con el hombre y que este solo debería conocer en aras de su propia tranquilidad y cordura, verdades crípticas que alienan al que las conoce y lo obligan a vivir en la más absoluta soledad. De igual forma, aún quedan terribles retazos de cosas más antiguas y poderosas que el hombre, cosas que se han quedado rezagadas durante milenios, entidades monstruosas que dormitan eternamente en las profundidades de cuevas y criptas remotas e impenetrables, que se hallan por encima del bien y del mal y que siempre están dispuestas a ser despertadas por los sacrílegos que sepan los adecuados signos prohibidos y las pertinentes claves secretas.

24 de abril

Pasé todo el día en la buhardilla estudiando la pintura y las claves. Al atardecer oí ciertos sonidos extraños, unos sonidos que nunca había escuchado antes y que parecían venir de muy lejos. Al final decidí que procedían de aquella curiosa colina empinada que se yergue detrás de la aldea, al norte de la mansión, y sobre cuya cima destaca un círculo de piedras. Había oído rumores acerca de un sendero que nacía en la casa y trepaba por las faldas de la colina hasta llegar al menhir primordial, y sospechaba que los van der Heyl lo habían usado con frecuencia en determinadas épocas del año; pero hasta entonces no había pensado en ello. Los sonidos consistían en unos silbidos aflautados que se mezclaban con una especie de terroríficos siseos o pitidos, cuya combinación producía una

melodía extravagante y alienígena que no tenía equivalente en los anales de la Tierra. Era muy vaga y enseguida se desvaneció, pero el asunto me dio que pensar. Aquel extraño pasillo que desembocaba en la rampa de desagüe apuntaba directamente al norte, a la colina, y también lo hacía la sellada cripta de ladrillo que había debajo. ¿Existirá algún tipo de conexión que aún no he sido capaz de desentrañar?

25 de abril

He hecho un descubrimiento inaudito y perturbador relacionado con la naturaleza de mi confinamiento. Guiado por una atracción irresistible me encaminé hacia la colina y vi cómo los juncos se apartaban a mi paso, *pero solo en la dirección que lleva al promontorio*. Hay una puerta en ruinas y entre las hierbas se distingue con claridad el rastro de un viejo sendero. Los juncos trepan por la falda de la colina y se extienden por todas partes, aunque en la cima donde se alzan las piedras tan solo crecen musgos y hierbas ralas. Subí a la cresta y me demoré allí varias horas, sacudido por un viento insólito que siempre parecía soplar entre los vedados menhires y a veces producía curiosos susurros inarticulados y crípticos.

Aquellas piedras, tanto por su color como por su textura, no se parecían a nada de lo que hubiera visto antes. Su coloración no es parda ni gris, sino más bien de un amarillo sucio mezclado con un verde enfermizo que les da una apariencia camaleónica y variable. Poseen una extraña textura escamosa, como la de las serpientes, y su tacto resulta repugnante, tan frío y pegajoso como el de la piel de un sapo o cualquier otro reptil. Al lado del menhir central hay una curiosa cavidad ribeteada de piedras cuya utilidad desconozco, aunque posiblemente sea la entrada a un túnel o pozo cegado. Cuando intenté descender la colina por otros lugares que no conducían a la mansión observé que los juncos se cerraban a mi alrededor, aunque el sendero que iba directamente a la casa permanecía totalmente abierto.

26 de abril

Por la tarde volví a la colina y noté que el susurro del viento era mucho

más claro. Aquel canturreo agrio casi se había convertido en una especie de plática sibilante que me recordaba a la extraña melodía que antes había escuchado en la distancia. Después del ocaso estalló un súbito relámpago veraniego hacia el norte, seguido al instante por un trueno sordo en lo alto del cielo. Este fenómeno, por algún extraño motivo, me alteró sobremanera y no pude quitarme de encima la sensación de que el estallido finalizaba en una especie de siseo inhumano que se iba desvaneciendo en una risa cósmica y gutural. ¿Estoy perdiendo al fin la cabeza? ¿Acaso mi curiosidad malsana me hace evocar horrores imposibles de más allá del espacio exterior? La Noche de Walpurgis está cerca. ¿Cómo acabará todo esto?

27 de abril

¡Mis sueños están a punto de hacerse realidad! ¡Atravesaré el umbral, aunque mi cuerpo o mi alma se hallen en peligro! Mis progresos a la hora de descifrar los jeroglíficos de la pintura han sido lentos, pero esta tarde di con la solución. Al anochecer conocía su significado, y ese significado solo puede aplicarse de una determinada manera a las cosas con las que me he topado en esta mansión.

Debajo de este edificio, enterrado en un lugar que desconozco, reposa uno de los Antiguos; él me mostrará el portal que debo atravesar y me enseñará los símbolos y palabras perdidas que necesito. No soy capaz de imaginar el tiempo que Eso ha permanecido enterrado, olvidado por todos salvo por aquellos que plantaron las piedras sobre la colina y por aquellos que, mucho después, buscaron este lugar y edificaron esta mansión. Hendrik van der Heyl sin duda se trasladó a Nueva Holanda en 1638 para emprender la búsqueda de aquella Cosa. Los hombres de este planeta no saben nada de su existencia, a no ser que hayan oído los vagos rumores propagados por ciertos sujetos aterrorizados que han encontrado o heredado la clave. Ninguna mirada humana ha conseguido sorprenderlo, excepto, quizá, la de los olvidados hechiceros de esta mansión, cuyos cimientos fueron excavados mucho antes de lo que se cree.

Si se conoce el significado de los símbolos se adquiere gran sabiduría en el manejo de los Siete Signos Perdidos del Terror, y reconocimiento tácito de

las inenarrables y espeluznantes Palabras del Miedo. Lo único que tengo que hacer ahora es entonar el Cántico que convocará al Olvidado Guardián del Antiguo Umbral. Me fascina mucho este Cántico. Se trata de una serie de siseos huecos, repugnantes y perturbadores que no pertenecen a ninguna lengua a la que haya tenido acceso, ni tan siquiera en los capítulos más siniestros del *Libro de Eibon*. Al atardecer, mientras estaba en la cresta de la colina, intenté recitarlo en voz alta, pero la única respuesta que obtuve fue una maléfica y desvaída reverberación que procedía del lejano horizonte y una delgada nube de polvo que giraba y se retorció como un extraño ser dotado de vida maligna. A lo mejor no pronuncié las exóticas palabras lo suficientemente bien como para que tuviera lugar la gran Encarnación, o quizá solo funcionan en la Noche de Walpurgis, esa festividad satánica por cuya causa, sin duda, los Poderes de esta mansión me tienen confinado.

Esta mañana me asaltó un miedo extraño. Por un momento creí recordar dónde había visto el desconcertante apellido Sleght y esa evocación me llenó de un espanto indecible.

28 de abril

Hoy, unas nubes funestas se ciernen a ratos sobre el círculo de piedras de la colina. Había visto aquellas nubes en otras ocasiones, pero ahora su perfil y disposición transmiten un significado distinto. Tienen forma de serpiente y se parecen diabólicamente a las sombras que he visto rondando por la mansión. Flotan en círculos alrededor del menhir central, girando sin descanso como si estuvieran dotadas de una vida y voluntad siniestras. Podría jurar que no dejan de murmurar rabiosas. Al cabo de quince minutos se alejaron lentamente hacia el este, como las divisiones de un ejército extraviado. ¿Se trata en realidad de los Espíritus Pavorosos que Salomón conocía de antiguo, de aquellos entes sombríos y gigantescos cuyo número es legión y cuyos pasos sacudieron la Tierra?

He estado practicando el cántico que transfigurará a la Cosa Sin Nombre, a pesar de que el espanto se apodera de mí cuando pronuncio las sílabas en voz baja. Después de unir todas las piezas del rompecabezas he llegado a la conclusión de que el único camino para acceder a Eso se encuentra en la

cripta sellada del sótano. Esa cámara abovedada fue construida con un propósito maléfico y tiene que ocultar el pasadizo que conduce a la Guarida Inmemorial. En cuanto a quiénes son los centinelas que lo vigilan desde tiempos pretéritos, creciendo y alimentándose siglo tras siglo, esto solo puede imaginarlo una mente enferma y enloquecida. Los hechiceros de la mansión, los mismos que los hicieron venir desde las profundidades de la Tierra, los conocen bien, tal y como lo demuestran los espeluznantes retratos y fantasmas que pueblan las habitaciones.

Lo que más me angustia es la naturaleza limitada del Cántico. Invoca al Sin Nombre, y sin embargo no tiene ningún tipo de control sobre Lo Que Es Invocado. Hay, desde luego, una serie de signos y gestos, pero aún está por ver si serán de alguna utilidad ante esa Cosa. Sin embargo, la recompensa es lo suficientemente sabrosa como para arriesgarse a afrontar cualquier peligro; además, no puedo retroceder, pues una fuerza invisible me empuja a seguir adelante.

He descubierto un nuevo obstáculo. Para atravesar aquella cripta sellada tengo que encontrar antes la llave que abre la puerta. La cerradura es demasiado recia como para poder forzarla. No tengo ninguna duda de que la llave tiene que andar por aquí cerca, pero falta muy poco para la Noche de Walpurgis. Tengo que buscarla con tesón y diligencia. ¿Poseeré el valor suficiente para abrir el portón de hierro y afrontar los horrores retenidos al otro lado?

Más tarde

He evitado acercarme al sótano durante las últimas jornadas, pero al atardecer he vuelto a bajar a sus prohibidos recintos. Al principio todo estaba muy silencioso, pero al cabo de cinco minutos volví a escuchar aquellas pisadas y murmullos amenazantes que provenían de más allá de la puerta de hierro. Esta vez se oyeron con mucha más intensidad que en otras ocasiones, y creí reconocer una especie de sonido reptante que parecía provocado por una monstruosa entidad marina, solo que ahora el rumor era mucho más inquieto y ligero, como si aquella cosa estuviera intentando abrirse camino a través del portón y llegar a donde yo me encontraba.

El sonido se hizo más fuerte, pertinaz y siniestro, y volvieron a producirse aquellas reverberaciones infernales y desconocidas que ya había escuchado durante mi segunda visita al lugar, unas reverberaciones sordas que parecían retumbar como truenos lejanos en un lejano horizonte. Pero en esta ocasión su volumen se había multiplicado por cien y contenía un matiz nuevo teñido de terribles amenazas. El rugido de una criatura monstruosa de la desaparecida edad de los saurios, cuando los horrores primordiales deambulaban por la Tierra y los hombres serpiente de Valusia asentaban las piedras angulares de la magia; eso es lo que me viene a la cabeza tras escuchar aquellas reverberaciones. A eso se parecía aquel bramido espeluznante, un bramido de tal intensidad que ninguna garganta terrestre podría alcanzar nunca. ¿Me atreveré a abrir la puerta y afrontar lo que acecha tras ella?

29 de abril

He encontrado la llave de la cripta. Al mediodía di con ella en la diminuta habitación condenada, escondida entre la basura acumulada en un cajón del antiguo escritorio, como si alguien hubiera intentando ocultarla apresuradamente. Estaba envuelta en un mohoso periódico con fecha del 31 de octubre de 1872 y protegida por una especie de pellejo reseco —sin duda perteneciente a un reptil desconocido— en el cual figuraba una nota escrita en el mismo latín vulgar del diario que antes había encontrado. Como había supuesto, tanto la llave como la cerradura eran muchísimo más antiguas que la propia cripta. El viejo Claes van der Heyl las había preparado para algo que él o sus descendientes pretendían acometer; también me resultaba imposible determinar cuál era su antigüedad con respecto al propio Claes. Después de traducir el mensaje escrito en latín me eché a temblar invadido por nuevos e innombrables terrores.

«Los secretos de los monstruosos Primigenios —se leía garabateado en el texto—, cuyas palabras crípticas nos hablan de las criaturas olvidadas que existieron antes que el hombre, de las cosas que nadie debe conocer a menos que quiera ver su paz alterada por siempre, nunca serán revelados por mí. He estado en cuerpo y alma en la ciudad de Yian-Ho, la oculta y prohibida

ciudad levantada hace incontables eones, cuya situación jamás debe ser revelada, la ciudad que ningún otro ser humano ha conseguido hollar. Allí descubrí, y luego aprendí, unos conocimientos que me hubiera gustado olvidar; mas nunca conseguí hacerlo. Aprendí a tender un puente que jamás debería cruzarse, a invocar a lo que jamás debería despertarse. Y lo que fue invocado jamás descansará hasta que yo o mis descendientes encontremos y hagamos lo que debemos encontrar y hacer.

»No puedo controlar lo que he despertado e invocado. Así está escrito en el *Libro de las Cosas Ocultas*. Lo que tanto he ansiado ha enroscado su maléfica sombra en torno a mí y, si en vida no consigo llevar a cabo la ceremonia, también se enroscará sobre esos niños, natos y nonatos, que vendrán después de mí, y así será por siempre hasta que se consume el ritual. Extraños serán sus cometidos y terribles las ayudas que invocarán hasta alcanzar el fin requerido. Buscarán en tierras lejanas y desconocidas, y levantarán una casa para alojar a los Guardianes del exterior.

»Esta es la llave que abre el cerrojo que me entregaron en la ciudad terrible, primigenia y prohibida de Yian-Ho, el cerrojo que yo o los míos tendremos que colocar en la antesala de Aquello Que Tiene Que Ser Encontrado. Y ojalá que los Señores de Yaddith me ayuden a mí o al que tenga que ubicar la cerradura en su sitio o girar la llave para abrirla».

Tal era el contenido del mensaje, un mensaje que me dio la sensación de conocer de antemano en cuanto lo hube leído. Ahora, mientras escribo estas frases, tengo la llave ante mis ojos. La observo con una mezcla de ansia y espanto, y no puedo hallar palabras que me sirvan para describir su aspecto. Está hecha del mismo metal oxidado y verdoso que la cerradura, un metal muy parecido al latón cubierto de orín. Tiene un diseño fantástico y alienígena, y el enorme extremo inferior con forma de ataúd no deja dudas en cuanto al cerrojo para el que fue diseñada. Su cabezal exhibe una figura extraña e inhumana, cuyo diseño y significado no soy capaz de entender. Si la sostengo en la mano durante un buen rato, creo sentir el palpitir de una *vida* insólita y anómala que medra en el interior del frío metal, una especie de latido o pulsación demasiado débil como para poder ser reconocido a simple vista. Debajo de esa figura fantasmagórica hay una inscripción desgastada por el paso de incontables eones, una inscripción grabada en los mismos

jeroglíficos blasfemos y de estilo chinesco que ahora me resultan tan familiares. Solo entiendo lo que pone al principio, las palabras «Mi venganza acecha...», luego el texto se hace ilegible. En cierta manera, resulta bastante fatídico haber encontrado la llave justo ahora, *pues mañana se celebra la espeluznante Noche de Walpurgis*. Y sin embargo, a pesar de todos estos siniestros presagios, lo que cada vez más me inquieta es ese nombre olvidado de Sleght. ¿Por qué me estremezco al relacionarlo con los van der Heyl?

30 de abril, poco antes de la Noche de Walpurgis

Ha llegado el momento. Anoche me desperté y vi que los cielos brillaban con un fantástico resplandor verdoso, el mismo tono lúgubre y verdoso que había observado en los ojos y la piel de ciertos retratos, en la llave y el cerrojo, en los terroríficos menhires de la colina y en un montón de cosas más de las que apenas era consciente. El aire estaba lleno de susurros estridentes, de siseos agudos como los que el viento producía alrededor del pavoroso *cromlech*. Algo me hablaba desde más allá del gélido éter interplanetario, y decía: «Llega la hora». Se trata de una advertencia, de un presagio, y yo me reía de mis propios miedos. ¿Acaso no estoy en posesión del conjuro maligno y de los Siete Signos Perdidos del Terror, de las palabras que mantienen a raya Al Que Mora en el cosmos y en los desconocidos espacios tenebrosos? No volveré a tener dudas.

El cielo está muy oscuro, como si una tormenta apocalíptica estuviera a punto de estallar, una tormenta incluso peor que la que se desencadenó la noche de mi llegada, dos semanas atrás. Oí un cántico insólito que llegaba desde el pueblo, a menos de dos kilómetros de distancia. Tal y como me imaginaba, aquellos pobres idiotas degenerados conocían el secreto y tomaban parte en los ritos de la Noche de Walpurgis. Aquí, en la mansión, las sombras cada vez son más espesas. En esta creciente oscuridad la llave que tengo ante mí resplandece envuelta en una luz verdosa. Aún no he bajado al sótano. Prefiero esperar un poco, no sea que los susurros y el retumbar de pisadas —aquellos sonidos sordos y reptantes— alteren en demasía mi estado de ánimo antes de que pueda abrir la fatídica puerta.

No sé lo que me encontraré ni lo que haré cuando atraviese el umbral.

¿Sabré cuál es mi cometido al acceder a la cripta o tendré que profundizar aún más en el sombrío corazón de nuestro planeta? Hay una cosa que aún no entiendo —o que prefiero no entender—, a pesar de que me embarga un sentimiento cada vez más terrible, inexplicable y poderoso de familiaridad con esta espantosa mansión. Pero creo que ya sé por qué el ala donde está situada la cripta se extiende en dirección a la colina.

6 P.M.

Si miro por las ventanas que dan al norte puedo ver un grupo de aldeanos sobre la colina. Parecen indiferentes a los cielos apocalípticos y están excavando cerca de la enorme piedra central. Creo que se afanan alrededor de ese lugar ribeteado de rocas que parece la entrada de un túnel cegado. ¿Qué sucederá ahora? ¿Cuál es su verdadero nivel de conocimientos acerca de los ritos ancestrales de la Noche de Walpurgis? No me lo estoy imaginando: la llave brilla de forma espantosa. ¿Me atreveré a utilizarla? Hay otra cosa que me inquieta en grado sumo. Cuando hojeaba nervioso uno de los libros de la biblioteca, me topé con ese apellido que tanto me ha torturado desde el principio: Trintje, esposa de *Adriaen Sleght*. Ese *Adriaen* casi consigue que lo recuerde todo.

Medianoche

Se ha desatado el horror, pero ahora no puedo desfallecer. La tormenta ha estallado con una furia endiablada y los rayos han caído por tres veces en la cresta de la colina; pero esos aldeanos mestizos y degenerados siguen congregándose alrededor del menhir. Puedo verlos gracias al resplandor constante de los relámpagos. Las colosales piedras erguidas brillan de forma espantosa, desprendiendo una luminosidad verdosa que las hace visibles aun cuando no haya relámpagos. El retumbar de los truenos resulta ensordecedor y parece que hablan entre sí desde un lugar indeterminado. Mientras escribo, las criaturas de la colina se han puesto a cantar, aullar y gritar una versión simiesca y desfigurada del antiguo ritual. La lluvia cae a chorros, y sin embargo ellos siguen brincando y vociferando poseídos por una especie de

éxtasis diabólico.

—¡Iä! ¡Shub-Niggurath! ¡La Cabra de las Mil Crías!

Pero lo peor está teniendo lugar dentro de la casa. Incluso a esta altura he empezado a escuchar todo tipo de sonidos procedentes del sótano. *Los pasos, los susurros, los deslizamientos y sordas reverberaciones al otro lado de la cripta...*

Los recuerdos vienen y van. El nombre de Adriaen Sleght pugna por salir de mi cabeza. El yerno de Dirck van der Heyl... su hija, la nieta del viejo Dirck y bisnieta de Abaddon Corey...

Más tarde

¡Dios misericordioso! *Al fin sé dónde vi aquel nombre.* Lo sé, y el espanto más absoluto se ha apoderado de mí. Todo está perdido...

Siento que la llave cada vez está más caliente mientras la agarro con mi temblorosa mano izquierda. A ratos, las lánguidas palpitaciones o pulsaciones que emite son tan nítidas que me da la sensación de estar sujetando algo vivo. Fue traída de Yian-Ho con un terrible propósito, y es precisamente en mí — que no supe ver a tiempo que por mis venas, y debido a la unión con los Sleght, corre la sangre de los van der Heyl— en quien ha recaído la espantosa tarea de ejecutar ese terrible propósito...

Todo mi valor y curiosidad desaparecen. Sé cuál es el horror que acecha tras la puerta de hierro. Aunque Claes van der Heyl sea mi antepasado, ¿por qué voy a tener que ser yo el que expíe su pecado innombrable? *No lo haré... juro que no lo haré...*

[En este punto el manuscrito es ilegible]

Demasiado tarde... nada puede ayudarme... garras negras que se materializan... algo me arrastra al interior del sótano...

COLABORACIONES

II



Revisiones de segundo orden

EL HORROR EN MARTIN'S BEACH

The Horror at Martin's Beach (1922)

Sonia H. Greene & H.P. Lovecraft

Nunca he oído una explicación mínimamente apropiada al horror que se desencadenó en Martin's Beach. A pesar de los numerosos testigos que estuvieron presentes, no hay dos versiones que coincidan, y los testimonios recogidos por las autoridades locales contienen discrepancias de lo más asombrosas.

Quizá todo esto resulte bastante normal, si tenemos en cuenta las increíbles características de los espantosos sucesos, el terror paralizante que se adueñó de los presentes y los esfuerzos realizados por la famosa Posada Wavecrest, que intentó silenciar el asunto tras la publicación del impactante artículo «¿Están los poderes de la hipnosis circunscritos a una simple porción de la humanidad?», firmado por el profesor Alton.

Me siento en la obligación de presentar una versión más coherente, a pesar de todos estos obstáculos, ya que presencié el espantoso incidente y creo que debe ser conocido en vista de las sobrecogedoras posibilidades que insinúa. Martin's Beach vuelve a estar de moda como lugar de vacaciones, y yo tiemblo al pensar en ello. Les aseguro que ya no puedo contemplar el océano sin estremecerme.

El destino no siempre carece de drama y atractivo, pues antes de que llegara aquel terrible 8 de agosto de 1922 había tenido lugar en Martin's

Beach un periodo agradable, repleto de excitantes maravillas. El 17 de mayo, la tripulación de la goleta pesquera *Alma*, de Gloucester, al mando del capitán James P. Orne, dio muerte, tras un combate de casi cuarenta horas, a un monstruo marino cuyo aspecto y tamaño causó un tremendo revuelo en los círculos científicos y consiguió que ciertos naturalistas de Boston tomaran todas las precauciones necesarias para su adecuada conservación.

La criatura medía 15 metros de largo, tenía forma cilíndrica y un diámetro de casi tres metros. Sin duda se trataba de un ser branquiífero, pero poseía algunas características insólitas, tales como brazos rudimentarios y patas de seis dedos en lugar de aletas pectorales; todo esto despertó las teorías más fantásticas. La boca increíble, la gruesa piel escamosa y el ojo único y hundido, todas aquellas características apenas eran menos impresionantes que sus dimensiones colosales, y cuando los científicos divulgaron que se trataba de una simple cría que apenas llevaba unos pocos días fuera del vientre de la madre, el interés público alcanzó cotas extraordinarias.

El capitán Orne, con su típica astucia yanqui, consiguió un navío lo suficientemente grande como para albergar a la criatura y lo acondicionó para poder exhibir a su presa. Con gran destreza construyó un excelente museo marino y luego navegó hacia el sur, hasta el centro de recreo de Martin's Beach, soltó el ancla en el muelle del hotel y cosechó un buen número de entradas.

Las extraordinarias características de aquel objeto, junto con la importancia que muchas de las mentes científicas, llegadas de todos los lugares, le otorgaron, se combinaron para hacer de aquella cosa la sensación de la temporada. Era algo total y absolutamente único, algo que incluso podía revolucionar la ciencia. Los naturalistas habían demostrado sin ningún género de dudas que presentaba grandes diferencias con la igualmente inmensa criatura marina capturada en las costas de Florida, y que, aunque sin duda vivía en las profundidades más abisales, a miles de metros por debajo del nivel del mar, su cerebro y sus órganos principales indicaban un desarrollo evolutivo increíble, muy alejado del de cualquier otro animal acuático.

La mañana del 20 de julio el asunto ganó en interés tras la pérdida del navío y de su extraño tesoro. El barco había roto amarras a causa de la tormenta que se desató por la noche y pronto desapareció de la vista para

siempre, llevándose consigo al marinero que se había quedado de guardia a pesar de las terribles condiciones meteorológicas. El capitán Orne, acuciado por el interés de los científicos y ayudado por un buen número de botes pesqueros de Gloucester, realizó una búsqueda metódica y exhaustiva, sin otro resultado que avivar el interés y las habladurías. El 7 de agosto el capitán Orne perdió la esperanza y regresó a la Posada Wavecrest para liquidar sus negocios en Martin's Beach y dialogar con varios científicos que aún quedaban allí. El horror llegó el 8 de agosto.

Aconteció durante el ocaso, cuando las grises aves marinas planeaban a baja altura cerca de los acantilados y la luna naciente comenzaba a formar una refulgente senda sobre las aguas. Conviene recordar toda la escena, ya que cualquier impresión cuenta. En la playa aún quedaban algunos paseantes y varios bañistas tardíos, sin duda personas alojadas en el distante y modesto complejo turístico que se alzaba en una colina verde del norte, o en la cercana Posada colgada sobre los acantilados, cuyos desafiantes torreones proclamaban a los cuatro vientos su elegancia y grandeza.

Un poco más allá había otro grupo de espectadores, los ociosos de la terraza cubierta de la Posada, iluminada por una mar de farolillos, que parecían estar disfrutando de la música que salía de la suntuosa sala de baile del edificio. Estas personas, entre las cuales se encontraban el capitán Orne y el grupo de científicos que lo acompañaban, se unieron al grupo de la playa antes de que el horror se desencadenara con plena intensidad, y también lo hicieron otros huéspedes de la Posada. Como ven, hubo testigos de sobra, aunque sus testimonios fueran confusos a causa del miedo y las dudas por lo que habían visto.

No hay un registro exacto de la hora en la que empezó todo aquello, pero la mayoría de los presentes afirman que la perfecta luna llena se hallaba «a unos 30 centímetros» por encima de las brumas que velaban la línea del horizonte. Se fijaron en la luna porque lo que vieron parecía conectado a ella de una forma bastante sutil: una especie de ondulación amenazadora, furtiva y premeditada que se desplazaba inmutable hacia la costa desde el lejano horizonte y a través de la brillante senda reflejada por la luz de la luna, aunque antes de llegar pareció aminorar su marcha.

Algunos no se dieron cuenta de aquella ondulación hasta que los sucesos

posteriores se la evocaron, pero parece haber sido un fenómeno bastante notable, muy diferente, tanto en altura como en desplazamiento, a las olas corrientes que la acompañaban. Algunos la describieron como si se tratara de algo *ladino y predeterminado*. En cuanto rompió sobre los distantes y sombríos acantilados se oyó un grito mortal que retumbó por encima de las relucientes aguas, un grito de angustia y desesperación que movía a la piedad, aun cuando también parecía burlarse de ella.

Los dos socorristas que estaban de turno fueron los primeros en responder a la llamada; ambos eran unos sujetos corpulentos con trajes de baño blanco en los que estaban impresos, en grandes letras rojas y a la altura del pecho, el cargo que ostentaban. A pesar de que estaban bastante acostumbrados a su trabajo y a los gritos de los que se ahogaban, no distinguieron nada familiar en aquel alarido sobrehumano; sin embargo, su sentido del deber hizo que ignorasen semejante irregularidad y se dispusieron a actuar como de costumbre.

Uno de ellos cogió el flotador que siempre tenían a mano, el cual estaba anudado a un rollo de cuerda, y echó a correr por la playa en dirección al lugar donde se apiñaba la multitud; acto seguido tomó impulso y lo lanzó hacia el sitio en el que se había escuchado el grito. Mientras el salvavidas desaparecía entre las olas, la multitud esperaba curiosa la aparición de la infeliz y angustiada criatura; todos estaban ansiosos por ver al rescatado sujeto al otro extremo de la cuerda.

Pero pronto se vio que el rescate no iba a ser una tarea fácil ni rápida, ya que, a pesar de que los dos corpulentos socorristas tiraban con todas sus fuerzas del cabo, les resultó imposible mover el objeto que se encontraba en el otro extremo. Todo lo contrario, enseguida notaron que aquel objeto tiraba de ellos con la misma o mayor fuerza pero justo en dirección opuesta, de tal manera que, en unos pocos segundos, se vieron arrastrados al agua por el extraño poder que se había apoderado del salvavidas.

Uno de los socorristas pidió ayuda a las personas que se habían congregado en la playa y lanzó el extremo de la cuerda en su dirección; enseguida, los socorristas se vieron secundados por los hombres más fuertes del grupo, entre los cuales se encontraba el capitán Orne. Más de una docena de poderosas manos tiraban ahora de la recia cuerda con desesperación,

aunque apenas consiguieron nada.

A pesar de que jalaban con fuerza, el extraño poder que había al otro extremo del cabo tiraba con mayor potencia; ambos bandos se mantuvieron firmes en todo momento y la cuerda, debido a la enorme tensión, se puso tan rígida como un cable de acero. Tanto los que tiraban como los que miraban estaban muertos de curiosidad por descubrir la naturaleza del poder que se debatía en el mar. Ya nadie pensaba que se tratara de alguien ahogándose, y pronto empezaron a circular todo tipo de conjeturas acerca de ballenas, submarinos, monstruos y demonios marinos. El sentimiento humanitario que al principio había espoleado a los rescatadores fue sustituido ahora por la curiosidad, y todos siguieron tirando con obstinada determinación, dispuestos a resolver el misterio.

Al final todos estuvieron de acuerdo en que una ballena se había tragado el flotador, así que el capitán Orne, el líder natural del grupo, ordenó a los que permanecían en la playa que se hicieran con un bote para poder acercarse, arponear y remolcar a tierra al invisible leviatán. Varios hombres fueron en busca de la embarcación, otros relevaron al capitán en la cuerda, pues su lugar, lógicamente, estaba al frente del grupo que iba a ir en el bote. Sus ideas sobre el asunto eran bastante amplias, y de ningún modo se limitaban a las ballenas, ya que él mismo se había enfrentado a un monstruo mucho más extraño. Se preguntaba lo que podría dar de sí una criatura adulta de la misma especie que el simple retoño de 15 metros.

Y en ese momento, con una brusquedad pasmosa, tuvo lugar el acontecimiento decisivo que convirtió un incidente curioso en otro repleto de horror, y paralizó de miedo tanto a los que tiraban de la cuerda como a los que simplemente miraban. El capitán Orne, que estaba a punto de dejar su puesto en la cuerda, descubrió que sus manos estaban pegadas a la misma por una fuerza inconmensurable, y pronto asumió que le resultaba imposible desprenderlas del cabo. El resto se dio cuenta al instante y cuando probaron a separar las suyas descubrieron que a todos les sucedía lo mismo. No se podía negar, todos estaban unidos a la cuerda de cáñamo por una fuerza irresistible y misteriosa que tiraba de ellos lenta, terrible e inexorablemente en dirección al mar.

Un horror silencioso se apoderó de ellos, un horror que también se

adueñó de los espectadores, sumiéndolos en el caos mental y la paralización total. La absoluta desmoralización del grupo se percibe claramente en los testimonios contradictorios y las cobardes excusas con los que todos y cada uno de ellos intentaron disculpar su irresoluta actuación. Yo era uno ellos y lo sé.

Incluso los que tiraban, después de lanzar unos cuantos gritos y gruñidos desesperados, sucumbieron al desánimo paralizante y guardaron silencio, resignándose a aquellos poderes desconocidos. Iluminados por la pálida luz de la luna, lucharon ciegamente contra un destino espectral, tirando sin descanso, avanzando y retrocediendo mientras el agua los iba cubriendo, primero hasta las rodillas, luego hasta las caderas. La luna se ocultó a medias detrás de una nube y bajo aquella luz nebulosa la trémula línea de hombres parecía un ciempiés siniestro y gigantesco que se debatía en el abrazo mortal de una muerte reptante.

La tensión del cabo aumentaba con la misma intensidad con la que ambos bandos tiraban, y el cáñamo trenzado se dilató por la humedad de las crecientes olas. La marea subía lentamente y la arena, poco antes repleta de adultos y niños vociferantes y enamorados que hablaban de amor, iba siendo engullida por el inexorable reflujo. Los aterrorizados espectadores que observaban la escena retrocedían ciegamente cuando el agua llegaba a sus pies; y mientras, la condenada línea de luchadores se cimbrea de un lado para otro, ahora medio sumergidos y a una distancia bastante respetable de los que miraban. El silencio era absoluto.

La multitud, tras situarse en lo alto de una duna, a salvo de la marea, los observaba con muda fascinación; nadie les vociferó ni una palabra de advertencia o ánimo, nadie intentó prestarles ningún tipo de ayuda. El miedo a la representación de nuevas maldades se apoderó de todo y de todos, unas maldades jamás conocidas por este mundo.

Los minutos parecían convertirse en horas y aún se podía divisar, por encima de la marea creciente, aquella serpiente humana de torsos bamboleantes. La línea ondulaba lenta, terrible, rítmicamente, con el sello de la condenación impreso en ella. Las nubes se espesaron sobre la luna y la refulgente senda dibujada en las aguas fue desapareciendo poco a poco.

Apenas se distinguía ahora la serpentina línea de cabezas y a veces,

cuando alguna de las víctimas se volvía, podía verse un rostro que brillaba débilmente en la oscuridad. Las nubes crecieron con rapidez, hasta que de sus bordes empezaron a brotar terribles lenguas de llama febril. Retumbaron los truenos, con poca fuerza al principio, aunque enseguida alcanzaron una intensidad ensordecedora y espeluznante. Entonces hubo un estallido definitivo, un estruendo que pareció sacudir la tierra y el mar con la misma intensidad, y, acto seguido, la lluvia se precipitó con increíble violencia sobre el mundo oscurecido, como si los cielos se hubieran abierto para derramar un torrente vengativo.

Los espectadores, actuando por puro instinto, ya que la cordura les había abandonado tiempo atrás, retrocedieron hasta las escaleras labradas en el acantilado que conducían a la terraza del hotel. Los rumores sobre lo que estaba sucediendo se habían diseminado entre los huéspedes que estaban dentro, de manera que los recién llegados se encontraron con una atmósfera de terror similar a la que ellos habían soportado. Creo que se intercambiaron algunas palabras aterrizadas, pero no estoy seguro.

Algunos que residían en la Posada se retiraron sobrecoídos a sus aposentos, pero muchos se quedaron mirando cómo las víctimas se iban hundiendo rápidamente, hasta que solo una línea de cabezas permaneció visible entre las olas, iluminada por el apocalíptico resplandor de los relámpagos. Recuerdo que pensé en aquellas cabezas y en los ojos desorbitados que sin duda mostraban, ojos en los que se estaría reflejando todo el terror, espanto y delirio de un universo maligno, toda la amargura, pecado y miseria, todas las esperanzas truncadas y deseos incumplidos, el miedo, el odio y la angustia de las edades pasadas desde el inicio de los tiempos, unos ojos deslumbrados por las penas y los tormentos del alma, por los infiernos que llamean por siempre jamás.

Y mientras miraba aquellas cabezas, mi fantasía invocó un ojo más, un simple y único ojo que relucía de igual manera, pero con intenciones tan repugnantes que mi cerebro canceló su visión de inmediato. Presa en un abrazo desconocido, la línea de condenados siguió arrastrándose; solo los demonios de las olas siniestras y el viento nocturno saben cuáles fueron sus lamentos silenciosos y sus plegarias no pronunciadas.

Entonces, en el cielo zaherido, estalló un cataclismo tan enloquecedor que

incluso el anterior estruendo parecía algo nimio. Entre los fuegos que se precipitaban deslumbradores, la voz de los cielos se entremezcló con las blasfemias del infierno, y los alaridos de agonía de los condenados resonaron en una algarada apocalíptica y ciclópea que pareció desgarrar el planeta. Fue el final de la tormenta, la lluvia cesó con una rudeza sobrenatural y la luna volvió a desplegar sus pálidos rayos sobre un mar insólitamente calmo.

Ya no se distinguía la línea de cabezas. Las aguas permanecían tranquilas y desiertas, tan solo alteradas por las menguantes ondulaciones que producía un pequeño y lejano remolino, situado en la senda de luz de luna, cerca de donde se había escuchado el primer grito nocturno. Pero mientras observaba aquel traicionero reflejo de luz plateada, con la imaginación desbocada y los nervios a flor de piel, en mis oídos resonaron los ecos de una carcajada débil y siniestra, y parecían proceder de las profundidades más abisales del océano.

CENIZAS

Ashes (1923)

C.M. Eddy, Jr. & H.P. Lovecraft

—Hola, Bruce. Hace siglos que no te veo. Entra.

Dejé la puerta abierta y me siguió al interior de la habitación. Su flaca y desgarbada figura se acomodó con torpeza en la silla que le indiqué mientras jugueteaba con su sombrero entre los dedos. Sus ojos profundos tenían un brillo inquieto, asustado, y miraban furtivos a todos los rincones de la habitación, como si buscasen algo escondido dispuesto a lanzarse sobre él en cualquier momento. Su rostro estaba macilento y falto de color. Las comisuras de sus labios mostraban un rictus espasmódico.

—¿Qué te ocurre, viejo? Parece que has visto un fantasma. ¡Arriba ese ánimo! —me acerqué al mueble bar y llené un pequeño vaso con el vino de una botella—. ¡Bebe esto!

Lo vació de un trago y siguió jugueteando con el sombrero.

—Gracias, Prague; esta noche no me siento demasiado bien.

—¡No hace falta que lo digas! ¿Qué es lo que va mal?

Malcolm Bruce se removió inquieto en su silla.

Lo miré un rato en silencio, preguntándome qué podría haberle afectado de aquella manera. Conocía bien a Bruce y siempre lo había considerado un hombre tranquilo con nervios de acero. No era normal verlo tan alterado. Le ofrecí un cigarrillo y él lo tomó sin prestar atención.

Pero el silencio no se rompió hasta que encendió el segundo pitillo. Parecía ir tranquilizándose poco a poco. De nuevo fue el personaje dominante y autosuficiente que siempre había conocido.

—Prague —empezó—, acabo de vivir la experiencia más diabólica y terrible que puede acontecerle a un hombre. No sé si debo contártelo o callármelo, pues tengo miedo que creas que me he vuelto loco, y créeme, ¡no te lo reprocharía! Pero es cierto, ¡todo lo sucedido es cierto!

Hizo una pausa dramática y exhaló al aire unos tenues anillos de humo.

Sonreí. Había escuchado muchas historias de miedo en aquella misma mesa. Algo debía poseer mi personalidad que siempre inspiraba la confianza de los demás; han llegado a contarme historias tan extrañas que algunos hombres darían varios años de su vida por poder escucharlas. Y sin embargo, y a pesar de mi gusto por lo sobrenatural y peligroso, de mi atracción por el conocimiento de tierras lejanas y perdidas, siempre me he visto condenado a una vida prosaica y aburrida, y a un trabajo anodino.

—¿Has oído hablar alguna vez del profesor van Allister?

—¿Te refieres a Arthur van Allister?

—¡El mismo! O sea que ¿lo conoces?

—¡Pues claro! Hace años que lo conozco. Desde el mismo momento en que renunció a su cátedra de química en la Universidad para centrarse en sus experimentos. Incluso le ayudé a diseñar el laboratorio insonorizado en la buhardilla de su casa. ¡A partir de entonces estuvo tan absorbido por sus investigaciones que no tenía tiempo para nadie!

—Recordarás, Prague, que cuando estábamos juntos en la Universidad yo era muy aficionado a la química.

Asentí, y Bruce siguió hablando.

—Hace unos cuatro meses me quedé sin trabajo. Allister puso un anuncio solicitando un ayudante, y yo le respondí. Se acordaba de cuando yo estaba en la Universidad y conseguí convencerle de que sabía la suficiente química como para que me contratara por un periodo de prueba.

»Tenía una secretaria muy joven, la señorita Marjorie Purdy. Era la típica mujer que se dedicaba en cuerpo y alma al trabajo, tan eficiente como bonita. A veces había ayudado a van Allister en el laboratorio y pronto descubrí que tenía un interés genuino en el trabajo, y que incluso realizaba sus propios

experimentos. Casi todo su tiempo libre lo pasaba en el laboratorio con nosotros.

»Solo era cuestión de tiempo que tanto compañerismo se convirtiese en una profunda amistad, y así, poco a poco, empecé a depender de su asistencia durante mis más complicados experimentos, cuando el profesor se hallaba ausente. Jamás la vi titubear. ¡Aquella chica se desenvolvía con la química como pato en el agua!

»Hace aproximadamente dos meses el profesor van Allister dividió el laboratorio en dos partes y acondicionó una de ellas para su uso personal. Nos dijo que iba a emprender una serie de investigaciones que, si llegaban a buen fin, le darían una fama universal. Se negó rotundamente a informarnos de sus características.

»Por entonces, la señorita Purdy y yo cada vez pasábamos más tiempo juntos. El profesor permanecía recluido en su nuevo laboratorio durante días y en muchas ocasiones no aparecía ni para comer.

»Esto también nos permitía tener más tiempo libre. Nuestra amistad se hizo más profunda. Sentía una admiración creciente por la esbelta joven que parecía desenvolverse con genuina seguridad entre redomas olorosas y mezclas de todo tipo, siempre vestida de blanco desde la cabeza a los pies, incluyendo los guantes de goma que llevaba en las manos.

»Anteayer, van Allister nos invitó a su laboratorio.

»—Al fin lo he conseguido —dijo, mostrando un pequeño recipiente que contenía un líquido incoloro—. Aquí tengo lo que será el mayor descubrimiento de la química jamás conocido. Voy a probar su eficacia ante vuestro ojos. Bruce, ¿puedes acercarme uno de esos conejos, por favor?

»Fui a la otra habitación y cogí uno de los conejos que, con las cobayas, guardamos para nuestros experimentos.

»Depositó al animalito en una caja de cristal lo suficientemente grande para acogerle y cerró la tapa. Acto seguido metió el extremo de un embudo de cristal por un pequeño agujero que había sobre la tapa. Nos acercamos para observar mejor el experimento.

»Destapó el recipiente y vertió su contenido sobre la caja que acogía al conejito.

»—¡Ahora sabremos si todas estas semanas de duros trabajos han tenido

éxito o han fracasado!

»Lenta, metódicamente, vació el contenido del frasco en el embudo mientras observábamos cómo se esparcía el líquido por el recipiente donde estaba el aterrado animalito.

»La señorita Purdy emitió un grito entrecortado y yo me froté los ojos para asegurarme de que lo que veía era cierto. ¡Pues en el lugar donde hacía solo unos momentos había habido un conejo vivo y aterrado, *ahora no habla más que un montoncito de blancas y livianas cenizas!*

»El profesor van Allister se giró hacia nosotros con un aire de triunfal satisfacción. Su rostro mostraba una alegría malsana y sus ojos brillaban con una expresión cruel y despiadada. Cuando se dirigió a nosotros, su voz tenía un tono autoritario:

»—Bruce y usted también, señorita Purdy, han tenido el privilegio de contemplar el primer éxito de una fórmula que revolucionará el mundo. ¡Este preparado convierte al instante en cenizas a cualquier objeto que toque, a excepción del cristal! Piensen en sus potenciales aplicaciones. ¡Un ejército equipado con bombas de cristal llenas del líquido de mi fórmula podría ser capaz de aniquilar el mundo entero! Madera, metal, piedra, ladrillo —*cualquier cosa*— desaparecerían al instante a su paso, y no quedarían más que cenizas, como ha sucedido con el conejito del experimento, ¡un montón de sutiles, blancas cenizas!

»Miré a la señorita Purdy. Su cara estaba tan blanca como la bata que llevaba puesta.

»Esperamos a que van Allister recogiera en un pequeño frasco, el cual etiquetó con sumo cuidado, lo que había quedado del conejo. Tengo que admitir que me sentía completamente helado cuando el profesor nos indicó que podíamos irnos. Lo dejamos a solas en su laboratorio, encerrado tras las recias puertas que lo separaban del mundo.

»Ya fuera y a salvo, la señorita Purdy no pudo contener sus nervios. Sufrió un desmayo y habría caído al suelo si yo no la hubiera sujetado en mis brazos.

»El tacto de su cuerpo delicado y tembloroso sobre el mío era irresistible. Me dejé llevar y la abracé con delicadeza, presionándola contra mi pecho. La besé varias veces en sus labios rojos y aterciopelados, hasta que abrió los ojos

y vi el amor reflejado en ellos.

»Después de una deliciosa eternidad bajamos de nuevo a la tierra, y tuvimos el suficiente sentido común como para darnos cuenta de que aquel laboratorio no era el lugar más adecuado para tan ardientes demostraciones. El profesor van Allister podría salir de su retiro en cualquier momento y, dado su actual estado de ánimo, no sabíamos lo que podría ocurrir si nos sorprendía en esa actitud tan amorosa.

»Pasé el resto del día como en un sueño. Me asombró que fuera capaz de seguir con mi trabajo habitual en semejante estado. Obraba como un autómatas, una maquinaria bien engrasada que se ocupaba mecánicamente de sus tareas diarias, mientras mi mente deambulaba por lejanos y deliciosos parajes de ensueño.

»Marjorie estuvo ocupada con sus tareas de secretaria durante el resto de la jornada, y procuré no mirarla ni una sola vez hasta que mis tareas en el laboratorio estuvieron terminadas.

»Aquella noche nos dedicamos a disfrutar de nuestra nueva felicidad. ¡Recordaré esa noche mientras viva, Prague! El momento más feliz de mi vida fue cuando Marjorie Purdy consintió en casarse conmigo.

»Ayer fue otro día de éxtasis absoluto. Durante toda la jornada trabajé codo con codo con mi amada. Luego siguió otra noche de amor. ¡Si jamás has amado de verdad a una mujer, Prague, a la única mujer del mundo, no podrás entender el gozo apasionado que se apodera de ti al pensar en ella! Y Marjorie conseguía que no pudieras dejar de pensar en ella. Se entregó sin reservas.

»Hoy al mediodía tuve que ir a la farmacia a comprar unos productos que necesitaba para completar uno de mis experimentos.

»Cuando volví Marjorie no estaba. Miré si su abrigo y su sombrero aún seguían en la percha, pero no fue así. No había visto al profesor desde el experimento con el conejo, ya que seguía encerrado en su laboratorio.

»Pregunté al servicio, pero nadie la había visto salir de la casa, tampoco les había dejado ningún mensaje a mi nombre.

»Al atardecer estaba desesperado. Pronto cayó la noche y mi querida y pequeña damita seguía sin aparecer.

»Me olvidé de todos los trabajos pendientes. Empecé a pasear de un lado

a otro de la habitación como un tigre enjaulado. En cuanto sonaba el teléfono o el timbre de la puerta renacían mis esperanzas de volver a escuchar su voz, pero en todas las ocasiones fue en vano. Cada minuto parecía una hora, ¡cada hora una eternidad!

»¡Por Dios bendito, Prague! ¡No puedes hacerte una idea de lo que he sufrido! Desde las cumbres del amor sublime me he visto sumido en las profundidades más tenebrosas de la desesperación. Ante mis ojos desfilaban visiones terribles, los peores hechos que pudiesen acontecerla. Y seguía sin escuchar su voz.

»Parecía que había pasado una eternidad, aunque al mirar el reloj me di cuenta de que solo eran las siete y media, cuando el mayordomo me anunció que el profesor van Allister requería mi presencia en el laboratorio.

»No tenía ningunas ganas de ponerme a hacer experimentos, pero mientras estuviese bajo su techo él era mi maestro y tenía que obedecerle.

»El profesor se encontraba en su cuarto de trabajo, con la puerta entornada. Me dijo que me acercase y que cerrara la puerta del laboratorio.

»Debido a la situación en la que me encontraba en esos momentos, mi mente actuó como una cámara fotográfica y registró todos los detalles de la escena que se desarrolló ante mis ojos. En el centro de la habitación, sobre una alta mesa de mármol, había un recipiente de cristal cuyo tamaño y forma eran muy similares a los de cualquier ataúd. Estaba lleno del mismo líquido incoloro que había contenido el frasco del anterior experimento, dos días antes.

»A la izquierda, sobre un taburete de cristal, había otro frasco del mismo material. No pude reprimir un escalofrío cuando observé que estaba lleno de tenues y blancas cenizas. ¡De repente, vi algo más que hizo que mi corazón casi dejara de latir!

»Sobre una silla, en una esquina de la habitación, reposaban el sombrero y el abrigo de la mujer que había decidido unir su vida a la mía, ¡la mujer a la que yo había jurado lealtad y protección mientras durasen nuestras vidas!

»Mis sentidos se nublaron, mi alma se colmó de un espanto absoluto cuando me di cuenta de lo que había sucedido. No podía existir otra explicación. *¡Las cenizas del frasco eran todo lo que quedaba de Marjorie Purdy!*

»El mundo pareció quedar en suspenso durante unos largos, terribles instantes; acto seguido me convertí en un loco, ¡en un demente enfurecido con un solo objetivo!

»Lo siguiente que soy capaz de recordar es una imagen del profesor y mía forcejeando desesperadamente. Aunque era una persona bastante mayor, seguía conservando una fuerza similar a la mía, y además tenía la ventaja de encontrarse en un estado de ánimo mucho más tranquilo y controlado que el mío.

»Centímetro a centímetro fue empujándome hacia el recipiente de cristal. En breve, mis cenizas se mezclarían con las de la mujer que había amado. Choqué contra el taburete y mis dedos se cerraron sobre el frasco que contenía las cenizas. Con un último y supremo esfuerzo lo levanté por encima de mi cabeza y golpeé el cráneo de mi oponente con todas las fuerzas que me quedaban. Sus brazos se relajaron de inmediato y su cuerpo desmalazado cayó al suelo inconsciente.

»Preso aún de la excitación, levanté el silencioso cuerpo del profesor y con mucho cuidado, mucho más del que había demostrado al golpearle, ¡lo deposité en el interior de aquel mortífero féretro!

»Desapareció al instante. Tanto el líquido como el profesor se habían esfumado, ¡y en su lugar solo quedaba un pequeño montoncito de tenues, blancas cenizas!

«Mientras contemplaba los resultados de mi acción y fueron desvaneciéndose los efectos de mi locura, tuve que enfrentarme a una dura y fría realidad: había asesinado a una persona. Una calma antinatural se apoderó de mí. Sabía que no quedaba ni un solo rastro que pudiera delatarme, exceptuando el hecho de que yo había sido la última persona en ver al profesor van Allister. ¡Pero lo único que quedaba era un montoncito de cenizas!

»Me puse el sombrero y el abrigo, le comuniqué al mayordomo que el profesor había dado órdenes estrictas para que no se le molestase y le dije también que me había concedido la tarde libre. Una vez en el exterior, todo mi autocontrol se vino abajo. No había forma de contener mis nervios. No sabía adonde dirigirme; solo recuerdo que vagué de un lado a otro, hasta darme cuenta de que me hallaba en tu apartamento, hace unos pocos minutos.

»Necesitaba hablar con alguien, Prague, aliviar mi torturado cerebro. Sé que puedo confiar en ti, viejo amigo, así que te he contado toda la verdad. Aquí estoy; puedes hacer lo que prefieras. ¡Ahora que Marjorie no está, la vida no significa nada para mí!

La voz de Bruce se estremeció por la emoción cuando pronunció el nombre de la mujer a la que amaba.

Me incliné sobre la mesa y observé con atención los ojos de aquel hombre desesperado que se acurrucaba desvalido en el sillón. Me levanté, me puse el sombrero y el abrigo y me acerqué a Bruce, que sacudía la cabeza, oculta entre sus manos, y profería débiles lamentos.

—¡Bruce!

Malcolm Bruce alzó los ojos.

—*Bruce, escúchame.* ¿Estás completamente seguro de que Marjorie Purdy ha muerto?

—Lo estoy... —sus ojos se dilataron ante tal sugerencia y su cuerpo se puso rígido.

—Espera —insistí—. ¿Estás total y absolutamente seguro de que las cenizas del frasco eran las de Marjorie Purdy?

—Yo... las vi, Prague. ¿Adonde quieres ir a parar?

—Entonces no estás completamente seguro. Viste el sombrero y el abrigo de la mujer sobre la silla y, en tu estado de ánimo, llegaste a una conclusión precipitada: «Las cenizas tienen que ser las de la mujer desaparecida... El profesor ha estado experimentando con ella...», y todas esas cosas. Vamos, seguro que van Allister te *dijo* algo...

—No sé si pudo decirme algo. ¡Ya te he dicho que me convertí en un *asesino* salvaje!

—Entonces tienes que acompañarme. Si no ha muerto estará escondida en algún rincón de la casa, y si es así, ¡tenemos que encontrarla!

Una vez en la calle, paramos un taxi y un poco después el mayordomo nos permitió acceder a la casa del profesor van Allister. Bruce abrió el laboratorio con su llave. La puerta del cuarto de trabajo del profesor aún seguía entornada.

Mis ojos recorrieron la habitación rastreando todos los rincones. A la izquierda, cerca de la ventana, había una puerta cerrada. Atravesé la estancia

y tiré del manillar, pero ni tan siquiera se movió.

—¿Qué hay detrás?

—Solo es un cuartucho donde el profesor acostumbra a guardar sus aparatos.

—Da igual. Hay que abrir esta puerta —insistí, ceñudo.

Retrocedí unos pasos y propiné una fuerte patada a la recia madera. Tras varios intentos, la cerradura cedió dejándonos vía libre.

Bruce, lanzando un grito inarticulado, atravesó la habitación a toda velocidad hasta situarse delante de un baúl de caoba. Seleccionó una de las llaves de su llavero, la metió en la cerradura y abrió la tapa con manos temblorosas.

—Aquí está, Prague. ¡Rápido! ¡Saquémosla para que pueda darle el aire!

Entre los dos llevamos el cuerpo inerte de la mujer hasta el laboratorio. Bruce preparó una infusión que vertió sobre sus labios. Al cabo de un rato, sus ojos comenzaron a abrirse.

Su mirada sorprendida recorrió el cuarto en el que se hallaba, hasta que al fin reparó en Bruce y sus ojos se iluminaron repletos de felicidad. Más tarde, tras un breve intercambio de palabras, la mujer nos contó con detalle todo lo que había sucedido.

—Cuando Malcolm se fue, al atardecer, el profesor me hizo llamar para que acudiese al laboratorio. Como a veces me mandaba a hacer algún que otro recado, pensé que este era el motivo y cogí el abrigo y el sombrero para ganar tiempo. Cerró la puerta de la pequeña habitación y, sin previo aviso, me atacó por la espalda. Pronto me sometió y me ató las manos y los pies. Nadie podía oírme. Como ya sabes, el laboratorio está completamente insonorizado.

«Entonces sacó un mastín que debía haber atrapado en algún sitio y lo redujo a cenizas delante de mis ojos. Luego depositó las cenizas en un frasco de cristal sobre el taburete que hay en el laboratorio.

»Se dirigió al cuarto del material y sacó esa especie de féretro de cristal del baúl que habéis visto. Un féretro, ¿eso es lo que me parecía invadida por el espanto! —se estremeció al recordarlo—. Empezó a divagar, hablando del privilegio que sería la primera persona en dar su vida por una causa tan digna. Después, con toda la calma del mundo, me comunicó que te había elegido

como conejillo de indias, ¡y que yo sería testigo de su éxito! Me desmayé.

»El profesor debía tener miedo a que alguien le sorprendiese, pues lo siguiente que recuerdo es que me desperté dentro del baúl en el que me habéis encontrado. ¡Era sofocante! Cada vez me costaba más respirar. Pensaba en ti, Malcolm, en las horas maravillosas y felices que habíamos pasado los últimos días. ¡No sabía qué haría cuando tú ya no estuvieses! ¡Incluso rogué que también me matara a mí! Tenía la garganta seca y dolorida, la oscuridad empezó a engullirme.

»Cuando volví a abrir los ojos, tú estabas a mi lado, Malcolm —su voz era un gemido nervioso y ronco—. ¿Dónde... dónde está el profesor?

Bruce la guió en silencio hasta el laboratorio. Ella se estremeció en cuanto vio el féretro de cristal. Todavía en silencio, Bruce se acercó hasta el recipiente. Tomó en sus manos un puñado de tenues, blancas cenizas y luego dejó que se deslizaran lentamente entre sus dedos.

EL DEVORADOR DE FANTASMAS

The Ghost-Eater (1923)

C.M. Eddy, Jr. & H.P. Lovecraft

I

¿Lunática locura? ¿Fiebre? ¡Me gustaría pensar eso! Pero cuando me hallo solo en medio de la oscuridad, perdido en uno de esos lugares desolados por los que suelo vagabundear, y escucho a través de los abismos infinitos los ecos diabólicos de aquellos gritos y gruñidos, y ese detestable crujido de huesos, no puedo evitar estremecerme ante el recuerdo de aquella noche espectral.

En aquellos tiempos sabía bastante menos de los bosques, pero la llamada de la naturaleza era tan fuerte como lo sigue siendo ahora. Hasta aquella noche siempre había sido lo suficientemente cuidadoso como para contratar un guía, pero las circunstancias me obligaron a emprender el camino por mi cuenta y riesgo. Estábamos a mediados del verano y me hallaba en Maine, y, a pesar de la urgencia que tenía de ir desde Mayfair hasta Glendale antes del mediodía de la siguiente jornada, no pude encontrar a nadie dispuesto a guiarme. A no ser que tomara el largo camino que atravesaba el Potowisset, por el cual jamás llegaría a tiempo, me vería obligado a cruzar densas masas de bosques; sin embargo, siempre que preguntaba por un guía me recibían

con claras muestras de rechazo y evasión.

A un forastero como yo le parecía bastante extraño que todo el mundo se excusara de aquella manera. Tenían demasiados «negocios importantes que resolver», tratándose de un pueblo tan pequeño; sabía que los aldeanos me estaban mintiendo. Pero siempre había «algo que no podía esperar», o eso es lo que me decían, y también me aseguraban que la senda que cruza los bosques era muy franca, que siembre discurría hacia el norte y que no presentaba ninguna dificultad para un muchacho tan joven y vigoroso. Si me ponía en camino a primera hora de la mañana, afirmaron, llegaría a Glendale al atardecer y así no tendría que pasar una noche al raso. Ni siquiera entonces fui capaz de sospechar nada raro. Las perspectivas parecían buenas y decidí intentarlo solo, y que los perezosos pueblerinos siguieran holgazaneando a su antojo. Seguramente también habría emprendido aquel viaje aunque hubiera sospechado algo; la juventud es muy tozuda y desde niño siempre me había reído de los fantasmas y los cuentos de viejas.

Así pues, antes de que el sol hubiera salido, me vi caminando a grandes zancadas entre los árboles, el hatillo de la comida en una mano, la automática en el bolsillo y el cinturón lleno de arrugados billetes de diverso valor. Según las distancias que me habían dado y todo lo que yo sabía de antemano, estimé que llegaría a Glendale un poco después del ocaso, pero también contaba con un montón de experiencia en acampada, en el supuesto de que unos cálculos erróneos me obligaran a pasar la noche al raso. Además, mi presencia en Glendale no era realmente necesaria hasta el mediodía de la siguiente jornada.

Pero todos mis planes se vinieron abajo por la climatología. A medida que el sol fue ascendiendo en el cielo, sus rayos atravesaban la floresta, incluso en los rincones más densos, y quemaban todas mis energías con cada paso. Hacia el mediodía mis ropas estaban empapadas en sudor y, a pesar de mi empeño, me sentí desfallecer poco a poco. Descubrí que el camino se endurecía cuanto más me internaba en los bosques, que la maleza lo bloqueaba y, en numerosas ocasiones, desaparecía de mi vista. Debían de haber pasado semanas, quizá meses, desde que la última persona se abrió paso por aquella senda, y empecé a preguntarme si realmente podría llegar a mi cita.

Pronto me sentí hambriento, así que busqué el lugar más sombreado y me puse a comer las viandas que me habían preparado en el hotel. El almuerzo consistía en varios bocadillos insípidos, un pedazo de pastel rancio y una botella de vino aguado; nada del otro mundo, desde luego, pero suficiente para alguien en mi estado de agotamiento.

Hacía demasiado calor como para que fumar resultara placentero, así que renuncié a encender mi pipa. En lugar de eso, y después de acabar la comida, me tumbé a la sombra de los árboles con la intención de descansar un poco antes de acometer la última parte del viaje. Supongo que hice el idiota al beberme aquella botella de vino, pues, a pesar de que estaba bastante aguado, consiguió rematar la faena que la calurosa y asfixiante mañana había comenzado. Mi plan original consistía en descansar durante un breve espacio de tiempo, pero, tras un sonoro bostezo, caí al instante en un profundo sueño.

II

Cuando abrí los ojos estaba rodeado por una luz crepuscular. La brisa me acariciaba el rostro y pronto me despejé del todo; al mirar al cielo descubrí preocupado que las nubes crecían con fuerza, formando una muralla de oscuridad que presagiaba el estallido de una violenta tormenta. Me di cuenta entonces de que me sería imposible llegar a Glendale antes de la mañana del día siguiente, aunque la perspectiva de pasar una noche en los bosques —la primera vez que iba a acampar solo en mitad de un bosque— resultaba bastante desoladora en las condiciones citadas. Enseguida decidí seguir avanzando, con la esperanza de encontrar algún refugio antes de que se desencadenara la tempestad.

La oscuridad se extendió sobre los bosques como un espeso manto de negrura. Las gruesas nubes bajas cada vez resultaban más amenazadoras y el viento cobró una fuerza huracanada. Un relámpago lejano iluminó el firmamento, seguido al instante por un trueno retumbante que parecía cargado de malignos propósitos. Acto seguido, sentí la primera gota de lluvia en mi mano y, aunque seguía caminando casi por inercia, me resigné a lo inevitable. Justo entonces vi la luz, la luz de una ventana que brillaba entre

los árboles y la oscuridad. Corrí en su dirección ansioso de encontrar refugio... ¡Ojalá hubiera dado la vuelta y escapado a toda velocidad!

Había un claro irregular, en cuyo extremo más alejado, de espaldas al bosque primordial, se alzaba un edificio. Pensaba que me toparía con una choza o una simple cabaña de troncos, pero me quedé sorprendido al descubrir una pulcra y encantadora casita de dos plantas que por su aspecto debía tener unos setenta años de antigüedad, aunque la habían reparado y se conservaba en un estado más que decente. La luz atravesaba las pequeñas cristalerías de una de las ventanas de la planta baja, así que —estimulado por el impacto de otra gota de lluvia— atravesé el claro corriendo, subí las escaleras y llamé con fuerza a la puerta.

Mis golpes fueron contestados con desconcertante presteza por una voz profunda y agradable que se limitó a decir:

—¡Entre!

Empujé la puerta, que no estaba cerrada con llave, y entré en un vestíbulo sombrío apenas iluminado por la luz que salía de una habitación situada a la derecha, una habitación cuyas paredes estaban cubiertas de estanterías repletas de libros. Mientras cerraba la puerta principal capté un aroma peculiar en el interior de la casa, un aroma elusivo, liviano, apenas perceptible, que sugería en cierta manera la presencia de animales. Pensé que mi anfitrión tenía que ser cazador o trampero, o que sus ocupaciones estarían relacionadas con un trabajo similar.

El hombre que había hablado estaba sentado en un sillón orejero, al lado de una mesita central de mármol, y vestía un cómodo batín de color gris que se ajustaba a su delgado perfil. La luz que emitía una potente lámpara de aceite remarcaba sus facciones; se quedó mirándome con curiosidad mal disimulada, y yo le estudié a él en la misma medida. Era sorprendentemente guapo, tenía un rostro delgado y bien afeitado; cabellos tersos, rubios y primorosamente peinados; unas cejas largas y regulares que se juntaban en un ángulo inclinado por encima de la nariz; orejas afiladas que sobresalían de su cabeza un poco bajas y hacia atrás, y unos ojos grises y tan extraordinariamente expresivos que casi parecían brillar. Al sonreír dándome la bienvenida dejó al descubierto una hilera de magníficos dientes blancos, y cuando me hizo una seña para que tomara asiento pude apreciar unas manos

delgadas y muy finas, de dedos largos y delicados que terminaban en unas uñas ligeramente curvas de color almendrado y exquisitamente cuidadas. No pude evitar preguntarme por qué un hombre de semejante aspecto había elegido la vida de un ermitaño.

—Siento molestarle —apunté—, pero he perdido toda esperanza de llegar mañana a Glendale y la inminente tormenta me ha obligado a buscar refugio.

Para corroborar mis palabras, en ese mismo instante se produjo un tremendo resplandor seguido de un clamor retumbante y el repiqueteo de una lluvia torrencial que azotaba sin piedad los cristales de las ventanas.

Mi anfitrión parecía inmune a los elementos y volvió a sonreírme mientras me respondía con una voz tranquila y reconfortante y una mirada casi hipnótica.

—Sea bienvenido y espero que disfrute de mi hospitalidad, aunque me temo que no puedo ofrecerle demasiadas comodidades. Estoy cojo de una pierna, de manera que tendrá que valerse por sí mismo durante su estancia. Si tiene hambre en la cocina encontrará todo tipo de alimentos... de alimentos, ¡que no de atenciones!

Creí detectar en su voz cierto acento extranjero, aunque se expresaba con suma fluidez y corrección.

Se irguió, demostrando ser un hombre muy alto, y caminó hacia la cocina con pasos amplios y renqueantes, y entonces me fijé en sus brazos, velludos y largos, que caían a sus costados, contrastando de muy curiosa manera con la delicadeza de sus manos.

—Vamos —me invitó—. Coja la lámpara. Me sentaré en la cocina con usted.

Le seguí por el vestíbulo hasta la habitación que había en el otro extremo, cogió un montón de leña apilada en una esquina y algunos cubiertos de la alacena. Un poco después, al calor de la chimenea encendida, le pregunté si quería que prepara comida para ambos, pero él declinó el ofrecimiento con gran cortesía.

—Hace demasiado calor para comer —se excusó—. Además, ya he picado algo antes de que llegara.

Después de lavar los platos de la comida, permanecí un rato sentado mientras me fumaba con satisfacción una pipa. Mi anfitrión me preguntó

varias cosas acerca de los pueblos de alrededor, pero se quedó en silencio cuando supo que yo era un forastero. Mientras permanecía en aquella actitud no pude evitar sentir como una especie de aura extraña que lo envolvía, algo muy sutil, difícil de analizar. De lo que sí estaba seguro era de que me había dado cobijo a causa de la tormenta, y de que su hospitalidad resultaba un tanto forzada.

En cuanto a la tormenta, ya casi parecía haber agotado todas sus fuerzas. Cada vez había más luminosidad en el exterior, ya que la luna llena empezaba a aparecer entre las nubes y la lluvia se había convertido en una tenue llovizna. Quizá, pensé, puedo aventurarme a reanudar el viaje; y así se lo hice saber a mi anfitrión.

—Será mejor que espere hasta mañana —aventuró—. Va a pie y aún le quedan tres horas hasta Glendale. En el piso de arriba hay dos dormitorios. Si lo desea puede acomodarse en uno de ellos.

La sinceridad de su ofrecimiento despejó todas mis dudas acerca de su hospitalidad, y resolví que el anterior silencio se debía al largo periodo de aislamiento en aquellas soledades salvajes. Después de llenar la pipa tres veces más empecé a bostezar.

—Ha sido una jornada agotadora —admití—. Creo que debería irme a la cama. Me gustaría levantarme con las primeras luces y seguir mi camino.

Mi anfitrión levantó las manos y señaló la puerta; al otro lado divisé el vestíbulo y unas escaleras que subían a la planta superior.

—Llévese la lámpara —apuntó—. Es la única que tengo, pero no me importa permanecer a oscuras un rato. En realidad, cuando estoy solo apenas la enciendo. Resulta muy difícil conseguir algo de aceite por estos lares y casi nunca me acerco al pueblo. Su habitación está a la derecha, al final de las escaleras.

Tomé la lámpara y en el vestíbulo me di la vuelta para darle las buenas noches. Me fijé en sus ojos, que brillaban en medio de la oscuridad de la cocina con una especie de fosforescencia, y durante un instante me vino a la cabeza un recuerdo de la selva y del círculo de ojos luminiscente que a veces brilla al otro lado de la hoguera del campamento. Enseguida empecé a subir las escaleras.

Cuando llegué a la segunda planta pude distinguir los pasos de mi

anfitrión mientras cojeaba en dirección al otro cuarto de abajo, y entonces me di cuenta de que se movía con suma seguridad a pesar de las tinieblas. Era cierto, no necesitaba la luz de la lámpara para desplazarse de un lado a otro. La tormenta había terminado y cuando entré en la habitación que se me había asignado fui recibido por la brillante luz de la luna llena que entraba a raudales por una ventana sin cortinas orientada al sur y se posaba sobre la cama. Apagué la lámpara y la casa tan solo quedó iluminada por la luz de la luna. Olfateé un aroma acre que destacaba por encima del olor a keroseno quemado; se trataba del mismo hedor animal que había detectado cuando entré en la casa por primera vez. Me acerqué a la ventana, la abrí y me llené los pulmones del fresco y balsámico aire nocturno.

Empecé a desvestirme pero me detuve un momento para revisar el cinturón repleto de dinero que llevaba en la cintura. Sin duda, me dije, debería esconderlo, ya que había leído cosas acerca de ciertos hombres que, valiéndose de su hospitalidad, aprovechan para robar, o incluso asesinar, a sus invitados. Así que arreglé la ropa de cama de forma que pareciera que había una persona acostada, me senté en la única silla de la habitación, encendí la pipa y me dispuse a descansar, o a vigilar si la situación lo demandaba.

III

No debía llevar mucho tiempo sentado cuando mis sensibles oídos detectaron el sonido de unos pasos que subían las escaleras. Al instante recordé todos los chismes acerca de propietarios ladrones, pero también me di cuenta de que las pisadas eran fuertes, claras y descuidadas, y que quien las producía no hacía ningún esfuerzo para disimularlas, mientras que las de mi anfitrión, como había podido escuchar desde lo alto de las escaleras, eran renqueantes y lánguidas. Vacíé las cenizas de la pipa y la guardé en el bolsillo. Saqué la automática, me levanté de la silla, caminé de puntillas atravesando la habitación y me aposté en un rincón desde el que dominaba la entrada.

La puerta se abrió y a la luz de la luna apareció la figura del hombre que

no había visto antes. Alto, de espaldas anchas y muy corpulento, el rostro medio oculto por una barba espesa y el cogote envuelto en un alto y negro sobrecuello de un modelo muy pasado de moda en América; sin duda se trataba de un extraño. No podía imaginarme cómo se las había arreglado para entrar en la casa y ni se me pasó por la cabeza que aquel hombre pudiera estar en alguna de las habitaciones del edificio antes de que yo llegara. Mientras le observaba atentamente a la insidiosa luz de la luna, me dio la sensación de que podía mirar a través de su robusta figura, aunque seguramente tan solo se trataba de una ilusión provocada por la sorpresa.

El extraño observó la cama desordenada, sin darse cuenta de que en realidad se hallaba vacía, murmuró algo para sus adentros en un idioma extranjero y procedió a desvestirse. Arrojó las ropas en la silla que yo había ocupado, se metió en la cama, cubriéndose con la colcha, y al poco su respiración era tan regular como la de alguien dormido.

Mi primer impulso fue buscar a mi anfitrión y exigirle una explicación, pero enseguida decidí que sería mejor asegurarme de que el incidente no estaba en realidad provocado por la botella de vino que me había bebido en el bosque. Aún me sentía un poco mareado y, a pesar de que acababa de cenar, tenía tanta hambre como si no hubiera comido nada desde el almuerzo del mediodía.

Me acerqué a la cama y agarré el hombro del durmiente. Acto seguido, tras refrenar un grito de miedo y sorpresa, retrocedí con el corazón alterado y los ojos desorbitados. *¡Mis dedos hablan atravesado limpiamente el cuerpo dormido hasta dar con la sábana que había debajo!*

Cualquier análisis de aquel extrañísimo suceso resultaba vano. Aquel hombre era una presencia intangible y sin embargo podía verlo, oír su respiración regular y observar su figura encogida bajo la colcha. Y entonces, para rematar mi locura y frustración, oí otros pasos que subían las escaleras, unos pasos suaves, acolchados como los de un perro, renqueantes, unos pasos que subían, subían, subían... Y de nuevo volví a captar ese acre hedor animal, y en esta ocasión parecía mucho más fuerte. Asombrado, como en un sueño, volví a apostarme en el rincón que cubría la entrada y aunque me estremecía de espanto estaba decidido a afrontar cualquier cosa, fuera lo que fuese.

Entonces, iluminada por la fantasmagórica luz de la luna, entreví la descarnada figura de un enorme lobo gris. Aunque más bien debería decir de un lobo cojo, ya que una de sus patas pendía en el aire, como si hubiese recibido el impacto de una bala perdida. La bestia giró la cabeza hacia mí y la pistola resbaló de entre mis dedos temblorosos y chocó estrepitosamente contra el suelo. La creciente sucesión de horrores me paralizaba el alma y el cuerpo, *ya que los ojos que relucían en aquella cabeza bestial tenían un brillo gris y fosforescente, el mismo que lucía la mirada de mi anfitrión cuando me observaba desde las tinieblas de la cocina.*

Aún hoy en día no estoy seguro de si la bestia me vio. Sus ojos cambiaron de dirección, se posaron en la cama y exhibieron un brillo de glotonería mientras contemplaban a la espectral figura durmiente. Entonces echó la cabeza hacia atrás y de aquella garganta diabólica brotó el aullido más espeluznante que he oído en mi vida, un aullido pesado, nauseabundo, lobuno, que consiguió detener los latidos de mi corazón. La figura recostada en la cama tembló, abrió los ojos y se encogió ante lo que veía. La bestia se agachó tomando impulso, y entonces —mientras la fantasmagórica figura lanzaba un terrible grito de angustia y terror, un grito que ninguna aparición espectral podría emitir nunca— saltó sobre la garganta de su víctima y sus colmillos brillaron a la luz de la luna con un fulgor blanco mientras se cerraban sobre la yugular del aullante fantasma. El grito se interrumpió con un gorgoteo de sangre y los aterrorizados ojos humanos se pusieron vidriosos.

Aquel grito me obligó a entrar en acción. Al instante recogí la pistola automática y vacié el cargador entero sobre la monstruosidad lobuna que se erguía a mi lado. Pero oí cómo todas y cada una de las balas rebotaban en la pared de enfrente.

Perdí los nervios. Un terror ciego me guió precipitadamente hacia la puerta y aun así volví la vista atrás y comprobé que el lobo había hundido los colmillos en el cuerpo de su presa. Entonces mis impresiones y sentimientos alcanzaron una especie de apogeo sensorial y dieron lugar a una idea completa y absolutamente devastadora. Se trataba del mismo cuerpo que yo había *atravesado* un rato antes... y sin embargo, mientras me precipitaba por aquella tenebrosa y espeluznante escalera, *podía escuchar con toda claridad*

el crujido de unos huesos al ser triturados.

IV

Supongo que nunca sabré cómo pude arreglármelas para encontrar el sendero de Glendale y recorrerlo hasta mi destino. Lo único que sé es que la aurora me sorprendió en lo alto de una colina al final de los bosques, que la villa repleta de tejadillos y campanarios descansaba a mis pies y que el curso azul del Cataqua brillaba en la distancia. Sin sombrero, sin chaqueta, con la cara tiznada y empapado en sudor, como si hubiera pasado la noche al raso bajo la tormenta, dudé unos momentos antes de entrar en el pueblo e intenté por todos los medios recuperar, aunque solo fuera un poco, mi habitual compostura. Por fin reanudé el camino colina abajo y me interné por las estrechas callejuelas empedradas, sobre las que se abrían magníficos pórticos coloniales, hasta llegar a la mansión Lafayette, cuyo propietario me miró de soslayo.

—¿De dónde sale tan temprano, muchacho? Y vaya un aspecto que tiene.

—Acabo de atravesar los bosques desde Mayfair.

—¿Me está diciendo que ha atravesado el Bosque del Diablo... *esta noche...* y solo? —el anciano me observó con unos ojos en los que se mezclaban a partes iguales el espanto y la incredulidad.

—Tenía que hacerlo —apunté—. No habría llegado antes del mediodía si hubiera tenido que dar un rodeo cruzando el Potowisset.

—¡Pero anoche había *luna llena...*! ¡Por Dios! —me observó con curiosidad—. ¿Encontró alguna señal de Vasili Oukranikov o del Conde?

—Oiga usted, ¿cree que soy un idiota? ¿Qué pretende? ¿Acaso se está burlando de mí?

Pero su voz sonó tan seria como la de un obispo cuando me contestó:

—Debe ser nuevo por estos lugares, hijo. Si no fuera así lo sabría todo acerca del Bosque del Diablo, la luna llena, Vasili y todo lo demás.

Yo no solía ser una persona impertinente, sin embargo sabía que no estaba dando una buena imagen, sobre todo después de mis primeras observaciones.

—Venga. Ya veo que se muere de ganas por contármelo. Soy como un asno: todo orejas.

Entonces me contó de manera escueta la leyenda, despojándola de toda pasión y fantasía y omitiendo los detalles, el colorido y la atmósfera. Pero yo no necesitaba la pasión ni el colorido con que la hubiera descrito un poeta. Recuerden lo que había visto y tengan presente que no supe nada de la historia hasta después de experimentarla en mis propias carnes y salir huyendo aterrado ante el crujido de aquellos huesos fantasmagóricos.

—Hace tiempo había un grupo de rusos diseminados por los bosques que se extienden entre Mayfair y este lugar. Emigraron a causa de ciertos problemas con los nihilistas de su país. Vasili Oukranikov era uno de ellos. Se trataba de un individuo alto, delgado y atractivo, de cabellos rubios y lustrosos y maneras refinadas. Sin embargo, la gente decía que era un siervo del diablo, un hombre lobo devorador de mortales.

«Construyó una casa en los bosques —más o menos a un tercio de la distancia que nos separa de Mayfair— y vivía allí solo. Con frecuencia los viajeros que atravesaban el bosque contaban historias muy raras acerca de un lobo enorme con brillantes ojos humanos —muy parecidos a los de Oukranikov— que los perseguía. Una noche alguien disparó al lobo y cuando el ruso volvió a aparecer en Glendale estaba cojo. Aquello lo aclaró todo. Ya no se trataba de simples sospechas, sino de hechos contundentes.

»Entonces hizo llamar al Conde, que vivía en Mayfair (se llamaba Feodor Tchernevsky y le había comprado a Fowler la vetusta casa de tejados picudos de State Street), para que se acercara a verle. Todo el mundo advirtió al Conde, ya que era una buena persona y un excelente vecino, pero él aseguró que sabía cuidar de sí mismo. Esa noche había luna llena. Feodor era un hombre valiente y la única precaución que tomó fue pedir a algunos vecinos que, si no regresaba en un periodo de tiempo prudencial, fueran a buscarle a la casa de Vasili. Así lo hicieron... Y usted, hijo, ¿me dice que ha rondado por esos bosques durante la noche?

—Y se lo vuelvo a repetir —le aseguré, intentando mostrar la mayor seriedad posible—. No soy Conde, ¡pero aquí estoy para contarlo!... Pero, dígame, ¿qué hallaron los hombres en la casa de Oukranikov?

—Encontraron el cuerpo despedazado del Conde, hijo, y un descarnado

lobo gris encorvado sobre él con las fauces ensangrentadas. Ya puede imaginar quién era el lobo. Y desde entonces la gente asegura que todas las noches de luna llena... Pero, hijo, ¿no vio ni oyó nada?

—Nada de nada, viejo. Y dígame, ¿qué fue del lobo... o de ese tal Vasili Oukranikov?

—Vaya, hijo, pues lo mataron, lo llenaron bien de plomo y lo enterraron en la casa; luego lo quemaron todo... Pero aquello sucedió hace sesenta años, cuando yo apenas era un muchacho imberbe, aunque lo recuerdo como si hubiera sido ayer mismo.

Me encogí de hombros y proseguí mi camino. Todo parecía tan folklórico, estúpido y artificial a plena luz del día. Pero a veces, cuando estoy solo en algún lugar salvaje y la noche ha caído sobre el mundo, y oigo los ecos de esos aullidos y gruñidos, y aquel detestable crujir de huesos triturados, no puedo evitar estremecerme ante el recuerdo de aquella noche espectral.

QUERIDA MUERTE

The Loved Dead (1923)

C.M. Eddy, Jr. & H.P. Lovecraft

Es medianoche. Vendrán antes de que amanezca y me encerrarán en la tenebrosa celda donde languideceré para siempre, y un deseo insaciable palpitará en mi alma y agostará mi corazón, hasta que al fin me reúna con la muerte, con esa muerte que tanto amo.

Mi asiento es el fétido hueco de una tumba enmohecida; mi mesa el reverso de una lápida pulida por el paso devastador del tiempo; la única luz que me alumbra procede de las estrellas y de una luna ganchuda, y sin embargo puedo ver con tanta claridad como si fuese de día. A mi alrededor, por todas partes, unos centinelas sepulcrales guardan tumbas decrepitas, cuyas lápidas ladeadas y mohosas están medio ocultas entre una maraña de vegetación nauseabunda y putrefacta. Y por encima de todo, recortándose contra el descolorido cielo, un monumento colosal alza su austera, afilada aguja como si fuera el caudillo espectral de una horda de lémures. El aire apesta con el nocivo hedor que brota de las fungosidades y de la tierra mohosa y húmeda, y sin embargo a mí me parece estar oliendo los aromas de Eliseo. Todo está tranquilo, terriblemente tranquilo, cargado de un silencio tan profundo como solemne y horripilante. Si hubiera podido elegir mi lugar de residencia sería aquí, en el corazón de una ciudad repleta de carne putrefacta y huesos corroídos; pues su proximidad colma mi alma de éxtasis,

consigue que la sangre estancada fluya de nuevo por mis venas y que mi marchito corazón lata con una alegría incontenible. ¡La cercanía de la muerte es toda mi vida!

Mi niñez fue un largo camino de prosaica y monótona apatía. Ascético, enfermizo, pálido, más bajo de lo normal y sujeto a prolongados periodos de mórbido mal humor, fui condenado al ostracismo por los jóvenes saludables y normales de mi edad. Me llamaban aguafiestas y «ancianita» porque no me interesaban los juegos infantiles y rudos que tanto practicaban, ni poseía el vigor necesario para participar en ellos, por mucho que lo deseara.

Como en todas las comunidades rurales, en Fenham también se despachaban un buen número de venenosas calumnias. Eran tan retorcidas que a mi apocado temperamento lo consideraban una horrenda anormalidad. Me comparaban con mis padres y sacudían la cabeza, asombrados por las muchas diferencias que me separaban de ellos. Los que eran más supersticiosos decían abiertamente que alguien me había cambiado en la cuna, y los que sabían algo de mi familia siempre se acordaban de los misteriosos rumores que circulaban acerca del hermano de un tatarabuelo que había sido quemado en la hoguera por brujería.

Si hubiera vivido en una ciudad más grande, con mayores oportunidades para intimar con todo tipo de gente, quizá habría esquivado esta tendencia mía a la reclusión. Cuando cumplí diez años me hice más taciturno, mórbido y apático. Mi vida carecía de motivaciones. Parecía atrapado en una cárcel que embotaba mis sentimientos y siempre me dejaba insatisfecho.

Asistí a mi primer funeral cuando contaba dieciséis años. Cualquier funeral en Fenham era todo un acontecimiento social, ya que nuestra ciudad tenía fama por la longevidad de sus habitantes. Cuando, además, el funeral era el de un personaje tan popular como mi abuelo, se podía asegurar sin miedo que todos los habitantes del condado acudirían en masa a rendir un último homenaje al difunto. Sin embargo, la cercanía de semejante ceremonia tampoco parecía interesarme demasiado. Cualquier cosa que me alejara de mis hábitos existenciales no hacía más que perturbar mi precaria estabilidad física y mental. Por respeto a mis padres, y sobre todo para que dejaran de reprocharme lo que ellos consideraban una actitud poco digna, accedí al fin a acompañarlos.

En el funeral de mi abuelo no hubo nada extraordinario, si dejamos a un lado la increíble cantidad de ofrendas florales, pero recuerdo que aquel entierro fue mi iniciación a los ritos solemnes de semejantes ceremonias. Algo de lo que vi en el tenebroso recinto, en el oblongo ataúd cubierto con su respectivo paño mortuario, en los montones de fragantes flores, en las demostraciones de dolor de los asistentes, me sacó de mi habitual estado de apatía y atrajo mi atención. Un codazo de mi madre me apartó de golpe de todas aquellas ensoñaciones. La seguí por la habitación hasta el féretro donde yacía el cuerpo de mi abuelo.

Por primera vez en mi vida me encontré cara a cara con la Muerte. Contemplé aquel rostro plácido surcado por un sinfín de arrugas y no vi nada por lo que sentirse apenado. Más bien al contrario, me dio la sensación de que el abuelo se hallaba inmensamente feliz y satisfecho. Me embargó una extraña sensación de júbilo. Aquel sentimiento se había originado en mi interior con tanta lentitud y firmeza que apenas me di cuenta de lo que pasaba. Cuando revivo en mi mente aquel instante memorable, creo poder asegurar que empezó a producirse en cuanto vi por primera vez la escena funeraria; luego fue tomando fuerza con inefable rapidez y casi sin darme cuenta. Era como un influjo maligno y funesto que parecía emanar del mismo cadáver y que me atraía con magnética fascinación. Todo mi ser parecía cargado de una energía eléctrica y eufórica, y sentí cómo se tensaba mi cuerpo sin necesidad de que interviniera mi propia voluntad. Mis ojos intentaban traspasar los párpados cerrados del muerto y leer cualquier mensaje secreto que se ocultara tras ellos. Mi corazón latió con profana alegría, golpeándome las costillas con ímpetu demoníaco, como si quisiera escapar de su endeble prisión. Una sensualidad voluptuosa, salvaje, libertina, invadió mi alma. De nuevo, un fuerte codazo maternal me hizo recuperar la consciencia. Había recorrido la distancia que me separaba del enlutado ataúd a paso muy lento, pero me alejé del féretro con una animación renovada.

Acompañé al cortejo camino del cementerio mientras sentía cómo mi cuerpo estaba invadido por aquel influjo místico y vigorizante. Me parecía estar bajo los efectos de un licor exótico, de un elixir abominable elaborado a partir de una receta blasfema procedente de los archivos de Belial.

La comitiva estaba tan concentrada en la ceremonia que el cambio radical

que se produjo en mi estado de ánimo pasó totalmente desapercibido, excepto a mi padre y a mi madre; sin embargo, a lo largo de las semanas siguientes, la alteración de mi comportamiento estuvo en boca de todos los fisgones del pueblo, quienes disponían de material fresco para sus lenguas viperinas. Sin embargo, al cabo de dos semanas los chismorreos fueron perdiendo fuerza y efectividad. Dos días después había retornado a mi habitual estado de apatía, aunque no me sentía tan aplastado por la monotonía e insipidez de años pasados. Antes no tenía ningún deseo de salir de aquel estado de indolencia; ahora, sin embargo, me sentía invadido por una inquietud vaga y desconocida. De cara al exterior volvía a ser el mismo y las lenguas viperinas se centraron en otros cotilleos más provechosos. Si alguien hubiera podido tan solo imaginar la verdadera causa de mi alborozo, me habrían encerrado como a un leproso inmundo. Si yo me hubiera dado cuenta del verdadero poder que anidaba tras ese breve periodo de exaltación, me habría apartado del resto del mundo para siempre y dedicado los años que me quedaban de vida a una solitaria penitencia.

Las tragedias nunca vienen solas, y a pesar de la proverbial longevidad de los vecinos de nuestra localidad, en el transcurso de los siguientes cinco años murieron mis padres. Primero mi madre, a causa de un accidente de lo más extraño, y mi dolor fue tan sincero que me sentí realmente sorprendido al comprobar que mi pena se veía contradicha por un sentimiento casi olvidado de supremo y diabólico éxtasis. De nuevo mi corazón latió desbocado, de nuevo golpeó mi pecho como un martillo en el yunque, haciendo que la sangre fluyera en mis venas con meteórica velocidad. Me quité de encima aquella apática monotonía, sí, pero solo para reemplazarla por una carga infinitamente más espantosa, por un deseo malsano. Merodeé por la capilla ardiente donde yacía el cuerpo de mi madre mientras mi alma absorbía el néctar diabólico que parecía saturar el aire de la tenebrosa habitación. Mi fuerza aumentaba con cada respiración, mi cuerpo parecía elevarse hasta las cimas de la suprema satisfacción. Sabía que se trataba de una especie de droga mística cuyos efectos pasarían pronto, que después volvería a sentirme debilitado por su maligno influjo, y sin embargo me sentía tan incapaz de controlar mis anhelos como de deshacer los nudos gordianos que tejían mi enmarañado destino.

También sabía que, a causa de algún influjo satánico, mi subsistencia dependía de la muerte y de la atracción que por ella sentía, que mi mente albergaba una singularidad que solo respondía a la espantosa presencia de la carne muerta. Unos días después, trastornado por la droga bestial de la que dependía el sentido de mi existencia, fui a ver al dueño de la única funeraria de Fenham y le sugerí que me tomara de aprendiz.

La muerte de mi madre afectó profundamente a mi padre. Creo que si se me hubiera ocurrido solicitar aquel empleo tan estrafalario en cualquier otro momento, él se habría negado rotundamente. En cambio, cuando se lo dije se limitó a asentir tras haberlo pensado un rato. ¡Qué lejos estaba de imaginar que él iba a ser el sujeto de mi primera lección práctica!

También mi padre murió de repente por culpa de una traicionera enfermedad cardíaca. Mi octogenario patrón hizo todo lo posible por disuadirme de tomar parte en la impensable tarea de embalsamar su cuerpo, pero no se dio cuenta del brillo extasiado que lucía en mis ojos cuando al fin pude imponer mi malsano punto de vista. Me siento incapaz de describir las emociones indecibles y censurables que asaltaron mi desbocado corazón en oleadas de entusiasmo mientras me afanaba sobre aquel cuerpo sin vida. Amor sin límites, esa es la definición que más se ajusta a mis sentimientos, un amor más profundo —muchísimo más profundo— que el que jamás había sentido por él cuando estaba vivo.

Mi padre no era un hombre rico, sin embargo poseía los suficientes bienes materiales como para llevar una vida independiente y desahogada. Como único heredero suyo, me encontré en una situación un tanto contradictoria. Durante mi niñez había sido incapaz de adaptarme al mundo moderno, pero la longevidad de los habitantes de Fenham, su simpleza y aislamiento, consiguió aburrirme enormemente. Y es que esa longevidad excesiva frustraba el único motivo por el que me había empleado.

Tras liquidar mis propiedades, conseguí lo suficiente para vivir con desahogo y me trasladé a Bayboro, a unos ochenta kilómetros de distancia. Allí pude rentabilizar mi año de aprendizaje. No tuve ninguna dificultad para establecer una buena relación comercial con la Gresham Corporation, una compañía dedicada al mantenimiento de los grandes velatorios de la ciudad. Incluso logré que me dejaran residir en los citados locales, pues la

proximidad de la muerte se había convertido en una verdadera obsesión.

Me centré en el trabajo con inusitado entusiasmo. Ningún caso era lo suficientemente grotesco como para herir mi pecaminosa sensibilidad, y pronto me convertí en maestro de la tarea que tanto me apasionaba. Cualquier cadáver reciente que me suministraban era una fuente inagotable de impía satisfacción y gozo malsano, un objeto que conseguía revivir en mi interior el tumultuoso y embelesado fluir de la sangre en las arterias y hacía de mi tétrica tarea un placer sublime... Sin embargo, la saciedad de la carne siempre tiene un precio. No podía soportar los días desprovistos de carne muerta que saciara mis apetitos y rogaba a los repugnantes dioses de los abismos más insondables que procuraran una muerte rápida y segura a algún vecino de la localidad.

Entonces llegaron las noches en las que una figura furtiva merodeaba bajo las sombras de las calles más alejadas del centro, noches oscuras en que la luna se ocultaba tras las nubes densas y bajas. Era una figura furtiva que se escondía entre los árboles y miraba desconfiada a su espalda, una figura consagrada a una misión diabólica. Tras una de aquellas incursiones, los periódicos de la mañana publicaron una noticia sensacionalista, narrando a un público ansioso los detalles más escabrosos de un crimen de pesadilla; columnas y más columnas de malsano regocijo informativo acerca de las atrocidades más abominables; párrafo tras párrafo de soluciones imposibles y sospechas extravagantes. Pero yo me sentía completamente a salvo, ¿quién iba pensar ni por un solo instante que el empleado de una funeraria, donde se supone que la muerte es algo muy cotidiano, dejaría de lado sus ineludibles tareas para dedicarse a asesinar a sangre fría a sus convecinos? Planeaba cada crimen con maniaca sagacidad, variando la manera de matar a mis víctimas para que nadie pudiera deducir que los diferentes asesinatos habían sido cometidos por un solo individuo. Aquellos crímenes nocturnos siempre me proporcionaban unas horas repletas de puro y pernicioso placer, un placer que se duplicaba luego, cuando esa fuente de gozo se convertía en el satisfactorio protagonista de mis ocupaciones habituales. Y a veces daba la casualidad de que ese placer doble tenía lugar al mismo tiempo. ¡Ay, qué recuerdos tan deliciosos y raros!

Las largas noches que pasaba recluido en mi santuario, el silencio

sepulcral que reinaba en el velatorio me ayudaba a idear nuevas e indescritibles formas de entregarme a esa muerte que tanto me apasionaba, ¡a esa muerte que me hacía vivir!

Una mañana, el señor Gresham se presentó mucho antes de lo habitual y me encontró tendido sobre una fría losa, sumido en un macabro sopor ¡y abrazado al cuerpo nauseabundo, desnudo y rígido de un fétido cadáver! Me despertó de mis sueños inmundos y me miró con una mezcla de repugnancia y compasión. Con amabilidad, pero en un tono que no admitía dudas, me dijo que me marchara, que tenía los nervios destrozados, que necesitaba evadirme de las repugnantes tareas que exigía mi trabajo y que mi impresionable juventud se había visto profundamente afectada por la atmósfera decadente que me rodeaba. ¡Qué poco sabía de los deseos diabólicos que estimulaban mi detestable dolencia! Fui lo suficientemente avisado para darme cuenta de que cualquier explicación por mi parte tan solo conseguiría reforzar sus juicios acerca de mi latente locura. Mejor callar que dar pie al descubrimiento de los motivos verdaderos que modelaban mis actos.

Después de aquello, no me atreví a permanecer demasiado tiempo en el mismo sitio, pues temía que alguna de mis acciones revelaran mis secretos a un mundo poco comprensivo. Vagué de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo. Trabajé en depósitos de cadáveres, en varios cementerios y, en cierta ocasión, en un crematorio; trabajé en cualquier sitio que me brindara la oportunidad de estar cerca de esa muerte que tanto adoraba.

Entonces estalló la Guerra Mundial. Fui uno de los primeros en alistarme y uno de los últimos en volver. Cuatro años de sangrienta y demoniaca carnicería, de trincheras empapadas y fango nauseabundo, de explosiones ensordecedoras y delirantes, del monótono silbido de las balas, del ígneo bullir de las fuentes del Flegetonte^[17], de sofocantes humaredas de gas mostaza, de repugnantes restos de cuerpos destrozados y reventados... Cuatro años de placer incomparable.

Todo viaje conlleva siempre un deseo oculto por volver a los paisajes de la infancia. Unos meses después del fin de la guerra me descubrí recorriendo los familiares caminos de Fenham. Granjas decadentes y abandonadas se alineaban a lo largo de los senderos adyacentes, y estaba claro que el tiempo también se había cebado en la propia ciudad. Pocas eran las casas habitadas,

pero entre ellas se encontraba la que antes había sido mi hogar. La senda cubierta de maleza, los rotos paneles de las ventanas, el jardín descuidado que bordeaba el edificio, todo me confirmaba las noticias que mis discretas indagaciones habían obtenido: que el edificio estaba ahora ocupado por un borracho libertino que subsistía miserablemente gracias a las limosnas de los vecinos, quienes se compadecían de la maltratada esposa y el desnutrido hijo que moraban bajo su techo. En definitiva, la magia que rodeaba los paisajes de mi niñez había desaparecido por completo; así que, aguijoneado por un impulso irreflexivo, encaminé mis pasos hacia Bayboro.

También allí los años habían traído cambios, aunque en esta ocasión eran totalmente opuestos. La pequeña ciudad que yo recordaba había duplicado su tamaño, a pesar de la guerra. Instintivamente me puse a buscar el lugar donde se encontraba mi antiguo trabajo. Al fin lo encontré, aunque tenía un nombre distinto y un «Sucesor de» encima de la puerta, ya que la epidemia de gripe se había llevado al señor Gresham mientras los jóvenes se hallaban al otro lado del océano. Un impulso fatídico me llevó a pedir trabajo. Hablé de mi anterior relación laboral bajo la tutela del señor Gresham con cierta inquietud, pero mis temores estaban infundados ya que el patrón se había llevado consigo a la tumba el secreto de mi conducta tan poco ética. Una oportunísima plaza vacante aseguró mi inmediata reincorporación.

Entonces me asaltaron vagos recuerdos de noches escarlatas repletas de impíos peregrinajes y me embargó el deseo incontrolable de renovar aquellos gozos ilícitos. Dejé de lado toda precaución y volví a sumergirme en un mar de desenfreno y perversión. De nuevo las páginas amarillentas de los periódicos dispusieron de material fresco, de nuevo se dedicaron a narrar mis repugnantes crímenes con todo lujo de detalles rocambolescos, comparándolos con los que tuvieron lugar durante las sangrientas semanas de horror que se adueñaron de la ciudad hace unos años. De nuevo la policía tendió sus redes y rebuscó por todas partes. ¡Para nada!

Mi ansia por el néctar nocivo de la muerte no hacía más que crecer, como un fuego que me consumía, y cada vez dejaba pasar menos tiempo entre un crimen y el siguiente. Comprendí que estaba pisando terreno peligroso, pero me atenazaba un apetito diabólico, envolviéndome cual tentáculos asfixiantes, y tuve que seguir y seguir y seguir.

Durante todo este tiempo mi mente cada vez era más insensible a todo aquello que no estuviera relacionado con la culminación de mis apetitos malsanos. En una de aquellas repugnantes salidas dejé al descubierto ciertas pruebas de capital importancia. No sé exactamente cómo ni dónde, pero el caso es que dejé un rastro vago, un detalle elusivo; no lo bastante importante como para que me arrestaran, pero suficiente para que las sospechas recayeran en mi persona. Me sentía vigilado, y sin embargo seguía siendo incapaz de detener los impulsos que enervaban mi alma y me exigían más muerte.

Y entonces, una noche, mientras asía con fuerza una ensangrentada navaja de afeitar, el estridente aullido de una sirena de policía desvió la voraz atención que tenía depositada en el cadáver de mi última víctima. Cerré la navaja con manos expertas y la metí en el bolsillo de la chaqueta. Unos golpes nocturnos resonaron en la puerta. Rompí el cristal de la ventana con una silla, agradeciendo al Destino el haber elegido como residencia uno de los barrios más pobres de la ciudad. Fui a dar al sucio callejón trasero mientras unas figuras azules saltaban por encima de la puerta derribada. Corrí entre alambradas temblorosas, patios mugrientos, inmundos edificios en ruinas y callejuelas tenebrosas. Al rato me acordé de las marismas boscosas que se prolongaban durante más de ochenta kilómetros, desde las afueras de la ciudad hasta los arrabales de Fenham. Si lograba alcanzarlas estaría a salvo por un tiempo. Antes del amanecer chapoteaba entre las aguas estancadas y tropezaba con las raíces putrefactas de unos árboles medio muertos cuyas ramas desnudas se estiraban como brazos diabólicos que ansiaran estrujarme en un abrazo burlón.

Los duendes de los dioses infames a quienes dedicaba mis oraciones paganas debieron guiar mis pasos a través de aquella ciénaga infernal. Una semana después, sucio, escuálido y agotado, merodeaba por los bosques que se extienden a menos de dos kilómetros de Fenham. Había conseguido escapar de mis perseguidores, pero no me atrevía a dejarme ver, pues sabía que habrían dado la alarma por radio. Tenía la vaga esperanza de haberlos despistado. Después de aquella noche enloquecedora no había oído ninguna voz, ni tampoco el roce de cuerpos pesados al avanzar entre la maleza. A lo mejor creían que mi cuerpo yacía sumergido en alguna de las pútridas charcas

de aguas estancadas o que había sido absorbido por las tercas arenas movedizas.

El hambre roía mis entrañas con zarpas afiladas y la sed hacía que mi garganta pareciera papel de lija. Pero lo peor de todo era el apetito insaciable de mi alma, ávida del alimento que solo podía encontrar en presencia de la muerte. Mis fosas nasales se estremecían al recordar aquellos pensamientos tan dulces. Resultaba inútil seguir engañándome; aquellos anhelos no eran un simple producto de mi imaginación desbocada. Ahora sabía que formaban parte de mi vida, que sin ellos me extinguiría como la llama de una lámpara que se queda sin combustible. Reuní todas las fuerzas que me quedaban para intentar satisfacer mis nauseabundos apetitos. A pesar de los peligros que me acechaban si salía al descubierto, me aventuré en una expedición de reconocimiento y merodeé entre las sombras como un fantasma sigiloso. De nuevo me invadió la extraña sensación de ser guiado por un discípulo invisible de Satán. Incluso mi alma pecaminosa se revolvió un instante al descubrir que me hallaba frente a la casa que me vio nacer, delante del lugar donde se desarrolló mi solitaria juventud.

Pero ese recuerdo perturbador se desvaneció enseguida. Su lugar fue ocupado por un deseo lujurioso y aplastante. Detrás de las paredes desportilladas de aquel vetusto edificio yacía mi presa. Estuve escuchando un rato con los sentidos alerta y los músculos en tensión. El silencio me tranquilizó. Recorrí las familiares habitaciones con el sigilo de un gato hasta que unos ronquidos estruendosos me indicaron el lugar donde podía encontrar consuelo a todos mis padecimientos. Me permití un suspiro de éxtasis anticipado mientras empujaba la puerta del dormitorio. Avancé con paso de pantera hasta el cuerpo sumido en un sopor de borracho. ¿Dónde estaban la mujer y el niño?... Bueno, podían esperar. Mis dedos crispados buscaron a tientas su garganta...

Horas después huía de nuevo, aunque me sentía poseído por una energía renovada. Tres cuerpos silenciosos dormían para siempre. Cuando la luz lechosa de un nuevo día invadió el escondrijo donde me ocultaba, me di verdadera cuenta de las posibles consecuencias del precipitado alivio de mis apetitos. En esos momentos ya habrían descubierto los cuerpos. Incluso el policía más torpe del pueblo sería capaz de relacionar aquella tragedia con mi

huida de la ciudad vecina. Además, por primera vez no había puesto ningún cuidado a la hora de ocultar cualquier prueba que pudiera delatar mi identidad; por ejemplo, las huellas de mis dedos en las gargantas de los cadáveres. Durante todo el día me estremecí presa de la inquietud. El simple crujido de una ramita seca bajo mis pies conjuraba en mi mente imágenes espantosas. Aquella noche, camuflado en las tinieblas nocturnas, rodeé Fenham y me dirigí a los bosques que se extendían al otro lado de la ciudad. Antes del amanecer escuché los primeros sonidos de una renovada y definitiva persecución: el distante ladrido de los sabuesos.

Seguí corriendo durante toda la noche, pero con la luz del día sentí cómo se desvanecían todas las fuerzas acumuladas al saciar mis apetitos. Al mediodía volví a sentir la imperiosa llamada de mi nauseabunda maldición, y supe que me derrumbaría si antes no era capaz de saciar una vez más el hambre voraz que solo se calmaba en presencia de mi adorada muerte. En mi huida me había desplazado en una trayectoria semicircular. Si ahora seguía en línea recta, al llegar la medianoche me encontraría en el cementerio donde, años atrás, habían sido enterrados mis padres. Sabía que mi única esperanza consistía en llegar a ese lugar antes de que me atraparan. Mientras rezaba en silencio a los demonios que gobernaban mi destino, dirigí mis pasos en pos de mi último refugio.

¡Señor! ¿Cómo es posible que hayan pasado doce horas desde que partí al encuentro de mi fantasmagórico santuario? Las horas se me han hecho eternas. Pero también he obtenido una hermosa recompensa. ¡El hedor fétido de este lugar abandonado tonifica mi alma doliente!

Los primeros rayos de sol se abren paso en el horizonte. ¡Ya llegan! Mi oído ha captado el ladrar lejano de los perros. Apenas quedan unos minutos para que me encuentren y me separen por siempre del resto del mundo, para que mis días transcurran vacíos y desolados, ¡hasta que al fin pueda reunirme con mi adorada muerte!

¡No me cogerán! ¡Todavía existe una vía de escape! Quizá sea una salida cobarde, sí, pero mejor, mil veces mejor, que un sinfín de meses de miserias inenarrables. Dejaré estas notas por si algún alma comprensiva puede llegar a entender por qué elegí este camino.

¡La navaja! Seguía en mi bolsillo. Me había olvidado de ella cuando huí

de Bayboro. Su hoja manchada de sangre brilla con un resplandor extraño bajo la luz plateada de la luna ganchuda. Un limpio tajo en mi muñeca izquierda y la liberación está asegurada...

La sangre roja y cálida cae sobre lápidas decrepitas, formando grotescos diseños... hordas fantasmales se hacinan entre ruinosas sepulturas... dedos espectrales que me hacen señas... fragmentos etéreos de melodías desconocidas se elevan en celestial crescendo... lejanas estrellas danzan beodas en demoníaca compañía... un millar de diminutos martillos retumban sin ton ni son por todos los rincones de mi caótico cerebro... fantasmas grises de espíritus asesinados desfilan silenciosos, mofándose ante mis ojos... lenguas abrasadas por llamas invisibles marcan a fuego el sello del Infierno sobre mi alma nauseabunda... No puedo... escribir... más...

SORDO, MUDO Y CIEGO

Deaf, Dumb, and Blind (1924)

C.M. Eddy, Jr. & H.P. Lovecraft

Poco después del mediodía del 28 de junio de 1924, el doctor Morehouse detuvo su auto frente a la mansión Tanner y cuatro hombres descendieron de su interior. El edificio de piedra, cuyo estado de conservación era excelente, se erguía al lado de la carretera, y de no ser por el pantano que ocupaba la parte trasera, el lugar no habría mostrado el menor síntoma de lobreguez. La entrada, de un blanco inmaculado, era visible desde la carretera, al otro lado de una cuidada pradera de césped, y cuando el grupo del doctor se acercó pudo verse que el portón estaba abierto de par en par. Solo la contrapuerta permanecía cerrada. La proximidad del edificio había impuesto un silencio tenso en los cuatro individuos, pues lo que acechaba en el interior de aquellas paredes solo podía ser imaginado con una sensación de vago terror. Este terror se convirtió en abatimiento cuando los visitantes oyeron con claridad el repiqueteo de las teclas en la máquina de escribir de Richard Blake.

Menos de una hora antes, un hombre sin sombrero ni abrigo había huido de aquella casa lanzando gritos hasta caer derrumbado en los escalones de entrada de la granja más cercana, que se encontraba a casi ochocientos metros de distancia, balbuciendo palabras incoherentes como «casa», «oscuro», «pantano» y «habitación». El doctor Morehouse no necesitó más explicaciones para entrar en acción, pues ya sabía algo acerca de una criatura

enloquecida y babeante que había salido del pantano de la casa Tanner. Cuando aquellos dos hombres se hicieron cargo de la maldita casa de piedra, el doctor supo que algo iba a pasar. Uno de ellos era el sujeto que había huido y el otro, su patrón, era Richard Blake, el poeta de Boston, el genio que había ido a la guerra con todos los sentidos alerta y regresado tal y como le conocíamos: alegre, sí, pero impedido; lleno de canciones y músicas coloridas y tonificantes, pero alejado para siempre de la sociedad; ¡sordo, mudo y ciego!

A Blake le encantaban las extrañas y escalofriantes leyendas que circulaban en torno a la casa y sus primeros habitantes. Su estado físico no suponía una traba para poder disfrutar de todas aquellas tradiciones sobrenaturales. Había sonreído al oír las advertencias de los supersticiosos nativos. Pero ahora que su único acompañante había huido enloquecido y presa del pánico, dejándolo desvalido frente al causante de semejante horror, seguramente Blake ya no tendría tantos motivos para sonreír. Al menos eso es lo que pensaba el doctor Morehouse mientras se hacía cargo del huido y le pedía ayuda al desconcertado granjero que había ido a visitar. Los Morehouse eran una antigua familia de Fenham y el abuelo del doctor había sido uno de los que quemaron al ermitaño Simeón Tanner en 1819. A pesar del tiempo transcurrido, el experimentado doctor no podía evitar un ligero estremecimiento al recordar lo escrito sobre aquella cremación y los juicios supersticiosos de varios campesinos ignorantes sobre ciertas particularidades físicas del cadáver. El doctor sabía que tal inquietud resultaba absurda, ya que las protuberancias óseas en la parte frontal del cráneo no son significativas y se ven con cierta frecuencia en los sujetos calvos.

Los cuatro hombres de rostros decididos que iban en el coche del doctor hacia aquella mansión aborrecible intercambiaron entre sí todo tipo de leyendas, chismes y extravagantes cuentos de viejas, cuentos supersticiosos que se repetían sin parar pero que nunca se habían probado. Se alejaban en el tiempo hasta 1692, cuando un Tanner murió en Gallows Hill, Salem, tras un proceso por brujería, aunque no se generalizaron hasta 1747, año en el que se construyó la casa. Incluso en aquel entonces las habladurías no eran muy corrientes, ya que, a pesar de que todos los Tanner eran bastante raros, la gente solo temía de verdad al último, al viejo Simeón. Este aumentó su

herencia —y, según dicen, la aumentó de una manera espantosa— y tapió la ventana de la habitación que miraba al sudeste, al pantano que se extiende en la parte trasera de la mansión. Allí estaba su estudio y biblioteca, y tenía una puerta de doble espesor con abrazaderas. Esa misma puerta fue derribada a hachazos aquella terrible noche invernal de 1819, y en esa misma habitación se encontró el cuerpo de Tanner —con una extraña expresión en el rostro— mientras un humo apestoso salía por la chimenea. Fue a causa de aquella expresión —y no por las protuberancias que descubrieron debajo de su abundante y canoso cabello— por lo que quemaron el cuerpo, los libros y manuscritos que había en la estancia. Por desgracia, debido a la corta distancia que los separaba de la casa Tanner, los cuatro individuos no tuvieron tiempo de hablar de otros hechos históricos bastante más importantes.

Cuando el doctor, que iba a la cabeza del grupo, abrió la contrapuerta y entró en el vestíbulo abovedado, el martilleo de la máquina de escribir cesó de repente. En ese momento, dos de los visitantes creyeron notar una extraña corriente de aire frío que contrastaba notablemente con el calor del día, aunque después no se atrevieron a jurar que tal sensación fuera realmente cierta. El vestíbulo se hallaba en perfecto estado, al igual que otras varias habitaciones que habían examinado mientras se dirigían al estudio donde pensaban encontrar a Blake. El escritor había decorado la mansión en un exquisito estilo colonial, y a pesar de que solo tenía un criado, se las había arreglado para mantenerla en perfecto estado de conservación.

El doctor Morehouse guió a sus acompañantes de habitación en habitación, cruzando puertas abiertas de par en par y amplios pasillos abovedados, hasta llegar al estudio o biblioteca: una acogedora habitación en la planta principal que miraba al sur —al lado del siniestro despacho de Simeón Tunner—, repleta de libros que el criado leía a Blake por medio de un ingenioso alfabeto basado en golpecitos, y de un montón de volúmenes más gruesos escritos en sistema Braille que el propio Blake leía con los dedos. Y allí, efectivamente, se hallaba el poeta, sentado como siempre delante de su máquina de escribir, rodeado de un montón de cuartillas escritas diseminadas por el suelo y la mesa, y con una hoja en blanco en el carro de la máquina. Había interrumpido el trabajo de una forma un tanto repentina,

posiblemente a causa de la fría corriente de aire que le había llevado a subirse las solapas de su bata, y dirigía la mirada al umbral de la soleada habitación adyacente de una manera que resultaba insólita en alguien que no podía ver ni oír los estímulos del mundo exterior.

Cuando el doctor Morehouse cruzó la estancia y se situó en una posición desde la que podía ver el rostro del poeta, empalideció visiblemente e hizo un gesto a sus acompañantes para que retrocedieran. Necesitaba tiempo para tranquilizarse a sí mismo y para descartar cualquier tipo de espantosa ilusión. Ya no tendría que preguntarse por qué habían quemado el cuerpo del viejo Simeón Tunner aquella noche invernal a causa de la *expresión* de su rostro, ya que él mismo se encontraba frente a algo que solo una mente bien disciplinada podía soportar. El difunto Richard Blake, cuya máquina de escribir había dejado de emitir su monótono repiqueteo en cuanto los hombres accedieron a la casa, a pesar de su ceguera había visto algo, algo que lo había afectado profundamente. Poco tenía de humano el aspecto de su cara, ni la mirada vidriosa y espeluznante de aquellos grandes ojos azules, inyectados en sangre, que habían permanecido cerrados al mundo durante seis años. Aquellos ojos horrorizados se mantenían fijos en el umbral que conducía al viejo estudio de Simeón Tunner, invadido ahora por la luz del sol, un recinto que hasta entonces había permanecido en sombras por culpa de las selladas ventanas. Y el doctor Arlo Morehouse se tambaleó a punto de desmayarse cuando descubrió que, a causa de la luz resplandeciente del sol, las negras pupilas de aquellos ojos estaban tan cavernosamente dilatadas como las de un gato en medio de la oscuridad.

El doctor cerró los ojos del cuerpo antes de que los demás pudieran verlos. Luego se dedicó a examinar la forma sin vida con febril diligencia, ciñéndose escrupulosamente a las técnicas profesionales, y eso a pesar de los nervios y el temblor de manos que lo atenazaban. De vez en cuando comentaba el resultado de sus análisis al trío aterrorizado y curioso que lo observaba; en otras ocasiones se los guardaba para sí, temeroso de que pudieran dar lugar a ciertas especulaciones que los humanos nunca deberían permitirse. Y sin embargo, cuando uno de los hombres musitó algo sobre los desordenados cabellos del difunto y la marabunta de papeles que estaban diseminados por todas partes, no fue por culpa de lo que él hubiera dicho,

sino por algo que había observado. Aquel hombre dijo que era como si una fuerte ráfaga de viento hubiera soplado a través del umbral que el difunto encaraba, y eso que apenas se había movido una hoja durante todo aquel caluroso día de junio.

Cuando uno de los hombres empezó a recoger las cuartillas escritas que reposaban en el suelo y la mesa, el doctor Morehouse le hizo detenerse con un gesto de alarma. En cuanto leyó un par de frases escritas en la cuartilla que quedaba en la máquina, tiró rápidamente de ella y se la guardó en el bolsillo mientras su rostro, habitualmente rojo, perdía todo el color. Aquel incidente le impulsó a recoger todas las cuartillas dispersas y a guardárselas de cualquier manera en un bolsillo interior de la chaqueta. Y sin embargo, lo que leyó no le aterrorizó tanto como lo que acababa de descubrir: la sutil diferencia en el tacto de las letras, que habían sido tecleadas con mucha más fuerza en las cuartillas tiradas en el suelo que en la que había quedado en el carro. No podía separar este acontecimiento tenebroso de aquel otro hecho espeluznante que con tanto celo había intentado ocultar a los hombres que habían oído el repiqueteo de la máquina de escribir diez minutos antes, un hecho que también estaba intentado alejar de su mente hasta que estuviera a solas y reposando tranquilamente en las piadosas profundidades de su querido sillón Morris. Cualquiera puede medir el miedo que siente en base a cuánto le cuesta disimularlo y controlarlo. Durante sus más de treinta años de carrera profesional, al doctor Morehouse nunca se le había pasado por alto ningún detalle de los cadáveres que había examinado; sin embargo, y a pesar de todas las formalidades que siguieron, nadie supo jamás que al examinar aquel cuerpo tieso, ciego y retorcido, se había dado cuenta de que *la muerte tenía que haberle sobrevenido al menos media hora antes de que lo descubrieran.*

El doctor Morehouse cerró la puerta principal y se puso a la cabeza del grupo para inspeccionar todos los rincones del antiguo edificio en busca de cualquier evidencia que sirviera para aclarar la tragedia. Nunca una investigación de este tipo dio resultados tan negativos. Sabía que la puerta falsa del viejo Simeón Tunner había sido eliminada en cuanto quemaron los libros y el cuerpo del difunto, y que el sótano y el túnel sinuoso que se prolongaba por debajo del pantano habían sido cegados tan pronto como

fueron descubiertos, unos treinta y cinco años antes. No descubrió nada anormal. El edificio exhibía la típica simpleza achacable a una restauración moderna y un gusto exquisito.

Telefoneó al inspector de policía de Fenham y al forense de Bayboro, y esperó al primero, quien, a su llegada, insistió en tomar juramento a dos de los hombres para que actuaran de testigos hasta que llegara el forense. El doctor Morehouse, que conocía la futilidad de todos aquellos trámites oficiales, no pudo disimular una sonrisa y al momento se dirigió a la casa del granjero, donde aún permanecía el hombre que había huido de la mansión.

El sujeto se encontraba muy débil, pero seguía consciente y bastante tranquilo. Después de prometer al comisario que le haría partícipe de cualquier información que obtuviera del huido, el doctor Morehouse, con mucho tacto y serenidad, le hizo varias preguntas que fueron recibidas con ánimo complaciente y racional, excepto aquellas en las que los recuerdos resultaban confusos. Una buena parte de la calma que mostraba el individuo estaba sin duda producida por su piadosa incapacidad para recordar todo lo acontecido, ya que solo recordaba que se hallaba en el estudio con su patrón cuando la habitación adyacente se oscureció de repente; esa misma habitación que, desde hacía más de cien años, había permanecido en tinieblas a causa de las ventanas tapiadas. Incluso aquel recuerdo tan simple, del cual también dudaba, resultaba tremendamente dañino para los nervios del individuo, y el doctor Morehouse tuvo que mostrarse muy cauto y comprensivo a la hora de comunicarle que su patrón había fallecido de muerte natural: un ataque al corazón producido seguramente por sus terribles heridas de guerra. El hombre estaba profundamente afectado, ya que tenía en gran estima al impedido poeta, pero demostró mucha entereza al prometer hacerse cargo del cuerpo y entregárselo a la familia del difunto en Boston una vez finalizada la pertinente investigación forense.

El médico, después de satisfacer lo más vagamente posible la curiosidad del granjero y de su esposa, y tras pedirles encarecidamente que cuidaran del paciente y lo mantuvieran alejado de la mansión hasta que partiera con el cuerpo, regresó a su casa en un estado de creciente nerviosismo. Por fin podía leer a solas el manuscrito mecanografiado del difunto y hacerse una pequeña idea del acontecimiento infernal que había conseguido desafiar sus

destrozados sentidos de la vista y el oído, y penetrar con resultados tan infames en la delicada inteligencia de aquel hombre acostumbrado a vivir en la oscuridad y el silencio. Sabía de antemano que la lectura resultaría grotesca y terrorífica, así que no se dio prisa en iniciarla. Aparcó el coche en el garaje con toda la tranquilidad del mundo, se cambió de ropa, enfundándose en una cómoda bata, y colocó una bandeja repleta de medicamentos revitalizantes y sedativos al lado del sillón que iba a ocupar. Mientras se dedicaba a ordenar tranquilamente las cuartillas numeradas, puso muchísimo cuidado en no mirar nada de lo que había escrito.

Todo el mundo sabe cómo influyó aquel manuscrito en el doctor Morehouse. Ninguna otra persona lo habría leído jamás de no ser porque su esposa, una hora después, lo recogió cuando se encontró al doctor desmayado en el sillón, respirando con dificultad e incapaz de reaccionar a unos zarandeos tan violentos que habrían conseguido despertar al mismísimo Tutankamón. El manuscrito es algo espantoso, sobre todo por el *clarísimo cambio de estilo* que se produce al final del mismo, pero no podemos obviar que para un médico tan versado en leyendas populares tuvo que suponer un *horror añadido y supremo* que ningún otro habría tenido la desgracia de captar. Ciertamente, todo el mundo en Fenham cree que la familiaridad del doctor con los cuentos de viejas y supersticiones populares que su abuela le había contado de niño añadieron cierta información adicional, a cuya luz la terrible historia de Richard Blake adquirió un significado nuevo, claro y devastador, casi insoportable para cualquier ser humano corriente. Esto explicaría lo mucho que tardó en recobrarse de la conmoción aquella tarde del mes de junio, las reticencias que mostró a la hora de permitir que su mujer y su hijo leyeran el manuscrito, la poca disposición a aceptar sus recomendaciones de no quemar un documento tan valioso y siniestro, y, sobre todo, la imprudente, apresurada y repentina compra del vetusto caserón Tunner, su voladura con dinamita y la exterminación de todos los árboles del pantano hasta una distancia prudencial de la carretera. Incluso hoy en día sigue mostrándose muy reservado con todo el asunto y es indudable que se llevará consigo a la tumba un conocimiento sin el cual el mundo está mucho mejor.

El manuscrito, tal y como figura a continuación, fue copiado por gentileza

del señor Floyd Morehouse, hijo del doctor. Se han omitido ciertas frases y palabras, sustituyéndolas por asteriscos, en interés del bienestar público, aunque en otras ocasiones esta omisión ha venido dada por la dificultad a la hora de transcribir el texto de ciertas partes que parecen incoherentes o ambiguas, o están tecleadas con muy poca fuerza. Se ha intentado restaurar el texto en tres lugares del documento, ya que se puede intuir el argumento a tenor de lo escrito. En cuanto al *cambio de estilo* que se produce al final del manuscrito, creo que es preferible no comentar nada. Seguramente podemos atribuir este fenómeno, considerando el contenido y el continente, al terrible estado mental de la víctima, que nunca se había dejado vencer por sus limitaciones físicas hasta hacer frente a aquel último suceso. Las mentes más osadas pueden sacar sus propias conclusiones.

He aquí, pues, el citado documento, tecleado en un caserón maldito por un hombre con los sentidos de la vista y el oído cerrados al mundo, un hombre solitario y desamparado ante unos poderes espeluznantes que nadie, ni aun en posesión de todos sus sentidos, habría sido capaz de encarar. El texto contradice todo lo que sabemos de la física, química y biología de nuestro universo; cualquier mente lógica afirmarí­a que se trata de un producto singular pergeñado por la demencia, demencia que influyó de alguna manera en el sujeto que salió huyendo de la mansión justo a tiempo. Y exactamente eso es lo que seguirá siendo mientras el doctor Arlo Morehouse persista en su silencio.

EL MANUSCRITO

El desasosiego del último cuarto de hora se ha convertido definitivamente en miedo. Para empezar, creo que le ha sucedido algo a Dobbs. Es la primera vez desde que llegamos que no atiende a mis llamadas. Pensé que el timbre se había roto cuando no contestó a mis repetidos timbrazos, pero he estado dando golpes en la mesa con tanta violencia como para despertar a todos los pasajeros de la barca de Caronte. Al principio creí que había salido un rato para tomar el fresco, ya que había hecho mucho calor durante toda la tarde, pero no es propio de Dobbs permanecer tanto tiempo fuera sin asegurarse

antes de que no voy a necesitar nada. Sin embargo, la extraña atmósfera de estos últimos minutos terminó por convencerme de que la ausencia de Dobbs se debía a unas causas que estaban más allá de su control. Estos hechos me llevan a poner por escrito mis sentimientos y conjeturas con la esperanza de que este simple acto pueda proporcionarme algo de tranquilidad ante la sensación de que una tragedia inminente está a punto de acontecer. Aunque lo intento, no puedo apartar de mi mente las leyendas sobre este antiguo caserón, simples cuentos de viejas que encandilan a los idiotas, aunque jamás desperdiciaría mi tiempo pensando en ellas si Dobbs estuviera conmigo.

A lo largo de los años que he pasado obligatoriamente apartado del mundo, Dobbs ha sido mi sexto sentido. En cambio ahora, por primera vez desde que estoy incapacitado, me doy plena cuenta de la magnitud de mi impotencia. Dobbs siempre ha suplido mis ojos inútiles, mi voz enmudecida, mis oídos inservibles y mis piernas lisiadas. Hay un vaso de agua sobre la mesa, junto a la máquina de escribir. Si no está Dobbs para llenarlo cuando se halle vacío, mi suplicio no tendrá nada que envidiar al del mismísimo Tántalo. Muy pocos me han visitado desde que resido en este caserón — apenas pueden existir lazos de unión entre unos aldeanos gárrulos y el paralítico sordo y ciego que es incapaz de hablar con ellos— y es posible que pasen un montón de días más hasta que alguien se acerque a verme. Solo... solo con mis pensamientos, con esos pensamientos inquietantes que las últimas evocaciones no han hecho más que empeorar. No me gusta lo que siento, y según va pasando el tiempo aquellas leyendas estúpidas del populacho se están convirtiendo en una fantasía sobrenatural que afecta a mi juicio de la manera más inaudita y extraña.

Parece que han pasado varias horas desde que empecé a escribir esto, pero sé que tan solo han transcurrido algunos minutos ya que acabo de insertar una cuartilla nueva en el carro. El gesto mecánico de cambiar las hojas, aunque tan breve, ha conseguido hacerme recuperar la compostura. Quizá sea capaz de sacudirme de encima esta sensación de inminente tragedia el tiempo suficiente como para narrar lo que ha sucedido.

Al principio no era más que un simple estremecimiento, algo parecido al temblor que sacude un edificio de varios pisos cuando un camión pesado pasa ante él; aunque la estructura de este caserón no es en modo alguno endeble.

Quizá poseo una sensibilidad exagerada para tales cosas y estoy dejando que mi imaginación haga el resto, pero creo que aquella perturbación resultaba más fuerte justo enfrente de mí, y ahora estoy sentado de cara al ala sudeste, lejos de la carretera ¡y directamente en línea con el pantano que se extiende por la parte de atrás! Por muy fantástico que me pareciera, lo que no puedo negar es lo que sucedió a continuación. Estaba recordando ciertos momentos en los que había sentido un temblor bajo mis pies a causa del estallido de las bombas, o cuando me hallaba en un barco sacudido por la tempestad. Justo en ese instante la casa se estremeció como las nieblas de Niflheim^[18]. Bajo mis pies, las tablas del suelo se sacudían como un ser vivo y agonizante. La máquina de escribir vibraba de tal manera que las teclas parecían estar temblando de miedo.

Todo acabó enseguida. La calma volvió a adueñarse del edificio.

¡Una calma demasiado profunda! Parecía imposible que, después de semejante alboroto, todo estuviera exactamente igual que antes. Pero no, no todo sigue exactamente igual: ¡estoy convencido de que a Dobbs le ha pasado algo! Esta certidumbre, sumada a la calma sobrenatural, intensifica el miedo supersticioso que me embarga. ¿Miedo? Sí. Aunque intento ser razonable y me repito una y otra vez que no hay nada por lo que estar asustado. La crítica ha alabado y menospreciado mi poesía por considerarla demasiado imaginativa. En estos momentos les doy la razón a todos aquellos que la han calificado como «demasiado imaginativa». Nada puede ser tan malo ni...

¡Humo! Tan solo un vago hedor sulfuroso, pero inconfundible para mi afinado olfato. Un hedor tan vago que soy incapaz de determinar si proviene de algún lugar de la casa o se introduce por la ventana abierta de la habitación adyacente, la cual mira al pantano. Cada vez estoy más seguro. Creo que no viene del exterior. Por mi mente desfilan imágenes del pasado, sombrías escenas de otros días que pueblan mis sueños. Una fábrica en llamas... mujeres aterrorizadas que gritan histéricas rodeadas por muros de fuego; un colegio flameante... los gritos lastimeros de los niños atrapados en escaleras colapsadas; un teatro ardiente... una babel de gente aterrorizada que lucha por escapar entre paredes abrasadas... y, por encima de todo, el humo, nubes de impenetrable, nocivo, maligno humo negro que contamina el cielo impasible. El aire de la habitación está saturado de un humo espeso,

sofocante, denso... espero sentir en cualquier momento las ardientes lenguas de fuego enroscándose alrededor de mis piernas tullidas... me escuecen los ojos... siento cómo me zumban los oídos... toso y me ahogo y trato de respirar a través de los vapores infernales... tal humareda solo puede asociarse con las catástrofes más espantosas... un humo acre, hediondo, mefítico que parece mezclarse con el hedor repugnante de la carne quemada (***)

De nuevo estoy solo en esta calma portentosa. La brisa agradable que acaricia mis mejillas me ha hecho recuperar rápidamente mi perdido valor. Ciertamente, el edificio no puede estar en llamas, pues ya no queda ni rastro de ese humo asfixiante. Soy incapaz de detectarlo, a pesar de que he estado olfateando el aire como si fuera un sabueso. Me pregunto si no estaré volviéndome loco, si tantos años de soledad no habrán trastornado mi mente; pero el fenómeno ha sido tan obvio que no puedo clasificarlo de simple alucinación. Cuerdo o loco, no debo considerar tales hechos como algo real; en el momento en que lo haga tendré que aceptar la única conclusión lógica posible. Y esta conclusión en sí misma es lo suficientemente espantosa como para alterar cualquier juicio racional. Aceptarla significa aceptar también los rumores supersticiosos que Dobbs ha recopilado de los aldeanos y luego ha reproducido para que yo pudiera leerlos con los dedos: ¡habladurías sin sustancia a las que mi cerebro materialista califica de estupideces!

¡Me gustaría que dejaran de zumbarme los oídos! Parece que unos músicos enloquecidos y espectrales estén aporreando al unísono sus quejumbrosos tambores. Supongo que se trata de una simple reacción causada por todo lo que me acaba de suceder. Espero que siga soplando esta brisa refrescante...

¡Alguien —o algo— está en la habitación! Estoy convencido de que ya no me encuentro solo. Es como si pudiera sentir, casi ver, una presencia incuestionable. Es una impresión muy parecida a la que siento mientras me abro paso entre la multitud de una calle atestada y percibo, de manera casi inconsciente, unos ojos clavados en mí, unos ojos para los que no existe nadie excepto yo. Eso mismo siento ahora, si bien multiplicado por mil. ¿Quién —o qué— puede ser? Quizá mis miedos están infundados, quizá se trata de Dobbs, que ha regresado. No... no se trata de Dobbs. Tal y como me

imaginaba, el zumbido en mis oídos ha cesado y ahora capto un leve susurro que me llama la atención... Acabo de darme cuenta de la increíble trascendencia de este hecho... *¡Puedo oír!*

No es solo una voz la que susurra, ¡son muchas! (***) El lascivo aleteo de bestiales moscardones... Los zumbidos satánicos de libidinosas abejas... El siseo penetrante de obscenos reptiles... ¡Un coro susurrante que no puede proceder de ninguna garganta humana!... Su volumen sube y sube... La habitación retumba sacudida por un cántico maligno, disonante, atonal y diabólicamente sombrío... Un coro espeluznante que entona blasfemas letanías... Plegarias de mefistofélica miseria vociferadas por almas en pena... Un crescendo abominable de caótica herejía (***)

Las voces que me rodean se están acercando a mi silla. El cántico ha cesado de repente y los susurros se han transformado en murmullos ininteligibles. Aguzo los oídos para poder distinguir las palabras. Se acercan... se acercan. Ahora las entiendo, ¡las entiendo! Ojalá mis orejas hubieran seguido taponadas para no tener que escuchar estos jadeos infernales...

Impías confesiones de almas saturnales (***) Nauseabundas proyecciones de vandálicos desenfrenos (***) Profanos libertinajes de orgías demoníacas (***) Malévolas amenazas de castigos inconcebibles (***)

Hace frío. ¡Un frío impropio de la estación! Parece surgir de las presencias diabólicas que me asedian, y la brisa, tan agradable unos pocos minutos antes, ahora ruge con fuerza en mis oídos, como una tempestad gélida que brota del pantano y congela mis huesos.

Si Dobbs me ha abandonado no se lo reprocho. No soporto a los cobardes ni a los miedosos, pero aquí hay algo que (***) ¡Tan solo espero que su suerte no empeore al haber huido justo a tiempo!

Se ha disipado la última duda que me quedaba. Estoy doblemente satisfecho por haberme obligado a escribir mis sensaciones... No pretendo que nadie me crea o lo entienda, tan solo quiero aliviar la tensión enloquecedora provocada por las diferentes manifestaciones sobrenaturales. Creo que solo existen tres posibilidades: huir de este lugar maldito y pasar el resto de los años que me queden de vida intentando olvidar (cosa que *no puedo* hacer); llegar a un pacto verbal con unos poderes tan malignos que ni

el mismo Satán es capaz de superar (cosa que, evidentemente, soy *incapaz* de hacer); y morir, pues prefiero cortarme todos los miembros del cuerpo antes de permitir que mi alma se contamine con las promesas de semejantes heraldos de Belial (***)

He tenido que hacer una pausa para calentarme los dedos con el vaho de la boca. La habitación está tan fría como un sepulcro gélido... un agradable entumecimiento se apodera de todo mi cuerpo... Tengo que luchar... Está menoscabando mi determinación para morir, para no rendirme a estas insidias... Juro resistir hasta el final... el final que, ahora lo sé, no puede estar lejos (***)

El viento es más frío que nunca, si tal cosa es posible... un viento que apesta con el hedor de las cosas medio vivas medio muertas (***) ¡Dios Todopoderoso que me arrebataste la vista! (***) un viento que más que helar quema... de repente se ha transformado en un siroco abrasador (***)

Dedos invisibles me atenazan... dedos fantasmales que carecen de la suficiente energía física como para apartarme de mi máquina... dedos de hielo que me obligan a hundirme en un torbellino de depravación... dedos diabólicos que me arrojan a un pozo de eterna maldad... dedos muertos que me amordazan y hacen que mis ojos ciegos estallen de dolor (***) punzones helados presionan mis sienes (***) duras, huesudas protuberancias con forma de cuernos (***) el aliento boreal de una criatura muerta hace innumerables eones besa mis labios enfebrecidos y anega mi reseca garganta de llamas gélidas (***)

Está oscuro (***) no se trata de esa oscuridad que me ha acompañado durante mis años de ceguera (***) es la impenetrable oscuridad de una noche impregnada de pecados (***) la insondable negrura del mismísimo Purgatorio (***)

Veo (***) *¡Spes mea Christus!* (***) Es el fin (***)

X X X

Ningún espíritu mortal puede resistir las fuerzas que están más allá de la imaginación humana. Ningún alma inmortal puede conquistar aquello que habita en las profundidades y ha hecho de la inmortalidad un simple instante

momentáneo. ¿El fin? ¡Claro que no! Más bien un comienzo dichoso...

DOS BOTELLAS NEGRAS

Two Black Bottles (1926)

Wilfred Blanch Talman & H.P. Lovecraft

No todos los habitantes que quedan en Daalbergen, esa pequeña y melancólica localidad de las Montañas Ramapo, creen que mi tío, el viejo pastor Vanderhoof, está realmente muerto. Algunos piensan que merodea en algún lugar entre el cielo y el infierno, y todo por culpa de la maldición del viejo sacristán. Si no hubiera sido por aquel viejo hechicero, aún seguiría lanzando sermones en la húmeda y diminuta iglesia que se alza al otro lado del páramo.

Después de lo que me ocurrió en Daalbergen, estoy dispuesto a secundar la opinión de los aldeanos. No estoy seguro de que mi tío haya muerto, pero sí sé que ya no camina entre los vivos. No hay duda de que el viejo sacristán lo enterró en una ocasión, pero tampoco la hay de que su tumba se encuentra vacía. Casi puedo sentirlo a mi espalda mientras escribo, instigándome a narrar la verdad oculta en los extraños sucesos que tuvieron lugar en Daalbergen hace tantos años.

Llegué a Daalbergen el cuatro de octubre, en respuesta a una llamada. La carta estaba escrita por un antiguo miembro de la parroquia de mi tío, y me comunicaba que el viejo había pasado a mejor vida y que sin duda habría ciertas posesiones de poca importancia que yo, el único pariente vivo que le quedaba, podría heredar. Después de llegar al insignificante y aislado

pueblucho, tras incontables trasbordos ferroviarios, me dirigí al almacén de Mark Heines, quien había firmado la carta, el cual me llevó a una trastienda abarrotada de pertrechos y me contó la insólita historia de la muerte del pastor Vanderhoof.

—Deberá andarse con ojo, Hoffman —me advirtió Heines—, cuando se las vea con el viejo sacristán, Abel Foster. Tiene tratos con el demonio, se lo aseguro. No hará ni dos semanas que Sam Pryor lo oyó charlar con los muertos mientras caminaba al lado del viejo cementerio. Eso no está bien, y Sam jura que una voz le respondía, una voz suave, profunda y apagada, como si surgiera de debajo de la tierra. Otros también lo han visto de pie frente a la tumba del viejo pastor Slott, esa que está medio en ruinas junto a la pared de la iglesia, frotándose las manos y charlando con el musgo de la lápida como si se tratara del propio pastor en persona.

Según Haines, el viejo Foster había llegado a Daalbergen unos diez años atrás y enseguida Vanderhoof lo había empleado para mantener en condiciones la húmeda iglesia de piedra a la que acudían la mayoría de los aldeanos. A nadie, excepto al mismo Vanderhoof, le agradaba aquel tipo, ya que su mera presencia siempre estaba acompañada de un aura casi sobrenatural. A veces permanecía en la puerta cuando la gente entraba en la iglesia; los hombres respondían fríamente a sus saludos serviles y las mujeres se apresuraban a pasar por delante, recogiendo los faldones para evitar cualquier contacto. Los días de entresemana se le podía ver cortando el césped del cementerio y poniendo flores sobre las tumbas, y casi siempre estaba canturreando y hablando consigo mismo. Algunos se dieron cuenta de la especial atención que prestaba a la tumba del reverendo Guillian Slott, el primer pastor de la congregación en 1701.

No mucho después de que Foster se estableciera definitivamente en el pueblo, los desastres comenzaron a sucederse uno tras otro. Primero el agotamiento de la mina en la que trabajaban casi todos los hombres del pueblo. El filón de hierro se consumió y muchos emigraron a otras localidades más prósperas, pero los que poseían grandes extensiones de tierra en el condado se dedicaron a cultivarlas y obtener así un magro sustento que les permitía vivir de las rocosas colinas. Luego se produjeron una serie de alteraciones en la iglesia. Se rumoreaba que el reverendo Johannes

Vanderhoof había hecho un pacto con el demonio y que predicaba sus enseñanzas en la casa de Dios. Sus sermones se volvieron extravagantes y grotescos, adornados con salmos siniestros que los aldeanos ignorantes de Daalbergen no podían entender. Les hizo retroceder a los tiempos del miedo y la superstición, a lugares tenebrosos repletos de espíritus invisibles, poblando sus fantasías de espectros nocturnos. Los feligreses, uno tras otro, fueron abandonando la congregación, mientras los más ancianos y los diáconos rogaban en vano a Vanderhoof que cambiara el asunto de sus sermones. Aunque el viejo prometía una y otra vez plegarse a sus consejos, parecía estar sometido a un poder superior que lo obligaba a hacer su voluntad.

De estatura gigantesca, Johannes Vanderhoof era bien conocido por su timidez y debilidad de espíritu, y sin embargo, a pesar de que había sido amenazado con la expulsión, continuó con sus extravagantes sermones hasta que apenas un puñado de feligreses siguió acudiendo a la misa de los domingos por la mañana. Como apenas había dinero, no se pudo contratar a un nuevo pastor, y al poco todos los aldeanos rehuían la iglesia y al hombre que la administraba. El miedo a los espectros fantasmagóricos con los que, en apariencia, había pactado Vanderhoof se extendió por todos los rincones del pueblo.

Mi tío, prosiguió Mark Haines, continuó viviendo en la casa parroquial porque nadie tenía el valor suficiente para echarle del pueblo. Nadie volvió a verlo, pero durante la noche podían distinguirse unas luces encendidas en la casa del cura, y a veces también en la iglesia. Por todo el pueblo se rumoreaba que Vanderhoof predicaba con regularidad en la iglesia todos los domingos por la mañana, sin importarle que sus feligreses ya no asistieran a los sermones. Tan solo le quedaba el viejo sacristán, que vivía en el sótano de la iglesia; Foster lo cuidaba y se acercaba semanalmente al pueblo para comprar provisiones en los pocos negocios que aún subsistían. Ya no se inclinaba ante nadie y parecía albergar un odio diabólico que no se molestaba en disimular. No hablaba con nadie, excepto cuando tenía que pedir las provisiones, y miraba a todas partes con ojos malignos mientras caminaba por las calles desiguales con la ayuda de su bastón. Doblado y arrugado por la edad, cualquiera podía sentir su presencia cuando se acercaba; tenía una

personalidad tan poderosa que, según los rumores, había conseguido que Vanderhoof aceptara al diablo como su señor. Ningún habitante de Daalbergen dudaba que Abel Foster estaba detrás de todas las tragedias que habían caído sobre el pueblo, pero tampoco se atrevían a mover un dedo contra él, y menos aún cuando su simple presencia les provocaba escalofríos. Su nombre, así como el de Vanderhoof, jamás eran pronunciados en voz alta. Siempre que los aldeanos hablaban de la iglesia del páramo, lo hacían en quedos susurros, y si daba la casualidad de que la conversación se desarrollaba durante la noche, los que susurraban no dejaban de mirar a su espalda para asegurarse de que ninguna figura siniestra e informe fuera testigo de sus palabras.

El camposanto seguía tan verde y hermoso como cuando la iglesia estaba en uso, y las flores que cubrían las lápidas del cementerio se mantenían tan bien cuidadas como en tiempos pasados. A veces se veía al viejo sacristán trabajando entre las sepulturas, como si aún le pagaran por sus servicios, y los que se atrevían acercarse decían luego que siempre estaba hablando con el diablo y con los espíritus que vagabundeaban tras las paredes del cementerio.

Una mañana, siguió Haines, vieron a Foster cavando una tumba en un lugar que al atardecer se cubre con las sombras del campanario, un poco antes de que el sol se oculte tras las montañas y deje el pueblo en penumbra. Luego, la campana de la iglesia, que había estado silenciosa durante meses, tañó con solemnidad durante media hora. Al atardecer, todos aquellos que observaban a Foster desde una distancia prudencial vieron que transportaba en una carretilla un ataúd que había sacado de la casa parroquial, que lo arrojaba al hoyo sin mucha ceremonia y que volvía a llenarlo de tierra.

Al día siguiente, adelantándose a su habitual visita semanal, el sacristán se acercó al pueblo de un humor excelente. Parecía deseoso de hablar y anunció que Vanderhoof había muerto el día anterior, y que él mismo se había encargado de enterrar su cuerpo al lado de la tumba del pastor Slott, junto al muro de la iglesia. Sonreía de cuando en cuando y se frotaba las manos con un regocijo indescriptible. Daba la impresión de sentirse diabólicamente encantado por la muerte de Vanderhoof. Los aldeanos fueron conscientes de que su persona parecía aún más siniestra, y lo evitaban siempre que podían. Cuando Vanderhoof desapareció se sintieron más

inseguros que nunca, pues el viejo sacristán podía ahora lanzar sus peores hechizos desde la iglesia con plena libertad, hechizos que atravesarían los páramos y llegarían al pueblo. Foster regresó por el camino que atravesaba la ciénaga murmurando palabras en un idioma que nadie entendió.

Parece ser que fue entonces cuando Mark Haines recordó haber oído hablar de su sobrino al pastor Vanderhoof. Haines decidió llamarme, con la esperanza de que yo supiera algo que pudiera aclarar el misterio de los últimos años de vida de mi viejo tío. Por desgracia, tuve que decirle que apenas sabía nada de mi tío ni de su pasado, salvo que mi madre lo había descrito como un hombre de tamaño gigantesco pero un tanto cobarde y de corazón débil.

Tras escuchar todo lo que Haines tenía que contarme, apoyé las patas delanteras de mi silla en el suelo y miré mi reloj de pulsera. Era bastante tarde.

—¿A cuánto está la iglesia? —pregunté—. ¿Cree que sería capaz de llegar antes de que anochezca?

—¡Ni se le ocurra acercarse allí por la noche! ¡A ese sitio no! —el anciano temblaba de los pies a la cabeza, y casi se levantó de la silla mientras alargaba las manos como para detenerme—. ¡Es una verdadera locura!

Me reí de sus miedos y le dije que, pasara lo que pasase, estaba decidido a encontrarme con el viejo sacristán aquella misma tarde y zanjar el asunto tan pronto como fuera posible. No era muy propenso a creerme todas las supersticiones de aquellos aldeanos ignorantes, pues estaba convencido de que lo que acababa de oír no era más que una sucesión de casualidades a la que los fantasiosos habitantes de Daalbergen imputaban su mala racha. Por mi parte, no me sentía de ningún modo aterrado.

Al ver que estaba decidido a ir a la casa de mi tío antes del anochecer, Haines me llevó a su oficina y, de mala gana, me explicó cómo llegar, suplicándome en más de una ocasión que cambiara de idea. Al partir me estrechó la mano, como si no esperase volver a verme.

—Tenga cuidado con ese diablo de Foster, ¡no se fíe de él! —me advirtió una y otra vez—. No me acercaría de noche a él ni por todo el oro del mundo. ¡No, señor! —volvió a entrar en el almacén, meneando la cabeza con solemnidad, mientras yo encaraba el camino que conducía a las afueras del

pueblo.

Apenas había andado dos minutos cuando me topé con la ciénaga de la que Haines me había hablado. El camino, delimitado por una valla pintada de blanco, atravesaba un enorme pantano en el que crecían todo tipo de arbustos y juncos que sumergían sus raíces en el cieno. El aire estaba saturado de un hedor a muerte y decadencia, incluso podían verse tenues columnas de vapor que brotaban de la tierra malsana bajo la luz del atardecer.

Al llegar al otro lado del pantano, torcí a la izquierda, tal y como Foster me había indicado, y me alejé del camino principal. Distinguí algunas granjas dispersas, granjas que apenas alcanzaban la categoría de cabañas y reflejaban la extrema pobreza de sus propietarios. En aquel punto la senda discurría bajo las ramas colgantes de unos sauces enormes y los rayos de sol apenas podían atravesar el techo de hojas. Todavía me acompañaba el espantoso hedor de la ciénaga y el aire era frío y húmedo. Aceleré el paso para atravesar aquel lúgubre túnel lo antes posible.

Al poco, volví a salir a campo abierto. El sol, un globo rojo suspendido en el horizonte por encima de las montañas, empezaba a hundirse lentamente, y entonces, a cierta distancia, bañada en una luz iridiscente y sangrienta, divisé el solitario edificio de la iglesia. Enseguida percibí aquella sensación siniestra que había descrito Haines, la misma sensación de pánico que llevaba a los aldeanos de Daalbergen a evitar el lugar. Aquella mole achaparrada y pétrea, con su romo campanario, parecía un ídolo al que rendían pleitesía las tumbas de los alrededores, con sus bordes superiores redondeados como los hombros de una persona arrodillada, mientras la desvaída casa parroquial parecía suspendida a un costado como una bestia espectral.

En cuanto vi la iglesia reduje el paso y a punto estuve de pararme. El sol se ocultaba tras una montaña con suma rapidez y el aire húmedo me producía escalofríos. Me subí el cuello del abrigo y reanudé la marcha. Algo captó mi atención cuando volví a levantar la vista. Había una cosa blanca bajo las sombras de la iglesia, una cosa que no parecía tener forma. Agucé la vista mientras me acercaba y distinguí una cruz de madera nueva clavada sobre un montón de tierra reciente. El descubrimiento hizo que volviera a estremecerme. Pensé que se trataba de la tumba de mi tío, pero algo me dijo que no era igual al resto de las tumbas de los alrededores. No parecía la

tumba de un *muerto*. En cierto sentido, daba la sensación de ser algo *vivo*, suponiendo que un sepulcro pudiera calificarse como algo vivo. Al acercarme descubrí que había otra tumba muy cerca; se trataba de un viejo montón de tierra con una losa decrepita encima. La tumba del pastor Slott, pensé al recordar lo que Haines me había contado.

No había señales de vida por los alrededores. Ascendí la suave loma que llevaba a la casa parroquial bajo la luz del ocaso y golpeé la puerta. No hubo respuesta. Rodeé el edificio y miré por las ventanas. El lugar parecía desierto.

La proximidad de las montañas hizo que la noche se precipitara sobre el mundo con inaudita celeridad en cuanto el sol desapareció. Apenas podía ver nada a unos cuantos metros de distancia. Avancé con cuidado, rodeé una esquina del edificio y me detuve, preguntándome qué podía hacer a continuación.

Todo estaba en calma. No corría ni un soplo de aire y tampoco se oían los sonidos habituales que los animales salvajes solían producir en sus cacerías nocturnas. Me había olvidado de mis miedos durante un rato, pero la aprensión volvió a adueñarse de mí en aquella calma sepulcral. Imaginé que la atmósfera estaba llena de espíritus fantasmagóricos que se apelotonaban a mi alrededor, haciendo que el aire fuera casi irrespirable. Me pregunté por enésima vez dónde diablos estaría el viejo sacristán.

Allí estaba, esperando que algún fantasma tenebroso se abalanzara sobre mí en medio de las sombras, cuando descubrí dos ventanas iluminadas en el campanario de la iglesia. Entonces recordé que Haines me había dicho que el sacristán residía en el edificio de la iglesia. Avanzando con cautela en la oscuridad, di con una puerta lateral que estaba medio abierta.

El interior olía a moho rancio. Todo lo que tocaba estaba cubierto de una humedad pegajosa. Prendí una cerilla y empecé a explorar el recinto en busca de un camino que me condujera al campanario. De repente, me detuve en seco.

Desde arriba me llegó una especie de cántico ruidoso y obsceno entonado por una voz gutural y pastosa. El fósforo me quemó los dedos y tuve que soltarlo. Dos puntitos de luz, que destellaban en la pared más alejada, taladraron la oscuridad y debajo, a un costado, distinguí el perfil de una puerta delimitado por la luz que se colaba por las rendijas. El cántico se

desvaneció con la misma brusquedad con la que se había iniciado y el silencio volvió a adueñarse del edificio. Mi corazón latía desbocado y la sangre me presionaba las sienes. Si no hubiera estado petrificado por el miedo, habría salido corriendo sin dudarlo.

Seguí caminando en medio de la oscuridad, sin detenerme a encender otro fósforo, hasta que me situé frente a la puerta. Estaba tan desconcertado que me dio la sensación de encontrarme dentro de un sueño. Todas mis acciones parecían involuntarias.

Agarré el pomo y descubrí que la puerta estaba cerrada. La golpeé unas cuantas veces, pero no hubo respuesta. El silencio era tan absoluto como al principio. Tanteé los bordes de la puerta, encontré los goznes, quité las bisagras y dejé que la hoja cayera hacia mí. Vi un tramo de escaleras bañado en una luz tenue. El aire se llenó de un apestoso olor a whisky. Pude oír a alguien trastabillando en la habitación superior del campanario. Aventuré un saludo en voz baja y, al recibir una especie de gruñido en respuesta, me decidí a subir las escaleras con mucho cuidado.

La primera impresión que me produjo aquel lugar impío fue en verdad sorprendente. La habitación estaba repleta de manuscritos y libros viejos y polvorientos amontonados por todas partes: extraños objetos que hablaban de tiempos increíblemente lejanos. Las paredes estaban cubiertas de estanterías que llegaban al techo llenas de frascos y vasijas de cristal con cosas horribles dentro: serpientes, lagartos y murciélagos. El polvo, el moho y las telarañas campaban a sus anchas. En el centro, detrás de una mesa sobre la que destacaba un candil, una botella casi vacía de whisky y un vaso, había una figura inmóvil de rostro afilado, huesudo y rugoso en el que destacaban dos ojos feroces que parecían no verme. Al instante reconocí a Abel Foster, el viejo sacristán. Cuando me acerqué a él, atemorizado, no se movió ni emitió ningún sonido.

—¿Señor Foster? —pregunté, temblando de miedo al oír el eco de mi voz reverberando en las paredes de la habitación.

No hubo respuesta ni ningún tipo de movimiento por parte de la figura que seguía detrás de la mesa. Creí que estaba tan borracho que no se enteraba de nada, así que rodeé la mesa para sacudirle un poco.

En cuanto le puse el brazo encima del hombro, el extraño viejo saltó de la

silla aterrorizado. Sus ojos, que aún seguían mostrando aquella mirada perdida, se posaron en mí. Retrocedió sin para de mover los brazos como un loco.

—¡No! —aulló—. ¡No me toque! ¡Lárguese, lárguese!

Vi que estaba borracho y, al mismo tiempo, conmocionado por una especie de terror inexplicable. Con gran delicadeza le dije quién era y por qué había venido. Pareció entender vagamente y volvió a sentarse en la silla, donde permaneció inmóvil y encogido.

—Creí que era él —murmuró—. Creí que había vuelto para recuperarlo. Lo ha estado intentando... ha estado intentando salir desde que yo le puse allí —su voz se convirtió en un grito y se agarró a los brazos de la silla—. ¡A lo mejor ya ha salido! ¡A lo mejor ya está fuera!

Miré a mi alrededor, casi esperando que un espectro fantasmal apareciese en el hueco de las escaleras.

—¿Quién puede estar fuera? —le pregunté.

—¡Vanderhoof! —gritó—. ¡La cruz que hay sobre su tumba se cae todas las noches! Cada mañana encuentro la tierra removida y cada vez cuesta más aplanarla. Conseguiré salir al final, y yo no podré hacer nada.

Le obligué a recostarse en la silla y yo me senté en una caja que había a su lado. Se estremecía poseído por un terror mortal mientras la saliva le resbalaba por las comisuras de la boca. A veces me invadía aquella sensación de espanto que me había descrito Haines cuando hablaba del viejo sacristán. En verdad, había algo sobrenatural en aquel sujeto. Ahora había encogido la cabeza sobre el pecho y parecía más tranquilo, aunque no paraba de murmurar entre dientes.

Me levanté con delicadeza y abrí una ventana para que se despejaran los vapores del whisky y el hedor a cosas mohosas y muertas. La luz de la luna, que acababa de salir, apenas iluminaba el exterior. Desde mi posición en el campanario distinguía a duras penas la tumba del pastor Vanderhoof, y parpadeé un par de veces para aclarar mi visión. ¡La cruz estaba inclinada! Recordé que una hora antes estaba completamente vertical. El miedo volvió a adueñarse de mí. Me volví con rapidez. Foster me observaba desde la silla. Su mirada parecía más lúcida.

—Así que usted es el sobrino de Vanderhoof —murmuró con tono nasal

—. Vaya, entonces no importa que lo sepa. Vendrá a por mí de un momento a otro, lo hará, en cuanto pueda salir de la tumba. Será mejor que se lo cuente ahora que puedo.

El miedo parecía haberle abandonado. Daba la sensación de haberse abandonado al fin a un destino espantoso e inevitable. Volvió a hundir la cabeza entre los hombros y siguió murmurando frases en un tono monocorde.

—¿Ve todos estos libros y papeles? Bueno, pues antes pertenecían al pastor Slott... el pastor Slott, que estuvo aquí hace bastantes años. Todos estos objetos sirven para hacer la magia... la magia negra que el viejo pastor dominaba antes de llagar al condado. Quemaban a todos los que usaban estas cosas, los quemaban en aceite hirviendo. Eso es lo que hacían. Pero el viejo Slott lo sabía, y por eso no fue por ahí pregonando sus conocimientos. No, señor. El viejo Slott era el pastor de esta congregación hace varias generaciones, y solía subir aquí para estudiar los libros y experimentar con esas bestias muertas de los frascos, y lanzar conjuros mágicos y otras cosas, pero jamás permitió que nadie se enterara. No, nadie lo sabía excepto el pastor Slott y yo.

—¿Usted? —exclamé, al tiempo que me inclinaba hacia él.

—Pues sí, aunque antes tuve que estudiar un poco —las arrugas de su rostro se marcaron aún más, dibujando una expresión maligna—. Encontré todas estas cosas cuando me hice cargo de la sacristía, y solía leer los libros cuando estaba fuera de servicio. Pronto supe todo lo que había que saber.

El viejo siguió con su monótona letanía mientras yo lo escuchaba boquiabierto. Me dijo que al final había sido capaz de entender todos aquellos complicados salmos demoníacos, todas aquellas fórmulas y encantamientos que luego podía utilizar contra cualquier ser humano. Había practicado espantosos ritos ocultos propios de un credo infernal, condenando a la aldea y a todos sus habitantes. Enloquecido por la ambición, intentó subyugar a la iglesia con sus encantamientos, pero el poder de Dios era demasiado fuerte. Al darse cuenta de que Johannes Vanderhoof era un hombre débil, lo hechizó y consiguió que sus sermones estuvieran repletos de enseñanzas místicas y extrañas que aterrorizaban a los sencillos aldeanos del pueblo. Espiaba los sermones de Vanderhoof desde aquella misma habitación del campanario, oculto tras una pintura de la tentación de Jesucristo que adornaba la pared

trasera de la iglesia y tenía dos pequeños agujeros en los ojos del Diablo. Los aldeanos, aterrorizados por los acontecimientos sobrenaturales que estaban teniendo lugar, fueron abandonando la congregación poco a poco, y Foster pudo hacer lo que le vino en gana con la iglesia y con Vanderhoof.

—Pero ¿qué le hizo a él? —pregunté con voz hueca cuando el sacristán hizo una pausa. Estalló en carcajadas mientras echaba hacia atrás la cabeza como un borracho descerebrado.

—¡Cogí su alma! —aulló en un tono escalofriante—. ¡Cogí su alma y la metí en una botella, en una pequeña botella negra! ¡Y luego lo enterré! Así que ya no tiene alma, no puede ir al cielo. ¡Y tampoco al infierno! Pero ahora está intentando volver. Intenta salir de la tumba. Oigo cómo se abre camino entre la tierra. ¡Es un hombre fuerte!

Cuanto más lo oía más convencido estaba de la veracidad de sus palabras, de que no se trataba de los simples desvaríos de un loco borracho. Todos los detalles se ajustaban a lo que Haines me había contado. Cada vez estaba más aterrado. El viejo no cesaba de reírse a carcajadas y yo estuve tentado de salir corriendo escaleras abajo y alejarme de aquella aldea maldita. Me levanté y volví a mirar por la ventana, intentando tranquilizarme. Los ojos estuvieron a punto de salirseme de las órbitas cuando descubrí que la cruz de la tumba de Vanderhoof estaba bastante más inclinada que la última vez. ¡Ahora, apenas formaba un ángulo de cuarenta y cinco grados!

—Podríamos desenterrar a Vanderhoof y devolverle su alma —apunté casi sin aliento, sintiendo que había que hacer algo cuanto antes. El viejo se levantó de la silla aterrorizado.

—¡No, no, no! —gritó—. ¡Me mataría! He olvidado el hechizo, y si vuelve estará vivo, y sin alma. ¡Nos matará a ambos!

—¿Dónde está la botella que contiene su alma? —pregunté, avanzando amenazadoramente hacia él. Sentía que algo fantasmagórico estaba a punto de acontecer y que tenía que hacer todo lo posible por impedirlo.

—¡No pienso decírselo! —gruñó. Más que ver, sentí cómo se iluminaban sus ojos mientras retrocedía hasta un rincón—. Y no se le ocurra tocarme, a no ser que prefiera estar muerto.

Di un paso al frente al descubrir dos botellas negras colocadas encima de un banco que había a su espalda. Foster murmuró varias palabras

desconocidas en voz baja y cantarina. Todo comenzó a desvanecerse ante mis ojos, y algo en mi interior pareció desplazarse hacia arriba, como si intentara salir por mi garganta. Sentí que me fallaban las piernas.

Me lancé hacia delante y agarré al sacristán por el cuello, mientras estiraba el otro brazo intentando coger las botellas del banco. Pero el viejo cayó hacia atrás, golpeó el banco con el pie y una de las botellas cayó al suelo mientras yo conseguía hacerme con la otra. Hubo un resplandor azulado y una pestilencia sulfurosa se dispersó por la habitación. Un vapor blanquecino manó de entre los vidrios rotos y escapó por la ventana abierta.

—¡Maldito granuja! —exclamó en un tono débil y lejano. Foster, a quien había soltado cuando la botella se rompió en pedazos, estaba acurrucado contra la pared y parecía más pequeño y desvalido que nunca. Su rostro estaba adquiriendo una tonalidad verdinegra.

—¡Maldito sea! —repitió con una voz que no parecía proceder de sus labios—. ¡Estoy condenado! ¡La de ahí dentro era la mía! ¡El pastor Slott me la arrebató hace doscientos años!

Resbaló lentamente hacia el suelo, mirándome con unos ojos henchidos de odio que fueron apagándose poco a poco. El color de su piel pasó del blanco al negro, y luego al amarillo. Observé aterrorizado cómo se desintegraba su cuerpo y sus ropas se desprendían hasta quedar amontonadas en el suelo.

La botella que tenía en la mano empezó a calentarse. La miré horrorizado. Brillaba con una luz pálida y fosforescente. Invadido por el pánico, la deposité sobre la mesa, aunque no pude apartar los ojos de ella. Un silencio ominoso se adueñó de la estancia por unos instantes, y luego el resplandor empezó a crecer y pude oír con toda claridad el sonido de la tierra al ser removida. Me acerqué jadeando a la ventana y miré al exterior. La luna estaba bien alta en el cielo y a su luz descubrí que la cruz de la tumba de Vanderhoof se había desplomado. De nuevo oí el sonido de la tierra al ser removida, y entonces perdí el control y me precipité escaleras abajo hasta llegar a la puerta. Corrí enloquecido por el miedo, tropezando y cayendo sobre el terreno accidentado. Cuando llegué a la cima de la loma, a la entrada del túnel tenebroso que discurría bajo los sauces, escuché un gemido espantoso a mi espalda. Me volví para mirar hacia la iglesia. Estaba bañada

por la luz de la luna, pero recortada contra sus muros distinguí una sombra negra, gigantesca y abominable que salía de la tumba de mi tío y se dirigía tambaleante hacia la iglesia.

A la mañana siguiente conté mi historia a un grupo de aldeanos que estaban reunidos en el almacén de Haines. Mientras me escuchaban se miraban los unos a los otros con sonrisas mal disimuladas, pero cuando les pedí que me acompañaran al lugar de los hechos, objetaron todo tipo de excusas para no tener que hacerlo. Aunque parecía existir un límite a su credulidad, no querían correr ningún tipo de riesgos. Les dije que entonces regresaría solo, aunque tengo que confesar que el plan no me atraía demasiado.

En cuanto salí del almacén, un anciano de barba larga y blanca corrió tras de mí y me agarró por el brazo.

—Yo te acompañaré, muchacho —dijo—. Creo que mi abuelo habló en cierta ocasión de lo que le había ocurrido al pastor Slott. He oído decir que se trataba de un hombre extraño, aunque Vanderhoof era mucho peor.

Cuando llegamos, la tumba del pastor Vanderhoof estaba abierta y vacía. Por supuesto, ambos estuvimos de acuerdo, aquello podría deberse a simples profanadores de tumbas, y sin embargo... En el campanario, la botella que yo dejara sobre la mesa había desaparecido, aunque aún seguían en el suelo los cristales rotos de la que se había caído. Y también se advertían unas pisadas gigantescas impresas en el montón de ropas y polvo amarillo que antaño había sido Abel Foster.

Después de echar una ojeada a los libros y papeles esparcidos por la habitación, los llevamos abajo y los quemamos, pues sabíamos que eran objetos profanos e impíos. Rellenamos la tumba de Johannes Vanderhoof con la ayuda de una azada que encontramos en el sótano de la iglesia y luego, para completar la faena, arrojamos la cruz caída a las llamas.

Las viejas comadres dicen que, cuando hay luna llena, aún se pasea por el camposanto una figura gigantesca y desorientada que porta una botella en la mano y busca algo que ya no recuerda nadie.

LA TRAMPA

The Trap (1931)

Henry S. Whitehead & H.P. Lovecraft

Cierta mañana, un jueves del mes de diciembre, creí distinguir un movimiento imperceptible sobre mi antiguo espejo de Copenhague, y fue a raíz de este pequeño suceso cuando empezó todo. Una especie de aleteo, un simple reflejo sobre el cristal; esa es la sensación que me dio, aunque estaba solo en mis aposentos. Me detuve a mirar con atención y, tras breves momentos, considerándolo todo una simple ilusión, seguí peinándome el cabello.

Había encontrado aquel vetusto espejo bajo una capa espesa de polvo y telarañas, en el cobertizo de una casa abandonada al norte de Santa Cruz, un lugar muy poco habitado, y lo había traído a Estados Unidos desde las Islas Vírgenes. El venerable cristal estaba empañado por los más de doscientos años que había permanecido expuesto al clima tropical, y los arabescos que adornaban la parte superior del marco estaban medio rotos y mellados. Antes de empaquetarlo con el resto de mis pertenencias, había tenido la precaución de juntar todas las piezas y restaurarlo.

Hoy, varios años después, me hallaba en la escuela privada de mi viejo amigo Browne, mitad en calidad de huésped mitad de tutor, situada entre las ondulantes colinas de Connecticut. Tenía a mi disposición una de las alas abandonadas que se utilizaba como dormitorio; mis aposentos comprendían

dos habitaciones y un pequeño vestíbulo. El antiguo espejo, empaquetado cuidadosamente entre cojines, fue la primera de mis posesiones que desenvolví nada más llegar; lo coloqué en un lugar de honor en la sala de estar, encima de una vetusta consola de palisandro que había pertenecido a mi bisabuela.

La puerta de mi dormitorio se hallaba justo enfrente de la del cuarto de estar, separadas por el vestíbulo; era un efecto curioso, pues al mirar a través podía ver el enorme espejo al otro lado de ambas puertas, reflejando todas las cosas, dando una sensación de profundidad, como si hubiera un pasillo larguísimo. Aquella mañana de jueves creí haber visto un movimiento apenas perceptible en el pasillo siempre vacío; pero, como ya he apuntado, pronto me olvidé del asunto.

Cuando llegué al comedor, todos los allí presentes estaban intentando calentarse debido al frío reinante, y entonces supe que la caldera del colegio se había estropeado. Soy una persona especialmente sensible a las temperaturas bajas, no puedo soportar el frío, así que decidí evitar las gélidas aulas aquella mañana. De manera que invité a todos los alumnos de mi clase a que se presentaran en mi sala de estar, donde impartiría una clase informal al calor del fuego. La idea fue acogida con gran entusiasmo por parte de todos.

Después de la conferencia uno de los chicos, un tal Robert Grandison, me pidió permiso para quedarse, ya que no tenía que asistir a ninguna clase en la segunda hora. Le respondí que podía quedarse sin problemas y que se sintiera como en su propia casa. Se acomodó frente al fuego, en un confortable sillón, y se puso a estudiar.

Sin embargo, al poco rato, Robert cambió de asiento, se alejó del fuego, que ahora ardía con furia, y quedó situado justo enfrente del antiguo espejo. Desde mi asiento, al otro lado de la salita, me di cuenta de que observaba con creciente interés el cristal sucio y empañado; me pregunté qué le estaría llamando tanto la atención y entonces recordé lo que había percibido aquella misma mañana. El tiempo pasaba y él seguía mirando el espejo de cuando en cuando, y veía cómo se curvaban sus cejas por la concentración.

Por fin decidí preguntarle, con mucha calma, qué era lo que tanto llamaba su atención. Lentamente, con el ceño aún fruncido, miró a su alrededor y

contestó con cautela:

—Las ondas del cristal, señor Canevin, o lo que quiera que sea eso. Mire, le mostraré lo que quiero decir.

El chico se levantó, fue hasta el espejo y puso el dedo en un punto cercano a la esquina inferior izquierda.

—Justo aquí, señor —me dijo, volviéndose para mirarme con el dedo aún pegado en el mismo lugar.

Al volverse en mi dirección, el dedo ejerció más presión sobre el cristal. De pronto, apartó la mano con cierto esfuerzo y lanzó una sonora expresión de asco. Luego se quedó mirando el espejo totalmente desconcertado.

—¿Qué pasa? —le pregunté al mismo tiempo que me incorporaba, acercándome a él.

—Vaya... —parecía desconcertado—. Es que he sentido... Bueno, era como si el cristal quisiera absorber mi dedo. Ya sé que suena bastante estúpido, señor, pero, vaya, esa es la sensación que me ha dado.

Robert usaba un vocabulario muy poco corriente para un chico de quince años. Me acerqué y le ordené que me mostrara el lugar exacto.

—Pensaré que soy idiota, señor —dijo avergonzado—, pero, bueno, en estos momentos no estoy seguro. Desde el sillón sí lo veía con claridad.

Me acomodé en el sillón que había ocupado Robert y observé con atención el lugar que había señalado. De pronto, todo apareció dibujado con suma claridad. Desde aquel ángulo en particular, y sin ningún género de dudas, pude ver que todas las ondulaciones del vetusto espejo parecían converger en un punto determinado, como un manojo de cables dispersos que una mano agarra por la mitad.

Me levanté rápidamente y fui hasta el espejo, pero ya no pude distinguir aquel punto central. Aparentemente, solo era visible desde determinados ángulos. Además, si miraba directamente aquella diminuta porción de espejo tampoco daba una imagen real, ya que no podía distinguir el reflejo de mi rostro. Sin duda, me hallaba ante un pequeño rompecabezas.

En esos momentos sonó el timbre de cambio de clases y el desconcertado Robert Grandison aprovechó para huir de mi estancia, dejándome a solas con mis pequeños problemas de óptica. Descorrí las cortinas de la ventana, deambulé por el pasillo y busqué el punto en la superficie del cristal. Miré

con atención hasta que al fin creí haberlo localizado. Estiré el cuello y, a la postre, desde un determinado ángulo de visión, todo aquello volvió a «estallar ante mis ojos».

Ahora podía ver con suma claridad aquella difusa «ondulación». Parecía moverse, ondear, girar sobre sí misma, como una onda levantada por una repentina ráfaga de viento, como un remolino en la superficie del agua, como una nube de hojas otoñales que dan vueltas y más vueltas sobre la hierba, como un pequeño remolino. Se trataba de un movimiento doble, como el de la Tierra, que gira alrededor del Sol y también de sí misma; esas ondas parecían retorcerse eternamente sobre *sí mismas* y sobre un punto concreto ubicado en el interior del cristal. Fascinado, seguro de que tan solo podía tratarse de una mera ilusión óptica, fui consciente de una extraña sensación de *succión* y me acordé de las palabras avergonzadas con las que Robert había intentado explicar el suceso: «*Bueno, era como si el cristal quisiera absorber mi dedo*».

Un pequeño escalofrío recorrió de repente mi espina dorsal. Todo este asunto era algo que merecía la pena investigar. Mientras la idea se abría paso en mi mente, recordé la extraña expresión de tristeza que había aparecido en el rostro de Robert Grandison cuando sonó el timbre y tuvo que volver a clase. Recordé cómo había mirado hacia atrás por encima del hombro y decidí que, fuese cual fuese el carácter de mis investigaciones sobre este pequeño misterio, le haría partícipe de ellas.

Pero unos acontecimientos inesperados que tenían mucho que ver con el mismo Robert, hicieron que pronto me olvidara del espejo durante un tiempo. Pasé fuera toda la tarde y no regresé al colegio hasta las cinco y cuarto, hora en la que sonaba la llamada a «asamblea general», una especie de reunión de profesores a la que estaban obligados a ir todos los estudiantes. Iba con la idea de encontrar a Robert y sugerirle que lleváramos a cabo un examen más detallado del espejo, así que me llevé una pequeña decepción cuando vi que no estaba presente, cosa que me sorprendió bastante pues nunca solía faltar. Al anochecer, Browne me comunicó que el muchacho había desaparecido sin dejar rastro. Lo habían buscado en su habitación, en el gimnasio y en otros lugares que solía frecuentar, pero no habían dado con él; sin embargo, sus pertenencias —incluyendo la ropa de calle— permanecían perfectamente

ordenadas en su sitio.

No lo habían encontrado en el hielo, ni entre los diferentes grupos de excursionistas que habían salido aquella tarde; todas las llamadas que se hicieron a los distintos proveedores de la escuela fueron en vano. En definitiva, nadie lo había visto desde la última clase, a las dos y cuarto, cuando subía por las escaleras hacia su dormitorio, situado en la habitación número tres.

Al fin se le dio como desaparecido, hecho que causó gran revuelo en el colegio. Como director de la escuela, Browne tuvo que cargar con todo el peso de la situación, una situación que no tenía precedentes en su seria y bien organizada institución y le hizo sumirse en un estado de total aturdimiento. Pronto se supo que Robert tampoco había regresado a su hogar en el oeste de Pensilvania y que ninguna de las partidas de búsqueda, compuestas por maestros y alumnos, habían hallado el más mínimo rastro suyo por los campos nevados que rodeaban la escuela. No descubrimos nada, simplemente se había desvanecido.

Los padres de Robert llegaron dos días después de su desaparición, al atardecer. Se tomaron el asunto con bastante tranquilidad, aunque se les notaba deshechos por aquel desastre inesperado. Browne había envejecido diez años, pero no se podía hacer absolutamente nada. Al cuarto día, la investigación seguía estancada y todos en el colegio consideraban aquella desaparición como un misterio insondable. El señor y la señora Grandison volvieron tristemente a su casa; a la mañana siguiente se inició el periodo vacacional de diez días correspondiente a la Navidad.

Tanto los maestros como los alumnos comenzaron a abandonar el colegio para disfrutar de las vacaciones; pronto solo quedamos Browne, su esposa, los criados y yo como únicos ocupantes de aquel lugar inmenso. Sin los profesores ni los estudiantes el recinto parecía verdaderamente vacío.

Aquella tarde me senté frente a un fuego acogedor mientras pensaba en la extraña desaparición de Robert y analizaba todo tipo de teorías fantásticas que pudieran explicarla. Al anochecer me sentía un tanto malhumorado y tomé una cena ligera, pues se me había ido el apetito. Después di un paseo entre los enormes y gélidos edificios y regresé a mi sala de estar, donde seguí pensando en el asunto.

Un poco después de las diez, desperté reclinado en mi sillón, rígido y helado, pues había descuidado el fuego durante varias horas y este había terminado por apagarse. Sentía una extraña inquietud mental, una especie de sensación de alerta mezclada con esperanza. Pensé que se debía a los problemas que habían ocupado mis pensamientos antes de dormirme. Me había despertado de aquella inesperada duermevela con una idea curiosa y persistente, con la sensación inquietante y vaga de que Robert Grandison, apenas reconocible, había estado intentando comunicarse conmigo desesperadamente. Por fin me fui a la cama con una disparatada pero poderosa certeza. De alguna extraña manera, sabía que el joven Robert Grandison aún estaba con vida.

Esta característica de mi personalidad, que aceptaba sin ambages lo sobrenatural, no tiene que sorprender a los que saben de mi larga estancia en las Indias Occidentales y conocen mis experiencias con ciertos sucesos inexplicables que allí me acontecieron. Tampoco tiene que resultarles extraño que yo tratara de establecer algún tipo de comunicación mental, mientras dormía, con el muchacho desaparecido. Incluso los científicos más prosaicos afirman, al igual que Freud, Jung y Adler, que el subconsciente es más receptivo a los estímulos exteriores cuando dormimos; aunque esos mismos estímulos también se hallan presentes en el estado de vigilia.

Si vamos un poco más allá y creemos en la existencia de las fuerzas telepáticas, llegamos a la conclusión de que tales fuerzas tienen que ser mucho más poderosas durante el sueño; de forma que, si quería recibir algún tipo de mensaje por parte de Robert, tendría que ser durante el periodo más profundo de mi sueño. Seguramente había sido incapaz de captar el mensaje mientras estaba despierto, pero mi facilidad para retener tales hechos se había agudizado por cierta disciplina mental que había ido acumulando durante mis viajes por varios lugares tenebrosos repartidos por el mundo.

Debí quedarme dormido casi al instante, y gracias a la impresión de realidad con que se desarrollaban mis sueños, y a la ausencia de periodos de vigilia, concluí que me encontraba en un estado de sueño profundo. No desperté hasta las siete menos cuarto, y en mi cerebro aún quedaban ciertas impresiones que yo achacaba a los residuos de sueños que habían subsistido en mi mente. Vislumbraba una imagen de Robert Grandison insólitamente

transformado, como si estuviera rodeado de un aura verde azulada, que intentaba comunicarse desesperadamente conmigo por medio de un extraño lenguaje; aunque había una barrera insalvable que le impedía hacerlo. Una curiosa muralla espacial que se erguía ante nosotros lo imposibilitaba, un muro misterioso, invisible, que separaba de raíz nuestras existencias.

Recordaba haber visto a Robert como a través de una gran distancia y sin embargo, al mismo tiempo, parecía estar a mi lado. Su figura se agrandaba y se empequeñecía, su tamaño variaba *directa*, en vez de *inversamente*, según avanzaba o retrocedía en el curso de nuestra conversación. Es decir, su figura se agrandaba cuando se iba alejando de posición, y viceversa, como si las leyes de la perspectiva no tuviesen ningún valor o estuvieran cambiadas. Su aspecto era confuso y ajeno, como si sus contornos no estuvieran bien definidos; la irrealidad del color de su piel y vestimentas me causaron gran impresión al principio.

En algún momento determinado de mi sueño, los esfuerzos de Robert por hablar cristalizaron y pudo pronunciar algunas palabras audibles, aunque lo que dijo sonaba anormalmente bajo y falto de sentido. No fui capaz de entender nada y me sentí atormentado en mis sueños al no poder descubrir dónde estaba, qué quería decirme y por qué sus palabras eran tan vagas y poco entendibles. Entonces, lentamente, empecé a distinguir palabras y frases; lo primero que pude entender consiguió que, a pesar de estar dormido, entrara en un estado de febril excitación y que en mi mente se estableciera cierta conexión con algunas ideas que antes había desechado a causa de las increíbles implicaciones que conllevaban.

No sé cuánto tiempo estuve escuchando aquellas palabras sueltas que resonaban en mi cerebro, pero creo que debí estar varias horas atendiendo las explicaciones que aquel extraño orador me dirigía en lo más profundo de mi sueño. Me contó ciertas cosas que nadie en su sano juicio habría sido capaz de creer, a no ser que se las demostrasen con todo lujo de detalles, cosas que yo sí creía —tanto durante el sueño como una vez despierto— a causa de mis contactos con ciertos sucesos sobrenaturales. El muchacho, sin duda, me estaba mirando directamente a los ojos, como si buscara algún tipo de reacción; cuando por fin empecé a entender algunas de las cosas que me decía, vi que su rostro se iluminaba con una expresión de gratitud y

esperanza.

Ahora que estoy intentando repetir el mensaje de Robert, tal y como resonaba en mis oídos al despertar bruscamente a la fría mañana, debo tener mucho cuidado al elegir las palabras adecuadas para que mi relato no suene ridículo. Todo lo que implica es tan difícil de explicar que uno tiende a confundirse. Ya dije antes que la revelación daba mayor verosimilitud a algo que aún no me he atrevido a sugerir conscientemente. Esta conexión sin duda tenía mucho que ver con el antiguo espejo de Copenhague, el mismo en el que había captado la pequeña ondulación que tanto me había impresionado la mañana en la que desapareció Robert, cuando ambos descubrimos aquella especie de punto de unión en el que convergían todas las ondas, y sobre el cual habíamos sentido un extraño efecto de succión que consideramos simple ilusión.

A pesar de que mi mente rechazaba lo que me decía mi intuición, no podía seguir cerrando los ojos a aquel testimonio sorprendente. Lo que en el cuento de *Alicia* se presentaba como simple fantasía, aquí era algo totalmente verídico y real. El cristal del espejo en verdad poseía un terrible y maquiavélico efecto de succión, y la desvalida figura que hablaba en mis sueños demostraba que había desafiado todas las reglas físicas de la experiencia humana, y todas las leyes espaciales que se habían desarrollado acerca de la tercera dimensión durante los últimos siglos. Aquel objeto era algo más que un simple espejo, era una puerta, una trampa, un sendero a otras regiones completamente desconocidas para los habitantes de nuestro universo visible, que solo podían ser explicadas por las fórmulas más complejas y escabrosas de las matemáticas no-euclidianas. *Y de alguna manera asombrosa y desconocida*, Robert Grandison había logrado traspasar aquella barrera y colarse en el interior del espejo, donde permanecía prisionero y desesperado, buscando la forma de escapar.

Es muy significativo que al despertar no albergara ninguna duda con respecto a la realidad de semejante revelación. Tenía la absoluta certeza de haber estado hablando con el mismísimo Robert, aunque en una dimensión distinta, y ni por un momento asocié su aparición con el deseo subconsciente de encontrar al muchacho ni la impresión que me había producido el espejo. Mi certeza era tan absoluta y la tenía tan asumida que me parecía tan real

como cualquiera de los acontecimientos de la vida corriente.

Me hallaba ante una situación increíble y grotesca. La mañana de su desaparición me di perfecta cuenta de que Robert se había sentido profundamente fascinado por el antiguo espejo. Durante las horas de clase decidió volver a mi habitación para examinarlo con mayor detalle. Llegó sobre las dos y veinte, una vez terminada la jornada escolar, hora en la que yo estaba ausente. Tras asegurarse de que yo estaba fuera y no iba a enterarme de nada, entró en la sala de estar y se dirigió directamente al espejo; allí se quedó paralizado contemplando el lugar en el que, como ya habíamos descubierto, convergían todas las ondas.

Entonces tuvo un impulso irresistible que le llevó a posar la mano en aquel punto central. Y así lo hizo, desoyendo lo que le aconsejaba la razón. En cuanto entró en contacto con la fría superficie, sintió de nuevo aquella extraña y desagradable succión que tanto le había sorprendido por la mañana. Al instante, sin previo aviso, algo tiró de su cuerpo, algo que parecía desgarrar sus huesos y músculos, algo que destruía todos y cada uno de sus nervios; había sido *succionado* bruscamente y ahora se encontraba en el *interior* del espejo.

Una vez dentro, la desagradable sensación de dolor que se había adueñado de su cuerpo desapareció de repente. Se sentía como si acabara de nacer de nuevo, una sensación que a partir de entonces lo acompañó a todas horas: al caminar, al detenerse, cuando se daba la vuelta o trataba de hablar. Todo lo que tenía que ver con su cuerpo se le antojaba inadaptado.

Estas sensaciones no se desvanecieron hasta que pasó un periodo de tiempo bastante largo, un periodo durante el cual el cuerpo de Robert se transformó en un ente más o menos organizado, en lugar de una serie de trozos separados que protestaban por su nuevo estado. De todas las formas de comunicarse, la del habla era la que más le costaba; sin duda esto era debido a que es la más complicada y en ella intervienen un gran número de órganos diferentes, músculos y tendones. Por otra parte, las piernas y los pies de Robert fueron los primeros en adaptarse a las condiciones que imperaban en el interior del cristal.

Durante la mañana estuve reconsiderando todas las implicaciones de aquella situación; enumeré mentalmente lo que había visto y oído, intentando

apartar de mis pensamientos las dudas que asaltaban a mi sentido común, ideando algún plan extraordinario que consiguiera liberar a Robert de su increíble prisión. Y así, mientras me devanaba los sesos, ciertos interrogantes y preguntas sorprendentes comenzaron a aclararse en mi mente.

Por ejemplo, uno de los fenómenos insólitos era el color que había adoptado el cuerpo de Robert. Su cara y sus manos, como ya he apuntado antes, tenían un matiz verde azulado, algo pálido y desteñido; el color azul típico de su chaqueta Norfolk se había transformado en un amarillo limón desvaído, aunque sus pantalones seguían manteniendo el mismo tono gris neutro. Cuando, después de levantarme, reflexioné sobre esto, me di cuenta de que todo encajaba perfectamente con la extraña sensación óptica que antes había tenido con respecto a la figura de Robert: se agrandaba al alejarme y se empequeñecía al acercarme. Sucedió lo mismo con los colores, como si fueran una especie de *inverso*: todos los detalles, todos los tonos de aquella dimensión desconocida eran exactamente los opuestos, los complementarios a los colores de la vida real. En física, los colores complementarios típicos son el azul y el amarillo, el rojo y el verde. Estos dos pares se oponen entre sí, y al mezclarlos se obtiene el gris. El color natural del cuerpo de Robert es un rosa carne pálido, cuyo opuesto es el verde azulado que yo había observado. Su abrigo azul se había transformado en amarillo, mientras que los pantalones, grises, conservaban su tono neutro. Este hecho me confundió un tanto hasta que recordé que el gris es una mezcla de diferentes colores opuestos entre sí. No existe ningún color opuesto al gris, o, mejor dicho, él es el opuesto de sí mismo.

Otro de los puntos que logré clarificar fue el concerniente al curioso, enmarañado modo de hablar de Robert, y a la sensación de aturdimiento, como si todas las partes de su cuerpo estuvieran desmembradas. El asunto parecía un verdadero rompecabezas, pero por fin, pasado cierto tiempo, di con una posible solución. Me basé de nuevo en esa especie de *contraposición* que afectaba a las perspectivas y colores. Cualquiera que logre entrar en la cuarta dimensión se verá necesariamente afectado por el mismo proceso de inversión; las manos y los pies, al igual que los colores y las perspectivas, sufrirán esa mutación. Y lo mismo sucederá con los demás órganos dobles, como narices, ojos y orejas. De esta manera, Robert había estado

expresándose con su aparato bucal invertido: la lengua, dientes, cuerdas bucales y demás; es decir, que no era en absoluto extraño que, en tales condiciones, su voz sonara de aquella manera.

Según fue pasando la mañana, aumentó la sensación de irrealidad, y supe que tenía que hacer algo con la mayor urgencia posible, aunque no podía decir nada a nadie ni esperar ningún tipo de ayuda. Una historia como aquella —basada en las revelaciones de un simple sueño— no podía depararme más que el ridículo, o la suposición de que algo no funcionaba del todo bien en mis procesos mentales. Por otra parte, ¿qué podía hacer, con ayuda o sin ella, para resolver el problema con la poca información que había obtenido durante mis experiencias nocturnas? Al final decidí que necesitaba saber más cosas antes de ponerme a pensar en la manera de liberar a Robert. Solo podía obtener esta información en las condiciones receptivas que acompañan al sueño, y tenía la corazonada de que volvería a establecer contacto telepático con Robert en cuanto mi cerebro se sumiese en el estadio más profundo del sueño.

Después de la comida, durante la cual tuve que hacer acopio de todo mi control mental para no revelar al matrimonio Browne la tumultuosa redada de pensamientos que rondaban mi cerebro, decidí volver a dormirme. Apenas había cerrado los ojos cuando empezó a dibujarse ante mí una vaga imagen telepática; pronto me di cuenta, con gran excitación, de que se trataba de la misma figura que había visto antes. En todo caso, parecía algo más nítida, y cuando se puso a hablar fui capaz de entender casi todo lo que decía.

A lo largo de este sueño se confirmaron todas las sospechas que me habían embargado por la mañana, aunque nuestra comunicación se vio interrumpida de repente, justo un poco antes de despertar. Robert parecía bastante nervioso unos momentos antes de que nuestra charla terminara de forma tan brusca, aunque tuvo tiempo de confirmarme que, efectivamente, en el interior de aquella insólita celda situada en la cuarta dimensión, los colores y las relaciones espaciales estaban intercambiadas entre sí: lo blanco era negro, el tamaño se incrementaba con la distancia y las mismas alteraciones se producían con cualquier otro tipo de cosa.

También me dijo que, a pesar de que aún era dueño de casi todas las sensaciones físicas de su cuerpo, la mayoría de las propiedades naturales de

la existencia humana parecían extrañamente suspendidas. Alimentarse, por ejemplo, era totalmente innecesario; lo cual suponía un fenómeno bastante más singular que la omnipresente alteración de objetos y atributos, que, dentro de lo que cabe, conlleva un razonable estado de mutación dentro de las leyes matemáticas. Otra cosa digna de destacar fue la afirmación categórica de que la única manera de salir era por el mismo camino de entrada, el cual siempre estaba sellado y le resultaba invisible.

Aquella noche Robert me visitó de nuevo; seguía teniendo las mismas sensaciones que había sentido a lo largo de su encarcelamiento, sensaciones que yo percibía en bruscos intervalos durante los momentos más receptivos de mi sueño. Los esfuerzos que hacía para comunicarse conmigo eran desesperados y, en algunos momentos, totalmente inútiles; había ratos en los que el mensaje telepático se transmitía con claridad, mientras que en otros la fatiga, excitación o miedo a que se produjera una nueva interrupción hacían que su voz se perdiera en la nada.

Intentaré narrar todo lo que me transmitió Robert durante los diferentes encuentros telepáticos que tuvimos; asimismo, añadiré algunas explicaciones que me comunicó personalmente tras su liberación. La información telepática fue fragmentaria y a veces incomprensible, pero durante los periodos de vigilia me dediqué a estudiar los hechos y a sacar mis propias conclusiones, cosa que llevé a cabo a lo largo de tres intensas jornadas; investigué y clasifiqué todas las experiencias con metódica diligencia, pues era la única forma de conseguir que el muchacho pudiera regresar a nuestro mundo.

La cuarta dimensión, en la cual se hallaba el joven Robert, no era, como las habladurías pretenden hacernos creer, una región infinita y desconocida repleta de extrañas apariciones y fantásticos moradores, sino, más bien, un reflejo de ciertas cosas limitadas de nuestro entorno terrestre dentro de una dirección espacial ajena y normalmente inaccesible. Era un mundo fragmentario, intangible y heterogéneo, una serie de procesos aparentemente desconectados pero mezclados entre sí de forma inconexa; los detalles de su constitución eran por completo diferentes al objeto que había quedado dibujado en la superficie del antiguo espejo cuando Robert y yo lo observamos por primera vez. Esas imágenes eran como una especie de sueños o escenas fantasmagóricas, impresiones elusivas, visiones de las que

el joven no formaba parte activa, pero que, al mezclarse, componían una especie de paisaje panorámico, una atmósfera etérea, sobre la cual vagabundeaba el muchacho.

Robert no podía tocar ninguno de los objetos de aquel paisaje —muros, árboles, muebles...— porque en realidad no eran cosas materiales, porque retrocedían o desaparecían cuando se acercaba. Resulta bastante complejo de explicar. Todas las cosas parecían líquidas, cambiantes, irreales. Cuando caminaba, le daba la sensación de estar inmóvil sobre la superficie donde se desarrollaba la escena —el suelo, la hierba, un camino—, pero al fijarse mejor siempre llegaba a la conclusión de que cualquier contacto era simple ilusión. No había nada que diferenciase la fuerza de resistencia de la superficie que hollaban sus pies —y lo mismo ocurrió con sus manos cuando hizo una prueba—, no existía ningún cambio aparente en el material que se extendía alrededor de su cuerpo. Era incapaz de describir la sustancia, el plano en el que se sustentaba; tan solo sabía que se hallaba en una especie de balanza abstracta que ejercía una presión similar a la de su gravedad. No sentía ninguna sensación táctil definible, parecía moverse en una especie de fuerza de levitación restringida que se encargaba de generar distintos planos de elevación. Jamás se topó con una escalera, y sin embargo había caminado de un nivel inferior a otro más alto.

El paso de un paisaje definido a otro diferente suponía atravesar algún tipo de siniestra frontera, una línea de luz borrosa en la que los detalles de las distintas escenas se mezclaban curiosamente entre sí. Todos los paisajes se distinguían fácilmente por la ausencia de objetos temporales y la ambigua, indefinida aparición de cosas fugaces, como los muebles o la vegetación. La luz de aquellos panoramas era difusa y fantasmagórica, y siempre conservaba los colores invertidos —una hierba roja y brillante, un cielo amarillo por el que circulaban nubes negras y grises, troncos de árboles blancos, ladrillos verdes—, lo cual confería una apariencia insólita y grotesca a las distintas escenas. El día y la noche estaban alterados, las horas de luz y oscuridad variaban según el espejo se encontrara en un determinado lugar de la tierra.

Toda esta caótica diversidad sorprendió mucho a Robert, hasta que se dio cuenta de que se trataba del simple reflejo de los distintos lugares en los que había estado el antiguo espejo. Esto también explicaba la rara ausencia de

objetos pasajeros, los límites, generalmente arbitrarios, de los paisajes y el hecho de que todas las salidas al exterior estuviesen delimitadas por una especie de ventanas o puertas. Era como si el cristal poseyera el poder suficiente para retener estas escenas intangibles si estaba largo tiempo expuesto a ellas, aunque no podía absorber nada físico, como Robert, de no ser por un proceso completamente diferente y bastante extraordinario.

Sin embargo, desde mi punto de vista, la característica más increíble de todo este demencial proceso consistía en la monstruosa alteración de las leyes espaciales conocidas en relación a las distintas escenas ilusorias de las regiones terrestres actualmente representadas. Ya he dicho que el espejo era una especie de almacén de imágenes de aquellas regiones, pero no creo que esta sea una definición del todo exacta. En realidad, todas y cada una de las escenas del espejo componían una cuarta dimensión real y casi permanente que, a su vez, se proyectaba sobre los paisajes originales; de tal forma que si Robert se desplazaba a un determinado lugar de una determinada región, como de hecho lo hacía en la escena de mi habitación cuando se comunicaba telepáticamente conmigo, *se hallaba realmente en la región de ese mismo lugar de la tierra*, aunque en unas condiciones espaciales que impedían cualquier tipo de comunicación física entre él y la actual representación tridimensional de la mentada región.

Hablando teóricamente, cualquier sujeto prisionero en el interior del espejo podría viajar a cualquier punto del planeta en un breve lapso de tiempo; es decir, a cualquier lugar que antes hubiera quedado reflejado en la superficie del cristal. Seguramente la misma premisa resultaría válida para cualquier otro sitio donde el espejo no haya permanecido lo suficiente como para crear un reflejo ilusorio, aunque estas regiones terrestres estarían representadas por un paisaje más o menos sombrío y difuso. Más allá de las escenas definidas se extendía una región neutra y descomunal, ilimitada, de un gris uniforme, de la que Robert apenas sabía nada, pues no se atrevía a explorarla por miedo a no poder regresar a los mundos más precisos grabados en el espejo.

De entre todas las informaciones que Robert me comunicó al principio, destacaba el hecho de que no se encontraba solo en su confinamiento. Había otras personas con él, todas vestidas con viejas prendas: un corpulento

caballero de mediana edad con pajarita y pantalones de terciopelo, que hablaba un inglés fluido con marcado acento escandinavo; una preciosa niña con el cabello rizado de un brillante color azul oscuro; dos negros en apariencia mudos, cuyas facciones contrastaban grotescamente con la palidez producida por la inversión en el color de su piel; tres chicos; una joven; un niño muy pequeño, casi un bebé; y un extraño y siniestro caballero danés, de aspecto muy distinguido, que tenía un aire maligno e intelectual.

Este último individuo, llamado Axel Holm, vestía ropas ajustadas de satén, un abrigo con faldones y una enorme peluca repleta de tirabuzones que tenía por lo menos dos siglos de antigüedad; era un personaje notable, ya que había sido el responsable de la presencia de todos ellos. Fue el artesano que, mostrando igual habilidad en el conocimiento de la magia como en el trabajo del cristal, había fabricado mucho tiempo atrás la insólita prisión dimensional en la que tanto él como sus esclavos, y todos aquellos a los que había decidido invitar o engañar, se hallaban encarcelados hasta que el espejo fuese destruido.

Holm había nacido a comienzos del siglo XVII en Copenhague y había destacado poderosamente en el trabajo y modelado del cristal. Todas sus obras, especialmente los alargados espejos de habitación, habían sido muy admiradas. Pero la misma energía mental que había hecho de él el mejor cristalero de Europa le llevó a profundizar en otras ambiciones muy diferentes a las del mero trabajo artesanal. Había estudiado el mundo que le rodeaba y aborrecía las limitaciones del conocimiento y la sabiduría humanos. Eligió caminos oscuros para superar estas limitaciones y llegó a obtener más éxitos de los recomendables para un mortal.

Estaba obsesionado con la vida eterna y el espejo fue el objeto que le proporcionó tal fin. Sus estudios sobre la cuarta dimensión no se parecían en nada a los realizados por Einstein en nuestro siglo, y Holm, que conocía otros métodos, sabía que si lograba introducirse en aquella desconocida dimensión espacial evitaría la muerte en un sentido físico. Sus estudios le enseñaron que los principios de la reflexión conducían, sin ningún género de dudas, a la puerta principal que se abría más allá de nuestras familiares tres dimensiones; en sus manos cayó por casualidad un antiguo y pequeño espejo con ciertas propiedades crípticas que pensó podían resultarle útiles. Una vez «dentro» del

espejo, y siempre siguiendo el método que había desarrollado, sintió que la «vida», tanto formal como consciente, en apariencia no tenía fin, siempre y cuando el espejo se mantuviera a salvo del deterioro y no se rompiera.

Holm fabricó un espejo maravilloso, casi una obra de arte, al que cuidó con mucho mimo; se las arregló para fusionar la extraña configuración elíptica de la reliquia que había descubierto con la materia de su propia obra. De esta forma construyó su refugio y, al mismo tiempo, su trampa; más adelante, empezó a pensar en el método de entrar en el espejo y en sus posibles condiciones de habitabilidad. Debía tener criados y amigos, y envió como conejillos de indias a dos esclavos negros que había hecho traer de las Indias Occidentales. Las sensaciones que experimentó cuando pudo probar con hechos reales lo que antes eran simples teorías solo podemos imaginárnoslo.

Sin duda, un hombre de sus conocimientos debía saber que la ausencia del mundo exterior, en unas condiciones de vida totalmente distintas a la habituales, significaría la imposibilidad absoluta de volver a ese mundo. Pero si el espejo no se rompía por accidente, aquellos que estuvieran dentro vivirían por siempre. Nunca envejecerían ni necesitarían ningún tipo de alimento o bebida.

Para hacer más tolerable su encierro, envió con anterioridad gran cantidad de libros, papel y útiles de escritura, una mesa y una silla hechas a mano, y varios objetos más. Sabía que los escenarios que el espejo reflejaría en el futuro, después de haberlos absorbido, no serían tangibles, aunque crearían una especie de paisaje que decoraría su existencia. Su propia incorporación al espejo, en 1867, fue toda una experiencia; en ella se mezclaron todo tipo de sensaciones contradictorias teñidas de triunfo y terror. Aunque la transmutación fue un éxito, existían ciertas posibilidades de perderse en la oscuridad o en medio de un caos de dimensiones inconcebibles.

Durante cincuenta años se sintió remiso a aceptar otra compañía que no fuera la de sus esclavos, pero poco a poco fue perfeccionando el método de visualización telepática que le permitía observar pequeñas zonas del mundo exterior próximas al espejo, así como la capacidad para atraer a ciertos individuos a través del insólito umbral que se abría en la superficie del espejo. Así había traspasado Robert el cristal, hipnotizado por una atracción

irresistible que le obligó a presionar la «puerta». Estas formas de visualización dependían única y exclusivamente de la función telepática, ya que ninguno de los moradores podía ver físicamente el mundo exterior.

La vida que llevaban Holm y sus compañeros dentro del espejo era muy extraña. Robert había sido la primera persona en atravesar aquella línea difusa desde que el espejo, hacía casi un siglo, quedara apoyado frente a la sucia pared de piedra donde yo lo había encontrado. Su llegada fue un verdadero acontecimiento, ya que tenía un montón de información nueva que resultaba completamente increíble para la gente que moraba dentro. Al mismo tiempo, también él —casi un niño— se había sentido anonadado al encontrarse y hablar con personas nacidas en los siglos XVII y XVIII.

Solo puedo hacer conjeturas acerca de la terrible monotonía que debía gobernar la existencia de los prisioneros. Como ya he dicho antes, la variedad de escenas y paisajes que los rodeaban se limitaba a los sitios que habían quedado largo tiempo expuestos al reflejo del cristal, y muchos de ellos se habían deteriorado por los rigores del clima tropical. Ciertas localidades o regiones permanecían nítidas y bellas, y era en ellas donde solían residir los moradores. Pero ningún paisaje resultaba completamente gratificante; todos los objetos visibles eran irreales e intangibles, con frecuencia difusos e indefinidos. Cuando llegaba un periodo de aburrida oscuridad, se recurría a las memorias, los pensamientos o las conversaciones. Cada uno de aquellos personajes insólitos y patéticos conservaba para siempre su propia personalidad, ya que el lugar era inmune a los cambios del mundo exterior.

Aparte de las ropas de los prisioneros, la cantidad de objetos inanimados que había dentro del espejo era muy limitada, y se resumían en los que había traído el propio Holm. El sueño y la fatiga habían sido sustituidos por otros atributos más vitales. Los objetos inorgánicos que se hallaban presentes parecían encontrarse tan libres de los efectos del tiempo como los mismos seres vivos. No existía ningún otro tipo de vida animal.

Robert obtuvo la mayor parte de sus conocimientos de Herr Thiele, el caballero que hablaba en inglés con marcado acento escandinavo. Este corpulento danés le había tomado cariño y hablaba a menudo con él. El resto también le había acogido con cortesía y amabilidad; hasta el propio Holm le había contado algunas cosas acerca del umbral que daba acceso a la trampa.

El muchacho me informó luego de que tenía miedo de hablar conmigo cuando Holm andaba cerca. En un par de ocasiones cortó la comunicación cuando vio que Holm se acercaba. En ningún momento puede ver el mundo que se escondía tras el cristal. La imagen visual de Robert, su figura y sus vestimentas, era, al igual que el aura que irradiaba de su voz y la visión que él tenía de mí, una pura transmisión telepática; no tenía nada que ver con la verdadera visualización tridimensional. Sin embargo, si Robert hubiera tenido la misma experiencia que Holm en el manejo de la telepatía, podía haber transmitido algunas imágenes nítidas del entorno que le rodeaba.

Durante todo el tiempo que duraron las comunicaciones yo había estado intentando idear alguna manera de liberar a Robert. En el cuarto día —novenio desde su desaparición— creí haber hallado la solución. Considerando todos los hechos, el proceso tan laborioso que había ideado resultaba más bien sencillo, aunque tampoco estaba seguro de los resultados pues el proceso conllevaba serios riesgos si se cometía el más mínimo fallo. Básicamente, había ideado aquel plan basándome en el hecho comprobado de que no existía ninguna otra salida del interior del espejo. Si Holm y sus compañeros se encontraban prisioneros sin posibilidad de ir a ningún sitio, entonces la única manera de liberarlos sería desde el exterior. Era de vital importancia rescatar a todos los prisioneros, suponiendo que siguieran con vida, especialmente a Axel Holm. Lo que Robert me había dicho de él era escalofriante, así que no tenía ninguna intención de que quedase libre para hacer lo que le viniera en gana, y más sabiendo que de nuevo podría poner en práctica sus malignos conocimientos. Los mensajes telepáticos no desvelaban qué efectos produciría la liberación sobre aquellos que llevaban mucho tiempo dentro del espejo.

También, en el caso de que mi plan tuviera éxito, existía un pequeño problema añadido: el regreso de Robert a la rutina escolar después de su paseo por lo incomprensible. En caso de fallo, resultaría realmente difícil explicar los procesos seguidos para llevar a cabo su fallida liberación; si todo salía bien, ni yo mismo estaba seguro de poder relatar con un mínimo de coherencia esos mismos procesos. La realidad casi me parecía algo absurdo después de mantener aquellas insólitas conversaciones durante mis sueños.

Después de meditar profundamente en las diferentes necesidades que

requerían mis planes, me hice con un espejo grande que había en el laboratorio del colegio y estudié minuciosamente, milímetro a milímetro, el punto donde convergían las ondas en el cristal del antiguo espejo de Holm. Incluso con esta ayuda adicional fui incapaz de distinguir la diferencia entre la antigua superficie y la capa añadida por el mago danés; pero después de un largo examen creí distinguir una especie de ondas o líneas ovaladas que marqué débilmente con un lápiz azul. Entonces fui a Stanford y me hice con una hoja para cortar el cristal, ya que mi idea era separar la antigua capa mágica del espejo de su posterior emplazamiento.

El siguiente paso consistió en elegir el mejor momento del día para realizar el experimento crucial. Al final resolví que la mejor hora sería las dos y media de la madrugada, ya que nadie me interrumpiría, y además Robert había entrado en el espejo a las dos y media de la tarde, justo la hora «opuesta». Esto podía tener, o no tener, su importancia, pero en realidad la hora elegida me parecía tan buena como cualquier otra.

Me puse manos a la obra al inicio de la mañana del undécimo día desde la desaparición. Cerré todas las persianas de la sala de estar y atranqué la puerta que daba al recibidor. Deslicé con sumo cuidado el cúter corta cristales sobre las líneas espirales que había dibujado en la superficie del cristal. El vetusto espejo, de casi dos centímetros y medio de espesor, crujió ruidosamente al paso de la afilada cuchilla; tras deslizarla una primera vez por encima del trazado, volví a repetir el proceso, hundiendo la hoja un poco más.

Luego, con sumo cuidado, di la vuelta al pesado cristal, lo puse de cara a la pared y arranqué dos tableros claveteados en la parte posterior. Con el mismo cuidado, procedí a dar golpecitos suaves sobre la zona marcada con el recio mango de madera del cúter.

Enseguida se desprendió la sección de cristal que yo había cortado, cayendo sobre la alfombra de Bokhara que había en el suelo. Estaba muy nervioso y, casi sin darme cuenta, aspiré una bocanada de aire. Me había arrodillado y mi nariz se encontraba a la altura del agujero, por eso cuando aspiré mis fosas nasales se llenaron de un penetrante olor a *polvo*, un aroma que jamás había olido antes. De pronto mi vista se oscureció, y la habitación tomó un desvaído color grisáceo mientras me sentía embargado por una fuerza invisible que se apoderó de mis músculos y anuló su capacidad de

movimiento.

Recuerdo que me puse a toser de forma espantosa y que me agarré a la cortina de la ventana hasta que se desprendió, cayendo conmigo al suelo. Después me hundí en las tinieblas del olvido.

Cuando recuperé la consciencia me hallaba tendido sobre la alfombra de Bokhara con las piernas suspendidas en el aire de una manera inexplicable. La habitación estaba impregnada de aquel extraño aroma polvoriento y cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la luz, descubrí que Robert Grandison se hallaba ante mí. El era el que —en su cuerpo físico y con su color natural— sostenía mis piernas en el aire para que la sangre fluyera a mi cabeza, tal y como le habían enseñado en el cursillo de primeros auxilios. De momento, me sentía incapaz de pronunciar ni una palabra, en parte a causa del penetrante olor y en parte por la conmoción que se mezclaba con un poderoso sentimiento de triunfo. Luego, poco a poco, recuperé la capacidad de moverme y hablar.

Me levanté con sumo cuidado y le hice una seña a Robert.

—Ya me siento mejor, muchacho —murmuré—, puede soltarme las piernas. Estoy bien, creo. Supongo que ha sido a causa del olor. Abra la ventana de par en par, por favor. Eso es. Gracias. No, deje la cortina corrida.

Fui recuperándome lentamente, la circulación sanguínea volvió a fluir por mis venas y al poco pude mantenerme en pie, aunque tenía que sujetarme en el respaldo de una silla. Aún me sentía mareado, pero la corriente de aire fresco que entraba por la ventana me reanimó enseguida. Me senté en la silla y contemplé a Robert mientras se acercaba.

—Ante todo —dije apresuradamente— hábleme de Holm y los demás, Robert. ¿Qué *les ha sucedido* cuando he abierto la puerta?

Robert se detuvo a medio camino y me habló con gravedad.

—Desaparecieron en la nada, señor Canevin —respondió con solemnidad—, y con ellos todo lo que había a su alrededor. ¡Ya no hay nada «dentro», señor, gracias a Dios y a usted!

El joven, dejándose llevar por la tensión acumulada durante aquellos pavorosos once días, se derrumbó como un niño pequeño y rompió a llorar histéricamente.

Lo abracé para consolarlo e hice que se tumbara en el sofá cama, lo tapé

con una manta, me senté a su lado y le acaricié la frente, tratando de calmarle.

—Tranquilo, muchacho —dije en voz baja.

El lógico ataque de histeria finalizó con la misma brusquedad con la que se había iniciado, y aproveché para explicarle detenidamente mis planes para su reincorporación en la escuela. Lo extraño de la situación, y la necesidad de encontrar una explicación plausible a los sucesos insólitos que habían tenido lugar, hizo que su cerebro se mantuviese ocupado, tal y como yo pretendía; por fin se levantó bastante más animado y comenzó a relatarme los pormenores de su liberación y a escuchar las instrucciones que yo le daba. Parece ser que cuando abrí la puerta él se hallaba en el «área reflejada» de mi dormitorio, lugar al que finalmente regresó, apenas sin darse cuenta de que volvía a estar «fuera». Entonces oyó algo que caía en la sala de estar y me encontró tendido sobre la alfombra.

Solo citaré de pasada la táctica que usé para conseguir que el hallazgo de Robert no pareciese anormal, cómo lo saqué de mis aposentos por la ventana, oculto bajo un viejo sombrero y un raído gabán, y luego lo hice subir a mi coche para que diera la sensación de que lo había recogido en algún otro lugar. Hice que se aprendiera de memoria el plan que había ideado antes de comunicar a Browne las noticias de su descubrimiento. La tarde de su desaparición estaba caminando a solas por los alrededores del colegio cuando dos jóvenes lo invitaron a dar una vuelta en su coche. Como en plan de broma, y a pesar de las protestas de Robert, que les dijo que no quería ir más allá de Stamford, pasaron de largo la ciudad. Cuando se detuvieron en un semáforo, Robert saltó del automóvil con la intención de llamar por teléfono y regresar a la escuela, pero fue golpeado por un coche que iba al lado. Despertó diez días después en Greenwich, en casa de la persona que lo había atropellado. Al darse cuenta del tiempo que había transcurrido, telefoneó de inmediato al colegio; yo era el único que estaba levantado, por lo que fui a buscarlo en mi coche sin decir nada a nadie.

Browne telefoneó a sus padres y aceptó mi historia sin rechistar; tampoco se decidió a interrogar al muchacho debido a su terrible estado de ánimo. Acordamos que Robert permaneciera un tiempo prudencial en el colegio bajo la experta supervisión de la señora Browne, que era una excelente enfermera. Naturalmente, lo visité con mucha frecuencia durante el resto de las

vacaciones de Navidad, lo cual me ayudó a completar la historia de aquel onírico suceso.

Incluso hoy en día ambos nos preguntamos si todo lo sucedido fue real, si no nos hallábamos bajo los efectos hipnóticos del antiguo espejo, si la verdadera historia no era en realidad la del paseo en coche y el posterior accidente. Fuera como fuese, ambos compartíamos unos recuerdos inolvidables; yo contemplaba la difusa figura de Robert, sus colores invertidos, y escuchaba su voz vaga; Robert veía un desfile de personajes extraños y escenas sin vida. Y por encima de todo aquel desagradable olor a polvo rancio... Conocíamos su significado: la descomposición instantánea de todos aquellos que habían entrado a una dimensión desconocida hacía más de un siglo.

Dos hechos más demostraban la veracidad de nuestra experiencia; uno de ellos lo descubrí al estudiar los registros sobre un brujo danés: Axel Holm. Esta persona había dejado tras de sí un montón de leyendas y habladurías que, después de largas horas de estudio en la biblioteca y de varias conversaciones con ciertos historiadores daneses, sacaron a la luz una historia plagada de perversidad. Tan solo diré que el artesano, nacido en Copenhague en 1612, era un notorio seguidor de Lucifer y que las persecuciones a las que se vio sometido, y su posterior desaparición, fueron motivo de debate durante siglos. Aquel brujo infame ansiaba el conocimiento supremo y la superación de todas las artes, y para conseguirlo había profundizado en el estudio de las ciencias ocultas y prohibidas desde muy temprana edad.

Se rumoreaba que era un acólito de los aquelarres y del culto a los poderosos señores de la mitología escandinava —Loki el Maligno y el maldito Lobo Fenris—, y que se había convertido en un maestro de las artes oscuras. Tenía extraños intereses y objetivos, algunos de naturaleza humana pero otros de una malignidad inconcebible. Los dos criados negros que lo servían, antiguos esclavos de las Indias Occidentales, se habían quedado mudos poco después de entrar a su servicio, y luego habían desaparecido del mundo, justo un poco antes de que el propio Holm se esfumara.

Cuando se acercaba al final de sus días, Holm se obsesionó con la idea de que el cristal podría otorgarle la vida eterna. Adquirió un espejo embrujado de increíble antigüedad, aunque en realidad se rumoreaba que se lo había

robado a un hechicero que le había confiado sus secretos.

El espejo —según las leyendas populares, que estaban tan arraigadas como la Égida de Minerva o el Martillo de Thor— era un pequeño objeto oval llamado «Cristal de Loki». Estaba hecho de un extraño mineral que resultaba muy fácil de fundir y poseía propiedades mágicas, como la adivinación del futuro y el poder de delatar a sus enemigos. Pero cualquiera con un poco de sentido común sabía que, en manos de un experto hechicero, sus poderes mágicos se multiplicarían; incluso los más escépticos se creyeron los rumores que aseguraban que Holm había incorporado el antiguo cristal a un espejo más grande para conseguir la inmortalidad. Entonces, en 1687, el mago desapareció, y todas sus obras y recuerdos fueron desvaneciéndose lentamente en un mar de fantásticas habladurías. Era la típica historia que provocaría la risa en todos aquellos que no creen en lo imposible, pero para mí, que aún recordaba las charlas oníricas y el relato de Robert tras ser liberado, fue una especie de afirmación de todas las experiencias sobrenaturales que me habían acontecido.

Como ya he apuntado antes, aún falta otro hecho que avala mi historia, aunque no se parece en nada al que acabo de relatar. Dos días después de la liberación, Robert, ya casi recuperado, estaba sentado en mi habitación frente al fuego, y de pronto noté que lo invadía una extraña inquietud. Entonces, de repente, se me ocurrió algo. Le pedí que se acercara a mi mesa y cogiese un bote de tinta. Y así lo hizo, aunque lo agarró con la mano izquierda, a pesar de que siempre había sido diestro. Procurando no alarmarle demasiado, le rogué que se desabotonara el abrigo y me dejara escuchar su pulso cardíaco. Lo que descubrí al apoyar mi oído sobre su pecho —que no me atreví a decirle hasta pasado un tiempo— fue que *su corazón latía en el lado derecho*.

Cuando entró en el espejo tenía todos sus órganos en el lado correcto. Ahora estaban invertidos, hecho que sin duda alguna se mantendría durante el resto de su existencia. El intercambio dimensional no había sido una mera ilusión, pues estos cambios físicos eran perfectamente tangibles y demostrables. Si Robert hubiera podido salir del espejo de la misma manera que entró en él, se habría producido una reinversión y todos sus órganos habrían vuelto a la normalidad, como, de hecho, así sucedió con la ropa y el color de la piel. Sin embargo, debido a la brusquedad del proceso de

liberación, aquella reinversión no pudo completarse de la manera adecuada.

No solo había conseguido *abrir* la trampa de Holm, también la había *destruido*; de tal forma que, durante el breve intervalo de tiempo que duró la liberación de Robert, ya se habían desvanecido algunas de las propiedades de inversión. Resulta significativo el hecho de que Robert, al salir del espejo, no sintiera el mismo dolor que le produjo la entrada. Me horroriza pensar que, si la destrucción del espejo se hubiera llevado a cabo con mayor rapidez, el muchacho se habría visto obligado a vivir el resto de sus días con un tono de piel monstruoso. Añadiré que, después de descubrir estos hechos, examiné con todo detalle las ropas que vestía Robert durante su encierro y descubrí, como ya me imaginaba, que tanto los bolsillos como los botones, y otros varios componentes, estaban invertidos.

En estos momentos, el cristal de Loki, tal y como se desprendió del espejo, ahora reconstruido, descansa encima de un montón de papeles, aquí, en St. Thomas, la venerable capital de las antiguas Indias Danesas Occidentales, ahora llamadas Indias Vírgenes Americanas. Algunos coleccionistas de arte lo han confundido con un trozo de cristal elaborado a comienzos de la dominación norteamericana, pero yo sé que mi sujetapapeles es un poco más antiguo y bastante más artesanal. Sin embargo, no me siento dispuesto a refutar juicios tan entusiastas.

EL ÁRBOL EN LA COLINA

The Tree on the Hill (1934)

Duane W. Rimel & H.P. Lovecraft

I

Al sudeste de Hampden, cerca de la tortuosa garganta por la que fluye el río Salmón, se extiende una cadena de colinas escarpadas y rocosas que se han resistido a todo intento de colonización. Los cañones son demasiado profundos, las laderas demasiado escarpadas, como para que nadie, salvo el ganado trashumante, se aventure por la región. La última vez que fui a Hampden, la comarca —conocida como las Colinas del Infierno— formaba parte de la Reserva del Bosque de la Montaña Azul. Ninguna carretera comunica este lugar inaccesible con el mundo exterior, y los montañeses aseguran que es un trozo del jardín delantero de Su Majestad Satán trasplantado a la tierra. Las leyendas locales dicen que la región está hechizada, aunque nadie sabe por qué o por quién. Los lugareños no se atreven a aventurarse en sus misteriosas profundidades y se creen todas las historias que cuentan los indios Nez Percé, sus antiguos moradores desde hace generaciones, acerca de unos demonios gigantescos llegados del Exterior que moran en estos parajes. Estas leyendas tan sugerentes estimularon mi curiosidad.

La primera y —¡gracias a Dios!— última vez que visité aquellas colinas fue durante el verano de 1938, cuando Constantine Theunis y yo vivíamos en Hampden. Él estaba escribiendo un tratado sobre mitología egipcio, motivo por el que yo me encontraba solo la mayor parte del tiempo, a pesar de que ambos compartíamos un pequeño apartamento en Beacon Street, justo enfrente de la infame Casa del Pirata, construida por Exter Jones hace sesenta años.

La mañana del 23 de junio me sorprendió caminando por aquellas colinas siniestras que, a las siete de la mañana, parecían bastantes ordinarias. Debía estar a unos doce kilómetros de Hampden cuando sucedió algo extraordinario. Ascendía por una ladera cubierta de hierba que daba a un cañón especialmente profundo, cuando llegué a un paraje que estaba desprovisto de las hierbas y matorrales típicos de la región. Se prolongaba en dirección sur, entre numerosas colinas y valles. Al principio creí que se trataba de algún incendio reciente, pero, tras un examen más detallado, no descubrí ningún vestigio de fuego. Las laderas y riscos cercanos parecían terriblemente chamuscados, como si una antorcha gigantesca hubiera pasado por encima de ellos, acabando con toda su antigua vegetación. Y aun así, no podía encontrar ninguna evidencia de que se hubiera producido un incendio.

Andaba sobre un suelo profundo y renegrido en el que no crecía nada. Mientras intentaba localizar el foco de aquella desolación, me percaté del increíble silencio que se había adueñado del lugar. No se veía ningún pájaro, ninguna liebre; hasta los insectos parecían evitar la zona. Alcancé la cresta de un pequeño montículo, intentando calibrar la dimensión de aquel paraje tan triste y enigmático. Entonces distinguí aquel árbol solitario.

Crecía en una elevación un poco más alta que las demás y enseguida llamaba la atención por encontrarse totalmente aislado. No había ningún otro árbol en varios kilómetros a la redonda; tal vez algún arbusto cargado de bayas que crecía encaramado a una roca, pero nada más. Fue muy extraño toparse con uno justo en lo alto de aquella colina.

Crucé dos desfiladeros poco profundos antes de llegar al árbol. Allí me aguardaba una sorpresa. No se trataba de un pino, ni de un abeto, ni de un almez. Jamás había visto uno parecido, ¡y doy gracias al cielo por no haber vuelto a ver otro similar!

Se parecía más a un roble que a cualquier otro tipo de árbol. Era inmenso, con un tronco nudoso y retorcido que medía más de un metro de diámetro y unas ramas enormes que sobresalían del tronco a menos de dos metros del suelo. Las hojas eran redondeadas y se parecían muchísimo entre sí. Casi parecía un cuadro pintado, pero juro que era real. Siempre supe que no lo había imaginado, a pesar de lo que Theunis dijo después.

Recuerdo que miré la posición del sol en el cielo y calculé que serían las diez de la mañana, a pesar de que no consulté mi reloj de pulsera. Cada vez hacía más calor, así que me senté un rato a la sombra de árbol inmenso. Entonces me fijé en la hierba que crecía bajo las ramas, otro fenómeno singular, si tenemos en cuenta la desolación que acababa de atravesar. Una caótica aglomeración de colinas, riscos y gargantas me rodeaba por todas partes, aunque la colina en la que me encontraba era la más alta en varios kilómetros a la redonda. Miré hacia el este... y di un brinco completamente anonadado. ¡Recortándose sobre el cielo azul se divisaban las Montañas Bitterroot! No existía ninguna otra cadena de picos nevados a menos de quinientos kilómetros de Hampden, pero yo sabía que, a esa distancia, era imposible divisarla. Durante varios minutos vi lo imposible, pero enseguida me invadió una extraña somnolencia. Me tumbé en la hierba que crecía debajo del árbol. Dejé la cámara de fotos a un lado, me quité el sombrero y me relajé contemplando el cielo a través del verde manto de hojas. Al fin, cerré los ojos.

Entonces se produjo un fenómeno muy curioso, una especie de visión vaga y nebulosa, un sueño diurno, una ensoñación que no se parecía a nada familiar. Creí vislumbrar un gran templo que se erguía sobre un mar de cieno en el que se reflejaban tres pálidos soles rojizos. La inmensa cúpula o templo tenía un color muy extraño, entre violeta y azulado. Grandes bestias aladas surcaban los cielos encapotados y yo creía sentir el revoloteo de sus gigantescas alas membranosas. Me acerqué al templo de piedra y me encontré frente a un portalón inmenso. Después de atravesarlo llegué a una estancia repleta de sombras escurridizas que parecían moverse, espiarme, conducirme a las entrañas de aquella oscuridad monstruosa. Creí ver tres ojos llameantes que relucían en medio de las tinieblas de un corredor secundario, y lancé un grito de espanto. Sabía que en las profundidades de aquel lugar acechaba la

destrucción, un infierno viviente peor que la muerte. Volví a gritar. La visión desapareció.

De nuevo vi las hojas y el venerable cielo que se extendía por encima de mi cabeza. Intenté incorporarme. Temblaba. Un sudor frío me cubría la frente. Me entraron unas ganas locas de huir, de correr sin mirar atrás, de alejarme de aquel misterioso árbol que crecía sobre la colina; pero controlé estos temores absurdos y me senté, intentando tranquilizarme. Nunca había tenido un sueño así, tan vivo, tan espeluznante. ¿Cuál era la causa de esta pesadilla? Últimamente había leído varios libros sobre el antiguo Egipto escritos por Theunis. Me acaricié la frente y decidí que era hora de comer algo. Pero no tenía hambre.

Entonces tuve una idea. Hice varias fotografías al árbol con la intención de enseñársela a Theunis a mi regreso. Seguro que le interesarían. A lo mejor le contaba el sueño que había tenido. Abrí el obturador de mi cámara y tomé media docena de instantáneas. También fotografié la cadena de picos nevados que asoma en el lejano horizonte. Quería volver a este lugar y las fotos podrían servirme de ayuda...

Guardé la cámara y de nuevo me senté en la hierba mullida. ¿Sería posible que aquel lugar albergara algún tipo de hechizo alienígena? No tenía ganas de irme...

Observé las extrañas hojas redondeadas. Cerré los ojos. Un viento suave meció las ramas del árbol, produciendo murmullos musicales que me arrullaban. Y de repente, volví a contemplar el pálido cielo rojizo y los tres soles. ¡La tierra de las tres sombras! De nuevo veía aquel templo inmenso. Parecía flotar en el aire, ¡como un espíritu etéreo que deambulaba entre las maravillas de un mundo loco y multidimensional! Las cornisas del templo, con sus ángulos y perspectivas insólitas, me aterrorizaban, y supe que aquella región nunca había sido observada por el hombre, ni siquiera en sus sueños más delirantes.

De nuevo me encontré en el umbral del enorme portón mientras era atraído hacia las tinieblas del interior. Parecía estar frente a un vacío infinito. Era el abismo, algo que no podía describir, un pozo negro, sin fondo, repleto de seres sin forma, innombrables, de cosas perturbadoras, demenciales, tan vagas y tenues como las nieblas de Shamballah.

Se me encogió el alma. Me invadió un pánico ciego. Grité salvajemente y creí que estaba a punto de enloquecer. Corrí dentro del sueño, corrí aterrorizado, aunque no sabía adonde me llevaban mis pasos... Me alejé de aquel templo espantoso, de aquel abismo infernal, aunque, de alguna manera, sabía que volvería...

Al fin abrí los ojos. Ya no me encontraba debajo del árbol. Yacía, con las ropas desgarradas y sucias, en una ladera rocosa. Las manos me sangraban. Me levanté y eché un vistazo a mi alrededor. Reconocí el lugar en el que me encontraba: ¡era el mismo sitio desde donde había contemplado por primera vez aquella región renegrida! ¡Había caminado varios kilómetros en sueños! No vi por ninguna parte el árbol sobre la colina, lo cual me alegró... Tenía el pantalón completamente arrugado, como si hubiera estado arrastrándome por la tierra una buena parte del camino...

Estudié la posición del sol. ¡Atardecía! ¿*Dónde* había estado? Miré la hora en mi reloj de pulsera. Se había parado a las 10:34...

II

—¿Tienes las fotos? —preguntó Theunis, arrastrando las palabras. Tropecé con sus ojos grises que me miraban al otro lado de la mesa. Habían pasado tres días desde mi visita a las Colinas del Infierno. Le había contado el sueño que me asaltó bajo las ramas del árbol y él se había reído.

—Sí —contesté—. Llegaron anoche. Todavía no he tenido tiempo de verlas. Espero que las estudies con seriedad. A lo mejor cambias de opinión.

Theunis sonrió mientras apuraba su taza de café. Le entregué el sobre cerrado que contenía las fotografías y lo abrió al instante. Observó la primera y la sonrisa se esfumó de su rostro. Aplastó el cigarrillo que tenía en la mano.

—¡Por Dios! ¡Mira esto!

Me acerqué a su silla. Era la primera de las instantáneas que había tomado del árbol, a unos quince metros de distancia. No podía entender el motivo por el que Theunis parecía tan excitado. Allí estaba el árbol solitario y la hierba en la que me había tumbado, que crecía muy densa alrededor de su base. ¡A lo lejos podían verse las cumbres de las montañas nevadas!

—¡Ahí está! —grité—. Esto prueba mi historia...

—¡Mira! —me interrumpió—. ¡Las sombras...! ¡Cada objeto, cada roca, la hierba, el árbol, todo tiene tres sombras!

Así era... A los pies del tronco del árbol, dibujándose en la tierra de forma incongruente, había tres sombras. Entonces pensé que la foto contenía un elemento anómalo y deleznable. Las hojas del árbol eran demasiado exuberantes y el tronco parecía exageradamente bulboso y se retorcía de una manera aborrecible. Theunis dejó la foto sobre la mesa.

—Hay algo que no me cuadra —murmuré—. El árbol que vi no parecía tan repulsivo como este.

—¿Estás seguro? —preguntó Theunis—. Parece que has visto cosas que no salen en las fotografías.

—¡Al contrario, muestran más de lo que en realidad vi!

—Eso es. Hay algo maligno en este paisaje, algo que parece fuera de lugar. No lo entiendo. Es como si el árbol sugiriese algo... incomprensible. Demasiado nebuloso, demasiado siniestro, demasiado irreal para ser cierto —golpeó la mesa con dedos temblorosos. Cogió el resto de las fotos y las estudió una tras otra.

Tomé la instantánea que había dejado en la mesa y no pude evitar un estremecimiento, una sensación de irrealidad, mientras mis ojos absorbían todos los detalles de la imagen. El árbol parecía demasiado brumoso y velado, y, sin embargo, distinguía claramente las yemas y las hojas redondeadas que parecían a punto de caer. También veía las tres sombras que salían de la base del tronco... Sin embargo, eran sombras desiguales, demasiado largas o demasiado cortas en comparación con el volumen del árbol, de manera que le conferían un aspecto de malsana anormalidad. El paisaje no me había impactado especialmente cuando lo contemplé por primera vez... Me transmitía una familiaridad un tanto desvaída, un recuerdo grotesco, como algo cercano pero, al mismo tiempo, tan ajeno a la humanidad como las estrellas que titilan al otro lado de las galaxias conocidas.

Theunis pareció despertar.

—¿Dijiste que había tres soles en tu pesadilla?

Asentí, un tanto sorprendido. Entonces me di cuenta de lo que quería decir. Me temblaban los dedos mientras examinaba la fotografía de nuevo.

¡El sueño! Eso era...

—Las demás son exactamente iguales a esta —dijo Theunis—. La misma sensación de incertidumbre, esa especie de *sugerencia*. Creo que soy capaz de entender la esencia del paisaje, observarlo en su plena realidad, pero resulta demasiado... Quizá, más adelante, si lo estudio detenidamente, puedo encontrarle un significado.

Permanecemos en silencio unos momentos. De pronto me invadió un deseo irresistible y extraño de volver al lugar donde se erguía aquel árbol.

—Podemos hacer una excursión. Creo que podríamos llegar a la colina en media jornada de marcha.

—Deberías evitar ese sitio —replicó—. No creo que vuelvas a encontrarlo, aunque quisieras.

—No digas tonterías —corté—. Estoy seguro de que, con la ayuda de las fotos, no tendría ningún problema...

—¿Puedes ver en ellas algo que sirva para orientarse?

No estaba seguro, aunque después de estudiar atentamente las fotografías tuve que admitir que tenía razón.

Theunis dio una profunda calada a su cigarrillo.

—Una instantánea, aparentemente normal, de una región salida de ninguna parte. Y esas montañas nevadas al fondo... ¡Espera!

Saltó de la silla como un animal al acecho y salió corriendo de la habitación. Pude oírle rebuscar entre los estantes de la librería. Al cabo de un rato, reapareció con un vetusto volumen encuadernado en piel. Theunis lo abrió con sumo cuidado y empezó a leer su antigua tipografía.

—¿De qué se trata? —me interesé.

—Es una vieja traducción al inglés de la *Crónica de Nath*, del escritor Rudolf Yergler, un hechicero y místico alemán que estudió los conocimientos de Hermes Trismegisto, el antiguo brujo egipcio. Hay un párrafo que puede interesarte y que te ayudará a comprender que todo este asunto es bastante más misterioso de lo que crees. Escucha.

«Así está dicho que en el año de la Cabra Negra llegó a Nath una sombra que no era de la Tierra, una sombra no vista antes por ningún mortal. Y deambuló entre las almas de los hombres, y aquellos que

habían sido elegidos sufrían terribles pesadillas y no podían ver, hasta que el horror y la noche infinita se desplomaba sobre ellos. Ninguno sabía por quién habían sido poseídos, pues la sombra adoptaba distintas formas que el hombre reconocía o soñaba, y solo la libertad parecía posible en la Tierra de los Tres Soles. Pero los sacerdotes del Viejo Libro decían que aquel que pudiese ver su verdadera forma y seguir vivo rompería la maldición y enviaría a la sombra al abismo sin estrellas del que provenía. Mas nadie podía hacerlo sin la ayuda de la Gema; y por tanto, Ka-Nefer, el Sumo Sacerdote, ocultaba esta joya sagrada en el templo. Y cuando esta se perdió en tiempos de Phrenes, el que desafió al horror y se perdió para siempre, hubo llanto y desolación en Nath. Mas al fin la sombra se fue, y no volverá a estar hambrienta hasta que los ciclos nos lleven de nuevo al año de la Cabra Negra».

Theunis se quedó en silencio mientras yo le miraba asombrado. Por fin, volvió a hablar.

—Supongo, Single, que querrás saber cómo encaja todo esto. No es necesario profundizar demasiado en las viejas ciencias para saber algo más del asunto. Tengo que decirte que, según las antiguas leyendas, este es el que llaman «Año de la Cabra Negra», un periodo de tiempo en el que se supone que ciertos horrores del Exterior visitan la Tierra y causan un daño infinito. No sabemos cómo se manifestarán, pero tengo motivos para pensar que esas extrañas pesadillas y alucinaciones tienen algo que ver. No me gusta el cariz que está tomando todo este asunto, no me gusta tu historia y tampoco me gustan las fotografías. Puede tratarse de algo maligno, y te aconsejo que no se te ocurra volver. Pero primero voy a intentar lo que dice el viejo Yergler y, con un poco de suerte, conseguiré ver las cosas tal y como son en la realidad. Afortunadamente, la antigua Gema que se menciona ha sido recuperada de nuevo, y yo sé dónde está. Podemos estudiar las fotografías con su ayuda y ver lo que pasa.

»Es una especie de lente o prisma, aunque no se pueden hacer fotografías con ella. Alguien con la sensibilidad adecuada podría mirar a través de la gema y observar los resultados. Existe cierto riesgo: el espectador podría

perder la consciencia; la forma verdadera de la sombra es aterradora y no pertenece a este mundo. Pero seguramente sería peor no hacer nada. Mientras tanto, si en algo valoras tu vida y tu cordura, aléjate de la colina y de esa cosa que parece un árbol.

Estaba completamente desconcertado.

—¿Cómo es posible que haya vida alienígena entre nosotros? —grité—. ¿Cómo vamos a saber si realmente es cierto?

—Tus razonamientos son propios del mundo en el que vivimos —dijo Theunis—. No creo que pienses que todas las leyes que rigen el planeta son universales. Hay entidades inconcebibles que deambulan, que flotan delante de nuestras narices. La ciencia moderna está quebrando todas las barreras de lo desconocido y acabará demostrando que lo que decían los místicos en el fondo no está tan lejos de la realidad.

De pronto me di cuenta de que ya no quería mirar la fotografía, sino destruirla. Me hubiera gustado huir, desaparecer. Theunis estaba sugiriendo algo que se salía de... Me invadió un miedo cósmico, aterrador, y aparté los ojos de la foto; había descubierto un objeto en la imagen que...

Miré a mi amigo. Estaba inclinado sobre el vetusto volumen, con una extraña expresión en el rostro. Se irguió.

—Ya es suficiente. Estoy harto de esta cháchara absurda. Tengo que sacar la gema del museo donde está expuesta y hacer lo que tiene que hacerse.

—Como digas —contesté—. ¿Vas a ir a Croydon?

Asintió.

—Después volveremos a casa —dije convencido.

III

No me apetece rememorar los acontecimientos que tuvieron lugar aquella noche. Me embargó una mezcla de sensaciones dispares. Por un lado sentía un impulso casi incontenible de volver al terrible árbol de los sueños, y por otro me invadía una repugnancia indecible por aquel ente y por todo lo que le rodeaba. El hecho de que al final no regresara se debió más a la casualidad que a la fortaleza de mi voluntad. Mientras tanto, Theunis estaba

desesperadamente enfrascado en una especie de investigación de naturaleza extraordinaria, algo relacionado con un misterioso viaje en coche del que regresó con el mayor de los sigilos. Durante los breves contactos telefónicos que mantuve con él, supe que se había apropiado del objeto primigenio y tenebroso al que se le daba el nombre de «la Gema», y que se hallaba muy ocupado tratando de encontrar algún significado a las fotografías que yo le había entregado. Me habló de cierta «polarización» o «refracción», y de «ángulos desconocidos del tiempo y el espacio», y también me contó que estaba construyendo una especie de caja o cámara oscura para estudiar las fotos con la ayuda de la gema.

Al cabo de dieciséis días recibí un mensaje del hospital de Croydon. Theunis estaba ingresado y quería verme. Había sufrido una especie de crisis nerviosa; unos amigos lo habían encontrado inconsciente en su casa cuando se acercaron alertados por unos gritos espantosos y agónicos. A pesar de que aún se encontraba bastante débil, pudo reconocermme y parecía ansioso por decirme algo y encomendarme ciertas tareas que debía acometer enseguida. En el hospital me pusieron al corriente de todo, y en menos de media hora estaba sentado al borde de la cama de mi amigo, sorprendido por el cambio que habían experimentado sus facciones en un periodo tan corto de tiempo, que, sin duda, era debido al miedo y la preocupación. Lo primero que hizo fue despedir a las enfermeras para poder hablar con plena tranquilidad.

—¡Lo he visto, Single! —su voz sonaba ronca y forzada—. Tienes que destruir todas esas... fotografías. Lo hice retroceder mirándolo, pero quedan las fotos. Nunca nadie volverá a ver el árbol sobre la colina —o eso espero, al menos— hasta que pasen miles de eones y llegue de nuevo el Año de la Cabra Negra. Ahora estás a salvo. La humanidad está a salvo.

Hizo una pausa, respirando con dificultad.

—Saca la gema del aparato y guárdala en un lugar seguro; ya sabes la combinación. Habrá que utilizarla de nuevo cuando llegue el momento, pues es posible que un día salve a toda la humanidad. No me dejan salir todavía, pero estaré más tranquilo si sé que la joya está en un sitio seguro. No mires a través de la caja; te atraparé, como me atrapó a mí. Y quema esas malditas fotografías... la que está dentro de la caja y todas las demás...

Theunis parecía agotado y las enfermeras regresaron y me pidieron que

abandonase la habitación mientras él se recostaba y cerraba los ojos.

Al cabo de otra media hora me hallaba en su casa, estudiando con curiosidad la larga caja negra que reposaba en la mesa del escritorio, al lado de una silla volcada. Las cuartillas de papel se encontraban diseminadas por toda la habitación debido a que la ventana estaba abierta, y al lado de la caja descubrí, con un estremecimiento, el sobre que contenía mis fotos. Enseguida examiné la caja negra y vi que una de mis fotos, la primera que había tomado, estaba fijada a uno de los extremos, mientras que en el otro sobresalía un extraño pedazo de cristal ambarino de ángulos extravagantes e imposibles de describir. El contacto con el cristal resultaba insólitamente cálido y electrizante, y me sentía muy reacio a tomar el objeto y guardarlo en la caja fuerte de Theunis. La instantánea que tenía en la mano me producía una desconcertante mezcla de emociones. Incluso después de haberla metido en el sobre con las demás, sentía unos deseos incontenibles de no quemarla, de mirarla de nuevo y correr colina arriba en busca del paisaje original. Un cúmulo de imágenes y pensamientos se adueñaron de mi cerebro... foto tras foto... misterios que acechaban en unas formas que me resultaban vagamente familiares... Pero también me invadió al mismo tiempo un sentimiento opuesto de cordura, y consiguió inyectarme el vigor suficiente como para encender la chimenea y reducir todas las fotos a cenizas. De alguna manera sentí que la humanidad se había librado de un horror al que yo había estado a punto de sucumbir.

En cuanto a la crisis nerviosa de Theunis, no fui capaz de hallar una explicación coherente; tampoco quise profundizar mucho en ello. Fue bastante curioso que, en ningún momento, me sintiera impulsado a mirar a través de la caja negra antes de quitar la gema y la fotografía. Estaba convencido de que la imagen de la foto que se vería a través de aquel antiguo cristal o prisma no sería muy soportable para cualquier mente normal. Fuera lo que fuese, había estado muy cerca —su influjo casi se había apoderado de mí—, en aquella remota colina, bajo la forma de un árbol y en un paisaje desconocido. No tenía ninguna curiosidad por saber de qué había escapado.

¡Ojalá mi ignorancia hubiera seguido siendo completa! Habría dormido mejor por las noches. Cuando estaba a punto de irme, me fijé en las cuartillas diseminadas por la habitación. Todas estaban en blanco menos una, y en ella

había una especie de boceto dibujado a plumilla. Entonces recordé lo que había dicho Theunis acerca de esbozar el horror revelado por la gema y luché por apartar la mirada, pero la curiosidad venció a la razón. Miré el diseño de reojo y observé los trazos descuidados y la línea de tinta que se desvanecía al final del esbozo, como si el terror hubiera atenazado al dibujante. Y entonces, en un ataque de perversa temeridad, miré directamente a la cuartilla y al tenebroso, prohibido boceto... y caí al suelo desmayado.

Jamás seré capaz de describir lo que vi. Al rato recuperé la consciencia, arrojé la cuartilla al fuego agonizante y salí al exterior, a las calles tranquilas que conducían a mi hogar. Di gracias a Dios por no haber sido yo el que mirase la fotografía a través del cristal, y rogué con todas mis fuerzas que fuera capaz de olvidar el terrible dibujo que había esbozado Theunis. Desde entonces no he vuelto a ser el mismo. Incluso los paisajes más hermosos siempre parecen tener el aire vaporoso, difuso, de las blasfemias innombrables que podrían esconderse en su interior, como si estuvieran ocultos tras una especie de máscara. ¡Y eso que el boceto era tan vago, tan poco descriptivo de lo que, a juzgar por sus posteriores anotaciones, debería haber visto Theunis!

Solo había unos cuantos elementos básicos del paisaje en la cosa. Casi toda la escena estaba cubierta por un vapor neblinoso, exótico. Todos los objetos que deberían ser familiares formaban parte de algo vaporoso, desconocido y extraterrestre, algo demasiado inmenso y grandioso, demasiado extraño, monstruoso y terrible para que el ojo humano fuera capaz de captarlo.

Donde yo había visto, en aquel mismo paisaje, un árbol retorcido y nebuloso, ahora se veía una especie de mano o garra terrible que, con los dedos extendidos y arqueados, se inclinaba a tientas hacia el lugar que ocupaba el observador. Y justo debajo de los retorcidos, nudosos dedos, creí distinguir una marca en la hierba, como si alguien hubiera estado tumbado. Pero el boceto había sido garabateado con precipitación y no podría asegurarlo.

LA EXHUMACIÓN

The Disinterment (1935)

Duane W. Rimel & H.P. Lovecraft

Desperté bruscamente de un sueño terrible y miré sorprendido a mi alrededor. Vi el techo alto y abovedado y los ventanucos estrechos de la habitación de mi amigo, y me invadió una sensación de intranquilidad; supe que las expectativas de Andrews se habían cumplido. Estaba tumbado boca arriba sobre una cama bastante grande cuyos postes se alzaban en extraña perspectiva; las paredes estaban tapizadas de largas estanterías repletas de los libros y antigüedades familiares que casi conocía de memoria, pues siempre habían estado colocados en la misma esquina aislada de la mansión vieja y decrepita que se había convertido en nuestro hogar hace muchos años. En una mesa pegada a la pared había un candelabro enorme de antiguo diseño, y los finos visillos que habitualmente cubrían las ventanas habían sido reemplazados por unos gruesos cortinones que apenas dejaban pasar la luz fantasmagórica del atardecer.

Recordaba vivamente los acontecimientos que se desarrollaron antes de mi confinamiento en aquella monstruosa fortaleza medieval. No fueron agradables, y aún temblaba cuando me acordaba del sofá en el que había estado tendido antes de despertar aquí, el sofá que todo el mundo pensaba que sería mi último lugar de reposo. Los recuerdos me asaltaban y volvía a rememorar las terribles circunstancias que me obligaron a elegir entre una

muerte verdadera y otra hipotética, una muerte —esta última— de la que, gracias a ciertos métodos que solo conocía mi amigo Marshall Andrews, volvería a renacer. Todo empezó hace un año, a mi regreso de Oriente, cuando descubrí, horrorizado, que había contraído la lepra durante mi estancia en el extranjero. Había asumido grandes riesgos al cuidar de mi hermano enfermo en las Filipinas, pero los síntomas no aparecieron hasta que regresé a mi país. Fue el propio Andrews el primero que se dio cuenta, aunque intentó ocultármelo el mayor tiempo posible; pero nuestra profunda amistad pronto sacó a la luz la terrible verdad.

Tuve que aislarme en nuestra vetusta morada, entre los riscos que dominan Hampden, y no se me permitía abandonar sus mohosas habitaciones y corredores de puertas abovedadas. Fue una experiencia terrible, con la sombra amarilla que pendía constantemente sobre mi cabeza, pero mi amigo nunca perdió la fe, aunque tomaba todas las precauciones posibles para no contagiarse, e hizo todo lo necesario para que mi vida fuera lo más placentera y confortable posible. Era un cirujano de fama notoria, aunque un tanto siniestra, y no tuvo necesidad de consultar a otros médicos que, con toda probabilidad, me habrían mandado a un hospital.

Un año después de mi aislamiento —a finales de agosto— Andrews decidió hacer un viaje a las Indias Occidentales para estudiar los métodos curativos «nativos», según sus propias palabras. El venerable Simes, mayordomo de la mansión, se hizo cargo de mí. No tuve ninguna recaída, así que pude disfrutar de un periodo bastante tolerable, aunque solitario, durante la ausencia de mi amigo. Leí muchos libros que Andrews había adquirido en el curso de los veinte años que llevaba dedicado a la cirugía, y descubrí por qué su reputación, si bien notable y distinguida, era un tanto siniestra. Muchos de los volúmenes versaban sobre ciertas prácticas bastante alejadas de los métodos de la medicina moderna y había un montón de artículos apócrifos sobre monstruosos experimentos de cirugía, descripciones de los repugnantes efectos que se producían en ciertos trasplantes de glándulas y en el rejuvenecimiento humano y animal, guías sobre la transferencia cerebral y un cúmulo de ensayos fanáticos completamente desautorizados por la medicina ortodoxa. También descubrí que Andrews era una autoridad en el conocimiento de ciertos medicamentos extraños; algunos de los libros que

hojeé demostraban que había dedicado mucho tiempo al estudio de la química y a la búsqueda de drogas nuevas que pudieran ayudarle en sus prácticas quirúrgicas. Al recordar aquellos vetustos tratados, me doy cuenta ahora de las terribles sugerencias que contenían y de lo mucho que influyeron en sus experimentos posteriores.

Andrews estuvo fuera más tiempo del que yo había supuesto y no regresó hasta principios de noviembre, casi cuatro meses después de su partida. Estaba ansioso por verlo enseguida, ya que cada vez resultaba más difícil ocultar mi estado físico. Había llegado a un punto en el que me veía obligado a guardar absoluto aislamiento para no ser descubierto. Pero mi ansiedad no era nada comparada con su excitación por un plan que había concebido mientras se encontraba en las Indias Occidentales, un plan que pensaba llevar a cabo con la ayuda de una curiosa droga que un médico «nativo» le había enseñado en Haití. Cuando me confesó que el experimento tenía mucho que ver conmigo, me alarmé un poco, aunque mi estado difícilmente podría ir a peor. En más de una ocasión me había tentado la paz que podría proporcionarme un revólver cargado o la caída desde el tejado a las rocas afiladas que sobresalían abajo.

Al día siguiente de su llegada, en la soledad nebulosa del estudio apenas iluminado, me hizo un esbozo de lo que había planeado. Había encontrado en Haití cierta droga, cuya fórmula podía desarrollar más adelante, que provocaba una especie de sueño profundo y conseguía que el sujeto que la había ingerido entrara en una especie de trance cercano a la muerte; los músculos se relajaban por completo, incluso la respiración y los latidos del corazón cesaban mientras durasen los efectos. Andrews me aseguró que había observado sus efectos sobre los nativos en numerosas ocasiones. Algunos se habían quedado dormidos durante días, tan inmóviles como si estuvieran muertos. Esta animación suspendida, me explicó luego, es capaz de falsear cualquier examen médico. Incluso él mismo, tras un reconocimiento realizado con métodos ortodoxos, había declarado muerto a un hombre que se hallaba bajo los efectos de la droga. También me dijo que el cuerpo del sujeto asumía la apariencia de un verdadero cadáver y que, en los casos más duraderos, incluso aparecía una especie de *rigor mortis*.

Durante algún tiempo sus propósitos no resultaron muy claros, pero

cuando el significado de sus palabras se fue haciendo evidente, comencé a sentir miedo y náuseas. Sin embargo, también sentía una especie de alivio, ya que todo aquel asunto podría convertirse en una salida a mi situación actual, un escape de la muerte vulgar y terrible que sobrevenía con la lepra. En breves palabras, su plan consistía en administrarme una buena dosis de droga, avisar a las autoridades locales, que me declararían clínicamente muerto, y enterrarme lo antes posible. Estaba convencido de que los forenses me examinarían de pasada y no descubrirían ningún síntoma de mi enfermedad, que en realidad aún eran pocos. Solo habían transcurrido quince meses desde que me contagié y las primeras señales de putrefacción no aparecen hasta los siete años.

Después, me aseguré, resucitaría. Una vez fuera enterrado en el panteón familiar —que se hallaba cerca de mi vetusta morada y a apenas doscientos metros del suyo— se llevarían a cabo los siguientes pasos del plan. Por fin, después de sellar la fosa y hacer pública mi muerte, abriría en secreto la tumba y me traería de vuelta a mi hogar, vivo y sin ningún tipo de daño. Era un plan macabro y atrevido, pero también mi única esperanza de recuperar algo de la libertad perdida; así que acepté su proposición, no sin ciertas reticencias. ¿Qué pasaría si la droga dejaba de hacerme efecto mientras aún me hallaba en la tumba? ¿Qué ocurriría si el forense descubría mi estado y decidía internarme? Estas eran algunas de las dudas que me asaltaron antes de realizar el experimento. Aunque la muerte podía convertirse en una especie de liberación, me asustaba aún más que el azote amarillo; a pesar de que su guadaña pendía sobre mí a todas horas no podía evitar el terror que me provocaba.

Por fortuna, no vi mi propio funeral. Todo salió tal y como Andrews había planeado, incluso el posterior desenterramiento. En cuanto ingerí la primera dosis de la droga, caí en un estado de parálisis casi absoluta y me sumí en un sueño tan profundo y oscuro como la noche. Tomé la droga en mi habitación; Andrews me había comentado antes que le iba a decir al médico que mi muerte se había producido a causa de un paro cardíaco debido a la tensión nerviosa. Desde luego, no pensaban embalsamarme —Andrews se ocuparía personalmente de eso—, y todo el proceso, incluido el traslado de mi cuerpo desde la sepultura hasta la vetusta mansión, se realizó en solo tres

días. Me enterraron al atardecer del tercer día y Andrews recuperó mi cuerpo aquella misma noche. También se ocupó de volver a poner los cepellones de hierba tal y como los habían dejado los sepultureros. El viejo Simes, que había jurado guardar el secreto, ayudó a Andrews en su macabra tarea.

Durante una semana entera descansé recostado sobre mi familiar y confortable lecho. Debido a algún efecto secundario e inesperado producido por la droga, mi cuerpo estaba completamente paralizado y solo podía mover la cabeza. Sin embargo, todos mis sentidos se hallaban alerta y al cabo de otra semana fui capaz de ingerir cualquier clase de alimento. Andrews dijo que mi cuerpo iba recuperando poco a poco su antigua sensibilidad, pero que, debido a la lepra, estaba tardando más tiempo de lo habitual. Se le veía muy interesado en analizar a diario las reacciones de mi cuerpo, y siempre me preguntaba si sentía algo especial.

Pasaron muchos días antes de que fuera capaz de controlar todos los miembros de mi cuerpo, y todavía más hasta que mis órganos perdieron su rigidez y pude sentir las reacciones corporales ordinarias. Permanecí encerrado dentro de un viejo cascarón, como si a todas horas estuviera bajo los efectos de la anestesia. Sentía una especie de desequilibrio que no podía entender, y más teniendo en cuenta que podía mover perfectamente la cabeza y el cuello.

Andrews me explicó que había reanimado la parte superior de mi cuerpo en primer lugar, pero que no sabía cuándo finalizaría la parálisis total del cuerpo, aunque mi condición no parecía preocuparle demasiado, en vista del gran interés que había mostrado desde el principio en los estímulos y reacciones de mi organismo. En muchas ocasiones, cuando nos quedábamos en silencio en medio de una conversación, distinguía un brillo extraño en sus ojos mientras me examinaba, una especie de mirada triunfante cuyo significado no se atrevía a poner en palabras, aunque sin duda también estaba feliz por mi victoria ante la muerte y el posterior retorno a la vida. Sin embargo, presentía un horror difuso, un horror al que tendría que enfrentarme en menos de seis años, y esto me llenó de pesadumbre y melancolía durante los tediosos días que me vi obligado a esperar pacientemente el retorno de mis funciones vitales. Pero Andrews me decía que, en breve, disfrutaría de una existencia que pocos hombres habían experimentado. Sin embargo, no

fui consciente del verdadero significado de estas siniestras palabras hasta muchos días después.

Durante mi aburrida convalecencia, Andrews y yo comenzamos a distanciarnos. Dejó de tratarme como un verdadero amigo y me dio la sensación de que había pasado a ser un simple objeto de sus experimentos. Descubrí en él extrañas obsesiones, pequeños actos de crueldad que incluso el endurecido Simes apenas podía soportar y que a mí me inquietaban sobremanera. Con frecuencia se comportaba de una manera muy cruel con los pequeños especímenes vivos del laboratorio, ya que estaba realizando varios experimentos secretos sobre los trasplantes glandulares y musculares con cobayas y conejillos de indias. También estaba llevando a cabo diversos experimentos de animación suspendida con la nueva droga. Pero casi nunca me hablaba de ello, aunque el viejo Simes a veces me hacía algún comentario que arrojaba cierta luz sobre sus investigaciones. No estaba seguro de lo que sabía el anciano mayordomo, aunque sin duda debía ser bastante.

Con el paso del tiempo, mi cuerpo enfermo se sintió como invadido por una sensación difusa pero constante, y cuando se produjeron los primeros síntomas de recuperación, Andrews tomó un interés fanático en mi caso. Seguía comportándose de una manera más analítica que amistosa, y me tomaba el pulso y el ritmo cardíaco con verdadero entusiasmo. A veces, mientras me examinaba ensimismado, veía cómo le temblaban las manos, un temblor que no era propio de uno de los mejores cirujanos. Todavía, desde que desperté, no había podido ver mi cuerpo al completo, pero con el retorno del sentido del tacto, descubrí que había ciertas zonas cuya forma no me parecía familiar.

Poco a poco fui recobrando la sensibilidad en manos y extremidades, y según se iba desvaneciendo la parálisis fui notando una terrible sensación de distanciamiento. A mis órganos les costaba muchísimo obedecer las órdenes enviadas por mi cerebro, y yo siempre me hallaba terriblemente desconcertado. Mis manos se movían con tanta torpeza que tuve que acostumbrarme a realizar los mismos movimientos una y otra vez. Pensé que todo se debía al avance de la enfermedad, que cada vez afectaba más a mi sistema nervioso. Al no conocer con exactitud los síntomas iniciales (mi hermano se hallaba en un estado más avanzado de la enfermedad), tampoco

tenía una base con que juzgarlos, y como Andrews rehuía el tema, me vi obligado a permanecer en silencio.

Un día le pregunté a Andrews —al que ya no consideraba mi amigo— si podía levantarme y sentarme en la cama. Al principio puso alguna objeción, pero luego, tras aconsejarme que me tapara bien con la manta para no coger frío, accedió. Esto me pareció un poco extraño, ya que la temperatura ambiente era muy agradable. Ahora que el otoño agonizaba y el invierno se nos echaba encima, la habitación siempre estaba muy caldeada. Un escalofrío repentino en medio de la noche, la contemplación del cielo desde mi ventana... todo esto me hacía sentir el invierno, ya que no había ningún calendario colgado de las vetustas paredes. Con la ayuda cortés de Simes conseguí sentarme en la cama, mientras Andrews miraba fríamente desde la puerta del laboratorio. Cuando me vio incorporado, una vaga sonrisa apareció en sus siniestras facciones antes de desaparecer por el oscuro pasillo. Su comportamiento no ayudó a mi mejoría. El viejo Simes, siempre tan cortés, parecía perdido últimamente en sus propias preocupaciones y me dejaba solo durante largos periodos de tiempo.

La espantosa sensación de desequilibrio se incrementó en mi nueva posición. Era como si los brazos y piernas cubiertos por la bata se negaran a obedecer las órdenes enviadas por mi cerebro, como si mis extremidades y mi mente se hallaran en un estado de absoluta extenuación. Mis dedos, agarrotados, eran totalmente insensibles al tacto y me aterrorizaba la idea de pasar el resto de mis días condenado a una absoluta ausencia de sensaciones por culpa de mi terrible enfermedad.

Los sueños empezaron justo la misma tarde en la que recuperé una parte de mis sentidos. No solo me atormentaban durante la noche, sino también de día. Siempre me despertaba gritando en mitad de alguna pesadilla de la que prefería no acordarme. Estos sueños solían ser bastante macabros: cementerios nocturnos, cadáveres acechantes y almas perdidas en medio de un caos de luces y sombras. Lo que más me aterraba era el *realismo* espantoso de las pesadillas, como si una *influencia* interior fuera la causante de todas esas visiones de tumbas a la luz de la luna e infinitas catacumbas de una muerte incansable. Me sentía incapaz de establecer su origen, y al cabo de una semana me hallaba sumido en un mar de conjeturas abominables que

se retroalimentaban a sí mismas en mi recuperada consciencia.

Por aquel entonces empecé a urdir un plan para escapar de la vida intolerable a la que me había visto empujado. Andrews cada vez se ocupaba menos de mí y ya solo parecía interesado en los progresos que experimentaban mis reacciones musculares. Cada día estaba más convencido de que en el laboratorio que había al otro lado del pasillo se estaban llevando a cabo una serie de experimentos aterradores; los aullidos de espanto que lanzaban los animales eran horribles y me ponían los nervios de punta. Además, estaba empezando a pensar que Andrews no me había ayudado solo por mi bienestar personal, que también tenía otras razones ocultas. Los cuidados que me prestaba Simes cada vez eran más escasos y estaba convencido de que el anciano también tenía que ver algo con todo aquel repugnante asunto. Andrews ya no me trataba como a un amigo, sino como al mero objeto de sus investigaciones, y me entraba pavor cada vez que lo veía aparecer en el estrecho corredor con el escalpelo en la mano y una extraña expresión de alerta en la mirada. Nunca había sido testigo de una transformación semejante. Sus facciones eran más duras y angulosas, y sus ojos relucían como si estuvieran poseídos por el mismísimo Satán. Tenía una mirada fría y calculadora que me provocaba escalofríos, y consiguió que reuniera la voluntad suficiente para intentar alejarme de su compañía lo antes posible.

Durante esa época de sueños endiablados perdí la noción del tiempo y no me di cuenta de lo rápido que pasaban los días. Las cortinas estaban cerradas casi siempre y la habitación permanecía iluminada por un candelabro enorme. Vivía en una pesadilla diabólica, en un mundo horrible, aunque cada vez me sentía más fuerte. Siempre había contestado con sinceridad las preguntas que me hacía Andrews sobre mis progresos, pero ahora le ocultaba que, con el paso de los días, una poderosa fuerza vital crecía en mi interior, una fuerza que esperaba me fuese de utilidad en la crisis que se avecinaba.

Por fin, un gélido atardecer, cuando la luz de las velas se había extinguido y el pálido reflejo de la luna iluminaba mi lecho a través de las ventanas encortinadas, decidí levantarme y llevar a cabo mi plan. Hacía horas que no observaba ningún movimiento por parte de mis guardianes y supuse que ambos estaban durmiendo en las habitaciones contiguas. Aparté las mantas

con sumo cuidado, me incorporé y salí de la cama, apoyando los pies en el suelo. El vértigo se apoderó de mí al instante y estuve a punto de desmayarme. Pero me recuperé rápidamente y, agarrándome a los postes de la cama, conseguí ponerme de pie por primera vez en muchos meses. Poco a poco la fuerza creció en mi interior y logré asir una bata negra que había sobre la silla. Era demasiado grande, pero serviría para abrigarme. De nuevo se apoderó de mí esa extraña sensación de desequilibrio que había experimentado durante mi convalecencia, el mismo sentimiento de alienación, la misma dificultad para que mis sentidos reaccionasen de la manera que yo quería. Pero tenía que apresurarme antes de que me abandonaran de nuevo las fuerzas. Tuve la precaución de calzarme unos zapatos viejos antes de salir de la habitación; al principio pensé que eran míos, pero me quedaban demasiado holgados y decidí que debían ser del viejo Simes.

Agarré el enorme candelabro que relucía a la luz de la luna, pues no vi ningún otro objeto contundente, y empecé a abrir la puerta del laboratorio con suma cautela.

Los primeros pasos fueron inseguros y embarazosos, y, por culpa de la oscuridad, me vi obligado a avanzar lentamente. Cuando abrí la puerta del todo, pude ver a mi antiguo amigo tumbado sobre un sofá; a su lado había un pequeño mueble bajo con varias botellas y un vaso. A la luz de la luna pude observar sus facciones que mostraban una expresión satisfecha y una sonrisa de borracho. En el regazo tenía un libro abierto, uno de esos macabros volúmenes de su biblioteca privada.

Me quedé inmóvil observando aquella escena durante bastante tiempo, y luego, dando un paso al frente, alcé el candelabro y golpeé su cabeza con todas mis fuerzas. El sordo crujido fue seguido por un chorro de sangre mientras el cuerpo caía al suelo con el cráneo abierto. No sentí ningún remordimiento al acabar con la vida de mi amigo de aquella manera espantosa. Decidí que la terrorífica visión de los especímenes —o de lo que quedaba de ellos— que estaban diseminados por la habitación en distintos estados de conservación y muerte eran prueba suficiente para no mostrar ningún tipo de piedad. Andrews había ido demasiado lejos con sus experimentos, no merecía seguir viviendo, y yo en persona, otro más de sus

monstruosos conejillos de indias —hecho del que ahora me daba perfecta cuenta—, tenía la obligación de exterminarlo.

Supuse que acabar con Simes no iba a ser tan fácil; en realidad, había tenido mucha suerte al sorprender a Andrews dormido. Cuando por fin llegué a la puerta de la habitación del mayordomo, casi totalmente agotado, supe que necesitaría de todas las fuerzas que me quedaban para completar la tarea.

La habitación del viejo, situada en el ala norte de la mansión, estaba sumida en la oscuridad más absoluta, pero debió distinguir mi silueta recortándose en el umbral de la puerta. Lanzó un grito espantoso y le arrojé el candelabro desde donde me encontraba. Chocó contra algo blando, produciendo un ruido sordo en medio de la oscuridad; pero los chillidos continuaron. Fueron unos momentos de caos y confusión, pero recuerdo que agarré al hombre y estuve golpeándolo una y otra vez mientras se le escapaba la vida. Aulló una retahíla de palabras obscenas antes de que retirase mis manos de su cuerpo; gritó y suplicó clemencia mientras le estrangulaba lentamente. A duras penas pude reconocer la fuerza que manaba de mi interior en aquel instante demencial, una fuerza que finalmente acabó con la vida del compinche de Andrews.

Salí del tenebroso habitáculo y me tambaleé hasta las escaleras que bajaban a la entrada principal; descendí a trompicones y, de alguna manera, llegué a la planta baja. No había ninguna lámpara encendida y el recibidor tan solo estaba iluminado por la tenue luz de la luna que se filtraba por los estrechos ventanucos. Pero seguí avanzando sobre las frías losas de piedra, aterrorizado por lo que acababa de hacer, y llegué al fin a la puerta principal, después de arrastrarme durante siglos en medio de las tinieblas.

La antigua sala parecía repleta de recuerdos vagos y sombras macabras, recuerdos y sombras que antaño eran agradables y amistosas, pero que ahora me parecían extrañas y desconocidas; así que bajé precipitadamente los escalones de la entrada con el terror pegado a mi espalda. Permanecí un rato bajo el inmenso portalón de piedra, observando los rayos de luna que iluminaban la casa de mis antepasados, a poco menos de un kilómetro de distancia. Pero la distancia se me hacía eterna y estuve a punto de abandonar desesperado.

Por fin cogí una vara de madera a modo de bastón y comencé a avanzar

por el zigzagueante camino. Un poco más adelante, iluminada por el fulgor de la luna, se levantaba la venerable mansión donde mis antepasados habían vivido y muerto durante generaciones. Sus torreones parecían espectros bajo la luz pálida y engañosa, y la oscura sombra que arrojaba sobre la colina cercana parecía bullir y estremecerse, como si la mansión estuviera hecha de una sustancia gelatinosa. Allí se erguía aquel monumento de medio siglo, un refugio para todos mis familiares, ya fueran viejos o jóvenes, un refugio que había traicionado para irme a vivir con Andrews. Estaba libre de todos los sucesos malignos que habían acontecido aquella noche, y esperaba que siempre siguiera así.

De alguna manera me las arreglé para llegar a aquel antiguo lugar, aunque no recuerdo la última parte de la caminata. Me hallaba cerca del cementerio familiar, entre cuyas lápidas mohosas y decrepitas podría encontrar el olvido que tanto ansiaba. Mientras me acercaba, la luz de la luna me ayudó a reconocer aquellos parajes tan familiares que casi había olvidado durante mi antinatural existencia. Me acerqué a mi propia tumba y me invadió una sensación de bienvenida, pero con ella también llegó ese sentimiento terrible de desequilibrio y alienación que tanto me había afectado en los últimos meses. Estaba dichoso de que se acercara el fin y no me paré a analizar mis emociones hasta un poco después, cuando todo el horror de mi situación estalló ante mis ojos.

Fue la intuición la que me llevó al lugar exacto de mi sepultura; la hierba apenas había tenido tiempo de crecer entre la tierra removida recientemente. Me agaché enloquecido junto a la tumba y empecé a escarbar la tierra húmeda. No sé cuánto tiempo pasó hasta que mis manos tropezaron al fin con la tapa del ataúd, pero estaba empapado en sudor y los dedos no eran más que unos garfios sangrientos y adormecidos.

Por fin aparté el último montón de tierra y con dedos trémulos me puse a manipular la tapa. Se movió, y cuando conseguí abrir una rendija me asaltó un hedor nauseabundo. Me quedé petrificado. ¿Acaso algún idiota había puesto mi lápida en la tumba equivocada y estaba oliendo el cadáver de un desconocido? Pues no había equivocación posible en el hedor que manaba de aquel ataúd. Poco a poco el desconcierto fue apoderándose de mí y salí a gatas del agujero. Bastó una mirada para asegurarme de que estaba en el lugar

correcto. Aquella, sin duda, era mi tumba... ¿pero quién había sido el estúpido que había enterrado en ella a otra persona?

De repente una lucecita se iluminó en mi cerebro. Aquel hedor putrefacto, a pesar de todo, me resultaba familiar, terriblemente *familiar*... Pero no podía creermelo de todo lo que eso significaba. Bajé de nuevo a aquella oscura cavidad entre juramentos y maldiciones y, con la ayuda de un fósforo, eché a un lado la tapa del ataúd. Entonces la luz de la cerilla se extinguió, como si una mano espectral la hubiera apagado, y volví a salir a gatas de aquel agujero inmundo, aullando de miedo y repugnancia.

Cuando recobré el conocimiento me hallaba delante de las puertas de mi antigua mansión, adonde había llegado después del terrible descubrimiento nocturno en el cementerio familiar. Pronto amanecería, así que me incorporé, abrí el vetusto portón y penetré en aquel lugar solitario que no había sido hollado por nadie desde hacía una década. La fiebre se estaba apoderando de mi cuerpo maltratado y apenas podía tenerme en pie, pero conseguí avanzar lentamente entre las melancólicas habitaciones, iluminadas apenas por la pálida luz de la luna, hasta llegar a mi estudio, al estudio que había abandonado hacía tantísimos años.

Cuando saliera el sol, iría al antiguo pozo que se abre debajo del sauce del cementerio y arrojaría mi *cuerpo* deforme a su interior. Ningún hombre contemplará nunca la blasfemia que ha sobrevivido más de lo que le correspondía. No sé qué dirá la gente cuando vea mi tumba profanada, pero tampoco me importa; solo quiero sumirme en la nada, olvidar todo lo que he visto entre las lápidas mohosas y decrepitas de aquel espantoso lugar.

Ahora sé por qué Andrews actuaba con tanto secreto, por qué adoptó aquella actitud tan extraña después de mi falsa muerte. Durante todo ese tiempo me había tratado como a uno más de sus especímenes, un espécimen con el que había alcanzado la cima de sus habilidades quirúrgicas, un espécimen que se había convertido en su obra de arte... todo un ejemplo de perversidad artística reservado para su propia contemplación. Seguramente jamás sabré de dónde trajo Andrews a ese *otro*, de quién se sirvió realmente para llevar a cabo sus propósitos, pero mucho me temo que procede de Haití, como todos sus blasfemos conocimientos médicos. Cuando menos, esos brazos largos y peludos, y esas piernas terriblemente cortas, me son

totalmente desconocidos, como también lo son para todas las leyes lógicas de la naturaleza. Pensar que estaba condenado a compartir el resto de mis días con ese *otro* era un verdadero infierno.

Ahora solo me queda añorar lo que antes fue mío, aquello que todo ser humano tiene derecho a poseer hasta su muerte, aquello que contemplé aterrorizado cuando abrí la tapa del ataúd en el cementerio familiar: mi propio cuerpo marchito, podrido y sin cabeza.

«HASTA QUE TODOS LOS MARES»

«*Till A'the Seas*» (1935)

R.H. Barlow & H.P. Lovecraft

I

El hombre descansaba en lo alto de un risco erosionado y contemplaba el valle que se extendía debajo. Desde donde estaba podía ver una gran extensión de terreno, pero no captaba ninguna clase de movimiento. Nada alteraba la quietud de aquella llanura polvorienta, la arena desmenuzada de los cauces secos que otrora fluyeron repletos de agua, cuando la Tierra era joven. En ese mundo último, en esa etapa final de la prolongada presencia del hombre sobre el planeta, apenas había verdor. Durante incontables eones la sequía y las tormentas de arena habían asolado los campos. Los árboles y arbustos sucumbieron, y su lugar fue ocupado por marojos retorcidos que se agarraban como podían a la tierra; pero estos también sucumbieron al fin, derrotados por una maleza áspera y correosa engendrada tras largos años de extraña evolución.

El calor omnipresente, que aumentaba según la Tierra iba aproximándose al Sol, secaba y marchitaba todas las cosas. No se había presentado de repente; tuvieron que pasar muchos siglos antes de que pudieran notarse los cambios. Y durante aquellas primeras etapas, la enorme capacidad de

adaptación humana había conseguido sobrellevar las lentas alteraciones y acomodarse a una atmósfera cada vez más cálida. Y al fin llegó un día en el que los hombres no pudieron subsistir en el interior de sus tórridas ciudades, y aquello dio lugar a un éxodo infinito e inacabable. Las ciudades y asentamientos que se encontraban más cerca del ecuador fueron los primeros en ser abandonados, pero les siguieron otros. El hombre, débil y agotado, no pudo resistir por más tiempo aquel bochorno creciente y despiadado. Y al final, el cambio fue tan rápido que el proceso evolutivo no tuvo tiempo de procurarle las defensas adecuadas.

Sin embargo, durante los primeros años, las grandes ciudades del ecuador no fueron abandonadas a la araña y el escorpión. Muchos se quedaron al principio, y diseñaron extraños escudos y armaduras que los protegían del calor y la sequía mortal. Esas almas temerarias apantallaron ciertos edificios para protegerse del sol inmisericorde y crearon pequeños mundos en miniatura donde se refugiaban cuando no necesitaban ningún otro tipo de protección. Concibieron artefactos maravillosos que les permitieron seguir morando en sus torres carcomidas y se aferraron a la tierra de sus antepasados, con la esperanza de que el calor abrasador pasara pronto. Pues muchos no creían lo que decían los astrónomos y seguían pensando que el viejo mundo conseguiría sobrevivir. Pero un día, los hombres de Dath, que habitaban en la ciudad nueva de Niyara, enviaron mensajes a Yuanario, su antigua y añeja capital, y no obtuvieron respuesta de los escasos compatriotas que aún quedaban allí. Y cuando los exploradores llegaron a la milenaria ciudad de torres entrelazadas por puentes colgantes, se toparon con un silencio absoluto. Ni tan siquiera había restos de putrefacción en sus calles, pues los lagartos carroñeros ya habían dado cuenta de ellos.

Solo entonces se convencieron de que las ciudades estaban condenadas y entendieron que, para sobrevivir, tenían que abandonarlas a la naturaleza. Los colonos huyeron al fin de sus puestos de avanzada en las tierras ardientes y un silencio absoluto se adueñó de los inmensos muros de basalto de aquellas vacías ciudades. Al final, de todos aquellos afanes y logros del pasado remoto, no quedó nada. Lo único que subsistió en medio del desierto fueron las torres globosas de antiguos y desolados asentamientos, fábricas y edificaciones de todo tipo que reflejaban los deslumbrantes rayos del sol y

hacían que la temperatura aumentara.

Muchas regiones, sin embargo, aún estaban libres de semejante destrucción, y los refugiados se integraban pronto en la vida cotidiana de un mundo nuevo. Durante siglos de insólita prosperidad, las polvorientas ciudades del ecuador tan solo fueron un recuerdo medio olvidado y la fuente de un montón de fábulas fantásticas. Casi nadie se acordaba de aquellas torres espectrales y carcomidas, de aquellas aglomeraciones de paredes destrozadas y calles invadidas por los cactus, de aquel silencio sombrío y eterno...

Se sucedieron las guerras, prolongadas y despiadadas, pero los periodos de paz fueron más duraderos. Y un sol cada vez más hinchado aumentaba su poder abrasador según se iba acercando a la Tierra. Era como si el planeta quisiera regresar al vientre que, hace millones de años, y por mero accidente cósmico, le dio a luz.

Con el devenir de los siglos, aquel calor abrasador fue avanzando desde su guarida en el cinturón ecuatorial. Yarath del Sur ardió como una tea en el desierto, y después Yarath del Norte. En Perath y Baling, aquellas vetustas ciudades repletas de recuerdos ancestrales, solo se movían las sombras retorcidas de reptiles y salamandras, y por fin, también en Loton resonaron los ecos que producían la caída de sus torres estilizadas y de sus cúpulas destruidas.

Fue un éxodo grandioso, inexorable, universal: el hombre abandonó en masa las regiones que siempre había conocido. Ninguna tierra absorbida por aquel cinturón ardiente se salvó de la destrucción; nadie sobrevivió en su interior. Fue una tragedia épica, titánica, de argumento totalmente desconocido para sus actores protagonistas; así se resumió aquel éxodo de las ciudades del hombre. Y no fue cuestión de años, ni de siglos, sino de milenios de lentos y rigurosos cambios. Y aún persiste, como una hecatombe cruel, implacable, devastadora.

La agricultura se paralizó por completo, pues el mundo se había vuelto demasiado árido para permitir las cosechas. Se recurrieron a los productos sintéticos, que pronto fueron usados por todo el planeta. Y cuando se abandonaron los viejos lugares que antaño conocieron el esplendor de los mortales, los refugiados se llevaron consigo las obras de arte. Objetos de gran valor y trascendencia fueron abandonados en muertos museos que, con el

paso de los siglos, se perdieron para siempre, y al final, la herencia de un pasado inmemorial quedó sumida en el olvido. La decadencia, tanto física como espiritual, se adueñó de un mundo cada vez más ardiente. Para el hombre, que durante años había vivido en un estado de bienestar, el abandono de sus antiguos hogares supuso una prueba terrible. Y tampoco fueron capaces de aceptarlo con pragmatismo; la lentitud con la que se desarrollaba el proceso de calentamiento global resultaba horripilante por sí sola. La degradación y el libertinaje fueron pronto algo corriente, los gobiernos se vieron superados y la civilización retrocedió sin remedio a un estadio de pura barbarie.

Cuarenta siglos después del calentamiento del cinturón ecuatorial, todo el hemisferio occidental quedó deshabitado; el caos fue absoluto. No hubo orden, ni ley, ni decencia, durante las últimas etapas de aquel éxodo masivo y desesperado. El pánico y la locura se adueñaron de los que huían, y los fanáticos predicaban la llegada de un nuevo Armagedón.

La humanidad quedó reducida a un triste residuo de antiguas civilizaciones, a una raza que no solo huía de las condiciones meteorológicas imperantes, sino también de su propia degradación. Los que podían huyeron a las regiones polares, y el resto malvivió durante años en una locura cósmica, sin pensar en los desastres que estaban por venir. En la ciudad de Borligo se ejecutó a todos los nuevos profetas, después de meses de esperanzas insatisfechas. Decían que el éxodo a las regiones polares era innecesario y que no había que preocuparse por la destrucción del planeta.

Su muerte debió ser en verdad espantosa... aquellas criaturas vanas y estúpidas que se creían capaces de desafiar al universo. Pero las ciudades calcinadas y renegridas son ahora testigos mudos y no nos lo pueden contar...

Pero este tipo de acontecimientos no deberían ser anotados, pues hay cosas mucho más importantes dentro de todo aquel proceso imparable y complejo que dio lugar a la caída de la civilización. Durante un largo periodo de tiempo, la moral estuvo en franca decadencia entre los pocos valientes que se establecieron en las regiones del ártico y del antártico, quedando tan degradada como en el mismísimo Yarath del Sur poco antes de que se produjera el fin. Sin embargo, allí el calentamiento parecía detenido. El suelo

era fértil y volvieron a recuperarse las viejas artes del pastoreo. Y al fin aquellas tierras fueron durante bastante tiempo el fiel reflejo de las que antaño habían florecido, aunque aquí no se levantaron edificios ni torres inmensas. Solo una pequeña parte de la humanidad, congregada en aldeas y pueblos dispersos del nuevo mundo, sobrevivió a los infinitos eones de cambios.

Nadie sabe cuántos milenios transcurrieron desde entonces. El sol parecía posponer la invasión de aquel último reducto, y, con el paso de los siglos, se desarrolló una raza robusta y sólida que no albergaba memorias ni leyendas de los viejos y perdidos continentes. Sus individuos apenas practicaban el arte de la navegación y las máquinas voladoras se habían olvidado por completo. Usaban herramientas muy sencillas y su cultura era simple y primitiva. Sin embargo, se conformaron con lo que tenían y aceptaron el tórrido clima como algo natural y cotidiano.

Aquellas gentes sencillas no lo sabían, pero la naturaleza se estaba preparando lentamente para enviarles nuevos y más terribles desastres. Generación tras generación, las aguas del océano insondable fueron evaporándose poco a poco, humedeciendo la atmósfera y los campos resecos, pero reduciendo drásticamente su nivel. Aún se podían contemplar los remolinos que salpicaban la superficie del agua y el restallido de las olas coronadas de espuma, pero la sequía flotaba como una maldición sobre aquella inmensidad acuosa. Sin embargo, este lento descenso del nivel del mar solo se habría detectado con instrumentos más precisos, con aparatos a los que no tenía acceso la nueva raza. Y si la gente se hubiera dado cuenta de este descenso, tampoco habría generado alarma ni demasiada inquietud, ya que las pérdidas casi eran insignificantes y los mares inmensos. Apenas varios centímetros en un periodo de muchos siglos. Pero los años se sucedían, y la evaporación no cesaba.

X X X

Al Fin los océanos desaparecieron, y el agua se convirtió en una rareza que escaseaba en un mundo vapuleado por la sequía y un sol ardiente. El hombre se había extendido lentamente por las regiones polares; las ciudades

ecuatoriales, y muchos otros asentamientos, cayeron en el olvido, incluso para las leyendas.

De nuevo la paz se vio alterada, pues el agua escaseaba y solo podía encontrarse en el interior de las simas más hondas. Y la que había no era suficiente, y los hombres morían de sed en sus largas peregrinaciones. Sin embargo, los cambios se sucedían con tanta lentitud que las nuevas generaciones se negaban a creer lo que les decían sus ancestros. Nadie admitía que el calor había sido menos intenso y el agua más abundante en el pasado, nadie pensaba que los días venideros serían más calurosos y la sequía más catastrófica. Y así fue hasta el final, cuando apenas quedaban varios centenares de hombres jadeando bajo un sol despiadado; el triste legado de los innumerables millones de seres que habían poblado aquel planeta maldito.

Pronto esas centenas se redujeron, hasta que el número de supervivientes pudo contarse por decenas. Estos hombres se refugiaron en el interior de las cuevas cada vez menos húmedas, y por fin admitieron que se acercaba el final. Sus salidas eran tan escasas que ninguno de ellos había visto las finas y legendarias placas de hielo que se extendían en torno a los polos... si es que aún quedaba alguna. Y si en verdad hubieran existido y el hombre las conociera, tampoco habrían podido atravesar los formidables y yermos desiertos para llegar hasta ellas. Y así, los últimos restos de la civilización fueron menguando irremediabilmente...

Resulta del todo imposible detallar la increíble cadena de acontecimientos que terminaron por despoblar la tierra; los desastres fueron tantos y de tal calibre que eluden cualquier recuento o descripción. Solo algunos profetas y locos, de entre todas las personas que habitaron el planeta en tiempos inmemoriales y mucho mejores, podrían haber concebido semejante destrucción, podrían haber visionado aquellas tierras desoladas y muertas, aquellos océanos resecos. Nadie más podría haber imaginado algo así... nadie habría imaginado la sombra de destrucción que pendía sobre el planeta, y la sombra de la eterna condenación que acechaba sobre la humanidad. Así es el hombre, así ha pensado siempre y por eso ha creído ser el dueño inmortal de todas las cosas naturales...

II

Después de aliviar los últimos dolores de la anciana moribunda, Ull vagó aturdido por las resplandecientes arenas. La mujer había sido un ser espantoso, una criatura arrugada y reseca, como las hojas marchitas. Su rostro tenía el color amarillento de los esqueléticos hierbajos que susurraban sacudidos por un viento tórrido, y también era increíblemente vieja.

Pero había sido su compañera, alguien con quien superar los miedos, con quien hablar de aquella destrucción indecible y compartir las esperanzas de recibir ayuda por parte de las tribus ocultas al otro lado de las montañas. Ull no podía creer que ya no quedara nadie, pues era joven y no pensaba como los viejos.

Durante muchos años no había conocido a otro ser humano, solo a aquella anciana mujer cuyo nombre era Mladdna. Había aparecido en el día de su undécimo cumpleaños, el mismo día en el que todos los cazadores fueron en busca de comida y jamás regresaron. Ull no recordaba a su madre y en el pequeño grupo escaseaban las mujeres. Cuando desaparecieron los hombres, las tres mujeres, dos ancianas y una joven, estuvieron largo tiempo llorando y lamentándose, aterrorizadas. Luego, la muchacha enloqueció y se suicidó con una astilla afilada. Las ancianas la enterraron en una tumba poco profunda que excavaron con las manos; de manera que Ull estaba solo con ellas cuando apareció Mladdna, que aún era más vieja.

Caminaba ayudándose de una vara nudosa, reliquia inapreciable de los antiguos bosques, pulimentada y endurecida por incontables años de uso. No dijo de dónde procedía, se limitó a entrar en la cabaña mientras enterraban a la joven suicida. Y allí se quedó esperando a las ancianas, que la aceptaron sin hacer preguntas.

De esta forma transcurrieron muchas semanas, hasta que las dos ancianas cayeron enfermas y Mladdna no pudo curarlas. Fue extraño que las dos sucumbieran, a pesar de ser más jóvenes, mientras que Mladdna, más vieja y achacosa, consiguió subsistir. Las había estado cuidando durante muchos días, pero al final ambas murieron y Ull se quedó solo con la extranjera. Se pasó toda la noche llorando, y la anciana perdió la paciencia y le dijo que si no se callaba ella también se mataría. Entonces, Ull se calmó enseguida, pues

no quería quedarse completamente solo. A partir de entonces vivieron juntos y se dedicaron a recoger raíces para subsistir.

Mladdna apenas podía masticar las raíces pues su dentadura se encontraba en muy mal estado, así que ambos trituraban el alimento para que pudiera ingerirlo. Y así transcurrió la infancia de Ull: buscando comida y alimentándose de ella.

Ahora, con diecinueve años, era un hombre fuerte y la anciana había muerto. Allí ya no lo retenía nada, así que decidió reanudar la búsqueda del pueblo fabuloso que había más allá de las montañas y vivir con sus gentes. No tenía nada que llevar en el viaje. Cerró la puerta de la cabaña sin saber el motivo, ya que hacía muchos años que los animales no se acercaban por allí, y dejó en el interior a la difunta anciana. Caminó durante horas sobre las hierbas secas, deslumbrado por el sol y temeroso de su propia audacia, y al fin llegó a las estribaciones de las montañas. Se pasó toda la tarde subiendo, y al anochecer estaba completamente agotado y se tumbó sobre la hierba. Pensó en muchas cosas mientras estaba allí recostado. Se preguntó por el sentido de aquella vida extraña y deseó volver a ponerse en camino para buscar la colonia perdida al otro lado de las montañas, pero al fin consiguió dormirse.

Al despertar, la luz de las estrellas bañaba su rostro y se sintió recuperado. Ahora que el sol se había ocultado por un tiempo, podía viajar más rápido y alimentarse menos, así que decidió apresurarse antes de que la falta de agua acabara con él. No había llevado agua porque sus gentes siempre habían morado en el mismo lugar y no necesitaban llevarla de un lado a otro, así que nunca se habían visto obligados a fabricar vasijas o recipientes. Ull esperaba llegar a su destino al cabo de una jornada y eludir así la sed, de manera que se apresuró bajo un cielo estrellado, corriendo o manteniendo un trote constante en medio de la cálida atmósfera.

Estuvo toda la noche avanzando y, sin embargo, cuando salió el sol, aún se encontraba en las estribaciones de las montañas, en un lugar desde el cual se distinguían tres grandes picos que asomaban por encima de su cabeza. Descansó un rato bajo sus sombras. Luego volvió a subir durante toda la mañana y al mediodía superó el primer pico, en cuya cumbre se demoró para calcular la distancia que le separaba del siguiente.

Se tumbó en un saliente rocoso y erosionado, contemplando el extenso valle que se extendía debajo. Desde allí podía ver una extensión enorme de terreno, pero no detectó ningún movimiento...

La segunda noche sorprendió a Ull entre las cumbres escarpadas; el valle y el saliente rocoso en el que había descansado quedaban muy lejos, a su espalda. Estaba muy cerca del segundo pico y seguía avanzando con rapidez. La sed, que comenzó aquel mismo día, hizo que se arrepintiera de su locura. Aunque tampoco podía quedarse allí, en las tierras de arbustos esqueléticos, acompañado de un simple cadáver. Intentó convencerse a sí mismo y prosiguió su camino, a pesar de encontrarse agotado.

Ya solo le faltaban unos pocos pasos antes de superar el acantilado del último pico y poder contemplar las tierras que se extendían al otro lado. Ull ascendió a duras penas entre las rocas, lastimándose con las afiladas aristas. Ya casi se encontraba a la vista de aquella tierra legendaria, de aquella tierra de la que tanto había oído hablar en su infancia, de aquella tierra que se decía habitada por hombres. El camino era largo, pero el premio compensaría todos sus esfuerzos. Una roca inmensa y redondeada se interponía en su campo de visión y tuvo que rodearla lleno de ansiedad. Por fin podía contemplar lo que con tanta ansia había buscado, y la sed y el dolor de sus músculos desaparecieron en cuanto vio la pequeña aglomeración de edificaciones que se alzaba en la base de un risco lejano.

No se paró a descansar; espoleado por lo que veía, corrió ladera abajo, intentando salvar a trompicones el kilómetro que le quedaba. Creyó distinguir formas que se movían entre las toscas cabañas. El sol casi se había ocultado, aquel sol odioso y devastador que había acabado con la humanidad. No estaba seguro de todos los detalles, pero pronto llegaría a las chozas.

Eran muy antiguas, ya que los bloques de arcilla duraban mucho tiempo en las condiciones de extrema sequedad de aquel mundo agonizante. En verdad, pocas cosas cambiaban por entonces, excepto los seres vivos, ya fueran hombres o arbustos.

Frente a él había una puerta abierta que colgaba de unas toscas estaquillas. Ull la atravesó iluminado por la agónica luz del atardecer, esperando encontrar los rostros que con tanta ansia había buscado.

Nada más entrar se desplomó sobre el suelo y se echó a llorar: sobre la

mesa reposaba un viejo y reseco esqueleto.

XXX

Se levantó al fin, enloquecido por la sed, incapaz de aguantar el dolor, invadido por un desencanto que no admitía comparación. Era el último ser vivo del planeta, el último heredero de la Tierra, de todos sus continentes y territorios que ya no le servían de nada. Se incorporó sin mirar al blanco objeto que relucía a la luz de la luna y salió de la choza. Vagabundeo por la aldea desolada en busca de agua y examinó con tristeza aquel lugar abandonado tiempo atrás que se conservaba maravillosamente bien debido a la sequedad del ambiente. Allí moraba alguien, en este lugar se fabricaban las herramientas y las vasijas de barro ahora llenas de arena, y por ninguna parte había una gota de agua que aplacara su sed.

Entonces, en el corazón de la pequeña aldea, Ull vio el brocal de un pozo. Sabía lo que era pues se lo había oído contar a Mladdna. Con una alegría contenida se acercó al pozo y se inclinó en el borde. Y allí, al fin, encontró lo que buscaba. Agua, agua cenagosa, turbia y superficial, pero agua a fin de cuentas.

Ull gritó como un animal torturado y se puso a buscar la cadena y el cubo. Su mano resbaló en el borde embarrado y su cuerpo quedó en equilibrio sobre el pozo, con el pecho apoyado en el brocal y los pies al aire. Durante un momento quedó en esa posición; acto seguido, en el más completo silencio, cayó de cabeza dentro del negro agujero.

Se produjo un suave chasquido cuando su cuerpo golpeó con una piedra oculta en el cieno, que seguramente se había desprendido de la obra original cientos de siglos atrás. Las aguas pronto recuperaron la calma.

En ese preciso momento la Tierra murió. El último, desdichado superviviente había perecido. Todos los billones, las perezosas centurias, los imperios y civilizaciones de la humanidad se hundieron con aquel ser patético y deslavazado, ¡y qué terriblemente insignificante parecía ahora todo! El hombre había llegado a su fin, así terminaban todos los anhelos y logros de la humanidad, ¡un desenlace increíble y monstruoso a los ojos de aquellos estúpidos y complacientes individuos de los días prósperos! Jamás el mundo

volvería a sentir las pisadas de millones de hombres, ni el corretear de los lagartos, ni el zumbido de los insectos, pues todas las criaturas vivientes habían desaparecido. Había llegado la hora de los arbustos sin savia y de los desiertos infinitos repletos de resacos hierbajos. La Tierra, al igual que su imperturbable vecina la luna, estaba condenada a las tinieblas y el silencio eterno.

Las estrellas seguían brillando, y aquel plan anárquico continuaría desarrollándose sin sentido durante incontables centurias. Este final intrascendente de un episodio superficial pasó desapercibido a las distantes nebulosas o a las estrellas que continuamente nacían, se desarrollaban y desaparecían. Era como si la raza humana, tan insignificante y pasajera que no tuvo tiempo de encontrar un destino propio, no hubiera existido nunca. Y ese fue el final de tantos eones de ridícula y laboriosa evolución.

Cuando los rayos mortales del sol atravesaron el valle, uno de ellos consiguió posarse en el rostro sin vida de un cuerpo que yacía en medio del fango.

EL OCÉANO DE LA NOCHE

The Night Ocean (1936)

R.H. Barlow & H.P. Lovecraft

No solo fui a la Playa Ellston para disfrutar del sol y el océano, sino también para dar descanso a mi fatigada mente. Al no conocer a nadie en la pequeña ciudad, que bullía de turistas en verano y estaba prácticamente deshabitada el resto del año, no parecía muy probable que fuera molestado. Esto me complacía, pues no deseaba más que contemplar el batir de las olas y la gran extensión arenosa de playa que se extendía delante de mi refugio temporal.

Había terminado mi largo trabajo veraniego antes de dejar la ciudad, y el enorme mural había sido presentado a concurso. Me había costado la mayor parte del año terminar la pintura y, cuando al fin di la última pincelada sobre el lienzo, estuve dispuesto a rendirme ante la evidencia de mi mala salud y tomarme unos días de asueto y soledad. En verdad, cuando tan solo llevaba una semana en la playa, apenas si me acordaba ya de aquel trabajo que un poco antes me había parecido de suma importancia. Se acabaron las viejas dudas sobre las dificultades de mezclar colores y ornamentos; se acabaron los miedos y desconfianzas sobre mis habilidades para conciliar una imagen recién generada en mi cerebro, y conseguir, por mis propios medios creativos, que esa idea nebulosa quedara plasmada en un diseño adecuado. Y sin embargo, lo que más adelante me aconteció en aquellas costas solitarias

solo pudo ser el producto de mi propia constitución mental, tras la cual yace el miedo, la inquietud y la desconfianza. Pues siempre he sido un buscador de imposibles, un soñador, un creador de paisajes y fantasía; ¿y quién puede decir sin temor a equivocarse que tal naturaleza no abre los ojos y los sentidos a mundos inesperados y distintos cánones de existencia?

Ahora que estoy intentando narrar lo que vi, soy consciente de un centenar de limitaciones impuestas por la cordura. Cosas contempladas con una visión interior, como esas fantasías relampagueantes que nos llegan mientras nos hundimos en las profundidades del sueño, resultan entonces mucho más vividas y llenas de significado que cuando nos acontecen en la vida real. Introduce una pluma estilográfica dentro de un sueño y el color surgirá de ella. La tinta con la que escribimos parecerá diluida en algo más que la realidad, y nos daremos cuenta de que, después de todo, no podemos delinear los abismos de la memoria. Es como si nuestro propio interior, liberado de los lazos y la objetividad que le impone la luz del día, revelara emociones ocultas que apenas somos capaces de reprimir cuando surgen. En los sueños y visiones descansan las grandes creaciones del hombre, pues en ellas no existe ninguna imposición de línea o colorido. Escenas olvidadas y tierras más nebulosas que el dorado mundo de la niñez, brotan y reinan en la mente dormida hasta que el amanecer las pone en fuga. De entre todo esto podemos rescatar algo de la gloria y alegría que anhelamos: imágenes de sospechada belleza pero nunca vistas antes, que son para nosotros como el Grial para los sagrados espíritus del mundo medieval. Convertir tales cosas en arte, intentar traer algún descolorido trofeo de aquella región intangible, velada y sombría, requiere enorme destreza y memoria. Pues, aunque los sueños están dentro de todos y cada uno de nosotros, pocos pueden sujetar sus apolilladas alas sin desgarrarlas.

Esta narración no posee tal destreza. Si puedo, intentaré contar lo mejor posible los elusivos acontecimientos que percibí tan vagamente como aquel que atisba dentro de una región sin luz y solo ve formas de movimientos nebulosos. En el diseño de mi mural, que entonces se mostraba con muchos otros en el edificio para el que habían sido diseñados, había intentado bosquejar algún rasgo de aquel escurridizo mundo de sombras, y quizás lo había conseguido con más fortuna de la que ahora tendría. El principal

motivo de mi estancia en Ellston era el de esperar las críticas sobre el diseño, y, cuando unos días de comodidad poco corriente consiguieron ajustar mi perspectiva, descubrí que —a pesar de los errores que el creador artístico siempre encuentra más fácilmente— me las había arreglado para retener en colores y líneas algunos de los fragmentos contenidos en aquel infinito mundo de imaginación. Las dificultades del proceso, y el consiguiente esfuerzo de todas mis facultades, habían minado mi salud, obligándome a recluirme en la playa durante aquel periodo de espera. Ansiaba estar completamente solo, y por ello alquilé (para gozo de su incrédulo propietario) una pequeña casita que se alzaba a poca distancia del centro de Ellston, el cual, a causa de lo avanzado de la estación, bullía de una muchedumbre incolora de turistas que tenían muy poco interés para mí. La casa, oscurecida por los vientos marinos y algo desconchada por la falta de pintura, no se encontraba dentro de los límites del pueblo, sino que parecía anclada a la costa, como un péndulo inmóvil enganchado al reloj ciudadano, completamente aislada al pie de una duna arenosa cubierta de juncos. Se agazapaba mirando al mar, como un gusano en medio de la nada; sus negras y mudas ventanas escudriñaban una desolada extensión de cielo y tierra, y miraban sobre un océano inconmensurable. Es posible que todo lo dicho hasta ahora no sirva de mucho a la hora de ir encajando las piezas de una historia que ya de por sí es lo suficientemente extraña; tan solo quiero hacer notar que cuando vi aquella pequeña casita tuve conciencia de su soledad, y esto me agradó; fui plenamente sensible de su insignificancia frente a la enormidad del mar.

Tomé posesión de la casa a finales de agosto, un día antes de lo esperado, y me encontré con un furgón y dos empleados descargando los muebles suministrados por el casero. Por entonces no sabía con exactitud cuánto tiempo permanecería en la casa, y cuando se fue el camión que había transportado los enseres ordené todo mi equipaje y cerré la puerta (sintiéndome, después de varios meses de alquiler en un cuartucho de mala muerte, como el propietario de una verdadera casa), dejando detrás las dunas cubiertas de juncos y la arenosa playa. La vivienda constaba de un solo cuarto rectangular y requería poca exploración. Dos ventanas, una a cada lado de la entrada, dejaban pasar la luz generosamente, y algo parecido a una

puerta había sido colocado en la pared que daba al océano. La edificación apenas tenía diez años de antigüedad, pero, debido a la distancia que la separaba de Ellston, su alquiler se hacía muy difícil, incluso en los meses más activos del verano. Carecía de chimenea y se encontraba completamente deshabitada desde octubre hasta bien entrada la primavera. Aunque distaba una milla escasa del centro de Ellston, parecía, sin embargo, encontrarse mucho más lejos, y si se miraba en la dirección del pueblo tan solo se podía contemplar una extensión ondulante de arena y juncos.

Pasé el resto de aquel día disfrutando del sol y el agua, olvidándome temporalmente de mis pasadas inquietudes laborales. Pero aquello era una reacción natural al agobiante trabajo que había ocupado mis hábitos y actividades durante tanto tiempo. La pintura estaba terminada y mis vacaciones no habían hecho más que empezar. Aquel hecho, aún no aceptado en su totalidad, acompañó todas mis sensaciones mientras transcurría la primera tarde desde mi llegada, trastocando incluso mis viejos modos de actuar. Los rayos del sol se reflejaban sobre un cambiante océano salpicado de misteriosas olas coronadas de diamantes y producía extraños juegos de luz y sombras. Quizás las aguas capturasen las manchas sólidas de luz que flotaban sobre la arena. Aunque el océano tenía su propio matiz, este era total e increíblemente dominado por aquel brillante resplandor. No había nadie por los alrededores, así que podía disfrutar del espectáculo sin ninguna perturbación externa. Cada uno de mis sentidos se conmovía de forma diferente; a veces daba la sensación de que el batir del mar se hallaba en consonancia con la pulsación de aquel brillante resplandor, como si fueran las olas las que destellaran en lugar del sol; lo hacían con tanta fuerza e insistencia, cada una a su aire, que el resultado final era de gran coherencia. Curiosamente, no descubrí a nadie paseando cerca de mi pequeña morada aquella tarde, y tampoco las siguientes; aunque la ondulante costa formaba una playa bastante mejor que la otra, situada más al norte, donde se practicaba el surf. No podía adivinar el porqué de aquella carencia de edificios turísticos, máxime cuando en la zona norte se amontonaba gran cantidad de gente mirando al mar sin apenas verlo.

Estuve nadando hasta la caída del sol, y después, ya descansado, di un paseo hasta el pueblo. La oscuridad empezaba a ensombrecer el mar cuando

me encontré bajo las desvaídas luces que alumbraban calles repletas de personas incapaces de percibir la inmensa, tenebrosa existencia que rugía tan cerca de ellas. Había mujeres engalanadas con joyas falsas y baratijas, hombres aburridos que nunca más serían jóvenes; una muchedumbre de marionetas estúpidas ancladas al borde de un océano abismal, incapaces de ver y sentir lo que se extendía a su alrededor, en la rutilante grandeza de las estrellas y en la infinita inmensidad de la noche del océano. Caminaba por la orilla de aquel oscuro mar mientras volvía a mi pequeña casa, barriendo con la luz de la linterna su superficie impenetrable y desnuda. Era una noche sin luna y las crestas de las olas se vislumbraban claramente sobre las inquietas aguas; sentí una emoción indescriptible surgida del estruendo de las aguas y la percepción de mi pequeñez mientras iluminaba con el pequeño haz de luz de la linterna una semiesfera, inmensa por sí sola, aunque tan solo se trataba del negro y delgado caparazón de las profundidades terrestres. La noche se hacía más vieja y oscura, y mucho más allá unos barcos, invisibles para mí, navegaban solitarios, produciendo unos murmullos agitados y lejanos.

Cuando llegué a casa me di cuenta de que no me había cruzado con nadie desde que salí del pueblo, a una milla de distancia, pero algo me decía que durante todo el recorrido el espíritu del solitario océano me había acompañado. Era, medité, algo que aún no se había mostrado, pero que merodeaba silencioso más allá del nivel de mi comprensión; como los actores que esperan tras el escenario hasta que llega su turno de actuar, reteniendo las palabras y gestos que más tarde representarán ante nuestros ojos. Por fin me sacudí de encima aquellas fantasías y maniobré la llave en la cerradura de la casa, cuyas paredes desnudas daban sensación de seguridad.

Mi morada estaba aislada del pueblo, como si un buen día hubiera empezado a caminar rumbo al sur y luego se negara a regresar; y cuando volvía a casa cada noche después de cenar no se llegaban a escuchar los sonidos del pueblo. Por lo general me demoraba poco en las calles de Ellston, y algunas veces tan solo me acercaba hasta allí para dar un pequeño paseo. En la villa había una gran cantidad de tiendas de curiosidades y recuerdos, y esos típicos teatros con fachadas falsamente elegantes que tanto abundan en las poblaciones veraniegas, pero jamás me sentí atraído por todo esto; lo único que me interesaba del lugar eran los restaurantes. Es increíble la

cantidad de cosas inútiles que hace la gente.

El tiempo fue soleado los primeros días de mi estancia. Me levantaba temprano y observaba un cielo neblinoso con promesas de sol; promesas que siempre se hacían realidad. Aquellos amaneceres eran frescos y de un color deslucido en comparación con el uniforme resplandor del día. La brillante luz, tan patente el primer día, hizo de los demás una concatenación de páginas amarillas en el libro del tiempo. Me di cuenta de que a muchos de los veraneantes no les gustaba el sol; yo, en cambio, lo anhelaba. Tras unos meses grises y fatigosos, la tranquilidad inducida por la existencia física en una región gobernada por cosas sencillas —el viento, la luz, el agua— tuvo un efecto positivo en mí, y como estaba ansioso por continuar con aquel proceso curativo, pasaba casi todo el tiempo fuera de la casa, bajo la luz del sol. Aquello me llevó a un estado de ánimo tranquilo y relajado, y me transmitió una sensación de seguridad ante la oscuridad de la noche. Las tinieblas significaban muerte; la luz, vitalidad. A lo largo de millones de años, cuando el hombre se hallaba más próximo del océano materno, cuando las criaturas de las que procedemos yacían lánguidas en las soleadas y poco profundas aguas... Todavía anhelamos las primeras sustancias que nos cobijaron antes de aventurarnos al mundo exterior, antes de tener que procurarnos nuestra propia seguridad con paso vacilante, como la cría del mamífero que aún no se atreve a caminar sobre la tierra pantanosa.

La monotonía de las olas me relajaba, mi única ocupación era observar el devenir de las aguas. Se producían continuos cambios en la textura del océano: los matices y colores de su superficie cambiaban con la misma facilidad con la que varía la expresión de un rostro; y yo era capaz de percibirlo con sentidos que parecían casi ajenos a la existencia humana. Cuando el mar está encrespado, trayendo a nuestras mentes imágenes de lejanos barcos debatiéndose entre las olas, nuestros corazones ansían en silencio la desvanecida línea del horizonte. Cuando está tranquilo, sosegado, nosotros también lo estamos. Aunque estemos acostumbrados a él desde tiempos primordiales siempre oculta un halo de misterio, como si algo, demasiado vasto para guardar una forma, estuviera acechando en ese universo del que el mar es la puerta. En las mañanas, el océano, brillando con reflejos de blancas brumas y diamantinos vapores, tiene la mirada de alguien

que reflexiona sobre cosas extrañas; su complicada textura, a través de la cual cientos de peces se zambullen, parece ocultar una enorme, perezosa entidad que un día logrará salir de entre las aguas inmemoriales y blancuzcas para caminar sobre la tierra.

Pasé muchos días de felicidad, contento de haber elegido aquella solitaria casita que se acurrucaba, como una bestia acechadora, sobre la arenosa extensión de dunas. En medio de aquella placentera tranquilidad, de aquella vida tan idílica, acostumbraba a dar largos paseos por la línea de la costa (donde rompían las olas, formando curvas irregulares de evanescente espuma); a veces encontraba pequeños fragmentos de cosas y objetos traídos por las cambiantes mareas. Había un número increíble de restos depositados sobre la ondulante playa que se extendía ante mi residencia veraniega; deduje que, probablemente, provenían de los canales de desagüe que tenían su origen en la ciudad y desembocaban en aquel punto. A todas horas mis bolsillos — cuando los llevaba— estaban llenos de baratijas que desechaba a las pocas horas de haberlas recogido, sorprendido por haber sido capaz de conservarlas durante tanto tiempo. Un día, sin embargo, encontré un pequeño hueso que debió pertenecer a algún pez misterioso; me lo guardé, junto con un objeto alargado de metal cuyo diseño, esculpido con gran minuciosidad, era de lo más insólito. Representaba una figura pisciforme sobre un fondo de algas marinas, y no se atenía a las normas estilísticas geométricas tan en boga hoy en día; aunque se encontraba muy deteriorado por el batir de las olas, aún podía reconocerse claramente. Jamás había visto nada parecido, aunque imaginé que se trataba de la representación artística de un estilo ya pasado de moda, que se había desarrollado en Ellston tiempo atrás.

A la semana de mi estancia en la playa el tiempo empezó a cambiar gradualmente. La atmósfera fue oscureciéndose poco a poco, hasta que, por fin, los días se convirtieron en una mera sucesión de horas indistintas desde la mañana a la tarde. Esta sensación se fue incrementando, más a causa de una serie de impresiones mentales que por lo que presenciaban mis sentidos físicos, pues la pequeña casa se alzaba solitaria bajo los grises cielos, batida por los vientos salitrosos procedentes del océano. El sol se hallaba oculto por densos velos de nubes: extensiones impenetrables de brumas grises; aunque el astro, allá arriba, brillase con la misma fuerza de los primeros días, era

incapaz de traspasar la gruesa cortina. La playa, durante largos periodos de tiempo, se vio prisionera bajo una bóveda descolorida, como si un pedazo de noche se demorase en ella.

Mientras el viento ganaba fuerza y el océano se agitaba en ondulantes remolinos producidos por el golpear vagabundo de las olas, me di cuenta de que el agua se iba enfriando y de que ya no podía pasar tanto tiempo en ella; de esta manera, adquirí el hábito de dar largos paseos, que —cuando no podía nadar— reemplazaban el ejercicio físico que con tanto ahínco había buscado. En estos paseos por las arenas costeras llegué bastante más lejos que en los anteriores y, como la playa se extendía durante kilómetros y más kilómetros hacia el sur de la bulliciosa ciudad, muchas veces, al caer la tarde, muchas veces me sorprendía totalmente solo en medio de una inmensa región de arena infinita. Cuando esto ocurría, retornaba cansinamente por la orilla, siguiendo el susurrante borde del mar para no perderme tierra adentro. A veces, sobre todo si empezaba a pasear a horas muy tardías (lo cual era bastante frecuente), solía encontrar de nuevo la casa, que parecía la avanzadilla de la ciudad, por simple y puro instinto. Insegura bajo los ventosos acantilados, como una negra mancha entre los mórbidos resplandores del crepúsculo oceánico, parecía aún más solitaria que bajo la luz diáfana del sol; cuando la veía me daba la sensación de que esperaba impaciente a que yo me decidiera a hacer algo. Ya he dicho que el lugar estaba totalmente aislado, cosa que, al principio, me complació, pero en aquellos momentos en los que el sol comienza a declinar, como hirviendo de sangre, y la oscuridad se arrastra avanzando pesadamente, alargando las sombras, notaba una especie de vaga inquietud: un espíritu, una sombra, un presagio que nacía del ulular del viento, de la contemplación del inmenso horizonte y de aquel mar que arrojaba tenebrosas olas sobre una playa que se hacía más y más extraña. En aquellos momentos sentía una inquietud indefinible, aunque, debido a mi solitaria naturaleza, estaba acostumbrado al silencio y a la voz primordial de lo salvaje. Aquellos temores, que entonces no podía concretar, apenas me afectaron en un principio; incluso ahora creo que fue la inmensa soledad del mar la que se hizo dueña de mis sentidos, una soledad fortalecida gracias a unas sutiles insinuaciones que traspasaron mi psique, ya de por sí bastante predispuesta a tales manifestaciones.

Las calles bulliciosas y amarillentas del pueblo, con su curiosa e irreal actividad, se encontraban lejos, y cuando me desplazaba allí a cenar (desconfiando de mis habilidades culinarias), solía embargarme un deseo irracional por volver a casa antes de que la oscuridad se adueñase por completo de la playa; aun así, muchas veces me demoraba en el pueblo hasta las diez.

Es posible que piensen que semejante acción está totalmente fuera de lugar, que si en verdad temiera tanto la oscuridad la habría evitado. Pueden preguntarse por qué no abandoné aquel lugar cuya soledad estaba empezando a deprimirme. No sé qué contestar; tal vez el cansancio, la extraña sensación que a veces se apoderaba de mí era producida por ciertos matices apenas discernibles y que residían en el oscurecimiento del sol, en las ráfagas de un viento cambiante, en la enormidad de un mar siniestro que se agazapaba como una masa informe tan cerca de mí; era algo que, en cierta manera, emanaba de mi propio corazón, algo elusivo, algo que me sentía incapaz de definir. Durante los siguientes días, rebosantes de una luz diamantina, con las juguetonas olas festoneadas de espuma rompiendo en la costa soleada, el recuerdo de aquellas tenebrosas inquietudes quedaba como algo lejano, aunque, al cabo de una o dos horas, siempre retornaba esa extraña sensación de desasosiego, y me sumergía de nuevo en el mortecino abismo de la desesperación.

Quizás estas sensaciones interiores eran el simple reflejo del estado del océano, pues, aunque la mitad de lo que percibimos es interpretado por el cerebro, muchos de nuestros sentimientos son explicados, de muy otra manera, por medios extraños o psíquicos. El mar puede transmitirnos sus múltiples estados de ánimo, mostrándose por medio del sutil indicio de una sombra o el destello de la luz sobre las olas, sugiriéndonos de esta forma su tristeza o alegría. El mar siempre está recordando cosas del pasado; aunque somos incapaces de comprender, de atisbar estas memorias, sentimos su leve roce, su presencia. Como no trabajaba, ni recibía ningún tipo de visitas, me resultaba más fácil, quizás, percibir su mensaje críptico; un mensaje que podría pasar desapercibido a cualquier otro. El océano, como reclamando un pago por la cura que me proporcionaba, dominó mi vida aquel verano.

Aquel año hubo varios ahogados; cuando casualmente oía sus gritos de

agonía (tal es nuestra indiferencia ante una muerte que no nos concierne o de la que no somos testigos directos), me daba cuenta del terror que debían experimentar. Muchos de los ahogados —algunos de ellos nadadores expertos— no fueron encontrados hasta después de unos días, cuando la impronta terrible de las profundidades se había adueñado de sus deformados cuerpos. Era como si el mar los arrastrara a un cubil insondable, los triturase en medio de las tinieblas y luego, cuando ya no le eran de ninguna utilidad, los devolviese a la superficie en un estado espantoso. Nadie parecía saber la causa de tales muertes. La frecuencia con la que se producían hizo cundir la alarma entre los recelosos, aunque las resacas no solían ser demasiado fuertes en Ellston y no se tenían noticias de que hubiera tiburones merodeando en sus playas. Yo no sabía con exactitud si los cuerpos presentaban huellas de haber sido atacados, pero el terror a una muerte silenciosa que se cierne sobre las olas, buscando víctimas solitarias, es algo que todo hombre conoce y teme. Tenía que haberse encontrado pronto una razón para tales muertes, incluso aunque no hubieran sido achacables a los tiburones. Pero los tiburones eran una mera suposición; suposición que nunca pude confirmar. Los bañistas que permanecieron en la playa el resto del verano prestaban más atención a las traicioneras costas que a la existencia de algún animal marino desconocido.

El otoño, desde luego, no estaba lejos, y muchos turistas se valieron de esta excusa para apartarse del mar, de ese mar donde los hombres eran atrapados por la muerte, y volver a la seguridad tierra adentro, a lugares en los que no se puede escuchar el bramido del océano. Así terminó agosto, y ya habían pasado varios días de mi estancia en la playa.

Hacia el cuarto día del nuevo mes se produjo un amago de tormenta y, en el sexto, mientras daba un paseo azotado sin cesar por las húmedas ráfagas de viento, una masa informe de nubes, átona y opresiva, comenzó a desarrollarse sobre la rizada superficie del mar. El azote del viento, que soplaba sin rumbo fijo, confería una especie de animación, un matiz de vida propia, a los elementos de la tormenta que estaba a punto de desatarse. Almorcé en Ellston, y aunque los cielos eran como la tapa negra de un frasco cerrado, me dirigí hacia el sur de la playa, lejos de la ciudad de mi lugar de residencia. Cuando el gris universal del cielo fue hendido por una franja púrpura que anunciaba el atardecer —y que brilló con una luminosidad excepcional a

pesar de la oscuridad reinante—, descubrí que me hallaba a varios kilómetros de cualquier posible refugio. Esto, sin embargo, no me preocupó en exceso, pues, a pesar de los siniestros cielos teñidos de presagios misteriosos, me daba perfecta cuenta de que mis sentidos adquirirían una especie de agudeza, acercándome a los contornos y significados de aquella esencia esquiva. Me vino a la mente un recuerdo difuso, tal vez sugerido por la semejanza de aquel escenario que me rodeaba con otro que se describía en un cuento que había leído durante mi niñez. Aquella historia —casi olvidada en las esquinas del pasado— trataba de la amada de un barbudo rey, dueño de un reino submarino habitado por seres con forma de pez, que era separada de su prometido de rubios cabellos por un ser con atributos religiosos y facciones simiescas. Recordé la imagen de los acantilados submarinos bajo el cielo extraño e incoloro de aquel mundo sumergido; y esta imagen, aunque casi ya me había olvidado de la mayor parte del cuento, era exactamente igual a la que contemplaba en aquellos momentos. Ambas escenas, la del relato perdido en un mar de impresiones fugaces, mostraban cierto parecido. Tales memorias podían haber atravesado mis recuerdos incompletos que, en un momento dado, se hicieron visibles a mis sentidos, gracias a la contemplación de escenas cuya importancia actual es relativamente pequeña. Muchas veces, cuando vemos algo pasajero, un paisaje (por ejemplo), la ropa tendida al atardecer en un recodo del camino o la solidez de un árbol añoso bajo el pálido cielo del amanecer (las condiciones que lo rodean son más importantes que el objeto en sí mismo), sentimos que encierran algo precioso, una dorada virtud que intentamos capturar como sea. Aun así, es posible que si contempláramos esa misma escena un poco más tarde, o desde otra perspectiva, descubriéramos que ya ha perdido todo su valor y significado. Es posible que esto sea debido a que el objeto contemplado no encierra esa cualidad elusiva, sino que nos sugiere algo diferente que permanece oculto. La mente, desconcertada, no es capaz de ver la causa de este repentino estado de ánimo, sorprendiéndose al no encontrar nada interesante o llamativo en el objeto que ha causado su excitación. Esto es lo que me sucedió cuando contemplé aquellas nubes purpúreas. Me transmitían la grandeza y el misterio de las viejas torres monacales bajo la luz del atardecer, pero su aspecto también se asemejaba al de los acantilados del antiguo cuento de hadas. De

repente, aquella imagen perdida se abrió paso en mi imaginación, y casi creí ver, entre el velo de espuma de las olas, que ahora parecían envueltas en un cristal ahumado y sucio, la horrible figura del ser con cara de mono, portando una mitra mohosa, surgiendo de aquel reino perdido en las profundidades, cuyos cielos corresponden con la superficie del agua.

No vi a ninguna criatura saliendo de aquel reino de imaginación, pero cuando el viento cambió de rumbo, hendiendo los cielos como un cuchillo susurrante, descubrí en medio de la oscuridad creciente, neblinosa y acuática, un objeto gris, posiblemente un trozo de madera a la deriva, meciéndose impreciso en la espuma del mar. Se hallaba a considerable distancia y desapareció con enorme rapidez; seguramente no se trataba de un trozo de madera, como en un principio había pensado, sino de alguna marsopa que había salido a la superficie.

Pronto me di cuenta de que me había demorado demasiado tiempo contemplando la tormenta que se cernía, mezclando mis fantasías con su grandeza; comenzó a caer una lluvia helada, envolviendo con su manto de tinieblas la ya de por sí oscura playa. Me apresuré sobre la arena grisácea, sintiendo las frías gotas sobre mi espalda; poco después, mis ropas estaban completamente empapadas. Eché a correr, huyendo al principio de las gotas incoloras que caían a chorros del invisible cielo, pero cuando pensé que estaba demasiado lejos de cualquier refugio y que, hiciera lo que hiciera, llegaría igualmente calado a casa, aminoré el paso y comencé a caminar como si el cielo sobre mi cabeza fuera de un límpido azul. No había razón alguna para echar a correr, aunque esta vez no me entretuve tanto como en otras ocasiones. Las ropas, empapadas y gélidas, se pegaban a mi cuerpo y, por culpa de la creciente oscuridad y del viento que soplaba sin descanso desde el océano, no pude reprimir un escalofrío. Aun así, y a pesar de la incomodidad que suponía andar bajo la lluvia interminable, percibía una especie de agitación en las reacciones y estímulos de mi propio cuerpo, así como en las nubes purpúreas y deshilachadas. De esta forma, con una sensación extraña de placer bajo la lluvia (que ahora resbalaba por mi cuerpo, colmando los zapatos y bolsillos de mis ropas), bajo aquellos cielos desafiantes y siniestros que cubrían con un manto negro el mar eterno, caminé sobre la grisácea extensión de arena de la Playa Ellston.

Descubrí la achaparrada casa entre la lluvia intensa y oblicua mucho antes de lo que esperaba; los juncos de las dunas se doblaban al compás del viento, como queriendo animarle en su lejano viaje. Los elementos naturales, el cielo, el mar, no habían sido capaces de cambiar totalmente aquel paisaje familiar, pero el tejado de la casita parecía combarse bajo el ímpetu de la lluvia. Corrí hacia los inseguros escalones, penetrando en la húmeda habitación donde, inconscientemente sorprendido por la ausencia del viento huracanado, permanecí unos momentos en pie mientras el agua se deslizaba por cada centímetro de mi cuerpo.

Había dos ventanas en la pared frontal de la casa, una a cada lado de la puerta, que parpadeaban ante un mar cada vez más tenebroso por la lluvia y por la inminente caída de la noche. Miraba a través de aquellas ventanas mientras me ponía ropas secas y sencillas que había tomado del perchero y de una silla abarrotada. Los muebles y el suelo estaban cubiertos de una fina capa de arena que se había ido filtrando por las rendijas de la casa empujada por el poderoso viento. No sabía cuánto tiempo había permanecido vagabundeando sobre la arena mojada, ni qué hora era, pero encontré mi reloj de pulsera tras una corta búsqueda; afortunadamente, lo había olvidado en la casa, por lo que no se había visto afectado por la humedad que impregnaba mis ropas. Apenas fui capaz de distinguir el minuterio en la creciente oscuridad que difuminaba todos los contornos. Mis ojos atravesaron las tinieblas (más densas en la vivienda que en el exterior) y descubrí que eran las 6:45 de la tarde.

La playa se hallaba totalmente desierta a mi llegada y, desde luego, no esperaba sorprender a nadie que hubiera aprovechado semejante noche para darse un baño. Pero cuando de nuevo miré por la ventana descubrí algo, como una especie de sombras recortándose en las tinieblas húmedas de la noche. Pude contar hasta tres figuras moviéndose de una forma muy extraña, y otra, más cerca de la casa, que se parecía más a un tronco de madera arrastrado por las olas embravecidas que a un hombre. Me asusté un poco, pues no podía imaginarme cuál era el motivo por el que aquellas intrépidas figuras permanecían en la playa bajo la furiosa tempestad. Me dio por pensar que, seguramente, como había pasado conmigo, la lluvia les había sorprendido y que, como yo, se habían dejado llevar por el placer de jugar

despreocupadamente bajo el agua. Tras breves instantes, espoleado por un sentimiento de hospitalidad que superaba mis deseos de estar solo, salí a la puerta (lo cual bastó para volver a calarme por completo, pues la lluvia se precipitó con furia sobre mí) y desde la entrada les hice señas. No sé si llegaron a percatarse de mi presencia o no entendieron lo que quise decirles, pero el caso es que no contestaron a mis señas. Se quedaron quietos en mitad de la noche, sorprendidos, como esperando que yo hiciese algo.

Había un no sé qué en su actitud que me traía a la mente esa sensación críptica con la que se tintaba la casa y sus alrededores al caer el mórbido crepúsculo. De repente se apoderó de mí un sentimiento extraño, como si de aquellos seres que permanecían inmóviles bajo la noche tempestuosa en una playa desierta emanase una cualidad siniestra y amenazadora. Cerré de golpe la puerta con desazón, sintiendo un miedo angustioso que se iba apoderando poco a poco de mí, una inquietud devoradora que nacía de entre las sombras de mi consciencia. Poco después, al mirar de nuevo por la ventana, tan solo vi la noche oscura que se agazapaba como una alimaña en el exterior. Confundido, un poco asustado —como la persona que duda al cruzar una calle oscura a pesar de que, aparentemente, no distingue peligro alguno—, decidí que, en realidad, no había visto nada y que la tenebrosa atmósfera me había hecho imaginar cosas que no existían.

El aura de soledad que envolvía el lugar se incrementó aquella noche; aunque, más allá de mi campo de visión, al norte de la playa, cientos de casas se erguían bajo las tinieblas húmedas, con sus amarillentas luces brillando a través de cristales empañados, como los ojos de un duende reflejándose en las cenagosas aguas de un pantano. Yo no podía verlas, y tampoco me atrevía a aventurarme a salir fuera en una noche semejante —no disponía de coche, ni de ningún otro medio de abandonar la abigarrada casita, a no ser caminando bajo la noche tenebrosa—, de forma que me hallaba a merced de lo que pudiera pasar, totalmente solo ante el melancólico océano que rugía, invisible, desafiante, en medio de la bruma. La voz del mar emitía un ronco lamento, como el de un ser herido que tratara de incorporarse.

Espanté la oscuridad que se multiplicaba a mi alrededor encendiendo una lámpara de aceite —aun así, las tinieblas que se colaban por las ventanas acabaron recluyéndose en los rincones, como una fiera al acecho—, y me

dispuse a preparar yo mismo la cena, ya que no tenía intención de bajar hasta el pueblo. Tan solo eran las nueve cuando decidí irme a la cama, aunque me parecía mucho más tarde. La oscuridad se había adueñado de la casa demasiado pronto, y yo no hacía más que pensar en los acontecimientos que habían tenido lugar aquella tarde.

Algo acechaba ahí afuera, en medio de las tinieblas nocturnas, algo indefinido, impreciso, algo me comunicaba una especie de malestar, de inquietud; era como una bestia salvaje que esperaba cualquier movimiento del enemigo.

El viento siguió aullando durante horas mientras la lluvia batía sin cesar las paredes desgastadas de la casita. En un momento de calma en el que pude oír el rugido estruendoso del mar, imaginé que las amorfas y enormes olas debían superponerse unas sobre otras bajo el aullido melancólico del viento, arrojando sobre la playa nubes de espuma y salitre. Y aun así, apenas perceptible entre los rugidos de la naturaleza desatada, pude distinguir una nota discordante, un sonido seductor, tan tenebroso e incierto como la noche. El mar siguió susurrando su estúpido monólogo y el viento continuó refunfuñando; pero, al poco, los velos de la inconsciencia se cerraron sobre mí y, durante un tiempo, la noche oceánica desapareció de mi mente dormida.

La mañana trajo consigo un sol desmayado —como el que contemplarían los hombres, si hay alguno para contarlo, cuando la Tierra sea vieja—, un sol aún más alicaído que el difuso cielo. Un burdo reflejo de su antiguo esplendor, Febo intentaba desgarrar las nubes inciertas y espesas mientras me levantaba; a veces brillaba con destellos de oro en la parte nordeste de la cabaña, otras apenas se distinguía, como si fuera un simple globo luminoso: un increíble juguete olvidado por alguien en la bóveda celeste. El agua caída —llovió durante toda la noche— había borrado los últimos restos de aquellas nubes purpúreas que me habían recordado a los acantilados de mi viejo cuento de hadas. Engañoso y turbio, aquel amanecer era como el del día anterior, y daba la sensación de que la tormenta se había tragado toda una jornada, apoderándose de los cielos durante una larga y oscura tarde. Reuniendo fuerzas, el esquivo sol empleó todas sus energías en deshacer la bruma, pudiendo atravesar al fin la sucia capa de nubes. El día se iba tiñendo de azul y las tinieblas retrocedían, retirándose, junto con la soledad que se

había adueñado de mí, a un lugar desconocido y extraño donde, agazapadas, pacientes, esperarían el momento adecuado para volver.

El sol brillaba ahora con su antiguo esplendor, y de nuevo las olas se llenaron de reflejos que brillaban sobre las aguas juguetonas que habían lamido las costas antes de que apareciera el hombre, batiendo despreocupadas y dichosas mientras la humanidad yacía, olvidada, en el sepulcro del tiempo. Influenciado por tales sentimientos, abrí la puerta y, mientras las sombras retrocedían ante la luz que se colaba dentro, descubrí que la playa estaba libre de huellas, como si nadie, excepto yo, hubiera perturbado la suavidad de sus arenas. Con la ligereza de espíritu que suele preceder a un periodo de depresión, sentí —gratamente complacido— cómo mi cerebro se desprendía de las antiguas desconfianzas, sospechas y miedos con la misma facilidad con la que el agua diluye la suciedad. En el aire flotaba un aroma salobre a hierba mojada, como el que guardan las páginas mohosas de un viejo libro, un olor dulce como el producido por los cálidos rayos de sol al acariciar las praderas del interior; aquel perfume actuaba sobre mis sentidos como un brebaje estimulante, recorría mis venas, intentaba comunicarme algo de su propia naturaleza intangible, casi me hacía flotar en la brisa vertiginosamente. Y por encima de todo, el sol, un sol que acariciaba mi piel, bañando mi cuerpo con sus rayos de la misma manera que la noche anterior lo había hecho el agua de lluvia; un sol cálido cayendo en cascada sobre las luminosas arenas, como tratando de ocultar aquella presencia ambiental que deambulaba más allá de mi percepción, débilmente atisbada, apenas sentida, en los rincones más profundos de mi consciencia y en la visión de oscuras criaturas deambulando cerca de un océano solitario. Aquel sol, un orbe enfebrecido y aislado en el vórtice del infinito, actuaba como un centenar de agujas que se clavaban en mi rostro. Un cáliz burbujeante, blanco e incandescente, portador de un fuego divino e incomprensible, creador de extraños espejismos. Parecía dibujar vastas regiones, tranquilas, bellas e inciertas, por donde yo podría vagar si fuera lo suficientemente hábil como para encontrar la llave que me abriera sus puertas. Semejantes imágenes brotan de nuestra propia naturaleza interior, pues la vida física no nos permite acceder a sus secretos, y solo la intuición, nuestra capacidad para interpretar estas sensaciones, puede producirnos ese éxtasis que embota los sentidos, tantas veces negado por

nuestro raciocinio. Pero, aun así, hay veces en las que sucumbimos a su imaginaria, pensando haber encontrado al fin el negado fruto. Y de esta forma, la fresca dulzura del aire matinal que sigue a una opresiva oscuridad nocturna (cuya tenebrosa atmósfera había logrado asustarme más que cualquier otra amenaza puramente física), me susurraba antiguos misterios y placeres ocultos de los que solo es posible disfrutar a medias. El sol, el viento, el perfume que impregnaba todas las cosas me hablaban de festividades divinas, de dioses cuyos sentidos son un millón de veces superiores a los del hombre, cuyos placeres son más sutiles y prolongados. Podría seguir ahondando en estas sensaciones si me atreviera a sumergirme plenamente en ellas, pero no lo hacía; el sol, un dios desnudo y celestial, desconocido, como un resplandor que ciega nuestros ojos, parecía un objeto sagrado bajo la percepción de mis sentidos, nuevamente despiertos. Del immaculado astro emergía una especie de halo ante el cual todas las criaturas deberían arrodillarse. El ágil leopardo en la selva frondosa se detendría sorprendido para contemplar sus ardientes rayos, y todas las cosas que se alimentan de su energía estarían sintiendo su mensaje en un día así. Y cuando desaparezca de los confines del Universo, la Tierra no será más que una negra esfera flotando en abismos sin fondo. Aquella mañana, sintiendo bullir en mi interior el fuego de la vida, presentí en la atmósfera la llegada de extrañas cosas que no sabría describir.

Mientras caminaba hacia el pueblo, pensando qué aspecto tendría tras las copiosas lluvias nocturnas, descubrí, entre los amarillentos y húmedos vapores que el sol levantaba de la tierra, un pequeño objeto parecido a una mano que reposaba a unos pasos de donde yo me encontraba, y que era mecido de un lado a otro por el constante devenir de las olas. El miedo y el asco sacudieron mi mente cuando me di cuenta de que aquel objeto, con toda seguridad, era un trozo de carne, posiblemente, como ya ha habido supuesto, una mano separada del resto del cuerpo. Desde luego, ningún pez se ajustaba a sus contornos; me pareció ver unos dedos alargados y casi descompuestos. Empujé aquella cosa repugnante con el pie, cuidándome de tocarla lo menos posible; pero se pegó, como algo viscoso, a la suela de mi zapato, asiéndolo con las garras de la putrefacción. Apenas conservaba una forma precisa, pero se asemejaba bastante a lo que había imaginado en un principio. La empujé

de una patada a las complacientes olas, que la engulleron con malsana voracidad.

Posiblemente debía haber dado cuenta de mi descubrimiento, pero su naturaleza y procedencia eran demasiado inciertas como para emprender una investigación. Parecía como si la hubiera *mordisqueado* alguna monstruosidad marina y no creí que fuera lo suficientemente identificable como para evidenciar su relación con algún accidente o tragedia desconocidos. Me acordé del gran número de personas ahogadas aquel verano; también pensé en otras cosas carentes de toda base, muchas de ellas meras posibilidades. Fuera lo que fuese aquel resto putrefacto: un pez o algún trozo de animal parecido a una mano humana, jamás he hablado de él hasta ahora. Después de todo, nada hacía suponer que aquel objeto no había sido presa de otra cosa más que de la putrefacción.

Llegué a la ciudad asqueado por el recuerdo de aquella masa repugnante que reposaba tranquilamente sobre la aparente belleza de la playa; y sin embargo, no era más que una pequeña prueba de la muerte que se cierne sobre un entorno natural en el que se mezclan belleza y putrefacción. No escuché ningún rumor en Ellston que tuviera que ver con casos recientes de ahogados o con accidentes en alta mar, tampoco descubrí ninguna noticia en los periódicos locales, que fue lo único que leí durante las vacaciones.

Es difícil describir el estado de ánimo en el que me vi sumido durante los días que siguieron. Susceptible a las emociones fuertes y morbosas, a la angustia producida por una sucesión de hechos extraordinarios, que brotaba de los rincones de mi cerebro, me vi envuelto en una especie de sensación abrumadora, más cercana al asco y la repulsión por la horrible y escondida suciedad de la vida que a un temor real o a la propia desesperación; en parte, esta actitud se había desarrollado por causa de mi extrema sensibilidad, y en parte por la visión de aquel putrefacto objeto que antaño había sido una mano. En aquellos días, en mi mente se mezclaban un revoltijo de acantilados tenebrosos y figuras inquietas, como las que recordaba de mi cuento de hadas. Sentía, dejándome vencer por la desesperación, la gigantesca oscuridad de este universo abrumador para el cual mis días, y los días de los de mi raza, no significaban absolutamente nada; un universo en el que toda acción es vana, donde incluso el dolor es algo insignificante. Las horas

dedicadas a la recuperación de mi salud, tranquilidad y armonía mental se tornaban ahora (como si aquellos días de la primera semana estuvieran definitivamente olvidados) en pasiva indolencia, como la que adoptaría un hombre al que no le importase vivir. Un miedo letárgico y lastimoso se había apoderado de mí, sentía que algo ineludible iba a suceder, me espantaba el odio con el que brillaban las gélidas estrellas, la voracidad con la que rompían las enormes olas, como si quisieran engullir mis huesos: la venganza, la indiferencia, la abrumadora majestad de la noche del océano.

Algo de aquella oscuridad, de aquella inquietud del mar, se había encapsulado en mi corazón, y vivía sumido en una angustia irracional, que se acrecentaba por lo ignoto de su origen, por la extraña, inmotivada cualidad de su vampírica existencia. Ante mis ojos se extendían las nubes púrpuras y quiméricas, aquel extraño objeto plateado, la espuma del mar, la soledad lóbrega de mi cabaña, la hipocresía, la vanidad del pueblo veraniego. No volví a pisar sus calles, aquel estilo de vida me parecía una parodia. Estaba solo, con mi alma, ante el mar tenebroso, un mar cuyo odio parecía acrecentarse día a día. Y por encima de todas las cosas, malévolo e inmundito, un ser de rasgos apenas humanos que se erguía y acechaba, como esperando.

Este bosquejo del ambiente en el que me hallaba sumergido nunca podrá definir totalmente el verdadero horror de toda aquella soledad, una soledad que se había aposentado profundamente en mi corazón y que me insinuaba cosas terribles y desconocidas, deslizándose cada vez más cerca de mí. No me estaba volviendo loco; sencillamente era capaz de percibir con claridad las tinieblas que se extendían más allá de esta frágil existencia iluminada por un sol pasajero, tan insignificante como nosotros mismos; una sensación que pocos llegan a experimentar pero que, si lo hacen, impregnará sus vidas para siempre; un conocimiento que cambia con el tiempo, como yo mismo, que lucho con todas las fuerzas de mi alma, aun cuando sé que nunca podré entender este universo hostil, que jamás lograré retener ni un solo segundo de la vida que me queda. Me inundaba el miedo a un destino incierto, a lo que me encontraría al morir; estaba poseído por un horror indescriptible, pero era incapaz de abandonar el lugar que me lo producía; esperaba pacientemente mientras aquel miedo que me consumía se iba extendiendo por las inmensas regiones que se abren más allá de la consciencia.

Y de esa manera llegó el otoño, y el mar seguía arrebatándome la perdida serenidad con la que me había obsequiado en un principio. El otoño se adueña de la playa con melancolía: no hay hojas pardas cayendo ni ningún signo propio de la estación. Solo el mar, un mar gélido e inmutable. Las aguas aún no se habían enfriado demasiado, pero ya no tenía ganas de bañarme; la cúpula celeste se hizo más oscura, como si un enorme manto de nieve estuviera a punto de caer sobre las ígneas olas. Y yo pensaba que cuando aquello sucediese, la nieve ya no dejaría de caer nunca, y seguiría, seguiría por siempre, velando un sol blanco, luego amarillo y rojo al fin, hasta que aquel último, diminuto rubí desapareciera por completo en la futilidad de la noche eterna. Las antaño acogedoras aguas me susurraban cosas sin sentido, acechándome; no podría afirmar si mi estado de ánimo era el causante de aquellas sensaciones, o si tan solo se trataba de un fiel reflejo de la atmósfera tenebrosa que me rodeaba. Sobre mí, sobre la playa, había caído una sombra, como si un pájaro —un pájaro de mirada penetrante— volase invisible por encima de nosotros.

A finales de septiembre cerraron los establecimientos hoteleros del pueblo, esos antros fríos, donde unos seres acobardados, hipócritas marionetas, acababan de representar sus vacaciones estivales. Los títeres fueron empujados a otros lugares, mientras sus rostros dibujaban una sonrisa forzada o un gesto adusto; apenas quedaron un centenar de personas en la villa. Las casas chillonas de estuco que bordeaban la costa se alzaron solitarias contra el viento una vez más. Según avanzaba el mes, crecía en mi interior la certeza de que algo iba a suceder: una tragedia oscura de la que aún no se sabía el final. De cualquier manera, deseaba que aquello acabara cuanto antes, pues ya no podía continuar con esa sensación de angustia contenida, con aquel sentimiento de que algo monstruoso pululaba entre los recovecos del escenario enorme en el que me encontraba; con más inquietud que miedo aguardaba el día, que no parecía ya muy lejano, en el que todo saldría a la luz. Finalmente aconteció a finales de septiembre, no sé con exactitud si el 22 o el 23 de dicho mes. Semejantes detalles quedaron sobrepasados ante la sucesión de acontecimientos que se desarrollaron; unos acontecimientos que insinuaban (y solo insinuaban) unas implicaciones nada comunes a la vida cotidiana. La angustia invadió mi espíritu e inmediatamente supe que algo iba

a suceder. Durante todo aquel día aguardé pacientemente la llegada de la noche, con tanta ansiedad que el crepúsculo pareció desvanecerse en un revoltijo de colores cambiantes sobre las inquietas aguas.

Ya había pasado mucho tiempo desde que la espantosa tormenta arrojara una sombra sobre la playa y había decidido, después de algunas dudas, abandonar Ellston antes de que la atmósfera se enfriara demasiado, convencido de que no iba a conseguir recuperar mi anterior tranquilidad. Fijé la fecha de mi partida nada más recibir un telegrama (que había estado retenido dos días en las oficinas de la Western Union) en el cual se me comunicaba que mi diseño había sido aceptado. Esta noticia, que a principios de año me habría causado un gran impacto, no hizo más que aligerar un poco mi apatía. Se me antojaba ridícula en medio del ambiente irreal en el que me encontraba sumido; era como si el telegrama estuviera dirigido a otra persona a la cual ya no conocía, como si yo lo hubiera recibido por error. Aunque aquel no fue el único motivo, sí consiguió que me reafirmara en mis planes de dejar definitivamente la cabaña de la playa.

Tan solo faltaban cuatro noches para mi partida cuando tuvo lugar el desenlace que tanto había esperado, un desenlace que, en el fondo, no estuvo acompañado de una amenaza real, sino de una serie de acontecimientos que bien podrían explicarse como un producto de aquel tenebroso escenario. La noche había caído sobre Ellston y, en el fregadero, un montón de platos sucios daban testimonio de mi reciente cena y de las pocas ganas que tenía de trabajar. La playa se iba ensombreciendo poco a poco cuando me senté ante la ventana que daba al mar con un cigarrillo en los labios; un manto de negrura se extendía gradualmente por el cielo, logrando resaltar aún más una luna colgante y monstruosamente alta. El mar apacible rompía sobre la reluciente arena; la ausencia exterior de árboles, figuras o seres vivos, y la magnitud de aquella luna orgullosa, hicieron que me diera cuenta de la vastedad que me rodeaba. Solo unas cuantas estrellas diminutas brillaban en el cielo nocturno, acrecentando la grandeza de la órbita lunar y la magnitud de las inquietas, ondulantes aguas.

Permanecí en el interior de la casa, sin ganas de salir a dar un paseo en noche tan informe, escuchando extraños secretos de un increíble saber. Como brotando de un viento invisible, sentía el soplo de una vida palpitante y

extraña: la personificación de todo lo que había preconcebido, de todas mis suposiciones, pululando por los abismos del cielo o debajo de las mudas olas. En aquel lugar mis sensaciones adoptaban una cualidad de sueño, horrible, antiguo, difícil de definir; como alguien que está cerca de una persona dormida a la que no quiere despertar, me asomé a la ventana, sosteniendo entre los dedos el cigarrillo a medio consumir, y contemplé la luna que se erguía en el cielo.

Poco a poco la atmósfera fue iluminándose con la luz del astro plateado, y cada vez me sentía más angustiado ante la espera de algo que, estaba seguro, iba a acontecer. Las sombras se replegaban sobre la playa, y me di cuenta de que todos mis sentidos estarían atentos a ellas cuando ese algo se hiciera visible. Aún quedaban zonas cubiertas de sombras negras y tenebrosas; masas de oscuridad reptando bajo los rayos brillantes y crueles. La infinita belleza de la luna —que ahora se me antojaba un planeta muerto y tan frío como las sepulturas inhumanas que salpican su superficie entre un caos de ruina y destrucción debidas a la sucesión de polvorientos siglos inmensamente más antiguos que la era de los hombres— y la infinita belleza del mar, que se agitaba con los recuerdos de una vida más antigua, se mostraron ante mí con una claridad terrible. Me incorporé y cerré la ventana, intentando callar momentáneamente el flujo imparable que adoptaban mis pensamientos. Ningún sonido me llegó mientras estuve con las contraventanas cerradas. Los minutos y las horas se diluían en un todo. Aguardaba, con el corazón en vilo, ante el escenario inmutable que se extendía delante de mí, a que aquello, fuese lo que fuese, hiciera acto de presencia. Había puesto una lamparita sobre un baúl, en el lado oeste de la casa, pero la luz de la luna era más potente y sus rayos azulados invadían los rincones que la lámpara no alcanzaba a iluminar. El vetusto resplandor del silencioso astro se desparramaba sobre la playa de la misma manera que lo había venido haciendo desde hace incontables evos; y yo esperaba, con creciente inquietud, el desenlace de los acontecimientos, temeroso ante su final incierto.

En el exterior de la pequeña casa, una luminosidad blanca dibujaba seres vagos, sombras irreales que parecían querer burlarse de mí, y unas voces apenas audibles se mofaban de mi atenta vigilia. Pasaron interminables

minutos de espera, como si el péndulo del Tiempo se hubiera detenido. Y continuaba sin mostrarse nada extraño; las sombras acotadas por la luz de la luna eran poco densas y apenas podían esconder nada a mis ojos. La noche seguía enmudecida —así lo intuía al menos, ya que las ventanas continuaban cerradas— y un manto de estrellas colgaba espectral del ominoso cielo. Ninguna señal, ningún sonido podía explicar mi estado de ánimo, el terror que mi cerebro atormentado sentía dentro de un cuerpo incapaz de romper el silencio, a pesar de toda su angustia. Como si aguardara a la muerte misma, seguro de que nada ahuyentaría el peligro interior que encaraba, me estremecí de los pies a la cabeza con el cigarrillo olvidado aún entre los dedos. Un mundo silencioso se extendía al otro lado de las sucias ventanas, y en una esquina de la habitación un par de viejos remos, que ya estaban allí antes de mi llegada, eran testigos mudos de mi vigilia. La lámpara continuaba ardiendo, desparramando una luz tenue y enfermiza. De vez en cuando, para distraerme, me quedaba contemplándola mientras veía cientos de burbujas apareciendo y desapareciendo dentro del depósito de petróleo. De repente, la mecha dejó de arder. Y estuve completamente seguro de que la noche, ahí afuera, no era ni cálida ni fría, sino extrañamente neutra, como si todas las fuerzas de la física estuvieran suspendidas, como si las leyes de la existencia vulgar se hubieran desintegrado.

Y entonces, con un chapoteo sordo y aterrador, un ser marino emergió un poco más allá de la línea de las olas. Su forma era parecida a la de un perro, pero también podría haberse tratado de una figura humana o de la de algo mucho más extraño. Daba la sensación de que no había reparado en mí —o de que no le importaba mi presencia—; nadó como un pez bajo la luz de las estrellas hasta sumergirse de nuevo dentro del agua. Al rato volvió a aparecer y, al encontrarse más cerca, descubrí que llevaba algo sobre los hombros. También llegué a convencerme de que no podía tratarse de un simple animal, sino, más bien, de alguna especie de criatura humana. Aunque nadaba con una agilidad inconcebible.

Mientras observaba aquella escena, petrificado y lleno de espanto, con la disposición del que espera la muerte y no puede hacer nada por evitarla, la criatura marina se acercó a la costa; pero aún se encontraba muy lejos hacia el sur como para poder distinguir con claridad sus facciones. Caminaba

encorvado, envuelto en jirones de niebla que salían de su cuerpo, y pronto desapareció entre las dunas de la playa.

Me invadió una oleada de terror. Temblaba como una rama sacudida por el viento, aunque la atmósfera de la habitación, cuyas ventanas ya no me atrevía a abrir, era sofocante. Pensé en el espanto que sentiría si algo se colase a través de las ventanas desde el exterior.

Ya no podía ver a aquella criatura acuática y empecé a pensar que deambulaba por los alrededores, o que me espiaba desde una de las ventanas. Mi mirada angustiada se paseó por todas las cristaleras, esperando tropezarme en cualquier momento con los ojos espantosos de aquella criatura desconocida. Pero aunque pasé horas y horas de vigilia, no volví a ver a nadie vagabundeando por la playa.

De este modo fue transcurriendo la noche, y con ella la posibilidad de que aquel extraño ser —surgido del mar como el brebaje maligno que brota del caldero del mago— hubiese vagabundeado realmente por los alrededores de la playa tras haber salido de las aguas con aquel extraño bulto a la espalda. Como las estrellas que prometen la visión de recuerdos terribles y gloriosos, incitándonos a adorarlas para luego revelarnos sus secretos, había estado terriblemente cerca de los antiguos misterios que rondan la mente humana, acechando cautelosamente al borde de lo desconocido. Pero al final no descubrí nada concreto. Tan solo había podido contemplar una esquiva imagen de aquel ser furtivo (confundido entre los pliegues de la ignorancia). Era incapaz de imaginar el poder tan grande que se había mostrado a escasa distancia de donde yo me encontraba, la fuerza sobrenatural de aquella brumosa figura, de aquel nadador furtivo y solitario. No soy capaz de concebir lo que habría sucedido si el brebaje hubiera terminado rebasando los bordes del caldero mágico, derramándose en una cascada de revelaciones. La noche del océano retuvo el nivel del recipiente. Es lo único que puedo decir.

Aún ahora desconozco por qué me fascina tanto el mar. Pero tal vez nadie puede explicar los hechos; se oponen por naturaleza a cualquier interpretación. Existen hombres, hombres inteligentes, que aborrecen el mar, esas olas ondulantes rompiendo sobre playas de arenas amarillas; y aseguran que los que nos sentimos atraídos por los misterios de sus profundidades somos gentes extrañas. Pero aun así, siento una obsesión inexplicable por los

secretos del océano. En la melancolía de la espuma teñida de plata por los rayos de la luna; en las olas sombrías, silenciosas, eternas, que rompen sobre las arenas vírgenes; en toda esa soledad tan solo quebrada por la aparición de existencias desconocidas que afloran de unos abismos tenebrosos. Y cuando observo las olas terribles que arremeten una y otra vez con fuerza incansable, siento una fascinación cercana al miedo, y me rindo a los encantos de su grandeza antes que al odio por sus aguas inquietas y su belleza arrebatadora.

Vasto y desolado es el océano, y se ha dicho que todas las cosas que antaño salieron de sus profundidades volverán un día a su seno. Nadie caminará por la superficie de la tierra cuando transcurran los ciclos del Tiempo; solo las aguas eternas continuarán agitándose bajo la noche. Seguirán desparramando nubes de espuma sobre playas tenebrosas, y nadie observará, en ese mundo frío y muerto, la luz enfebrecida de la luna iluminando unas costas ondulantes cubiertas de fina arena. En la orilla, la espuma de las olas acariciará los huesos de unos seres extintos que un día poblaron sus aguas. Caparazones petrificados y silenciosos golpeados sin descanso por el devenir de las olas: su precaria vida hace tiempo extinguida. Todo estará en tinieblas entonces, incluso la blanca luna dejará de enviar sus rayos sobre la superficie del mar. No existirá nada, ni dentro ni fuera de las tenebrosas aguas. Y en ese último estadio, cuando todas las cosas hayan desaparecido finalmente, el mar seguirá batiéndose y agitándose bajo la negra noche.



HOWARD PHILIPS LOVECRAFT (Providence, 1890 - 1937). Escritor estadounidense. Maestro indiscutible de la literatura fantástica, su obra rebasa en realidad la confluencia de géneros como la literatura de terror y la ciencia ficción hasta cristalizar en una narrativa única que recrea una mitología terrorífica de seres de un inframundo paralelo. Los paisajes de la naturaleza de su región natal, Nueva Inglaterra, influyeron en su temperamento fantasioso y melancólico. Desde niño se formó en lecturas mitológicas, en la astronomía y en las ciencias. En 1919 leyó la obra de Lord Dunsany, que lo marcó sensiblemente; lo mismo le ocurrió con Edgar Allan Poe y Arthur Machen. La mayor parte de sus obras fue publicada en la revista *Weird Tales*.

Considerado uno de los más brillantes y originales autores de narrativa fantástica del siglo XX, la fama de H. P. Lovecraft creció sobre todo después de su muerte, cuando su obra, aparecida inicialmente en revistas especializadas, fue publicada en volumen. En su narrativa se funden elementos heterogéneos: el influjo de Edgar Allan Poe, reconocible en ciertas atmósferas y recursos técnicos de sus cuentos juveniles, pero también en las novelas de madurez como *En las montañas de la locura* (1931); los lazos con la tradición y el paisaje de la Nueva Inglaterra, oníricamente transformado en

espacio fantástico; o los arranques de ciencia-ficción, que son desarrollados en cuentos como *El color que cayó del espacio* (1927).

El título de mayor originalidad de la obra de Lovecraft reside, sin embargo, en la creación de una compleja y personal mitología monstruosa en el centro de la cual están los *old ones*, divinidades horribles expulsadas de la Tierra en los tiempos prehistóricos y en lucha para tomar posesión de ella. Estos seres monstruosos y malolientes aparecen primero de forma esporádica y luego cada vez más orgánicamente en cuentos como *Las ratas en las paredes* (1924), *Los mitos de Cthulhu* (1926) y *El horror de Dunwich* (1927), y en novelas como *El caso de Charles Dexter Ward* (1927). Tal mitología tomó forma gradualmente; se enriqueció con divinidades menores con esferas de influencia distintas y se sostuvo con el recurso a los libros ficticios malditos, como el *Necronomicon*. Partiendo de sugerencias góticas, a través de pesadillas cada vez más angustiosas, el terror en Lovecraft se convierte en cósmico, cifra extrema de su pesimismo filosófico.

Las ratas en las paredes (1924) es una muestra magistral de sus primeros trabajos, en los cuales solamente se esbozaba la mitología de las cosas siniestras que continuó desarrollando en sus relatos y novelas posteriores.

Como declaró el mismo Lovecraft, todos sus relatos están basados en la leyenda de que «este mundo había estado habitado en tiempos remotos por otra raza, que fue aniquilada y expulsada cuando ejercía la magia negra, pero que sigue viviendo fuera del mundo, estando dispuesta en todo momento a volver a tomar posesión de esta tierra». En otros relatos se trata de demonios devoradores de cadáveres, que penetran en nuestro mundo racional, quedando retenidos —como por ejemplo en *El modelo de Pickman* (1927)— por un pintor en horrorosos retratos.

Lovecraft varía su temática del horror con una fantasía ingeniosa y altamente sugestiva; nunca le faltan figuras del lenguaje para caracterizar opresivos estados de terror, lugares en donde se ciernen peligros inminentes, «llenos de mucosidades negras, masticados por la niebla», o unas monstruosidades asquerosas «que apestan como demonios». Continuamente introduce referencias ambiguas sobre las relaciones de su mitología con el culto de

vudú, con la Atlántida, las misteriosas piedras de Stonehenge y de la Isla de Pascua, o las cazas de brujas en Nueva Inglaterra.

Sus relatos, entre cuyos antepasados debemos contar naturalmente a Edgar Allan Poe, revelan la influencia de los autores ingleses de relatos de horror Arthur Machen y Lord Dunsany, pero Lovecraft amplía las regiones del horror literario con ocurrencias completamente propias, con las cuales organizó sistemáticamente una «mitología Cthulhu». El interés también teórico de Lovecraft por la literatura fantástica está testimoniado por sus escritos críticos, en particular por *El horror en la literatura* (1927), en el que formuló una teoría del género fundada en bases psicológicas y formales. Para el autor, los relatos de este género deben contener «alguna violación o superación de una ley cósmica fija, una escapada imaginativa de la tediosa realidad».

Los relatos y novelas de Lovecraft, no obstante ubicarse en los límites de la mitología y la fantasía visionaria, son verosímiles, pues a pesar del instinto macabro del autor, una prosa detallista, persuasiva y lenta va organizando un pequeño mundo autosuficiente y creíble, incluso posesivo para muchos lectores. Ha influido en autores modernos como Jorge Luis Borges, que se basó en el estilo de Lovecraft para escribir un extraño relato incluido en *El libro de arena* (1975).

Notas

[1] *Piemia*. Infección purulenta producida por la penetración de bacterias en la sangre, caracterizada por la formación de numerosos abscesos en distintas partes del cuerpo con fiebre, escalofríos e ictericia. Septicemia. (N. del T.) <<

[2] Jefté (s. XII a. C.) Según la Biblia fue un juez de Israel que derrotó a los amonitas y tuvo que sacrificar a su única hija debido a una promesa que hizo y de la que luego se arrepintió. Véase La Biblia, Jueces 11, 31. (N. del T.) <<

[3] Hoggar. Región montañosa y desértica situada al sur de la moderna Argelia, con una altitud media de 2.000 metros y 480.000 kms cuadrados de extensión, formada por la actividad volcánica. También es conocida por tener numerosos asentamientos prehistóricos y ser la cuna de los tuaregs. (N. del T.) <<

[4] Tlaxcala. Estado de México situado en el centro oriental del país. Se caracteriza por estar surcado de montañas, volcanes y sierras volcánicas, y su altitud media es de unos 2.200 metros, confiriendo a la región un clima templado-subhúmedo en la zona central y de los llanos, y semifrío-subhúmedo al norte y en las sierras. (N. del T.) <<

[5] Grasientos. *Greasers* en inglés. Apodo que se utiliza en Estados Unidos para referirse a los latinoamericanos. (N. del T.) <<

[6] En español en el original. (N. del T.) <<

[7] Francisco Vázquez de Coronado (Salamanca, 1510 - Ciudad de México, 1554) fue un conquistador español que llegó a gobernador de la Audiencia de Nueva Galicia y emprendió más tarde la colonización y exploración del norte de México, internándose profundamente en lo que hoy en día son los Estados Unidos de América. En 1540 puso en marcha una de las expediciones más sorprendentes y menos conocidas de la conquista de América. Con 340 españoles, ganado, pertrechos y un gran número de indios aliados, partió de Ciudad de México y llegó hasta el moderno Estado de Kansas, atravesando tierras pobladas de indios apaches, navajos, kiowas, cheyennes y comanches, los cuales le atacaron en repetidas ocasiones. El principal objetivo de la expedición era la búsqueda de siete ciudades de oro, a las que se conocía con el nombre de Cíbola, y de la mítica Quivira (ciudad imaginaria que se suponía llena de riquezas según una leyenda española muy extendida en el siglo XVI). La expedición fue un fracaso y Coronado regresó a México en 1542 con solo un centenar de los hombres que habían partido con él. (N. del T.) <<

[8] Tanto la presentación como el párrafo que le sigue figuran en español en el manuscrito original. (N. del T) <<

[9] Evidentemente se trata de un error. En realidad, Lueca se encuentra en la parte occidental de Asturias. (N. del T.) <<

[10] En español en el original. (N. del T.) <<

[11] Astarté. Antigua diosa fenicia del Amor, de la Fertilidad y de la Guerra. Se la solía representar completamente desnuda o apenas cubierta con vaporosos velos, erguida sobre un león. (N. del T.) <<

[12] En español en el original. (N. del T.) <<

[13] En español en el original. (N. del T.) <<

[¹⁴] *Roodmas*. De *rood* (inglés antiguo), *rod* (vara, palo), *cross* (cruz) y *mas* (masa, misa, aglomeración). Antigua fiesta cristiana que se celebra el 3 de mayo en algunas iglesias y conmemora el descubrimiento de la Cruz Verdadera por Santa Helena en Jerusalén, en el año 355. También llamada Fiesta de la Cruz. (N. del T.) <<

[15] Esopus (Esopo). Ciudad en el condado de Ulster dentro del Estado de Nueva York. (N. del T.) <<

[16] Catskills. Región montañosa, o cadena de montañas, al este del Estado de Nueva York. (N. del T.) <<

[17] Flegetonte: Del griego «Phlegéthón» (flamígero). Es un río de fuego que fluye por el Hades y desemboca en el Aqueronte. Por él discurría un fuego que siempre estaba ardiendo, aunque no consumía combustible alguno. (N. del T.) <<

[18] Niflheim. De la mitología nórdica. Una región de hielos y nieblas eternas por la que discurrían siete ríos. Uno de los dos países primeros del mundo, siendo el otro su antagonista, Muspelheim, la tierra del fuego. Según las primeras leyendas, entre estas dos regiones de hielo y fuego nació la vida. (N. del T.) <<